



UNIVERSIDAD DE ANTIQUIA

UNIVERSIDAD DE ANTIQUIA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVA GRANADA
CENTRO GENERAL DE BIBLIOTECA

LAS

PEREJA

2

BT1315

.M6

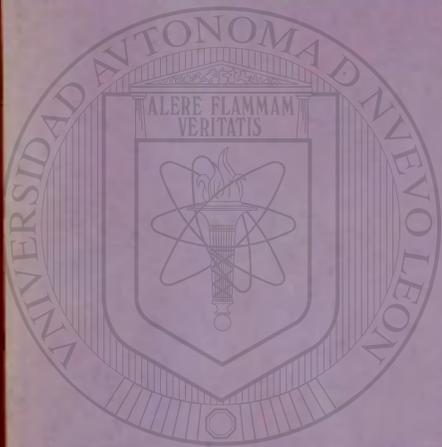
V2

ca.

RALD



1000045862

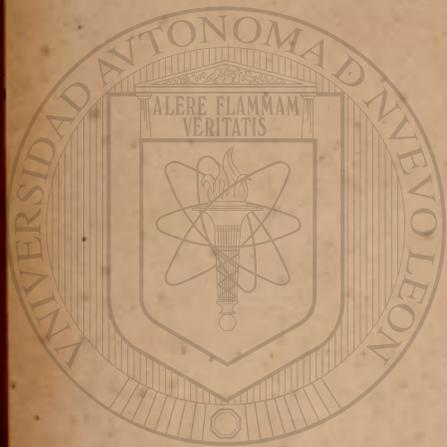


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





168
M

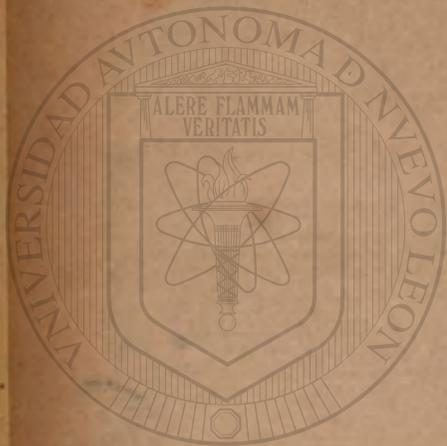
LAS HEREJÍAS
LOS CISMAS Y LOS ERRORES
DE TODOS LOS SIGLOS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

62362

FONDO BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ADQUISICIÓN DE LIBROS
MAY 1980

LAS HEREJÍAS

LOS CISMAS Y LOS ERRORES

DE TODOS LOS SIGLOS

HISTORIA GENERAL

DE LOS EXTRAVÍOS DE LA RAZON HUMANA

CON RESPECTO AL CRISTIANISMO

ESCRITA CON PRESENCIA
DE LAS OBRAS DE LOS SANTOS PADRES, DE LOS MÁS NOTABLES PUBLICISTAS CATÓLICOS
Y DEL DICCIONARIO DE LAS HEREJÍAS, DEL ABATE PLUQUET

POR EL PRESBITERO

D. EMILIO MORENO CERADA

PREMIADO POR EL REY D. ISABEL II
Y RECOMENDADO POR EL CONSEJO DE LAS UNIVERSIDADES
Y LA BIBLIOTECA DE LAS HEREMITAS DE SAN JUAN DE LOS RIOS

TRADUCCIÓN

del estudio discursivo escrito por el abate Pluquet
para el dicho diccionario, en el cual se explica cuál fue la religión primitiva
de los hombres y los cambios que ha experimentado hasta el
nacimiento del Cristianismo.

TOMO II.

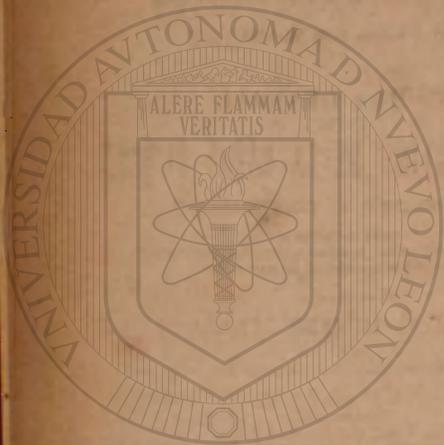
CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA

BARCELONA

MORENO Y ROIG, EDITORES

CALLE JOVELLANOS, N.º 2

1880



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Barcelona: Establecimiento tipográfico de Damián Vilarnau, Sobradell, 10.

LAS HEREJÍAS.

SIGLO SEXTO.

INTRODUCCION.

Es admirable el modo como la divina Providencia ha sostenido la Iglesia á través de tan rudos combates como interior y exteriormente ha venido experimentando en la sucesion de los siglos.

Despues de haber gemido en la oscuridad de las catacumbas por espacio de tres siglos, llenando el cielo de ilustres mártires que modelos de valor y de fortaleza vertieron su sangre en defensa de la fé católica, pudo públicamente extenderse por el mundo, aumentándose de un modo considerable el número de los adoradores de Jesucristo. Empero esta Iglesia era combatida por los cismas y las herejías.

Al donatismo se agregó la terrible y formidabile herejía de Arrio, que hubiera concluído con el catolicismo á no haber este sido obra de Dios: « El príncipe religioso que ater-

ró la idolatría, dice un escritor, llegó á ser, sin saber cómo, el apoyo, el autor de una secta casi tan impía, y no menos peligrosa, pues trató como perturbador y casi como rebelde al más digno defensor de la fé, el grande Atanasio. La verdadera religion era sin duda la que más quería; pero el horror extremado á las divisiones que retardaban sus progresos, exagerados sin cesar á sus oídos por los falsos prelados y doctores, fué el único motivo de su peligrosa condescendencia. ¡Qué impresiones tan funestas no produjo este escándalo aparente, en particular sobre su hijo y heredero, Constancio! Pero antes ¡qué prueba pudo haber más visible de que Dios es celoso de su propia gloria que la supervivencia de este príncipe perseguidor sobre sus dos hermanos tan celosos defensores de la verdadera fé! Después de una larga serie de reinados favorables á la religion, podiera haberse persuadido el hombre que las potestades de la tierra constituían su principal apoyo; y por esto en el largo reinado del hijo más indigno de Constantino, el Señor, según la predicción del Evangelio, deja á Satanás el poder de agitar á los fieles, como se hace con el trigo en la criba, y permite una prueba mucho más terrible que las de las violencias de los Césares, enemigos del nombre cristiano, que Constancio envilecia, al paso que se preciaba de serlo.

«Tentación de un nuevo orden, ó llevada al ménos á excesos todavía desconocidos. Entre todos los sectarios que hasta aquel tiempo se habian levantado, ninguno se podia comparar con los arrianos en ciencia, en talentos, en virtudes aparentes, y en cuanto puede acreditar á la seducción y al engaño; pero especialmente en poder, en audacia, y

en el arte infernal de dar á la violencia el color de celo por la religion. La pérdida de los bienes, de los empleos, de los honores, de la libertad, de la vida, fueron los medios ménos peligrosos que aquellos cristianos sobornadores inspiraron á un príncipe cristiano. Seducir á los sacerdotes y á los obispos, canonizar á los hipócritas y apóstatas, pervertir los concilios, alterar los sagrados símbolos, hé aquí las máquinas de que se sirvió la pérfida impiedad, pretendiendo, aunque en vano, despojar la verdad de sus propiedades más inenajenables y de todas sus ventajas naturales, para revestirse con ellas. La Iglesia triunfó del artificio como de la violencia; la verdad disipó todas las nubes con que la seducción cubria el precipicio, al paso que la violencia arrastraba hácia él á los débiles. Convencióse finalmente el universo cristiano de que, bajo la sombra de la piedad, se trataba nada ménos que de excluir al Hijo del Eterno del seno de la divinidad y de reducirle á la clase de pura criatura. Constancio murió al fin, pero ya habia triunfado la fé antes de su muerte.

«Todavía corrió peligro particular en el reinado del sucesor de este príncipe. El emperador Juliano se empeñó en tomar un camino diferente del de Constancio, cuya persecucion mandó cesar desde luego (año 360). El emperador apóstata, que se habia criado en el seno del cristianismo, conocia muy bien su carácter, para prometerse destruir la fé por la fuerza, y desde luego se valió de los halagos y pérdidas caricias. Mandó llamar á todos los subditos desterrados en el último reinado, así católicos como herejes, contando por este medio introducir en el seno de la Iglesia la

confusion, la cizaña y todos los desórdenes, que son sus naturales consecuencias. Esperando despues que conseguiria mejor su intento sofocando la verdad en las tinieblas de la ignorancia, mandó cerrar las escuelas á los cristianos y quemar todos sus libros, para que no fuesen sabios ni eloquentes; y siendo la facultad de racionar y el talento de la palabra los dones de la naturaleza de suyo independientes de la autoridad, llegaron á ser proscritos por la tirania, y esta todavia halló colores para paliar estos torpes excesos. Porque, decia el tirano en sus irónicas blasfemias, para los galileos, adoradores del Crucificado, supuesto que deben creer en él sin discurrir, son inútiles los estudios y las ciencias. Estas convendrá reservarlas para los bebenistas, es decir, para los paganos, á los cuales colocaba en una religion ó un filosofismo digno de hallar en la apostasia su autor y sus restauradores. Ciertamente, la Iglesia debia rendirse á estos ataques, si no fuera inexpugnable; pero triunfó de estos lazos y de estas sátiras, así como habia triunfado de los patibulos y de la espada. No dejó de correr sangre en el imperio de Juliano en mil ocasiones en que su filosofia no le correspondió, y bajo todos aspectos se debe tambien mirar esta parte del siglo iv como la edad del martirio.

» Tal la hallará el que quiera seguir los progresos de la religion entre los bárbaros, y particularmente entre los persas. Verá un Sapor, un Iadegerde y un Cosroas comparables á Nerón, á Domiciano y á los dos Maximianos. El pudor y la humanidad igualmente se resisten de oír la relacion circunstanciada de la persecucion de Sapor. Se verá

otro perseguidor subjugar en Arabia una ciudad y todo un pueblo cristiano, que no habia podido pervertir, hollar todo el derecho de gentes, degollar al gobernador y á los principales ciudadanos, reducir la juventud á la esclavitud, encender despues una inmensa hoguera y precipitar en ella á todos los sacerdotes, los monjes y por último las virgenes consagradas á Dios, sin faltar á la fé en una sola persona. Los vándalos igualaron y aun excedieron á estas atrocidades impías, en la vasta extension de África. Finalmente en todos los países en que germinó la fé cristiana, fué regada con sangre; y de esta sangre sacó su principal fecundidad.

» Pero despues que la fé echó profundas raíces, se vio un nuevo órden de providencia de Dios para con la Iglesia. Las señales que están destinadas, segun el Apóstol, para la conversion de los infieles, los milagros tan multiplicados para la publicacion del Evangelio, llegaron despues á ser mucho menos frecuentes. Para los domésticos de la fé, es decir, los fieles, bastaban las profecias, ó el depósito de la revelacion escrita ó transmitida y declarada por la tradicion, con las gracias y dones ordinarios del Espiritu Santo; y así jamás brillaron los sagrados intérpretes, ó los santos Padres y Doctores, con tanto esplendor como en el cuarto y quinto siglo, como muy luego se reconocerá. Pero la Iglesia, esencialmente militante en este lugar de tránsito, debe hallar en él combates que sostener en todas sus situaciones y enemigos envidiosos de todos sus adelantos. Inmediatamente despues de la derrota de la idolatria, opusó el infierno el abuso y corrupcion contra la pureza luminosa de la doctrina.

«Bien que la suerte del arrianismo parecía haber desconcertado para siempre la perfidia herética, porque el nombre de arriano estaba desacreditado y era un oprobio, diciéndole por todas partes: ¡anatemal sin embargo, el arrianismo resucitó; se reprodujo bajo mil nuevas y diferentes formas, y volvió á salir á la arena más agnerrido que antes, bajo la dirección de Eunonio, Aecio y Macédonio, los cuales al parecer habían aplaudido su ruina.

«Mucho tiempo despues Nestorio, sin parecer que pretendia aniquilar la divinidad de Jesucristo, vino separando al Hijo de Dios del Hijo de la Virgen Madre. Con ser este un lazo tan mal preparado, veremos, sin embargo, que sorprendió é hizo titubear á obispos sábios y piadosos. ¡Qué doctor fué Teodoreto, de una fé por tan largo tiempo sospechosa! ¡Qué pastor aquel Alejandro de Hierápolis, á quien el largo ejercicio de las virtudes más asombrosas no preservó de la obstinación más horrible! Pero, ¡qué impresion no hicieron sus peligrosos ejemplos! Si Arrio superó á Nestorio en la extensión y rapidez de la seducción, este se hizo unos secuaces mucho más obstinados, y adquirió para su secta un crédito y una consistencia, que todavía se sostienen en las extremidades de la Iglesia oriental, y aun se le encuentra en algunas provincias occidentales, con nombres y formas diferentes; es decir, con las variaciones que llevan impresas el sello del espíritu de novedad que tuvo por principio.

«La herejía de Eutiques, comparable con las dos primeras en duración y en extensión, tuvo á su favor hasta la autoridad de un concilio, que al principio se convocó como ecuménico, y fué venerado por otras especiosas apariencias,

hasta que se vieron sus prevaricaciones, y se llamó *el Laticinio*. ¡Pudiera la Iglesia experimentar asaltos más terribles que los de un partido que tenía á su frente el obispo de la segunda silla, y que llevaba el nombre de uno de aquellos solitarios canonizados, por decirlo así, en vida, y célebre por su celo contra los enemigos de la fé, como el más poderoso arquimandrita, que bajo sus leyes contenia un pueblo de celadores austeros, los más apegados á las impresiones que una vez reciben, y los más activos en propagarlas?

«Todavía corrió la religion mayores peligros por parte de Pelagio, enemigo disimulado, y tanto más temible cuanto ménos lo parecía. Las otras herejías encarnizadas, por decirlo así, contra el cuerpo mismo de la Iglesia, advertían al ménos con sus alborotos á los fieles que se guardasen de ellas: pero el pelagianismo, semejante á una serpiente que pasa sin ruido por debajo de las flores, penetraba hasta el alma de la religion, y con su veneno sutil inficionaba las partes más nobles y más íntimas, y de ella no dejaba más que el esqueleto y vana apariencia.

«Contra estos peligros fortificó el Señor la ciudad santa con aquella abundancia de doctrina y de luces que resplandecieron en ménos de dos siglos. Por grande que fuese el número de los seductores, para oponerse á su multitud basta solo el obispo de Hipona, el grande Agustino. Mas ¡oh! ¡y cuántos otros grandes santos y doctores brillaron en el trascurso de los mismos siglos! Tales fueron, para no nombrar sino los más célebres, un san Leon, los dos Cirilos, el de Jerusalem y el de Alejandria, los Jerónimos, los Epi-

fianos, los Gregorios Nacianzenos y Nisenos, los Baslios, los Anfiloquios, los Crisóstomos, los Ambrosios, los Hilarios y su digno modelo, el incomparable Atanasio: multitud sin duda superabundante, por más grande que fuese la necesidad de la Iglesia; pero el Señor estaba como poniendo la última mano al edificio de que es arquitecto y principal obrero. Aunque lo había establecido sobre el fundamento de los profetas y de los apóstoles, como estos divinos monumentos se pueden mirar y se miran en efecto bajo aspectos tan diferentes, correspondia á su inmutable sabiduría fijar para siempre el sentido de los puntos capitales, examinados ya por una multitud de intérpretes tan llenos de su espíritu, y tan distinguidos aun en el orden de los grandes talentos, y fijarle de suerte que á la unanimidad de sus votos y pareceres no se pudiese oponer sino la estupidez y una repugnante temeridad.

«Con afecto, ¡qué fuerza de raciocinio es la que se halla en sus escritos! ¡Qué erudición tan vasta y escogida! ¡Qué gracias y qué elocuencia! Que los Padres latinos y la mayor parte de los griegos se expliquen, si se quiere, con ménos pureza de lenguaje que los oradores de Roma y Atenas, podrá ser; mas no por eso parecerán ménos elocuentes para el que sabe discernir la elocuencia de la locución, que es la corteza de aquella. Siempre se observará que eligen las razones más fuertes y propias para mover; que les presentan con orden y á las mejores luces; que usan de imágenes vivas, de rasgos felices, de figuras grandes y animadas; en una palabra, que sus discursos son persuasivos y penetrantes, y mucho más agradables que los de todos los escritores

de su tiempo; ¡Qué diferencia, por ejemplo, no se halla entre el estilo vano, afectado y pueril de Libanio, y el sentido exquisito y sumiso, la exactitud, la energía y el verdadero aticismo de san Basilio, y aun la abundancia un poco asiática pero siempre sólida é interesante de un san Juan Crisóstomo! ¡Qué diferencia no se advierte entre el pedantismo de Simaco y la natural amenidad, la noble y limpia sencillez de san Ambrosio!

«Pero hablando de lo que más nos importa; ¡qué unánime conformidad entre este gran número de doctores, en cuanto al fondo de las cosas, en todos los puntos capitales, y en cada artículo de nuestra fé, reconocido como tal por la Iglesia! Ni la distancia de los lugares en donde habitaron en las tres partes del mundo conocido; ni la diferencia de costumbres, de ideas, de gustos é idiomas; ni la distancia de los tiempos, contando desde esta época hasta llegar á los primeros discipulos de los apóstoles; nada de esto causó la menor diversidad en la enseñanza pública ni en la creencia; todo concurre á formar esa cadena de tradición oral y no ménos fija que el depósito de la revelacion de la Escritura, cuyo complemento es. No hay duda que en esta multitud de hombres de ingenio, se advierte la rica variedad de talentos naturales, y los dones que recibieron del cielo; y así se admirará la sagacidad y fuerza del razonamiento; en san Ambrosio, la suavidad y dulzura del estilo; en san Juan Crisóstomo, una elocuencia brillante y patética; en san Basilio, la noble elegancia y precisión; en san Gregorio, llamado el *Teólogo*, la sublimidad junta con la exactitud; en san Jerónimo, el nervio y la erudición; y por último la ma-

por parte de estos estilos empleados en diferentes lugares por san Agustín, según los halla más útiles para la Iglesia. Pero al mismo tiempo se hallará entre todos ellos una invariable conformidad de doctrina y la más perfecta uniformidad en todos los puntos definidos por la Iglesia. No obstante ser tan atractiva la materia y natural al hombre la inclinación á ponderar y á trabajar de imaginación es el fondo inagotable del dogma y la moral, estos santos maestros, muy diferentes de los retóricos y filósofos profanos, nunca aspiran al mérito de la invención, antes la miran como la tacha más vergonzosa para sus escritos y sus personas: toda su gloria doctoral la ponen en recoger fielmente las verdades más conocidas, y transmitirías despnes sin la menor sombra de alteración. La mayor ventaja que pretenden llevar á sus émulos los herejes, es convencer al universo de que no se portan así estos vanos y falsos doctores (1).»

II.

Arrio en el tercer siglo no pudiendo conciliar el misterio de la Trinidad con la unidad de la substancia divina, pretendió que el Verbo no existía en la substancia del Padre por más que fuese Dios, y apoyó su doctrina en pasajes de la Escritura en los cuales Jesucristo se llama á sí mismo inferior al Padre, ó producido en el tiempo. Los católicos probaron por una infinidad de pasajes que establecen una per-

(1) Discursos sobre la primera edad de la Iglesia por Eranul. Beroaset.

fecta igualdad entre el Padre y el Hijo: ellos hicieron ver con la mayor claridad que los arrianos no comprendían el verdadero sentido de la Escritura. Los herejes por su parte para estudiar la fuerza de los textos presentados por los católicos se vieron obligados á recurrir á explicaciones forzadas.

Nestorio, como vimos á su tiempo, enseñó que Jesucristo reunía ambas naturalezas divina y humana, pero que formaban dos personas. De esta suerte despojaba á la santísima Virgen del glorioso título de su maternidad divina. La unión hipostática de las dos naturalezas, hizo que no resultase más que una sola persona.

Eutiques, que formó en las filas del error, sostuvo que la naturaleza humana y la divina se hallaban confundidas, esto es, que no había más que una naturaleza en Jesucristo: no quería que se dijese que Jesucristo era consubstancial al Padre según la naturaleza divina, y á nosotros, según la naturaleza humana: creía que la naturaleza humana había sido absorbida por la divina, á la manera que una gota de agua por el mar. Así Eutiques, enemigo declarado del nesterianismo, cayó en el error contrario, al que le llevó su celo contra aquella herejía, naufragando también en la fé.

La condenación de todos estos grandes errores que minaban el catolicismo en sus cimientos, no fué suficiente para que quedasen por entonces extinguidas las herejías. Verdad es que no ha habido un siglo en que hayan dejado de aparecer hombres afectos á novedades y seguidores alucinados, que sin estudiar á fondo las cuestiones, sin humillarse ante la autoridad docente de la Iglesia, las hayan aceptado.

Y entre estos vemos hombres de vida austera, reputados por modelos de virtudes cristianas, pero á los que faltó una de las más fundamentales del cristiano, cual es la humildad.

Cuando empezó á extinguirse el fuego del eutiquianismo, algunos monjes de la Palestina se entregaron á la lectura de los libros de Orígenes, y adoptaron algunos de sus errores: otros le combatieron, de suerte que formándose entre los monjes dos partidos, cada uno con buen número de prosélitos, dieron motivos á escenas violentas en toda la Palestina. Así, los que por su vida retirada y sus austeras prácticas debían servir de ejemplo y edificación á los fieles, llegaron á ser verdadera piedra de escándalo.

Pelagio se aprovechó de las buenas disposiciones que encontró en el emperador para hacer condenar las obras de Orígenes, que tenía por partidario celoso á Teodoro de Cesárea, enemigo del concilio de Calcedonia, y que gozaba de mucho crédito con el emperador. Teodoro, pues, para tomar venganza persuadió al emperador á que condonara á Teodoro de Mopsuesta y sus escritos, los de Teodoreto contra san Cirilo, y la carta de Ibas que había sido leída en el concilio de Calcedonia. Justiniano por medio de un edicto condenó á estos tres autores.

El papa Vigilio excomulgó á los que recibieran este edicto, y esta cuestion no se terminó hasta el quinto concilio general.

El semi-pelagianismo, que había hecho grandes progresos en Francia donde causó grandes turbulencias civiles, fué condenado por el concilio de Orange. La Francia, la Inglaterra, la Sajonia, abrazaron la religion cristiana; y los

godos, los suevos y otros pueblos renunciaron al arrianismo. Así, pues, todo el Occidente era católico, unido y sometido á la Santa Sede, cuyas principales miras eran dirigidas á la conversion de los herejes y de los infieles.

La fé de la Iglesia se extendía rápidamente por todas partes á pesar del desorden y de la confusion que reinaban así en Oriente como en Occidente. Los esplendrosos rayos del Evangelio iluminaban al mundo, aumentando cada dia el número de los adoradores del que por nosotros los hombres y por nuestra salud descendió del cielo.

Tales y tan extraordinarias conquistas á través de tan gran número de obstáculos era el cumplimiento de la promesa del Salvador de que las puertas del infierno no prevalecerian jamás contra su Iglesia.

Las herejías que aparecieron durante el siglo vi no fueron de la trascendencia del anterior.

Vamos á examinarlas.

INCORRUPTÍCOLAS.

Sectarios que eran una rama de los eutiquianos, quienes sostenian que en la Encarnacion la naturaleza humana de Jesucristo había sido absorbida por la naturaleza divina; por consiguiente que estas dos naturalezas se confundieron en una sola. Estos se llamaban entre los griegos aftartodectas, que existian en 535.

Diciendo que el cuerpo de Jesucristo era *incorruptible*, querian decir que desde que fué formado en el seno de su

sentísima Madre no fué susceptible de ningún cambio ni alteración, aun en las cosas más naturales é inocentes, como el hambre y la sed: de modo que antes de su muerte comía sin ninguna necesidad, igualmente que después de su resurrección. De su error se seguía que el cuerpo de Jesucristo era imposible ó incapaz de dolores, y que este divino Salvador nada padeció realmente por nosotros. Como esta misma consecuencia se seguía bastante claramente de la opinión de los antiguos, no sin razón fué condenada en el año 451 por el concilio general de Calcedonia. (*Bergier.*)

DOSITEOS

Antigua secta entre los samaritanos. Son poco conocidos los dogmas ó los errores de los *dositeos*. Lo que de ellos nos dijeron los antiguos se reduce á esto: que los *dositeos* llevaban tan lejos el principio de que no se debía hacer nada el día del sábado; que permanecían en el lugar y postura que este día les sorprendía, sin moverse hasta el día siguiente; que vífuperaban las segundas nupcias, y que la mayor parte de ellos no se casaban más de una vez, ó guardaban el celibato.

Se hace mención en Orígenes, san Epifanio, san Jerónimo, y otros muchos Padres griegos y latinos, de un cierto Dositeo, jefe de secta entre los samaritanos, pero no están de acuerdo sobre la época en que vivía.

Muchos piensan que fué el maestro de Simon Mago, y

que decía ser el Mesías. La multitud de impostores que usurparon este título en la misma época, poco más ó menos, prueba que cuando Jesucristo se presentó estaban persuadidos de que el tiempo señalado por las profecías respecto á la venida del Mesías se había cumplido.

Mosheim, que reunió y comparó todo lo que los antiguos dijeron con motivo de esta secta y de su autor, cree que Dositeo vivió al principio entre los esenios, y entre ellos contrajo el hábito de la vida austera que practicaban; que dió en el fanatismo, y quiso ser tenido por el Mesías. Excomulgado por los judíos, se retiró entre los samaritanos poco tiempo después de la ascension del Salvador. Adoptó un odio contra los judíos y su prevención contra los profetas, cuyos escritos jamás quisieron recibir estos cismáticos, pues no conservaron más que los de Moisés; tuvo también la audacia de querer corregir á estos últimos, ó más bien de corromperlos. Negó la resurrección futura de los cuerpos, la destrucción del mundo y el juicio final. No admitía la existencia de los ángeles, y no quería admitir otros demonios más que los ídolos de los paganos. Se abstenia de comer todo sér animado; sus discípulos hacían lo mismo; muchos guardaban la continencia, aun en el matrimonio, cuando habían tenido hijos. Dositeo llevaba la observancia del sábado hasta la superstición. Así esta secta más bien fué judía que cristiana. (*Bergier.*)

PROTOCTISTAS.

Herejes originistas, que sostenían que las almas fueron criadas antes de los cuerpos, y es lo que significa literalmente su nombre. A mediados del siglo vi, después de haber muerto el monje Nonno, jefe de los originistas, se dividieron en dos ramas, la una de los *protoclistas*, y la otra de los *isocristas*, de los cuales haremos mención en un artículo particular. Los primeros se llamaron también *tetráditas*, y tuvieron por jefe á un tal *Isidoro*. (*Beryier*.)

ADRUMETANOS.

Monjes de Adrumeto, que era una ciudad de la Libia en el siglo vi. También eran llamados *predestinacionas*, porque pretendían que sin atender á las obras buenas ó malas Dios predestina absolutamente para la salvación ó la condenación, y que en los elegidos el bautismo no es otra cosa que un signo de salvación. Lucilio, jefe principal de la secta, era un presbítero de las Galias que había adquirido cierta celebridad, y contra el cual escribió Fausto de Riez. El tercer concilio de Arlés les condenó.

ARMENIOS.

Rama de eutiquianos ó de monofisitas que deseaban el concilio de Calcedonia, y se reunieron á los jacobitas hácia la mitad del siglo vi.

La religión cristiana había sido llevada á la Armenia, antes de Constantino, por Gregorio llamado el Iluminado, y allí se conservó en toda su pureza hasta el tiempo del patriarca Narciso, el cual á mediados del siglo vi tuvo un concilio de seis obispos, en el cual él se declaró partidario de la herejía de los monofisitas, bien fuese por el aprecio particular que profesaba á esta herejía, bien porque desease sembrar la división entre los griegos y los armenios, unidos en común oposición contra la idolatría de los persas.

El patriarca Narciso que hizo nacer el cisma en aquel país, antes tan unido en la verdadera fé, tuvo por sucesores otros siete patriarcas, los cuales sostuvieron el cisma por espacio de más de cien años.

Durante este cisma, los armenios sufrieron mucho por parte de los persas: luego que Heraclio hubo destruido á los persas, los armenios manifestaron las mejores disposiciones para unirse á la Iglesia católica, y reunieron un concilio en el cual condenaron todo lo que había hecho Narciso y quedaron unidos á la Iglesia.

Duró esta reunión 105 años, pero el cisma se renovó á principios del siglo octavo.

Juan de Agniensis, por orden de Omar, jefe de los sarracenos, y con la ayuda del califa de Babilonia, reunió un conciliábulo de algunos obispos armenios y de seis de la Siria, los cuales definieron que no habia más que una sola naturaleza en Jesucristo, una voluntad y una operacion. De este modo añadieron el monotelismo al monofisismo.

Dispusieron pues en otro conciliábulo que no se usase en el sacrificio el agua, porque su mezcla con el vino no podia significar la union de las dos naturalezas.

Este patriarca era tan hipócrita como artificioso, y así le fué fácil formarse una reputacion de santo, afectando exteriormente un aire mortificado y formando ordenanzas muy severas, prohibiendo en los dias de ayuno el uso del pescado, el aceite de oliva, el vino, y tambien, y esto con rigor, los buevos.

El cisma renovado por este patriarca duró hasta fin del noveno siglo: algunos otros de sus sucesores intentaron la reunion, pero no pudieron conseguirlo, pues fueron rechazados.

Kacik, viendo la destruccion que los turcos hacian en la Armenia, trasladó su silla á Sebaste para ponerse bajo la proteccion de los emperadores griegos.

En este tiempo Kacik, poseedor de la Armenia, se apoderó de la pequeña Armenia y quiso restaurar su reino; tomó el título de rey y conquistó la Cilicia y una parte de la Capadocia.

Leon, que sucedió á Kacik, se encontró rodeado de infieles que amenazaban atacarle. Él recurrió á los latinos, que conservaban todo su poder en Oriente; y para hacérselos

favorables, trató de ganar el aprecio del papa que venia á ser el alma de los ejércitos y de los movimientos de los príncipes de Occidente. Así, pues, rogó al papa Celestino III que le enviase un cardenal para que efectuase la ceremonia de su coronacion: este príncipe favoreció mucho á los católicos en la Armenia, y dispuso todo lo necesario para su reunion con la Iglesia católica.

A pesar de esto la reunion no se verificó. Los esfuerzos hechos por los patriarcas para evitarla, y la oposicion de todos los cismáticos causaron grandes desórdenes.

Tales divisiones debilitaron en gran manera la Armenia; y los tártaros informados de ello hicieron una irrupcion en este reino, se apoderaron de la Georgia y de la gran Armenia, destruyeron la ciudad de Daun, en la que contaban más de mil iglesias y más de cien mil familias.

Los sucesores de Leon, despues de haber sostenido diferentes ataques de los sarracenos y de haberlos atacado ellos mismos, se reunieron á los tártaros, y convocaron un concilio á fines del siglo XIV. En este concilio se reconoció que Jesucristo tenia dos naturalezas y dos voluntades. Esta asamblea estuvo compuesta de veinte y seis obispos, diez doctores y siete abades.

Los cismáticos se levantaron contra el sínodo y protestaron contra todo lo que en él se habia hecho, y fué voz pública de que hicieron asesinar á Haiton y Leon, su sobrino, que eran reyes de la Armenia.

En el concilio citado que se celebró en 1307 se cimentó el plan de union de la Iglesia griega con la Iglesia romana, propuesto por el patriarca Gregorio, muerto algun tiempo

antes del concilio ; y se estableció que se celebrarían las fiestas en los mismos dias en que aquella las celebra ; que en el trisagio se diria, *Christe, qui crucifixus es, etc.*, y que se mezclaria agua con vino en el santo sacrificio.

Más tarde el sucesor de Leon III hizo reunir un nuevo concilio, que confirmó todo lo que el precedente habia hecho, y los monofisitas se opusieron á esta asamblea como se habian opuesto á la anterior.

Los armenios monofisitas insultaban continuamente á los católicos, y suscitaban con ellos grandes disputas.

Algunos años despues de verificado este concilio, murió Osein II, y los cismáticos obtuvieron las dignidades eclesiásticas.

Despues de la muerte de Gregorio un monje llamado Ciriaco, apasionado por el cisma, sacó de la ciudad de *Sis* la santa reliquia de la mano derecha de san Gregorio y la llevó á Echmiadzin, donde consiguió hacerse elegir patriarca por los cismáticos, pues *Sis* ha conservado hasta el dia su patriarca, cuya jurisdiccion se extiende sobre la Cilicia y la Siria, al tiempo que Echmiadzin tiene el suyo.

Ciriaco disfrutó poco tiempo de su usurpacion, pues fué arrojado dos años despues de su eleccion en 1447.

Dejando aparte otros sucesos de los que nos dan cuenta los historiadores, añadiremos á lo expuesto, que desde aquella época ha habido patriarcas que han deseado la union con la Iglesia romana ; empero todos sus esfuerzos han sido en vano, no habiendo logrado persuadir á la nacion. Sin embargo, los misioneros, en su mayor parte de la Compañía de Jesús, en su incansable celo no han dejado de

trabajar en aquel sentido, y han conseguido la conversion de un gran número de personas cismáticas, y aun hoy dia continúan en tan santa tarea, pudiendo esperar á vista de los felices resultados obtenidos hasta el presente que no está muy lejana la época en que toda la Armenia sea católica, sometién dose á la suprema autoridad de la Iglesia.

Hoy se hallan divididos en armenios francos y armenios cismáticos ; los francos son los que el padre Barthelemy, dominicano, enviado por el papa Juan XXII, convirtió á la fe católica ; estos habitan siete lugares en un canton fértil llamado *Abrener* ; tambien hay algunos en Polonia, dirigidos por un patriarca que se sometió á la silla de San Pedro en 1616.

El historiador Ploquet, que nos ha suministrado la mayor parte de las noticias que hemos dado, nos dá las no menos importantes siguientes acerca de la creencia de aquellos cismáticos y del gobierno eclesiástico de los armenios.

De la creencia de los armenios cismáticos.

El error capital de los armenios es el de no reconocer el concilio de Calcedonia : aparte de este error, no se diferencian propiamente hablando de la Iglesia romana, mas que en el rito. Tienen todos los sacramentos de nuestra Iglesia católica.

Hay sin embargo entre ellos algunos errores acerca de la procesion del Espíritu Santo y sobre el estado de las almas despues de la muerte. Creen que las almas no serán recompensadas ni castigadas hasta el dia del juicio final.

Algunos creen tambien que Dios crió todas las almas al principio del mundo, que Jesucristo sacó todas las almas del infierno, que no existe el purgatorio, y que las almas separadas de los cuerpos están errantes en la region del aire.

Empero éstos errores son particulares y no puede decirse por lo tanto que pertenecen á la Iglesia de Armenia: han sido introducidos por el trato continuo que tienen con los de otros países; pues no ha habido cuestion sobre estos errores luego que se trató de la union de los armenios con la Iglesia romana (1).

Por otra parte, los rezos, los cánticos, los himnos más antiguos de la Iglesia armenia son contrarios á tales errores (2). En los rituales se encuentran las plegarias por los difuntos, el culto de los santos, el de las reliquias, en una palabra, toda la creencia de la Iglesia romana. Son, pues posteriores los cambios que se han verificado entre ellos.

La Iglesia romana no es culpable de algunas de las innovaciones que los protestantes le reprochan, pues que encontramos su creencia en una iglesia que no depende del papa: y esta conformidad de la creencia de la Iglesia de Armenia con la doctrina de la Iglesia romana, no es un efecto del comercio de los armenios con los latinos, y de la necesidad que los armenios tuvieron de los papas en el tiempo de las Cruzadas, como quiere hacer creer Mr. de la Croze (3).

Esta creencia de la Iglesia romana es consagrada en los rituales y en los rezos de la Iglesia de Armenia, de mucha

(1) Véanse las actas del concilio de Armezia, celebrado en 1349.

(2) Notices arméniens. Lettre de l'abbé de Valdey, avec une traduction française des cantiques arméniens. Journal de Trévoux, 1724.

(3) Cristianismo de la Etiopia, por La Croze, parl. IV.

más antigüedad que su comercio ó trato con los latinos (1).

Hay sin embargo algunos abusos entre los armenios y algunas reminiscencias de opiniones judaicas: observan el tiempo prescrito por la ley de Moisés para la purificacion de las mujeres: se abstienen de la carne de todos los animales que la ley ha declarado inmundos, de los que ellos separan la carne del cerdo, sin dar razon alguna de esta excepcion. Créense culpables de pecado si han comido carne de un animal inmundos.

A la manera que los judíos ofrecen á Dios el sacrificio de los animales que inmolan á las puertas de sus iglesias, por el ministerio de sus sacerdotes; mojan un dedo en la sangre de la víctima y hacen una cruz en su puerta.

El sacerdote retiene para sí la mitad de la víctima, y los que la presentaron retiran la otra mitad: hacen estos sacrificios en todas las grandes fiestas, para obtener la curacion de sus enfermedades ú otros beneficios temporales (2).

Dios que habia prescrito á los judíos sus sacrificios y ceremonias, les habia ofrecido bienes temporales si observaban su ley. Jesucristo, por el contrario, no ha ofrecido sino bienes espirituales.

Los armenios para gozar de ambas ventajas unieron á la profesion de la religion cristiana la práctica de la ley judaica.

Del gobierno eclesiástico de los armenios.

Los armenios tienen un patriarca que reside en Echmiadzin y es reconocido por todos los armenios como el jefe de

(1) Nouveaux mémoires, ibid. Lettre de l'abbé de Villefroy, ibid.

(2) Ibid.

— 28 —

su Iglesia y del gobierno eclesiástico; toma el nombre y la cualidad de pastor católico y universal de toda la nacion.

El patriarca es elegido á pluralidad de votos de los obispos que se encuentran en Echmiadzin: el acta de la eleccion es enviada á la corte de Persia para obtener la aprobacion del rey.

Esta aprobacion ó consentimiento se compra bajo el nombre especioso de un rico presente para Su Majestad y para sus ministros: empero si la ambicion y la parcialidad vienen á dividir los sufragios y á hacer doble la eleccion, entonces el patriarcado es puesto á subasta y adjudicado al mejor postor, al último que ha pujado.

El rey no espera siempre á que la eleccion sea hecha: á veces la previene cuando quiere, indicando al patriarca que á él le agrada.

El patriarca se atribuye un poder absoluto sobre los obispos y arzobispos, pero para usar de su derecho es obligado á confirmar las elecciones que se hacen por las iglesias particulares ó los nombramientos que vienen por la parte del Gran Señor.

Las rentas del patriarca son muy considerables, tanto que llegan por lo ménos á cien mil escudos, sin que por poseer tanta riqueza ostente una gran magnificencia, pues vive como un simple monje, no se alimenta más que de legumbres ni usa otra bebida que el agua, y reside en un monasterio como los demás monjes.

Estas grandes rentas del patriarca se forman en parte de las tierras pertenecientes á su monasterio y en parte de

— 29 —

una contribucion que pagan los pueblos, y casi toda se emplea en sostener la proteccion de la corte, en la conservacion del monasterio, en las reparaciones de las iglesias y su adorno y en el socorro de los pobres, á lo que se atiende muy especialmente para que no tomen pretexto de su necesidad para abandonar el cristianismo.

Todos los obispos viven como el patriarca; pero resplandece en ellos la ambicion, pues forman solicitudes y hacen cábalas para obtener las dignidades eclesiásticas.

Cada iglesia particular tiene su consejo, compuesto de los ancianos más respetables y considerados: este consejo elige el obispo y pretende tener el derecho de deponerle si hay para ello causa justa.

Hay en la Iglesia de Armenia vertabjets ó doctores. Llevan la cruz y tienen una mision particular para predicar por todas partes. Algunos son superiores de monasterios, y los otros recorren los pueblos pronunciando sermones que las gentes oyen con respeto.

Para adquirir el título de vertabjets no es necesario más que haber sido discípulo de otro. El que una vez ha adquirido el título, queda facultado para concederlo á aquellos de sus discípulos que juzga acreedores á este honor. Cuando han adquirido el título de santos Padres, por haber escrito algun tratado de historia eclesiástica, sobre todo que contenga sus opiniones erróneas, son ya reputados como consumados doctores.

Estos vertabjets se hacen objetos de gran respeto.

El que visita á uno de ellos sin exceptuar los mismos sacerdotes, avanza hacia él para besarle la mano; despues se

retira á tres ó cuatro pasos de distancia, donde se arrodilla para recibir sus consejos.

Sus sermones son de historia fabulosa y van dirigidos á sostener en el pueblo sus prácticas supersticiosas.

Los verfabjets predicán sentados, y terminado el sermón hacen una colecta para ellos. Los obispos que no son verfabjets están obligados á predicar de pié.

Estos verfabjets observan nueve meses del año el ayuno más rigoroso, y el celibato todo el tiempo de su vida: son muy ambiciosos y todo lo sacrifican á esta pasión. Por su exterior austero dominan sobre el pueblo ignorante, que ellos sostienen en su ignorancia porque ella forma la base de su crédito y de su poder. Sin cesar declaman contra los latinos y contra los misioneros que van á su país para ilustrarlos. Todo su conato estriba en sostener al clero y al pueblo en la ignorancia y en la superstición.

Toda la ciencia de los sacerdotes consiste en saber leer de corrida el misal y entender las rúbricas: toda la preparación para recibir el sacerdocio consiste en permanecer cuarenta días en la iglesia, al último de los cuales se les ordena. En el mismo día dice la misa que es seguida de un gran banquete, durante el cual, la *papodie*, esto es, la mujer del nuevo sacerdote, permanece sentada sobre un escabel, con los ojos vendados, tapados los oídos y la boca cerrada para demostrar el recato que ella debe tener á la vista de las funciones santas en que vá á emplearse su marido. Cada vez que un sacerdote debe decir la misa, pasa la noche en la iglesia.

Luego que los niños han aprendido á leer, su maestro de

escuela los presenta al obispo que los ordena á los diez ó doce años de edad.

El obispo recibe doce sueldos por cada ordenación (1).

BARSANIANOS

Ó SEMIDALITAS.

Herejes que aparecieron en el siglo vi. Defendían los errores de los gadimitas, y consistían sus sacrificios en tomar con las yemas de los dedos la flor de la barina y llevarla á la boca (2).

CAUCAUBARDISTAS.

Rama de eutiquianos que en el siglo vi siguieron el partido de Severo de Antioquia y de los acéfalos. Rechazaban el concilio de Calcedonia, y sostenían, como Eutiques, que no había más que una sola naturaleza en Jesucristo. Se les llamó *caucaubardistas* por el lugar en que tuvieron sus primeras reuniones. *Nicéforo, lib. 13, c. 49; Baronio, año 335.* Algunos los llamaron *cautobardistas* y otros *caudobardistas*.

(1) Pluquet: *obras citada.*

(2) S. Juan Damas., de Her. Baronio, 34 año, 335.

CONONITAS.

Heroes del siglo vi que seguían las opiniones de un cierto Conon, obispo de Tarso (en la Natolia); sus errores acerca de la Santísima Trinidad eran los mismos que los de los tritheístas ó tritheitas. Disputó contra Juan l'itopon, otro seclario, para saber si en la resurrección de los cuerpos Dios restablecería también á la vez la materia juntamente con la forma de ellos ó solamente una de las dos cosas. Conon sostenía que el cuerpo no perdía nunca su forma; que solo la materia tenía necesidad de ser restablecida. O este hereje se explicó mal, ó enseñó un absurdo.

CORRUPTÍCOLAS.

Secta de eutiquianos que apareció en Egipto hacia el año 531, y que tuvo por jefe á Severo, falso patriarca de Alejandria. Sostenía que el cuerpo de Jesucristo era corruptible; que el negar esta verdad era atacar la realidad de los padecimientos del Salvador. Por otro lado Juliano de Halicarnaso, otro eutiquiano refugiado en Egipto, pretendía que el cuerpo de Jesucristo ha sido siempre incorruptible; que el sostener lo contrario era admitir una distinción entre Jesucristo y el Verbo, por consiguiente suponer dos naturalezas en Jesucristo, dogma que Eutiques había combatido con todas sus fuerzas.

Los secuaces de Severo se llamaron *corruptícolos* ó adoradores del corruptible; los de Juliano fueron llamados *incorruptibles* ó *autasiastas*. En esta disputa, que dividió á la ciudad de Alejandria, el clero y las potestades seculares favorecían al primer partido; los monjes y el pueblo se inclinaban al segundo.

HELICITAS.

Fanáticos del siglo vi que hacían una vida solitaria. Hacían consistir principalmente el servicio de Dios en entonar cánticos y bailar con las religiosas, para imitar, decían, el ejemplo de Moisés y de Maria. Esta locura se asemejaba mucho á la de los montanistas, que se denominaban *ascitas* ó *ascódrutas*; pero su secta desapareció antes del siglo vi. Los *helicitas* parece que eran solo religiosos relajados que habían tomado un gusto ridículo por el baile: su nombre tal vez, derivado del griego *lo que vuelve*, era debido probablemente á sus danzas en círculo.

ISOCRISTAS.

Este es el nombre de una secta que apareció hácia la mitad del siglo vi. Después de la muerte de Nonno, monje originista, sus sectarios se dividieron en prototistas ó tetraditas y en isocristas. Esta palabra significa *igual á Jesucristo*. Discurrían de este modo: Si los apóstoles hacen

al presente milagros, lo que es para ellos un gran honor, ¿qué ventajas recibieron en la resurrección si no llegaron á ser iguales á Jesucristo? Esta proposición fué condenada en el concilio de Constantinopla del año 553.

CRISTOLITAS.

San Juan Damasceno es el solo que habla de esta secta. Sus partidarios sostenian la absurda enseñanza de que al resucitar Jesucristo habia dejado en los infiernos su cuerpo y su alma, y que solo subió al cielo su divinidad. Es lo único que nos dice el citado Padre, y esta secta debió extenderse muy poco cuando no hace mención de ella ningun otro escritor.

ILIRICANOS.

Estos herejes del siglo vi sostenian que las buenas obras no son necesarias para la salvacion, y renovaron al mismo tiempo los errores del arrianismo.

Tomaron el nombre de iliricanos, porque reconocian por jefe á Matias Francowitz, que era natural de la Iliria.

Esta secta desapareció muy pronto; empero su impia doctrina acerca de la inutilidad de las buenas obras para alcanzar la salvacion eterna, fué renovada en el siglo xvi por los protestantes, que proclamaron que la fé por sí sola es suficiente. Ya hemos indicado en otra ocasion que es esta una

doctrina muy cómoda para aquellos que dominados por las pasiones no se ven dispuestos á renunciar á los placeres de la vida, y quieren conseguir la felicidad eterna sin trabajar para ello.

El apóstol san Pedro dice: Sed muy solícitos para hacer cierta vuestra vocacion y eleccion por las buenas obras (1).

(1) II Pet., 1, 10.

SIGLO SÉPTIMO.

INTRODUCCION.

Ya hemos visto cuán poco importantes fueron las herejías del siglo vi. Sin embargo no habían terminado las turbulencias causadas en la Iglesia y en el imperio por las del siglo anterior. La condenación de Nestorio y la de Eutiques habían causado grande alegría á los fieles. Los devotos y amantes de la Santísima Virgen, que eran todos los católicos, celebraban el triunfo conseguido por la Señora en el inolvidable concilio de Éfeso y contribuían á hacer más espléndido su culto. Las iluminaciones de aquella ciudad venturosa donde fué aclamada la maternidad divina de María, fueron el preludio de esas otras dignas de admiración que en la serie de los siglos van venido anunciando al mundo las grandes festividades que celebra la Iglesia en honra y gloria de la Protectora benéfica de la humanidad.

Fijémonos nuevamente en las consecuencias de aquellas terribles herejías condenadas en Éfeso. La Iglesia había

definido contra Nestorio que habia una sola persona en Jesucristo, y contra Eutiques que habia dos naturalezas.

Sin embargo, aun habia nestorianos y eutiquianos; los últimos pretendian que no podía condenarse á Eutiques sin renovar el arrianismo y sin admitir dos personas en Jesucristo. Los nestorianos, por el contrario, sostenian que no se podía condenar á Nestorio sin caer en el sabelianismo y sin confundir como Eutiques la naturaleza humana y la divina.

Precisamente la terquedad de todos estos partidarios de los más groseros errores causaba muchas agitaciones, tanto que así la Iglesia como el imperio buscaron los medios de terminarlas. No se trataba ya de establecer la verdad contra los nestorianos y eutiquianos. La Iglesia habia hablado, y la verdad del dogma estaba establecida.

Cuando renacian las disputas y discusiones, Heraclio se propuso acabar con los restos del nestorianismo y del eutiquianismo, que habian resistido á los anatemas de los concilios y al poder de los emperadores.

Con este objeto reunió un concilio y dio un edicto que hacia del monotelismo ó del error que supone una sola voluntad en Jesucristo, una regla de fé y una ley del imperio.

Al obrar de este modo, Heraclio se olvidó de la gloria que habia conquistado contra los sarracenos y contra los persas. Su empeño era destruir de una vez dos herejias, empero se hace patrocinador de otra. Él miró como peligrosos para la religion y para el Estado á los enemigos de su edicto.

Sus sucesores no siguiendo la regla de costumbre de Heraclio se ocuparon en prohibir ó combatir el monotelismo; en tanto que las provincias se hallaban oprimidas por sus

gobernadores y devastadas por los bárbaros que penetraban por todas partes en el imperio.

En este mismo siglo, dice Pluquet, una maniquea retirada en las montañas de Armenia inspiró á su hijo el deseo de hacerse apóstol de su doctrina.

Aquel hijo se llamaba Pablo y era entusiasta: hizo prosélitos y dió su nombre á la secta.

Tuvo por sucesor á Sylvain que reformó el maniqueismo y que emprendió el ajustar el sistema de los dos principios á la Escritura, de suerte que parecia apoyarse sobre la Escritura misma, una regla de fé que queria. Reprochaba á los católicos el que daban en los errores del paganismo, adorando á los santos como á divinidades.

En otro lugar de esta obra hemos defendido el culto de los santos y de las reliquias, demostrando que lejos de asemejarnos esto al paganismo, es muy conforme á la razon como lo es toda la doctrina de la Iglesia. Nosotros, repetimos aquí, no adoramus á los santos sino que les tributamos un culto de *dulia* ó de intercesion: procuramos hacernos favorables á estos amigos de Dios para que sean nuestros intercesores ante la Majestad divina.

La nueva secta del maniqueismo reformado pasó á los ojos de los sencillos como una sociedad que hacia profesion de un cristianismo perfecto. Los paulicianos hicieron en este siglo grandes progresos.

Fijémos ahora en un espectáculo digno de observacion, cuyo estudio es suficiente para que los incrédulos abran los ojos á la luz de la verdad.

Los herejes engruesando sus formidables falanjes han

dado á la Iglesia los más rudos combates; empero mientras uno tras otro han ido desapareciendo de la faz de la tierra, ella ha permanecido en pie, incontrastable como una roca, sobre las ruinas de sus enemigos, coronada de gloria, y entonando continuos himnos de victoria. Verdad es que la han affigido y molestado esos primogénitos de Satanás, que neciamente han dirigido contra ella sus tiros: pero la hija del cielo, sobrenadando entre las continuas oleadas del embravecido mar de las pasiones, sigue su rumbo majestoso hasta el fin de los tiempos, rica con su fé, poderosa con su doctrina celestial, invariable en sus dogmas, siempre la misma en todos los puntos del globo.

La prerogativa de perpetuidad vinculada á la Iglesia, cuyo primer pontífice y cabeza visible fué san Pedro, subsiste hoy en sus sucesores, y subsistirá hasta el último día del postrero siglo. ¡Quién puede dudarlo! Está garantizado por la promesa de un Dios que ni puede engañarse ni engañarnos. Jesucristo dijo que las puertas del infierno, esto es, todo su poder, los cismas, las herejías, el odio de los mundanos no prevalecerían jamás contra la Iglesia; que todos los esfuerzos del poder humano vendrían á estrellarse contra su fundación divina, sobre esa fuerte roca que resiste á toda clase de temporales. Vemos desaparecer los imperios, mudarse las dinastías, caer los tronos hechos astillas, á las monarquías convertirse en repúblicas, á estas en monarquías: observamos los grandes desastres causados por sangrientas revoluciones que arrastran en pos de sí reyes, ejércitos, príncipes y naciones, y en tanto el trono del representante de Jesucristo, del sucesor del pescador de Galilea, se sostiene firme, viendo pasar ese cúmulo de miserias humanas, de

ambiciones, de deseos de dominacion, causa de esos grandes cataclismos sociales que hacen estremecer al mundo y desquician los cimientos de la sociedad.

No hay que extrañarlo: Jesucristo aseguró que jamás faltaría á la Iglesia la asistencia del Espíritu Santo y que estaría con ella hasta el fin de los tiempos.

Tales promesas no son temporales ni personales: subsistirán siempre vinculadas en los legítimos sucesores del apóstol san Pedro, que á través de las edades vienen conservando en toda su pureza el gran depósito de la fé, de la revelacion y de las magnificas y consoladoras verdades consignadas en las páginas del Evangelio.

La cátedra de Pedro ha sido reconocida siempre por centro de la unidad católica, respetada, obedecida y consultada desde los más remotos paises; y de todas partes, de las regiones más apartadas, pastores y fieles acuden á beber en su origen las puras aguas de la doctrina de verdad.

Hace pocos años acudíamos cada mañana á los pórticos del gran templo, de la suntuosa Basílica Vaticana, donde veíamos acudir obispos de todos los paises del mundo, del Oriente, del Occidente, de todos los puntos del globo que obedientes á la voz del inmortal pontífice Pío IX, sobrecando los mares y hasta exponiéndose algunos á mil peligros en largos é incómodos viajes, acudían á la celebracion de un concilio general. Nuestros ojos se arrasaban de lágrimas al ver tantos ancianos venerables, entre los cuales habia alguno que habia sufrido los tormentos del martirio por la fé y que milagrosamente escapara de la muerte. ¡Oh! La per-

petuidad de la Iglesia es un hecho digno verdaderamente de admiración.

Y cuando aquel hecho memorable se verificaba: cuando los pastores encargados de regir los rebaños de Jesucristo en diferentes localidades y en diversos climas se agrupaban al rededor de la cátedra infalible del sucesor de Pedro, esta se veía ya amenazada de un modo terrible por poderes de la tierra, en cuyos planes entraba el apoderarse sacrilegamente del patrimonio de san Pedro y el oprimir por todos lados al Vicario de Jesucristo. Sin embargo, la Iglesia tranquila, descansando en las promesas de su Fundador divino, continuaba desempeñando su sublime magisterio.

Aquella augusta asamblea, el gran concilio Vaticano definió el dogma de la infalibilidad pontificia. Rugió Satan: los enemigos de la Iglesia pusieron el grito en el cielo, y mil plumas mojadas en hiel publicaron las blasfemias que salían del seno de las sociedades secretas, zahiriendo á la Iglesia, á su Jefe supremo y al Episcopado universal, que habia dado aquel golpe de muerte á los enemigos del pontificado.

Hoy, cuando estas líneas escribimos, la Iglesia nos ofrece otro espectáculo no ménos digno de observación. Su Jefe, el Vicario de Jesucristo, se halla completamente desposeído de su principado civil: los planes fraguados por la masonería se han convertido en hechos. Roma, la capital del mundo cristiano, donde reside la cátedra de la verdad, se halla en poder de los enemigos. Leon XIII, digno sucesor de Pio IX, continúa en la cautividad que sufrió este en los últimos años de su pontificado. Frente por frente á la cátedra

infalible de Pedro se levantan otras cátedras de los más groseros errores. La ciudad ha perdido aquel carácter de piedad que arrebatava las atenciones; y en las procesiones cívicas que han reemplazado á las de la Iglesia, se hace público alarde de impiedad, y no pasa día sin que se renueven las blasfemias contra Dios, contra la Virgen Inmaculada, y sin que se ridiculice de un modo ó de otro la sagrada persona del Vicario de Jesucristo.

Sin embargo, el Pontífice permanece tranquilo junto á los gloriosos sepulcros de los santos apóstoles Pedro y Pablo, rogando por sus enemigos, como Jesucristo, soberano Maestro, rogaba por los suyos cuando se hallaba pendiente del patíbulo de la cruz. Y desde aquel retiro habla, y su voz se trasmite hasta los confines del mundo; manda, y es obedecido por millones de católicos; enseña como doctor universal, y su enseñanza es recibida y acatada en todas partes. ¿Qué monarca, por poderoso que sea, puede gozar de tanta gloria? ¿Y quien no vé en esto la mano de Dios, la realización de las promesas hechas por Jesucristo á su Iglesia?

¡Oh! La Iglesia romana es la madre de los santos, la depositaria fiel de las divinas Escrituras y tradiciones; en ella como monte elevado sobre la cima de los otros montes (1), se hallan realizadas las antiguas profecías, los símbolos, las alegrías, las figuras, y solo en ella se verifican los verdaderos milagros.

Cerca de diez y nueve siglos van transcurridos desde su fundación, y ni un solo día han faltado las promesas vincu-

(1) Isaie, II, 2.

ladas á la Iglesia: ni un solo momento han prevalcido contra ella las puertas del infierno; jamás le ha faltado su firmeza y estabilidad. El poder de los tiranos nada omitió para destruirla, pero solo consiguió propagarla, porque las hogueras y demás tormentos formaron semilleros de cristianos, que todo lo llenaban en el siglo II, como decía Tertuliano á los Césares. Los filósofos paganos nada pudieron conseguir, y los más sabios entre ellos se rindieron á la verdad.

¿Y los herejes? Ya lo hemos dicho. Estos dieron los más rudos combates, empero no pudieron mover la roca inquebrantable.

Al llegar en nuestra historia de las herejías al siglo VII, preguntaremos ¿qué había sido ya en esta época de Arrio, Apolinar, Macedonio, Nestorio, Eutiques y demás heresiarcas que esgrimieron las armas de los sofismas contra los dogmas católicos? Todos habían desaparecido de la escena del mundo, y la Iglesia en tanto continuaba coronándose de nuevas victorias, llevando á cabo su misión civilizadora.

Aun nos resta historiar herejías no ménos terribles que las de aquellos abortos del infierno: aun hemos de ver nuevos y más horribles combates, tales como los del protestantismo del siglo XVI, y de consiguiente tendremos nuevos motivos de admirar la grandeza del catolicismo.

La Iglesia figurada desde el Génesis en el Arca en la que Noé y su familia se libertaron del general naufragio que hiciera perecer á toda carne, es la verdadera Arca de salvación que resiste á las más encrespadas tempestades, y dentro de la cual únicamente podemos arribar á los altos montes de la Gloria.

AGARENIANOS.

Con este nombre fueron distinguidos algunos cristianos que en el siglo VII renunciaron al Evangelio por profesar el Alcoran. Negaban el misterio de la Santísima Trinidad y pretendían que Dios no había podido tener un hijo por la razón de que no había tenido mujer.

Estos cristianos apóstatas, á los que probablemente la mucha ignorancia les apartó del seno de la Iglesia, recibieron el nombre de agarenos por haber abrazado la religión de Mahomet y de los árabes, que descendían de Ismael, hijo de Agar (1).

AGIONITAS.

Era una secta de hombres corrompidos que condenaban el matrimonio y la castidad, que miraban como una sugestión del mal principio. Se entregaban á toda suerte de infamias.

Aparecieron estos sectarios hacia el año de 694, bajo Justiniano II, gobernando la Iglesia el papa Sergio. Fueron condenados por el concilio de Gangres (2).

No tuvieron muchos sectarios, porque á la inteligencia del hombre más sencillo se presentaba que aquellos sectarios

(1) Stockman, Letic.

(2) Ibid.

— 46 —

no eran otra cosa que hombres corrompidos, de perversas costumbres, enemigos de la tranquilidad pública y del sosiego y la paz de las familias. Así los hombres honrados, pensarán del modo que quisieran en materia de religion, huían hasta del trato de unos hombres que formaban una verdadera plaga social. No necesitamos decir más sobre esta secta impia.

LAMPECIANOS.

Herejes que se levantaron, en el siglo vii, como dicen muchos críticos, ó á fines del siglo iv como quieren otros. Prateolo los confundió malamente con los sectarios de Wiclef que aparecieron mil años despues.

Los *lampeccianos* seguan en muchos puntos las doctrinas de los arrianos; pero no se sabe si anadian á estos algunos errores de los marcionitas. Sabemos positivamente, por el testimonio de san Juan Damasceno, que condenaban los votos monásticos, singularmente el de obediencia, como contrario, decian, á la libertad de los hijos de Dios. Permitian á los religiosos llevar el habito que les acomodaba pretextando que era ridiculo fijar el color y la figura del vestido para una profesion más bien que para otra, y fingian que ayunaban los sábados.

Segun algunos autores, estos *lampeccianos* se llamaban tambien marcionistas, masalianos, euquilas, entusiastas, choreutos, adalfanos y eustianos. San Cirilo de Alejandria, san Flaviano de Antioquia y san Anfíloca de Iconio escri-

— 47 —

bieron contra ellos; por consiguiente fueron mucho más antes del siglo vii. Véase la nota de Cotelier sobre las *Constituciones apostólicas*, lib. 5, cap. 15, nota 5. Parece que confundieron el nombre de *marcionistas* con el de *marcionitas* los que dijeron que los *lampeccianos* adoptaron los errores de estos últimos herejes.

Es mucho más probable que las sectas de que acabamos de hablar no hicieron cuerpo, ni tuvieron creencia fija, y que por eso los antiguos no nos dan una noticia exacta de estos herejes.

No es extraño que los votos monásticos inviesen adversarios y censores, habiendo sido estos los que se fastidiaban de su estado; pero fueron defendidos y justificados por los Padres más respetables. Por lo ménos hay en su favor una suposicion de mucha importancia; y es que ordinariamente los que se disgustaron de la vida monástica, y la dejaron para volver al siglo, no eran personas de mucha importancia.

ETNOFRONES.

Herejes del siglo vii, que querian conciliar la profesion del cristianismo con las supersticiones de los paganos, como la astrologia judiciaria, los sortilegios, los agüeros y todas las diferentes especies de adivinacion. Practicaban las expiaciones de los gentiles, celebraban sus fiestas, observaban como ellos los dias felices ó aciagos. De aquí viene el nombre de *etnofrones*, *gentil pagano*; yo pienso, yo soy de pa-

recer, porque conservaban las opiniones de los paganos bajo la máscara del cristianismo. *San Juan Damasceno, hares.*, n. 94.

Prueba este empeño que no ha sido fácil desarraigar de naciones enteras los errores y absurdos con que el politeísmo había infestado al género humano: y que si el cristianismo llegara á extinguirse, no tardaría en renacer esta enfermedad.

PARHERMENEUTAS.

Falsos intérpretes. Se llamó así, en el siglo vii, á ciertos herejes que interpretaban la Sagrada Escritura según su sentido particular, y que no hacían ningún caso de las explicaciones de la Iglesia y de los doctores ortodoxos. Probablemente esto dió lugar al cánón 19 del concilio *in Trullo*, celebrado en el año 692, que prohíbe explicar la Sagrada Escritura de otro modo que el de los santos Padres y doctores de la Iglesia. Mas este abuso ha sido común á todas las sectas heréticas.

AGINIENSES.

La etimología de este nombre indica el odio, ó mejor el horror á las mujeres. Parece ser esta secta la misma que hemos dado á conocer más arriba con el nombre de *agionitas*, porque ambas pertenecen al mismo siglo y son enemigas

del matrimonio; solamente que el nacimiento de los aginienses se fija en 634, y la de los agionitas en 694 bajo el imperio de Justiniano II, según quedó indicado. Los aginienses enseñaban que el matrimonio era no solamente prohibido sino que debía ser mirado con horror y como una obra de Satanás, pues que Dios nunca había instituido ni aprobado la unión del hombre y de la mujer. No puede ser más grosero este error. Todo hace comprender que aquellos sectarios eran hombres corrompidos y entregados al desfreno de las pasiones. De otro modo no se puede comprender que hombres dotados de razón pudieran caer en tales extravagancias.

TEOCATAÑOSTES.

Con este nombre distingue san Juan Damasceno á los herejes, ó, mejor dicho, á los blasfemadores que vituperaban palabras ó acciones de Dios y de algunas cosas contenidas en la Escritura Santa. Probablemente formaban algún resto del maniqueísmo.

Algunos autores han colocado á estos incrédulos en el siglo vii; pero san Juan Damasceno, que es el que más se ocupa de ellos, no dice nada acerca de la época en que aparecieron: siguiendo, pues, la opinión general los colocamos en este siglo. El santo citado, en su *Tratado de las Herejías*, los llama con repetición hombres impíos, corrompidos, tales como no se habían visto en el mundo.

El nombre con que se les distingue está formado de pala-

bras griegas que significan Dios, y juzgar á condenar. Sin temor puede aplicarse á los incrédulos de nuestros días, que sin la menor dificultad vituperan el contenido de los libros santos al tiempo mismo que aptenden de memoria y repiten á cada paso ciertos textos que, mal interpretados por ellos, parecen convenir con las ideas que defienden y forman su bello ideal. Por ejemplo, los enemigos del principado civil de la Santa Sede no sueltan de los labios el texto *Regnum meum non est de hoc mundo*, sin comprender ni con mucho el sentido en que Jesucristo pronunció estas palabras dirigiéndose á Pilatos: empero háblesetes del texto de san Mateo *Tu es Petrus*, etc., en el que se declara la supremacía de Pedro y sus sucesores, y no quieren entenderlo ó lo interpretan á su manera. Tal es el carácter de la moderna incredulidad, nacida del orgullo, de ese orgullo satánico que hace que el hombre no quiera sujetar su razon á las verdades reveladas ni reconocer autoridad de ninguna clase. No se niega hoy este ó aquel dogma, esta ó aquella verdad revelada; se niega todo, se combate todo, porque no quiere reconocerse más que el yo humano, y en tanto esa misma razon que no se sujeta á la revelacion cree en absurdos ridiculos, como veremos al historiar los errores del siglo diez y nueve.

MONOTELITAS.

Expondremos aqui las noticias que Bergier nos da sobre esta secta, y despues combatiremos sus errores: « Los mo-

notelitas fueron un vástago de los eutiquianos. Eutiques habia enseñado que por la Encarnacion del Hijo de Dios habia sido absorbida la naturaleza humana por la divinidad de Jesucristo, de tal modo, que de las dos resultó una sola naturaleza: este error fué condenado en el concilio de Calcedonia. Los *monotelitas* sostenian la subsistencia de las dos naturalezas, y que la humanidad no se habia confundido en Jesucristo con la divinidad; pero que la voluntad humana estaba tan perfectamente sujeta y gobernada por la voluntad divina, que no le quedaba ninguna actividad ni accion propia; que asi no habia en Jesucristo más que una sola voluntad y una sola operacion. De aqui vino su nombre derivado de dos palabras griegas que significan *solo y querer*.

El emperador Heraclio fué el que dio lugar á esta nueva herejia el año 630. Con el objeto de reunir á la Iglesia católica á los *eutiquianos* ó *monofisitas*, imaginó que se debía tomar un medio entre su doctrina, que consistia en no admitir en Jesucristo sino una sola naturaleza, y la doctrina de los católicos, que sostenian que Jesucristo, Dios y hombre, tiene dos naturalezas y dos voluntades; que tal vez se les podria conciliar diciendo que hay realmente en Jesucristo dos naturalezas, y que no hay más que una sola voluntad divina. Los que le sugirieron este expediente fueron Atanasio, obispo principal de los armenios *monofisitas*; Pablo, que era uno de sus doctores, y Socio, patriarca de Constantinopla y amigo de la secta de aquellos. En consecuencia, Heraclio publicó en el año 630 un edicto mandando recibir esta doctrina. El mal resultado de su política

demostró que en materias de fé no hay medio ni expediente que tomar entre las verdades reveladas por Dios y la herejía.

Atanasio, patriarca de Antioquía, y Ciro, patriarca de Alejandria, admitieron sin resistencia el edicto de Heraclio; el segundo reunió un concilio en el año 633, en el cual hizo que se adoptase la doctrina del edicto. Pero Sofronio, que antes de ser colocado en la silla de Jerusalem habia asistido á este concilio, y se habia opuesto á la aceptacion del edicto, celebró por su parte otro concilio en el año de 634, en el cual hizo condenar como herético el dogma de una sola voluntad en Jesucristo. Escribió al papa Honorio; por desgracia este papa habia sido prevenido y seducido por una carta sagaz de Sergio de Constantinopla, en la que sin negar directamente las dos voluntades en Jesucristo, solo parecia sostener que era *una*, esto es, que estaban perfectamente acordes y nunca opuestas, de donde resultaba la unidad de operacion. Engañado Honorio, aprobó esta doctrina en su respuesta; pero no parece que escribió á Sofronio de Jerusalem reprobando su conducta.

Como todos los católicos aplaudian la firmeza de Sofronio en condenar el *monotelismo*, el emperador Heraclio, para calmar las disputas, publicó en el año 639 otro edicto, llamado *Echthésis* ó *Exposicion de la fé*, que habia compuesto Sergio, en cuyo edicto prohibia que se tratase la cuestion de una ó dos voluntades en Jesucristo; pero enseña, sin embargo, que no habia más que una, es decir, la del Verbo divino. Esta ley fué recibida por muchos obispos de Oriente, singularmente por Pirro, sucesor de Sergio en Constan-

tinopla. Pero el año siguiente el papa Juan IV, sucesor de Honorio, reunió un concilio en Roma que refutó el *Echthésis* y condenó á los *monotelitas*. Informado Heraclio de esta condenacion, se excusó con el Papa echando la culpa á Sergio, pero la division continuó como antes.

En el año 648 el emperador Constante, aconsejado por Pablo de Constantinopla, *monotelita* como sus antecesores, publicó un tercer edicto, llamado *Typo* ó formulario, por el cual suprimia la *Echthésis*, prohibia tratar en adelante esta cuestion, y encargaba perpétuo silencio. Pero los herejes nunca lo guardaron; y además, la verdad debe ser predicada, y no se debe ocultar con el disimulo. En el año de 648 el papa san Martín I celebró en Roma un concilio de ciento cinco obispos, que condenó la *Echthésis*, el *Typo* y el *monotelismo*. El emperador, indignado con esta afronta, culpó de ella al papa, é hizo atentar muchas veces contra su vida. Engañado en sus proyectos, le hizo prender con tropas y conducirlo á la isla de Naxos, donde le retuvo preso por espacio de un año; despues le hizo trasladar á Constantinopla, donde el papa sufrió nuevos ultrajes. Ultimamente le desterró al Quersoneso Táurico, hoy la Crimea, donde este santo papa murió de miseria y de trabajos en el año de 655. Esto solo sirvió para hacer á los *monotelitas* más odiosos.

Finalmente, el emperador Constantino Pogonato, hijo de Constante, por consejo del papa Agaton hizo reunir en Constantinopla en el año de 680 el concilio VI general, en que Sergio, Pirro y los demás jefes del *monotelismo*, y aun el papa Honorio, fueron condenados uno por uno y

proscrita esta herejía. El emperador confirmó con sus leyes la sentencia del concilio.

En este defendió la causa de los *monotelitas* Macario de Antioquia con la mayor sutileza y erudición posible, aunque con bastante mala fé, y no es fácil concebir lo que querían estos herejes, ni saber si se entendían á sí mismos. Hacían profesion de refutar el error de los eutiquianos ó *monofisitas*, y admitían en Jesucristo la naturaleza divina y la humana sin mezcla ni confusión, aunque sustancialmente unida en una sola persona. Profesaban que estas dos naturalezas eran ambas íntegras y completas, revestidas cada una de todos sus atributos y de todas sus facultades esenciales, por consiguiente de una facultad propia á cada una, ó de la facultad de querer, y que esta facultad no era inactiva ó absolutamente pasiva, y sin embargo no sostenían ménos la unidad de voluntad y operacion en Jesucristo.

Esta misma contradicción demuestra que no todos pensaban de una misma manera, y que no se entendían unos á otros. Acaso algunos solo entendían por *unidad de voluntad* una conformidad completa entre la voluntad humana y la divina: esto no era un error, pero deberían haberlo explicado con claridad.

Otros parece que pensaban que por la union sustancial de las dos naturalezas se habían reducido las dos voluntades á una sola, de tal manera que no se podía ya suponer entre las dos sino una distincion metafísica ó intelectual. Los más de ellos decían que en Jesucristo la voluntad humana no era más que el órgano ó instrumento de la voluntad divina,

que obraba por medio de la voluntad humana; y en este caso la voluntad humana era absolutamente pasiva y sin accion; porque sabido es que el operante no es el instrumento, sino el que obra por medio de él. En esta hipótesis la *voluntad humana* era un nombre sin realidad ni significacion.

En vano, pues, se lisonjeban los *monotelitas* de que podían reunir en su sistema á los nestorianos, eutiquianos y católicos: cualquiera que sepa discurrir, no podrá pagarse de su opinion, ni mucho ménos conciliarla con la Sagrada Escritura, que nos enseña que Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre, y que nos muestra en él todas las cualidades humanas, igualmente que todas las divinas. Despues de una larga discusion fueron condenados en el sexto concilio general por unanimidad, sin que nadie se opusiese sino Macario de Antioquia.

Este concilio, despues de haber declarado que confirmaba los cinco primeros concilios generales, declara que hay en Jesucristo dos voluntades y dos operaciones; que se reúnen en una sola persona sin division, sin mezcla y sin confusión; que no son contrarias, sino que la voluntad humana se conforma en un todo con la voluntad divina, y la está perfectamente sumisa. Prohibe enseñar lo contrario, so pena de deposicion contra los eclesiásticos, y de excomunion contra los legos.

Treinta años despues, el emperador Filipo Bardano volvió á tomar la defensa de los *monotelitas*; pero solo reinó dos años. En tiempo de Leon Isáurico, la herejía de los iconoclastas hizo olvidar la de los *monotelitas*, y los que aun

subsistían se reunieron á los eutiquianos. Sin embargo, asegúrase que los mazonitas del monte Libano perseveraron en el *monotelismo* hasta el siglo xi.

Lo que pasó con motivo de esta herejía ofrece á los protestantes muchas observaciones dignas de atención. El traductor de Mosheim dice: 1.º Que cuando Heraclio publicó su primer edicto, se olvidó del papa, porque se creía que no había necesidad de su consentimiento en un negocio que solo pertenecía á las iglesias del Oriente. 2.º Trata de monje sedicioso á Sofronio, patriarca de Jerusalem, y le acusa de haber excitado un espantoso tumulto, con motivo del concilio de Alejandria del año 633. 3.º Dice que el papa Honorio, escribiendo á Sergio, sostuvo como opinion suya que no había más que una sola voluntad y una sola operacion en Jesucristo. 4.º Que san Martin, cuando condenó en el concilio de Roma la *Echêsis* de Heraclio y el *Typo* de Constante, se portó con altivez é impudencia. 5.º Que los partidarios del concilio de Calcedonia tendieron un lazo á los *monofisitas*, proponiendo su doctrina de un modo susceptible de doble explicacion; que mostraron poco respeto á la verdad, y causaron las más incómodas divisiones en la Iglesia y en el Estado. *Siglo vn. part. 2. c. 5, § 4* y siguientes. Mosheim, en su *Historia latina*, está mucho más moderado que su traductor.

En cuanto á la primera observacion, preguntamos cómo podia solo pertenecer á las iglesias de Oriente una nueva herejía, y si un error en la fé no interesa á la Iglesia universal. Cuando el papa Juan IV condenó en el concilio de Roma la *Echêsis* de Heraclio, este emperador no lo llevó á

mal, puesto que se disculpó y achacó su falta á Sergio. Este patriarca y el de Alejandria no creyeron que se pudiera pasar sin el consentimiento del papa en este negocio, por lo que le escribieron para conseguir su aprobacion y el de Jerusalem le envió sus diputados.

En cuanto á la segunda, el monje Sofronio era ya obispo de Damasco cuando asistió al concilio de Alejandria; en vano se prosternó á los piés del patriarca Ciro, suplicándole que no hiciese traicion á la fé católica, so color de hacer que volvieran á ella los herejes. Despues de colocado en la silla de Jerusalem, ¿podia dejar de defender esta misma fé, y demostrar los peligros de la falsa política de los *monotelitas*? El suceso le justificó demasiado, y su conducta mereció la aprobacion plena del sexto concilio general. Es bien extraño que nuestros censores reprueban igualmente el procedimiento poco sincero de los *monotelitas*, y la franqueza de Sofronio, la conducta de los que querian que se guardase silencio, y de los que querian lo contrario.

Respecto á la tercera no tratamos de justificar al papa Honorio; pero no vemos que hubiese sostenido, como su propia opinion, *una sola voluntad* en Jesucristo. Nuestros censores citan á Mr. Bossuet en la *Defensa de la declaracion del clero de Francia*, p. 2, l. 12, c. 21. Las palabras de Honorio, que refiere Mr. Bossuet, en el c. 22, son las siguientes: «En cuanto al dogma de la Iglesia, que debemos tener y predicar, no hay necesidad de hablar de una ni de dos operaciones, por la poca inteligencia de los pueblos, y por evitar el embarazo de muchas cuestiones interminables; sino que debemos enseñar que las dos naturalezas en Jesucristo obran

perfectamente de concierto; que la naturaleza divina hace lo que es divino, y la naturaleza humana lo que pertenece á la humanidad.» Añade: «Que estas dos naturalezas unidas sin confusión, sin división ni mutacion, tienen cada una su operacion propia.» Mr. Bossuet no cita ningun pasaje de Honorio en que se haga mencion de *una sola voluntad*.

Es cierto que Honorio no está de acuerdo consigo mismo cuando dice que las dos naturalezas en Jesucristo tienen cada una su propia operacion, y que sin embargo no se debe hablar de dos operaciones; pero de aquí no se infiere que hubiera admitido una sola voluntad en Jesucristo. Tampoco parece que Sergio, escribiendo á Honorio, se atreviese á proponer este error.

Replicaba que si esto es cierto, ¿por qué el sexto concilio general condenó las cartas de Honorio, como contrarias á los dogmas de los apóstoles, de los concilios y de los santos Padres, y como conformes á las falsas doctrinas de los herejes? ¿Por qué dació que este papa había seguido en un todo el sentir de Sergio, y confirmado sus impios dogmas? Tales son sus palabras. Porque, efectivamente, es contrario á los dogmas de los apóstoles, de los concilios y de los santos Padres el no profesar la fé segun es en sí, y porque Honorio usa en sus cartas el mismo lenguaje que Sergio; y el concilio debió juzgar que pensaba como él, aunque tal vez no fuese así.

Así, pues, los acusadores de Honorio no tienen razon cuando concluyen que Honorio fué verdaderamente hereje, ó que los concilios no son infalibles; los concilios juzgan de los escritos, y no de los ocultos pensamientos de los escritores.

En órden á la cuarta, sostenemos que hubo celo, valor y firmeza en la conducta del papa san Martin, pero que no hubo altívez ni impudencia. Se abstuvo por puro respeto de nombrar los dos emperadores cuyos escritos condenaba: esta condenacion fué firmada por casi doscientos obispos, y en juicio confirmado por el sexto concilio general. Con razon, pues, honra la Iglesia como mártir á este santo papa; las crueldades que usó contra él el emperador Constante mancharán para siembre la memoria de este príncipe.

Respecto á la quinta se expresan muy mal Mosheim y su traductor, cuando dicen que los partidarios del concilio de Calcedonia tendieron un lazo á los *monofisitas*. Este lazo fué tendido, no por los católicos, sinceramente adictos al concilio, sino por los *monotelitas*: fué imaginado por Atanasio, obispo de los *monofisitas*; por Pablo, doctor célebre de los mismos; por Sergio de Constantinopla, amigo de aquellos, y consiguieron tambien sugerirle al emperador Heraclio. Estos fueron, y no los católicos, los que causaron las divisiones y las disputas que se siguieron, y estos sofistas todo lo eran menos partidarios del concilio de Calcedonia. La definicion de este concilio no daba margen á ninguna falsa explicacion á los que querian obrar de buena fé. Había declarado que hay en Jesucristo dos naturalezas sin mutacion, confusion ni division; una naturaleza, que no está mudada, tiene sin duda una voluntad propia. Era preciso estar de tan mala fé como los *monotelitas*, para entender que habia dos naturalezas con una sola voluntad en Jesucristo.

Con este ejemplo vemos cómo disfrazan la historia eclesiástica los protestantes:

[No se puede echar mano de las cartas de Honorio para atacar la doctrina de la infalibilidad del papa, cuyas decisiones no son miradas como infalibles sino cuando contienen un juicio dogmático dirigido á toda la Iglesia, porque estas son cartas particulares y no fueron escritas más que á Sergio, que habia consultado á Honorio sobre la euestion de las dos voluntades de Jesucristo. Por lo demás, no contienen ningun error teológico, y se justifican de la tacha de herejía, no ménos que por el testimonio de los autores contemporáneos ó de los papas que despues de Honorio han ocupado la silla apostólica.]

En cuanto á los monotelitas, dejemos hablar á san Alfonso Maria de Liguorio:

I. Se da el nombre de *monotelitas* á todos los herejes que quisieron que no hubiese en Jesucristo más que una sola voluntad. Trae su origen de dos palabras griegas: *monos*, que significa uno, y *theloma*, que quiere decir voluntad: y por lo mismo puede convenir á muchos arrianos, que pretendían que no habia alma en Cristo, sino que el Verbo ocupaba su lugar, así como á muchos apolinaristas, que concedían en verdad un alma á Cristo, pero privada de inteligencia, y por consiguiente sin voluntad. Por lo demás, los verdaderos *monotelitas* formaron una secta particular bajo el imperio de Heraclio, hácia el año 626. Se puede decir que Atanasio, patriarca de los jacobitas, fué su principal autor, y que los otros patriarcas, tales como Sergio, Cirio, Macario, Pirro y Pablo, fueron sus primeros sectarios. Ad-

mitían las dos naturalezas en Jesucristo, pero negaban que cada una de ellas tuviese una voluntad y una operacion, queriendo que no hubiese en Jesucristo más que una sola voluntad, la voluntad divina, y una sola operacion, la operacion divina que llamaban *teándrica* ó *deiviril*, no en el sentido de los católicos, que llaman *teándricas* ó divinas las operaciones de Cristo en la naturaleza humana, porque son de un Hombre-Dios, y se atribuyen todas á la persona del Verbo, que sostiene y termina esta misma humanidad, sino en un sentido herético, pretendiendo que la sola voluntad divina movia las facultades de la naturaleza humana, y las aplicaba á la accion como un instrumento inanimado y pasivo. Otros monotelitas llamaban á esta operacion *deodecibilem*, ó conveniente á Dios, término que explicaba mejor su herejía. Ahora bien: ¿entendieron estos herejes por la palabra *voluntad* la facultad misma de querer, ó solamente el acto de la voluntad, la volicion? El padre Petavio (1) cree que es mucho más probable que entendiesen la facultad de querer, que negaban á la humanidad de Cristo. Por lo demás el dogma católico rechaza ambos sentidos, y nos enseña que así como hubo en Cristo las dos naturalezas, hubo también la voluntad y la volicion divina con la operacion divina, y la voluntad y la volicion humana con la operacion humana (2).

Sabido ya con tantos detalles quiénes fueron los monotelitas, lo que nos ha explicado perfectamente el abate Dergier, réstanos combatir brevemente sus errores.

(1) Petav., l. 8, de Incarnat., c. 4 y sig.

(2) Dergier: Dicc. de Teolog. Art. *Monotelitas*.

En Jesucristo hay dos voluntades distintas, la divina y la humana correspondientes á las dos naturalezas, y dos opiniones, segun las dos voluntades.

En cuanto á la voluntad divina, se prueba por las Escrituras que atribuyen á Cristo la voluntad divina tantas cuantas veces reconocen en él la divinidad, de la que es inseparable la voluntad. No hemos de repetir las citas hechas de estos pasajes contra Nestorio y Eutiques. Como quiera que los monotelitas no negaban la voluntad divina á Cristo sino solamente la humana, diremos que en la misma Escritura se hallan muchos lugares en los cuales se atribuye á Jesucristo la voluntad humana. San Pablo, en su carta á los hebreos, aplica á Jesucristo estas palabras del salmo XXXIX: *Por lo cual entrando en el mundo, dice: Néme aquí que vengo; en el principio del libro está escrito de mí: Para hacer, ó Dios, tu voluntad* (1). El salmo dice: *En la cabeza del libro está escrito de mí: Para hacer tu voluntad; Dios mío, quiseto, y tu ley en medio de mi corazón* (2). Hé aquí ahora otra prueba que por su claridad se resiste á toda clase de objeciones. Cuando Jesucristo se retiró al huerto, esperando el momento de ser entregado en manos de sus enemigos, se entregó á la oración y exclamó: *Padre, si quieres, líaspasa de mí este cáliz: MAS NO SE HAGA MI VOLUNTAD, SINO LA TUYA* (3). La voluntad divina de Jesucristo era precisamente la misma del Eterno Padre. En este pasaje habla como hombre y trataba de la voluntad humana.

(1) Ad Heb. x, 5-7.

(2) Psalm. xxxix, 8-9.

(3) Luc., xxii, 42.

la cual era diferente de la divina, comun á las tres Personas de la Santísima Trinidad; por esto dice: no se haga mi voluntad, sino la tuya.

El mismo Jesucristo nos manifiesta la diferencia de ambas voluntades. Hé aquí lo que dice por san Juan: No busco mi voluntad, sino la voluntad de aquel que me envió (1). Y más adelante: Porque descendí del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad de aquel que me envió (2). Lo que san Leon explica en su carta al emperador Leon: «Secundum formam servi non venit facere voluntatem suam, sed voluntatem ejus, qui misit eum.» Deben notarse estas palabras: *secundum formam servi*, segun la naturaleza humana. San Agustín, comentando las palabras que antes citamos, pronunciadas por Jesucristo en el huerto, dice: «In eo quod ait, non quod ego volo, aliud se ostendit voluisse quam Pater, quod nisi humano corde non potest, nunquam veniri posset immutabilis illa natura quidquam aliud velle quam Pater (3).»

Otras muchas pruebas podríamos aducir, pero creemos suficientes las expuestas. No solamente, los santos Padres sino todos los escritores católicos nos las suministran en abundancia. El abate Bergier resume las que presenta sobre las dos voluntades, de la manera siguiente: «La razón que poseyendo Cristo la naturaleza humana perfecta, debe necesariamente tener su voluntad, que es una facultad natural, y de la cual no puede ser privada la humanidad sin

(1) Joann. i, 30.

(2) *Ibid.*, vi, 38.

(3) S. Aug., l. 2 ad Maxim., c. 20.

dejar de ser perfecta. 2.º Sería absurdo el pretender que la voluntad divina pudo obedecer, pedir, merecer y satisfacer por nosotros, y sin embargo esto lo hizo Cristo; hay pues en él una voluntad humana. 3.º Es una máxima de san Gregorio Nacianzeno, que después fué adoptada por los otros Padres, que el Verbo sanó lo que había tomado. San Juan Damasceno concluye de esto: «Si non assumpsit humanam voluntatem, remedium ei non attulit, quod primum sanationem erat; quod enim assumptum non est, non est curatum, ut ait Gregorius Theologus. Equid enim offensa, nisi voluntas (1)»

ICONOCLASTAS.

Estos herejes son los enemigos de las santas imágenes, porque reputaban su culto como idólatrico, é hicieron cuanto les fué posible por desterrarlas completamente de las iglesias cristianas. Como se verá más adelante, no hay cosa que más excite la piedad y la devoción que las imágenes del Señor, de la santísima Virgen y de los santos. El uso de las santas imágenes es antiquísimo en la Iglesia, y Dios le ha protegido y recomendado por un gran número de milagros efectuados en todos tiempos.

Siendo nuestro deseo, más que el hacer trabajos de erudición, tener fija la vista y atención en los más notables escritores, y reunir como en un haz cuanto han dicho en defensa de la fé católica y contra los herejes de todos los

(1) S. Joan. Damasc., Orat. de duob. Christi volent.

siglos, con el objeto de hacer útil esta obra, vamos á dejar el historiado de la herejía de los iconoclastas á un sabio y eminente escritor reproduciendo los párrafos que tratando de estos sectarios copiamos en nuestra *Historia general de la Iglesia*, siendo esta, por creerlo necesario y oportuno, una de las pocas excepciones al propósito que hemos formado de no repetir lo dicho en aquella obra, en obsequio de los que posean ambas.

Hé aquí, pues, el dicho historiado:

«El nombre de *iconoclastas*, ó destructores de las imágenes, se dió en el siglo viii á los herejes que tenían su culto por ilícito é idólatrico. Los musulmanes, que aborrecían poco ménos el cristianismo que la idólatría, solían acusar á los cristianos de idólatras, porque veneraban las imágenes. El año 723 un judío aseguró en tono de oráculo al califa Yesid treinta años de vida é imperio, con tal que en sus vastos dominios mandase quitar las imágenes de las paredes, vasos, ornamentos ó láminas de las iglesias, y también las que hubiese en lugares públicos para adorno de las ciudades, de cualquier materia que fuesen. Mandólo el califa, y murió el año siguiente. Su hijo y sucesor castigó con muerte afrentosa al falso profeta; pero habían sido ya quemadas en infinitos lugares muchas imágenes, los mosaicos raídos ó hechos pedazos, blanqueadas las paredes en que había pinturas, y todas estas de un modo ú otro destruidas. Imperaba entonces en Constantinopla Leon, el cual con excesiva violencia hacia bautizar á muchos judíos y monatanistas, sin más fruto que el de profanar aquellos los sacramentos, y encerrarse éstos desesperados en sus iglesias.

meter fuego, y morir entre las llamas. A un emperador de zelo tan violento se le antojó que unas borrascas algo irregulares eran castigo de Dios, irritado por el culto que se daba á las imágenes: pues algunos confidentes le habian inspirado este error, nacido del trato con los musulmanes (1).

«El año 727 convoca Leon el pueblo de Constantinopla, y dice públicamente que el hacer imágenes es acto de idolatria. El pueblo horrorizado y afligido prorrumpe en sentidos lamentos, y este grito de la fé contiene por entonces al emperador. San German, patriarca de Constantinopla, le contradice, le hace ver que la Iglesia ha usado siempre de las imágenes, y se declara pronto á morir en su defensa. El santo, de palabra y por escrito, procura luego desengañar á Constantino de Natolia y algunos otros obispos, preocupados contra el uso de las imágenes, ó por lisonjear al emperador, ó por un mal entendido deseo de no exasperar á los musulmanes. A Tomás, obispo de Claudiópolis, le decia: «Me aseguran que has mandado quitar todas las imágenes. No quiera Dios que sea verdad. Ten presente cuan obligados estamos á evitar toda novedad, principalmente la que pueda ser ocasion de escándalo al pueblo fiel, y que se oponga á una costumbre antiquísima de la Iglesia. Por otra parte nosotros somos los que debemos refutar las calumnias que los infieles levantan contra la Iglesia; ni comienzan ahora los judíos y los musulmanes á calumniar el uso y culto de las imágenes, sin otro designio que desacreditar nuestra fé (2).» En esta y demás cartas manifiesta san Ger-

(1) Theod. an. 8, 7, 10.

(2) Ap. Hard. t. IV, c. 245.

man que el culto de las imágenes es en si inocente, útil á los cristianos, antiquísimo y universalmente adoptado por toda la Iglesia, y en fin que Dios le ha recomendado con prodigios.

«La fé cristiana, dice entre otras cosas, el culto y la adoracion se refieren á Dios solo. No adoramos á criatura alguna; no lo permita Dios; no damos á los siervos el culto que no se debe sino á Dios. Ni pretendemos hacer imágenes para representar la misma Divinidad invisible que los ángeles no pueden comprender. Estas son las imágenes que prohibe Dios, imágenes que, como el becerro de oro y los idolos de Egipto, se hacen ó se veneren como dioses, ó como semejantes á la naturaleza de Dios. Aunque los cristianos tengan imágenes de sus parientes y amigos no les dan ningun culto, como hacian los gentiles; pero le dan á la imagen de un santo, porque en esto mismo dan gloria á Dios. Ni deben criticarse las demostraciones de culto que se hacen con las imágenes. Les presentamos luces y perfumes; pero solo en obsequio de los santos que representan, y como símbolos de la luz espiritual de sus virtudes y de la inspiracion del Espiritu Santo. Cuando nos postramos delante de los emperadores y principes de la tierra, no por esto los adoramos como dioses. No hay, pues, cosa más ridicula que calumniar de idolatria el uso de las imágenes y el culto que se les da con relacion á lo que representan. Pues que el Hijo de Dios se hizo hombre por nuestra salud, justo es y conveniente hacer imágenes de su humanidad, para fortificar nuestra fé, confesando que fué verdadero hombre. Saludamos sus imágenes, y les damos honor y culto, para tener

más presentes los beneficios de su encarnacion. Mas ese honor y culto no le damos á los colores, á la madera; le damos al Señor que la imagen representa, á Jesucristo verdadero Dios á quien adoramos en espíritu y verdad.

»Asimismo hacemos imágenes de su santa Madre, que siendo mujer concibió y parió al Dios omnipotente. Las hacemos de los apóstoles, mártires y demás santos en memoria de los servicios agradables que hicieron al Señor. Pero no pretendemos que sean de naturaleza divina, ni les damos aquel culto y adoracion que se debe á Dios, y solo mostramos el afecto y respeto que les tenemos. Las imágenes de los santos que se usan entre los cristianos no sirven sino para excitar á la virtud ó fortalecer en la fé. La pintura nos fortifica en la creencia de las verdades que aprendimos de oídas: la pintura es una historia abreviada que nos excita á la virtud, representándonos un hecho con tanta ó más energia que el discurso de un orador. Porque, en fin, hechos somos de carne y de sangre, y tenemos necesidad de fortalecer el alma con los sentidos, especialmente con la vista. Los concilios generales que se han tenido despues de las persecuciones no hubieran dejado de prohibir el uso de las imágenes, si nos llevase á la idolatría y apartase de Dios. El Señor que prometió á los apóstoles que estaria con ellos hasta el fin de los siglos, lo prometió tambien á los obispos, que debian gobernar la Iglesia despues de ellos. Y habiendo ofrecido asistir en medio de dos ó tres congregados en su nombre, no hubiera abandonado asambleas tan numerosas congregadas por el zelo de su religion, sin inspirarles lo conveniente en materia tan importante. Mayormente no

siendo esta práctica propia de algunas ciudades, sino general en casi todos los países, y en todas las iglesias más antiguas y más ilustres. Por último, Dios ha hecho muchas veces varios prodigios en imágenes, como curaciones milagrosas, y otros. » San German dió luego cuenta al papa de tan sensible novedad. El papa, que era Gregorio II, le respondió difusamente, alabando el valor con que defendia la doctrina de la Iglesia. Ella jamás se ha engañado, dice Su Santidad; y esta tradicion no debe confundirse con la práctica de los paganos. La intencion se debe atender más que la accion misma.

»El emperador no podia ó no queria entender la diferencia entre el culto absoluto y relativo, y acusaba de idólatras á sus predecesores, á los obispos, y á todos los cristianos; y sobre condenar la veneracion de las imágenes, negaba tambien la intercesion de los santos, y despreciaba sus reliquias. El año 730 publicó un decreto contra las imágenes: quiso que san German lo suscribiese: el santo viejo se resistió con valor; y por mandato de Leon fué echado del palacio patriarcal, é insultado con infames y crueles golpes, aunque ya tenia ochenta años. Poco despues acabó santamente sus días: y en su lugar fué colocado á viva fuerza Anastasio, discípulo del santo, enteramente vendido á los caprichos del emperador: así la persecucion fué luego muy violenta en Constantinopla. Comenzó en un crucifijo que habia en el pórtico del palacio imperial, á que el pueblo tenia muy particular devocion, y del cual se contaban varios prodigios. Quitóse la imagen, quedando la cruz; porque los antiguos iconoclastas la veneraban, y solo aborrecian las imágenes

de figura humana. El pueblo alborotado insultó al patriarca; y con este motivo hubo muchos presos, y á diez que fueron sentenciados á muerte la Iglesia los venera como mártires. Quería tambien Leon traer á su partido á Lecuménico, bibliotecario imperial, que con doce subalternos tenia á su cargo la dirección de la biblioteca, que era de más de treinta mil volúmenes, y la enseñanza pública de la religión y de las ciencias profanas. Lecuménico y sus compañeros no cedieron ni á promesas, ni á amenazas; y por orden del emperador se amontonó mucha leña sera al rededor del edificio, y fué quemado enteramente con los libros y bibliotecarios. A este tenor fueron muchísimos los clérigos, monjes, y tambien legos martirizados para ocultar alguna imagen, ó querer impedir que se quemase.

«Leon envió á Italia su decreto, amenazando á Gregorio II que le haria deponer, si no le admitia; y Su Santidad animaba á los pueblos á que defendiasen las imágenes, y muchos con este motivo querian otro emperador. Pero Gregorio II aunque precisado á guardarse de Leon y de sus emisarios, que querian prenderle ó matarle, exhortaba á los pueblos á que se mantuviesen firmes en su obediencia. Despues Gregorio III dirigió una carta vehemente á Leon. Le reconviene con las que este habia escrito á la Santa Sede en los diez primeros años de su imperio, en que confesaba la fé con toda pureza, y condenaba á quien se opusiese á las decisiones de los padres. «¿Pues cómo retrocedes ahora, prosigue, y quieres abolir el uso de las imágenes que nuestros padres recibian, y que tenemos por antiquísima tradicion?» Distingue despues el culto relativo del absoluto; y

añade: «Tú dices que adoramos piedras, paredes y láminas.» No es así, señor. Nosotros nos recordamos de aquellos de quienes son imágenes, y ellas sirven para elevar nuestro espíritu. Ni tenemos por Dios á la imagen, ni ponemos en ella la confianza, ni hablamos con ella. Si es de nuestro Señor, decimos: Señor Jesucristo, hijo de Dios, salvadnos. Si es de la santa Virgen, decimos: Santa Madre de Dios, rogad á vuestro Hijo que salve nuestras almas. Si es de un mártir: San Estéban, que derramaste tu sangre por Jesucristo y tienes tanto valimiento con el Señor, ruega por nosotros.» Advierle el papa que destruir las imágenes es peor que ser hereje, y que el emperador debiera seguir el dictámen del patriarca san German, varon tan respetable por sus años, virtud y prudencia; y añade: «Las decisiones de la Iglesia no pertenecen, señor, á los emperadores, sino á los obispos. Por tanto al modo que los obispos, que están puestos sobre las iglesias, se abstienen de los negocios civiles: así los emperadores deben abstenerse de los negocios eclesiásticos. La concordia y union es la que forma una sola potestad de las dos imperial y eclesiástica, cuando los asuntos se tratan con paz y caridad. Vos me hablais de juntar un concilio ecuménico: no me parece bien. Vos perseguis las imágenes: estaos vos tranquilo, y el mundo quedará en paz sin necesidad de concilio (1).»

«Leon respondió al Papa con la misma obstinacion, y con nuevas amenazas; y Su Santidad le escribió otra vez, y le dijo: «Recibí vuestra carta que me ha llenado de la mayor amargura, viendo que permanecéis obstinado, y que

(1) Ap. Hard. t. IV, c. 1.

pensais ser dueño del sacerdocio como del imperio.» Le hace ver cuán injusta es esa jactancia, y la diferencia entre el imperio y el sacerdocio. «Ni el obispo debe meterse en las cosas de palacio, y en los empleos temporales; ni el emperador en las cosas de la Iglesia: no debe hacer las elecciones del clero, ni consagrar ó administrar los sacramentos, ni aun recibirlos sino del sacerdote. Siga cada uno su vocacion. ¿Quereis ver otra diferencia entre los obispos y los principes? Si alguno os ofende, le confiscais los bienes, le desterrais, ó quitais la vida. Mas los obispos, al que peca y se confiesa le atan con el Evangelio y la cruz, le imponen ayunos, vigiliyas y oraciones, y cuando lo ven corregido le dan el cuerpo y sangre del Señor.» Y despues: «Vos preguntais por qué los seis concilios no hablaron de imágenes: yo respondo que tampoco hablaron de comer pan, y beber agua. Las imágenes eran antiquisimas: los obispos que iban á los concilios las llevaban consigo: nadie las impugnaba: así no era preciso hablar de ellas. «Viendo despues Su Santidad que el emperador despreciaba sus cartas y avisos, juntó concilio en Roma el año 732. Asistieron noventa y tres obispos; y se decretó que quien desprecie la práctica de la Iglesia, quien quite las imágenes, las destruya, profane, ó hable de ellas malamente, sea privado del cuerpo y sangre de Jesucristo, y separado de la Iglesia. El papa envió al emperador este decreto, y varias representaciones suyas y de los pueblos de Italia. Leon se enfureció más: confiscó en todos sus dominios las fincas del patrimonio de san Pedro de Roma, que producian anualmente casi un millon de reales, y persiguió más que nunca á los católicos

con cárceles, tormentos y destierros, sin imponer pena de muerte, para que no fuesen tenidos por mártires.

«Fuera de los dominios de Leon vivia entonces san Juan Damasceno, gran defensor de las santas imágenes. San Juan, llamado tambien *Mansour*, esto es, redimido, y *Chrysarroas*, esto es, rio de oro, nació en Damasco de una familia ilustre y cristiana; estaba muy instruido en las ciencias profanas y sagradas, y era monje en el monasterio de San Sabas cerca de Jerusalem. Cuando supo la orden que dió Leon contra las santas imágenes el año 730, escribió en su defensa; y este primer discurso comienza así: «Cenociendo mi indignidad debiera guardar perpétuo silencio, y ceñirme á confesar á Dios mis pecados. Mas al ver la Iglesia agitada con tan violenta tempestad, creo que debo hablar; y pues que temo á Dios no me ha de hacer callar el miedo del Emperador; ántes he de levantar más la voz, porque la autoridad de los principes es de gran peso para seducir á los vasallos.» Pone el Santo por fundamento de su discurso, que la Iglesia no puede errar, y que no es lícito sospecharla reo de un delito tan grosero como la idolatría. Observa que la prohibicion de hacer imágenes era necesaria á los judíos por su inclinacion á los ídolos. Acuerda varias significaciones del nombre *imagen*; y en otras cosas advierte que para representar la Trinidad nos valemos de la comparacion del sol, luz y rayo, como de una especie de imagen. Distingue despues la adoracion que se dá á Dios adorable por su naturaleza, y que se llama *latría*, de la que por causa de Dios se dá á sus amigos y á sus siervos, ó tambien á los lugares y cosas consagradas á Dios.

«Observa que los iconoclastas no negaban el respeto y veneración debidos á la cruz, al lugar del Calvario, y á los vasos sagrados, aunque fuesen cosas materiales. Y añade: «Si quereis quitar las imágenes por obedecer á la antigua ley, podeis tambien recibir el sábado y la circuncision. El templo de Jerusalem estaba adornado con querubines, palmas, granadas, bueyes y leones. ¿No es más decente adornar las murallas de la casa de Dios con imágenes de santos que de animales? Tampoco queremos pintar á Jesucristo solo, sino con los santos, que componen su corte: al modo que el emperador de la tierra no se desprende de la suya. Alega el santo otras pruebas, y un gran número de textos de santos Padres en defensa del culto de las imágenes, y prosigue: «No es justo obedecer al emperador cuando quiere trastornar una costumbre tan autorizada: no toca á los principes decidir sobre estas materias, sino á los concilios: el poder de alar y desatar no le dió Jesucristo á los principes, sino á los apóstoles y á sus sucesores (1).

«Tenemos del santo dos discursos más sobre lo mismo. Al principio del segundo observa los varios artificios con que el demonio procura seducir á los hombres. «Este mismo impostor, dice, que en otro tiempo hizo adorar las imágenes de las bestias, no solo á los gentiles, sino tambien á los israelitas, sigue ahora un nuevo rumbo para perturbar la paz de la Iglesia; pues ha excitado gentes que dicen que los milagros que Jesucristo obró por nuestra salud, y los combates de los santos contra el demonio, no deben proponérsenos en imágenes, para admirarlos, honrarlos é

(1) S. Juan Damasc. *De imaginibus*, orat. 1.

imitarlos.» Se vale el santo de las mismas pruebas que en el primer discurso, y de nuevo insiste en la diferencia de las potestades espiritual y temporal. «San Pablo dice que Jesucristo estableció en la Iglesia apóstoles, pastores y doctores; pero no dice que estableciese emperadores ó reyes para hablarnos de parte de Dios. El gobierno político pertenece á los emperadores; el gobierno de la Iglesia á los pastores y doctores. Se ha de obedecer al emperador en lo que toca á la vida civil, como en los tributos é impuestos; mas en las materias eclesiásticas se ha de oír á los obispos (1).» Se lamenta el santo del destierro del anciano patriarca san German, y de otros varones respetables, y con varios ejemplos de la Escritura manifiesta que el Señor suele castigar tales violencias. El tercer discurso no añade cosa particular á los primeros, sino mayor número de textos.

«El año 741 por muerte de Leon quedó único emperador su hijo Constantino Coprónimo, hombre brutal, sanguinario, impúdico, enemigo de las imágenes como su padre, y acusado de no tener religion, y haberse dado á la magia. Desterró Constantino á los católicos más sábios y virtuosos, con violencias continuas pervirtió algunos obispos antiguos y se aseguraba de que todos los nuevos fuesen acérrimos iconoclastas; y de esta manera logró que las imágenes fuesen proscritas en un concilio de trescientos treinta y ocho obispos, que convocó en Constantinopla el año 754. Estaba vacante la sede de la capital, y no asistió ninguno de los demás patriarcas, ni legado suyo. En la definicion de fé

(1) S. Juan Damasc. *De imaginibus*, orat. II.

dicen los obispos: «Dios que envió los apóstoles para destrucción de los ídolos, ha suscitado ahora á los emperadores á imitación de los apóstoles, para que ellos nos instruyan, y acaben con las invocaciones del demonio.» De esta manera los obispos con la más vil adulación se confiesan discípulos de los emperadores, esto es, de Coprínimo, y de Leon su hijo, niño de onafra años. Añaden que el arte ilícito de los pintores es contrario al dogma de la Encarnacion de Jesucristo, y quieren que sea la causa de todas las herejías. Insisten en que la verdadera imagen de Jesucristo es la que él mismo hizo en la institucion de la Eucaristía; y pretenden que Cristo la instituyó en el pan, sin forma ni figura humana, para prevenir que adornando su cuerpo y sangre no se introdujese la idolatría.

«La Iglesia, dicen, al paso que desprecia los sacrificios sangrientos del judaismo, condena en el paganismo la fábrica y culto de los ídolos. Y una vez que los santos viven con Dios, es hacerles injuria el representarlos en una materia muerta. Citan algunos textos de los Padres antiguos; y concluyen que debe quitarse de la Iglesia toda imagen, de cualquiera materia que sea: prohíben hacerlas, venerarlas, ponerlas en iglesia ó casa particular, y esconderlas so pena á los obispos, presbíteros y diáconos de deposición, y á los monjes y seglares de anatema, además de las penas impuestas por las leyes imperiales. Siguen varios cánones, los más contra las imágenes; pero en ellos se reconoce que debemos acudir á María Santísima para que nos proteja con su intereser: y que todos los santos de la ley natural, de la escrita y de la de gracia son dignos de nuestra venera-

cion, y podemos dirigirles nuestras súplicas segun la tradicion eclesiástica. Ultimamente pronunciaron anatema contra san German de Constantinopla, Jorge de Chipre y san Juan Damasceno (1). El último dia del concilio el emperador tomando por la mano al monje Constantino, obispo de Sylea, subió al púlpito, le proclamó patriarca de Constantinopla y le puso el palio y el vestido sagrado. Despues con el nuevo patriarca y con todos los demás obispos fué á la plaza mayor á publicar el decreto. Le envió tambien á las provincias; y en todas partes quedaban consternados los católicos, y los iconoclastas ocupadisimos en mudar los vasos sagrados, quemar imágenes, y desfigurar las iglesias, dejando solo las pinturas de árboles ó animales.

«La persecucion de Coprínimo fué especialmente cruel contra los monjes: de modo que casi todos los de aquel imperio se retiraron al Ponto Euxino, ó á Chipre ó á Italia. El año 761 fué martirizado á fuerza de azotes Andrés, monje célebre, llamado *Calibita*. Por el mismo tiempo quiso el emperador con regalos y promesas hacer firmar el concilio á san Estéban de Aujencio, anacoreta de admirable aspereza de vida y santidad de costumbres. El santo se mantuvo firme, y el emperador envió soldados, que le sacaron de su retiro, y le tuvieron encerrado muchos dias. Un monje discípulo ganado con dinero acusó al santo de que en la noche subía á su celda una viuda noble, que con otras mujeres piadosas vivía en un monasterio al pié del monte, bajo la direccion del santo. El emperador procuró con agrado, con amenazas, con engaños y cruellísimos tormentos que la viuda

(1) Ap. Harj. l. IV, c. 326 ad 348.

confesase que vivía mal con san Estéban. Pero la buena mujer solo respondía : « Señor : aquí estoy : atormentadme, matadme, haced lo que quisieredes ; pero yo no diré más que la verdad. A este hombre no le conozco, sino como á un santo, que me guía por el camino de la salvacion. » Frustrado este medio de perder al santo y á su monasterio con algun color de justicia, el emperador basó otro.

» Por su orden, bien que reservada, Jorge uno de sus mayores confidentes se presentó á san Estéban, y supo instar y fingir con tal arte, que el santo le admitió en el monasterio, y pasados algunos dias le dio el hábito y cortó el cabello. Poco despues se escapó el monje fingido, y se volvió á Constantinopla. El emperador le hizo salir con el hábito, á la vista del pueblo : se quejaba de que los monjes sin licencia suya se le llevasen hasta los sugetos más necesarios. Le fué fácil acalorar á una gavilla de gentes alborotadas, que se echaron sobre el monasterio, quemaron hasta la iglesia, atropellaron y dispersaron los monjes, y san Estéban cargado de cadenas fué encerrado en otro monasterio. Envióle el emperador algunos obispos y dos senadores, para que le hiciesen admitir el concilio. Procuraron rendirle con amenazas, golpes é insultos, pero en vano. Acudieron á las razones ; mas el santo les hizo ver que aquel concilio no podia ser ecuménico, no habiendo ningun patriarca, ni siendo aprobado por el papa de Roma, sin el cual segun los antiguos cánones no puedan arreglarse los asuntos eclesiásticos. Añadió que este concilio era contrario á los seis precedentes ; y preguntándole un obispo la causa dijo : « ¿ Los demás concilios no se celebraron en iglesias en que había

imágenes veneradas por los Padres? » No podían negarlo ; y por esto los senadores decían despues al emperador : « Señor : nosotros fuimos vencidos : este hombre alega fuertes razones, y no teme la muerte. Entonces Constantino le desterró á Proconese, donde se reunieron casi todos sus discípulos : y curó Estéban muchos enfermos con solo hacer que venerasen las imágenes de Jesucristo, de Maria Santisima y de los santos.

» Mandó el emperador que volviese á Constantinopla, y le hacía cargo de que le tuviese por hereje. El santo se justificó plenamente, y entre otras cosas dijo : « Los cristianos al ver las imágenes nos acordamos de los originales, á quienes se dirige nuestra adoracion. La vista de la imagen eleva nuestro entendimiento hasta el cielo, y fija nuestra curiosidad. ¿ Qué hombre hay, á no ser que haya perdido el juicio, que adore la piedra, el oro ó la plata, bajo el pretexto de que tienen el nombre de cosas santas? Vosotros sois los que sin distinguir lo santo de lo profano mirais con horror la imagen de Cristo como si fuese de Apolo, y la de la Madre de Dios como si fuese de Diana, y á todas igualmente las echais entre piés, y las quemais. Sacó despues el santo una moneda, y preguntó : « ¿ Será accion digna de castigo arrojar al suelo esta moneda y patearla? Sin duda, dijeron los circunstantes, pues están las imágenes y los nombres de los emperadores. Y el santo echó un profundo suspiro, y dijo : « ¿Cuál será, pues, el suplicio de quien arroje entre piés el nombre y la imagen de Jesucristo y de su Madre santisima? ¿ No será echado al fuego eterno? Llevaronle entonces á la cárcel pública, donde halló trescientos

tos cuarenta y dos monjes de varios países: unos cortada la nariz, otros quitados los ojos, estos sin manos, aquellos sin orejas, todos con señales de los tormentos que habian padecido ya en defensa de las santas imágenes. Convirtió el santo la cárcel en un monasterio, en que se rezaba el oficio con toda exactitud; y quando el emperador lo supo se irritó de nuevo, y mandó degollarle, bien que pareciéndole que esta muerte era muy suave revocó la orden, para que al dia siguiente se la diesen más cruel. Los mismos confidentes del emperador sacaron al santo de la cárcel, y le fueron arrastrando por las calles. Divertianse en echarle piedras y darle de palos, y de este modo consiguió la corona de un lento y muy doloroso martirio á 28 de noviembre de 767.»

«A pesar de lo dispuesto en el concilio Niceno II, Leon en 815, continúa el mismo escritor, juntó un concilio de los obispos iconoclastas y de los que habian cedido á sus violencias. Citaron tambien algunos obispos y abades católicos; pero no pudiendo ganarlos ni intimidarlos, como habian pensado, ni con promesas ni con crueles insultos, los herejes solos expidieron su decreto, en cuyo cumplimiento fueron otra vez ultrajadas, quemadas, ó quitadas todas las imágenes de las iglesias y lugares públicos. La persecucion no era ménos cruel contra los obispos y monjes ilustres. Padecieron un glorioso martirio san Miguel de Sínada, san Toflacto de Nicomedia, san Butimio de Sardis, san Euliano de Cizico, san Jorge de Mitilene, y otros santos obispos. Entre los abades se distinguió mucho san Teodoro Estodita que con el más activo celo escribia cartas, é ita de unas partes á otras para instruir y alentar á los cató-

licos. En una de sus cartas á los monjes les decia: «Quando el Señor es perseguido en su imagen, no solo han de defender la verdad los que por su estado y ciencia son maestros, sino tambien los discípulos. Son inexcusables los abades, que para estarse quietos en sus monasterios han prometido al emperador no hablar de este asunto. Ellos dicen: ¿Quiénes somos nosotros para meternos en esto? Yo respondo: Primeramente sois cristianos, y como tales debeis hablar en este lance. A más sois monjes, y como tales debeis abandonar todo lo del mundo. En fin, sois abades, y debeis instruir á los otros, preaver y reparar sus caidas (1).» Calmó la persecucion en 820 con la muerte del emperador Leon; pues Miguel el Tartamudo, su sucesor, aunque no veneraba las imágenes, ni queria que se pusiesen en lugares públicos, dió libertad á los que estaban desterrados por este motivo, y decia que siguiese cada uno la opinion que quisiese. Sin embargo, no dejó de perseguir á algunos católicos, especialmente monjes. Metodio, sin otro delito que defender en Constantinopla las imágenes, fué condenado á setecientos azotes y á cadena perpétua. Pero fueron mucho más perseguidos los monjes y pintores católicos en tiempo del emperador Teófilo, hijo de Miguel.

«Finalmente, con la muerte de Teófilo el año 842 acabó la secta de los iconoclastas. Entró á reinar su hijo Miguel bajo la direccion de su madre la emperatriz Teodora, que siempre habia sido católica, y ocupaba entonces la silla de Constantinopla el famoso Juan Lecanomató. La emperatriz, resuelta á restablecer las santas imágenes, y viendo al

(1) *Var. en 615 el ser.*

patriarca obstinado, juntó un concilio, en que Juan fué depuesto, y en su lugar colocado el célebre Metodiu. La emperatriz propuso al concilio que alcanzasen de Dios que perdonase á su marido el emperador Teófilo lo mucho que le ofendió persiguiendo á los católicos. Metodiu en nombre del concilio respondió á la emperatriz: «Nuestro poder, señora, no llega á los muertos. Las llaves del cielo solo se nos dan para abrirle á los que aun viven. A los muertos podemos aliviarlos cuando murieron arrepentidos ó solo con faltas ligeras, pero no podemos absolver á los que murieron claramente condenados.» Entonces la emperatriz con juramento declaró que el emperador habia muerto arrepentido, y adorando con fervor á una santa imagen; y los obispos en consecuencia declararon que Dios se habia compadecido de Teófilo. Al dia siguiente, que era primera dominica de Cuaresma, se celebró con gran festividad la fiesta del restablecimiento de las santas imágenes, que aun celebran los griegos con el nombre de *fiesta de la Ortodoxia*, ó de la restauracion de la fé católica. Y desde entonces se puede decir que quedó extinguida en Oriente la herejia de los iconoclastas, que tanto agitó aquellas iglesias por espacio de ciento veinte años (1).

Para terminar este asunto, y ya que á una pluma eminentemente hemos dejado la explicacion de la herejia de los iconoclastas, hasta su completa extincion, consignaremos la doctrina, por cierto muy importante que otro escritor no ménos distinguido nos da acerca de la utilidad de las imágenes. Aunque repita algo de lo ya dicho por el señor Amat,

(1) Amat: Lib. IX, c. VI.

se fija sobre todo en los protestantes. Por otra parte la doctrina que encierra es de gran utilidad. Dice así:

«Sería inútil que tratásemos de probar la utilidad de las imágenes, y la impresion que producen en el espíritu de todos los hombres; son más poderosas que los discursos, y muchas veces hacen que se perciban cosas que no pueden explicarse con palabras: con razon se dice que son el catecismo de los ignorantes. La pintura, dice san Gregorio, es para los ignorantes, lo mismo que la escritura es para los sábios. *Lib. 9, Epist. 9.* Por consiguiente, no es extraño que los más de los pueblos hiciesen uso de las imágenes para representar los objetos del culto religioso, y que se haya reconocido la utilidad de las imágenes en el cristianismo. Sin embargo, muchas sectas de herejes sostuvieron que el uso de las imágenes es una supersticion, que su culto es una idolatria.

Prohibió Dios en la ley antigua que los judios hiciesen ninguna clase de imágenes, figuras ni estatuas, y que les diesen ninguna especie de culto. *Exod., xx, 5, Levit., xxvi, 1; Deut., iv, 15; v, 8.* Esta prohibicion era justa y necesaria, supuesta la invencible propension de los judios á la idolatria, y los malos ejemplos que los rodeaban, y porque en aquel tiempo se juzgaba que toda imagen representaba una divinidad. Sin embargo, Moisés colocó dos querubines sobre el Arca de la Alianza, y Salomon hizo pintarlos en las paredes del templo y en el velo del santuario, prueba de que la prohibicion no tenia ya lugar cuando no habia peligro en que estas figuras se tuviesen por un objeto de adoracion.

En los primeros tiempos del cristianismo, cuando aun se conservaba la idolatría, si se hubieran colocado imágenes en las iglesias, creerían los paganos que les daban el mismo culto que ellos á sus ídolos. Por eso se abstuvieron de colocarlas, y se ven pocos vestigios del culto de las imágenes en los tres primeros siglos. Según el testimonio de san Ireneo, *adv. Hær.*, lib. 1, c. 25, los carporacianos, herejes del siglo II, tenían imágenes de Jesucristo, de Pitágoras y de Platon y les daban el mismo culto que los paganos á sus héroes ó semidioses. Nueva razón que debía contener á los cristianos de honrar á las imágenes. Nuestros apolo-gistas, escribiendo contra los paganos, tambien dicen que los cristianos no tienen imágenes, ni simulacros en sus asambleas, que adoran un solo Dios, espíritu purísimo que no puede ser representado por ninguna figura.

Sin embargo, Tertuliano, que escribió á principios del siglo III, nos dice que Jesucristo estaba representado en figura del Buen Pastor sobre los vasos sagrados. *De Pudic.*, cap. 7. Eusebio asegura que vió imágenes de Jesucristo, de san Pedro y de san Pablo, que fueron hechas en su tiempo. *Hist. ecles.*, lib. 7, cap. 18. Se habla de un cierto Lucio Carino, que forjó un libro con el título de *Viajes de los apóstoles*, en el cual enseñaba el error de los docetas. Dicen que este libro le cita san Clemente de Alejandria, dándole el nombre de *Tradiciones*; por consiguiente es del siglo II. Ahora bien; según Focio en el *Coz.* 114, que nos conserva un extracto de esta obra, Lucio Carino dogmatizaba contra las imágenes como los iconómacos: ¿dogmatizarían así si entonces nadie les diese culto? Se fundaba en

que un cristiano llamado Lycomedes habia hecho hacer una imagen de san Juan, á la cual coronaba y honraba, práctica que vituperaba el mismo san Juan. Este trozo de historia sin duda es fabuloso; pero la censura de Lucio Carino seria lo más absurdo, si nadie honrara las imágenes en su tiempo, es decir en el siglo II. Beausobre, *Hist. du Manich.*, lib. 2, cap. 4, núm. 4 y 5. Los protestantes hablan con exceso de confianza, cuando aseguran que no hay ningun vestigio de culto de las imágenes antes del siglo IV. Mas circunspecto Mosheim, no se atrevió á afirmarlo. *Historia cristiana*, siglo I, § 2.

Mejor instruido que ellos, san Basilio dice en la *Epist.* 360 *ad Julian.*, que este culto es de tradición apostólica; esto podria saberse mejor en el siglo IV que en el siglo XVI. Como por entonces habia cesado el peligro de idolatría, se hizo más visible y más comun el culto de los santos: pero no debe inferirse de aquí, que principió entonces, porque hacían profesion de no creer ni practicar nada que no hubiesen aprendido por la tradicion.

Los protestantes están en la costumbre de decir: Antes de tal época no encontramos prueba positiva de esta ó de la otra práctica, luego no principió hasta entonces: esta prueba no es más que negativa, y por consiguiente nada concluye: está contradicha por una prueba positiva general que la destruye, y es que desde los primeros siglos siempre se hizo profesion de no innovar.

Mosheim, en su *Hist. ecles.*, siglo V, part. 2, c. 3, § 2, conviene en que por entonces se daba en muchas partes culto á las imágenes. Muchos, dice, se figuran que este

culto proporcionaba á estas *imágenes* la presencia propia de los santos ó de los espíritus celestiales. Esta es una imputación temeraria y sin fundamento.

En el siglo vii se unieron los mahometanos con los judíos en el horror que tenían á las *imágenes*, é hicieron un punto de religion el destruirlas. A principios del siglo viii, Leon Isáurico, hombre muy ignorante, y que de simple soldado llegó á ser emperador, penetrado de las mismas preocupaciones, expidió un edicto prohibiendo el culto de las *imágenes*, como un acto de idolatría, y mandó quitarlas en todas las iglesias. Desde el año de 624 hasta el año de 741, llenó el imperio griego de asesinatos y crueldades, por obligar á los pueblos y á sus pastores á ejecutar sus mandatos, y su hijo Constantino Coprónimo continuó el mismo proyecto. En el año de 726 hizo que se reuniese en Constantinopla un concilio de trescientos obispos, que condenaron el culto de las *imágenes*. Los que se conformaron con esta decision fueron llamados *iconómatos*, enemigos de las imágenes, é *iconoclastas*, quebrantadores de las imágenes: por su parte ellos llamaron á los ortodoxos *iconódulos* é *iconólatras*, siervos y adoradores de las imágenes. San Juan Damasceno escribió tres discursos en defensa de las *imágenes* y de la práctica de la Iglesia.

Los protestantes alaban el celo de los emperadores iconoclastas, aunque no se atreven á dar su aprobacion á los asesinatos y crueldades que cometieron: se ven obligados á confesar que estos excesos son inexcusables. Dicen que los sacerdotes y los monjes sublevaron al pueblo, porque el culto de las *imágenes* era para ellos un manantial de riquezas:

esto es una pura calumnia. No se puede probar que el clero de aquellos tiempos sacase utilidad alguna de la devoción del pueblo con las *imágenes*: el pueblo no necesitaba de que le excitasen á sublevarse contra unos soberanos frenéticos, sedientos de sangre humana, y que querian disponer á su gusto de la religion de sus súditos. Llamán al culto de las *imágenes* una *nueva idolatría*; pero ellos mismos están en la precision de confesar que este culto tenia ya entonces trescientos años por lo ménos de antigüedad, y nosotros sostenemos que ya tenia seis siglos.

Este furor de los iconoclastas continuó en el reinado de Leon IV, sucesor de Constantino Coprónimo; pero fué reprimido en tiempo de Constantino Porfirogeneto, por influencia del celo de la emperatriz Irene, su madre. Esta princesa, de acuerdo con el papa Adriano, hizo que se celebrase en Nicea el año 787 un concilio de trescientos setenta y siete obispos, que anularon el decreto del que se habia celebrado el 726 en Constantinopla. Los Padres declararon que el culto de las *imágenes* era lícito y loable: en este se retractaron un número considerable de obispos que, cediendo á la fuerza, asistieron al concilio de Constantinopla. No se contentaron con decidir el dogma católico, sino que lo probaron también por la tradicion constante de la Iglesia, que sabia hasta el tiempo de los apóstoles: explicaron en qué consiste el culto que se debe dar á las *imágenes*, y mostraron la diferencia que hay entre este culto y el que debemos dar á Dios. El papa Gregorio III habia hecho ya lo mismo en un concilio celebrado en Roma el año de 632.

Los protestantes dicen que los obispos congregados en

Nicea usaron de documentos falsos y de hechos apócrifos para cimentar su opinión. Supongámoslo; pero los del concilio de Constantinopla habian hecho lo mismo en 726, con la diferencia que no fundaron su decreto sino en puros sofismas, como suelen hacerlo los protestantes de nuestros días. Añadimos que los monumentos que se citan en el concilio de Nicea no todos son apócrifos, sino falsos.

Hacia el año de 797, separado Constantino Porfirogenato de la autoridad de su madre, prohibió la obediencia al concilio de Nicea, se volvió á enardecer el furor de los iconoclastas, y siguió mientras duraron en el imperio Nicéforo, Leon V, Miguel el Balbuciente y Teófilo; pero hacia el año 852 la emperatriz Teodora destruyó enteramente este partido, que habia durado cerca de trescientos años, é hizo confirmar de nuevo el culto de las *imágenes* en un concilio de Constantinopla. En el siglo xn el emperador Alejo Comneno volvió á declarar la guerra á las *imágenes* por el interés de saquear las iglesias, como hicieron muchos de sus predecesores. Leon, obispo de Calcedonia, le resistió, y fué destronado; pero su conducta no mereció la aprobacion de los protestantes. Mosheim, en su *Historia eclesiastica*, siglo xi, parte 2.^a, c. 3, § 12, acusa á este obispo de haber enseñado que las *imágenes* de Jesucristo y de los santos tienen una santidad inherente; que la adoracion de estas no se dirige solo á los originales, sino tambien á ellas mismas: dice que lo contrario fué decidido en un concilio de Constantinopla, de que no hicieron mencion algunos historiadores. Aun cuando todo esto fuese cierto, el emperador Alejo Comneno no seria ménos culpable; pero sabemos que

los iconoclastas, como todos los demás herejes, tenian mucho cuidado en disfrazar los sentimientos de los ortodoxos para hacerlos odiosos.

Mientras que la herejía, sostenida por el brazo secular, llenaba de desolacion el Oriente, la Iglesia latina estaba tranquila por la vigilancia y firmeza de los papas: ni los decretos de los emperadores iconoclastas, ni las decisiones de los concilios de Constantinopla contra el culto de las *imágenes* se aceptaron jamás en Italia, ni en las Galias, ni en España, ni en todo el Occidente. Pero en el año 790, cuando el papa envió á Francia los decretos del concilio de Nicea, celebrado hacia tres años, que confirmaba el culto de las *imágenes*, Carlo Magno hizo que los examinasen los obispos, á quienes chocó la palabra *adoracion* de que se sirvió el concilio para expresar este culto. No se hicieron cargo de que esta palabra es tan equívoca en griego como en latin; que regularmente solo significa ponerse de rodillas, prosternarse ó dar alguna otra señal de respeto. Por lo mismo Carlo Magno mandó componer una obra en cuatro libros, que fueron llamados *Libros carolinos*, para refutar las actas del concilio de Nicea.

leyendo esta obra se vé claramente que estas están muy mal traducidas al latin. En el l. 3, c. 17, supone el autor que Constantino, obispo de Chipre, dió su voto en el concilio en los términos siguientes: « Recibo y abrazo con honor los santos y las respetables *imágenes*, y les presto el mismo servicio de adoracion que á la consustancial y vivificante Trinidad. » Y en el original griego está de la manera siguiente: *Recibo y honro las sagradas imágenes, y no doy*

más que á la sola Trinidad suprema la adoracion de la tria. Fundado en este error de hecho, discurra en toda su obra el autor de los *Libros carolinos*, y los protestantes por supuesto no dejaron de ponderarla, como un dechado de justicia y de sagacidad.

En el año 794, congregados los obispos en Francfort por orden de Carlo Magno, cayeron en el mismo error. Dicen en las actas de este concilio, c. 2: «Se suscitó una cuestion en orden al nuevo concilio que celebraron los griegos para hacer que se adorasen las *imágenes*, y en el qual está escrito que se fulmina anatema contra los que no dieron á las *imágenes* de los santos el servicio y la adoracion como á la Trinidad divina. Nuestros muy santos Padres refutaron absolutamente este servicio, y condenaron esta adoracion.» Aquí se vé el mismo error de hecho que en el de los *Libros carolinos*.

En el año 825 Luis el Piadoso, sucesor de Carlo Magno, invitado por Miguel, emperador de Constantinopla, que estaba por el partido de los iconoclastas, hizo reunir en Paris los obispos del reino para examinar de nuevo esta cuestion. En el preámbulo de su dictámen juzgan que el concilio de Nicea condenó con mucha razon á los que destruian y querian desterrar las *imágenes*; pero que erró en declarar no solo que se les debe honrar, adorarlas y llamarlas sagradas, sino tambien que por ellas se recibe la santidad. Por consiguiente en los capítulos 1.º y 2.º refieren los pasajes de los santos Padres contrarios al error de los iconoclastas, y en el 3.º los que condenan á los adoradores de *imágenes*, á los que las atribuyen una santidad y creen que la consiguen por medio de ellas.

No sabemos por qué razon los protestantes cantan el triunfo por todas estas decisiones: ellos condenan su conducta igualmente que la de los iconoclastas, y reprueban un error en que nunca cayeron los católicos griegos y latinos; pero no aprueban el furor de los que despedazan y conculcan las *imágenes* y las destierran del lugar santo. Hacia el año de 823, Claudio de Turin hizo pedazos las *imágenes* de su diócesis, y escribió contra el culto que se les tributaba; le refutaron Teodomiro, Dungal, Jonás de Orleans y Walfredo Estraban: los sentimientos de estos escritores sirvieron de modelo al concilio de Paris. *Hist. de la Igles. galic.*, t. 5, l. 13, año de 794; l. 14, año de 825.

Sin embargo, se fué disipando insensiblemente la prevencion contra los decretos del concilio de Nicea, y antes del siglo x fué universalmente reconocido por el séptimo concilio general, y se estableció el culto de las *imágenes* en todo el Occidente. No sabemos que este culto sufriese ningun ataque en España ni en Italia. Los protestantes no se avergüenzan de llamar *apostasia* la vuelta de los franceses á la fé católica sobre el culto de las *imágenes*.

En el siglo xii, los valdenses, los albigenses, los petrobrucianos, los enriqueanos, y otros muchos fanáticos, renovaron el error de los iconoclastas: despues de ellos Wiclef, Calvino y otros pretendidos reformadores sostuvieron que el culto de las *imágenes* era una idolatria. Al principio no queria Lutero que se las desterrase; pero los apologistas de la confesion de Augsburgo, acusaron á los católicos de que enseñaban que habia en las *imágenes* una cierta virtud como la que nos quieren hacer creer los mágicos que tienen

las imágenes de las constelaciones. *Hist. de las Variac.*, l. 2, § 28; l. 3, § 38. De este modo sedujeron á los pueblos con patrañas y calumnias.

Estos grandes talentos tampoco están de acuerdo sobre este punto: los calvinistas, penetrados del mismo furor que los antiguos iconoclastas, despedazaron, quemaron ó arrabataron las imágenes; ellos tenían regularmente el mismo motivo, que era el aprovechar las que estaban hechas de metales preciosos. Los luteranos vituperaron esta conducta: en muchos de sus templos conservaron el crucifijo y algunas pinturas históricas. Los anglicanos desterraron los crucifijos, aunque representan la Santísima Trinidad por un triángulo dentro de un círculo; y un autor inglés nota esta figura de más ridícula y más absurda que todas las imágenes de los católicos. *Steele, Epist. al Papa*, p. 35.

Pero la cuestión principal es sobre cuáles tienen de su parte la razón, y si sus respectivas opiniones están mejor fundadas que el dogma de los católicos.

1.º Nos oponen la ley general y absoluta del *Decálogo* que ya hemos citado, y que prohíbe absolutamente toda especie de imágenes y que se les dé toda especie de culto: nos preguntan con qué autoridad queremos limitar, interpretar ó modificar esta ley.

Respondemos: Que por la autoridad de la recta razón y del buen juicio á que recurren los mismos protestantes, cuando se ven embarazados con la letra de la Sagrada Escritura. Nosotros sostenemos que esta prohibición no es absoluta, sino relativa á las circunstancias en que se hallaban los judíos: 1.º porque sería un absurdo proibir la escri-

tura y la pintura como artes perniciosas por sí mismas: es imposible que un pueblo cultive estas dos artes sin que quiera representar los personajes que respeta y ama, y es imposible respetar y amar un personaje sin estimar y respetar la figura que le representa; 2.º porque Dios, que hace notar á los judíos que no se les presentó en Horeb bajo ninguna figura, *Deuteron.*, vi, 15, se apareció sin embargo, después de esta época, á muchos profetas en una figura sensible; 3.º porque la segunda parte de la ley citada debe explicarse por la primera: la primera dice: *Vosotros no tendréis más dioses que á mi*; luego la segunda: *Vosotros no habeis idolo ni esculturo, y no los honrareis*, quiere decir: *Vosotros no habeis imágenes para honrarlas como dioses*; 4.º porque la misma ley que prohíbe los ídolos y las estatuas, prohíbe también origin columnas y lápidas notables para adorarlas, *Levit.*, xxvi, 1. Luego Dios no prohibió las primeras más bien que las segundas, sino en cuanto se erijan para ser adoradas. Los protestantes ¿darán acaso en el mismo desatino que los judíos, quienes se persuadían do que toda figura estaba prohibida por su ley, que la pintura y la escultura les eran también prohibidas? *Bible de Chais*, l. 2, p. 194.

En segundo lugar, nos acusan de que *en efecto adoramos y servimos las imágenes*, por consiguiente que les damos el mismo culto que daban á sus ídolos los paganos.

Respuesta: Esta es una calumnia envuelta en palabras ambiguas. *Adorar* y *servir* á un objeto es tributarle honores por él mismo, limitándolos á él sin referirlos á otro ninguno: así es como los paganos honraron á sus ídolos. Es-

taban persuadidos de que el dios que representaban las estatuas, en virtud de su consagración, se encerraba en ellas, las animaba y recibía de allí los inciensos de sus adoradores; luego honraban la estatua como un dios ó como animada por un dios: varios hábiles protestantes convienen en esto mismo. *Bible de Chais*, ibid., pág. 260. ¿Serán tan audaces que nos atribuyan este error? Cuando nosotros decimos á los protestantes: *Si la Eucaristía no es más que la figura del cuerpo de Jesucristo, como vosotros pretendéis, ¿por que san Pablo dice que los que la profanan, se hacen reos del cuerpo y sangre de Jesucristo?* Nos responden: *Porque el ultraje hecho á la figura, recae sobre el original*: luego es un culto relativo, no absoluto como el de los paganos; y como nosotros hemos probado que el culto dirigido al original no es idolatría, se infiere que tampoco lo será el que se dirige á su *imagen* ó figura.

3.º La tenacidad y obstinación de nuestros adversarios llegó al extremo de hacerles sostener que el uso de las *imágenes* es malo en sí mismo, prescindiendo de los abusos que pueden resultar.

Respuesta: Los desafiamos á que lo prueben, porque su pretensión choca con el buen sentido. No podemos honrar á Dios sino dirigiéndole las mismas señales de respeto y veneración que podemos dar á un personaje como es tener su retrato, estimarle y besarle, etc. ¿Por qué ha de ser un crimen el manifestar esta señal de respeto y amor y de reconocimiento á Dios, á Jesucristo y á los santos? Porque Dios lo prohibió, replican los protestantes; pero nosotros acabamos de probar que esta prohibición no puede ser perpétua

ni absoluta. Todos los que tienen algun sentimiento de religión convienen en que es necesario multiplicar alrededor de nosotros los símbolos de la presencia divina: no hay un símbolo más enérgico ni más sensible que la *imagen* ó figura en que Dios se dignó presentarse á los hombres.

Finalmente, dicen nuestros censores, si esta práctica no es mala en sí misma, es por lo ménos peligrosa para el pueblo; esta no tiene bastante penetración para poder distinguir el culto relativo del culto absoluto; no ve más que la *imagen*; su entendimiento no va más léjos; á esta limita, como los paganos, toda su veneración y todos sus votos: este es un abuso cuyo preservativo es casi imposible.

No es más imposible el enseñar á distinguir la *imagen* del rey del mismo rey, al que no le ha visto nunca con sus propios ojos. Cuando un ignorante saluda la estatua del rey ¿se le puede acusar de haber dirigido su intención á la estatua y no al rey? Y ¿por qué se le supone más estúpido en materia de culto religioso, que en materia de culto civil?

Nada más sábio que el decreto del concilio Tridentino sobre este punto. Manda á los obispos y párrocos que enseñen, «que se deben guardar y conservar, singularmente en los templos, las *imágenes* de Jesucristo, de la Virgen Santísima y de otros santos, y darles el honor y la veneración que se les debe: no porque se crea que reside en ellas alguna divinidad ó alguna virtud, por la que se las deba honrar, ó que sea preciso pedirles alguna cosa, ó poner en ellas su confianza, como los paganos la ponían en sus ídolos; sino

porque el honor que se dirige á las *imágenes*, se refiere á los originales que representan ; de manera que besándolas, descubriéndolas y prosternándonos en su presencia, *adoramos* á Jesucristo y *honoramos* á los santos de quienes son *imagen ó figura*. En seguida entra el concilio en el pormenor de los abusos que en esta materia deben evitarse, y encarga á los obispos que redoblen sobre esto su vigilancia. ¿Qué pueden reprender los protestantes en una decision tan exacta y tan bien motivada ?

El concilio se funda en el uso de la Iglesia católica y apostólica recibido desde los primeros tiempos del cristianismo, en el sentir unánime de los santos Padres, en los decretos de los concilios, singularmente en el de Nicea, *sesión 25, c. 2*. Por parte de los protestantes es una temeridad muy digna de reprobarse el que supongan que desde el siglo iv de la Iglesia, Jesucristo la dejó caer en la idolatría mas grosera, y permitió que naciesen en su seno todas las supersticiones del paganismo, dejándolas crecer y arraigarse hasta nuestros días ; que es lo mismo que decir que un puñado de herejes que aparecieron de siglo en siglo, vieron mejor la verdad que toda la sociedad de los cristianos de todos los tiempos y lugares. Los ministros predicantes habian publicado al principio que el culto de las *imágenes* era una práctica nueva y abusiva que se habia introducido en la Iglesia en los siglos de ignorancia ; pero está probado que las sectas de los cristianos orientales como la de los nestorianos, separados de la Iglesia desde el siglo v, y los eutiquianos desde el vi, conservaron el uso de tener y honrar las imágenes en sus templos. Esta práctica es por lo tanto

mas antigua que su cisma, y hemos probado que hay vestigios de ello desde el siglo ii. *Perpét. de la foi, t. 5.º, l. 7, pág. 511. (Bergier.)*

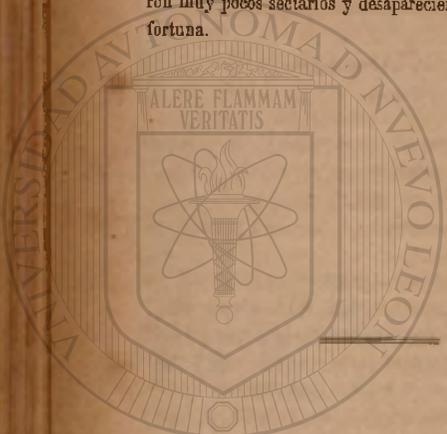
ALBANESES.

Estos herejes aparecieron principalmente en la Albania ó parte oriental de la Georgia. Renovaron la mayor parte de los errores de los maniqueos y de otros herejes de los siglos anteriores, con lo que turbaron la paz de la Iglesia.

Fué su primer extravío el establecer dos principios : el uno bueno, padre de Jesucristo, autor del bien y del Nuevo Testamento ; y otro malo, autor del Antiguo Testamento, que ellos desechaban, sosteniendo que era falso todo cuanto pudieran decir Abraham y Moisés. A esto anadian que el mundo es de toda eternidad, que el Hijo de Dios habia traído un cuerpo del cielo ; que los sacramentos, á excepcion del Bautismo, son unas supersticiones completamente inútiles ; que la Iglesia no tiene poder de excomulgar, y que no existe el infierno, que no pasa de ser un cuento forjado al capricho para atemorizar.

Tales eran los groseros errores de los albaneses, que no merecen ni los honores de la refutacion. Desechaban, como hemos dicho, el Antiguo Testamento, donde se hallan consignados los anuncios del Mesias con los caractéres que le habian de distinguir, y admitian el Nuevo en el cual se ven

realizadas todas las antiguas profecías. Y creyendo el Nuevo Testamento, miraban como en cuento el infierno, del que tan terminantemente se habla en sus páginas. Tuvieron muy pocos sectarios y desaparecieron bien pronto por fortuna.



SIGLOS OCTAVO Y NOVENO.

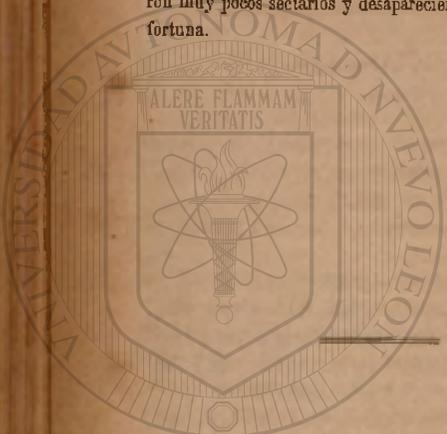
INTRODUCCION.

Vamos á unir estos dos siglos por ser en muy corto numero las herejías que aparecieron en el primero de ellos.

Los resultados del edicto de Leon Isáurico contra las imágenes fueron los que eran de esperar. Los católicos no ocultaban la pena que aquella herética determinacion les producía, y se lamentaban que así se les arrebatase los objetos de su devoción que tanto contribuían á aumentar la piedad y la fé. Así, pues, cuando pudieron de nuevo erigir nuevas imágenes y darles culto público, sus corazones rebosaban en las más dulces expansiones. Así es, que la fiesta de la *Ortodoxia*, ó de la restauracion de la fé católica la celebraron despues cada año con un entusiasmo indecible, como aun se viene celebrando en Oriente, donde no se ha olvidado la gran perturbacion que causaron los iconoclastas y la alegría que motivó la extincion de aquella secta impia.

La ignorancia fué el carácter distintivo del siglo vii. Las

realizadas todas las antiguas profecías. Y creyendo el Nuevo Testamento, miraban como en cuento el infierno, del que tan terminantemente se habla en sus páginas. Tuvieron muy pocos sectarios y desaparecieron bien pronto por fortuna.



SIGLOS OCTAVO Y NOVENO.

INTRODUCCION.

Vamos á unir estos dos siglos por ser en muy corto numero las herejias que aparecieron en el primero de ellos.

Los resultados del edicto de Leon Isáurico contra las imágenes fueron los que eran de esperar. Los católicos no ocultaban la pena que aquella herética determinacion les producía, y se lamentaban que así se les arrebatare los objetos de su devoción que tanto contribuían á aumentar la piedad y la fé. Así, pues, cuando pudieron de nuevo erigir nuevas imágenes y darles culto público, sus corazones rebosaban en las más dulces expansiones. Así es, que la fiesta de la *Ortodoxia*, ó de la restauracion de la fé católica la celebraron despues cada año con un entusiasmo indecible, como aun se viene celebrando en Oriente, donde no se ha olvidado la gran perturbacion que causaron los iconoclastas y la alegría que motivó la extincion de aquella secta impia.

La ignorancia fué el carácter distintivo del siglo vii. Las

pasiones y las supersticiones combinadas llegaron al colmo de la osadía y dominaron en todas las esferas. Se suponían apariciones de ángeles, de demonios á los que se hacían intervenir al gusto particular para producir en los espíritus los efectos que ellos deseaban. Así se vió un Adelberto asegurando á la multitud de ignorantes que le rodeaba que un ángel le había llevado desde las extremidades del mundo reliquias de una santidad admirable y por cuya virtud él podía obtener de Dios todo aquello que quisiese. Este impostor distribuía al pueblo sus uñas y sus cabellos, cuyos objetos hacía respetar como reliquias, y los fanáticos ignorantes le creían y recibían aquellas donaciones como prenda de inestimable valor que conservaban cual precioso depósito. En su ignorancia no sujetaban á exámen crítico nada de cuanto decía ó hacia aquel impostor. En tanto los que no participando de tanta ignorancia podían tener algun uso de su razon, la empleaban en combatir las verdades reveladas. Uno de estos era Clemente, el cual rechazaba la autoridad de los concilios y de los Padres, atacaba el dogma de la predestinacion, la disciplina y la moral de la Iglesia.

En España, Félix de Urgel cayó en el arrianismo, por su deseo de convertir á los musulmanes, que miraban como una idolatría el dogma de la Divinidad de Jesucristo. Así enseñó con asombro de todos los católicos que Jesucristo no era Hijo de Dios por naturaleza sino por adopcion. Parece que así como Clemente no tuvo discípulos, el error de Félix de Urgel hizo algunos progresos. Uno y otro fueron condenados y refutados sólidamente; y Dios permitió que en un

siglo de tanta ignorancia, de tantos desórdenes y tinieblas, se conservase sin alteracion la doctrina de Jesucristo, su moral y el culto establecido.

Por lo que respecta á nuestra España, nunca la herejía ha podido tomar carta de naturaleza, ni aun en la época que hemos alcanzado, en la que el *liberalismo*, esa grande herejía del siglo xix, ha abierto las puertas de nuestra patria á todos los errores. Verdad es que desde el cielo vela por nuestra fé aquella bendita Virgen que viviendo aun en carne mortal quiso presentarse á las orillas del Ebro, donde ordenó le fuese construido un templo, que viene á hacer un pacto de alianza entre la augusta Señora y el pueblo español que recibió tan honrosa visita.

En el siglo ix la actitud de Carlo Magno cuya curiosidad le hizo presentar multitud de cuestiones teológicas á los sábios y á los literatos, hizo que surgiesen gran número de ellas entre los teólogos principalmente. Se esforzó en descubrir los misterios, explicar los dogmas é interpretar la Escritura, empero sin formar ningun sistema y casi siempre adoptando algunas ideas ó algunas explicaciones de los santos Padres y de otros autores eclesiásticos.

De esto resultaron grandes discusiones. Godescal las sostuvo muy vivas sobre la predestinacion. Un monje de Corbia, apoyándose en una de las obras de san Agustín, que interpretó á su manera, pretendia que no habia más que un alma en todos los hombres. El absurdo de esta proposicion no puede ser más palpable. Tambien se suscitó una grande disputa sobre el modo con que Jesucristo está en la Eucaristía.

Todos quisieron ser sabios y mejores intérpretes que los demás de la Sagrada Escritura. Hasta hubo una mujer que pretendió haber encontrado en el Apocalipsis que el fin del mundo se verificaria el año 648. Y como quiera que todos los jefes de secta encuentran siempre partidarios que los crean, aquella mujer que se jactaba de haber recibido del cielo una misión especial para comunicar aquel grande acontecimiento, no dejó tambien de encontrarlos. Estos partidarios debieron ser muy ignorantes ó sencillos: de otro modo hubieran podido comprender que aquella mujer no tenia misión alguna ordinaria ni extraordinaria, lo que se hubiera demostrado con milagros ú obras maravillosas. En cuanto á señalar época precisa para la terminacion del mundo no ha sido esta fanática la única persona que lo ha anunciado. Y justamente es un hecho no revelado ni á los más grandes santos, pues el mismo Jesucristo que en cuanto Dios no puede ignorarlo, no la sabia en cuanto hombre. ¡Y sin embargo una embaucadora se cree poseedora del secreto de Dios! ¡Son verdaderamente incomprensibles las aberraciones de la inteligencia humana!

AGONICLITAS.

Esta secta de fanáticos apareció en los primeros años del siglo viii. Rehusaban admitir la validez de las plegarias y oraciones hechas de rodillas. Pretendian que para ser escuchados era necesario absolutamente estar de pié y acom-

pañar las plegarias con danzas y saltos excéntricos. Esta herejía tuvo muy corto número de sectarios.

BAÑOLESSES Ó BAÑOLIENSES.

Secta de herejes que aparecieron en el siglo viii, y se llamaron así de Bagnols, ciudad de Languedoc en la diócesis de Vrés, donde estaban en bastante número. Se les llamó tambien *concondoeses* ó *controccesas*, palabra cuyo verdadero origen no se conoce. Estos *bañoleses* eran maniqueos y fueron perseguidos de los albigenses. Desechaban el antiguo Testamento y parte del nuevo. Sus principales errores eran el que Dios no cria almas cuando las une al cuerpo, que no tiene presciencia, que el mundo es eterno, etc. Se dió todavía en el siglo xiii el mismo nombre á una secta de cátaros.

ADOPCIANOS.

Herejes del siglo octavo que pretendian que Jesucristo, en cuanto hombre, no era hijo propio ó natural de Dios, sino solo su hijo adoptivo. Era renovar el mismo error de Nestorio.

Esta secta se levantó bajo el imperio de Carlo Magno, hacia el año 778. Con este motivo, Eliyando, arzobispo de Toledo, consultó á Félix, obispo de Urgel, acerca de la filiacion de Jesucristo, y este obispo le contestó, que en cuanto

Dios, era verdadera y propiamente Hijo de Dios, engendrado naturalmente por el Padre: pero que Jesucristo en cuanto hombre ó hijo de María, no lo era sino adoptivo de Dios, decision á que suscribió Elipando. El papa Adriano, advertido de este error, le condenó en una carta dogmática dirigida á los obispos de España.

Se tuvo un concilio en Narbona en 791, en el que se discutíó la causa de los dos obispos españoles, pero no se decidió nada. Félix se retractó, y despues volvió á sus errores; Elipando, por su parte, habiendo enviado á Carlo Magno una profesion de fé que no era ortodoxa, hizo reunir este principe un concilio numeroso en Francfort, en 794, en el que se condenó la doctrina de Félix y Elipando, lo mismo que en el de Forli del año 785, y poco tiempo despues en el concilio celebrado en Roma bajo el pontificado de Leon III.

Félix de Urgel pa-ó su vida en una alternativa continua de abjuraciones y recaídas, y la terminó en la herejia; lo mismo sucedíó con Elipando.

Geoffroi de Clacaval imputa el mismo error á Gilberto de la Poirée; Escoto y Durando parece no están muy distantes de esta opinion, que parece venir á recaer en la de Nestorio.

El error de que hablamos, fué refutado con buen éxito por san Paulino, patriarca de Aquilea, y por Alcuino. En la vida que Madrissi ha dado del primero, ha discutido muchos hechos concernientes á Elipando y Félix de Urgel, que antes no fueron suficientemente ilustrados. *Histoire de l'Église gallicane*, t. 5, año 797, 799.

ADELBERTO.

Era galo y nació á principios del siglo viii; este era el siglo de la ignorancia y de las tinieblas muy fecundo en supersticiosos é impostores: era el reinado de la hipocresia.

Adelberto desde sus primeros años fué un insigne hipócrita; se vanagloriaba de que un ángel en forma humana le habia traído de los confines del mundo reliquias de una santidad admirable y que por la virtud de estas podía obtener todo lo que él pidiese. Por este medio ganó la confianza del pueblo, y encontrando buena acogida en las casas donde se presentaba, se atrajo en seguida mujeres y una multitud de campesinos que le miraban como á un hombre dotado de una santidad apostólica y del don de hacer milagros.

Para sostener su impostura con una cualidad dominante, ganó á fuerza de dinero obispos ignorantes para que le conscriesen el episcopado contra todas las reglas.

Esta nueva dignidad le inspiró tanto orgullo y presuncion que se atrevió á compararse á los apóstoles, y á los mártires; al tiempo que rehusaba consagrar iglesias en honor de ellos, queria consagrarlas á sí mismo. Es á cuanto podía llevarle el necio orgullo que se habia apoderado de su corazon.

Como hemos ya insinuado en la introduccion, distribuía sus uñas y sus cabellos entre el corto número de personas

que le seguían, y las cuales demostraban á aquellos objetos igual respeto que á las reliquias de san Pedro. Hacía pequeñas cruces y oratorios en los campos, cerca de las fuentes, donde procuraba que se hiciesen plegarias públicas; de suerte que el pueblo dejando sus antiguas iglesias se reunía en aquellos oratorios, con desprecio de los obispos.

En suma, cuando venían á sus piés para confesarse, decía: Ya sé vuestros pecados; me son conocidos hasta vuestros más ocultos pensamientos: no teneis, pues, necesidad de confesaros: vuestros pecados os son perdonados: id en paz á vuestras casas, seguros de vuestra absolucion. Los pecadores se levantaban y se dirigían á sus moradas con una plena seguridad de que sus pecados habian sido perdonados.

Adelberto compuso la historia de su vida, y por el principio de este trabajo que ha sido conservado, se vé que no es otra cosa que un tejido de visiones, de imposturas y de falsos milagros. Se presenta como hijo de padres humildes, pero coronado por Dios desde el vientre de su madre. Decía que ella antes de darle á luz habia creído ver salir de su costado derecho un ternero, el que, segun Adelberto, significaba la gracia que habia recibido por ministerio de un ángel.

Otro de los escritos de Adelberto es una carta que atribuye á Jesucristo y que sépone le fué enviada del cielo por ministerio de un ángel.

Aquella artificiosa carta está escrita del modo más propio para seducir al pueblo.

San Bonifacio, que trabajaba como un hombre apostólico en defensa de la fé, y para destruir los errores, hizo condenar á Adelberto en un concilio reunido en Soissons: empero el hereje en vez de someterse se mostró en adelante más rebelde.

Con este motivo san Bonifacio recurrió al papa, el cual en otro concilio le condenó nuevamente,

Despues de esta época, la historia no vuelve á ocuparse de Adelberto, y solo se sabe que san Bonifacio le hizo encerrar por órden del emperador Pepino.

GRAN CISMA DEL ORIENTE.

Vamos á dar cuenta de este importantísimo asunto de la historia de la Iglesia, presentando la descripcion detallada que del mismo hace el erudito P. Amat:

«Era Focio de familia noble y muy opulenta, aplicadísimo al estudio, y de talento muy extraordinario. Formó una biblioteca muy selecta y copiosa, y llegó á ser el mejor sabio de aquel siglo á inmediatos. Fué primer escudero y primer secretario del emperador; y aunque seglar se habia dedicado mucho á las ciencias eclesiásticas, y aceptó con gran gusto la silla patriarcal. Su eleccion fué muy irregular; ya por ser obra de sola la corte; ya principalmente por no estar vacante la silla, habiendo sido echado san Ignacio en fuerza de una sentencia de deposicion notoriamente nula. Los obispos no querian consagrar á Focio; pero luego cedieron

á los diestros manejos del electo, al poder de sus protectores, y á las atalondradas instancias de Gregorio, obispo siracusano, que habia sido depuesto por san Ignacio en un concilio de 854. Focio, que era fácil en prometer y fecundo en pretextos para no cumplir, á instancias de algunos obispos firmó antes de consagrarse una declaracion de que reconoceria á Ignacio por patriarca legitimo, y le veneraria como padre, y obraria como coadjutor suyo, sin dar jamás oidos á acusacion alguna contra el santo. En seis dias pasó de lego á obispo. El primero recibió el hábito de monje, el segundo fué ordenado lector, el tercero subdiacono, el cuarto diacono, el quinto presbitero, y el sexto dia, que era el de Navidad de 858, fué consagrado patriarca de Constantinopla por Gregorio Siracusano. No tardó en atropollar cruelmente á san Ignacio, y á todos los que tenian con él eonexion, mezclando con la severidad astutas instancias de que el santo firmase un acto de renuncia, como si espontáneamente se hubiese retirado. De esta manera queria Focio legitimar su eleccion. Mas el santo no quiso condescender: y algunos obispos de la provincia de Constantinopla juntos en concilio declararon á Focio intruso, y le excomulgaron en castigo de sus violencias. Pero Focio juntó otro concilio, y ganando á unos con lisonjas, y á otros con amenazas, hizo deponer y anatematizar á san Ignacio aunque ausente, y el santo cargado de cadenas fué desterrado á la isla de Lesbos en agosto de 859.

«Focio participó al papa su promocion, enviándole una confesion de fé muy católica. «Cuando yo considero, dice á Su Santidad, la grandeza del obispado y mi flaqueza, me

lleno de horror, al verme encima tan horrible yugo. Pero habiendo mi predecesor renunciado la dignidad, el clero, los metropolitanos y sobre todo el emperador, impelidos no sé de qué movimiento, me acometieron, y sin atender á mis excusas, me han precisado á aceptar; y á pesar de mis lágrimas y de mi desesperacion, me han consagrado.» Las cartas de Focio con otras del emperador, las llevaron un protospalarío ó primer escudero y cuatro obispos con un cáliz y patena de oro, y otros preciosos regalos, para la iglesia de San Pedro. Focio tuvo la precaucion de no dejar pasar á Roma ningun enviado de san Ignacio. Con todo, el papa Nicolás I entró en alguna desconfianza. Notó en la carta del emperador que san Ignacio no era convicto por confesion, ni con pruebas jurídicas: y por esto se quejaba con su Majestad, de que se le hubiese depuesto, especialmente sin contar con la Santa Sede. En la respuesta á Focio aprueba su confesion de fé; pero nota de irregular la eleccion de un lego para patriarca, y añade que envia legados para recibir informaciones sobre lo ocurrido en la eleccion, en cuya vista despues Su Santidad determinaria lo conveniente. Llegaron á Constantinopla los legados del papa: Focio los ganó; y con esto convocó otro concilio de trescientos diez y ocho obispos. Pasáronse muchos dias instando de mil maneras á san Ignacio, para que renunciase; mas el santo creyó que no podia. Oyéronse entonces setenta y dos testigos, que declararon que san Ignacio habia sido consagrado sin preceder decreto de eleccion. Leyóse el canon trigésimo de los apóstoles contra los que se valen de las potestades seculares para meterse en las iglesias; y como

si el santo estuviere en el caso se le degradá, quitándole con inlamia los vestidos sagrados. El concilio hizo un decreto á favor de las santas imágenes y varios cánones sobre monjes, monasterios y elecciones de obispos (1).»

Focio jamás abandonó la idea de tener un acto de renuncia de san Ignacio: al cual un día estando casi sin sentidos por la violencia de varios tormentos, uno le cogió la mano, y le hizo poner una firma en blanco, la llevó á Focio, y este añadió: Ignacio, indigno patriarca de Constantinopla, confieso que entré sin decreto de eleccion, y que goberné con tiranía. Presentóse este papel al emperador; y en consecuencia se dió permiso á Ignacio para retirarse á casa de su madre. Pero poco despues tuvo que escaparse disrazado; pues Focio enviaba tropas para prenderle otra vez: entre tanto el monje Teognosto pudo llegar á Roma, informó de todo el papa, y le entregó un memorial firmado de Ignacio, de diez metropolitanos, otros quince obispos y un número infinito de presbíteros y monjes, que suplicaban al papa que tomase conocimiento de esta causa, á ejemplo de lo que sus predecesores habian practicado. Los legados del papa volvieron á Roma cargados de regalos, y solo dijeron que san Ignacio habia sido depuesto, y la eleccion de Focio confirmada. Leon, secretario y enviado del emperador, fué quien presentó á Su Santidad las actas de la deposicion de Ignacio, y el decreto sobre las santas imágenes con cartas del emperador y de Focio, en que con admirable artificio se pinta la resistencia de Focio á ser obispo, la vida feliz que tenia ántes entre amigos sabios y los trabajos de ahora: se ha-

(1) Nicet. ep. Hord. ibid. c. 283, et Nicol. Pap. epist. ibid. c. 302 s.

ce memoria de muchos legos elegidos obispos sin ser bautizados, como san Ambrosio y Nectario; y se recopila cuanto pudiese inducir al papa á aprobar la eleccion de Focio. Sin embargo, las actas mismas de la deposicion de san Ignacio demostraban la irregularidad y violencia de aquel juicio. Asi el papa estuvo muy distante de dejarse engañar. Desde luego juntó sínodo y en presencia del enviado del emperador declaró que sus legados no estaban autorizados ni para la deposicion de san Ignacio, ni para la promocion de Focio, y que no podia aprobar ni una ni otra. Respondió á Focio y al emperador, lamentándose del injusto atentado cometido contra el santo; y dirigió otra carta encíclica á todos los fieles del Oriente, en que referia la prevaricacion de sus legados, y proseguia: *Sabed pues, que yo jamás he consentido en la ordenacion de Focio, ni en la deposicion de Ignacio.* Despues hablando con los tres patriarcas de Alejandria, Antioquia y Jerusalem, con los metropolitanos y demás obispos, añadia: «Por nuestra autoridad apostólica os encargamos y mandamos que tengais á Ignacio por mal depuesto, y á Focio por intruso, y que publiqueis esta carta en todas vuestras diócesis para que venga á noticia de todos los fieles. Mas el astuto Focio, para ganar tiempo fingió con arte otras cartas del papa, en que le hacia aprobar todo lo hecho por sus legados y por el concilio (1).»

Nicolás I pensó seriamente en reparar el escándalo que sus legados habian dado en Constantinopla. A este fin, á principios de 863, convocó en Roma un concilio de muchas provincias; y uno de los legados fué depuesto y excomul-

(1) Conc. VIII. Act. 7, ap. Hard. l. V, c. 357 y 1065, 4165.

gado. Sobre el punto principal el concilio decretó así: «Focio que ha sido ordenado por un obispo depuesto: que ha usurpado la silla de Ignacio: que ha tenido la audacia de deponer y anatematizar al mismo Ignacio: que ha pervertido á los legados de la Santa Sede: que ha desterrado á los obispos que no querían comunicar con él: que prosigue en perseguir la Iglesia, y atropellar á nuestro hermano Ignacio con crueles tormentos: Focio, reo de estos y otros crímenes, sea privado de todo honor y oficio clerical por la autoridad de Dios omnipotente, de los apóstoles san Pedro y san Pablo y de todos los santos: y si despues de tener noticia de este decreto insiste en querer conservar la iglesia de Constantinopla ó impedir á Ignacio su pacífico gobierno, sea anatematizado, y privado de toda esperanza de recibir el cuerpo y sangre de Jesucristo, fuera del artículo de la muerte.» La misma sentencia se fulminó contra Gregorio de Siracusa, y se revocó enaato se había hecho contra Ignacio. Cuando en Constantinopla se tuvo noticia de este concilio, el emperador escribió al papa una carta llena de injurias y amenazas. Pero Su Santidad en la respuesta se justifica completamente: hace ver que los privilegios de la Iglesia de Roma son concedidos por el mismo Jesucristo, y que los concilios no hacen más que reconocerlos y conservarlos: le encarga que haga comparecer en Roma á Ignacio y á Focio en persona, ó por medio de sus diputados; y le exhorta á que no se arrogue los derechos de la Iglesia, pues tampoco la Iglesia se arroga los del imperio. «Jesucristo, dice, separó las dos potestades, de modo que los emperadores cristianos necesitan de los pontífices para la vida eterna, y los

pontífices se sirven de las leyes de los emperadores en los negocios temporales (1).»

El año 866, Bardas, el gran protector de Focio, fué condenado á muerte por orden del emperador Miguel, á quien tanto dominaba; y Basilio el Macedoniano fué asociado al imperio y coronado con solemnidad. Focio supo entonces hablar mal de Bardas, y adular al emperador y á Basilio; con lo que continuaron los destierros, cárceles y demás tormentos de los que no querían comunicar con Focio, fuesen clérigos, monjes ó seglares. El papa, á fines del mismo año 866, envió el obispo de Ostia, con un presbítero y un diácono, á Constantinopla con varias cartas. Al emperador se le queja de que la carta que había enviado por los primeros legados que prevaricaron, se leyó falsificada y truncada en el conciliábulo de Constantinopla. Protesta que tendrá por patriarca á Ignacio, hasta que sea juzgado y condenado por la Santa Sede, y le amenaza con la excomunión de todo el Occidente, si no manda quemar la carta injuriosa que antes le había enviado. Escribe el papa una carta general á todos los fieles; otras al senado y al clero de Constantinopla, á san Ignacio, á los obispos de aquel patriarcado, y hasta al mismo Focio y á Bardas, cuya muerte aun no sabía (2). Al mismo tiempo Focio añadía á sus violencias la de querer deponer al papa san Nicolás. Con este designio fingió las actas de un concilio ecuménico, que suponía presidido por los emperadores Miguel y Basilio, con asistencia del senado y varios obispos. Se formalizaban acusaciones y

(1) Nicol. I, Epist. 7 ap. Haró. I. V. c. 150.

(2) Nicol. I, Epist. 7 ap. Haró. I. V. c. 119 ad 233.

defensas, y últimamente se pronunciaba la sentencia de deposición. Arregladas estas actas como quiso, logró que las firmasen veinte y un obispos, y después añadió muchos centenares de suscripciones fingidas. En el mismo concilio trataba de emperadores á Luis el de Italia y á su mujer, contra el estilo de los griegos, que no daban aquel título sino al de Constantinopla. Estas actas fingidas las enviaba Focio por mano de dos metropolitanos al emperador Luis que mandaba en Italia, con cartas para él y para la emperatriz, en que procuraba inducirlos á echar de Roma al papa san Nicolás, como depuesto por un concilio ecuménico (1).

• Al mismo tiempo pasaba Focio á las iglesias griegas una circular contra las latinas, y especialmente contra la romana. Las reprende de que ayunen los sábados; permitan comer leche y queso en la primera semana de Cuaresma; no quieran presbiteros casados, y de que el obispo vuelva á unguir con crisma al que ya fué unguido por el presbitero en el bautismo, sobre todo nota por cúmulo de impiedad el añadir la palabra *Filioque* al símbolo, y decir que el Espíritu Santo procede también del Hijo. El papa Nicolás escribió á Hincmaro de Rheims y á otros obispos, dándoles noticia de estas acusaciones, para que saliesen en defensa de lo que era práctica y sentencia común del Occidente. « Yo no admito, dice también, que los griegos prueben nuestras tradiciones; pues se atreven á decir que cuando los emperadores pasaron de Roma á Constantinopla la primacia de la Iglesia romana y sus privilegios pasaron también á la Iglesia de Constantinopla. El caso es que los griegos no nos hacen

(1) Conc. VII, act. 7, ibid. c. 837 et 1035.

estos cargos, sino porque no quieren corregirse en los que yo les he hecho. Antes nos llenaban de alabanzas, y ensalzaban la autoridad de la Santa Sede; pero viendo que lie condenado sus excesos mudan de tono, y todo son injurias (1).» De resultas de esta circular del papa, nos quedan dos tratados contra los griegos. El uno es de Eneas, obispo de Paris, y el otro de Ratramno, monje de Corbia. Demuestran con la Escritura y santos Padres que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo; notan que poco antes los griegos no hacian tal cargo á los latinos, siendo antigua entre estos la adición de la palabra *Filioque*, y se quejan de que los emperadores se entrometan en disputar de los dogmas y ceremonias de la religion. En orden á los demás cargos observan que podia dejar de responderse, una vez que no se trata en ellos de artículos de fé, sino de costumbres ó prácticas de las iglesias, que no son ni pueden ser uniformes, y citan varias costumbres en el mismo Occidente sobre el ayuno del sábado y los de Cuaresma. En orden al celibato de los presbiteros romanos sigan el consejo de san Pablo, absteniéndose del matrimonio, para que libres de los cuidados de este mundo puedan mejor cumplir con la oracion y demás ejercicios de su ministerio. La uncion de los bautizados con crisma en la frente para confirmación en la fé, ó dar el Espíritu Santo, es peculiar de los obispos, según la tradición de la Iglesia; y la que hacen los presbiteros latinos no es en la frente, ni para dar el Espíritu Santo. En fin, hacen ver que es muy ridicula la pretension de los griegos de que la primacia de la Iglesia pasó con el imperio desde

(1) Nicol. 1, ap. 70, ib. c. 307.

Roma á Constantinopla, y convencen que el obispo de esta ciudad ha estado siempre sujeto al papa.

En setiembre de 867 Basilio el Macedonio hizo degollar al emperador Miguel, y al otro día desterró á Focio á un monasterio. Se le sorprendieron los papeles, se vió la ficción del concilio, y otras contra san Ignacio y san Nicolás. A 23 de noviembre por órden de Basilio volvió san Ignacio á su iglesia, al cabo de nueve años de haber sido echado. El emperador escribió luego al papa y demás patriarcas que enviasen legados para celebrar un concilio general. Además, tanto el emperador como san Ignacio enviaron diputados y cartas al papa, que ya lo era Adriano, para darle parte del restablecimiento del santo, y preguntarle cómo había de tratarse á los que habían seguido á Focio. Le daban tambien cuenta de las calumnias y ficciones con que esta había intentado deponer á san Nicolás. Adriano juntó concilio en San Pedro, y dió esta sentencia: «El conciliábulo que se supone poco há tenido por Focio y por el emperador Miguel, sea suprimido y quemado. A los escritos que uno y otro han publicado contra la Santa Sede, y á los dos conventículos que tuvieron contra Ignacio, los condenamos con execración. A Focio, justamente condenado otras veces, le condenamos de nuevo, y anatematizamos por sus nuevos excesos contra el papa Nicolás. Con todo, si se arrepiente de veras, no le negamos la comunión láica. Los que suscribieron el conciliábulo, si ahora le condenan y queman los ejemplares, y se reconcilian con el patriarca Ignacio, gozarán de la comunión de la Iglesia. En fin, quien tenga noticia de este decreto, y conserve algun ejemplar de aquel conciliá-

bulo sin delatarlo ó quemarle, sea excomulgado, ó depuesto si es clérigo, y esto lo mandamos á todos los fieles de todas partes.» Esta sentencia fué firmada por el papa y por treinta obispos, y despues por catorce cardenales, á saber, nueve presbíteros y cinco diáconos de Roma (1).

Celebrado este concilio, el papa envió tres legados á Constantinopla con cartas para Basilio y san Ignacio, en que manifestaba que en este asunto seguiría constante el modo de pensar de san Nicolás. Encargaba que se celebrase luego un concilio numeroso presidido por sus legados: que se hiciese firmar á todos los obispos la sentencia del último concilio de Roma: que se mantuviese en su dignidad á los obispos y clérigos ordenados por Melodio ó por san Ignacio, aunque hubiesen despues seguido á Focio, con tal que se arrepitiesen y firmasen la retractacion que presentarian los legados, y que en cuanto á los demás cismáticos, los legados é Ignacio juzgasen segun las circunstancias de su delito. El emperador recibió los legados con singular obsequio; y en Constantinopla se les hizo una entrada pública solemnisima. Todos los cuerpos de empleados en palacio con todo el clero en hábitos de iglesia, fueron á recibirlos en la puerta de la ciudad, y el pueblo los acompañó con velas y hachas hasta el palacio que se les destinó.

Celebróse en efecto el concilio, y comenzó á cinco de octubre del mismo año 869. Presidían los legados, y asistian once de los principales ministros del emperador. Leyéronse las credenciales que llevaban los legados del papa y de los demás patriarcas. Despues se leyó la fórmula de reunion ó

(1) Ap. Conc. VII, act. 1. ihid. n. 802.

retractacion que debian formar los que habian seguido á Focio. En substancia era la misma que el papa Hormisdas envió el año 519, para la reunion de la iglesia de Constantinopla (1), mudados solamente los nombres: pues en esta se condenaba á los iconoclastas, á Focio, y á Gregorio Siracusano con los dos concilios celebrados contra san Ignacio, y el tercero contra la Santa Sede. Se vió tambien que Focio habia sido condenado en Alejandria, Antioquia y Jerusalem, y que pudo serlo, aunque ausente, especialmente en Roma, donde habia unos enviados suyos, y estaban presentes sus cartas y escritos. En la sesion segunda, que se tuvo dos dias despues, fueron reconciliados y enteramente restablecidos diez obispos, once presbiteros, nueve diáconos y siete subdiáconos, que habian seguido el cisma de Focio, siendo ordenados ántes: pidieron perdon, y firmaron la retractacion venida de Roma. En otras cinco sesiones celebradas en el mismo octubre fueron citados y precisados á comparecer Focio, Gregorio y otros tenaces en su partido. Focio con afectado silencio se negó á contestar á los cargos que se le hacian. Y últimamente leidas varias cartas de los papas y examinadas otros documentos en la sesion séptima, se pronunciaron muchos anatemas contra Focio, llamándole usurpador, cismático y falsario, y contra Gregorio de Siracusa y demás sectarios.

A cinco de noviembre se tuvo la sesion octava. Se mandaron quemar todos los testimonios que Focio durante su mando con violencia ó por sorpresa habia logrado á su favor del senado, del pueblo y de algunos obispos. Se tentó en

(1) Véase lib. VIII, n. 106.

vano la conversion de Teodoro de Critino cabeza de los iconoclastas; se logró la de algunos de estos, y se renovó la condenacion de su error. El concilio se suspendió hasta el doce de febrero, en que se tuvo la sesion nona, y se examinaron trece testigos de los que habian declarado contra san Ignacio, y los falsos legados de Oriente que Focio suponía que habian asistido á su conciliábulo contra el papa Nicolás; y se vieron con más evidencia las imposturas de Focio. Se tomó tambien conocimiento de las escandalosas farsas con que el emperador Miguel remedaba y burlaba las funciones eclesiásticas en tiempo de Focio. La sesion décima y última se tuvo á veinte y ocho del mismo mes. En ella se hicieron veinte y siete cánones que por ser muy grande el concurso leian dos diáconos á un mismo tiempo en los dos extremos de la pieza. 1. Obsérvense los cánones de los concilios y la doctrina de los padres, especialmente los decretos de los papas Nicolás y Adriano sobre el restablecimiento de Ignacio, y expulsion de Focio. 2. A las santas imágenes se les debe culto, que se dirige á los prototipos ú originales. 3. Focio jamás fué obispo, y por esto son nulas las ordenaciones que ha hecho; y las iglesias que consagró serán de nuevo consagradas. 4. No se ordenen necítos. 5. Anatema á Focio por haber supuesto falsos legados de Oriente, y falsas actas contra el papa Nicolás; y á quien usé en adelante de semejantes supercherias. 6. Los excomulgados ni pinten santas imágenes, ni enseñen. 7. Los patriarcas cuando ordenen algun obispo, no exijan más que la profesion de fé. 8. Las promesas de seguir siempre su partido, que hicieron á Focio sus discipulos, son nulas. 9. Nadie se

separe de su obispo sino está condenado jurídicamente. 11. Anatema á quien admita dos almas en cada hombre. 12. No se ordenen obispos por sola autoridad y mandato del príncipe. 13. En la iglesia matriz sean los clérigos ascendidos de un grado inferior á otro superior en premio de su servicio; y no se admitan los que hayan gobernado casas ó granjas de los grandes. 14. Los obispos tributen á los grandes el honor que se les debe; pero sin bajeza, conservando su autoridad por si han de reprehenderlos. 15. No se enajenen ornamentos, ni bienes de la Iglesia: procúrese mejorar sus posesiones, cuyos productos sirven para el sustento de los ministros, y alivio de los pobres. 16. Ningun lego se atreva á llevar vestidos sacerdotales, y remedar las ceremonias de la Iglesia, so pena de excomunion. 17. Los patriarcas cuando sea necesario llamen á concilio á los metropolitanos de su distrito, los cuales no pueden excusarse con pretexto de que el príncipe los ocupa. La presencia del príncipe no es necesaria en los concilios. 18. Sea anatemizado el lego que usurpa bienes y privilegios de que está en posesion la Iglesia. 19. Los arzobispos con pretexto de visitar no se estén sin necesidad en casa de los sufragáneos, consumiéndose sus rentas. 20. Al emfi teuta que deja de pagar tres años á la Iglesia el censo convenido, quítese le la finca. 21. Sean venerados los cinco patriarcas: nadie escriba contra el papa. Si en un concilio general se suscita alguna dificultad sobre la Iglesia romana, se examinará con respeto. 22. Los legados poderosos no se metan en la eleccion de los obispos, si la Iglesia no los convida, ni se opongan en la eleccion canónica, so pena de anatema. 23. No es lícito á

un obispo tomar en arrendamiento las tierras de otra iglesia, ni poner en ella clérigos. 24. Los metropolitanos no se excusen de hacer las funciones episcopales de su iglesia, ni para esto llamen á sus sufragáneos. 25. Sean depuestos, sin esperanza de ser jamás restablecidos, aquellos obispos, sacerdotes y demás clérigos ordenados por Metodio ó por Ignacio, que se mantengan obstinados en el partido de Focio. 26. El clérigo depuesto ó maltratado por su obispo puede apelar el metropolitano y demás jueces superiores de la Iglesia católica. 27. Los eclesiásticos y monjes vistan cada uno segun su estado.

Despues de los cánones se pronunció un largo discurso ó profesion de fé, en que se condenan todos los herejes, particularmente los monotelitas ó iconoclastas, se aprueban los siete concilios generales, y se añade este como octavo. Los legados del papa convidaron al emperador á que suscribiese primero: pero Basilio se excusó modestamente y ellos suscribieron primero, despues el patriarca Ignacio, el legado de Alejandria, el de Antioquia, y el de Jerusalem: luego Basilio y su hijo Constantino en nombre suyo y de su hermano Leon, y despues Basilio, arzobispo de Efeso, y los demás obispos hasta el número de ciento y dos. Los legados de Su Santidad añadieron á la suscripcion la cláusula *segun la voluntad del papa ó durante su beneplácito*. Asistían á esta funcion tres embajadores del emperador del Occidente. El concilio escribió una carta circular á todos los fieles y otra al papa Adriano. A Su Santidad le suplica que reciba y confirme el concilio, le publique, y mande observar en toda la Iglesia (1).

(1). Véanse los actos de este concilio ap. Harl. t. V, n. 704 y 643.

De esta manera pareció felizmente terminado el concilio á 28 de febrero de 876; pero luego se suscitaron especies que daban á entender el mal estado de la iglesia de Oriente. Como antes observé, la fórmula de rennon que hacian firmar los legados era en substancia la misma que se habia adoptado sin reparo el año 519. Sin embargo, algunos griegos acudieron al emperador y al patriarca Ignacio, quejándose de que con aquel formulario la iglesia de Constantinopla quedaba sujeta á los romanos, y que no recobrarian los orientales su libertad, si no se recogian aquellas firmas. Al emperador le hizo tanta fuerza este reparo, que mandó á los ministros que habia destinado al servicio de los legados, que cuando estuviesen fuera de casa les quitasen con disimulo todos los formularios firmados. Así lo hicieron. Pero los legados, hallando ménos unos documentos de tanta importancia, se presentaron al emperador acompañados de los embajadores del Occidente, se quejaron con viveza de un procedimiento tan irregular, y á fuerza de instancias lograron que se les volbiesen. Añadiéronse otros motivos de disgusto. Acabado el concilio se ventiló la disputa sobre la Bulgaria, y el emperador Basilio se irritó sobremanera de que los legados del papa quisiesen excluir al patriarca de Constantinopla de la inspeccion de aquella iglesia, en lo que creia tambien agraviado su imperio. Algun tiempo despues Basilio é Ignacio escribieron á Su Santidad, pidiéndole con mucha instancia tres gracias: Que los lectores ordenados por Focio que se arrepintiesen de veras pudiesen ser promovidos á los demás órdenes; que Pablo, archivero de la iglesia de Constantinopla, ordenado arzobispo por Focio,

á quien el papa habia habilitado para toda dignidad inferior al sacerdocio, fuese restablecido en el obispado, y que lograse igual gracia Teodoro, metropolitano de Caria, ordenado por san Ignacio, á quien los legados del papa depusieron porque habia firmado la deposicion del papa Nicolás, de que estaba vivamente arrepentido. El papa respondió que no podia dispensar, quejándose de la facilidad con que en Oriente se despreciaban los cánones que no acomodaban. Manifestóse muy sentido de que san Ignacio hubiese ordenado un obispo para Bulgaria, y en la carta al emperador se quejaba tambien de que por no haber dado la regular escolta á sus legados cuando se volvian, fueron robados y atropellados con muerte de algunos de la comitiva (1).

Entretanto Focio, desterrado y preso, en vez de humillarse despreciaba al concilio, y se valia de toda suerte de artificios para hacerlo odioso: escribia sin cesar á sus amigos, y á los obispos de su partido (2); y en especial al emperador Basilio: «Escuchadme, le decia, clementísimo Emperador, yo no quiero alogar ahora nuestra antigua amistad, ni las promesas y juramentos terribles que hicisteis de protegerme, ni la sagrada uncion y coronacion, y los misterios que recibisteis de mis manos, ni el ser yo padre espiritual de vuestro hijo; de nada de esto hago yo mérito: no os quiero acordar sino los comunes derechos de la humanidad.» Despues de este exordio pinta sus trabajos como hipérbolos artificiosas, y añade: «Yo no pido dignidades ni gloria, ni prosperidad, sino que los bárbaros no nieguen á sus esclava-

(1) Baron., an. 609.

(2) Phot., Ep. 115, 116, 117, 118, 174.

vos: ó una vida que no sea peor que la muerte, ó quedar pronto libre de este cuerpo mortal (1). Fueron muchas y muy ingeniosas las invenciones de que se valió Focio para reconciliarse con el emperador, y lograr su restablecimiento. Pero la que mejor le salió fué la de fingir un libro antiguo, remedando las letras alejandrinas, y poniéndole las cubiertas de otro libro viejísimo. Un criado del emperador amigo de Focio, con quien se entendia, le puso en la biblioteca imperial: cuando fué ocasion oportuna le hizo ver á su Majestad, como que era el libro más exquisito de su biblioteca. Quiso luego el emperador saber de qué trataba, y se le respondió que solo Focio lo entendera. Envidósele, y respondió que el libro descubria un secreto, que no podia fiarse sino al mismo emperador, de quien hablaba. Basilio cayó en el lazo: llamó á Focio, le hospedó en palacio, le trató como amigo, é instó que explicase el libro. El astuto Focio habia puesto en él una falsa genealogía del emperador, en que le hacia desender del famoso Tiridates rey de Armenia: estaba en tono de profecía, y concluía asegurándole un imperio largo y feliz. Cabalmente Basilio era de padres humildes y pobres, y al mismo tiempo muy vano: de modo que la complacencia de verse de tan ilustre progenie le reconcilió perfectamente con Focio (2).

Era esto á los siete ú ocho años de su destierro, y poco despues á 23 de octubre de 878 san Ignacio acabó santamente su vida á los ochenta años de edad; y las gentes hicieron pedazos la mesa sobre que estuvo expuesto el ca-

(1) Ib., Ep. 87.

(2) Mact. Vit. Ignat. ap. Hard. t. V.

dáver, y el paño que la cubria, y los guardaban como reliquias. Tres días despues de la muerte del santo, otra vez subió Focio á la silla patriarcal, y se renovaron las crueles persecuciones y lisonjeras promesas para allanar todos los reptos de reconocerle por patriarca. Focio envió legados al papa dándole razon de la muerte de san Ignacio, y de que con este motivo otra vez le obligaron á ocupar aquella silla; y á su favor escribieron tambien el emperador y muchos obispos. Los legados llegaron á Roma en mayo de 879. El papa juntó concilio; y en atencion á la muerte de san Ignacio, y á las circunstancias de los tiempos, creyó que era necesario y justo dispensar en el rigor de la disciplina de la Iglesia y tratar á Focio con benignidad. En consecuencia le reconoce por patriarca legitimo: anula las sentencias de los concilios que le habian condenado; y absuelve de toda censura eclesiástica á él y á todos los que las hayan incurrido, usando en todo esto del poder que la Iglesia universal reconoce concedido por Jesucristo á la Iglesia romana en la persona del Principe de los apóstoles, y al modo que Atanasio y Cirilo de Alejandria, y Flaviano y Juan de Constantinopla fueron absueltos por la Santa Sede, despues de haber sido condenados por concilios. Mas estas gracias las concede el papa, con tal que Focio nada pretenda en la Bulgaria, que pida perdon en pleno concilio segun costumbre, y que despues de su muerte no se elija en su lugar ningun empleado de la corte, sino algun presbitero ó diácono de la iglesia de Constantinopla. Estas condiciones se hallan expresas en las cartas que el papa dió á los enviados de Focio, y en las instrucciones que entregó

á Pedro, presbítero cardenal de Roma, que fué enviado á Constantinopla, para que junto con otros dos legados de Su Santidad, que ya habia, cooperase á reunir los ánimos y solidificar la paz (1).

Pero llegaría á Constantinopla en octubre de 879 y Focio congregó luego un concilio, en que se hallaron trescientos ochenta y tres obispos, cuyas operaciones arregló segun sus miras particulares. La primera sesion se pasó en cumplimientos entre los legados y Focio, y desmedidos elogios de éste. En la segunda se leyeron traducidas en griego las cartas del papa al emperador y á Focio; pero truncadas y desfiguradas. Se suprimieron las quejas de Su Santidad de que Focio hubiese vuelto á su Iglesia, sin contar ántes con la Santa Sede, la orden de que Focio pidiese perdon en concilio; la absolucion que le daba y otras cláusulas. Al contrario se añadieron muchas alabanzas de Focio; y estas variaciones, sin que reclamasen los legados, demuestra cuán ganados estaban. El cardenal Pedro preguntó si Focio habia recobrado la mitra con violencia; y en respuesta Focio hizo su apología con grande artificio, y concluyó: «Mientras que vivia Ignacio de buena memoria, jamás quise recobrar mi silla, aunque me vi casi violentado por muchos. Al contrario, procuré hacer paces con Ignacio: nos vimos en palacio: nos echamos el uno á los piés del otro, y mutuamente nos perdonamos. En su última enfermedad me llamó, le visité varias veces, le consolé cuanto pude, y me recomendó algunos sujetos, de quienes he cuidado con cariño. Muerto Ignacio, el emperador vino en persona á ins-

(1) Warren, an. 878 et seq.

tarme; y yo condescendi por no resistir á la voluntad de Dios. » El concilio dijo: *Así fue.* Leyéronse despues las cartas de los tres patriarcas, y de otros obispos orientales á favor de Focio. En la tercera sesion se leyeron las demás cartas del papa tambien desfiguradas, y la instruccion que dió á los legados. Y con motivo de lo que dice Su Santidad, anulando las sentencias de los concilios celebrados contra Focio, el concilio habla del octavo general de Constantinopla de 869 y dice: «Este concilio le hemos anatematizado ya, y abolido en cuanto á sus efectos, reuniéndonos con el santísimo Focio; será tambien anatematizado quien no le condene.»

En la sesion cuarta los legados del papa preguntaron si el concilio se conformaba con los cinco artículos que exigia Su Santidad. El primero se referia á la Bulgaria, y el concilio dijo que este punto debía dejarse para tiempo más oportuno y suplicarse al emperador que lo arreglase conforme á los cánones. El segundo y tercero prevenian que la mitra de Constantinopla no se diese á legos, sino á algun clérigo de la misma. Y se respondió que cada iglesia debía seguir su práctica, y que si hubiese un lego mejor para obispo que los clérigos, no sería malo elegirle. Con todo, deseaba el concilio que siempre fuesen del mismo clero los sujetos mejores para patriarcas. El cuarto revocaba las sentencias dadas en los concilios de Roma y de Constantinopla contra Focio; y el quinto excomulgaba á los que no quisiesen reconocerle por patriarca; y estos dos artículos claro está que fueron recibidos con general aplauso. Acabada la sesion fueron todos los Padres á celebrar el oficio con Focio. En

la sesión quinta se fulminó anatema contra quien no admita el segundo concilio Niceno, séptimo general, y se hicieron tres cánones: 1.º El santo concilio ecuménico manda que los legos, clérigos u obispos de Italia, que se hallen en Asia, Europa ó África, y sean excomulgados, depuestos ó anatematizados por el papa Juan, sean tratados por el patriarca Focio como sujetos á la misma censura. Y aquellos que el patriarca Focio haya excomulgado, depuesto ó anatematizado, de cualquiera diócesis que sean, el papa Juan y la Iglesia romana los mire como sujetos á la misma censura, sin perjuicio de los privilegios de la Santa Sede de Roma. 2.º Si un obispo abraza la vida monástica, no puede volver al obispado. 3.º El lego que se atreva á maltratar ó encarcelar á un obispo, con cualquier pretexto que lo haga, sea anatema. Al fin de esta sesión los legados del papa firmaron las actas del concilio, y después los legados de los otros patriarcas y todos los obispos; pero Focio no firmó, y todas las sesiones las presidia el mismo Focio con los legados del papa y de los tres patriarcas orientales, esto es, teniendo los más inmediatos que á los obispos.

En la sesión sexta estuvo el emperador. Dijo que no había asistido á las precedentes para dejar más libertad al concilio, y propuso que se publicase la profesión de fé del Concilio Niceno. Focio hizo leer un escrito que decía: «Conservamos la divina doctrina de Jesucristo y de los Apóstoles, y los decretos de los siete concilios ecuménicos. Abrazamos la fé que recibimos de nuestros padres sin añadir, quitar ni alterar cosa alguna.» Seguía el símbolo de Nicea señalado en Constantinopla, y concluía así: «Si alguno se

atreve á proponer otra confesión de fé ó alterar esta con palabras extranjeras, adiciones ó subtracciones, sea depuesto si es clérigo y anatematizado si es lego.» Era notorio que esta sesión se dirigía contra la Iglesia latina, que adoptaba la adición *Filioque*; y además, en las aclamaciones con que según costumbre se acabó la sesión, se hizo la novedad de poner al patriarca de Constantinopla primero que al papa, diciendo: *A los santos patriarcas Focio y Juan muchos años.* Repitióse del mismo modo esta aclamación en la sesión última de 13 de marzo, en que no se hizo más que volver á leer y aprobar la artificiosa profesión de fé de la sesión antecedente; y sin embargo los legados del papa en ninguna de las dos sesiones protestaron ni contradijeron (1).

Tal fué el conciliábulo de Focio, que los griegos cismáticos cuentan por concilio octavo ecuménico en lugar del verdadero celebrado diez años antes. A continuación de las actas de este conciliábulo suele hallarse una carta del papa Juan á Focio, en que reprueba la adición de la palabra *Filioque* en el símbolo, comparando con Judas á los que primero la añadieron; y previene que se proceda con blandura y por medio de exhortaciones para ir quitando poco á poco tal blasfemia por ser antigua en varias iglesias. Bien es verdad que la de Roma por entonces aun no había adoptado la adición de la palabra *Filioque*; y así no fuera mucho que Juan VIII la hubiese reprobado para precaver el escándalo de los griegos. Con todo, según buena crítica, esta carta debe darse por supuesta. No se halla de ella noticia por otro conducto que las actas del conciliábulo. Además Focio es-

(1) Véanse las actas ap. Bard. t. IV, p. 1, c. 214 s.

cribiendo al arzobispo de Aquileya sobre la procesion del Espíritu Santo, pretende que la Iglesia de Roma cree como los griegos que no procede del Hijo; y sin embargo no se funda en esa carta del papa, ni la cita, como era regular si al mismo la hubiese recibido poco ántes.

Cuando se compara el falso concilio de Focio con el verdadero ecuménico octavo, se vé con asombro que el número de obispos en este no llegó á la tercera parte de los de aquel. Focio, desde su primera intrusion echaba luego de las iglesias á los obispos que no podia seducir, y los ponía enteramente suyos. Era tambien muy fácil en restablecer á los depuestos, por cualquier motivo que lo fuesen, con tal que le reconociesen por patriarca. Y por uno y otro contó tantos obispos en su partido. Al contrario, en el concilio de 869 y 870 se previno á los muchísimos obispos ordenados por Focio ó por los suyos, que con el más heróico arrepentimiento solo conseguirían la comunión laica, y en ningún caso serian restablecidos en el obispado; pues esta gracia se concedió únicamente á los sectarios de Focio que habian sido ordenados por san Ignacio ó por Metodio, los cuales eran muy pocos. Y de aqui resultó que hubiese pocos obispos admitidos en el concilio. A primera vista parece que fué sobrada la severidad con que el papa san Nicolás trató á los que se habian dejado ordenar por Focio, disminuyendo tanto su delito la prepotencia, la sabiduria, la intrepidez, y los artificios de este. Sin embargo la experiencia enseñó luego, que á los griegos de aquel tiempo les perjudicaba más la blandura de los papas que la severidad. Juan VIII trató á Focio con la mayor indulgencia, y los legados aun fueron

más complacientes que el papa. Con todo, en este concilio de 880 se hace la novedad de que no presidan los legados del papa sino el mismo Focio; y de que en las aclamaciones se le nombre ántes que al papa: se tienen dos sesiones para deponer cargos contra la Iglesia latina; y de muchas maneras se descubre la idea de sujetar la Iglesia de Roma á la de Constantinopla.

Poco despues de la celebracion del conciliábulo llegaron á Italia unas galeras, que el emperador Basilio envió contra los sarracenos. El papa, á 13 de agosto de 880 le escribió las gracias. Se las dá tambien de que haya procurado la reunion de la Iglesia, y al fin añade: «Yo admito lo que el concilio de Constantinopla ha hecho para restablecer á Focio, pero si mis legados hicieron algo contra mis órdenes no lo admito, ni será de algun valor.» Lo mismo repite en una carta que escribe á Focio: con lo que da á entender que tenia alguna noticia de lo que habian hecho y disimulado sus legados. A Focio le añade: «Yo habia prevenido que se te tratase con misericordia, y tú respondes que solo ha de pedirla quien obró mal. No dés tal excusa, ni quieras desmentir á los que dicen que eres humilde.» Parece que llevó estas cartas el obispo Marino; y á lo ménos es cierto que estuvo en Constantinopla, y que no queriendo consentir con la abrogacion del concilio ecuménico octavo de 870, estuvo un mes en la cárcel. Marino despues fué papa, y condenó á Focio, como tambien Adriano III, que lo sucedió. Luego que lo supo el emperador Basilio escribió á Adriano con mucha insolencia. Recibió las cartas Estéban V, que respondió á Basilio con buen modo; pero reprendiéndole

con eficacia de que quisiese mandar en los asuntos eclesiásticos, siendo su potestad meramente temporal (1). Despues Leon el Filósofo, hijo y sucesor de Basilio, el año 886 echó á Focio, y puso en su lugar á Estéban hermano del mismo emperador; y dió cuenta de todo al papa, á quien escribió igualmente Silvano metropolitano de Cesarea. Su Santidad alababa la expulsión de Focio; pero dudando si el modo habia sido legal, mandó que se le presentasen algunos obispos de ambos partidos para dar su sentencia. Llegaron á Roma los diputados griegos el año 891 siendo papa Formoso, quien oidas las partes determinó: que la separacion de Focio debia ser perpétua: que á los legos que habian seguido su partido debia perdonárselos fácilmente: mas á los que él hubiese ordenado solo podia concedérseles la comunión laica, si reconocian su falta; y esto lo dispone con expresiones tan fuertes, que á primera vista parece que el papa no tenia por válida la ordenacion de Focio, y por consiguiente tampoco las que él hizo (2).

Por este tiempo moriria Focio. Dejó muchas cartas: una obra en que se resuelven varias cuestiones difíciles de la Escritura, la que no parece que se haya impreso todavía: y su importantísima Biblioteca, y el Nomocanon. En la Biblioteca hay el extracto de doscientas ochenta obras, muchísimas de las cuales ya no existen; y por las que permanecan se conoce que los extractos son fieles y juiciosos. El Nomocanon es un índice de cánones dividido en catorce títulos, y cada título en varios capitulos, segun las ma-

(1) Steph. V, ep. 1.

(2) Bar., an. 891 a.

terias. A los cánones añade las leyes civiles, que son conformes.

Despues de la muerte de Focio quedaron las dos iglesias en comunión, aunque con poca correspondencia: mas á la mitad del siglo once el patriarca Miguel Cerulario renovó el cisma con más furor, y con más fatales y constantes resultas. A los cargos que habia hecho Focio á los latinos auadia otros Cerulario, como ayunar los sábados de cuaresma, no cantar aleluya en este tiempo, comer carne sofocada y sangre: y sobre todo el de consagrar con pan ázimo, pues pretendian los griegos que solo el fermentado es verdadero pan, y que con él instituyó Cristo la nueva Pascua. Cerulario escribió una circular á los obispos, clero y pueblo de Occidente instándoles que variasen sobre aquellos puntos, y ofreciendo añadir despues otros importantes. El cardinal Humberto viendo esta carta en la Pulla, la tradujo al latín y la envió al papa Leon IX que respondió luego con extension. Su Santidad declama contra los que perturban la paz: se queja de que despues de 1020 años que la Iglesia romana celebra sacrificio en memoria de la pasion de Cristo, del modo que se lo enseñó san Pedro, se pretenda que varie. acuerda las prerogativas de aquella Iglesia, y las herejias y errores que han salido de Constantinopla: hace cargo al patriarca de sus providencias contra los latinos, y añade: «Mas al contrario, ¿con cuánta moderacion procede con los griegos la Iglesia romana? Dentro y fuera de Roma hay varios monasterios é iglesias de griegos: á nadie se prohibe seguir las costumbres y tradiciones de sus pasados. Al contrario, les exhortamos á que las conserve, porque sabemos

muy bien que la diferencia de costumbres en diferentes lugares y tiempos no impide la salud eterna, mientras que se conserve la union en la fé y en la caridad (1).

El papa envió luego á Constantinopla al mismo cardenal Humberto, y otros dos legados con cartas para el emperador y el patriarca. Con aquel se queja de que este haya anatematizado á los que consagran el sacramento con pan ázimo, y pretenda sujetar á su jurisdiccion los patriarcas de Alejandria y Antioquia; y al mismo Cerulario le reprehende de que se arrogue el titulo de patriarca ecuménico, y de que persiga y calumnie á la Iglesia latina (2). Humberto trabajó una respuesta á la carta de Cerulario, en que refiere el mismo texto, y va respondiendo á cada artículo con mucha solidez (3). Prueba entre otras cosas, que Cristo celebró la Pascua legal, y que por consiguiente habian comenzado ya los dias de ázimos, no habia pan fermentado, y fué preciso que la nueva Pascua la instituyese Cristo tambien con ázimo. Humberto impugnó otro escrito de un monje Studita llamado Nicetas; el cual despues se retractó, anatematizó públicamente su escrito intitulado: *Del ázimo, del sábado, y del matrimonio de los presbíteros*; y á cualquiera que niegue á la Iglesia romana la primacia sobre todas, ó calumnie su fé.

El patriarca Miguel jamás quiso hablar á los legados, y viendo estos tanta obstinacion, el dia 16 de julio de 1054 en presencia del clero y pueblo de Constantinopla pusieron

(1) Leon IX, ep. 4 et 5.

(2) Ib., ep. 8 et 7.

(3) Ap. Baron. ad Saleem, t. XI.

sobre el altar de Santa Sofia un auto de excomunion, y el dia 18 habiéndose despedido del emperador, y recibido sus regalos salieron de Constantinopla. Entonces dijo Miguel que trataria con ellos: avisósele el emperador, estaban ya en Selimbria, y volvieron al instante. Propuso Miguel que se celebrase un concilio en Santa Sofia, y los legados convinieron. Pero sabiendo el emperador que Miguel llevaba el criminal designio de hacer asesinar á los legados, para proceverlo quiso asistir personalmente en el concilio. El patriarca se opuso con tenacidad; el emperador viendo las cosas tan mal dispuestas, dijo á los legados del papa que se volviesen sin esperar más. Miguel entonces publicó un decreto contra la excomunion que fulminaron los legados, aparentando creer que estos habian obrado sin noticia y contra las instrucciones del papa.

En este intervalo Dominico patriarca de Grado, escribiendo á Pedro de Antioquia, se lamentaba de que el de Constantinopla moviese tanto ruido porque los latinos usaban de pan ázimo: « Siendo así, decia, que nosotros aprobamos la costumbre de los orientales, y hallamos significaciones místicas en esta variedad de costumbres. Una y otra viene de tradicion de los apóstoles; y querer impugnarlas descaradamente despues de tantos siglos, no es edificar sino destruir hasta los fundamentos de la Iglesia. » El patriarca de Antioquia en su respuesta impugna el uso del pan ázimo, y dice que san Pedro y san Pablo los introdujeron por aquella condescendencia con que al principio toleraban algunas observancias judáicas. « Pero, añade, el patriarca de Constantinopla no procede con tanta violencia como dice contra

vuestra reputacion, ni os separa de la Iglesia. Sabe que sois ortodoxos, y sienta mucho que en este solo punto os apartéis de nosotros.» Así lo creeria Pedro; pero luego veria que Miguel Cerulario procedia contra los latinos con violenta pasion; pues habiendo visto Miguel la carta de Pedro á Dominico, le escribió sobre este asunto. Supone que las cartas y embajadas del papa no fueron más que una ficcion de Argiro: dice que los legados procedian con mucha altivez; y añade: «Me han dicho que vos y los patriarcas de Alejandria y Jerusalem habeis puesto al papa en los sagrados dipticos. Pero no puedo creerlo; porque es imposible que vos no sepais que desde el concilio sexto se quitó el papa de los dipticos de nuestras iglesias, á causa de que Vigilio, que lo era entonces, no quiso asistir, ni anatematizar los escritos de Teodoro, Cirilo, é Ibas. Me han dicho tambien que esos dos patriarcas comunican con los que usan de pan ázimo, y que ellos mismos le usan alguna vez en el sacrificio.» Acusa despues á los latinos de que judaizan de muchas maneras, y pone por ejemplo unas prácticas que prueban lo contrario, como ayunar en sábado, comer carnes sofocadas é inmundas, y otras inconexas, como afeitarse, usar lactinios en viernes, y comer carne algunos monjes. Reprehende la adiccion de la palabra *filioque*, la prohibicion del matrimonio de los presbíteros, y el que los obispos vayan á la guerra, y usen anillos como desposados con sus iglesias. Añade en fin varias ridiculas calumnias, como que los latinos no veneran las reliquias, ni las imágenes, ni tienen por santos á san Gregorio el Teólogo, san Basilio y san Juan Crisóstomo.

A esta carta de Cerulario contestó Pedro de Antioquia. Le manifiesta la equivocacion de suponer á Vigilio en tiempo del concilio vi, y añade: «Así yo como otros muchos eclesiásticos no podemos dejar de testificar que en tiempo del patriarca Juan de Antioquia el nombre del papa estaba en los sagrados dipticos. Asimismo cuarenta y cinco años hace estando en Constantinopla en tiempo del patriarca Sergio. el papa era nombrado en la misa con los demás patriarcas: cómo ó por qué se quitó posteriormente, yo no lo sé.» Va siguiendo despues los cargos que hacia Miguel á los latinos: confiesa que el uso de pan ázimo en el sacrificio no puede sostenerse, sino por ser costumbre antiquísima; observa que los demás son calumnias evidentes, ó cosas tolerables, por las cuales no es monester romper, y concluye: «Os conjuro, pues, echándome en espíritu á vuestros pies, que uséis de condescendencia. Considerad que esa larga division entre nuestra Iglesia y aquella grande Silla Apostólica es la fuente de todas nuestras desgracias; los reinos están perturbados, las ciudades y provincias desoladas, y nuestros ejércitos en ninguna parte prosperan. Segun mi modo de pensar, si ellos se corrigen en la adiccion al simbolo, nada más se les ha de pedir; hasta la cuestion de los ázimos debe darse por indiferente. El Dios de la paz se digna inspiraros condescendencia (1).» El patriarca Miguel en todos sus escritos se queja, como de la cosa más insupportable, de que los legados pretendiesen no haber de ser instruidos y corregidos, sino instruir y corregir en nombre del papa: y es fácil observar que toda la raíz del cisma era

(1) Apud Botel. Monum. Gr., t. II, p. 108.

la idea de los constantinopolitanos, de que su iglesia habia de ser la primera en todo.

Desde esta época infeliz fué cundiendo más y más el cisma del Oriente. El emperador Miguel Parapinaceo parece que comunicaba con los latinos, pues hizo algunas limosnas á Monte Casino: el papa Alejandro III en 1071 le envió san Pedro de Anagnia por legado, y en 1078 san Gregorio VII excomulgó al nuevo emperador de Constantinopla que depuso á Miguel. Teofilacto suponía que los errores que se atribuían á los latinos no debían romper la unidad de la Iglesia, y que sola la adición al símbolo y la opinion que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo hacían odiosa la comunión de los latinos, y debían impugnarse con eficacia (1). En el siglo siguiente hallamos á los emperadores Comnenos en comunión con la Santa Sede, y especialmente Manuel se manifestaba deseoso de restablecer la mejor armonía entre los dos claros. Adriano IV envió dos legados á este emperador, y escribió á Basilio de Aceda, arzobispo de Tesalónica, para que cooperase á la reunion de las iglesias. Basilio respondió al papa que entre griegos y latinos no habia division, pues tenían una misma fé, que es la de san Pedro, y ofrecían un mismo sacrificio. « Es verdad, añade que subsisten algunos leves motivos de escándalo que nos han indispuesto á unos contra otros; pero Vuestra Santidad puede cortarlos con su autoridad sin duda grande, y procediendo de acuerdo con el emperador, que está animado de los mismos deseos.

Como Basilio pensarían otros muchos; pero en general la

(1) Ap. Nat. Alex., sec. xi et xii, cap. 4, art. 3, et Mansi Ibid.

Iglesia griega miraba entonces por cabeza suya al patriarca de Constantinopla, y se figuraba que el papa solo era cabeza de la Iglesia latina. Por esto los embajadores del emperador Manuel decían al papa Alejandro III que el emperador quería reunir la Iglesia griega con la latina, de modo que fuesen un solo pueblo con una sola cabeza, como habían estado antiguamente (1). Ya por los años de 1137 unos embajadores del emperador de Constantinopla al de Alemania trataban á los latinos de azemitas, y pretendían que eslaban excomulgados por haber añadido una palabra al símbolo: decían que el papa era un emperador y no un obispo, pues trataba siempre de expediciones militares, y no podían sufrir que los obispos y monjes mandasen tropas, llevasen armas, y vistiesen de color de púrpura. Alogaban también muchas autoridades para justificar la vida conyugal de sus presbíteros (2). Anselmo, obispo de Abelberga en la baja Sajonia, estuvo en Constantinopla como embajador del emperador Lotario, y tuvo algunas conferencias y disputas con los griegos, una de ellas pública con gran formalidad. Según la relación que hace el mismo Anselmo en su libro *Anticiménon*, los griegos se suponían del todo separados de la Iglesia romana por dos principales razones: por la primacía que esta pretendía, y por la procesion del Espíritu Santo, bien que tenía Anselmo algunas esperanzas de que podrían reunirse en un concilio general.

Guillermo de Tiro refiere que Andrónico luego que mandó en Constantinopla, quiso acabar con los latinos. El mayor

(1) Ap. Raron., an. 1153.

(2) Chron. Casin., cap. 118.

número de estos se escapó en cuarenta y cuatro naves, y trataron á los pueblos de la costa de Helesponto con la misma barbarie que habian usado los griegos con los latinos que no tuvieron tiempo de huir de la capital. En efecto, luego que llegó á esta ciudad el ejército de Andrónico, todos los latinos sin excepcion de clérigos, monjes, mujeres y niños habian sido asesinados ó quemados en las casas ó iglesias en que estaban. A Juan, cardenal, que trataba con el emperador Manuel de la reunion de la Iglesia, le cortaron la cabeza, y la alaron á la cola de un perro, y así la arrastraban por las calles. Observa Guillelmo que este ódio de los griegos contra los latinos, no solo provenia del favor que estos habian logrado con el emperador Manuel, sino tambien porque estaban acalorados sobre las cosas de religion; y lejos de ceder á la autoridad de la Iglesia romana, tenian por herejes á todos los que no seguian sus particulares tradiciones. Asi se explica Guillelmo, que habia estado mucho tiempo en Constantinopla. Teodoro Balsamor por los años de 1193 suponia al papa de la antigua Roma arrojado de la Iglesia, aunque no dice por qué autoridad ni en qué tiempo. Despues que los latinos se apoderaron de Constantinopla, su conducta no fué muy á propósito para ganar á buenas, á los griegos; ni su imperio constante y fuerte para reducirlos por temor. En el concilio IV de Letran se habla de unos griegos que miraban á los latinos con tanto ódio, que lavaban los altares en que habia celebrado algun latino, y tenian su bautismo por inválido. Tanto se apoderó de los griegos el espíritu de division desde el tiempo de Miguel Cerulario. (1).»

(1) Amat, Ub. IX, cap. VII.

Reproducida la anterior narracion explicativa del gran cisma del Oriente, vamos á ocuparnos de otras herejías pertenecientes á estos dos siglos.

FÉLIX Y ELIPANDO.

Al historiar el adopcianismo (página 103 de este tomo), hemos tenido que hablar necesariamente de Félix, obispo de Urgel, y del arzobispo de Toledo Elipando. Esto no obstante, creemos oportuno dedicar un artículo separado á estos desgraciados prelados españoles que naufragaron en la fé.

Despues de lo dicho en el artículo *Adopcianus*, debemos únicamente añadir que Félix parece que se convirtió al fin, reconociendo su error: que Elipando ignorando esta circunstancia le escribió diciéndole que habia recibido una carta suya, la que habia enviado á los hermanos de Córdoba. No existe una prueba cierta de la conversion de Elipando, pero muchos escritores eclesiásticos la dan por segura. Por lo que hace á la conducta moral y religiosa, tanto de Félix como de Elipando, dice el historiador de la Iglesia de España, señor La Fuente, parece haber sido irreprochable, según dicen los contemporáneos. La conversion de Félix es dudosa: depuesto en el concilio de Aquisgran, murió en Leon donde habia sido desterrado. Agobardo, obispo de Leon, encontró entre sus papeles una esquila con varias preguntas en sentido del adopcianismo. Esto no es suficiente indicio para creer en una segunda reincidencia, y aun

hubo algunos que creyeron encontrar algo de animosidad en la conducta de Agobardo. Dicese que durante el error de Félix, su cabildo permaneció constante en la fé, por lo cual se concedió á varios de sus prebendados el uso de mitras y el título de *Canonici praelati*, si bien Villanueva en el tomo x de su *Viaje literario* rebatió esta suposición: el título de *canonici praelati* se daba á las dignidades en este y otros cabildos (1).

BAANITAS.

Herejes, sectarios de un tal Baanes, que se titulaba discípulo de Epafrodito y enseñaban los errores de los maniqueos, por los años 810. Sus sectarios tomaron su nombre, siendo conocidos por *baanitas* (2).

ASTACIANOS.

Herejes del siglo ix, secuaces de un tal Sergio, el cual habia renovado los errores de los maniqueos. Su nombre, derivado del griego, significa *sin consistencia, variables, inconsistentes*, porque cambiaban de lenguaje y creencia á su capricho. Se creían fuertes con el apoyo del emperador Nicéforo, que los favorecía; pero su sucesor Miguel Barcopalato los reprimió por medio de unos edictos muy severos.

(1) La Fuente: *Hist. Eoca. de España*, § CLV.

(2) Pedro de Sicilia: *Hist. del maniqueismo renaciente*. — Barroto, *ad ann.* 810.

Se cree que estos son los que Teófanos y Cedreno llaman *antigianianos*. El P. Goar, en sus notas sobre Teófanos en el año 803, pretende que las turbas de vagos, conocidos en Francia por el nombre de *bohemios* y *egipcios*, eran restos de los astacianos; mas esta conjetura no se conforma con la idea que Constantino Porfirogeneto y Cedreno nos dan de esta secta: nacida en Frigia, dominó allí, y se extendió poco en lo restante del imperio. Los *astacianos* unían el uso del bautismo á todas las ceremonias de la ley de Moisés, y formaban una mezcla absurda de jndaismo y del cristianismo.

ESTERCORANISTAS.

Este fué el nombre que se dió á los que sostenían que el cuerpo de Jesucristo en la Eucaristia, recibido por la comunión, estaba sujeto á la digestión y á sus consecuencias como los demás alimentos.

Por más que Mosheim diga que el *estercoranismo* era una herejía imaginaria, ello es que otros escritores hablan muy detenidamente de ella, y Pluquet dice que apareció á mediados del siglo ix, en cuya época dió lugar á muchas y acaloradas discusiones. Por aquel tiempo, dice este autor, los sajones no estaban aun muy instruidos en las verdades de la religion cristiana, y Pascacio hizo para ellos un tratado del cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo. Establecía el dogma de la presencia real, diciendo que recibiamos en la Eucaristia la misma carne y el mismo cuerpo que habia nacido de la santísima Virgen.

Pascacio no se separaba en su explicacion de la doctrina católica: antes que él todos los católicos desde principios de la Iglesia habian creído que el cuerpo y la sangre de Jesucristo estaban verdaderamente presentes en la Eucaristía, y que el pan y el vino se convertian en virtud de las palabras de la consagración en el cuerpo y sangre de Jesucristo; pero los sajones no tenian costumbre de decir formalmente que el cuerpo de Cristo en la Eucaristía era el mismo que nació de la santísima Virgen.

Así, pues, las expresiones de Pascacio levantaron una grande polvareda, y se dirigieron contra él cargos de los que supo defenderse. Los hombres más notables de aquella época tomaron parte en las cuestiones suscitadas, unos en favor de Pascacio y otros defendiendo á sus adversarios.

Empero debe notarse que los enemigos ó adversarios de Pascacio no negaban el dogma de la Eucaristía; antes bien, reconocian la presencia real de Jesucristo: lo que condenaban era la manera de expresarse. Todos, pues, reconocian la presencia real de Jesucristo en la santísima Eucaristía.

Despertóse, pues, la curiosidad, y lo que se trataba de investigar era si alguna parte de la Eucaristía estaba sujeta á la digestion como los otros alimentos cuando se recibia en la comunión.

Algunos opinaron que las especies de pan y de vino que subsisten despues de la consagración estaban sujetas á los diferentes cambios que experimentan los demás alimentos: otros, por el contrario, decian que es indecente hasta el pensar que nada de lo perteneciente á la Eucaristía pasara por los diferentes cambios á que están sujetos los alimentos

ordinarios, y dieron á aquellos que sostenian lo contrario el nombre odioso de esterconaristas; pero injustamente, porque nadie ha creído que el cuerpo de Jesucristo sea digerido.

Bergier hablando de esto dice: «En el siglo xi los teólogos que sostenian que la sustancia de pan y vino se convierte en la Eucaristía en cuerpo y sangre de Jesucristo, imputaron á los que llevaron la contraria opinion esta odiosa consecuencia, que este cuerpo y sangre adorable están sujetos en el estómago á la digestion y sus consecuencias. Argüian con las palabras del Salvador: *Todo lo que entra en la boca desciende al vientre y se evacua*. Los que negaban la transustanciacion no dejaron de redargüir lo mismo á sus adversarios, diciendo que una vez que el cuerpo y sangre de Jesucristo tomaban el lugar de la sustancia de pan y vino, debian sufrir las mismas alteraciones que deberia haber sufrido la sustancia de pan y vino si la recibiera el que comulga.

«No trataremos de saber si son los enemigos del dogma de la presencia real los primeros autores de este odioso argumento más bien que los defensores de la transustanciacion; esto es tanto más probable, cuanto que los sucesores de los primeros aun lo están repitiendo en el día; nos contentaremos con la confesion de Mosheim, quien conviene en que esta imputacion no era de hecho aplicable ni á unos ni á otros, y que las acusaciones provenian más bien de un fondo de malignidad que de un verdadero deseo de averiguar la verdad. Sin impudencia, dice, no puede usarse contra los que niegan la transustanciacion, sino contra los

que la sostienen, aunque tal vez ni unos ni otros fueron nunca tan insensatos que la admitiesen. *Hist. ecles., siglo IX, 2.^a parte, c. 3.^o*

»No debía poner en duda, más bien debía confesar francamente que este argumento era absurdo en ambos partidos. Más equitativos que él, demostraremos que este argumento nada prueba ni sirve contra ninguna de las opiniones verdaderas ó falsas que se siguen en las diferentes sectas cristianas respecto á la Eucaristia, porque nunca dejaremos de hacer justicia aun á nuestros enemigos.»

Habiendo presentado aquí este razonamiento del ilustrado abate Bergier, estamos en el deber de continuar sus acertadas observaciones sobre este punto. Son las siguientes:

1.^o No puede hacerse justicia á los calvinistas que niegan la presencia real de Jesucristo en la Eucaristia, ni á los luteranos que en el día pretenden que se recibe realmente en ella su cuerpo y su sangre, aunque no en virtud de una presencia real y corporal del Salvador en el pan y el vino, sino en virtud de la comunión ó de la accion de recibir estos simbolos.

2.^o Lutero y sus discípulos, que admitian la empanacion viendo el cuerpo y sangre de Jesucristo con la sustancia de pan y vino, no daban ménos motivo á la acusacion del *estercoranismo* que los defensores de la transustanciacion; pero Mosheim y Basnage no los acusaron, porque sus acusaciones las reservan únicamente para los católicos. Mas no es difícil justificar á los empanadores: ellos enseñaban sin duda que el cuerpo de Jesucristo no está bajo el pan ó con el pan, sino en cuanto este alimento conserva su forma y

cualidades sensibles; que el pan, despues de convertido en quilo en el estómago, ya no es pan, y por lo mismo no está unido al cuerpo del Salvador.

3.^o Es preciso ser excesivamente temerario para sostener esta acusacion respecto á los católicos. Nunca pensaron que el cuerpo de Jesucristo permanece bajo las especies ó cualidades sensibles de pan cuando estas ya no existen. En el momento en que las especies sacramentales bajan al estómago, se mezclan con otros alimentos ó con los humores que deben cooperar á la digestion. Desde entones empiezan á alterarse estas especies ó cualidades sensibles, y desaparecen del todo al tiempo de convertirse en quilo; por consiguiente desaparece tambien el cuerpo de Jesucristo: cómo este cuerpo adorable ha de estar sujeto á las *consecuencias de la digestion*, si deja de existir allí por la digestion de las especies sacramentales?

En su *Hist. de l'Eglise*, l. 16, c. 6, pone Basnage una larga disertacion sobre el *estercoranismo*, y en ella dice, aunque con poco juicio, que los accidentales que pueden sobrevenir al cuerpo de Jesucristo en la Eucaristia emborrazan muchísimo á los teologos que admiten la presencia real; pero realmente podrán servir de embarazo á los que no reflexionan. Tal vez incomodan á los que principian por argüir sobre la sustancia de los cuerpos, pero nosotros los suplicamos que nos digan qué cosa es esta sustancia separada ó abstraída de toda cualidad sensible, y que nos den de ella, si pueden, una idea clara y distinta; y si no pueden, ¿de qué sirven sus argumentos?

Hé aquí el más fuerte. Los santos Padres dicen que la

Eucaristía alimenta nuestro cuerpo y nuestras almas : lo que produce este efecto es la sustancia de un alimento y no sus cualidades sensibles ; con que una vez que la sustancia de pan, según nosotros, desaparezca de la Eucaristía, es indispensable que supla los efectos de la nutrición del pan la sustancia del cuerpo de Jesucristo. ¿Es indisoluble este argumento ? Les suplicamos que nos digan : ¿qué es nutrir el cuerpo ? Sin duda no es otra cosa que aumentar su volumen. Que nos digan : ¿cómo una sustancia corporal, despojada de todas sus cualidades sensibles, y por consiguiente del *volúmen*, puede aumentar el de nuestro cuerpo ?

Los santos Padres dicen que la Eucaristía, el pan eucarístico, el alimento consagrado, etc., alimenta nuestro cuerpo ; pero no dijeron que el cuerpo de Jesucristo, ó la sustancia de este cuerpo adorable, ó la sustancia del pan, ó cuál de estas tres cosas produce el efecto de la nutrición. Todos ellos creían, como nosotros, que después de la consagración no queda la sustancia de pan, y todos percibían que la sustancia del cuerpo de Jesucristo, despojada de toda cualidad sensible, no podía producir un efecto físico como la nutrición.

Poco nos importa lo que se dijo en los siglos ix y xi, y después por los eclesiásticos, en orden á esta disputa. Aun cuando nos viéramos precisados á confesar que todos discurren y se explicaron mal, ningún perjuicio resultaría contra la creencia católica. Es una grandísima siñazon atribuir el *estercoranismo* á Nicetas, á Amalario, á Rabano Mauro, á Heribaldo, á Ratramno, etc. ; y aun cuando fuese cierto que todos se defendieran mal, nada se seguiría de esto.

Hubiera sido mucho mejor no haber aplicado á la sagrada Eucaristía ideas de física y metafísica muy oscuras y muy inciertas, que no pueden servir sino para hacer la cuestión más complicada, ni tratar de explicar con nociones falibles un misterio esencialmente inexplicable, pero el prurito de los protestantes de producir estas disputas sobre la escena solo prueba su malignidad.

Sin duda estaba ciego Basnage en medio del día cuando afirmó en el título del *cap. 6 que la Iglesia griega, antigua y moderna, es estercoranista*, porque los griegos sostenían que la percepción de la Eucaristía quebrantaba el ayuno. Había perdido toda la vergüenza cuando tuvo la osadía de atribuir el origen del *estercoranismo* á san Justino, porque dice, *Apol. 1, n. 66*, que la Eucaristía es un alimento con que se nutren nuestra carne y sangre, y á san Ireneo, porque dice, *adv. Hæres, l. 5, c. 2, n. 2 y 3*, que nuestra carne y sangre se nutren y aumentan con este pan y este alimento, que es el cuerpo de Jesucristo. Basnage ha adulterado este texto poniendo las siguientes palabras : *que se llama el cuerpo de Jesucristo*. Lleva más adelante su torpeza añadiendo que Orígenes fué *estercoranista* público, porque dijo que el alimento consagrado por la palabra de Dios y por la oración *en lo que tiene de material*, baja al vientre y se evacua, *in Mat., l. 2, n. 14* ; que se debe poner en el mismo rango á san Agustín y á la iglesia de Africa, porque en el *serm. 57, c. 7, n. 7*, dice estas palabras : « Tomamos el pan de la Eucaristía, no solo para que este sacie nuestro estómago, sino también para que se nutra nuestra alma. » Finalmente á la iglesia de España, porque un concilio de

Toledo en el siglo vii declaró que solo se debía consagrar hostias pequeñas para la comunión, porque no se cargase mucho el estómago del sacerdote que debía consumir los restos.

Nos avergonzamos de referir tan odiosas acusaciones, aunque siempre es bueno mostrar hasta qué punto llega el empeño y el espíritu de vértigo de un protestante. Basnage hizo todo lo posible por probar que los antiguos Padres de la Iglesia no creyeron la presencia real ni la transustanciación: y aquí se vé su inconsecuencia atribuyéndoles la ilación más falsa y más irritante que puede sacarse de estas dos verdades.

Solo nos tomaremos el trabajo de justificar á Orígenes. Cuando dijo el alimento consagrado en lo que tiene de material, ó este padre entendió la *sustancia de pan*, en cuyo caso ó no creyó la presencia real, ó supuso la empanación, y hemos hecho ver que á ninguno de estos dos sistemas se puede imputar el *estercoranismo*, ó en dichas palabras entendió solamente las cualidades materiales y sensibles de pan, como nosotros pensamos, y entonces la acusación es aun más absurda, como ya lo hemos probado. Véanse las *Notas* de los editores de Orígenes sobre este lugar.

Los protestantes se incomodan cuando nosotros atribuímos algun error á los herejes antiguos ó modernos por via de consecuencia, y ellos no cesan de acudir á este expediente para imputar á los Padres y á toda la Iglesia, no solo los errores, sino tambien infamias.

Basnage habia confesado que ningun transustanciador fué nunca tan insensato que admitiese el *estercoranismo*,

no solo por el respeto que profesan al cuerpo del Hijo de Dios tan opuesto á este modo de pensar, sino tambien porque siendo invisible en la Eucaristia este cuerpo adorable, igualmente que indivisible, impalpable é insensible, no pueden los transustanciadores creer que está sujeto á la digestión y sus consecuencias. *Ibid.*, c. 6, § 3. ¿Se arrepintió de este rasgo de buena fé? No, pero quiso probar que los Padres no admitian la transustanciación, porque eran *estercoranistas*.

Repito que esto parece un delirio. Si los Padres no creyeron la transustanciación, por lo ménos es preciso que hubiesen creído la presencia real, porque de otra manera seria un desatino acusarlos de *estercoranismo*. Si admitieron siquiera la presencia real, digamos cómo la concibieron, y entonces probaremos que esta odiosa imputación es siempre igualmente opuesta al buen sentido.

Si cuando dijo Mosheim que el *estercoranismo* no es más que una imputación maligna, aludía á Basnage, tenia ciertamente razón. Los incrédulos se aprovecharon de estos falsos principios para vomitar blasfemias groseras y escandalosas contra el misterio de la Eucaristia. (*Bergier*.)

CLAUDIO DE TURIN. ®

Este hereje adoptó en el siglo ix los errores de los iconoclastas y de Vigilancio. Algunos abusos que creyó ver en la devoción de los fieles lo llevaron á atacar la veneración de las reliquias y de las imágenes. Colocado en la sede de

Turin el año 823, en la primera visita pastoral que hizo en su diócesis mandó quemar las cruces y las imágenes que habia en las iglesias, cuyo atentado escandaloso sublevó al pueblo contra él. Fué refutado victoriosamente por Dungale y por Jonás de Orleans, y condenado en el concilio de París, el cual declaró que debían conservarse las imágenes en los templos para la instrucción de los fieles, empero sin adorarlas ni darles un culto supersticioso.

GOTESCALC.

Era este un monje de la orden benedictina de la abadia de Orbais, en la diócesis de Soissons, el cual turbó la paz de la Iglesia en el siglo ix, por sus errores sobre la gracia y la predestinacion. En un concilio celebrado en Maguncia en 848, presidido por Raban Maur, arzobispo de aquella diócesis, Gotescalec presentó un escrito, en el que decia haber dos clases de predestinacion, y que, así como Dios, antes de la creacion del mundo, predestinó invariablemente á todos los elegidos á gozar de la vida eterna por su propia virtud, así predestinó á los malos por sus crímenes á la muerte eterna. Reprendia á Raban por decir que los malos no estaban predestinados á la condenacion, sino que era esta únicamente prevista. Condenóse la doctrina de Gotescalec, á quien se destinó á Hincmar. Raban le hizo observar, lo que no se nota en su escrito, que Dios predestina indistintamente por el mal y por el bien: previniendo al propio tiempo que Gotescalec fuere encerrado.

Hé aqui la enseñanza de Gotescalec:

1.º Dios, desde toda la eternidad, ha predestinado á unos á la vida eterna y los otros al infierno: que este doble decreto es absoluto, independiente de la prevision de los méritos ó de los deméritos futuros de los hombres.

2.º Que los que Dios ha predestinado á la muerte eterna no pueden salvarse, y que los que ha predestinado á la salvacion no pueden condenarse.

3.º Que Dios no quiere salvar á todos los hombres, sino solamente á los elegidos.

4.º Que Jesucristo no murió más que por los últimos.

5.º Que despues de la caída del primer hombre, no somos más libres para practicar el bien, sino para hacer el mal.

No es necesario ser un profundo teólogo para comprender lo absurdo é impio de esta doctrina. La condenacion de Gotescalec no dejó de levantar cierta polvareda, pues si el hereje tuvo muchos contrarios, no dejó de tener un buen número de sectarios, que nunca faltan á los que empuñan la bandera de la rebelion.

En 853 Hincmar celebró el concilio III de Quiesi-sur-Oise, en el que algunos obispos y abades suscribieron cuatro artículos compuestos por Hincmar, contra la doctrina de Gotescalec. Estos cuatro artículos se llamaron *Capitula Corisiaca*. « Como quiera que es difícil sobre esta materia, dice Pluquet, explicarse con bastante precision, para prevenir todas las falsas consecuencias, algunos teólogos se disgustaron. Ratramno, monje de Corbia, Amalou, arzobispo de Lyon, el abad de Farrières, y san Remí, sucesor de

Amolon, atacaron á Hincmar y á los artículos de Quiessi.

En 855 se reunió en Valencia del Delfinado un concilio por órden del emperador Lotario, en 8 de enero, para juzgar al obispo de aquella ciudad sobre el que pesaban algunas acusaciones. Catorce obispos de las provincias de Lyon, Viena y Arlés formaron en union con sus metropolitanos veinte y tres cánones, de los cuales los seis primeros son dogmáticos. En el tercero de estos artículos decian los obispos: «Confesamos resueltamente la predestinacion de los elegidos para la vida eterna, y la predestinacion de los malos para la muerte; pero en la eleccion de los que se salvarán la misericordia de Dios precederá á su mérito; y en la condenacion de los que perecerán, su demérito precederá á los justos juicios de Dios.» Luego anatematizaron como inútiles, perjudiciales y contrarios á la verdad los cuatro artículos de Quiessi, y diez y nueve más de Juan Escoto, á quien habia decidido Hincmar á escribir sobre materias que no comprendia: con todo dice Hincmar más adelante, que no habia podido descubrir el autor de estos artículos, en lo que demuestra más artificio que buena fé.

Se ignora el fin de Gotescale, y si murió obstinado en sus errores.

SIGLOS DÉCIMO Y UNDÉCIMO.

INTRODUCCION.

El siglo décimo, fecundo en grandes trastornos, no vio nacer ninguna nueva herejía, si bien aparecieron sectarios de algunas de los pasados tiempos.

Si fijamos la vista en el Occidente, veremos por todas partes guerras civiles, que forman una de las mayores y más terribles plagas que pueden caer sobre los pueblos. Sus consecuencias son más desastrosas y funestas que las que se sostienen con países extranjeros, si bien unas y otras traen en pos de sí la desolacion y la muerte. La decadencia del comercio, la ruina de la industria, la desmoralizacion en las costumbres, el endurecimiento de los corazones en los que se extingue el sentimiento del amor á los semejantes, y el empobrecimiento de los pueblos que sin cosechar son al mismo tiempo aniquilados por tributos; tales son los naturales efectos de las guerras, que aun hoy en el siglo del progreso y de la civilizacion se sostienen para

Amolon, atacaron á Hincmar y á los artículos de Quiessi.

En 855 se reunió en Valencia del Delfinado un concilio por órden del emperador Lotario, en 8 de enero, para juzgar al obispo de aquella ciudad sobre el que pesaban algunas acusaciones. Catorce obispos de las provincias de Lyon, Viena y Arlés formaron en union con sus metropolitanos veinte y tres cánones, de los cuales los seis primeros son dogmáticos. En el tercero de estos artículos decian los obispos: «Confesamos resueltamente la predestinacion de los elegidos para la vida eterna, y la predestinacion de los malos para la muerte; pero en la eleccion de los que se salvarán la misericordia de Dios precederá á su mérito; y en la condenacion de los que perecerán, su demérito precederá á los justos juicios de Dios.» Luego anatematizaron como inútiles, perjudiciales y contrarios á la verdad los cuatro artículos de Quiessi, y diez y nueve más de Juan Escoto, á quien habia decidido Hincmar á escribir sobre materias que no comprendia: con todo dice Hincmar más adelante, que no habia podido descubrir el autor de estos artículos, en lo que demuestra más artificio que buena fé.

Se ignora el fin de Gotescale, y si murió obstinado en sus errores.

SIGLOS DÉCIMO Y UNDÉCIMO.

INTRODUCCION.

El siglo décimo, fecundo en grandes trastornos, no vio nacer ninguna nueva herejía, si bien aparecieron sectarios de algunas de los pasados tiempos.

Si fijamos la vista en el Occidente, veremos por todas partes guerras civiles, que forman una de las mayores y más terribles plagas que pueden caer sobre los pueblos. Sus consecuencias son más desastrosas y funestas que las que se sostienen con países extranjeros, si bien unas y otras traen en pos de sí la desolacion y la muerte. La decadencia del comercio, la ruina de la industria, la desmoralizacion en las costumbres, el endurecimiento de los corazones en los que se extingue el sentimiento del amor á los semejantes, y el empobrecimiento de los pueblos que sin cosechar son al mismo tiempo aniquilados por tributos; tales son los naturales efectos de las guerras, que aun hoy en el siglo del progreso y de la civilizacion se sostienen para

mengua de la humanidad, haciéndose más notable y más digno de las alabanzas de los pueblos el que inventa un arma más mortífera que el que logra hacer una nueva conquista en el campo de las ciencias. Y eso que el primero puede ser reputado como un enemigo de la familia humana y el segundo como un astro que ilumina las inteligencias. Así ha seguido siempre el mundo y así seguirá, no diferenciándose en esto los pueblos civilizados de los bárbaros. Las guerras se presentan como una necesidad de las naciones, cual si no fuesen sus efectos los que dejamos indicado.

Italia en el siglo décimo se veía como inundada, digámoslo así, por las guerras civiles. Dicho se está con esto que su prosperidad era negativa; que los poderes dominantes lejos de pensar en el bien de sus pueblos y en apoyar la religión salvadora, cuyas máximas son las únicas que observadas pueden llevar al mayor grado de felicidad posible á las familias y á los individuos, fijaban toda su atención en los asuntos concernientes á las guerras.

Habíanse formado muchos y diversos partidos, los cuales apelaban á los príncipes vecinos echándose en brazos de ellos; empero llenos de inconstancia, desechaban la protección que habían implorado y buscaban otra, é veces hasta en los mismos bárbaros. Por último Othon que fué llamado en su auxilio por Juan XII, concluyó con todos aquellos partidos, hizo grandes conquistas, y reuniendo la Italia y la Alemania fijó en ella su imperio.

En 961 había Othon pasado los Alpes á causa de una revolución iniciada por Herenger: el mismo año se hizo coronar rey de Italia en Milan, y el 2 de febrero del año si-

guiente 962, fué coronado emperador en Roma por el papa Juan XII en persona: empero no tardó en malquistarse con este soberano pontífice al que hizo deponer en un concilio, que le dió por sucesor á Leon VIII, el cual murió en 965. Para sucederle fué elegido Juan XIII, en lo que influyó mucho el emperador. Luego de este suceso, Othon pasó los montes para restablecer el orden en Italia. Los desórdenes, pues, continuaban á pesar de la energía y de las grandes conquistas y triunfos de Othon, el cual murió en Taringa el 7 de mayo de 973, siendo enterrado en la catedral de Magdeburgo que él había hecho construir.

En Francia nos encontramos con Carlos el Simple, el cual había estado por mucho tiempo alejado del trono, bajo el pretexto de que su legitimidad era dudosa; empero el emperador Arnoldo y su hijo el duque de Lorena le sostuvieron contra el rey Budes, que había usurpado el trono. La muerte de este príncipe le dejó sin competidores. El solo acontecimiento importante de su reinado fué la fundación del ducado de Normandía.

Los señores se mostraban malcontentos de Carlos, y acabaron por elegir por rey á Roberto, hermano del rey Eudes; Carlos y Roberto formaron liga con sus vecinos. Después de la muerte de Roberto, los Estados eligieron á Raould, y Carlos abandonado de todos murió prisionero en el año 929.

En cuanto á nuestra España, la Iglesia continuaba tranquila. Durante los siglos x y xi no hubo herejías ni errores, empero tampoco decollaron genios eminentes, varones que se distinguieran por su sabiduría. Con razon, pues, el

historiador La Fuente dice que la Iglesia de España, durante esta época, continuaba en cierto estado de letargo y postración. «Cuando la Santa Sede, dice el mismo escritor, emancipándose de la vergonzosa dependencia de los condes de Tuscalo y del yugo imperial, á que está sometida durante estos dos siglos, recobra su fuerza de acción por medio del gran papa san Gregorio y principia á centralizar el poder, su movimiento llega hasta España, y la antigua disciplina, lánguida y en parte relajada, cae á un ligero impulso de la mano vigorosa de aquel papa.»

El siglo xi se presentó con mejores auspicios que el que le había precedido, en el cual Almanzor había abatido á los cristianos, destruyendo á Zamora y pasando á sus habitantes á cuchillo; haciendo sucumbir á Leon, cuyos muros fueron destruidos, sus iglesias profanadas y las vírgenes consagradas al Señor conducidas á los harems de Córdoba. No nos detendremos en explicar lo que hubo de sufrir y padecer Santiago, así como otras importantes poblaciones, pues no debemos dar noticias sino á grandes rasgos de hechos que directamente no pertenezcan al objeto principal de esta obra.

Digamos cuatro palabras sobre el Oriente. Las revueltas, los grandes trastornos no eran menores que en el Occidente.

Entregados los califas al lujo y á los placeres, se había perdido aquella austeridad de costumbres y aquella sencillez que habían contribuido á aumentar el poder de los sucesores de Mahomet. A mediados del siglo x el imperio musulmán se extendía por una infinidad de provincias, sobre cuyos gobernadores el califa no poseía más que una

preeminencia que miraba más á las cosas pertenecientes á la religión que á las políticas. Así y todo, se vieron califas asesinados y depuestos al gusto de la soldadesca, dirigida por ambiciosos y malecontentos. Toda la autoridad de los califas vino á caer en manos de sus visires ó de sus favoritos que conservaron al califa únicamente como una especie de fantasma, propia para imponer á los pueblos, y del cual se valían segun que necesitaban de su sombra para sostenerse ellos en sus puestos.

Al principio del siglo x reinaba en Constantinopla Leon el Filósofo, el cual estaba dotado de muchas virtudes y de un talento no comun. Esto mismo le rodeó de conspiradores, que nunca faltan al rededor de los reyes que por sus bellas prendas son los verdaderos padres de sus pueblos. Quiso casarse en cuartas nupcias y el patriarca Nicolás le excomulgó: dió, pues, un edicto para autorizar las cuartas nupcias, al cual se opuso el clero. Un hombre atento contra la vida de Leon, sin lograr matarle: fué puesto en el tormento, pero no se consiguió que hiciese declaración alguna.

Leon tuvo por sucesor á su hijo Alejandro, el cual falleció al cabo de trece meses merced al desarreglo de su vida, bastante licenciosa. Nombró para sucederle á su sobrino Constantino. Los favoritos de este principe se apoderaron de la autoridad y excitaron grandes trastornos, en tanto que las provincias iban cayendo en poder de los sarracenos.

Romano obligó á Constantino á asociarsele al imperio: el hijo de Romano depuso á su propio padre, y él fué también á su vez despojado y ordenado. Cuando Constantino

recobró su autoridad envió á Leon y á Nicéforo contra los sarracenos. Romano, hijo de Constantino, seducido por los malos consejos de su mujer, conspiró contra su propio padre y le hizo envenenar. Despues el parricida cayó en los mayores desórdenes, en tanto que Nicéforo se cubria de gloria luchando contra los sarracenos.

El ejército proclamó á Nicéforo emperador; empero fué muy pronto victima de una conspiracion tramada por Zimisces que subió á ocupar el trono. Imputó la muerte de Romano á Tedfano y á Abstancio, y el patriarca le obligó á desterrarlos haciéndole prometer que revocaria todos los edictos contrarios al bien de la Iglesia y á sus privilegios. Su reino fué agitado por muchas conspiraciones, por guerras, por sublevaciones de muchos pueblos del Oriente y por las vejaciones del ennuco Basilio, el cual temeroso de la justicia de Zimisces le hizo envenenar.

Las revueltas continuaron bajo el reinado de Basilio.

Este emperador que habia empezado á restablecer el imperio de Constantinopla, tuvo por sucesor á su hijo Constantino, el cual con el objeto de entregarse sin estorbo á toda clase de placeres entregó el gobierno en manos de sus ministros, los cuales despojaron de sus empleos á todos los que los habian obtenido en tiempo de Basilio y á algunos de ellos les quitaron la vida. Durante todo este siglo, la perfidia, el veneno, el parricidio fueron los medios que elevaban al trono imperial ó que privaban de él.

Tal es el estado que presentaba el mundo en la época que historiamos.

En tiempos de tan grandes trastornos, Dios en su alti-

sima providencia colocó en la sublime cátedra de san Pedro un pontifice de una virtud y de una firmeza inquebrantable, que supo atacar los desórdenes hasta en las personas mismas de los soberanos. Gregorio VII comprendió que todos los males, todas las desgracias que experimentaba la Europa, reconocian por origen la corrupcion de las costumbres, las pasiones desenfrenadas y el abuso del poder; y formó el proyecto de someter este poder á las leyes del cristianismo, al jefe visible de la Iglesia: de combatir las pasiones por los motivos que más pueden influir en la conducta de un cristiano, el temor de las penas eternas, y las excomunicaciones acompañadas de todo aquello que podian hacerlas más terribles.

Por espacio de mucho tiempo, Gregorio habia estudiado el arte de gobernar á los hombres, y en todo cuanto obró no le guió otro motivo que el temor de Dios. Sus enemigos creen ver en este gran pontifice un hombre lleno de ambicion y ganoso de dominar el mundo, pero no fué así. Continuamente aplicaba estas palabras del Profeta: «Hijo del hombre, yo te he colocado como custodio de la casa de Israel: tú, pues, anunciarás al pueblo de mi parte todo lo que oírás de mi boca. Si digo al impio: *Impio, tú morirás*, y tú no le adviertes para que se convierta, el impio morirá en su pecado; pero yo te pediré cuenta de su sangre.» Tal fué el móvil que guiaba á Gregorio, el cual consideraba la reforma de los abusos como un deber de conciencia, del que temia hacerse responsable ante el recto tribunal de la divina Justicia.

Los que miran con prevencion el poderío á que llegó en

la Edad Media la Santa Sede, lean con detenimiento la historia y verán que la autoridad de la Santa Sede era entonces la sola universalmente reconocida y respetada aun por los pueblos más bárbaros, sin que fuera de ella reinase otra cosa que el despotismo y la anarquía. Los papas eran los amigables componedores en las cuestiones habidas entre los príncipes temporales, y muchos de estos viendo en Roma más sabiduría y más justicia que en todas partes, y al propio tiempo una autoridad tutelar, entregaban su reino como feudo á la Santa Sede, con lo que aseguraban, declarándose vasallos del papa, una protección poderosa contra la usurpación de otros príncipes y la rebelión de los pueblos.

A principios del siglo VIII Gregorio II decía en su primera carta á Leon el Isáurico: «Vos debéis saber y no debéis dudar ni un momento que los pontífices romanos han sido en todos tiempos los mediadores y árbitros de la paz entre el Oriente y el Occidente, de que son, en algun modo, la pared media que une estos pueblos entre sí, y sin ellos, los emperadores vuestros predecesores hubieran tenido trabajos para llegar á la paz.»

Está suficientemente probado que Gregorio VII, al que hoy veneramos en los altares, fué un gran pontífice suscitado por la Providencia para dar el esplendor debido á la Santa Sede y salvar á la Europa. Él fomentó la piedad de los pueblos y tuvo á raya á los enemigos de la Iglesia. Durante su tiempo, las peregrinaciones á la Tierra Santa empezaron á hacerse frecuentes, de suerte que más tarde más de seiscientos mil combatientes fueron á abatir el orgullo de los turcos, llegándose á formar un nuevo imperio en Oriente.

BERENGARIOS.

I.

La presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, fué anunciada por Dios desde el génesis de la humanidad.

Es indudable que muchas veces arrebatado nuestro espíritu por la fé, miramos con una santa envidia la suerte de la Magdalena que postrada á los piés de Jesucristo se los bañó con sus lágrimas de penitencia; la de la Hemorroisa que tocó sus vestidos; la de las doloridas hermanas de Lázaro; la de este al que el Señor llamó amigo; la de los apóstoles y discípulos con quienes trató familiarmente, y en suma la de los pueblos que tuvieron la dicha de escuchar las palabras de vida eterna que brotaron de sus labios. Empero si bien lo consideramos no tenemos motivo para envidiar tanta suerte, toda vez que no hemos sido ménos favorecidos los que tenemos la inestimable dicha de ser miembros de su Iglesia y de conservar el don precioso de la fé. ¿No tenemos entre nosotros al mismo Jesucristo en cuerpo y alma? No podemos á todas horas llegar hasta su trono, rendirle nuestras adoraciones y suplicarle mercedes y favores? No ha inventado su amor, agotando los tesoros de su sabiduría y de su bondad, los de su misericordia y amor, el modo de permanecer por siempre entre nosotros formando de su Iglesia un nuevo cielo?

Y este sacramento augusto, esta maravilla que supera á todas las maravillas del poder triunfante, la vemos anunciada con símbolos y figuras desde los tiempos más remotos. Figuras del Cordero sin mancha, sacrificado diariamente sobre nuestros altares, fueron: el árbol de la vida, el sacrificio de Abel, el Arca de Noé, la ofrenda de Melchisedech, la zarza del monte Oreb, el prodigioso maná que cayendo diariamente al rededor de las tiendas del pueblo de Israel le sustentó por espacio de cuarenta años en un árido desierto, el pan subterráneo, el panal misterioso de Sansón y el Arca del Testamento, para no citar sino los más notables.

Estos símbolos tuvieron su realización en la plenitud de los tiempos. Era la hora en que Jesucristo, después de haber esparcido por los pueblos de la Judea la semilla fructífera de su celestial doctrina que tan admirables frutos habia de producir en el mundo, se preparaba para dar á la humanidad la gran prueba de su amor, que era morir en una cruz por salvarnos, y entonces da á entender que su amor no se halla satisfecho, y de aquí el dirigirse á sus discípulos, diciéndoles: «Con anhelo he deseado comer con vosotros esta Pascua.» Acercábase los momentos en que Jesucristo debía separarse de sus discípulos, en que los hijos iban á quedar sin padre, las ovejas sin pastor y los redimidos sin su redentor. Empero Jesucristo ama extraordinariamente á los hombres: su corazón no le permite dejarles en la orfandad y determina quedarse entre nosotros no obstante su partida al cielo, y para ello como es omnipotente efectúa un prodigio, el mayor de cuantos hasta entonces hubiera efectuado...

Se halla en el Cenáculo sentado á la mesa con sus discípulos; toma en sus manos el pan, lo bendice, lo parte y lo da á los discípulos, diciendo: Tomad y comed: ESTE ES MI CUERPO; y tomando el cáliz, da gracias y exclama: Bebed todos de él, porque ESTA ES MI SANGRE, que será derramada por muchos para remisión de sus pecados.

Hé aquí ya realizadas todas estas figuras y aclarados aquellos símbolos que antes citamos. En la Eucaristía tenemos el árbol de la vida, cuyo fruto es de vida eterna: aquí está la verdadera Arca de Noé: el que en ella se refugia no tiene miedo de perecer anegado en las aguas del pecado, porque el que come la carne del Hijo del Hombre y bebe su sangre, tiene la vida eterna.

La Eucaristía, obra suprema de la omnipotencia, de la sabiduría y de la bondad de Dios, nos asegura la perpetuidad de Cristo en la tierra de que habla san Pablo y que el mismo Salvador prometió á los apóstoles cuando les dijo: «Hé aquí que estoy con vosotros todos los días, hasta la consumación del siglo (1).» Permanece con nosotros con los mismos caracteres con que se manifestó en su vida mortal y con igual objeto. «La Eucaristía, pues, dice un sabio contemporáneo, es Cristo, restaurador de todas las cosas: Cristo, verdad que ilumina al hombre y engendra y exige la fe; camino que le conduce á Dios, solidando la esperanza; vida que le hace feliz, difundiendo en su corazón la caridad. Hé aquí lo que el Ángel de las escuelas nos descubre enseñándonos las tres causas de la institución del Sacramento eucarístico: la memoria del Salvador, el sacrificio del altar, el

(1) Matib. xxviii, 20.

alimento el hombre (1). La primera perpetuando la encarnación y la vida de Jesucristo con su presencia real, y constituyendo un misterio de fé; la segunda perpetuando el sacrificio del Calvario, y dándonos una prueba de esperanza; la tercera consumando su union con nosotros en la comunión, y formando un lazo perpétuo de amor (2).

Ahora bien: ¿Qué es la sagrada Eucaristía? Es el sacramento instituido por Jesucristo, en el que se contiene real, verdadera y sustancialmente el cuerpo, la sangre, el alma, la divinidad, en una palabra, todo Jesucristo. Tal es el dogma católico. El por qué de este sacramento nos lo explica san Juan de un modo admirable: «Habiendo amado á los suyos, los amó hasta el fin (3).» Ya lo habia dicho la Palabra eterna por boca del Sabio: «Mis delicias estar con los hijos de los hombres (4).»

No profundizaremos ahora el gran misterio. Dios está con nosotros: reside en la Eucaristía: nos conduce por las sendas de la justicia, ánge san Bernardo: apaga la llama que devora al hombre en los deseos mundanos, y le dá las fuerzas de los deseos del cielo, antidoto contra el pecado mortal y remedio contra el venial: ejercitamos las virtudes, corremos con fervor á las sendas del espíritu, nos fortificamos y hacemos superiores á nuestros enemigos, sin temer ni aun en medio de los mayores peligros, pudiendo repetir las proféticas palabras del Salmista: *Nam, et si ambulavero in medio*

[1] Nota quod causa institutionis est triplex, scilicet: memoria Salvatoris, sacrificium altaris, et usus hominis. (S. Thom., opusc. 58 de venerabili Sacram. Alt.).

[2] Sanz y Forés: Sermon del Ssmo. Sacram.

[3] Joann., xiii, 1.

[4] Prov., viii, 31.

umbrae mortis, non timebo mala, quoniam tu mecum es (1).

Tal es el gran Sacramento anunciado á los hombres desde el génesis de la humanidad, realizado por Jesucristo para nuestro bien en la plenitud del tiempo.

II.

Borenguer y sus errores.

Si nos propusiéramos tratar de la Eucaristía en forma de controversia, nos bastaria recurrir á los símbolos antes citados del Testamento Antiguo, y nos fijariamos despues en el testimonio de los Evangelistas y autores de las cartas canónicas, en los célebres decretos de la Iglesia, en los famosos anatemas fulminados contra los enemigos de Dios sacramentado en los concilios de Nicea y de Efeso, de Letran y de Constancia, de Florencia y de Trento: recurririamos en suma á los Padres y diriamos con los Ignacios y Tertulianos de los siglos primero y segundo, con los Crisóstomos y Jerónimos del cuarto, con los Leones y Remigios del quinto, con los Tomases y Buenaventuras... pero qué no diriamos? Todos á una voz han asegurado que la Eucaristía es una prodigiosa extension de la encarnacion, y que en el Sacramento del Altar se ha quedado Jesucristo para ser no solamente nuestro amparo, nuestro consuelo y alegría, sino tambien nuestro alimento de vida eterna.

No podemos, pues, menos de mirar con horror á los que

(1) Psalm. xlii.

han tenido la osadía de negar la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía.

En este caso se halló Berenguer.

Era éste arcediano de Angers y después fué tesorero y maestro-escuela de San Martín de Tours, en cuya ciudad había nacido. Había hecho sus estudios en Chartres bajo la dirección de Fulberto. Luego de haber obtenido la dignidad dicha de Tours, atacó el dogma de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía. Empezó á dogmatizar hácia el año 1047. Fué condenado sucesivamente por varios pontífices y por cinco ó seis concilios. Uno de estos concilios fué el de Tours, celebrado por el legado Giraud, primero en el que fué condenada la herejía de Berenguer. Se reunió esta asamblea en 1050.

En el mismo año Leon IX reunió otro concilio en Roma, al que asistieron cincuenta y cinco obispos: en él se privó á Berenguer de la comunión de la Iglesia á causa de sus heréticas creencias respecto á la Eucaristía.

También en el propio año 1050 hubo otro en Brionne, en Normandía, en el mes de agosto, que más que concilio puede llamarse conferencia, en la cual Berenguer fué reducido al silencio, y luego, aunque por fuerza, según se cree, á la confesión de la fe católica.

En 1.º de setiembre del mismo año se celebró otro concilio por Leon IX en Verceil, al que asistieron obispos de diferentes países. Berenguer fué citado, pero no se presentó. Condenóse y se entregó á las llamas el libro de Juan Scot sobre la Eucaristía, y fueron condenados de nuevo los errores de Berenguer.

También fué condenado Berenguer en otro concilio celebrado en París en 17 de octubre del mismo año, el cual fué compuesto de muchos obispos y celebrado por orden y en presencia del rey Enrique. En él se leyó una carta del hereje, quedando el concilio muy escandalizado de su contenido. No solamente fué nuevamente condenado Berenguer sino todos sus cómplices, así como el libro de Juan Scot sobre la Eucaristía.

Tantos concilios celebrados en tan corto tiempo con el mismo objeto, es una demostración del gran escándalo que produjo en la Iglesia la herejía de Berenguer y de la general indignación que causó en todos los fieles.

Berenguer se retractó varias veces de sus errores, firmó tres profesiones de fe católica y otras tantas volvió á sus errores. Se cree que al fin murió en el seno de la Iglesia, sinceramente convertido y desengañado.

Otras acusaciones se le imputan, tales como el que condenaba los matrimonios legítimos, que sostenía que las mujeres deben ser comunes y que reprobaba el bautismo de los niños; empero estas acusaciones no están bien probadas.

El origen del error de Berenguer acerca de la Eucaristía provino de las grandes cuestiones y disensiones á que dieron lugar los *esterecoranitas*, de los que nos hemos ocupado detenidamente en la página 143 y siguientes de este tomo. Berenguer, que enseñaba teología en Tours, examinó los escritos de Pascasio y las objeciones que le habían presentado, y dándose á pensar en los unos y en las otras cayó en la herejía de negar la presencia real.

Todos los escritores que en el siglo xi combatieron á Berenguer demuestran que la doctrina de este era una novedad, que nadie hasta entonces la habia sostenido á excepcion de Juan Scoto Erigenes que la sostuvo en el siglo ix. y que fué condenada apenas se manifestó: tambien la anatematizó el concilio de Letran, al que asistieron ciento trece obispos, el año 1059.

Fueron muchos los escritores que tomaron la defensa del dogma católico combatiendo al heresiarca. « Lanfranc y Guilmund se distinguieron entre muchos obispos y abades que escribieron con acierto contra él, dice el abate Bergier. El último de ellos expone las opiniones y variaciones de los berengarios sobre el sacramento de la Eucaristía de la manera siguiente: — Todos, dice, convienen en establecer que el pan y el vino no cambian esencialmente; pero difieren en que unos dicen que nada tiene del cuerpo y la sangre de Jesucristo, y que el sacramento no es más que una sombra y figura, al paso que los otros, cediendo á las razones de la Iglesia sin abandonar su error, dicen que el cuerpo y la sangre de Jesucristo están efectivamente contenidos en el sacramento, aunque ocultos bajo una especie de empanación para que podamos tomarlos; pretenden que esta era la opinion más sutil del mismo Berenguer; otros creen que el pan y el vino son cambiados en parte; algunos sostienen que son cambiados enteramente, pero que cuando los que se presentan á recibirlos son indignos de ellos, la sangre y la carne de Jesucristo vuelven á tomar la naturaleza del pan y del vino. *Guilmund, contra Bereng., Bibliot. PP., p. 327.*

» Por esta exposicion, continúa el mismo escritor, se vé que los berengarios fueron los precursores de los luteranos y calvinistas en sus errores contra la Eucaristía, que los unos y los otros se han encontrado en el mismo apuro al tergiversar el sentido de las palabras del Evangelio. Por la conducta observada por la Iglesia con los primeros, es fácil conocer cuál era entonces la creencia católica y universal, y si ha sido la Iglesia ó los protestantes los que quinientos años despues la han innovado. »

A lo que antes hemos dicho acerca de los concilios en los que fué condenado Berenguer, debemos añadir ahora que ocupando la Santa Sede san Gregorio VII en 1078, celebró uno en Roma en el que Berenguer hizo una breve profesion de fé, y recibió orden de permanecer en Roma hasta el concilio siguiente.

En efecto, reunióse este en febrero del año siguiente, compuesto de ciento cincuenta obispos. Berenguer hizo profesion de la fé de la Iglesia sobre la Eucaristía, contra lo que ántes habia escrito. Bajo la fé de juramento confesó que el pan puesta sobre el altar se converta por la consagracion en el verdadero cuerpo de Jesucristo, y el vino en la verdadera sangre que habia salido de su costado.

Como quiera que el papa san Gregorio VII no entablase nuevo procedimiento contra Berenguer, deduce Mosheim que no detestaba su perfidia, y que probablemente pensaba como él. Solo á un protestante de mala fé podia ocurrirsele tan grosera acusacion tratándose de un papa cuyas grandes virtudes le han elevado al honor de los altares.

Aquel pontifice trató á Berenguer con dulzura como el

mejor medio de atraerle, y tal vez creyó ver en él buenas disposiciones, lo que era fácil, cuando se le veía retractarse de sus errores y confesar la fé católica, si bien con la misma facilidad volvía al mal camino.

Hemos dicho que Berenguer se cree murió en el seno de la fé católica.

Atento á esto, dice Bergier: «Mosheim pone en ridiculo á los escritores que han afirmado la conversión de Berenguer; pero él mismo dá pruebas de ella. Dice que este personaje dejó al morir grande opinión de santidad; y ¿la habria dejado si todavia hubiese sido hereje? Dice que los canónigos de Tours honran todavia su memoria con un sufragio que hacen todos los años sobre su tumba; seguramente no lo harian si no estuvieran persuadidos que cuando murió estaba en la comunión de la Iglesia. Dice por último que Berenguer en su obra pide perdon á Dios por el sacrilegio que cometió en Roma siendo perjuro; esto no prueba que todavia perseverase en sus errores. El monje Clario, Ricardo de Poitiers, el autor de la *Crónica de San Martin de Tours*, Guillermo de Malmesbury prueban que Berenguer murió arrepentido y convertido. Este testimonio de los contemporáneos vale más que las vanas conjeturas de los protestantes.»

III.

Del dogma de la presencia real.

Empezamos por hablar de las figuras ó simbolos del Antiguo Testamento que anunciaban en lontananza el gran misterio de la Eucaristia. Ahora que hemos expuesto el error de Berenguer y sus partidarios sobre este dogma tan consolador é importante, nos parece oportuno demostrar que la presencia real es enseñada en la Sagrada Escritura de un modo que no dá lugar á la menor duda.

Citamos las palabras del Salvador en la última cena, en la que teniendo en sus manos el pan, dijo: ESTE ES MI CUERPO.

No se podrá citar una sola palabra de la Escritura que autorice á pensar que Jesucristo habló en un sentido figurado, y que por consiguiente la Eucaristia sea figura del cuerpo y sangre de Jesucristo.

El Salvador no preparó á sus discipulos á tomar en un sentido metafórico las palabras de que se sirvió para la institución de la Eucaristia; por el contrario, antes de verificar este prodigio de su amor les habia dicho que su carne era verdaderamente comida y su sangre verdaderamente bebida; que los que no comieran su carne y bebieran su sangre no tendrian vida eterna. El les habia prometido darles este pan. Los judíos, que no comprendian las palabras del Señor, se preguntaban que cómo podria darles su carne

en comida; y la única respuesta de Jesucristo fué repetirles que su carne era verdadera comida y su sangre verdadera bebida, y que si ellos no comían la carne del Hijo del hombre y bebían su sangre no alcanzarían la vida eterna.

Previamente la narración que se lee en el capítulo vi del Evangelio de san Juan: —Yo soy el pan de vida: vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron.—Esto es, el maná que alimentó á vuestros padres durante su peregrinación á la tierra prometida carecía de virtud para preservarlos ni aun de la muerte del cuerpo; empero el pan que yo os ofrezco tiene virtud para hacer vivir á las almas, y será para los cuerpos una prenda de incorruptibilidad, pues que hará que resuciten para vivir eternamente.—Y continúa:—Esto es el pan que desciende del cielo, para que el que comiere de él no muera. Yo soy el pan vivo que descendí del cielo. Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente, y el pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo.—Esto es, como exponen san Agustín y santo Tomás, por la redención del universo, entregándola á la crueldad de los judíos y muriendo sobre la cruz. Estas palabras demuestran clara y terminantemente que el sacramento de la Eucaristía contendría verdaderamente su propia sangre, y que había de ser crucificado por la salvación de los hombres. ¿Hay en todo esto una sola frase que autorice á juzgar que Jesucristo hablaba en un sentido metafórico ó figurado?

Al pronunciar el Salvador las últimas frases que hemos citado fué cuando los judíos empezaron á altercar los unos con los otros, diciendo:—¿Cómo nos puede éste dar su

carne á comer? A lo que, como antes dijimos, respondió el Señor:—En verdad, en verdad os digo, que si no comiereis la carne del Hijo del hombre y bebiereis su sangre, no tendreis vida en vosotros.—Esto no debe tomarse como un discurso figurado y parábólico, porque el Señor pretende obligar á los hombres á comer realmente su carne y á beber su sangre, como que les es necesario para la vida santa de sus almas y para la resurrección gloriosa de sus cuerpos, como expone sabiamente san Juan Crisóstomo y también santo Tomás.—Y continúa el Salvador:—El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día, porque mi carne verdaderamente es comida y mi sangre verdaderamente es bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí mora y yo en él.—Esto es, Jesucristo se une al que le recibe en la Eucaristía, con tanta intimidad como dos trozos de cera derretidos al fuego, que se convierten en una misma cosa, según la bellissima expresión de san Cirilo de Alejandría.—Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, así también el que me come, él mismo vivirá por mí. Este es el pan que descendió del cielo. No como el maná, que comieron vuestros padres y murieron. Quien come este pan vivirá eternamente.

Los judíos que entendían de una manera carnal y grosera las palabras de Jesucristo, exclamaban: Duro es este razonamiento, ¿y quién lo puede oír? No podían comprender cómo era necesario comer la carne y beber la sangre de aquel hombre para conseguir la vida eterna. Después que el Salvador les hubo contestado, muchos de ellos se aparta-

ron de él dejando de reconocerle como Mesías. El Señor se dirigió entonces á los apóstoles, diciéndoles: — ¿Y vosotros queréis también iros? Simón Pedro se apresuró á contestar: — Señor, á quién iremos? tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios (1).

Hemos creído oportuna la cita del texto, por ser tan clara y terminante que no deja la menor duda acerca del dogma de la Eucaristía. Los que como Berenguer cierran los ojos á la luz resplandeciente del Evangelio, pertenecen á los que se apartaron de Jesucristo al oírle decir que su carne es verdaderamente comida y su sangre verdaderamente bebida. Los católicos que adoran el misterio y que se acercan al celestial convite para unirse con Cristo, repiten las frases del Principio de los apóstoles: — Señor, ¿á quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna; y nosotros creemos y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios.

Los fieles discípulos de Jesucristo que tenían una gran fé en sus palabras esperaban que les diese verdaderamente su carne á comer y su sangre á beber, pero no sabían de qué modo se efectuaría esta promesa.

Bien pronto la vieron realizada, cuando presenciaron la institución de la Eucaristía, cuando les ordenó comer el pan que había bendecido, asegurándoles que aquel pan era su cuerpo: así, pues, lejos de haber advertido á sus apóstoles que debían tomar en sentido metafórico las palabras de la institución de la Eucaristía, les había preparado á tomarla en un sentido natural y literal. Así sus palabras en aquel

(1) *Juan.*, vi, 43-70.

acto solemnisimo no pudieron ser más claras y terminantes: ESTE ES MI CUERPO: ESTA ES MI SANGRE.

Preparados como estaban los apóstoles, á los que Jesucristo había ofrecido darles su verdadero cuerpo en comida, manifestándoles que comiéndolo tendrían vida eterna, no pudieron creer que les daba la figura de su cuerpo, sino su mismo cuerpo real y verdaderamente.

IV.

El dogma de la presencia real ha sido siempre enseñado en la Iglesia.

Por más esfuerzos que para ello hayan hecho los protestantes, no han podido hasta ahora ni podrán en adelante señalar una época, por breve que sea, en la que la Iglesia haya creído que la Eucaristía no fuese otra cosa que la figura del cuerpo de Cristo.

Desde el nacimiento de la Iglesia la celebración de la Eucaristía formó la parte más esencial del culto entre los cristianos. En el capítulo II de *Los Hechos de los Apóstoles* se les: — Y ellos perseveraban en la doctrina de los apóstoles, y en la comunicacion de la fraccion del pan, y en las oraciones. Por fraccion del pan, dice el P. Scio, se entiende una refeccion ó comida que hacian en comun y que se llamaba *á amor*, como propia para mantener una mútua caridad; y tambien la comunión eucarística, á la que precedía la doctrina ó instruccion de los apóstoles, y á ella asistían todos juntos en esta oracion pública de la nueva Iglesia, que despues se llamó Liturgia, y entre nosotros *Misa*.

Las mismas iglesias cristianas que se separaron de la Iglesia romana hasta los días de Berenguer, creyeron en la presencia real del cuerpo de Jesucristo en la Eucaristía. Los nestorianos, los jacobitas, los armenios, los coptas, los etiopes, reconocen aun hoy día la presencia de Jesucristo en la Eucaristía, como puede verse en sus respectivos artículos. Esta presencia real ha sido siempre reconocida en la Iglesia desde el tiempo mismo de los apóstoles.

No nos detendremos ahora en examinar las dificultades presentadas por Berenguer y por Lutero, porque son verdaderamente ridículas y atentatorias á la omnipotencia de Dios para quien nada hay imposible. Estas dificultades son que el cuerpo de Jesucristo pueda reducirse á los estrechos límites de una hostia, y que siendo muchos los lugares en que se consagra al mismo tiempo, pueda estar en tantas partes á la vez. No creemos estar fuera de nuestro terreno al llamar ridículas á estas dificultades. ¿Es Dios todopoderoso? Pues si lo es, ¿cómo pueden extrañarnos estas grandes manifestaciones de su omnipotencia y sabiduría?

Nosotros no comprendemos el misterio, pero sabemos y creemos que Jesucristo es el Hijo de Dios, es Dios omnipotente, que puede hacer todo lo que dice; es Dios bondad infinita que hace lo que promete. Esto nos basta. Por esto exclamaremos siempre con Pedro: Señor, ¿á quién iremos si te dejamos á tí? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros sabemos y creemos que tú eres el Cristo, Hijo de Dios. Hé aquí la fé.

Estas hermosas palabras que nos gloriamos en repetir, dan razon de la fé de la Iglesia, y esta fé se apoya en lo que

nos dicen los Libros santos, en la constante tradicion de todas las iglesias, no habiendo sino Juan Scoto y Berenguer que hablaran en contrario hasta el siglo xvi en que los protestantes se separaron de la fé comun; en el acuerdo unánime de todas las liturgias, en las pruebas contenidas en todos los ritos, ceremonias y simbolos, en los monumentos de los templos, de los vasos sagrados; en todo el conjunto en fin del catolicismo, que converge hácia la Eucaristía como á su centro, y que sin este misterio no se comprende ni puede existir (1). ¡Qué conformidad tan admirable! ¡Qué unidad de sentimientos! ¿Qué cree el católico? Lo que siempre ha creído la Iglesia: esta creo lo que creyeron los apóstoles, y los apóstoles creyeron lo que dijo Jesucristo: «Mi carne es verdadera comida: tomad y comed, este es mi cuerpo.» Para no creer, pues, dice san Hilario, es necesario negar á Jesucristo (2).

¿En qué fundaba Berenguer su resistencia á la fé? ¿En qué la han fundado los protestantes, esos hijos de un padre apóstata y rebelde? Hemos dicho que no queríamos ni refutar sus dificultades por ridículas, por atentatorias á la omnipotencia divina. Sin embargo, queremos citar las frases de san Agustin, contestando á la objecion de que Jesucristo pueda estar á un mismo tiempo en muchas hostias: Hé aquí cómo se explica el santo doctor: «Como mi pensamiento está en mí, y sin salir de mí está en mi palabra, se encarna en ella, así el Verbo permanece en el Padre y se comunica á la naturaleza humana, se encarna: y así como mi pensa-

(1) Sanz y Forés, obra citada.

(2) S. Hilar. de Trinit., lib. II.

miento único, vestido con mi palabra, formado por ella, sin separarse de mí, se reproduce todo entero en el pensamiento de cuantos me escuchan, así el Verbo del Padre, Jesucristo, se multiplica sin dividirse en todas las hostias consagradas. Santo Tomás se encarga de contestar al incrédulo que dice que los sentidos nos dicen lo contrario. «Los sentidos no pueden atestiguar otra cosa que la existencia de los accidentes, y estos perseveran en el pan eucarístico; pero el juicio en la sustancia no pertenece á los sentidos; está fuera de su alcance; pertenece á la inteligencia. Ahora bien; los accidentes son separables de la sustancia, y esto es lo que la omnipotencia divina hace en la Eucaristía. El cuerpo de Cristo está en ella en cuanto á la sustancia, no en cuanto á los accidentes. Lo que alcanzan, pues, los sentidos, no se opone á que exista esa sustancia, que en nada afecta á los sentidos (1).»

Terminaremos con un brillante razonamiento del sabio Sanz y Forés: «Diremos que no comprenderemos el *cómo* del misterio; pero nunca que sea imposible. El misterio de la Eucaristía, dice Balmes, es un hecho sobrenatural, incomprendible al débil hombre, inexplicable con palabras humanas: esto lo confiesan los católicos, lo reconoce la Iglesia. No se trata de señalar una razón filosófica para aclarar este arcano: ningún fiel será osado de llevar tan lejos su vanidad. Se trata únicamente de saber si el misterio es absurdo. La cuestión está en si el hecho, sin embargo de estar fuera de los límites de las leyes de la naturaleza, es in-

(1) S. Thom., Opusc. 87, sec. in Offic. Corp. Christ.—Vide etiam S. Ang., serm. 2, in Pascha.

trinsecamente posible, porque en tal caso, sale del terreno de la filosofía y entra en el de la crítica. El incrédulo, si cree en la existencia de Dios, no puede negar su omnipotencia: y entonces no debemos disputar sobre si Dios puede ó no puede hacer este milagro, sino únicamente si lo ha hecho (1). Y que lo hizo, nos consta por la Iglesia; nos consta por la tradición; nos consta por el Evangelio (2); y todo nos dice que lo hizo por amor. ¿Quién no cree en los milagros del amor si á él se une la omnipotencia? Digamos, pues, con el discípulo amado (3): «Hemos creído al amor que Dios nos tiene.» Digamos con Ana de Gonzaga: «Desde que Dios se dignó ponerme en el corazón que su amor es la causa de cuanto creemos, esta respuesta me persuade más que todos los libros (4).» El incrédulo que se esfuerza por sustraerse al dulce imperio del amor divino, no cree porque no ama; y el que no ama, no conoce á Dios, dice san Juan, porque Dios es amor (5).»

Terminemos entonando con la Iglesia estos versos de uno de sus preciosos himnos de la festividad del Corpus:

O salutaris hostia,
 Qui coeli pandis ostium,
 Bella praesent hostilia,
 De robur, fer auxilium.
 Un trinque Domino
 Sit sempiterna gloria,
 Qui vitam sine termino
 Nobis donet in patria. Amen.

- (1) Balmes, Filosofía fundamental, lib. 3.
 (2) S. Lour. Just., serm. de Christ Corp.
 (3) 1 Joan., iv, 16.
 (4) Bascuet, Oración fúnebre de Ana Gonzaga.
 (5) 1 Joan., iv, 7.

BERNARDO DE TURINGA.

Era este un ermitaño, que á mediados del siglo x anunció que se hallaba próximo el fin del mundo, y apoyaba su creencia en un pasaje del Apocalipsis, en que se dice que después de mil años la antigua serpiente será desatada, y las almas de los justos entrarán en la vida y reinarán con Jesucristo. El sagrado texto dice así: «Y vi descender del cielo un ángel que tenía la llave del abismo y una grande cadena en su mano. Y prendió al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, y le ató por mil años... y los que no adoraron la bestia, ni á su imagen, ni recibieron su marca en sus frentes, ó en sus manos, y vivieron y reinaron con Cristo mil años (1).»

Bernardo de Turinga interpretando el texto á su antojo, pretendió que la serpiente de que en él se habla era el antecristo, y que por consiguiente el fin del mundo se hallaba muy próximo, fijando para este acontecimiento el año 960.

Para que se diese mayor crédito á su creencia, la apoyaba en un razonamiento ridículo, pero que convenció á muchas personas. Afirmaba que cuando la festividad de la Anunciación de la Santísima Virgen cayese en el día mismo del viernes santo, era la señal cierta de que el fin del mundo se hallaba próximo.

En suma, aseguraba que Dios le había revelado la proximidad de aquel acontecimiento.

(1) Apocalip. cap. xxi.

El pasaje del Apocalipsis, la pintura de lo que seria el fin del mundo, y la seguridad que daba Bernardo de la revelación que decía haber tenido, hicieron que una gran multitud de personas de toda edad la creyesen; y muchos predicadores anunciaban en sus sermones el fin del mundo, sembrando el temor y la alarma entre sus oyentes.

Sucedió que por aquellos dias se verificó un eclipse de sol. Todo el mundo creyó que era llegado el día anunciado por Bernardo, y las gentes corrían por los campos refugiándose en las cavernas.

La vuelta de la luz parece que debió calmarles y hacerles comprender su error, pero no fué así. Siguió la alarma. Los teólogos se dedicaron á estudiar el asunto, y probaron que aun estaban léjos los tiempos del antecristo.

En fin, como quiera que al principio del siglo xi el mundo subsistía como en el anterior, el error anunciado por el ermitaño Bernardo no pudo ménos de disiparse.

WALFREDO.

Fué este un hombre oscuro é ignorante, que á pesar de estas cualidades se propuso dogmatizar hacia fin del siglo décimo. Enseñaba que el alma no es inmortal, y que muere por el contrario al mismo tiempo que el cuerpo. Refutóle victoriosamente Durand, abad de Castres, sin réplica de ninguna clase. Walfredo no tuvo partidarios.

REORDENANTES.

Distinguiase con este nombre á mediados del siglo décimo á los que pretendían que era necesario ordenar de nuevo á los que habían recibido la ordenacion por medios ilícitos, ó que se la habían dejado conferir por obispos simoníacos. (*Gutierr., in Chron. x. sæculi.*)

BARULES.

No hemos encontrado el origen del nombre de estos sectarios. Sostuvieron que el Hijo de Dios tenía un cuerpo fantástico; que las almas habían sido criadas antes de la creación del mundo y que habían pecado todas á la vez. Estos dos errores fueron comunes á la mayor parte de las sectas que aparecieron en el siglo undécimo de la Iglesia. Los filósofos que tuvieron conocimiento del cristianismo no podían resolverse á creer en la caída del género humano por el pecado de Adán, ni en las humillaciones á que se sujetó el Hijo de Dios para repararla.

PEDRO DE BRUYS.

Era Pedro de Bruys un simple lego que quiso convertirse en maestro de religion, y empezó á dogmatizar. Enseñaba:

1.º Que no debía administrarse el bautismo á los niños, y que era inútil á todo el que no podía hacer un acto de fé al recibirlo.

2.º Condenaba el uso de las iglesias, de los altares, y los hacía destruir.

3.º Condenaba el culto de las cruces, y por consiguiente las hacía quemar.

4.º Creía inútil la misa, y prohibió su celebracion.

5.º Enseñaba que las limosnas y las oraciones eran inútiles á los muertos, y prohibía el cantar las alabanzas de Dios.

Hacia un siglo que la Francia estaba infectada por los errores de los maniqueos, de los cuales muchos habían sido quemados en diferentes provincias. El gran rigor con que aquellos herejes habían sido tratados los hizo ser más circunspectos, pero al mismo tiempo les hizo concebir un gran odio contra el clero que había excitado contra ellos el celo de los príncipes. Así, pues, ardía en sus corazones el deseo de venganza, y de aquí el que se propusieran aquellos fanáticos por todos los medios posibles desacreditar al clero y atacar todo aquello que podía rodearle de consideracion y de respeto. Con tal objeto combatieron los sacramentos, las ceremonias de la Iglesia, y hasta la misma autoridad de los pastores de primer orden.

Dedicados por completo á la realizacion de este objeto, para satisfacer sus deseos de venganza abandonaron insensiblemente los dogmas del catolicismo, emprendiendo la campaña de combatir los sacramentos, el clero, las ceremonias religiosas, etc.

Desgraciadamente era aquella una época de ignorancia para el clero. En la mayor parte de las iglesias todo era venal, y hasta los mismos sacramentos eran administrados por ministros simoníacos ó concubinarios públicos. Se comprende lo que podía ser el pueblo dirigido por tales pastores. Estaba sumido en una profunda ignorancia, y siempre dispuesto á levantarse contra sus jefes espirituales.

Considerado lo que acabamos de exponer, no debe extrañarse que un hombre cualquiera, aun siendo simple lego, se atreviese á declararse jefe de secta, predicando públicamente contra el clero, las ceremonias y aun los sacramentos.

Especialmente en el Languedoc aparecieron muchos de estos sectarios á fines del siglo xi y principios del siguiente, multiplicándose pequeñas sectas que todo lo invadían, aunque en su mayor parte insignificantes. Los más conocidos entre estos sectarios fueron Pedro de Bruys, Enrique y Arnaldo de Brescia.

Pedro de Bruys recorrió las provincias, saqueando las iglesias, destruyendo las cruces y derribando los altares. En la Provenza no se veía más que cristianos rebaptizados é iglesias profanadas. Bien caro pagó estas impiedades. Habiendo sido arrojado de aquella provincia, pasó al Languedoc, donde fué preso y quemado vivo (1).

Los protestantes hacen de Pedro de Bruys un santo reformador y uno de sus patriarcas, del que se sirvió Dios para perpetuar la verdad.

(1) D'Argentré: Collect. Jud., t. I, p. 43.— Dupin, au siècle, t. VI.—Dauvoigt: Hist. des Egl. réform., t. I, 1^{re} période, c. G, p. 154.

No se comprende cómo los protestantes que condenan á los anabaptistas, puedan dar tanta autoridad á Pedro de Bruys, que no era otra cosa que un verdadero anabaptista.

Los errores de Pedro de Bruys sobre la inutilidad de las plegarias y oraciones por los muertos los hemos combatido muy detenidamente en otro artículo.

Uno de los principales discípulos de Pedro de Bruys fué

ENRIQUE DE BRUYS.

Era este un ermitaño que adoptó todos los errores de Pedro. Negaba que el bautismo fuese útil á los niños; condenaba el uso de las iglesias, desechaba el culto de la cruz, prohibía la celebracion del sacrificio de la misa, y decía que no habia necesidad de orar por los difuntos.

Como se vé, era la misma doctrina de Pedro de Bruys, de quien él la habia recibido cuando aquel predicaba en la Provenza, de donde, como dijimos, habia sido echado á causa de sus desarreglos.

Enrique no se valió de la violencia como su maestro, sino por el contrario procuró hacerse partidarios por medio de la insinuacion.

Aun era jóven: tenia los cabellos cortos y la barba afeitada: era alto y descuidado en el vestir: caminaba con los pies desnudos aun en los dias más rigurosos del invierno. Su mirar era agitado, y tenia una voz fuerte y robusta capaz de espantar, y vivía de una manera muy diferente que los demás. Se retiraba generalmente en las cabañas de los

campesinos; el día lo pasaba en los pórtilos: se acostaba y comía en los lugares elevados y descubiertos, con lo que le fué fácil adquirir en poco tiempo la reputación de un gran santo. Muy especialmente las mujeres publicaban sus virtudes, y decían que estaba adornado del espíritu de profecía para conocer el interior de las conciencias y los pecados más ocultos.

La reputación de Enrique se extendió en la diócesis de Mans, á donde envió dos discípulos que fueron recibidos por el pueblo con el mayor entusiasmo. Poco después se presentó el mismo Enrique, al que fueron tributados los mayores honores, habiendo obtenido del obispo la facultad de predicar y enseñar.

A estas predicaciones asistía un gran concurso, y el mismo clero exhortaba al pueblo á la asistencia.

Enrique estaba adornado de una grande elocuencia y de una voz muy robusta. Bien pronto hizo creer que era un hombre apostólico, y después de haberse ganado la confianza del pueblo empezó á enseñar sus errores.

El efecto que produjeron sus sermones fué que el pueblo se irritó contra el clero, y empezó á tratar á los presbíteros y canónigos como á excomulgados. De aquí resultaron luchas sangrientas.

A vista de esto el cabildo de Mans prohibió á Enrique, bajo pena de excomunión, el predicar; empero los encargados de notificarle esta sentencia fueron maltratados, y él continuó predicando hasta la vuelta del obispo Hildeberto que había hecho un viaje á Roma.

El prelado condujo á Enrique á presencia del pueblo, y

le preguntó públicamente cuál era su profesión de fé. Enrique que no entendió esta palabra no respondió. Entonces le preguntó el obispo qué cargo tenía en la Iglesia, á lo que respondió que era diácono.

Preguntóle Hildeberto si había asistido al oficio, á lo que respondió negativamente. Pues bien, dijo el obispo; recítadme los himnos que se han cantado á Dios esta mañana. Enrique respondió que él no sabía los himnos que se cantaban á Dios todas las mañanas. Entonces el obispo empezó á cantar los himnos de la Santísima Virgen. Enrique no los sabía, y quedó corrido y confuso. Confesó que no sabía nada, pero que había estudiado el modo de hacer discursos al pueblo. Hildeberto le prohibió predicar, y le mandó que saliese inmediatamente de su diócesis.

En vista de esta órden Enrique abandonó á Mans, y recorrió el Languedoc y la Provenza, donde reunió algunos discípulos.

El papa Eugenio III envió á aquellas provincias un legado, y san Bernardo se presentó en ellas para librar á los pueblos de los errores y del fanatismo que tantos estragos venían haciendo. Enrique huyó, pero fué habido y puesto en las prisiones del arzobispado de Tolosa, donde acabó sus días.

Hé aquí uno de los patriarcas de los reformadores. Por Enrique de Bruys quiere probar Barnage la perpetuidad de la doctrina de los protestantes sobre la necesidad de no tomar más que la Escritura por regla de la fé, independientemente de la tradición (1). (*Pluquet.*)

(1) Barnage, Hist. des Eglises réél., t. I, pag. 145.

ENRIQUIANOS

ENRIQUEÑOS.

Así fueron llamados los discípulos de Enrique de Bruys. Dicho está con esto que profesaban la misma doctrina que su maestro. Los protestantes citan á Pedro de Bruys y á Enrique, diciendo que estos dos sectarios enseñaban la misma doctrina que los reformadores del siglo xvi. «Aun cuando esto fuera cierto, dice Bergier, no sería muy honrosa esta sucesion, porque estos dos pretendidos mártires eran verdaderos fanáticos y muy ignorantes. Mas los protestantes tienen por válido y legítimo el bautismo de los párvulos, y aun condenaron el error contrario sostenido por los anabaptistas y los socinianos, igualmente que por Pedro Bruys y Enrique. Así que estos dos sectarios serian todo lo que se quiera menos mártires de la verdad. Por otra parte, está probado que Enrique fué convencido de adulterio y de otros crímenes, que llevaba consigo mujeres relajadas á quienes predicaba la moral más abominable.» Para terminar con estos sectarios daremos las noticias que nos ofrece Bergier acerca de los discípulos de Pedro de Bruys y de Enrique, bajo el nombre de

PETROBRUSIANOS.

Ya hemos dicho que esta secta se esparció en las provincias meridionales de Francia. Oigamos ahora al escritor citado:

Pedro el Venerable, abad de Cluni, que vivia en el mismo tiempo, ha escrito contra los *petrobrusianos* una obra cuyo prefacio reduce sus errores á cinco puntos principales: 1.º negaban que el bautismo fuese necesario ni aun útil á los niños antes de la edad de discrecion, porque, decian, nuestra fé actual es la que nos salva por el bautismo; 2.º decian que no se debian edificar iglesias, sino al contrario destruirlas: que las oraciones son tan buenas en una talerna como en una iglesia, y en un establo como en un altar; 3.º que se debian quemar todas las cruces, porque los cristianos debian tener horror á los instrumentos de la pasion de Jesucristo, su jefe; 4.º que Jesucristo no está realmente presente en la Eucaristia; 5.º que los sacrificios, las limosnas y las oraciones de nada sirven á los difuntos.

Algunos autores los han acusado tambien de maniqueismo, y parece que con razon, puesto que está probado que admitian dos principios como los antiguos maniqueos. Rogerio de Roveden dice, en sus *Anales de Inglaterra*, que á ejemplo de los discípulos de Moisés, los *petrobrusianos* no recibian ni la ley de Moisés, ni los Profetas, ni los Salmos, ni el Antiguo Testamento; Rodolfo Ardens, autor del siglo xi, refiere que los herejes del Agenois se vanagloriaban

de tener la vida que los apóstoles, de no mentir ni jurar; que condenaban el uso de las carnes y el matrimonio; que desechaban el Antiguo Testamento y parte del Nuovo; y lo que es más terrible, que admitían dos criadores: que dicen que el Sacramento del altar no es más que pan puro; que desprecian el bautismo, y que desechan el dogma de la resurrección de los muertos. Así que los herejes del Agenois, que después se llamaron *albigenses*, eran verdaderos maniqueos, como lo ha probado Bossuet, *Hist. de las Var.*, l. 11, n. 17 y sig. Inútilmente se ha esforzado Basnage para persuadir lo contrario: puede refutársele por sus propios principios. *Hist. de la Iglesia*, l. 24, c. 4, etc. No era tan diestro Pedro de Bruys que forjase una herejía de su propia cosecha: no hizo más que propagar una parte de los errores que los albigenses sucesores de los paulicianos habían esparcido antes que él; mas sabemos la causa que ha motivado á los protestantes á justificar á los herejes del siglo xi y xii; y es que han querido tenerlos por sus predecesores.

Dicen que no debemos colocar á estos sectarios entre los maniqueos, á menos que no probemos que sostenían el dogma característico y fundamental del maniqueismo, que es el dogma de los dos principios, uno bueno y otro malo: de modo que, añaden, no hay ninguna prueba de que los albigenses, los *petrobrusianos*, los encicianos, etc., hayan admitido dos principios; á esta objecion respondemos: 1.º que hay pruebas positivas, á saber, el testimonio de los autores contemporáneos, Bossuet los ha citado: en vano recusan estos testimonios los protestantes, ó tratan de elu-

dir las consecuencias de lo que dicen: 2.º que el dogma de los dos principios no es más característico del maniqueismo que cualquiera otro, puesto que se había sostenido ántes de Manés por los marcionitas y por algunas sectas de gnósticos; los demás errores de los maniqueos no son una consecuencia de este; no hay nada unido, nada enlazado en su sistema: 3.º que como este dogma es el más odioso de todos, y el más capaz de inspirar horror, los albigenses y sus prosélitos tenían más interés en ocultarlo que todos sus demás delirios; nunca han sido sinceros los jefes de secta; se contentaban con manifestar á los que querían seducir el lado más aparente de su doctrina: 4.º que si para pertenecer á una secta es necesario adoptar todos sus dogmas, los protestantes hacen mal de tenerse por sucesores de los herejes de que hablamos, puesto que no han abrazado todas sus opiniones. Es absurdo el presentarnos á estos varios sectarios como *testigos de la verdad*, cuando se está precisado á confesar que profesaban errores.

Así que Mosheim, más prudente que Basnage, se ha contentado con excusar lo que ha podido á Pedro de Bruys y á sus secuaces; dice que este hombre hizo los esfuerzos más laudables para reformar los abusos y las supersticiones de su siglo; pero que su celo no se hallaba exento de fanatismo; que fué quemado en Saint-Gilles, el 1130, por un populacho furioso, á instigacion del clero, cuyo tráfico ponía en peligro este reformador; mas que no se conocia todo el sistema de doctrina que enseñó este infortunado mártir á sus sectarios. Sin embargo, no se ha atrevido á negar, lo mismo que Basnage, los cinco errores que les imputó Pedro

el Venerable. *Hist. eclesiast.*, siglo xii, 2.^a p. c. 5, § 7.

De modo que está probado por este testimonio y por otros que Pedro de Bruys y sus prosélitos quemaban los crucifijos y las cruces, destruían las iglesias, insultaban al clero, etc. Ciertamente era digno de castigo el fanatismo contrario al orden público; el pretendido reformador que encendió este fuego, merecía la hoguera en que pereció; fué mártir, no de sus opiniones, sino de los desórdenes y violencias de que ha sido autor. *Hist. de la Igl. gatic.*, tom. 9, l. 25, año 1147.

HESICASTAS.

Palabra que sale de una griega que significa *tranquilo, ocioso*: se llamaron también así los monjes griegos contemplativos, que á fuerza de meditaciones se les trastornó el entendimiento, y dieron en el fanatismo. Para procurarse éxtasis fijaban sus ojos en el ombligo, deteniendo la respiración; entonces creían ver una luz resplandeciente, y se persuadieron que esta luz era una emanación de la sustancia divina, una luz increada, la misma que vieron los apóstoles en el monte Tabor en el día de la transfiguración de Jesucristo.

Principió esta demencia en el siglo xi, y se renovó en el xiv, singularmente en Constantinopla: causó muchas disputas, ocasionó muchas reuniones de obispos, dió motivo á censuras, y á escribir muchas obras en pro y en contra. Los *hesicastas* tuvieron al principio por contrario al abad

Barlaam, natural de la Calabria, monje de S. Basilio, y después obispo de Gieraci. Visitando los monasterios del monte Atos, condenó esta locura de los monjes, los trató de fanáticos, los llamó *mesalianos, euquilas* ú *ombiticarios*, pero Gregorio Pálamas, monje también y arzobispo de Tesalónica, tomó su defensa é hizo condenar á Barlaam en un concilio de Constantinopla en el año 1341.

Pálamas sostenía que Dios habita en una luz eterna, distinta de su esencia, que los apóstoles vieron esta luz sobre el monte Tabor, y que podía recibir una porción de ella cualquiera criatura. Halló un antagonista en otro monje llamado Gregorio Azindino, que decía que los atributos, las propiedades y las operaciones de la Divinidad no eran distintas de su esencia, y que por lo mismo una criatura no podía participar de ellas sin recibir toda la esencia divina: pero este fué condenado igualmente que Barlaam en un nuevo concilio de Constantinopla, año de 1351.

Los protestantes tomaron ocasión de lo absurdo de esta disputa para declamar contra los místicos en general, y contra la vida contemplativa; pero un acceso de demencia que atacó á los monjes del monte Atos, solo prueba la debilidad de su cabeza. Bien puede uno habituarse á la meditación, sin que por eso pierda el juicio, como también puede ser loco el que nunca fué contemplativo. (*Bergier*).

PATARINOS.

Son también llamados Paterinos ó Patrinos. Nombres dados en el siglo xi á los paulicianos ó maniqueos que habían dejado la Bulgaria, y habían ido á establecerse en Italia, principalmente en Milan y en la Lombardia. Prueba Mosheim, según el sábio Muratori, que se les dió este nombre porque se reunían en el cuartel de la ciudad de Milan llamado entonces *Patavia*, y hoy día *Contrada de Patarri*. Se les llamaba también *cathari* ó puros; afectaban ellos mismos este nombre para distinguirse de los católicos.

En la palabra *maniqueos*, hemos visto que sus principales errores eran el atribuir la creación de las cosas corporales al principio malo, desechar el Antiguo Testamento, y condenar el matrimonio como una impureza.

En los siglos xii y xiii se dió el nombre de *patarinos* á todos los herejes en general; por esto se ha confundido muchas veces á estos *cataros maniqueos*, de que acabamos de hablar, con los *valdenses*, aunque fuesen muy diferentes sus opiniones. El concilio general de Letran, celebrado el año 1279 bajo Alejandro III, anatematizó á los herejes llamados *cataros*, *patarinos* ó *publicanos*, *albigenses* y demás; principalmente tenía designados á los maniqueos con estos diferentes nombres. Mas el siguiente concilio general, celebrado en el mismo punto el año 1215 bajo Inocencio III, dirigió también sus cánones contra los valdenses.

Desde el año 1074, cuando san Gregorio VII en un con-

cilio de Roma condenó la incontinencia de los clérigos, ya de los que vivían en concubinato, ya de los que pretendían haber contraído un matrimonio legítimo, estos últimos, que no querían abandonar sus mujeres, dieron á los partidarios del concilio de Roma el nombre de *patarini* ó *paterini*, para dar á entender que reprobaban el matrimonio como los maniqueos. Mas una cosa era prohibir el matrimonio á los eclesiásticos y otra condenar el matrimonio en si mismo. Malamente han afectado muchas veces los protestantes el renovar esta acusación.

ONFALOSCOS.

Dicen algunos escritores que con este nombre habían sido designados los paulicianos de la Bulgaria; empero es más probable que fuera dado á los hesicastas del siglo undécimo. Los onfaloscos formaban una secta de fanáticos que pasaban su vida contemplándose el ombligo, pretendiendo que era cuerpo luminoso y que les procuraba un curso de placeres interminables. Creían ver la luz del Tabor en su ombligo. Véase lo dicho en el artículo *Hesicastas*.

ROSCELIN.

Roscelin enseñaba filosofía en Compiègne en los últimos años del siglo xi. Decía que las tres personas divinas eran tres cosas separadas, como tres ángeles; de manera, que

solo tenían una voluntad y un poder: de otro modo, según él, habría debido decirse que el Padre y el Espíritu Santo se habían encarnado. Añadía que pudiera decirse verdaderamente que eran tres dioses, si el uso lo permitiera.

Esto fué el error de los triteístas. Fué condenada la doctrina de Roscelin en un concilio reunido en Compiègne en 1092. Él fué convenido de error y obligado á abjurarlo, pero no sinceramente, sino por temor de ser aplastado por el pueblo, como luego declaró.

San Anselmo le refutó en un tratado que tituló: *De la Fe, de la Trinidad y de la Encarnación*.

PARTICULARISTAS.

Partidarios de la gracia particular. Se ha dado este nombre á los que sostenían que Jesucristo ha derramado su sangre por solos los elegidos ó predestinados, y no por todos los hombres en general; y por consecuencia que la gracia no se concede á todos.

No sabemos en qué puede fundarse tan extraña teología. No es seguramente en la Sagrada Escritura, pues que en ella se nos asegura que Jesucristo es la víctima de propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino por los del mundo entero (1); que es el Salvador de todos los hombres, sobre todo de los fieles (2); que es el Salvador del mundo (3); el Cordero de Dios que quita los

(1) I Joann., ii, 2.
(2) II Tim., iv, 10.
(3) Joann., iv, 42.

pecados del mundo (1); que por su sangre vertida en la cruz ha pacificado cuanto hay en el cielo y sobre la tierra (2), y otros muchos textos que pudiéramos citar. Infructuoso sería todo el trabajo que se tomase el que quisiese buscar un solo texto que probara la pretension de los particularistas.

Los Padres de la Iglesia han explicado y comentado sabiamente los textos que hemos citado, á fin de excitar el reconocimiento, la confianza y el amor de todos los hombres hacia Jesucristo: estos mismos Padres afirman que la Redención ha producido al género humano más que lo que había perdido por el pecado de Adán, y prueban la universalidad en la mancha original por la universalidad de la Redención.

Así nos lo enseña la Iglesia nuestra Madre, que no quiere ni puede engañar á sus hijos, en cuyos labios pone las frases de la Escritura que quedan citadas.

(1) Joann., i, 29.
(2) Ad Coloss., i, 20.

SIGLO DUODÉCIMO.

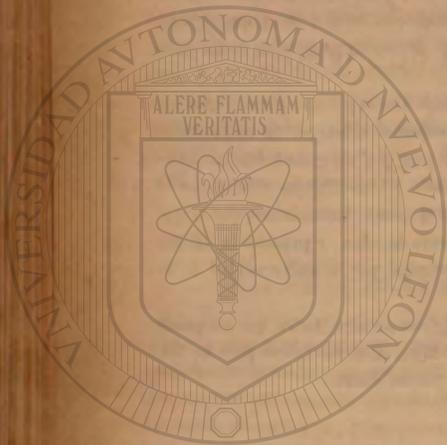
INTRODUCCION.

I.

La guerra de la Cruz

Al historiar la Edad Media nos hallamos al frente de un gran acontecimiento, de inmensas y felicísimas consecuencias. Nos referimos á las Cruzadas, juzgadas de diferente manera por los escritores del siglo xviii, pero no así por los sabios pensadores del presente, pues todos se hallan unánimes sobre aquellas consecuencias.

Por más que nuestro libro esté dedicado á relatar los cismas y las herejías que han venido á perturbar la paz de la Iglesia en la série de los siglos, no podemos dejar pasar desapercibido el hecho de las Cruzadas, dando en esta introduccion una idea de su origen y marcha progresiva, siquiera sea hasta la primera partida de los primeros cruzados. Por otra parte necesitamos hacerlo porque nos servirá



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES Y PUBLICACIONES

SIGLO DUODÉCIMO.

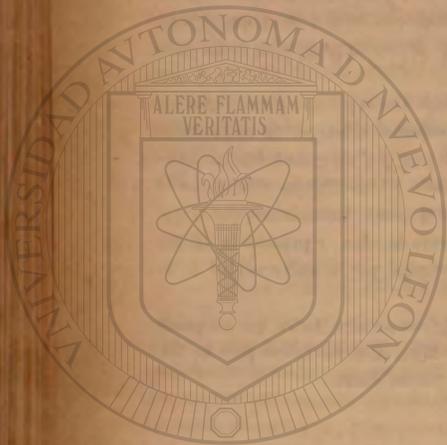
INTRODUCCION.

I.

La guerra de la Cruz

Al historiar la Edad Media nos hallamos al frente de un gran acontecimiento, de inmensas y felicísimas consecuencias. Nos referimos á las Cruzadas, juzgadas de diferente manera por los escritores del siglo xviii, pero no así por los sabios pensadores del presente, pues todos se hallan unánimes sobre aquellas consecuencias.

Por más que nuestro libro esté dedicado á relatar los cismas y las herejías que han venido á perturbar la paz de la Iglesia en la série de los siglos, no podemos dejar pasar desapercibido el hecho de las Cruzadas, dando en esta introduccion una idea de su origen y marcha progresiva, siquiera sea hasta la primera partida de los primeros cruzados. Por otra parte necesitamos hacerlo porque nos servirá



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS Y SERVICIOS DE INFORMACIÓN

como antecedente para ver despues el estado que presentaban asi el Oriente como el Occidente por aquella época.

Las palabras del Salvador del mundo debían cumplirse. Primero que su palabra faltarán los cielos y la tierra, nos ha dicho por san Mateo. La destruccion del templo de Jerusalem la habia anunciado. Las profecías se habian cumplido, y en la ciudad deicida no quedaba ya piedra sobre piedra. Sin embargo, las miradas del mundo cristiano se dirigian necesariamente allí donde habia una tumba en la que habia reposado el cuerpo difunto de un Dios Salvador... tumba que estaba abierta desde el dia en que se verificó el gran prodigio de la Resurreccion. El Calvario en cuya cumbre se verificó el cruento sacrificio que reconcilió al hombre pecador con el Dios ofendido, rompiéndose en mil pedazos la escritura de la maldicion del mundo, habia de atraer tambien las miradas de los cristianos. ¡El Calvario! ¡El sepulcro del Salvador! ¿Puedo haber objetos de mayor veneracion para los hijos de la Iglesia, de esa Iglesia que salió del costado mismo del Redentor, segun la frase admirable del padre san Agustin?

Precisamente la ciudad rebelde, el pueblo que se manchó con la sangre de un Dios-Hombre, era reputada por los cristianos como *tierra santa*; santa, porque en ella se verificó el grande acontecimiento que envolvia en sí la dicha de la humanidad; santa, porque en ella estaban el Calvario y el Santo Sepulcro.

Así, pues, desde los primitivos tiempos del cristianismo los fieles acudian llenos de fervor aun de los pueblos más apartados en devotísimas peregrinaciones, para seguir las

huellas del Salvador, besarle y adorarle en el mismo sitio donde dió su vida por nuestro amor.

Gracias al gran Constantino y á su santa madre Elena, cayeron por tierra las estatuas de los falsos dioses que Elio-Adriano habia levantado en aquellos santos lugares: la ciudad que habia tomado el nombre de *Abia Capitolina*, recobró su antiguo nombre de Jerusalem. Santa Elena gastó sumas considerables: Constantino no escusó sus riquezas, y bien pronto se levantó un templo suntuoso que cubría y albergaba la tumba del Redentor. Desde entonces ¡cuánta devocion! ¡Cuánto entusiasmo por parte de los fieles para ir á postrarse bajo las angostas bóvedas del nuevo santuario, testimonio de la piedad cristiana del grande emperador!

Santa Elena en edad muy avanzada hizo su peregrinacion, y á fuerza de sacrificios y de constancia logró que despues de grandes excavaciones se encontrase la verdadera cruz en la que el Salvador habia ofrecido el sacrificio de su vida. No nos detendremos en un hecho explicado ya minuciosamente en nuestra *Historia de la Iglesia*. Diremos, pues, tan solo que santa Elena hizo erigir diversas capillas en todos aquellos puntos que encerraban grandes recuerdos para el cristianismo, tales como Belen, Nazareth, el Tabor y el Carmelo, y en otros puntos donde Jesucristo habia esparcido el gérmen de su doctrina celestial y divina.

Todo esto contribuyó á que los fieles se enervorizasen más y más y desearsen visitar aquellos lugares que forman la cuna del cristianismo. Citaremos los nombres siempre ilustres de los más santos peregrinos que impulsados por

— 10 —

una fé ardiente acudieron á Jerusalem. En primer lugar aparecen san Porfirio y san Jerónimo: «El primero, dice un célebre historiador de las Cruzadas, abandonó á su patria, Tesalónica, á los veinte años de edad, pasó muchos años en las soledades de la Tebaida y partió á Palestina, donde después de haberse condenado á la vida más humilde y austera, llegó á ser obispo de Gaza; el segundo partió de Italia acompañado de su amigo Busebio de Cremona, recorrió el Egipto, visitó varias veces á Jerusalem y decidió acabar sus días en Belen. Paula y su hija Eustoquia, de la ilustre familia de los Gracos, y enlazadas por una santa amistad con san Jerónimo, renunciaron á Roma, á los deleites de la vida y á las grandezas humanas para abrazar la pobreza de Jesucristo y vivir y morir al lado del Santo Sepulcro (1). San Jerónimo nos dice que los peregrinos llegaban entonces á miles á la Judea, y que se oían celebrar en torno de la sagrada tumba alabanzas al Hijo de Dios en diversas lenguas. Inundaban ya entonces al mundo revoluciones y calamidades: el antiguo imperio romano se desmoronaba bajo los agudos golpes de los bárbaros: el mundo pagano sucumbía, como sucumbe todo lo que ha llegado al término de su destino: se había apoderado de las almas un malestar extraño en medio de las desgracias y de las ruinas: todos se dirigían hácia el sitio donde se alzaba una fé nueva, y como la esperanza se hallaba entonces en el desierto, todos corrían allí á buscarla. Esto es lo que hicieron Jerónimo y otros hijos del Occidente, y el santo no se ciñó á una simple peregrinación, porque Roma con su civilización corrompida

(1) Correspondencia de Oriente, tom. iv.

— 11 —

y su eternidad que iba á terminar, no podía ya llenar su corazón, sino que se convirtió en habitante de la Judea, y se quedó en su querida Belen para entregarse á un estudio profundo de los libros santos, para velar á los piadosos viajeros y pobres cristianos del país, y para componer bajo el cilicio y los rudos hábitos sus admirables comentarios, los oráculos de la Iglesia latina. El viajero que baje en el día al establo de Belen, saluda de pasada los sepulcros de san Jerónimo, de Paula y de Eustoquia (1).»

Algunos varones santos se levantaron contra las peregrinaciones á fines del siglo iv y principios del v, y entre ellos se cuenta san Gregorio Niceno, por los peligros que la piedad y las costumbres cristianas podían encontrar en tan dilatados viajes, en las hospederías, etc. Sin embargo, nadie era capaz de contener la impaciencia que reinaba en todos por la Palestina.

Empero una terrible calamidad vino á caer sobre la Tierra Santa. Los ejércitos de Cosroes II invadieron la Siria, la Palestina y el Egipto. La ciudad santa tan querida de los cristianos cayó en poder de los adoradores del fuego, y los vencedores saquearon los pueblos, robaron los templos y causaron toda suerte de perturbaciones y trastornos. Lo más sensible fué que se llevasen el más precioso tesoro, cual era la cruz del Salvador que se conservaba en tanta veneración en la iglesia de la Resurrección.

Transcurrieron diez años durante los cuales se aumentaban los triunfos del invasor, y en este tiempo los cristianos de todas partes elevaban al cielo súplicas fervorosas acom-

(1) M. Michaud: Hist. de las Cruzadas, lib. 2.^o

pañadas de tiernas lágrimas, á fin de que pudiese recobrase el leño sacrosanto de la redención.

Dios escuchó las súplicas repetidas de su pueblo, y eligió en sus altos designios al emperador Heraclio, el cual rompiendo las cadenas que arrastraban los esclavos cristianos, los condujo nuevamente á Jerusalem. El tuvo la dicha de apoderarse de la cruz, y andando descalzo por las calles de la Ciudad santa, la llevó sobre sus hombros hasta el Calvario. ¡Dichoso aquel emperador de Oriente, que aparece más grande y más rodeado de majestad cargado con la Cruz y con los pies desnudos siguiendo las huellas del Salvador, que sentado en su trono, cubierto de púrpura y rodeado de su corte imperial! En memoria de este hecho celebra la Iglesia cada año la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz.

Por algun tiempo permaneció tranquila la Tierra Santa, floreciendo en ella la religion, la agricultura y el comercio. Era verdaderamente una tierra de promision.

Empero nuevas tempestades se levantaban por el lado de la Arabia. Mahoma, conocedor del espíritu y de los hábitos de su país, quiso convertirse en profeta. De todos los cultos esparcidos por el mundo tomó lo que más podía convenir á los osados proyectos que formara, y compuso ese libro que viene aun siendo despues de mil años el oráculo de esa multitud que sigue la religion del falso profeta de la Meca.

No nos defendremos en describir las sucesivas conquistas de los árabes, sus excursiones por las islas del Mediterráneo, las costas de Italia y de la Grecia, y el modo

como cayeron sobre España que por algunos siglos dominaron.

Sus más constantes miradas se dirigieron á Jerusalem, pues que desde allí Mahoma, segun sus creencias, habia subido al cielo en su vinje nocturno, motivo por el cual la llamaban la *tierra santa*. Despues de un sitio de cuatro meses los Santos Lugares cayeron en poder de los árabes. El califa Omar entró en Palestina para recibir las llaves y la sumision de la ciudad conquistada. El Santo Sepulcro se vió deshonrado con la presencia en él del jefe de los infieles, y el patriarca Sofronio murió de dolor al presenciar las profanaciones que tuvieron lugar.

Jerusalen quedó rodeada de tinieblas, y si bien los dominadores concedieron á sus habitantes la libertad religiosa, estos vieron levantarse suntuosas mezquitas á los lados mismos de los grandes templos cristianos.

Grandes hombres y entre ellos el papa Victor III habian proyectado la conquista de la Tierra Santa, pero el cielo habia destinado para esto á un oscuro peregrino, á Pedro el Ermitaño, cuyo nombre se ha hecho inmortal. Habia ido á Jerusalem; habia visto el lúgubre aspecto que presentaba la ciudad santa, y lo mucho que en ella sufrían los fieles y muy especialmente los sacerdotes. Era entonces patriarca de Jerusalem Simeon, anciano venerable y sacerdote ejemplar. Pedro habló con él. Se juntaron dos almas que se comprendían. El peregrino le dijo: «¿No habria medio para poner término á tantas calamidades como aquí se experimentan?» El patriarca le miró fijamente, y al tiempo que

se humedecían sus ojos, le respondió : « ¡ O vos, el más fiel de los cristianos ! ¿ no veis que vuestras iniquidades nos han alejado del Señor y de su misericordia ? El Asia yace en poder de los musulmanes ; todo el Oriente cayó en la esclavitud, y no puede socorrernos ninguna potencia de la tierra. — Tal vez, dijo Pedro, llegará un día en que los guerreros de Occidente sean los libertadores de Jerusalem. » A lo cual replicó el patriarca : « Si, no hay duda, cuando nuestra aflicción llegue á su colmo, cuando Dios se compadezca de nuestras miserias, y enternecido el corazón de los príncipes de Occidente, los envíe á auxiliar á la ciudad santa. »

Ambos interlocutores se abrazaron, y unióronse las lágrimas que vertían, que desde aquel momento eran lágrimas de esperanza.

El ermitaño Pedro abandonó aquellos santos lugares, y montado en una mula, descalzo, con un Crucifijo en la mano atravesó la Italia, cruzó los Alpes, recorrió la Francia, y por todas partes, en los templos, en las calles, predicaba con celo, exponía el triste estado á que se hallaban reducidos los santos lugares de la Redención, y pedía á unos valor y á otros sacrificios para llevar á cabo la guerra santa, la guerra de la Cruz.

Celebrábase el gran concilio de Clermont de Auvernia, tan numeroso como el que poco antes se había celebrado en Palestina.

En una de sus sesiones, la décima, que se verificó en la plaza mayor de la ciudad, el papa Urbano seguido de sus cardenales subió á un trono que se había alzado para él, y á su lado apareció Pedro el Ermitaño con su bordon de pe-

regrino y su vestido de lana, que lo había granjeado el respeto de la multitud. Obtenida licencia del papa, el pobre ermitaño habló y refirió con voz entera cuanto había visto en Jerusalem, las profanaciones continuas llevadas á cabo por los enemigos de la fé, y los grandes ultrajes que experimentaban los que llevados en alas de la fé acudían á visitar el Santo Sepulcro. Dijo que había visto cristianos cargados de cadenas y uncidos como animales de carga, y á los ministros de Dios arrancados del santuario, apaleados y conducidos á una muerte ignominiosa ; y continuó en su triste pintura hasta hacer arrancar lágrimas en todos los ojos.

Entonces el Sumo Pontífice tomó la palabra y empezó su discurso de este modo : « Acabais de oír al enviado de los cristianos de Oriente, y él os ha dicho la lamentable suerte de Jerusalem y del pueblo de Dios ; cuál se ha visto obligado á servir á las supersticiones paganas de la ciudad del Rey de los reyes que trasmitió á los demás los preceptos de una fé pura, y como ha sido manchado por los que no deben resucitar más que para servir de paja al fuego eterno, el sepulcro milagroso donde la muerte no pudo guardar su presa, el sepulcro que es manantial de la vida futura y sobre el cual se alzó el Sol de la resurrección. La impiedad victoriosa ha inundado de tinieblas las comarcas más fértiles del Asia ; son ya ciudades musulmanas Antioquia, Efeso y Nicea, y las hordas bárbaras de los turcos han clavado sus pendones en las orillas del Helesponto desde donde amenazan á todas las naciones cristianas. Si el único Dios no les contiene en su marcha triunfante ar-

«mando á sus hijos, ¿qué nacion, qué reino podrá cerrarles «las puertas del Occidente?»»

El papa continuó su discurso excitando el celo de todas las naciones cristianas y muy especialmente de la Francia, y la inmensa multitud que le escuchaba empezó á gritar: *¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!*

En seguida se organizó la primera cruzada para la conquista de Jerusalén, y en el pecho de todos los alistados se colocaba el signo santo de la cruz. El mismo papa Urbano hubiese ido al frente de la expedición, empero no podia abandonar la Europa sin comprometer los intereses de la Santa Sede, porque aun no habia sido vencido el antipapa Guiberto, y nombró legado apostólico del ejército cristiano al obispo de Puy.

Tal fué, brevemente relatado, el origen de las Cruzadas de la Edad Media. No creemos necesario detenernos más tiempo en este asunto.

II.

Del estado civil y político del mundo durante el siglo duodécimo.

En el Oriente era extremada la confusion. Los sultanes aplicaban todos sus cuidados á contener los efectos que las Cruzadas producian, así en la Siria como en la Palestina y el Africa. Los emires que no tomaron parte en las guerras de las Cruzadas luchaban los unos contra los otros. En fin, se vio llegar desde el fondo del Tiber á los tártaros manda-

Jos por el sacerdote Juan, que extendia su dominacion hasta las orillas del Tigre. El lujo y la disipacion se observaban por todas partes; el despotismo y la corrupcion en las costumbres enervaban los ánimos. Los antiguos gobernadores del imperio en Asia, debilitados por la licencia en sus costumbres, por la aglomeracion de los herejes desterrados, por las vejaciones de los gobernadores, y por el desprecio y la violencia de las leyes, así como por las incursiones de los bárbaros, parecia haberlos colocado por debajo de todas las naciones.

El emperador de Constantinopla, incapaz de resistir á los sarracenos, temiendo á los cruzados se unia sucesivamente á los unos y á los otros, sin poder aprovecharse ni de sus victorias ni de sus derrotas. Hizo la guerra contra los turcos, contra los sarracenos, contra los príncipes normandos establecidos en Italia, y contra los ejércitos de los cruzados. Además se hallaba agitado á causa de las facciones y de los trastornos continuos. Los emperadores acostumbrados á pasar una vida muelle, entregados á toda clase de placeres, arruinaban á los pue'los con excesivos impuestos.

El Occidente no estaba más tranquilo. Los jefes de sus diversos Estados estaban en continuas guerras, de las que resultaban los mayores desórdenes, á los que se oponian los papas, exhortando á los soberanos á la paz.

Es una atroz injusticia el acusar á los papas de la Edad Media de ambiciosos por querer dominar sobre todos los poderes de la tierra. Ya hemos tenido ocasion de demostrar que el objeto que se propuso Gregorio VII, y despues de él sus sucesores, no era otro que el bien de los pueblos y de

los mismos soberanos. Si á veces desligaban á los pueblos del cumplimiento del juramento de fidelidad á sus príncipes, si dejaban caer los rayos de la excomunion, era para traer á todos al cumplimiento de sus respectivos deberes, y en la conciencia de todo hombre pensador está el bien que de este rigorismo saludable reportó la Europa.

En esta época se suscitaron las grandes cuestiones sobre las investiduras, que aumentaron ciertamente el poderio de los papas y del clero. El poder pontificio, elevado á su mayor grado de grandeza, fué objeto de ambicion, de intrigas y de cábalas. Así se vio en este siglo dos antipapas, que causaron cismas y grandes perturbaciones.

No fallaron herejías en este siglo. Había muchos fanáticos, que produjeron grandes divisiones sobre los dogmas de la religion, sobre el poder de la Iglesia y la reforma de las costumbres. Veremos errores sobre los dogmas y los misterios, y aparecer una porcion de prácticas ridiculas é insensatas en su mayor parte opuestas, entre ellas sobre los sacramentos, sobre todo lo que podia atraer la consideracion y el respeto hácia los obispos y el clero, y en fin la reunion de todas estas sectas en los albigenses, combatidos por los cruzados.

ARNALDISTAS

ARNODISTAS.

Herejes llamados así de Arnaldo de Brescia, su jefe. Aparecieron en el siglo xii; criticaron altamente la posesion de los bienes eclesiásticos, que la tenían por una usurpacion. No admitian el bautismo de los niños, el sacrificio de la misa, la oracion por los difuntos, el culto de la cruz, etc. Fueron condenados en el concilio de Letran en el pontificado de Inocencio II en 1139. Arnaldo, despues de haber excitado alborotos en Brescia y Roma, fué ahorcado y quemado en esta última ciudad en 1155, y sus cenizas fueron arrojadas al Tiber. Algunos de sus discípulos, que se llamaban tambien *publicanos* ó *poplicanos*, pasaron de Francia á Inglaterra hácia el año 1146, en donde fueron detenidos y dispersados. Esta secta se hizo despues una rama de la herejía de los albigenses.

Mosheim, apologista declarado de todos los herejes, dice que Arnaldo de Brescia era hombre de una erudicion inmensa y de una austeridad admirable, pero de un carácter turbulento é impetuoso; que parece que no adoptó ninguna doctrina incompatible con el espíritu de la verdadera religion; que los principios que le hicieron obrar no fueron reprobables sino porque los exageró mucho, y los puso en práctica con un grado de vehemencia tan criminal como

imprudente: que por último fué víctima de la venganza de sus enemigos; que fué sacrificado y arrojado al fuego el año 1155. *Hist. ecles. del siglo xii, 2ª part., c. 5, § 10.*

Mosheim ha olvidado sin duda que Arnaldo de Brescia era monje y discípulo de Abelardo, y que no dejó ninguna obra que probase su erudición, ni era de suponer que la tuviese despues de haber pintado á todos los monjes de aquel tiempo como unos ignorantes. Condenaba el bautismo de los niños, el sacrificio de la misa, etc. Quería que se despojara á los eclesiásticos de los bienes que poseían legítimamente, y excitó sediciones. En esto reconocemos los principios y el espíritu de los pretendidos reformadores; pero ¿es compatible con el espíritu de la verdadera religion, que prohibe alterar el orden público, y sobre todo á un fraile sin autoridad? ¿Le hubiera agrádado á Mosheim, que un celoso por la pobreza evangélica, le hubiera quitado las dos abadías que poseía? Arnaldo de Brescia no fué víctima de la venganza de sus enemigos, sino justamente castigado como sedicioso y perturbador del orden público; no fué crucificado, sino atado á un poste, ahorcado y quemado. (*Bergier.*)

PORRETARIOS.

Sectarios de Gilberto de la Porrea, ó de la Poirea, obispo de Poitiers, que á mitad del siglo xii fué acusado y convencido de muchos errores en orden á la naturaleza de Dios, de sus atributos y del misterio de la Santísima Trinidad. Su defecto, como el de Abelardo, su contemporáneo,

fué querer explicar los dogmas de la teología por las abstracciones y las precisiones de la dialéctica.

Decía que la Divinidad ó la esencia divina es realmente distinta de Dios; que la sabiduría, la justicia y los demás atributos de la Divinidad no son realmente Dios mismo; que esta proposición, *Dios es la bondad*, es falsa, á no ser que se la reduzca á esta, *Dios es bueno*. Añadía que la naturaleza ó la esencia divina es realmente distinta de las tres Personas divinas, que no es la naturaleza divina, sino *solamente* la segunda Persona la que ha encarnado, etc. En todas estas proposiciones, la palabra *realmente* es la que constituye el error. Si Gilberto se hubiera limitado á decir que *Dios y la Divinidad* no son una misma cosa *formalmente ó in statu rationis*, como se expresan los lógicos, sin duda no habria sido condenado; esto significaría solamente que estos dos términos *Dios* y la *Divinidad* no tienen precisamente el mismo sentido, no presentan absolutamente la misma idea en el entendimiento.

Algunos le han acusado tambien de haber enseñado que no hay más mérito que el de Jesucristo, y que los hombres que se han salvado son los únicos realmente bautizados, mas esta acusacion no está probada.

La doctrina de Gilberto fué al principio examinada en una reunion de obispos, celebrada en Auxerre, el año 1147, en seguida en otra que se tuvo en Paris el mismo año en presencia del papa Eugenio III, en fin en un concilio de Reims el año siguiente el cual presidió el mismo papa. preguntó al mismo Gilberto, y le condenó en virtud de sus respuestas embrolladas y sus tergiversaciones: Gilberto se

sonelió á la decision, pero tuvo algunos discípulos que no fueron tan dóciles.

Como san Bernardo fué uno de los principales motores de esta condenacion, los protestantes hacen lo posible por excusar á Gilberto, y hacer recaer todo el vituperio sobre san Bernardo; dicen que el obispo de Poitiers entendía su doctrina en el sentido ortodoxo que acabamos de indicar, y no en el sentido erróneo que se le atribuye; pero que estas nociones sutiles excedian en mucho á la inteligencia del buen san Bernardo, que no estaba acostumbraado á esta clase de discusiones; que en todo este negocio se condujo más bien por pasion que por un verdadero celo. Mosheim. *Hist. ecclés.*, siglo xn, parte 2.^a, c. 3, § 11.

Felizmente está probado por los escritos del santo abate Clairvaux, que entendía muy bien las sutilezas filosóficas de los doctores de su tiempo, mas tenia el buen espíritu de hacer muy poco caso de ellas, y de preferir el estudio de la Sagrada Escritura. Es de presumir que en los concilios de Auxerre, de Paris y de Reims habia otros obispos tan buenos dialecticos como el de Poitiers; sin embargo ninguno tomó su partido. La doctrina de Gilberto es expuesta no solo por san Bernardo, sino tambien por Geofredo, uno de sus monjes, que asistió al concilio y redactó sus actas, y por Otton de Frisinga, historiador contemporáneo, más inclinado á excusar que á condenar á Gilberto; sin embargo, confiesa que este último afectaba no hablar como los demás teólogos: luego habia errado. Para expresar los dogmas de la fe, hay un lenguaje consagrado por la tradicion del cual no es permitido separarse, y cualquiera que afecte usar de

otro, no puede menos de incurrir en el error. Petavio, *Dogma theol.*, t. 1, l. 1, c. 8, § 3 y 4; *Hist. de la Iglesia galicana*, libro 25, año 1147 (*Beryier*).

PEDRO ABELARDO.

Doctor célebre del siglo doce; murió el año 1142. Nada tendríamos que decir de él si no se hubiera trabajado tanto en nuestros dias para renovar su memoria en hacer la apologia de su doctrina, y en dar al desarreglo de su juventud toda la celebridad posible. Lo que de él se ha dicho está sacado del diccionario de Bayle, en los artículos *Abelardo*, *Bevenguer*, *Heloisia*. Acúsase á san Bernardo de haber perseguido á *Abelardo* por envidia de su reputacion. Mosheim, Brucker y otros protestantes han aceptado al momento esta calumnia.

A pesar de los esfuerzos de Bayle y de los copistas resulta por sus confesiones: 1.^o que el desarreglo de los costumbres de *Abelardo* no provino de debilidad, sino de un fondo de perversidad natural; habia formado el designio de seducir á *Heloisia* antes de que fuese su discipula; con esta intencion se hizo pupilo del canónigo Fulberto, y lo ofreció dar lecciones á su sobrina; y esto lo confiesa él mismo en la relacion que hace de sus desgracias.

2.^o La vanidad, la presuncion, los celos, el carácter mordaz de *Abelardo* se manifiestan en sus escritos y en su conducta. Su ambicion era vencer á sus maestros en la argumentacion, establecer su reputacion sobre la ruina de las

suyas, quitarles sus alumnos y granjearse el séquito de la multitud de discipulos. Se vé por sus obras que atraía á sus oyentes más por sus talentos exteriores que por la solidez de su doctrina; su elocuencia era seductora, pero no instrua. Se hizo enemigo deliberadamente solo por el placer de desafiarlos. Envidioso de la reputacion de san Norberto y de la de san Bernardo, calumnió á ambos.

3.º Se puso á profesor de teología sin haberla estudiado suficientemente; unió á esto las frivolas sutilezas de su dialéctica y un juicio erróneo, como es evidente por la primera obra que publicó. Nada más absurdo que dar un *tratado de la fé debida á la Santísima Trinidad*, para servir de introduccion á la teología, y querer explicar este misterio por comparaciones sensibles; pues si pudiera ser comparado á alguna cosa, ya no sería un misterio ó un dogma incomprendible.

4.º Los apologistas se ven precisados á convenir en que hay errores en esta obra y en las demás; no fué pues injustamente condenado en un concilio de Soissons el año 1121, y obligado á retractarse. Este acontecimiento hizo con razon más circunspectos sobre su doctrina á los obispos y demás teólogos. Veinte años despues, Guillermo, abad de Saint-Thierry, creyó encontrar nuevos errores en los escritos de *Abelardo*, y envió un resumen de ellos y su refutacion á Geoffroi, obispo de Chartres, y á san Bernardo, abad de *Clairvaux*. ¿Hay algun motivo para arguir de envidia, odio ó prevencion en contra de Saint-Thierry? San Bernardo lejos de demostrar estos sentimientos hacia *Abelardo*, le escribió para moverle á retractarse y corregir sus libros. Pré-

ocupado éste, no quiso hacer caso, quiso esperar la decision del concilio de Sens, que estaba próximo á reunirse, y pidió que san Bernardo concurriese á él. Con efecto el abad de *Clairvaux* se encontró en él; produjo las proposiciones extractadas de las obras de *Abelardo*, y le requirió á su justificacion ó retractacion.

Entre esas proposiciones hay cuatro que son pelagianas: tres sobre la Trinidad, cuyo sentido literal es herético; en otra enseña el autor el optimismo; en la catorce sostiene que Jesucristo no bajó á los infiernos. ¿Qué le impedía retractarse de las unas y explicar las otras, como se vió precisado á verificarlo despues? Sin querer hacerlo en el concilio de Sens, apeló á la decision del papa, y se retiró. Por respecto á su apelacion, el concilio se contentó con condenar las proposiciones, y no produjo censura alguna contra su persona.

Se dice para excusarle, que conoció muy bien que san Bernardo y los obispos del concilio de Sens estaban prevenidos contra él, y que su justificacion de nada hubiera servido. Mal pretexto de que cualquiera puede echar mano cuando lo tuviese á bien. Sin referirse desde luego al juicio del concilio, el apelar de él antes de haber sido pronunciado es una prueba de mala fé; los obispos eran sus legitimos jueces; al rehusar justificarse merecia ser condenado.

En efecto, lo fué en Roma, lo mismo que en Sens. ¿Es tambien el odio ó la envidia lo que movió al papa y á los cardenales á pronunciar contra él el anatema? Solo despues de esta condonacion hizo su apología y profesion de fé, en la cual retractó formalmente la mayor parte de las proposi-

ciones que le habian sido reprobadas y explicó las otras.

El gran cargo que se hace á san Bernardo es el haberse expresado con demasiada dureza con respecto á *Abelardo* en las cartas que escribió á Roma y á los obispos de Francia con este motivo; mas no lo hizo sino despues de haberse negado *Abelardo* á explicarse y retractarse. Esta conducta debió hacer creer al santo abad que este no vador era un obstinado hereje. Mosheim y Bruker dicen que san Bernardo no entendia las sutilezas de la dialéctica de su adversario; mas ¿se entendia éste á sí mismo? Se vé por las obras del primero, que era mejor teólogo que su antagonista, y que sin degradarse *Abelardo* hubiera podido admitirle por su maestro ó por su juez. Verdad es que los protestantes que atribuyen odio, envidia, violencia, injusticia contra la inocencia al abad de *Clairvaux*, se hacen á sí mismos culpables de todos estos vicios.

5.º Parecen insinuar que fué condenado y perseguido no por sus errores sino por haber sostenido ante los monjes de San Dionisio que su santo no era san Dionisio Areopagita; esto es una imposlura. Este punto no fué puesto en cuestion ni en Seissons, ni en Sens, ni en Roma; *Abelardo* fué condenado por los errores que habia enseñado sobre la Trinidad, sobre la encarnacion, sobre la gracia y sobre otros muchos puntos importantes.

Cuando Pedro el Venerable, abad de Cluni, dió un asilo á *Abelardo* y le convirtió, san Bernardo se reconcilió con él de buena fé, y no trató de turbar su reposo: no tenia, pues, odio contra él; pero á los ojos de los incrédulos los herejes tienen siempre razon, los Padres de la Iglesia carecen de

ella. Censuran en las obras de san Bernardo los defectos de su siglo, y los disculpan en las de *Abelardo*, donde resultan más. Véase *san Bernardo*, *Hist. de la Igl. Galic.*, tomo 8, año 1117 y siguientes; tomo 9. año 1139-1142, etc.

Hemos tomado del abate Bergier este artículo. El traductor español del *Diccionario de Teología* añade por su cuenta unas reflexiones tan importantes, que no podemos dejarlas pasar desapercibidas. Dice así:

« La remision que hace Bergier al *Diccionario de las herejias* merece una advertencia á los lectores: cabalmente en el artículo *Abelardo*, primero de dicho *Diccionario*, se ensalza de una manera el mérito y capacidad del héroe de los amores y de la veleidat, y se trata con tan poco respeto á san Bernardo, que aparece el primero como una víctima de las acusaciones más horribles, indiscretas y destituidas, no solo de fundamento, sino aun de apariencia. Y aunque el autor Mr. Pluquet hace luego salvedades justas y protestas de veneracion hácia san Bernardo, condése el estudio con que están presentadas, y se descubre una tendencia manifiesta á disminuir las faltas y errores del famoso enamorado, al paso que tan demasiada indulgencia con este se convierte en injusticia y en falta de piedad para con un santo á quien la ciencia, la historia y la critica vindican de la manera más solemne. No puede leerse una página imparcial sobre esta materia de la cual no aprendamos que, como dice el historiador Berault-Bercastel, fué advertido *Abelardo* caritativamente por san Bernardo, que sabia y enseñaba á todos las reglas de conducta que reclaman semejantes cuestiones. Hé aqui cómo entendia el celo san Bernardo, cómo

el amor, como la ciencia y el escándalo: *Habel vera amicitia nonnunquam objurgationem, adulationem nunquam* (Epist. 242) *Melius est ut pereat unus quam unitas* (Epist. 102). *Erudilio absque dilectione inflat, dilectio absque eruditione errat* (Serm. 69 in Cant.). *Melius est ut scandalum oriatur, quam veritas relinquantur* (Epist. 78).

«Mas si todo esto no bastara para aquietar á ciertos espíritus *compasivos*, todavía pudieran tranquilizarse con la idea de que si las *imputaciones* de san Bernardo previnieron tristemente al concilio de Sens contra la llorada victima de Bayle y de los protestantes, descansa el sentimiento católico al ver que se fulminó el mismo anatema en Roma, y que Inocencio II confirmó los decretos del concilio, mandando que fuesen quemados los libros de *Abelardo*, y prohibiéndole que enseñara en lo sucesivo. Parece, pues, que el *Diccionario de las herejías* ha descolorado las negras tintas de un retrato para aminar horriblemente las facciones dulces y risueñas de un santo que venera la Iglesia como Padre y doctor.»

ORBIBARIENSES.

Secta que negaba el misterio de la Santísima Trinidad, la resurrección, el juicio final y los sacramentos: creían que Jesucristo no había sido otra cosa que un puro hombre, y que no había padecido.

Los orbibarienses aparecieron hácia el año 1198: la secta estaba compuesta de *vagamundos*, y tomaron el nombre de

la palabra latina *orbis* porque recorrían el mundo sin tener morada fija. En esto venían á ser como los bohemios ó gitanos. Esta secta fué proscrita y anatematizada por Inocencio III. Vistas sus doctrinas sobre Jesucristo y los dogmas principales de nuestra santa religion, se comprende que no tenían creencias de ninguna clase, y muy probablemente serian de corrompidas costumbres.

BÚLGAROS.

Los herejes así llamados parece que reunieron diversos errores de otras sectas para formar sus creencias. Por consiguiente la secta comprendía, así como el nombre, pártos, cártos, jovinianos, albigenes y otros de diferentes sectas. Los búlgaros tenían su origen de los maniqueos, y habían tomado sus errores de los orientales y de los griegos, sus vecinos, bajo el imperio de Basilio el Macedonio en el siglo ix. Esta palabra búlgaros, que no es otra cosa que un nombre de nacion, vino á ser un nombre de secta, y no significa otra cosa sino que estos herejes son de Bulgaria. Empero pronto estos sectarios se extendieron por diferentes puntos, y en todas partes fueron distinguidos con el nombre de búlgaros.

Los petrobresianos, discípulos de Pedro de Bruys, que como dijimos en su artículo, fué quemado en la Provenza, los waldenses, los enriqueanos y los demás novadores que se habían propuesto por objeto combatir la autoridad de la

Iglesia, fueron condenados en 1176 en un concilio reunido en Lombez.

Los principales errores de los búlgaros consistían en afirmar que no debía creerse más que en el Nuevo Testamento; que el bautismo no es necesario á los niños; que los maridos que viven conyugalmente con sus esposas no pueden salvarse; que los sacerdotes de mala vida y costumbres no consagran; que no debe obedecerse ni á los obispos ni á los demás eclesiásticos que no viven con arreglo á los cánones; que no era permitido jurar en ningún caso. Tenían también algunos otros errores.

Estos sectarios quisieron tener un jefe, y se hicieron un soberano pontífice á gusto de ellos al que llamaron *papa*, y al que reconocían por su primer superior al que todos los demás ministros estaban sometidos. Aquel falso pontífice estableció su silla en la Bulgaria, y á él acudían los albigenses para consultarle y recibir sus consejos y decisiones. De aquí es que todos los herejes de aquel tiempo se llegaron á comprender bajo el nombre de búlgaros.

El siglo siguiente, según se ve en las Ordenanzas de san Luis, estos herejes fueron quemados vivos luego que fueron convictos y confesos de sus errores. Como quiera que eran los búlgaros muy dados á la usura, más adelante se dió el mismo nombre en Francia á todos los usureros, como dicen varios notables escritores.

ENCAPUCHADOS.

Fueron unos fanáticos que hicieron una especie de cisma político y religioso, y que tomaron por signo para distinguirse como individuos de su asociación particular un capuchón blanco, de cuya punta pendía un balín ó chapa de plomo. Esta secta apareció hácia fin del siglo xii en el año 1186.

Desgraciadamente se habían visto en este siglo divididos el sacerdocio y el imperio, la Iglesia de Roma afligida por cismas y papas elegidos por diferentes partidos excomulgarse recíprocamente con los reyes y estados que seguían el partido opuesto. Los papas habían estado en guerra con los emperadores: los reyes y los obispos en diferencias sobre sus respectivos derechos: herejías monstruosas y ridículas se habían levantado. Todos los poderes parecía que abusaban de su autoridad, y parece que no imperaba otro derecho que la fuerza.

El espectáculo de las desgracias que experimentaba la Europa hizo nacer en la cabeza de un leñador por fanatismo ó destreza, ó puede ser que por ambas cosas, la idea de que la santísima Virgen se le había aparecido y le había dado su imagen y la de su Hijo con esta inscripción: *Cordero de Dios que quita los pecados del mundo, danos la paz.*

Añadió el leñador que la Virgen le había dado la orden de llevar aquella imagen al obispo de Puy, á fin de que

predicase que aquellos que desearan la paz para la Iglesia formasen una confederacion ó una sociedad que llevase esta imagen, con capuchones blancos, que seria el simbolo de la inocencia y de la paz que querian establecer.

Decia además que la santísima Virgen había ordenado que los restauradores de la paz se obligasen por juramento á conservar la siempre entre ellos y á hacer la guerra á los enemigos de la paz.

Esta secta hizo grandes progresos en la Bulgaria y en Berry.

Empero los obispos y los señores levantaron tropas contra ella y lograron disiparla en poco tiempo.

Otra secta del mismo nombre apareció dos siglos más tarde en Inglaterra (1387). Tomó el nombre de encapuchados porque no se descubrian delante del Santísimo Sacramento y no dejaban nunca la capucha. Estos herejes fueron partidarios de los errores de Wiclef.

CÁTAROS.

Con este nombre se distinguieron muchas sectas de herejes en los primeros siglos, sobre todo los epotáticos ó renunciantes, los cuales se apoderaron de este nombre de *cátaros* para testimoniar que no habían tomado parte en el crimen de los que habían negado la fé en los tormentos: y que por el contrario rehusaban recibirlos á penitencia, lo que era una severidad injusta. Para justificarse negaban que la Iglesia tuviera poder de perdonar los pecados: usa-

ban hábitos blancos, para demostrar, decian ellos, la pureza de sus costumbres.

Por ironía, dice Pluquet, se dió el mismo nombre de cátaros á las diferentes sectas heréticas del siglo xii, que fueron condenadas en el tercer concilio de Letran en 1179 bajo Alejandro III. Tambien los puritanos de Inglaterra se engalanaron con el mismo nombre.

BON DE LA ESTRELLA.

Así se llamaba un caballero breton que vivía en el siglo duodécimo.

Pronunciaba muy mal el latín, y así en el simbolo, en vez de cantar: *Per eum qui venturus est judicare vivos et mortuos*, cantaba: *Per eon qui venturus*, etc.

De esto resultó el que llegase á imaginar que de él era de quien se decía que vendría á juzgar á los vivos y á los muertos. Le agradó sobremanera este pensamiento, y se persuadió de que él era el juez de los vivos y de los muertos y por consiguiente el Hijo de Dios.

Esta especie de demencia, que tan solo debía servir para excitar la compasion hácia él, apenas la publicó encontró personas que se dejasen persuadir y lo creyesen. Hizo Bon algunos viajes por diferentes provincias de la Francia, seguido de muchas personas que no querían separarse del que creían que un día les había de juzgar.

Parece increíble que haya siempre gentes dispuestas á dar crédito aun á los mayores absurdos; que apenas se pre-

senta un fanático ó un loco y manifiesta una idea por absurda que sea, haya quienes le den crédito como si fuese un oráculo.

Hizo Eon discípulos y les dió diferentes rasgos ó categorías: los unos eran ángeles, los otros apóstoles; este se llamaba *el Juicio*, aquel *la Sabiduría*, otro *la Dominación ó la Ciencia*.

Algunos señores enviaron gente para prender á Eon que con aquellas patrañas perturbaba los pueblos, pero él los trataba perfectamente, les daba dinero y nadie se atrevía á prenderle: los que habían llevado aquella comision publicaban despues que encantaba á todo el mundo, que era mágico y no era posible apoderarse de su persona. Esta nueva impostura fué creida generalmente: esto no obstante el arzobispo de Reims le hizo prender, y se creyó entonces que los demonios le habían abandonado.

El prelado de Reims hizo comparecer á Eon ante un concilio reunido en la misma ciudad por Eugenio III contra los errores de Gilberto de la Porrée. En esta asamblea fué interrogado Eon de la Estrella, y se vió claramente que era un insensato: se le condenó á prision perpétua; pero algunos de sus discípulos que no quisieron reconocer la falsedad de las pretensiones de Eon, fueron quemados vivos (1).

La ignorancia, que era entonces como patrimonio del pueblo, era causa de que se dejase seducir por el primer impostor que queria engañarle, y sabido es que nunca faltan impostores en los siglos de ignorancia.

(1) VArgentre, Collect. ind. Natal. Alex. in eze. III.

JOAQUIN.

Era Joaquin abad en un monasterio de la Calabria, y habia adquirido una gran celebridad hácia el fin del siglo xii, bajo Urbano III y sus sucesores.

Por aquellos tiempos habia adquirido una gran reputacion el libro de las Sentencias de Pedro Lombardo. El abad Joaquin combatió aquel libro y muy especialmente la sentencia en que dice: *Hay una cosa inmensa, infinita, soberanamente perfecta, que es el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo*.

No podia estar mejor expresado el misterio de la Santísima Trinidad. Sin embargo, el abad Joaquin pretendia que esta cosa soberana en la que Pedro Lombardo reunia las tres personas de la Trinidad, era un sér soberano distinto de las tres personas, segun Lombardo, y que así segun los principios de la teología podia admitir cuatro dioses.

Se propuso Joaquin evitar el error que él creia ver, y para ello reconocia que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo hacian un solo sér no porque ellos subsistiesen en una misma sustancia comun, sino porque estaban completamente unidos de consentimiento y de voluntad y tan estrechamente como si no fuesen más que un solo sér: de este modo se ha dicho que muchos hombres forman un solo cuerpo. Y se fundaba en varios textos que él interpretaba á su antojo.

Así pues, el abad Joaquin cayó en el triteismo.

En el concilio de Letran fué condenado el error de Joa-

quin, pero sin hacer mención de su persona porque habia sometido sus obras á la Santa Sede.

El error del abad Joaquin no tuvo defensores, pero ha sido renovado por el doctor Sherlock, dice el *Diccionario de las herejias*.

Después de cuanto hemos dicho sobre el misterio de la Santísima Trinidad, especialmente en el artículo *Triteísmo*, no necesitamos traducir lo que el autor del Diccionario nos dice acerca del error del doctor Sherlock. Bástanos decir que fué un verdadero triteísta.

JOAQUINITAS.

Con este nombre se distinguieron los que siguieron la doctrina del abad Joaquin no sobre la Trinidad, sino sobre la moral.

El abad Joaquin era muy dado á la perfeccion, y se desencadenó contra la corrupcion del siglo.

Estaba muy prevenido por la vida eremitica, á la que llamaba vida interior y retirada. No queria que nadie se limitase á la práctica de los preceptos del Evangelio.

De aqui tomaron ocasion algunas personas para decir que la ley evangélica era imperfecta, y que debia ser seguida por otra ley más perfecta; que esta ley era la del espíritu que debia ser eterna.

Esta ley del espíritu no era otra cosa que la coleccion de las máximas de una falsa espiritualidad de la que los joa-

quinitas hacían profesion, y que se contenian en un libro al que ellos daban el nombre de Evangelio eterno.

Los joaquinitas suponian en la religion tres épocas: la primera comenzaba en el tiempo del Antiguo Testamento: la segunda en el Nuevo; pero ésta no era una ley perfecta y debia acabar y dar lugar á otra luz más perfecta que debia ser eterna. Esta ley es la moral del abad Joaquin, que habia dado en el Evangelio eterno. Enseñaban que para predicar el Evangelio eterno era necesario hacerlo descalzo: que desde Jesucristo hasta el abad Joaquin habia sido útil la vida activa; pero que desde que Joaquin habia aparecido sobre la tierra, la vida activa habia venido á ser inútil, y que la vida contemplativa de la que aquel habia dado ejemplo era muy útil.

Tales son los principios del Evangelio eterno: estaba lleno de extravagancias, fundadas ordinariamente en algunas interpretaciones místicas de varios pasajes de la Sagrada Escritura.

El Evangelio eterno ha sido atribuido á Juan de Roma, general de los frailes menores: otros lo atribuyen á Amarió ó á alguno de sus discípulos; pero sea de esto lo que quiera, lo cierto es que algunos religiosos aprobaron la obra y no faltó quien quisiese enseñar su doctrina en la universidad de Paris, hácia el año 1254, como atestigua Natal Alejandro.

Alejandro IV condenó el Evangelio eterno, y tambien le condenó el concilio de Arlés en 1260.

COTEREAUX.

Con este nombre francés se distinguía á ciertos aventureros del tiempo de Luis VII; eran unos herejes que se entregaban al servicio de las pasiones sanguinarias de los petrobrusianos y de los albigenses. Ejercieron sus violencias hácia fin del siglo duodécimo. Tanto era el daño que causaban, que Alejandro III no solamente los excomulgó, sino que concedió indulgencias á quienes los atacasen, prohibiendo bajo pena de censura el favorecerlos. Dícese que el número de estos herejes llegó á unos siete mil, que al fin fueron exterminados.

Algunos críticos han formado una acusación contra Alejandro III por el rigor de las medidas tomadas contra aquellos herejes, diciendo que esto es contrario al espíritu de mansedumbre y de caridad que debe resplandecer en los ministros de Dios.

Nada es á nuestros ojos más injusto que esta censura. El Evangelio nos manda amar á nuestros enemigos, hacer bien á los que nos aborrecen y rogar por los que nos persiguen y calumnian. Pero esto es, á los enemigos personales; pero no debe entenderse de los enemigos que se ponen en armas para atentar contra la seguridad del Estado, y sembrar por todas partes la confusión y el desorden. Contra estos es justa la guerra, y los cristianos están obligados á defender su religión cuando los enemigos de Dios dirigen hácia ella sus esfuerzos por destruirla. Alejandro III usó en

verdad gran severidad, pero ¿podía pasar por otro punto? ¿No lo exigía así el bien de la religión y la seguridad del Estado? Que ellos hubiesen depuesto las armas y humillados hubiesen pedido perdón al Jefe supremo de la Iglesia, abrazando la verdadera fé católica, y en el momento aquel rigorismo se habría convertido en dulzura, y los brazos paternales del papa los habrían recibido. La severidad para con los herejes obstinados ha siempre muy necesaria y ha producido los mejores frutos. Empero hay escritores que, á pesar de titularse católicos, no dejan pasar la menor ocasión para zaherir y hacer objeto de crítica mordaz á los papas. No tenemos necesidad de añadir que esos escritores por punto general son franceses.

METAMORFOSAS.

Herejes del siglo duodécimo á los que se les dió tambien el nombre de Transformadores, porque pretendían que el cuerpo de Jesucristo en el momento de su ascension se habia cambiado en Dios. Algunos lateranos se dice que llegaron á adoptar este error.

TERRI.

Este era uno de los pretendidos apostólicos que aparecieron en Francia durante el siglo duodécimo: permaneció por espacio de mucho tiempo en una gruta de Corbigny.

en la diócesis de Nevers, de donde al fin fué preso y quemado, sufriendo igual suerte dos mujeres de edad que vivian con Terri. Este habia dado á la una el nombre de la Iglesia y á la otra el de Santa Maria, con el objeto de que cuando sus sectarios fuesen interrogados, pudiesen jurar por Santa Maria que no tenían otra fé que la de la Santa Iglesia.

COTEVELLES.

Con este nombre vemos citados en el Suplemento al *Diccionario de las herejías* á unos herejes furiosos que assolaban algunas provincias de Francia á principios del siglo xn. Los cuatro errores principales de estos herejes eran los siguientes:

- 1.º Que la Santísima Virgen era un ángel verdadero.
- 2.º Que las almas humanas se transmitían ó traspasaban por la generacion, *ex traduce*.
- 3.º Que el cuerpo sagrado de Jesucristo no está glorioso en el cielo, y que hasta el dia del juicio no será otra cosa que un cadáver infecto.
- 4.º Que las almas de los santos no serán elevadas á la gloria sino despues del gran dia del juicio final.

Estos herejes fueron condenados por el papa Alejandro III en el concilio general de Letran de 1179.

DURAN DE WALBACH

Esparció muchos errores en el reino de Aragon por los años de 1117 y fué quemado con sus compañeros por orden del rey de Aragon don Jaime, porque pretendian con pertinacia que el matrimonio no era otra cosa que una secreta fornicacion.

GAZARISTAS

Uno de los mil nombres de los *pobres de Lyon*, por alusion á Gazara, ciudad de la Iliria, donde aparecieron hácia el año 1197. Profesaban los mismos errores que los albigenses, lo que hace suponer que uno de estos pasó á Iliria donde extendió sus errores. Decian que el matrimonio habia sido instituido por el espíritu de las tinieblas para perpetuar su obra. Empero la opinion más singular que tenían era que no estaba permitido á nadie en la tierra condenar á muerte á otro por malvado que fuese, y llevaban esta idea hasta el extremo de hacerla extensiva aun con los irracionales, de suerte que reputaban como un crimen el matar un animal.

El papa Inocencio III condenó á estos herejes, y Rainiero que habia sido gazarista, pero que se habia convertido al catolicismo y se habia hecho religioso en la recién instituida orden dominica, escribió contra ellos una muy sólida

refutacion (1). Esta secta, como todas sus semejantes en doctrinas, se extinguió pronto, sin haber llegado nunca á ser numerosa.

BUENOS-HOMBRES.

Los albigenses quisieron ser llamados así, tal vez para confundirse con los religiosos mínimos, á los que en Francia daba el pueblo igual nombre, porque Luis XI tenia la costumbre de llamar hombre-bueno al santo fundador Francisco de Paula. (V. el art. *Albigenses*.)

NICHILIANISTAS.

Secta de herejes partidarios de Pedro Abelardo, hácia el año 1117. Gualtero de San Victor, escribiendo contra este último, concluía así su polémica: *Tuo operi non debetur lima, sed gehenna. Omnis catholicus qui legit, non dubitat.* Entre otras impiedades enseñó que Jesucristo no era otra cosa que un sér imaginario, sin existencia real, de donde se dió á sus partidarios el nombre de *nichilianistas*.

PAULO-JUANITAS.

Herejes que extendieron los errores de Valentin y de Manes, á saber, que la verdadera forma del bautismo es

(1) Pinchart: *Dict. chronolog., hist. et crit. de orig. idolatr. et sect.*

esta: *Tu soy el agua viva*; y la de la Eucaristía: *Tomad, comed y bebed*. Á estos errores añadieron otros, tales como que no se puede adorar la cruz sin idolatría, y que por consecuencia debian destruirse por todas partes todas las cruces y crucifijos, de lo que ellos daban el ejemplo. Rehusaban el dar limosna á los pobres, fundándose en el principio de que los pobres son las criaturas del Dios Malo ó del mal principio, y que por lo tanto era un crimen el atender á su alimentacion. (Sander., *heres.* 132; Baron., *ann. Chr.* 535, núm. 14 y 145, núm. 37.—Bossuet, *Hist. de las variaciones*. lib. II.)

ALBIGENSES.

Este nombre se daba generalmente á todas las sectas que aparecieron en Francia en los siglos XII y XIII. Verdaderos maniqueos, infectaron el Languedoc y muy especialmente la ciudad de Albi, de donde tomaron la denominacion de albigenses.

En el fondo su doctrina era la de los maniqueos, pero variada ó modificada por los diversos herejes que habian predicado en Francia, tales como Pedro de Bury, Enrique, los arnaldistas y otros de los que ya nos hemos ocupado. De aqui los diferentes nombres de sectas, llamándose ya petrobrusianos, enriquianos, arnaldistas, etc., pero todos ellos pueden comprenderse en la denominacion de albigenses.

Al ocuparse el abate Pluquet de los maniqueos no deja

muy bien parado al clero de su patria en aquella época. Hé aquí sus palabras: « A pesar de los esfuerzos hechos para restablecer los estudios y la disciplina en Francia, la ignorancia y el desorden de las costumbres llegaban á los últimos límites, sin excluir al clero: se ejercían las funciones eclesiásticas sin ciencia, sin costumbres y sin capacidad: la usura era común, y en muchas iglesias todo era venal, los sacramentos y los beneficios: los clérigos, los sacerdotes, los canónigos y aun algunos obispos se casaban públicamente.

« Entre los legos no se veía otra cosa que el pillaje, el asesinato, la violencia: los señores se apoderaban de los beneficios, los daban, los vendían ó los legaban en testamento. »

Si bien puede haber alguna exageración en la anterior pintura, es necesario confesar que verdaderamente era muy lamentable el estado de la Francia en la época que nos ocupa, en la que los vicios, las pasiones más criminales reinaban sin la menor oposición. ¿Cómo puede extrañarnos que la Francia estuviese infectada de sectarios que contribuyeron á turbar el orden en todas las esferas?

A los maniqueos se les presentaba la ocasión más favorable en aquellos desórdenes para vengarse del clero al que odiaban por el rigor con que habían sido tratados. Propusieron, pues, combatir todo aquello que pudiese rodearse de consideración, y atacaron los sacramentos, las ceremonias de la Iglesia, las prerrogativas del clero, condenando á todos los eclesiásticos que poseyesen bienes.

El pueblo ignorante, que solo por temor á las penas canó-

nicas habia permanecido unido al clero y muy respetuoso para con él, prestó oídos á los herejes, y creyendo como de fé las miserables calumnias que propalaban, pasó del desprecio del sacerdocio al de los sacramentos y ceremonias de la Iglesia.

Empero, ¿habia en los albigenses ese talento, esa ciencia que los autores echaban de menos en el clero? De ningun modo. Los albigenses, dice Bergier, eran un confuso tropel de sectarios, la mayor parte muy ignorantes, y su situación nada satisfactoria para dar razon de su creencia: mas todos se reunian para condenar el uso de los sacramentos y el culto externo de la Iglesia católica, para querer destruir la jerarquía y variar la disciplina establecida. Por esta razon les han hecho el honor los protestantes de considerarlos como sus antepasados.

En cuanto á sus doctrinas, Alano, monje del Cister, y Pedro, fraile del Vaux-Cernay, que escribieron contra ellos, les imputan, segun el citado Bergier:

1.º Haber admitido dos principios ó dos criadores, bueno el uno y el otro malo; el primero criador de las cosas invisibles y espirituales; el segundo criador de los cuerpos, autor del Antiguo Testamento y de la ley judaica, por cuyos objetos no guardaban ningun respeto estos herejes: ved pues el fondo del antiguo maniqueismo.

2.º De suponer la existencia de dos Cristos, el uno malo, que habia aparecido sobre la tierra con un cuerpo fantástico, y el cual no habia muerto y resucitado sino en apariencia; el otro bueno, mas que no habia sido visto en este mundo: este era el error de la mayor parte de los gnósticos.

3.º De negar la resurreccion futura de la carne, de enseñar que nuestras almas son demonios que están alojados en nuestros cuerpos en castigo de los crímenes que habian cometido; por consecuencia negaban la existencia del purgatorio y la utilidad de orar por los difuntos; tambien tenian por una locura la creencia de los católicos tocante á las penas del infierno. Estos desvarios son tomados de diferentes sectas de herejes.

4.º De condenar todos los sacramentos de la Iglesia; de desechar el bautismo como inútil; de mirar con horror la Eucaristia; de no practicar ni la confesion ni la penitencia; creer que estaba prohibido el matrimonio, ó por lo ménos de mirar la procreacion de los hijos como un crimen. Tambien opinaban así los maniqueos.

En suma, refieren estos autores que los albigenes detestaban á los ministros de la Iglesia, que no cesaban de desacreditarlos y de elamar contra ellos; que no respetaban la santa cruz, ni las imágenes, ni reliquias, que las destruian y quemaban en todos los sitios donde dominaban.

Segun el mismo Bergier, se dividian en dos órdenes, á saber: *perfectos* y *creyentes*. Los primeros hacian una vida austera en apariencia, vivian en continencia, hacian profesion de aborrecer el juramento y la mentira. Los segundos vivian como los demás hombres, y muchos de ellos tenian costumbres muy desarregladas; creian salvarse por la fé ó imposicion de manos de los *perfectos*. Tal era la antigua disciplina de los maniqueos.

Aquí encontramos una contradiccion monstruosa. Si no creian en la resurreccion futura de los cuerpos, y en cuanto

al alma juzgaban del modo que hemos visto; si desechaban todos los sacramentos por una consecuencia lógica de aquellas absurdas creencias, ¿cómo podian esperar salvarse? ¿Cómo los llamados *perfectos* vivian en continencia? Bien que se comprende que solo podian tener virtudes aparentes, para seducir á otros incautos. El que nada vé al otro lado de la tumba, piensa tan solo en rodearse durante la vida presente del mayor número de comodidades posibles, y en apurar la copa de los deleites. Sin la fé en la vida futura, y dadas las propensiones propias de la humana naturaleza, no puede haber virtudes sólidas y arraigadas.

Y que las creencias de los albigenes son las que quedan apuntadas no presenta la menor duda, pues tal fué su propia confesion en el concilio de Albi, celebrado en 1176, que algunos llaman *concilio de Limber*, en el cual fueron condenados los albigenes bajo el nombre de hombres buenos.

Este nombre de *hombres buenos* se les dió en un principio, porque afectaban un exterior sencillo, y eran al mismo tiempo muy pacíficos; y ellos se dieron á sí mismos el nombre de *cátaros*, que significa *puros*; empero su conducta no justificó seguramente tal nombre, y es indudable que les convenian mucho mejor otros que les dieron, tales como *cebones* y *patarinos*, que es lo mismo que *glotones* y *grosos*. Tambien les llamaron *publicanos* ó *poplicanos*, por haberse supuesto que las mujeres eran comunes entre ellos.

Ya hemos dicho que los albigenes fueron condenados en el concilio de Albi. Esta condenacion fué confirmada en el general de Tretan III, celebrado en 1179, y en otros varios concilios provinciales.

Los herejes lejos de someterse despreciaron aquellas censuras, y continuaron en su empresa de adquirir prosélitos, porque contaban con la protección de Ramon VI, conde de Tolosa, y así despreciaban todas las censuras y condenaciones de los concilios.

Santo Domingo de Guzmán y otros celosos misioneros fueron enviados para instruirlos y convertirlos, pero no pudieron sacar el menor fruto de sus santas tareas.

Tales fueron sus hechos y tales sus violencias, que no encontrándose otro medio para concluir con aquella peste de la herejía, el papa publicó una cruzada contra ellos en 1216.

Empero antes de ocuparnos de este hecho, bueno será consignar aquí algunos detalles de aquellos grandes desórdenes á que dieron lugar los albigenses.

Estos sectarios se multiplicaron prodigiosamente en el Languedoc, de suerte que los reyes de Inglaterra y de Francia enviaron los más esclarecidos prelados de sus Estados respectivos para que defendiesen la verdad de la religion, y combatiesen las doctrinas heréticas que tanto se extendían y tanto crédito tomaban entre el pueblo. Díéronles todo lo necesario, así como al legado que enviaba el papa á la conversión de los herejes.

Así el legado como los obispos entraron en Tolosa, pero fueron recibidos en medio de una gritería espantosa y de los más groseros insultos del pueblo, que los trataba á voz en grito de hipócritas, de apóstatas y de herejes. A pesar de esto uno de los prelados predicó y refutó sólidamente los errores de los herejes: estos, intimidados por la fuerza de las

razones del sabio predicador, no tuvieron valor para defenderse.

Alegróse el prelado de aquella ventaja conseguida, y trabajó despues quanto pudo por descubrir á los herejes, haciendo prometer bajo juramento á los católicos que delatarían sin dilacion á aquellos que conociesen.

Entre los que en virtud de esta promesa jurada fueron denunciados estaba Pedro Mauran, hombre muy rico, y que era mirado como jefe de la secta. El legado le hizo comparecer á su presencia. Sostuvieron un largo diálogo, en el cual dijo Pedro que el pan consagrado por el ministerio del sacerdote no era el cuerpo de Jesucristo. Los misioneros que se hallaban presentes se espantaron al escuchar tan horrenda blasfemia: derramaron lágrimas de dolor, declararon hereje á Mauran, y le entregaron al conde de Tolosa, el cual le hizo encerrar. Todos sus bienes fueron confiscados, y sus castillos demolidos.

Una vez en la prision, Pedro Mauran ofreció convertirse y abjurar sus errores. En efecto, salió de su encierro, y poniéndose á los piés del legado y de sus colegas pidió humildemente perdon reconociendo sus errores, los abjuró, y prometió someterse sin condiciones á las órdenes que tuviera á bien dictar el legado. Al día siguiente repitió la misma abjuración á los piés del legado, en presencia del obispo de Tolosa y del abad de San Sernin.

Ordenósele que en el término de cuarenta dias partiese para Jerusalem, donde debía permanecer tres años al servicio de los pobres, con promesa de entregarles á su vuelta todos sus bienes, á excepcion de los castillos, que permane-

cerian demolidos en memoria de su prevaricacion. Fué tambien condenado á una multa de quinientas libras de plata para el conde de Tolosa, su señor, á restituir los bienes de las iglesias que habia usurpado, á entregar los frutos de su usura, y á reparar los daños que habia causado á los pobres.

Descubriéronse tambien otros de los principales herejes, que fueron excomulgados. Tal fué el fruto de aquella mision.

Continuando la guerra de los señores en las provincias, Inocencio III envió un legado al Languedoc. Este legado era Enrique, abad de Clairvaux, que acababa de ser elevado al cardenalato y á la silla episcopal de Albano. Dos años antes habia estado empleado en la mision, á cuya cabeza estuvo el cardenal Crisógono.

Enrique, que era muy elocuente, logró persuadir á muchos católicos á que tomaran las armas y le siguiesen. Formó con ellos un pequeño cuerpo de ejército, se dirigió hácia los dominios del vizconde Roger, sitió el castillo de Lavaur, y cayó en seguida en su poder.

Allí estaba la silla principal de los herejes y dos jefes de ellos, de los que se apoderó Enrique, se convirtieron. El legado se dirigió en seguida con sus soldados á la Gasconia, donde redujo á muchos herejes, bien fuese por la elocuencia de su palabra, bien por el terror que se apoderó de ellos ante las tropas católicas.

Después que el legado hubo terminado su expedicion contra los herejes, el cardenal legado convocó dos concilios para arreglar los negocios de la Iglesia.

Nuevos legados fueron enviados para contener los pro-

gresos de la herejía; empero la guerra que dividia á los príncipes, la ignorancia del clero, y hasta las desavenencias que habia entre los prelados, fueron causa de que produjese muy pocos resultados aquella mision. No dejaron de aprovecharse los herejes de aquellos trastornos para predicar sus doctrinas, y seducir un gran número de caballeros y señores.

Entonces los legados dedicaron todos sus esfuerzos á hacer cesar las guerras que desolaban la provincia del Languedoc, y á reunir á los señores entre ellos para que unidos se dedicasen á la persecucion de los herejes.

El conde de Tolosa rehusó la paz, y fué excomulgado, y por último obligado á prometer que en adelante no favoreceria más á los herejes y que antes por el contrario les haria la guerra.

Mas como quiera que el conde no arreglara en adelante su conducta á lo que habia ofrecido, fué nuevamente excomulgado por el legado Pedro de Castelnaud, el cual fué asesinado poco tiempo despues.

Sospechó el papa, no sin fundamento, que el conde de Tolosa habia tenido parte en aquel asesinato, y le excomulgó, poniendo sus dominios en entredicho, y desatando á sus súbditos del juramento de fidelidad, atendido á que no se debe guardar fidelidad al que no la guarda á Dios.

El papa dió cuenta al rey de Francia de esta excomunion, y le exhortó á tomar las armas para despojar de todos sus bienes al conde de Tolosa y á sus partidarios.

Preparóse, pues, una cruzada contra los albigenses. El abad de Cîteaux y sus religiosos recibieron del papa la ór-

den de predicar la cruzada contra el conde de Tolosa, y ellos cumpliendo lo mandado la predicaron en todo el reino. El papa concedió á los cruzados las mismas indulgencias que á los que iban á Tierra Santa.

Dados los anteriores antecedentes veamos ahora lo que el abate Bergier nos dice acerca de la cruzada contra los albigenses; y de los excesos á que dieron lugar. Es un relato verdaderamente de grande importancia:

«La cruzada emprendida contra los *albigenses*, dice; los suplicios á que se les condenó, y el haber establecido contra ellos la inquisicion, han dado amplia materia para declamar á los protestantes y á los incrédulos sus copistas. Los unos y los otros han repetido cien veces que esta guerra fué una escena continua de barbarie; que habia sido una locura querer convertir á los herejes por medio del acero y del fuego; que el verdadero motivo de esta guerra fué la ambicion del conde de Maufort, que queria apoderarse de los estados del conde de Tolosa, y la falsa política de nuestros reyes, á quienes agradó el repartirse los despojos.

No es nuestro designio justificar los excesos que pudieron cometerse de una y otra parte por hombres armados durante una guerra de diez y ocho años; tambien sabemos que cuando se desenvaina la espada se cree que todo es permitido; que un rasgo de crueldad cometido por uno de los dos partidos se toma por motivo ó pretexto de represalias sangrientas: esto mismo se ha visto despues en nuestras guerras civiles del siglo xvi; no se obró por cierto con más moderacion en el siglo xiii. No pretendemos tampoco sostener que sea laudable y permitido perseguir á sangre y

fuego á los herejes, cuya doctrina en nada perjudique al orden y tranquilidad pública, y cuya conducta sea por otra parte pacífica; toda la cuestion se reduce á saber si los *albigenses* se hallaban en este caso. Esta es una discusion en la que jamás han querido entrar nuestros adversarios.

1.º Enseñar que el matrimonio ó procreacion de los hijos era un crimen; que todo el culto externo de la Iglesia católica era un abuso, y por tanto era preciso destruirlo; que todos los pastores son lobos rapaces, y que deban ser exterminados: ¿es esta una doctrina que pueda seguirse y reducirse á práctica sin que se alteren el orden y el reposo público? ¿Pueden creerse obligados en conciencia los pastores de la Iglesia á tolerarla? El conde de Tolosa, cualquiera que fuesen sus motivos, siendo sabedor de esto, ¿tenia razon alguna para protegerlos? Bien sabemos que, á excepcion del primer artículo, los protestantes fueron de este modo de pensar; mas nosotros apelamos al tribunal del buen sentido, y nos someteremos á su decision. No cosa muy singular que los católicos hayamos de tolerar unas opiniones que se dirigian nada menos que á hacernos apóstatas y blasfemar contra Jesucristo, y se les dispensase á los *albigenses* de tolerar la doctrina católica, porque no se conforma con la suya.

2.º A pesar de todo cuanto puedan decir en su favor los protestantes, es lo cierto que los *albigenses* comenzaron á exasperar á los católicos insultándolos, y pasando despues á vias de hecho, y empleando contra ellos las violencias, como tambien contra el clero, desde que se creyeron bastante fuertes. El año de 1147, más de sesenta años antes

de la cruzada, Pedro el Venerable, abad de Cluni, escribió á los obispos de Embrun, de Die y de Gap: «Se ha mirado como un crimen inaudito entre los cristianos rebautizar á los pueblos, profanar las iglesias, derribar los altares, quemar las cruces, azotar á los sacerdotes, encarcelar á los monjes, forzarlos á tomar mujeres por medio de amenazas y tormentos.» Hablando después con estos herejes, les dijo: «Después de haber hecho una gran pira de cruces hechas, la habeis pegado fuego; vosotros habeis hecho cocer carne, y la habeis comido en el día de viernes santo, después de haber invitado públicamente al pueblo á que comiese.» Fleury, *Hist. eccles.*, lib. 69, n. 24. Por estas buenas expediciones fué por las que fué quemado Pedro de Bruis en San Gilles algun tiempo después. Con dificultad hubiéramos creído todo esto si no hubieran renovado los protestantes estos excesos en el siglo xvi.

3.º No se puede dudar que todos los libertinos y malvados de aquellos tiempos, conocidos bajo el nombre de piratas, bandidos y compañías, se unieron á los albigenses desde que vieron que bajo pretexto de religion se permitían robar, violar, quemar y saquear impunemente. Así es que en el nacimiento de la Reforma se vió á todos los eclesiásticos libertinos, á todos los frailes discolos y desarraigados, á todos los malos súbditos de la Europa abrazar el calvinismo, con el fin de satisfacer con libertad todas sus pasiones criminales. Un hugonote, que tenía un enemigo católico, se vengaba á su gusto y con honor; los hijos sublevados contra sus padres les amenazaban con que apostatarían; un hombre del campo ó aldeano que quisiera mal á su señor ó

á su cara, podía emplear contra ellos todo su odio: los predicantes santificaban todos los crímenes cometidos por calor contra el papismo: sus sucesores los disculpan aun en el día.

4.º Antes de encruelecerse contra los albigenses se habian empleado por espacio de más de cuarenta años las misiones, las instrucciones y todos los medios que podia sugerir la caridad cristiana. No se apeló á las armas y á los suplicios sino cuando estos herejes intratables y furiosos no dejaron ya esperanza alguna de conversion. Cuando san Bernardo marchó al Languedoc para combatirlos el año de 1147, no llevaba más armas que las de la palabra de Dios y las de sus virtudes. El año 1179 el concilio general de Letran pronunció el anatema contra ellos, y añadió: «Cuanto á los brabantinos, aragoneses, navarros, vascongados, cotereses y triavardinos, que no respetan ni las iglesias, ni los monasterios, y no perdonan ni á los huérfanos, ni la edad, ni el sexo, sino que roban y todo lo talan como los paganos, ordenamos... á todos los fieles, para la remision de sus pecados, que se opongan con valor á estos estragos, y que defiendan á los cristianos contra estos desventurados.»

Cánon 27. Hé aquí expresado claramente el motivo de la guerra contra los albigenses, y por lo que el legado Enrique marchó contra ellos con un ejército el año 1181. No era por consiguiente para convertirlos por lo que se empleaba contra ellos la violencia, sino para reprimir sus estragos.

Los excesos á que se entregaron están probados: 1.º por la confesion misma que hizo el conde de Tolosa públicamente al legado el año 1209, para alcanzar su absolucion;

2.º por el cánón vigésimo del concilio de Aviñon celebrado en el mismo año; 3.º por el testimonio de los historiadores de aquel tiempo, como testigos oculares. ¿Qué deberemos pensar de los *albigenses* cuando se vió al conde de Tolosa, su protector, llevar la barbarie hasta el punto de mandar ahorcar á su propio hermano, porque se habia reconciliado con la Iglesia católica? El conde de Fox era un monstruo todavía más cruel. *Hist. de la Igl. gal.*, t. 10, lib. 29 y 30.

Mosheim ha disfrazado los hechos con su acostumbrada prudencia; dice que todas las sectas heréticas del siglo XIII convenian unánimemente en que la religion dominante no era más que un conjunto extravagante de errores y supersticiones, que el imperio de los papas era una usurpacion, y su autoridad una tiranía. Estos sectarios, segun él, no se limitaban á divulgar estas opiniones: tambien refutaron las supersticiones é imposturas de aquel tiempo por medio de argumentos tomados de la Sagrada Escritura: declamaron contra el poder, las riquezas y los vicios del clero con un zelo tanto más agradable á los principes y á los magistrados civiles, cuanto que estos mismos estaban disgustados de las usurpaciones y de la tiranía de los eclesiásticos.

En efecto, los tejedores, los jornaleros y los labradores de la Provenza y del Languedoc eran unos doctores muy hábiles en la Escritura Santa, y fueron confundidos, como lo acreditan las actas. Sus argumentos se reducian solamente á simples declamaciones, chanzonetas, insultos, calumnias y vias de hecho, como las de los hugonotes. Por otra parte se sabe el uso que sabian hacer los maniqueos de la Sagrada Escritura; ya se vé en las disputas que sostuvo san Agustin contra

ellos. Aun cuando hubiera sido cierto que la religion dominante en el siglo XIII era un cúmulo de errores y supersticiones, la de los *albigenses* valia aun ménos; puesto que era un caos de los desvarios de dos ó tres sectas diferentes. Aun cuando esta última hubiera sido más pura, no correspondia á unos simples particulares, sin mision alguna, el establecer y aun ménos emplear la violencia, el asesinato y el latrocinio, para conseguir su objeto. Porque los protestantes hayan hecho lo mismo, no es esta una razon suficiente para aprobar este extraño método de reformar la Iglesia.

Si los principes estaban disgustados de la tiranía de los eclesiásticos, ¿cómo pudieron sostener á mano armada los esfuerzos que hacian el papa y los obispos para reprimir á los *albigenses*?

No nos tomaremos el trabajo de refutar los motivos odiosos por los que se pretende que los reyes de Francia, y sobre todo san Luis, tomaron parte en la guerra contra los *albigenses* y contra el conde de Tolosa. A la verdad, el tratado por medio del cual hizo este señor su paz con san Luis en 1228, fué muy ventajoso á la corona, pues que en él se estipuló que la heredera del conde de Tolosa casaria con uno de los hermanos del rey, y que á falta de hijos varones, vendria á parar este condado al rey. Mas luego que se resolvió la cruzada contra los *albigenses*, diez y ocho años antes, no se podia prever esta cláusula, y nos parece que el conde de Tolosa debió tenerse por muy honrado con esta alianza. Pero se sublevó pasados catorce años, cuyo comportamiento no le hizo ningun honor; la victoria de san Luis en Telburgo

obligó á este vasallo rebelde á someterse; desde entonces, privados los *albigenses* de toda proteccion, fueron fácilmente destruidos.

Basnage en su *Historia de la Iglesia*, lib. 24, ha empleado todos sus esfuerzos en refutar la historia de los *albigenses* delineada por M. Bossuet; hé aquí lo que resulta de todas sus indagaciones:

1.º Antes que los maniqueos, esparcidos por la Lombardia en el siglo xi, hubiesen penetrado en Francia, existían ya en nuestras provincias meridionales ciertos secuaces de Pedro y de Enrique de Bruys, los cuales dogmatizaban y tenían también sus asambleas. Aun cuando no tuvieron las mismas opiniones que los maniqueos, no dejaban cuando llegaban estas de unirse á ellos y hacer causa común con ellos, lo mismo que en el siglo xiii se asociaron á los valdenses. Tal ha sido siempre la política de los sectarios, con el fin de formar número y hacer frente á los católicos. Por la misma razón se reunieron después los valdenses á los calvinistas, aun cuando no tuviesen la misma creencia que ellos.

2.º De aquí mismo resulta que en el siglo xiii los *albigenses* eran un conjunto de maniqueos, arrianos, petrobrosianos, enriquistas y valdenses, bien poco acordes sobre el dogma, mas reunidos por interés y por el odio contra la Iglesia romana y su clero; que la mayor parte de ellos eran tan ignorantes que apenas sabían lo que creían ó no creían. De aquí procede la diversidad de relaciones que han hecho los historiadores de aquel tiempo acerca de la doctrina de estos secuaces.

3.º En los interrogatorios que se hicieron sufrir á sus jefes, y en los concilios en que fueron condenados, no fué fácil descubrir y distinguir sus diferentes opiniones, ya sea porque estos predicantes no tenían doctrina alguna fija, ó bien porque ocultasen con cuidado las de sus errores que podían inspirar el mayor horror á los católicos.

4.º Por esto mismo se vé el ridículo en que incurren Basnage y los protestantes, que quieren hacer pasar á los *albigenses* por sus antepasados ó sus mayores: ninguno de estos herejes hubiera querido firmar una profesion de fé luterana ó calvinista, y ningún sincero protestante habria querido adoptar todos los desvarios de las diferentes sectas de *albigenses*.

5.º Gran cuidado tuvo Basnage de disimular las verdaderas razones por las que fué preciso emplear el rigor contra estos impíos, á saber, sus violencias, sus vias de hecho y su furor contra el culto exterior de la Iglesia católica y contra el clero. Quiso persuadir que se los castigaba únicamente por sus errores, lo cual es falso. Si alguna vez se ha condenado al suplicio á los novadores, antes de que hubiesen tenido tiempo para formarse un partido formidable, es porque su doctrina y sus principios tendían directamente á la sedición y á alterar la tranquilidad pública.

Hasla aquí la relación que nos hace Bergier. Añadamos cuatro palabras sobre la doctrina de los *albigenses*.

Es indudable que eran una rama de los maniqueos, si bien su maniqueísmo se diferenciaba algo del de Manes. Suponian que Dios habia producido á Lucifer con sus ángeles: que Lucifer se habia vuelto contra Dios, por lo que

habia sido arrojado del cielo con todos los ángeles, y que desterrado del cielo habia producido el mundo visible sobre el que él reinaba.

Para restablecer Dios el orden habia producido un segundo hijo, que era Jesucristo. Hé aquí por que los albigenses fueron llamados arrianos.

Es pues incontestable que los albigenses eran verdaderos maniqueos: todos los autores contemporáneos lo atestiguan, y dan fé de ello sus interrogatorios, los cuales se conservan.

Verdad es que los valdenses y algunos otros herejes penetraron en el Languedoc y fueron condenados; pero no es ménos cierto que estos herejes siempre se han distinguido de los albigenses y que ellos no han sido llamados con este nombre, sino sencillamente herejes.

Guillermo de Puylaurent, autor contemporáneo, dice que los herejes que se extendieron por el Languedoc no tenían todos igual doctrina; que los unos eran maniqueos, los otros valdenses, y que estos sostenían disputas con los primeros, que ciertamente se llamaron en seguida albigenses.

Entre los errores de los maniqueos tenían los albigenses los de los sacramentarios, y por esto se ha dicho que fueron los precursores de la Reforma del siglo xvi.

En suma, examinado el asunto detenidamente se ve que los errores de los albigenses no eran efecto del razonamiento, sino del fanatismo, y muy especialmente de la ignorancia y del odio que profesaban á los católicos.

DE VARIOS CISMAS.

Desde que dimos cuenta del cisma de Eulalio (tomo 1.º, pág. 710) no nos hemos ocupado de los que han suscitado la ambición y el orgullo de algunos que sin ser llamados de Dios, se apoderaron ó quisieron apoderarse por la violencia de la sublime cátedra de san Pedro. Vamos, pues, á apuntarlos desde aquella fecha hasta la conclusion del siglo xn.

LORENZO.

Muerto el papa Anastasio II en 16 de noviembre de 498, fué elegido para sucederle san Simaco; pero en el mismo día Festo, senador romano, que habia sido sobornado, hizo elegir anti-papa á Lorenzo, arcipreste, del título de Santa Práxedes, el cual habia ofrecido á Festo que firmaría el *Heterótico* del emperador Zenon. Precisamente esta doble elección produjo grandes agitaciones en Roma, hasta el término de haber corrido la sangre, por haberse encarnizado los partidarios del uno y del otro. Convino, en fin, en que se haria árbitro á Teodorico, rey de Italia, que residia en Rávena, el cual se declaró á favor de Simaco, que habia sido elegido el primero y por mayoría. Con esto quedó todo apaciguado por entences.

Dos años más tarde, el 500, el cisma de Lorenzo recobró

nuevas fuerzas: Simaco reunió un concilio para volver la paz á la Iglesia. En esta asamblea se creyó conveniente para satisfacer al anti-papa nombrarle obispo de Nocera, bajo la condicion de que se sometiese á su jefe legítimo. Fingió hacerlo Lorenzo, pero ello es que en 503 se sublevó de nuevo y quiso usurpar la autoridad pontificia, á pesar de los decretos del concilio y de las repetidas amonestaciones de Teodorico que siempre reconoció á Simaco. Para conseguir su objeto los partidarios del anti-papa recurrieron á los medios más viles, cuales fueron la difamacion y la calumnia. Acusaron á Simaco de grandes crímenes y sobornaron testigos falsos. Estas infames acusaciones fueron apoyadas por Festo y otro malvado llamado Probino.

No pudo ménos Teodorico de asombrarse al ver infamemente acusado á un varon tan santo cual era Simaco, é inmediatamente envió á Roma á Pedro, obispo de Auno, en el estado veneciano, para que en seguida se informase de tantos escándalos.

Pedro en vez de cumplir fielmente el encargo que se le habia encomendado, se unió á los cismáticos, turbando más y más los negocios de la Iglesia y tratando de indisponer á Teodorico con Simaco.

Con consentimiento del papa se reunió un concilio al que asistieron ciento veinte y cinco obispos, y en él fué reconocida la legitimidad y la inocencia de Simaco. Este, en su humildad habia ofrecido someterse al juicio del concilio, por más que los Padres declararan solamamente que el obispo que ocupaba la Santa Sede no debía sujetarse á un examen delante de los obispos inferiores.

Mas tarde el anti-papa Lorenzo fué desterrado por hereje y calumniador, siendo respetada así en Oriente como en Occidente la autoridad del legítimo Vicario de Jesucristo, el cual en medio de aquellas agitaciones gobernó santamente la Iglesia por espacio de cerca de diez y seis años, habiendo fijado mucho sus cuidados y atenciones en la Iglesia de Oriente, turbada por las grandes herejias que en aquella época se presentaron, abrazadas desgraciadamente por algunos obispos.

DIÓSCORO.

A la muerte del papa san Félix IV en octubre de 530, fué elegido para sucederle san Bonifacio II, galo de nacion. En el mismo dia de la eleccion, unos descontentos nombraron papa á Dióscoro, antiguo legado que habia sido del papa Ormidas cerca de los orientales. Este cisma fué de muy corta duracion, pues que el anti-papa murió veinte y siete dias despues de su intrusion, habiendo sido excomulgado en muerte, como culpable del crimen de simonia.

PEDRO Y TEODORO.

Luego que hubo fallecido el papa Juan V, cuyo pontificado fué breve, hubo dos anti-papas, Pedro, arciopreste, y Teodoro, presbitero. El primero era candidato por el clero y el segundo por los jueces y el ejército. Para destruir las

cábalas que se habían formado, el clero eligió á Conon, presbítero-cardenal, anciano muy venerable, sencillo, pacífico, aunque poco diestro en el manejo de los negocios. El cisma, pues, pasó con la mayor velocidad sin consecuencias desagradables.

CONSTANTINO.

Poco antes de la muerte de Paulo I (767), apareció un anti-papa llamado Constantino, el cual siendo lego se hizo ordenar diácono, se desdénó de recibir el presbiterado y se hizo ordenar obispo por Jorge, Eustrario y Citonato, obispos de Albano y de Porto. A la elección del legítimo sucesor de Paulo I, que lo fué Esteban IV, el intruso fué depuesto y encerrado en el monasterio de Celles-Neuves, donde se cree que le quitaron la vida, sin que para ello hubiese dado consentimiento el papa Esteban.

ZÓSIMO.

A los cinco días de la muerte de san Pascual I, fué elegido para sucederle Eugenio II, varón muy recomendable por su modestia, sencillez y doctrina. Esta elección se verificó el 16 de febrero de 824, y fué turbada por la ordenación de un anti-papa llamado Zósimo; empero el emperador intervino, y aquel hecho no tuvo consecuencias. Se ignora lo que fué del anti-papa.

Debe consignarse aquí que el emperador Lotario se mostró muy celoso por los derechos de los pontífices, motivo por el cual hizo un viaje á Roma, y despues de haber cortado al nacer el cisma de Zósimo, publicó una célebre constitucion que constaba de nueve artículos, en el primero de los cuales prohibia bajo pena de la vida ofender á los que estuviesen bajo la proteccion del papa y del emperador, y por el tercero se prohibia con pena de destierro turbar la elección de un papa, la cual, decia, debe hacerse por solo aquellos á quienes atribuyen este derecho las antiguas constituciones y los santos padres. Otra de las disposiciones de dicha constitucion era que todo el que quisiese vivir en gracia de Dios y ser mirado con benevolencia por el emperador, debía tener obediencia y respeto en todo al soberano pontífice. El jóven emperador Lotario, con el objeto de dar firmeza á tan laudables disposiciones, hizo que todo el clero prestase un juramento concebido en estos términos: «Prometamos y juramos guardar fidelidad á los emperadores Luis y Lotario, *salva la fe que hemos prometido al Papa*, y no consentiremos que la elección del papa se haga de otra manera de la que disponen los cánones, y que el que haya sido elegido sea consagrado antes de que en presencia del pueblo y del enviado del emperador, haga un juramento semejante al que el papa Eugenio hizo *espontáneamente* por el *interdis comun* (1). Estas palabras, dice un historiador, indican en qué sentido se consentía en pedir la aprobacion de los emperadores en las elecciones pontificias.

(1) Capítular, l. I, pág. 817.

ANASTASIO.

Benedicto III, natural de Roma, varon de extraordinaria piedad, fué elegido para suceder á san Leon IV en 855. A pesar de su resistencia fué conducido á San Juan de Letran, y con grande alegría del clero y pueblo, sentado en la Silla de san Pedro. Los embajadores imperiales abrigaban el desigmo de favorecer á un anti-papa llamado Anastasio, pero al fin desistieron, viendo que todo el clero era del partido de Benedicto, librando Dios á la Iglesia de un nuevo cisma.

Anastasio habia sido despojado por Leon IV del título y los honores de cardenal, por el abandono que habia hecho de su iglesia. Cuando algunos cismáticos quisieron elegirlo, él llevó su osadía hasta el extremo de deponer á Benedicto. Despues, una vez consagrado el legítimo pontífice, parece que quedó tranquilo, pero más tarde cometió excesos en las basílicas de San Juan de Letran y del Vaticano, que, como dice Novaes, habrían excitado el horror de un sarraceno, teniendo en fin que huir de Roma en 857, según Baronio. Despues, mostrando un grande arrepentimiento de su conducta pasada, fué recibido por san Nicolás I en la comunión de la Iglesia. Sin embargo, más tarde volvió al mal camino, y Adriano II le separó de la comunión en 868.

SERGIO.

Entre los pontificados de Formoso y Bonifacio VI colocan los escritores un antipapa llamado *Sergio*, del que no tenemos otra noticia que su nombre, por lo que nada podemos decir del mismo.

LEON VIII.

Ocupaba la cátedra de san Pedro Juan XII, que habia sido elegido en 956, habiendo ascendido á tan altísima dignidad cuando contaba solamente diez y ocho años de edad. Según los autores de más crédito, el pontificado de Juan fué una verdadera usurpacion, toda vez que él mismo se declaró papa á instigacion de los romanos. Hé aquí lo que sobre esto dice Baronio: «A consecuencia de lo calamitoso del tiempo, creyóse preferible tolerar aquella usurpacion antes que desgarrar á la Iglesia con un cisma, que hubiera sido aun peor; y por esto la Iglesia lo aceptó y sufrió como pontífice, considerando menos mal admitir á un jefe por monstruoso que fuese, que *infamar* un solo cuerpo con dos cabezas.»

Despues de grandes sucesos que relatamos en nuestra *Historia de la Iglesia*, y que no son de este lugar, Othon, que habia sido gran amigo de Juan XII, al que estaba agradecido por haber recibido de sus manos la corona imperial,

se vió precisado á volver á Roma para poner coto á las infidelidades del papa, que habiendo jurado interrumpir toda clase de relaciones con Berenguer y Adalberto, habia celebrado con ellos algunos pactos.

Cuando supo el papa Juan que Othon se dirigia á Roma, temeroso de su ira se fugó de la ciudad en compañía de Adalberto.

Una vez en Roma Othon reunió un concilio, mejor dicho, un conciliábulo, en el cual se acusó al papa Juan de diferentes crímenes, y como se negase á comparecer ante el concilio, este pronunció la deposicion y puso en su lugar á un archivero de San Juan de Letran, que no tenia órdenes ningunas. Esta eleccion recaida en un seglar no podía ser ménos canónica. El archivero, cuyo nombre ignoramos, aceptó, y se hizo llamar Leon VIII. Baronio, siguiendo la opinion de diferentes autores, tiene á Leon por antipapa. Y en efecto, solo se le nombra para hacer número entre los de su nombre. Por esto nosotros le colocamos en este lugar como antipapa.

Inconstantes naturalmente los romanos, apenas Othon salió de Roma para Spoleto, llamaron nuevamente á Juan, arrojando á Leon de la capital, el cual ya se habia ordenado.

El primer cuidado del papa Juan fué reunir un concilio (964), en el cual condenó al emperador Othon, al antipapa Leon y á los obispos de Ostia, de Porto y de Albano, que le habia ordenado al ser promovido cismáticamente al pontificado, privando de sus cargos y honores á los clérigos promovidos por el intruso.

Murió Juan XII en el mismo año, pero los romanos se negaron á reconocer á Leon VIII, eligiendo al que se llamó Benedicto V.

Sin embargo de esto, el cisma no concluyó.

Irritado el emperador Othon puso sitio á Roma. Acosados por el hambre los romanos, abrieron sus puertas y admitieron al intruso Leon VIII, abandonando al legítimo papa Benedicto.

Apenas el antipapa se encontró en Roma reunió un conciliábulo, que se celebró entre las fiestas de San Juan y de San Pedro, en el cual fué depuesto Benedicto V.

A este papa se lo llevó consigo el emperador Othon á Alemania. Los romanos viniendo á buen acuerdo se lo reclamaban, y Othon iba ya á acceder á aquellas súplicas, comprendiendo que era el verdadero pontífice. Pero este regreso no pudo verificarse. La muerte arrebató á Benedicto en Hamburgo el 4 de julio de 965, despues de un pontificado de un año y algunos meses, siendo sepultado en la catedral de aquella ciudad, y desde allí trasladado á Roma en 990, por órden de Othon II. Poco ántes habia también descendido al sepulcro el anti-papa Leon.

Otro cisma se presentó a los pocos años del anterior. El papa Benedicto VI, que sucedió á Juan XIII, fué elegido en 20 de diciembre de 971, cuando ya reinaba Othon II, que habia sido coronado por el dicho papa Juan XIII. Benedicto

quiso conservar los derechos de la Iglesia y del imperio, y los romanos se sublevaron contra él, entregándose á repetidos motines. El jefe de los sediciosos era Creencio, hijo de la famosa Teodora, el cual sin el menor temor á los ejércitos imperiales y con una audacia inaudita, aterró al pontífice que defendía, en cumplimiento de su deber, los derechos de la Iglesia al propio tiempo que los del imperio, y encerrándole en el castillo de San Angelo, hizo darle muerte por estrangulación.

Uno de los que más parte tuvieron en este crimen horrendo fué Francon. Este usurpó el pontificado despues de la muerte de Benedicto á tal vez de la de su sucesor Dono II, que solo ocupó dos meses la silla de san Pedro. El intruso tomó el nombre de Bonifacio VII; empero un mes despues de su eleccion, fué desechado como anti-papa y huyó á Constantinopla.

GREGORIO.

Por muerte del papa Sergio IV, fué elegido Benedicto VIII, romano, que era obispo de Porto. Esta eleccion se verificó el 17 de junio de 1012, ó el 16 de julio como quiere Mansi.

Un gran número de romanos fué contrario á esta eleccion, ó hicieron otra anticanonica que recayó en un hombre ambicioso llamado Gregorio, el cual arrojó de Roma al papa legitimo, que se refugió en Alemania para implorar el auxilio del rey Enrique II, el cual, en compañía del pontífice,

partió inmediatamente para Roma, restableciéndole en su silla. Benedicto, agradecido, le coronó en el Vaticano.

Al ver el anti-papa la proteccion que Enrique dispensaba á Benedicto, abandonó sus pretensiones, sin que nos sea conocido el fin que tuvo.

SILVESTRE.

Benedicto IV fué elegido papa en 1033, siendo aun muy jóven. No puede ocultarse que su conducta no correspondió á la altísima dignidad á que habia sido elevado. Mas de una vez fué, por aquella causa, depuesto y arrojado de Roma, encontrando luego medios para volver á ocupar su Silla. Quando fué arrojado segunda vez de Roma, Ptolomeo hizo proclamar papa á Silvestre, el cual ocupó la silla tan solamente tres meses, despues de los cuales Benedicto logró ser restablecido en ella con el auxilio de sus poderosos parientes. Mas tarde, el mismo Benedicto, merced á una gran suma de dinero que le entregaron sus contrarios, se resolvió á abandonar el pontificado, cediéndolo al arcipreste Juan Graciano que tomó el nombre de Gregorio VI. Empero al poco tiempo, el inconstante Benedicto volvió á apoderarse del pontificado, siempre con el auxilio de sus parientes, ocupando esta última vez la silla desde el 8 de noviembre de 1043 al 17 de julio de 1048, de suerte que arrojado y restablecido duró su pontificado el espacio de más de diez años. De este modo, Roma contaba tres pontífices á un

tiempo, Benedicto IX, Silvestre III y Gregorio VI. El anti-papa Silvestre III que delió á Ptolomeo su efimero poder, murió en la oscuridad. En cuanto á Gregorio VI, fué luego el legítimo sucesor de Benedicto. No hay duda que Gregorio VI es reconocido como papa legítimo. Gregorio VII al tomar este número y no el anterior, manifestó aprobar el advenimiento de aquel.

BENITO.

Después de la muerte de Estéban X en 1057, fué violentamente entronizado un anti-papa que se llamó Benito, el cual se mantuvo algunos meses. Empero Hildebrando, aquel grande hombre que más tarde fué papa con el nombre de Gregorio VII, como apoderado del clero y pueblo de Roma, con aprobacion del rey de Alemania, hizo elegir en Sena á Gerardo, obispo de Florencia, que tomó el nombre de Nicolás II. El anti-papa no hizo resistencia, y ántes por el contrario se humilló á los piés del legítimo pontifice, y fué absuelto.

CADALAO.

Por muerte de Nicolás II, fué elegido Alejandro II, sin esperar el consentimiento de la corte de Alemania en la que el elegido, que antes se llamaba Anselmo y era obispo de Luca, tenía muchas relaciones, siendo muy conocido. Por

manejos de algunos concubiniarios y simoniacos, la emperatriz y su consejo hicieron elegir al anti-papa Cadalao, que tomó el nombre de Honorio II. Un año después en que san Anon, arzobispo de Colonia, entró á gobernar el imperio por el joven rey Enrique, celebró su concilio en el que Cadalao fué declarado intruso y depuesto, y se tomaron algunas providencias con las cuales se consiguió sofocar el cisma.

GUILBERTO.

Ocupaba la Silla de san Pedro el gran Pontífice san Gregorio VII, el cual en un concilio celebrado en Roma excomulgó á Enrique, privándole del reino de Alemania y de Italia, con la expresion de que no tenga fuerza alguna en los combates ni gran victoria.

Cuando en la corte de Enrique se tuvo noticia de esta sentencia, treinta obispos y varios señores de Italia y de Alemania cometieron el atentado de deponer á Gregorio y elegir papa á Guilberto, arzobispo de Rávena, el cual tomó el nombre de Clemente III y pasó luego á Italia. Gregorio excomulgó nuevamente á Enrique. El pueblo de Roma permanecia fiel al papa y le defendía. Mas al fin, Enrique, habiendo ganado muchos obispos, algunos señores y gran parte del pueblo, se hizo dueño de Roma, y Gregorio VII tuvo que refugiarse en el castillo de San Ángelo. Poco después llegó Roberto Guiscardo, que estaba en Levante y tomó la defensa del santo padre. Echó de Roma al anti-papa

y á los suyos y redujo á la obediencia de Gregorio varias ciudades y castillos. Al mismo tiempo, los lombardos que se echaron sobre los pueblos de la condesa Matilde, fueron enteramente derrotados, y desde entonces el partido de los cismáticos empezó á caer rápidamente.

Nadie podía dejar de reconocer la injusticia de la deposición de Gregorio, y el mismo anti-papa la reconoció al ser reconvenido por Desiderio, abad de Monte Casino, y solo se excusaba con que era el único medio para defender la corona de Enrique. Empero, esta no era una disculpa fundada, pues nunca debió dejar de obedecer al jefe superior de la Iglesia en los asuntos espirituales, por más que obedeciese á Enrique en los puramente temporales. Aceptar el pontificado no estando vacante y del modo que lo aceptó no tiene disculpa alguna.

Por otra parte el rey había dado suficiente motivo para que el papa le privase de la comunión de la Iglesia. En cuanto á privarle de su reino, no es esta la ocasión de disertar sobre este asunto, que ya hemos tratado detenidamente en otra obra. Ahora nuestro objeto no es otro que dar á conocer á los papas intrusos.

ALBERTO, TEODORICO

Y MAINGUALFO

Durante el pontificado de Pascual II, hubo tres anti-papas (1099-1118), que fueron Alberto, Teodorico y Maingualfo. Alberto, cardenal diácono, fué nombrado en reemplazo de

Clemente III, mas el mismo dia de su elección fué preso y encerrado en el monasterio de Avorsa.

Teodorico, despues de cinco dias de pretendido pontificado, fué enviado al monasterio de la Trinidad de la Cava.

Maingualfo, abad de Turis, en 1102, tomó el nombre de Silvestre III; mas obligado á huir de Roma, cayó en una espantosa miseria y murió desterrado, y á lo que parece arrepentido.

PEDRO LEONE

Muerto Honorio II (1130) fué elegido por sucesor suyo Gregorio Paparashi, el que tomó el nombre de Inocencio II. Algunos cardenales fueron favorables á Pedro Leone, el cual como si hubiese reunido todos los sufragios, aceptó el pontificado, tomando el nombre de Anacleto II. No pudo resistir á su fracción el legítimo pontifice y pasó á Francia, donde fué recibido con extraordinarios honores por Luis VI, llamado el Gordo. Su viaje fué una verdadera ovacion, pues en todas partes era recibido con igual entusiasmo. En Lieja celebró un concilio en el cual excomulgó á Anacleto. Luego en Reims celebró otro concilio en el cual con las formalidades de costumbre condenó nuevamente al anti-papa, y en el mismo concilio coronó el papa por rey de Francia á Luis, segundo hijo de Luis VI.

Por último desde Reims el papa se dirigió á Italia acompañado de san Bernardo. Lotario II fué coronado emperador en la basílica de San Juan de Letran, pues por desgracia ocupaba el Vaticano el anti-papa Anacleto.

Luego que el emperador hubo salido de Roma, los cismáticos obligaron á Anacleto á marchar á Pisa, donde tuvo la dicha de restablecer la paz entre los pisanos y los genoveses, y donde permaneció hasta la muerte de Anacleto, que no tardó en ocurrir.

GREGORIO CONTI

No terminó el cisma con la muerte del llamado Anacleto II; los partidarios de este, apoyados por Roger, duque de Sicilia, eligieron papa á Gregorio Conti, bajo el nombre de Víctor IV. San Bernardo trabajó con incansable celo cerca del anti-papa, hasta que consiguió que cediese, sometiéndose á los tres meses, devolviendo la paz á la Iglesia, despues de su cisma que tuvo de duración ocho años.

OCTAVIANO

Adriano IV, único papa inglés que ha existido hasta el presente, varón de grandes virtudes y relevantes prendas, murió en 1.º de setiembre de 1159, sucediéndole Alejandro III, que fué elegido el 7 del mismo mes y año por todos los cardenales, á excepcion de tres, que fueron, Juan

Morsón, cardenal de San Martín, Guido de Crema, cardenal de San Calixto, y Octaviano, cardenal de Santa Cecilia. Los dos primeros dieron el voto al tercero, que era descendiente de los condes de Frascati. Así lo dicen varios autores, pero Onofre Panvini hace subir á seis los electores de Octaviano, comprendiéndose á sí mismo, á saber, además de los que quedan citados, Imaro, cardenal-obispo de Túsculo, Raimundo, cardenal-diacono del título de Santa María *in via lata*, y Simon abad de Sublac, cardenal de Santa María *in Dominia*. Ciaconio y Palatio añaden aun dos más; Gregorio, cardenal-diacono de San Vito, y Guillermo, arcediano de Pavia. Empero sea de esto lo que quiera, lo cierto es que Alejandro, impulsado por su humildad, rehusó la liara en el momento de su eleccion, y que Octaviano, que tenía tanto de soberbio como aquel de humilde, deseaba á todo trance sentarse en la Silla de san Pedro. Alejandro fué obligado á aceptar; empero Octaviano, titulándose papa legítimo, arrancó de los hombros de su rival la capa que acababan de ponerle, pretendiendo llevársela. Uno de los senadores que se hallaban presentes se la arrancó de las manos, é hizo señas para que le fuese entregada otra que él había hecho traer. Tan de prisa se la quiso poner Octaviano que se la colocó al revés, lo que produjo una hilaridad extraordinaria entre los circunstantes.

Al poco rato entró en el Vaticano gente armada que de antemano tenía preparada el anti-papa, y arrojó de ella á Alejandro y sus partidarios, los que se refugiaron en el fuerte de San Pedro. Algunos dias despues, Alejandro tuvo que huir de Roma, y se refugió en Ninfa, cerca de Veletri,

— 7 —
donde fué consagrado en el día 20 del mismo mes de setiembre.

El orgulloso anti-papa se dió el nombre de Víctor IV, y no tuvo en Roma partidario alguno. El pueblo tomando ocasion del hecho referido, le llamaba «el papa al revés.» Por todas partes se referia con risa la equivocacion que tuvo al revestirse la capa pontifical.

Pasó un mes sin poder encontrar quien le consagrara, hasta que lo hizo el obispo de Túsculo, asistido por los obispos de Melfi y de Tarento el día 4 de octubre. El papa legítimo habia sido consagrado, según costumbre, por el obispo de Ostia.

El emperador Federico que sabia muy bien que Octaviano era intruso, se declaró sin embargo á su favor, y trabajó cuanto le fué posible por extender el cisma hasta en las naciones extranjeras. Con este objeto convocó una asamblea en Pavia que se abrió el 5 de febrero de 1160. Asistieron cerca de cincuenta obispos y muchos abades, que se declararon por Octaviano ó sea Víctor IV. Este conciliábulo anatematizó á Alejandro III y á sus partidarios.

San Bernardo habia profetizado el pontificado de Alejandro, anunciando al mismo tiempo las grandes tribulaciones que habia de experimentar en él. Cumplida la primera parte del vaticinio con la legitima eleccion de Alejandro, no tardó en empezarse á cumplir la segunda. Ya veremos que no solamente el emperador Federico y el anti-papa Octaviano, sino tres anti-papas más contribuyeron á labrar la corona de sus grandes tribulaciones.

Los esfuerzos hechos por Federico para atraer al cisma á

— 7 —
los reyes de Francia y de Inglaterra, fueron infructuosos. Estos monarcas reunidos en Tolosa tuvieron un gran concilio al que asistieron cien prelados entre obispos y abades de ambos reinos. Allí hicieron manifiestas las imposturas del llamado Víctor IV, y todos reconocieron al papa Alejandro III con la mayor solemnidad.

El papa, que deseaba el momento de llegar á Francia, emprendió el viaje. Su entrada en Paris fué en medio de una ovacion extraordinaria. Salieron á recibirle los reyes de Francia y de Inglaterra, y ambos monarcas Luis VII y Enrique II llevaban las bridas del caballo del papa.

El anti-papa Víctor murió impenitente en Luca, y Federico, ganoso de que continuara el cisma, hizo elegir á otro en su lugar, el cual tomó el nombre de

PASCUAL III.

En 1167 Federico puso sitio á Roma y estableció en dicha capital al nuevo anti-papa.

Al año siguiente el emperador fué de nuevo excomulgado; empero como triunfaban las armas imperiales, Alejandro disfrazado de peregrino se refugió en Gaeta, donde tomó de nuevo los hábitos pontificales. Cerca de siete siglos más tarde, Gaeta ha servido de refugio al inmortal pontífice Pío IX, cuando en 1848 estalló la revolucion en Roma. El titulado Pascual III murió impenitente en Roma en 1167. Tuvo por sucesor en el cisma á otro que se tituló

CALIXTO III.

Este anti-papa, del que no sabemos pormenores, se arre-
pintó en Benevento, reconciliado con la Iglesia en 1178;
y por último los cismáticos nombraron otro que se llamó

INOCENCIO III.

Este, que fué el último de los anti-papas que tanta tribu-
lacion causaron á Alejandro III, hizo penitencia á su pesar
en el monasterio de la Cava.

Alejandro, que tuvo que luchar con tantos rivales, gover-
nó santamente la Iglesia veinte y un años, once meses y
veinte y tres dias, falleciendo en Civita Castellana el 30 de
Agosto de 1181.

Hemos terminado el relato de los cismas habidos hasta la
terminacion del siglo XII.

SIGLO DÉCIMO TERCERO.

INTRODUCCION.

I.

Grandezas de la perpetuidad de la Iglesia.

En el siglo cuyos errores nos cumple explicar al presente,
no habia aun venido el hermoso periodo de paz anhelado
por todos los hombres de buena voluntad, y que tan nece-
sario era así para el esplendor de la santa religion como
para el sosiego y la tranquilidad de los Estados. Por todas
partes se observan luchas intestinas, trastornos, y el ángel
de la guerra cierno sus negras alas tanto en los pueblos de
Oriente como en los de Occidente. La barca misteriosa de
Pedro parecia zozobrar entre las encrespadas olas del enfu-
recido mar de heréticas doctrinas por una parte, y por otra
de los grandes esfuerzos hechos por poderosos enemigos.
Empero, cuando en los tres siglos de su infancia todo el
poder de los emperadores romanos no fué suficiente para

CALIXTO III.

Este anti-papa, del que no sabemos pormenores, se arre-
pintó en Benevento, reconciliado con la Iglesia en 1178;
y por último los cismáticos nombraron otro que se llamó

INOCENCIO III.

Este, que fué el último de los anti-papas que tanta tribu-
lacion causaron á Alejandro III, hizo penitencia á su pesar
en el monasterio de la Cava.

Alejandro, que tuvo que luchar con tantos rivales, gover-
nó santamente la Iglesia veinte y un años, once meses y
veinte y tres dias, falleciendo en Civita Castellana el 30 de
Agosto de 1181.

Hemos terminado el relato de los cismas habidos hasta la
terminacion del siglo XII.

SIGLO DÉCIMO TERCERO.

INTRODUCCION.

I.

Grandezas de la perpetuidad de la Iglesia.

En el siglo cuyos errores nos cumple explicar al presente,
no habia aun venido el hermoso periodo de paz anhelado
por todos los hombres de buena voluntad, y que tan nece-
sario era así para el esplendor de la santa religion como
para el sosiego y la tranquilidad de los Estados. Por todas
partes se observan luchas intestinas, trastornos, y el ángel
de la guerra cierno sus negras alas tanto en los pueblos de
Oriente como en los de Occidente. La barca misteriosa de
Pedro parecia zozobrar entre las encrespadas olas del enfu-
recido mar de heréticas doctrinas por una parte, y por otra
de los grandes esfuerzos hechos por poderosos enemigos.
Empero, cuando en los tres siglos de su infancia todo el
poder de los emperadores romanos no fué suficiente para

conmover la piedra robusta sobre la cual se cimentó la hija del cielo, ningún temor podían abrigar los fieles por cuantas persecuciones y contrariedades se presentaran en lo sucesivo. Ella continúa su marcha majestuosa, sin que haya fuerza humana capaz de detenerla en su camino. Caen los poderes de la tierra, desaparecen las grandezas mundanas, se bambolean los tronos; aquellos campeones que dominaron el mundo concluyen sus días unos en el destierro privados de cuanto antes poseyeron, y otros víctimas de la ingratitud de los mismos á quienes pródigamente favorecieron, y en tanto la Iglesia, coronada de triunfos y laureles, mira tranquila esos grandes acontecimientos que consumen las sociedades humanas, sin perder ella una sola línea de su grandeza. ¡Una cosa es la obra de Dios y otras son las obras de los hombres! ¡Quién puede dudarlo! La obra de Jesucristo está marcada con el sello de la Divinidad. Decía un hombre ilustre, que el tiempo es el mayor enemigo de todos los poderes. Y decía muy bien: la historia de la humanidad, la de los grandes imperios, la de esos hombres que admiraron al mundo por la grandeza de sus hechos y la heroicidad de sus acciones; la de esos célebres conquistadores cuyos nombres trasmite la historia de una á otra generación, todo nos revela la verdad de aquellas frases: «El tiempo es el mayor enemigo de todos los poderes.»

En confirmación de la verdad sentada, recordamos dos hechos que están en la memoria de todos porque pertenecen al siglo en que vivimos, á este siglo en que todo es grande ó al ménos parece serlo: á este siglo de progreso y de civilización, en el que á pesar de estas grandes ventajas no han

terminado las guerras ni los trastornos públicos que hacen desaparecer los imperios, que trastornan los Estados y que siembran por doquier la desolación y la muerte; de este siglo en el que las tumbas se hallan siempre abiertas esperando la muchedumbre de víctimas producidas por la ambición y soberbia, por el deseo de mando y de dominación.

Los hechos á que nos referimos son el poderío de dos grandes Napoleones, si bien tal vez con razón la historia llama al primero el *grande*, y al otro el pueblo, que pocas veces se equivoca en sus dictados, le apellida el *pequeño*. Napoleón primero llegó al colmo de la grandeza; sus ejércitos penetraron por todas partes; las águilas imperiales extendían su vuelo llenando de temor á los pueblos y naciones. ¿Quién era capaz de contrarrestar al capitán del siglo? ¿No contaba sus triunfos por el número de sus batallas?... ¿Y quién fué su mayor enemigo? El tiempo... Este le despojó de toda su grandeza, le arrebató el trono, le dejó sin soldados, y le llevó á morir en la solitaria roca de Santa Elena. Creemos haber ya hablado de este hombre célebre en algún otro lugar de esta obra, empero ahora nos es preciso recordarlo como prueba de lo que hemos dicho. El otro ejemplo es su sobrino. Hace aun pocos años Napoleón III era reputado como el árbitro de la Europa: todas las miradas se fijaban en la capital del imperio francés. Una palabra salida de los labios del César era transmitida velozmente por el telégrafo á todas las naciones. Sin embargo, tuvo un enemigo poderoso contra el que nada pudo. Este enemigo fué el tiempo, que le despojó de toda su grandeza, y que

prisionero de otro monarca fué á terminar su existencia á pais extranjero. Basta.

¿Y no ha habido quien vengza á ese enemigo formidable, á ese gran enemigo de todos los poderes humanos? Solo Jesucristo. Su obra magnífica, la Iglesia nos lo dice en su admirable perpetuidad con voz muda, pero elocuente.

Oigase la reflexion de un sabio: «¿Por qué el tiempo es el mayor enemigo de todas las cosas? ¿Por qué se halla dotado de una doble potencia, la de destruir y la de edificar? ¿Quién echó por tierra aquellos primeros imperios de la Asiria y de la Caldea? El tiempo. ¿Quién echó por tierra el imperio de Ciro, restaurado en vano por Alejandro? El tiempo. ¿Quién echó por tierra aquel imperio formado de la ruina de todos los demás, y que con propiedad puede llamarse mundo y no imperio? ¿Quién echó por tierra el mundo romano? El tiempo. ¿Quién echó por tierra todas las repúblicas de la Edad Media cuyos restos admiramos en los mármoles y en las pinturas que á ellas han sobrevivido? El tiempo. Y por otra parte, ¿quién ha levantado esos nuevos reinos de que somos hijos, los reinos de los francos, de los germanos, de los anglo-sajones, etc.? La mano hábil en roedificar despues de haber destruido, y que del polvo en que se ha gozado con orgullo saca la sustancia, el orden y la solidez. El tiempo destruye con la mano izquierda y edifica con la diestra; pero en ambos casos se muestra enemigo de sus obras, porque el edificio que levanta echa nueva capa de tierra sobre el que ha destruido, y porque una nueva construcción para él consiste siempre en destruir otra anterior (1).»

(1) Lacordaire: Serm. en 1833.

¿Y por qué el tiempo nada ha perdido, nada puedo contra la obra de Jesucristo? Repitamos unas frases evangélicas, ya citadas en otro discurso de introduccion, pero frases que encierran un mundo de ideas. «El cielo y la tierra pasarán, dijo Jesucristo, pero mis palabras no pasarán.» Medítelas el incrédulo, y caerá de sus ojos la venda que le impide ver la luz. Y los que hemos tenido la suerte de nacer en el seno de la religion salvadora, los que estamos en posesion de la verdad, los que vivimos alumbrados por la resplandeciente antorcha de la fé, bendigamos al Señor que benignamente nos ha colocado en las hermosas sendas de la salvacion, refugiándonos dentro del arca misteriosa de la Iglesia católica, fuera de la cual no hay salvacion.

II.

Estado político del mundo en el siglo décimo tercero.

Decíamos al comienzo de esta introduccion que al llegar el siglo xiii el mundo no disintaba de paz, y que por el contrario el ángel de la discordia cernia sus negras alas sobre la familia humana. Los pueblos del Oriente estaban en guerras continuas. Alejo, emperador de Constantinopla, cayó bajo el puñal asesino de Juan Ducas: los príncipes de Occidente se apoderaron de aquella capital bácia la mitad del siglo, y sostuvieron una guerra continua y sangrienta con los turcos, que se apoderaron de una parte de los Estados del imperio.

En cuanto á la Alemania tampoco se disfrutaba en ella de paz, pues se hallaba dividida por los diversos príncipes que pretendían el imperio. Otton fué al fin reconocido y coronado por el papa Inocencio III, en cuyas manos prestó juramento de proteger el patrimonio de san Pedro.

Disgustado el emperador de los romanos, hizo muchos destrozos, cometiendo tropelias indignas de un monarca. El papa Inocencio III en 1210 reunió un concilio, en el cual depuso y excomulgó al emperador Otton, tanto por haberse apoderado de las tierras de la Iglesia romana como por haber querido usurpar el reino de Sicilia. Varios príncipes de Alemania eligieron á Federico. Otton fué abandonado por la mayoría de los señores, que es justamente lo que sucede siempre á los príncipes cuando están en desgracia, tanto si han sido benéficos para sus pueblos como si han gobernado con cetro de hierro. Poco tiempo despues murió Otton, y Federico quedó poseedor del imperio. Hizo voto de ir á la Tierra Santa, é hizo donaciones de tierras á la Iglesia romana. A los condes de Toscana, que se habían refugiado en Roma, les despojó de sus tierras. Más tarde se indispuso con el papa, y quiso echar de sus sillas á varios obispos que aquel había nombrado para diversas ciudades de Italia. Esto produjo resultados fatales. El papa le excomulgó, ordenó que se hiciera una liga en Italia contra Federico, reunió un concilio, y pronunció contra aquel una sentencia de deposición. Más tarde excomulgó á Conrado, que había sido elegido por una parte de la Alemania despues de la muerte de Federico, le quitó el reino de Sicilia, y lo dió á Eduardo, hijo del rey de Inglaterra. Las grandes

turbulencias de Alemania no terminaron sino por la elección de Rodolfo, conde de Hapsburgo.

¿Y fueron por ventura más dichosas Francia é Inglaterra? ¿Disfrutaron de más tranquilidad? Una gran parte de las provincias de la Francia se vió desolada por las guerras de los cruzados contra los albigenses: y en cuanto á Inglaterra se vió en este siglo al jefe de la Iglesia dar y quitar la corona, y hasta levantar el juramento de fidelidad de los vasallos al monarca, terrible severidad á que le obligaban las circunstancias, y hasta los deberes de conciencia.

España era más feliz. A mediados del siglo xm el trono de Castilla era ocupado por san Fernando, en tanto que en Aragon reinaba don Jaime el *Conquistador*, cuyas virtudes eran muy semejantes á las del monarca de Castilla. El valor era cualidad que resplandecía tambien en ambos. ¡Dichosos los pueblos que son gobernados por soberanos tan justos! «Las iglesias, los establecimientos literarios y la legislación, dice el señor La Fuente, deben al uno y al otro inapreciables tesoros, y á sus espadas las conquistas de Córdoba, Sevilla y Jaen, de Valencia, Mallorca y Murcia. De esta manera aquel periodo, que principia con las conquistas de Toledo y Huesca, acaba con las de Sevilla y Valencia. La historia de las dos grandes razas de España se refunde desde esta época en Aragon y Castilla, y su desarrollo y principales eventos marchan con cierta especie de uniformidad y noble emulación.»

No queremos privar á nuestros lectores del gusto que tendrán en leer la continuación de este trozo de historia, escrito por tan bien cortada pluma.

«El interés que la religion tenia en que España sacudiera el yugo musulman nos obliga à fijar las épocas por los pasos de la reconquista. La historia eclesiástica general puede fijar ciertos hechos meramente religiosos para marcar las épocas, pero la particular de una Iglesia no puede ménos de participar algo del colorido político y civil del país, y de calcular su cronología y sus épocas por los reyes. Mas ¿quién no se complacerá en ver figurar como términos de una época eclesiástica un rey tan santo como Fernando III, y otro tan poético y valeroso como Jaime I de Aragón? La Iglesia de España debe à su respectivo valor las dos grandes iglesias metropolitanas de Sevilla y Valencia y la libertad de sus provincias eclesiásticas.

«Aun así esta época, en que entramos, tiene un colorido particular, que ni en lo religioso ni literario, jurídico ni político, permite confundirla con la que precede, ni la que le sigue. La disciplina eclesiástica y la legislación tienen durante ella su período de transición. Aun no ha desaparecido del todo la influencia de la disciplina goda, y los concilios nacionales y provinciales continúan reuniéndose y dando *nomocánones*; pero ya los presiden los legados de la Santa Sede, y las continuas epístolas pontificias van modificando paulatinamente la antigua disciplina; al par que los reyes con sus fueros, privilegios y cartas pueblas van reformando parcialmente la legislación visigoda, y atemperándola à las necesidades presentes.

«Mas al fin de esta época el derecho de decretales, refundido por un Santo español, triunfa definitivamente en las iglesias y en las aulas, y el hijo de san Fernando inocula

su espíritu en las *leyes de Partida*, como don Jaime el Conquistador en los *fueros* de Aragón.

«La influencia, pues, de la Santa Sede en toda Europa, que describe Alzog durante esta época (1073-1303) como *apogeo del poder pontificio*, lo es igualmente en España, que ya desde fines del siglo XII marcha en completa intimidad con la Santa Sede (1).»

España ha sido siempre una nación visiblemente protegida por la Providencia. Dios en sus altos juicios permitió la invasión sarracena, pero no dejó de proteger à los cristianos, y suscitó grandes monarcas y esforzados capitanes que limpiasen nuestra patria de la chusma agarena, para que nuevamente apareciese en la tierra, heredad predilecta de la Madre de Dios, con todo su esplendor, la fé que nos trajo el apóstol Santiago. Debemos mirar como una especial providencia el que en ningún tiempo las herejías hayan podido arraigarse entre nosotros, ni en los días en que el espíritu revolucionario abrió los puntos de la España à todos los errores.

Continuemos nuestro relato.

En cuanto al Occidente no era otra cosa que un teatro de discordias y de desgracias; los hombres se acusaban unos à otros y por todas partes no se veía otra cosa que crueldades inauditas. Los ejércitos de los mogoles, de los hunos, de los tártaros y de otros pueblos produjeron grandes disoluciones.

(1) La Fuente: Hist. de la Igl. de España.

III.

De las herejías durante el mismo siglo.

Los albigenes seguían llenando las provincias meridionales de la Francia. La cruzada que el papa hizo predicar contra aquellos sectarios, llenó el país de extranjeros que eran conducidos por los arzobispos y obispos, viniendo á convertirse aquellas provincias en teatro de una guerra cruel. Los soberanos que protegían á los albigenes fueron despojados de sus dominios; muchas ciudades fueron entregadas al fuego y sus habitantes pasados á cuchillo. Fué necesario para terminar aquella herejía el restablecimiento de la Inquisición.

No insistiremos más sobre este punto que ya hemos tratado detenidamente en la introducción al siglo xii y en el artículo *Albigenes*.

Empero no dejaremos de notar que todo el rigor desplegado por los inquisidores que recorrieron las provincias para buscar á los herejes y exterminarlos, no fué suficiente para concluir con los sectarios. En el siglo xiii se resucitaron todas las antiguas herejías, apareciendo multitud de jefes que se ocupaban en predicar los más crasos errores y en aumentar las filas de sus partidarios. Y lo hicieron con tanto celo que la fé cristiana hubiese concluido para siempre, si las obras de Dios estuviesen sujetas á los vaivenes de la fortuna, ó si en el poder de los humanos hubiese estado

comover lo que está sujeto en el dedo de Dios. Guillermo de Santo Amore, los fraticellos y los flagelantes, Olivario y Stadingo y Circuncelion y Raimundo de Tárraga y Arnaldo de Villanueva y Guialdo y Marsilio, con otros muchos que sería prolijo enumerar, fueron otros tantos abortos del infierno que hicieron los más desesperados esfuerzos para arrancar de los corazones la fé católica. Empero Dios que vela por su Iglesia y para contrarrestar á los arrianos, á los nestorianos, eutiquianos y demás monstruos que invadieron el catolicismo ganosos de sofocarle, opuso los Atanasios, Justinos, Ireneos, Jerónimos, Crisóstomos, Agustinos que supieron echar por tierra aquellos colosos del error, no dejó de suscitar también en el siglo xiii pasmos de elocuencia que, como san Antonio de Padua, combatan y desenmascaren á los dogmatizantes del error, pulverizando sus miserables sofismas y haciendo aparecer en toda su claridad y esplendor el sol brillante de la fé.

Entremos ya en la exposición de las herejías del siglo xiii, dando á conocer sus autores y enseñanzas.

FLAGELANTES.

Penitentes flamáticos y furiosos que se azotaban públicamente, y que atribuían á la flagelación más virtud que á los sacramentos para quitar los pecados.

Aunque Jesucristo, los apóstolos y los mártires hayan sufrido con paciencia las flagelaciones que jueces perseguidores les hicieron padecer, no se deduce de esto que hayan

querido introducir las flagelaciones voluntarias; no hay ninguna prueba de que los primeros solitarios, aunque mortificadísimos por otro lado y excesivamente austeros, hayan hecho uso de ellas. Fleury nos dice sin embargo que Teodoro ha citado muchos ejemplos en su historia religiosa escrita en el siglo v, *Costumbres de los cristianos*, n. 63.

La regla de san Columano que vivía á fines del siglo vi, castigó la mayor parte de las faltas de los monjes con cierto número de azotes; pero no vemos que haya recomendado las flagelaciones voluntarias como práctica ordinaria de penitencia. Lo mismo sucede con la regla de san Cesáreo de Arlés escrita el año 508, que ordena la flagelación como una pena contra los religiosos indóciles.

Segun la opinion comun, no hay ejemplos de flagelación voluntaria antes del siglo ii; los primeros que se han distinguido en esto son san Guí ó san Guyon, abad de Pomposa, y san Popon ó Poponio, abad de Stavelle, que murió en 1048. Los monjes del Monto Casino habian adoptado esta práctica y el ayuno del viernes á imitacion del B. Pedro Damiano; su ejemplo acreditó esta devocion. Sin embargo halló opositores; Pedro Damiano escribió para justificarla. Fleury en su *Historia eclesiástica*, l. 60, n. 63, ha dado el extracto de la obra de este piadoso autor: no hay mucha exactitud ni solidez en sus razonamientos. El que adquirió mayor celebracion por las flagelaciones voluntarias fué santo Domingo, el *Muyriente*, llamado así porque llevaba siempre una camisa de mallas que no se la quitaba sino para azotarse. Su piel habia llegado á ser como la de un negro; no solo quiso expiar por esto sus pecados, sino borrar los de los demás;

Pedro Damiano era su director. Se creia entonces que veinte salterios recitados disciplinándose satisfacian por cien años de penitencia. Esta opinion, como observa Fleury, estaba muy mal fundada, y ha contribuido á la relajacion de las costumbres.

Sin embargo, dice, hay motivo para creer que Dios inspiró estas mortificaciones extraordinarias á los personajes santos que usaron de ellas, y que eran relativas á las necesidades de su siglo. Habia una generacion tan perversa y rebelde, que era necesario afectarla con objetos sensibles. Los razonamientos y las reflexiones influian muy poco en hombres ignorantes y brutales acostumbrados á la matanza y al saqueo. No hubieran hecho caso de pequeñas austeridades los que estaban criados en las fatigas de la guerra, y que llevaban siempre arneses; para conmovellos, eran necesarias mortificaciones que pareciesen superiores á las fuerzas naturales; este aspecto ha servido para convertir á muchos grandes pecadores. (*Costumbres de los cristianos*, n. 63.) Añadamos que en aquellos tiempos desgraciados la miseria, que llegó á ser comun y habitual, endurecia los cuerpos, y daba una especie de atrocidad á todos los caracteres.

Como quiera que sea, se abusó de las flagelaciones voluntarias. Hacia el año 1260, cuando estaba desgarrada la Italia por las facciones de los güelfos y gibelinos, y era victima de todos los desórdenes, un tal Reinier, dominicano, se esforzó en predicar las flagelaciones públicas como un medio de desarmar la ira de Dios. Persuadió á muchas personas, no solo del pueblo sino de todas las clases; bien pronto se vieron en Perusa, en Roma y en toda la Italia

procesiones de *flagelantes* de todas las edades y sexos, que se castigaban cruelmente dando gritos horrorosos, y mirando al cielo con un aire feroz y atravesado, en la creencia de alcanzar misericordia para ellos y para los demás. Los primeros eran, á no dudarlo, personas inocentes y de buenas costumbres; pero bien pronto se mezclaron con ellos gentes de la hez del pueblo, de los que estaban muchos infectados de doctrinas impías y absurdas.

Para contener este frenesí religioso, los papas condenaron estas flagelaciones públicas como indecentes, y contrarias á la ley de Dios y á las buenas costumbres.

En el siglo siguiente, hácia el año 1348, cuando la peste negra y demás calamidades asolaron la Europa entera, volvió á empezar en Alemania el furor de las flagelaciones. Los que estaban apoderados de él se reunían, abandonaban su hogar, recorrían los pueblos y las aldeas, exhortaban á todo el mundo á que se azotase y daban ejemplo de ello. Enseñaban que las *flagelaciones* tenían la misma virtud que el bautismo y demás sacramentos; que se obtenía por ellas la remisión de los pecados sin el auxilio de los méritos de Jesucristo; que la ley que había dado debía abolirse bien pronto, y sustituirla otra nueva que añadía el bautismo de sangre, sin el que no se podía salvar ningún cristiano. Por último, ocasionaron sediciones, asesinatos, saqueos. Clemente VII condenó esta secta; los inquisidores entregaron al suplicio algunos de estos fanáticos; los príncipes de Alemania se unieron á los obispos para exterminarlos; Gerson escribió contra ellos, y el rey Felipe de Valois impidió que penetrasen en Francia.

A principios del siglo xv hácia el año 1414, se vieron renacer en Misnia, en la Turingia y en la Baja Sajonia, *flagelantes* aferrados en los mismos errores que sus predecesores. Desechaban no solo los sacramentos, sino también todas las prácticas del culto exterior; fundaban todas las esperanzas de su salvación en la fé y en la *flagelación*; decían que para salvarse bastaba creer lo que está contenido en el símbolo de los apóstoles, recitar muchas veces la oración dominical y la salutación angélica, y azotarse de cuando en cuando para expiar los pecados cometidos. *Mosheim, Hist. ecles. del siglo xv, 2.ª p., c. 5, § 5.* La inquisición encarceló un gran número de ellos; fueron castigados cerca de ciento para intimidar á los que estuviesen tentados de imitarlos y de renovar los antiguos desórdenes.

En Italia, en España y Alemania, hay todavía cofradías de penitentes que usan las flagelaciones; pero no tienen nada de comun con los *flagelantes* fanáticos de que acabamos de hablar. Cuando esta práctica de penitencia se halla inspirada por un sincero pesar de haber pecado, y por el deseo de calmar la Justicia divina, sin duda que es laudable; pero cuando se verifica públicamente, es peligroso y degenera en mero espectáculo, que en nada contribuye á la corrección de las costumbres. Como hay otros medios de mortificarse, tales como la abstinencia, el ayuno, la privación de los placeres, las vigiliias, el trabajo, el silencio, el cilicio, parecen preferibles á las flagelaciones.

El padre Gretser, jesuita, había tomado la defensa de aquellos en un libro titulado: *De spontanea disciplinarum seu flagellorum cruce*, impreso en Colonia en 1660. En 1700,

el abate Boileau, doctor de la Sorbona y canónigo de la santa capilla de París, los combatió; mas su *Historia de los flagelantes* escandalizó al público con sus relaciones é indecentes reflexiones.

M. Thiers criticó esta historia con poco éxito; su refutación es débil y enojosa. (*Bergier.*)

ATOCIANOS.

Estos herejes del siglo xiii creían que el alma moría con el cuerpo y que todos los pecados eran iguales. Lograron hacer muy pocos prosélitos, pues nunca los han hecho en gran número los que han pretendido que el hombre como la bestia acaba en el sepulcro. ; Tan arraigada ha estado siempre la idea de la inmortalidad del alma ! Los atocianos desaparecieron pues en muy breve tiempo.

PASTORES.

Fué una secta de fanáticos, formada á mitad del siglo xiii por un tal Jacob Hongrois, monje apóstata. En su juventud, fué uno de los que más trabajaron para formar la cruzada de niños de Francia y Alemania, la mayor parte de los cuales perecieron de hambre y de fatigas.

En 1250 san Luis fué hecho prisionero por los sarracenos, y Jacob, bajo una pretendida revelación, predicó que los pastores eran los destinados del cielo para librar al santo

monarca. Los pastores le creyeron, le siguieron en tropel y se cruzaron tomando el nombre de *pastores*. A esta cruzada se unieron multitud de vagamundos, ladrones, excomulgados y toda suerfe de bribones. No se opuso á la formación de aquella cruzada la reina Blanca que gobernaba el reino durante la ausencia de su hijo ; empero, así que supo que predicaban contra el papa, contra el clero y contra la fé, que cometían toda clase de robos y pillajes, determinó exterminarlos sin pérdida de tiempo. Cuando se supo la clase de gente que era, fueron muy perseguidos. Un cortador ó carnicero mató á Jacob de un baczazo en el momento que predicaba, y todos ellos fueron mirados como bestias feroces. La secta fué exterminada. Más tarde en 1320 apareció de nuevo, bajo el pretexto de ir á la conquista de la Tierra Santa, empero cometieron iguales desórdenes y fueron exterminados de la misma manera que los primeros.

AFOSTÓLICOS.

Nombre que tomaron dos sectas diferentes con el pretexto de que imitaban las costumbres y práctica de los apóstoles.

Los primeros *apostólicos*, llamados también *apotáctitos*, trajeron su origen de los encratitas ó los cataros en el siglo tercero; profesaban la abstinencia del matrimonio, del vino, de la carne, etc.

La otra secta de los *apostólicos* hizo mucho ruido el siglo trece: fué su fundador Gerardo Sagarelli ó Segarel, natural

de Parma. Exigia de sus discípulos, á imitacion de los apóstoles, fuesen de ciudad en ciudad vestidos de blanco, con una barba larga, los cabellos esparcidos y la cabeza desnuda, acompañados de ciertas mujeres que llamaban sus hermanas. Les obligaban á renunciar á toda propiedad y á predicar la penitencia; pero en sus reuniones particulares anunciaban la destruccion próxima de la Iglesia de Roma, el establecimiento de un culto más puro y de una iglesia más gloriosa. Esta iglesia, segun él, era su secta que denominaba la *congregacion espiritual*. Publicó que toda la autoridad que Jesucristo habia dado á san Pedro y á sus sucesores habia concluido, y que él la habia heredado; que así el soberano pontífice no tenia ninguna autoridad sobre él: añadia que las mujeres podian dejar á sus maridos, y los maridos á sus mujeres para entrar en su congregacion, que era el único medio de salvarse; que estando en todas partes Dios, no habia necesidad de iglesia ni de servicio divino; que no era necesario hacer votos, y que la adhesion á su doctrina santificaba las acciones más criminales. Fácilmente se conocen los desórdenes que podian resultar de esta doctrina fanática. Segarel fué quemado vivo en Parma el año 1300. Por causa suya algunos autores han designado á los *apostólicos* con el nombre de *segarellanos*.

Despues de su muerte otro fanático de Novara llamado *Ducino*, ó *Ducino*, ocupó su lugar; se alababa de haber sido enviado del cielo para anunciar á los hombres el reinado de la caridad; se decía que se entregaba á la impudicia, y que la permitia á sus sectarios: la moral practicada por Segarel debia necesariamente producir este efecto. Entonces los

apostólicos fueron llamados *dulcinistas* por el nombre de su nuevo jefe, que miraban como el fundador del tercer reinado. Seducidos por las pretendidas profecias del abad Joaquín que corrian por entonces, decian que el reinado del Padre habia durado desde el principio del mundo hasta Jesucristo; que el del Hijo habia concluido el año 1300; que el del Espíritu Santo empezaba bajo la direccion de Ducino. Este publicó que el papa Bonifacio VIII, los sacerdotes y los frailes perecerian al filo de la espada del emperador Federico III, hijo de Pedro, rey de Aragon, y que un nuevo pontífice más piadoso seria colocado en la silla de Roma. Levantó tambien un ejército, á fin de empezar á verificar él mismo sus predicciones. Revnier, obispo de Vercell, se opuso vivamente á este sectario, y durante una guerra de más de dos años se derramó mucha sangre por una y otra parte. Ultimamente, vencido y hecho prisionero Ducino en una batalla, fué muerto en Vercell el año 1307 con una mujer llamada *Margarita*, que habia tomado por hermana espiritual.

Desde aquel momento desapareció su secta en Italia. Se presume que sus restos se reunieron á los valdenses en los valles del Piemonte, pero tambien se hallaron algunos en Francia y en Alemania. Mosheim asegura que el año 1402 uno de estos fanáticos fué quemado vivo en Lubeck. *Hist. ecles. del siglo xii, 2.ª parte, c. 5, § 14, nota*. Cuando los protestantes declaman contra los suplicios que hicieron padecer á estos sectarios, deberian tener presente que no fueron castigados por sus errores, sino porque alteraban la tranquilidad pública y el orden de la sociedad. Un error

inocente que no puede perjudicar á nadie sin duda es perdonable; pero una doctrina sediciosa que enardece los espíritus, corrompe las costumbres, alarma á los gobiernos, y es seguida de una conmocion del pueblo, es un crimen de estado; hay un derecho para castigar á sus autores y sectarios pertinaces.

No es de extrañar que los historiadores no hayan referido de un modo uniforme los errores y la conducta de los *apostólicos*. En una secta de fanáticos ignorantes no puede ser una misma la creencia; cada uno tiene derecho para soñar y publicar sus visiones: algunos pueden tener costumbres puras, al paso que otros se entregan á los mayores desórdenes. Lo mismo ha sucedido en todos tiempos y en toda clase de sectarios.

Mosheim nos dice tambien que entre los mennonitas ó anabaptistas de Holanda existe una rama que se denomina *apostólicos*, del nombre de *Samuel Apóstol*, uno de sus pastores. Son unos mennonitas rígidos, que no admiten en su comunión sino aquellos que hacen profesion de creer todos los puntos de doctrina contenidos en su confesion de fé pública; en vez de que otra rama denominada de los *gutenistas* recibe á todos aquellos que reconocen el origen divino del Antiguo y Nuevo Testamento, cualesquiera que sean por otra parte sus opiniones particulares. *Hist. ecles. del siglo xvii, sect. 2.^a, 2.^a parte, c. IV, § 7. (Bergier.)*

FRATICELLOS.

Algunos hermanos menores obtuvieron del papa Celestino V el permiso de vivir en ermitas y de practicar á la letra la regla de san Francisco. Algunos de estos religiosos, pretextando el desco de llevar una vida más retirada y más perfecta, abandonaron sus conventos, siendo imitados por algunos legos que les siguieron, ganosos de llegar á una perfeccion extraordinaria, por lo cual se reunieron. Llamáronse hermanos y los seculares fraticellos.

Estos monjes, separados de sus conventos, vivían sin regla, sin sujecion á jefe alguno, y hacían consistir toda la perfeccion cristiana en una absoluta renuncia de toda propiedad, porque la pobreza forma el carácter principal de la regla de san Francisco, la cual profesaban los hermanos Macerota y otro franciscano que habian dado nacimiento á la secta.

Los fraticellos se paseaban ó cantaban, y para observar más escrupulosamente el voto de pobreza, no trabajaban jamás, por temor de que el trabajo les diese derecho á alguna cosa. Decían que era necesario orar sin cesar para no entrar en tentacion. Algunos les daban en rostro con su ociosidad, pero ellos contestaban con la mayor tranquilidad que la conciencia no les permitía trabajar por una manutencion que perece, y que el trabajo espiritual, único á que se dedicaban, consiste en cantar y en rezar.

A pesar de esta absoluta renuncia que hacían de todas

las cosas, es lo cierto que los fraticellos no carecían de nada. Así es que una multitud de artesanos de todos los oficios abandonaba el trabajo, y tomaba el hábito de los fraticellos. No era en la mayoría un deseo de perfección, sino de asegurar el sustento sin necesidad de trabajar. Ibanse, pues, reuniendo un gran número de vagamundos que, bajo la apariencia de religión, buscaban únicamente sus propias comodidades. Muchos religiosos, y entre ellos algunos franciscanos, malcontentos de su estado, entraban á engrosar las filas de los fraticellos, que lograron extenderse en la Toscana, la Calabria y otros puntos.

Enterado el papa Juan XXII de los abusos de estas asociaciones y de la absoluta carencia de espíritu religioso en ellas, las prohibió, y excomulgó á los que las componían.

Irritados los fraticellos por esta medida tomada por el Jefe supremo de la Iglesia, atacaron su autoridad, fundándose en el especioso pretexto de que la pobreza evangélica era la primera obligación del orden de san Francisco y del cristianismo.

No negaban la autoridad del papa, dice Pluquet; lo que únicamente pretendían era restringirla, y creían que sus excomunicaciones no podían perjudicarles: 1.º Porque habían sido aprobados por Celestino V, y que un papa no podía destruir lo que su predecesor había establecido. 2.º Porque la sociedad de ellos estaba autorizada en el Evangelio y que el papa no podía hacer nada que fuese contra el Evangelio. 3.º En fin, para terminar la cuestión, distinguían dos Iglesias: una era toda exterior, rica, poseedora de dominios y de dignidades. El papa y los obispos domi-

naban en esta Iglesia y podían arrojar de ella á los que excomulgaban. Empero había otra Iglesia enteramente espiritual, que no tenía otro apoyo que su pobreza, ni otras riquezas que sus virtudes: Jesucristo era el Jefe de esta Iglesia, y los fraticellos sus miembros. El papa no tenía sobre esta Iglesia ningún imperio, ninguna autoridad, y su excomunión no tenía la menor fuerza para excluir de ella á ninguno de sus miembros.

De estos absurdos principios concluyeron que fuera de su Iglesia no había sacramentos, que los ministros pecadores no podían conferirselos, y enseñando este principio fundamental de su cisma, renovaron diferentes errores de los donatistas, los albigenses y otros sectas.

Extendiéronse por toda la Italia para predicar sus errores y separar á los fieles de la obediencia al soberano pontífice.

Juan XXII escribió á todos los príncipes á fin de que persiguieran la secta, y encargó á los inquisidores que les juzgasen con el mayor rigor.

Los saetarios, continuando en sus propósitos de combatir la autoridad pontificia, empezaron á sostener que el papa no era más sucesor de los apóstoles que los demás obispos; que no tenía ningún poder en los Estados de los príncipes cristianos y que no tenía ningún poder coactivo.

El concurso de todos estos artificios sostuvo por algún tiempo á los fraticellos contra la autoridad del papa: sin embargo fueron quemados muchos, y ellos procuraron reparar estas pérdidas con nuevos prosélitos. En fin, no teniendo ni iglesias ni ministros, ellos pretendían que los

fraticellos tenían todo el poder de absolver y de consagrar, y que era inútil rogar en las iglesias consagradas.

Grandes fueron los esfuerzos que se hicieron para concluir con los fraticellos, no siendo los franciscanos los que ménos trabajaron para conseguir aquel objeto. La secta, despues de haber resistido por mucho tiempo los ataques del papa, al fin se disipó, y sus restos pasaron á Alemania y subsistieron allí bajo la protección de Luis de Baviera, que aborrecia á Juan XXII, y ella se confundió con los beguardos.

El nombre de fraticellos se dió indistintamente á esa multitud de sectas que inundaron la Europa en el siglo décimotercero y principios del siguiente. Estos sectarios cayeron en los desórdenes más horribles: pretendían que ni Jesucristo ni los apóstoles habían observado continencia, y que tenían sus propias mujeres ó las de otros. Entre ellos había quienes sostuviesen que el adulterio y el incesto no eran crímenes si se cometían dentro de la secta (1).

Tal es, concluye Pluquet, que nos ha suministrado las noticias que quedan consignadas, el cuadro que nos ofrece un siglo ignorante precedido de siglos aun más ignorantes todavía, y durante los cuales no se economizó ni la sangre ni el hierro. La Europa cristiana estaba llena de ejércitos de cruzados y de inquisidores, que habían destruido las herejías y que se hallaban aplicados á corregir los desórdenes que se atribuían á los católicos y en reformar las costumbres, que se miraba como un preservativo contra la seducción de los albigenses y demás herejes.

Verdaderamente no podía ser más laudable el cuadro que

(1) D'Argentré, Collect. juif.

presentaban los pueblos cristianos y muy especialmente la Francia, donde dominaban tantos errores, combatiéndose de mil maneras diferentes la fé salvadora. Si la Iglesia no hubiese desplegado tanto rigor contra los herejes, es bien seguro que sería muy diferente el aspecto que hoy presentaría la Europa. Bien lo conocen los mismos que declaman contra las medidas de rigor que la prudencia aconsejó tomar en aquella época.

ARISTOTÉLICOS.

Se da este nombre á los que bebieron en las fuentes de los principios y doctrina de Aristóteles algunos errores, que el obispo de Paris, Esteban Tempier, censuró el 7 de marzo de 1277. Las proposiciones censuradas por el prelado demuestran cuánto oscureciera la admirable luz que el Evangelio nos había suministrado acerca de Dios, del alma, de la voluntad, del mundo, de la sabiduría y de la moral, la introduccion de los métodos paganos en la enseñanza cristiana. Estos errores contienen el germen, son el origen y la principal causa de todos los de los siglos subsiguientes, porque la sentencia de condenacion del obispo de Paris no tuvo por resultado el desterrar las obras de Aristóteles de la enseñanza pública y particular.

« Es útil, dice Bonneti, el recomendar á los que quieran conocer las causas y seguir la filiacion de los errores que han despedazado la Iglesia, el que estudien si en las proposiciones sobre Dios, el alma y el entendimiento humano,

no se encuentra ya envueltas las objeciones de los filósofos acerca de la Trinidad, la presencia de Dios y la espiritualidad del alma: en las proposiciones de Lutero y las sutilezas de los Jansenistas, sobre la gracia, la libertad y la predestinación; en las proposiciones sobre el mundo, los errores de la astrología judiciaria, y la manía de conocer el porvenir por tantos medios ridículos; por último en las proposiciones sobre la filosofía y la teología, las causas de la oposición que ha creído ver, y que muchas personas creen todavía ver entre la naturaleza y la gracia, la razón y la fé, la ley natural y la ley revelada, la filosofía y la teología.

«Después de estas investigaciones será preciso examinar también, si no quedan en el día algunos restos de aquellos errores aristotélicos en nuestros libros de enseñanza elemental: porque hay que tener presente que la autoridad de Aristóteles ha sido repudiada en física, en medicina, en astronomía y en la mayor parte de las demás ciencias: no han quedado vestigios más que en la enseñanza de la filosofía.

«Creemos que sea más importante examinar esta cuestión, porque siempre que el error se encuentra en las inteligencias, en la enseñanza es en donde debe buscarse su causa.»

CONDORMIENTES.

Nombre de secta; ha habido dos llamadas así: los primeros infestaron la Alemania en el siglo XIII: tuvieron por jefe un hombre de Toledo. Se reunían en un lugar cerca de

Colonia; allí, se dice, adoraban una imagen de Lucifer, y recibían sus oráculos: pero este hecho no está suficientemente probado. Añade la leyenda que habiendo llevado allí un eclesiástico la Eucaristía, se rompió el idolo en mil pedazos: esto se parece mucho á las fábulas populares. Dormían en una misma habitación sin distinción de sexo bajo pretexto de caridad.

Los otros, que aparecieron en el siglo XVI, eran una rama de los anabaptistas; caían en la misma indecencia que los precedentes y bajo el mismo pretexto. No es la primera vez que esta torpeza se ha visto en el mundo.

ARNALDO DE VILLANUEVA.

Fué llamado así del lugar de su nacimiento, ocurrido en el último tercio del siglo XIII, según la mayor parte de los escritores. Después de haber estudiado humanidades se dedicó á la química, y más adelante á la filosofía y á la medicina, haciendo grandes progresos, porque estaba adornado de claro talento y privilegiado ingenio.

Después de haber recorrido las escuelas de Francia pasó á España con el objeto de comprender los filósofos árabes. Más tarde pasó á Italia para conferenciar con algunos filósofos pitagóricos que gozaban de gran reputación en aquel país. No satisfecho con estos viajes y con tantas conferencias con hombres célebres, formó el proyecto de pasar á Grecia para tener nuevas conferencias con los sabios que tanta fama gozaban en aquel país: empero las guerras que

lo desolaban le impidieron realizar su proyecto. Así, pues, se retiró á Paris, dedicándose á la práctica de la medicina, en la que adquirió una gran reputación.

Tal vez esa misma fama y el nombre que habia adquirido le hincharon, haciendo nacer en él la vanidad y la soberbia. El caso es que llegó á creerse capaz para todo, y cayó en muchos errores. Hé aquí las proposiciones que sostenia: VERITATIS

1.º La naturaleza humana en Jesucristo es en todo igual á la Divinidad.

2.º El alma de Jesucristo, despues de su unión, supo todo lo que sabia la Divinidad.

3.º El demonio ha pervertido á todo el género humano, y ha hecho perecer la fé.

4.º Los monjes corrompen la doctrina de Jesucristo: no tienen caridad, y se condenan todos.

5.º El estudio de la filosofia debe ser desterrado de las escuelas, y los teólogos obran muy mal sirviéndose de ella.

6.º La revelación hecha á Cirilo es más preciosa que la Escritura Santa.

7.º Las obras de misericordia son más agradables á Dios que el sacrificio del altar.

8.º Las fundaciones de beneficios son inútiles.

9.º Todos los que fundan capillas ó misas perpétuas incurren en condenación eterna.

10. El sacerdote que ofrece el sacrificio del altar y el que lo hace ofrecer, no ofrecen nada de ellos á Dios.

11. La pasión de Jesucristo es mejor representada por las limosnas que por el sacrificio del altar.

12. Dios no es alabado por obras en el sacrificio de la misa, sino solo por palabras.

13. No hay en las constituciones de los papas otra cosa que obras de hombre.

14. Dios no ha podido amenazar con la condenación eterna á los que pecan, sino tan solo á aquellos que dan mal ejemplo.

15. El mundo acabará en 1335.

Todas estas proposiciones están entresacadas de diversos libros compuestos por Arnaldo de Villanueva. Tales son el titulado: *De la humanidad y de la paciencia de Jesucristo*, y el libro: *Del fin del mundo, de la caridad, etc.*

Las quince proposiciones que hemos citado fueron condenadas en un concilio de Tarragona, despues de su muerte, porque tenia algunos sectarios en España. No es cierto que Arnaldo fuese del número de los que á duras penas se libraron de las manos del verdugo, como dice Mosheim. Murió en el buque que le conducia á Italia, donde habia sido llamado para tratar con el papa Clemente V, y fue enterrado en Génova en 1313.

ARNALDO DE MONTANIER.

Nació en Puigcerdá, en Cataluña, y enseñó que Jesucristo y los apóstoles no tenían nada en propiedad ni en comun; que ninguno de los que vestían el hábito de san Francisco podia condenarse; que san Francisco descendía todos los años al purgatorio y sacaba de él á todos los que habian

pertenecido á su órden y los llevaba al cielo; y en suma, que el orden de san Francisco duraria eternamente.

Fué citado delante del tribunal de la Inquisicion, y se retractó de todo lo que antes habia afirmado: empero esta retractacion no fué sincera y publicó nuevamente los desvarios de su imaginacion. Fué preso en la diócesis de Urgel, cuyo obispo, que era Eymeric, le condenó á una prision perpétua.



AMAURI.

Era Amauri un eclesiástico de la diócesis de Chartres, que hizo sus estudios en Paris en los postreros años del siglo xn, y habiendo hecho grandes progresos en el estudio de la filosofia, la enseñó con bastante reputacion y crédito al principio del siglo xiii. Se habia dedicado especialmente á una de las partes de la filosofia, la lógica. Llevó á Francia los libros de Aristóteles, y todos los filósofos árabes los habian tomado por guia en el estudio de la lógica.

Del estudio de la lógica de Aristóteles pasó Amauri al de su metafísica y su física. Para hacer investigaciones sobre la naturaleza y el origen del mundo, siguió á este filósofo, que seguramente no podia tomarse como un guia infalible.

Aristóteles en sus libros de metafísica examina las opiniones de todos los filósofos que le precedieron y los refuta por creerlos insuficientes. El refutó á Pitágoras que mira los seres simples ó inextensos como los elementos de los cuer-

pos; Demócrito, que cree que todo está compuesto de átomos; Thales, que lo saca todo del agua; Anaximandro, que cree que el infinito es el principio y la causa de todos los seres.

Despues de haber refutado todos esta opinion, Aristóteles supone que todos los seres salen de una materia extensa, pero que no tiene forma ni figura, y á la que él llama materia prima.

Esta materia prima existe por sí misma; el movimiento que la agita es necesario como ella, y aunque Aristóteles reconoce que los espíritus son seres inmatereales, sin embargo, alguna vez parece suponer que los espíritus salen de la materia.

Su discípulo Straton, reprochando estas diferentes opiniones de Aristóteles, habia creído que la materia primera era suficiente para dar razon de la existencia de todos los seres, y que suponiendo el movimiento unido á la materia primera, se encuentra en ella la causa y el principio de todas las cosas.

Mucho tiempo despues de Straton los filósofos árabes que habian comentado á Aristóteles le habian atribuido esta opinion, que habia pasado á Occidente con los libros de los árabes.

Martin el Polonés refiere que Juan Scot habia adoptado esta opinion, y que habia enseñado que no habia en el mundo más que la materia primera, que era todo, y á la que él daba el nombre de Dios (1).

(1) Nicolaus Tricel. in suo Chronico, l. vii. Spicilleg., p. 530. D'Argentré, Collect. Jud., t. 1, p. 128.

Sea que Amauri hubiese considerado el sistema de Aristóteles bajo este concepto, sea que no hiciese otra cosa que adoptar el sistema de Straton, sea que siguiese á los comentadores árabes y á Scot, él creyó en efecto que Dios no era diferente de la materia primera.

Después de haber enseñado la lógica con mucha reputación, Amauri se entregó al estudio de la Escritura Santa, y se propuso explicarla. Como tenía arraigadas las opiniones filosóficas las buscó en la Escritura, y creyó encontrarlas. En la narración de Moisés creyó ver la materia primera, el caos, y pensó que esta primera materia era la causa productora de todos los seres, de la manera que Moisés lo refiere.

Toda la religión se ofreció á los ojos de Amauri como el desenvolvimiento de los fenómenos que debían presentar el movimiento y la materia prima.

Bajo esta base formó su sistema de la religión cristiana.

La materia primera pudo, por sus diferentes formas, producir seres particulares, y Amauri reconocía en la materia primera, que él llamaba Dios, porque era ser necesario é infinito, un Dios en tres personas, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, á quienes atribuía el imperio del mundo, y que él miraba como objeto de la religión.

Empero, como la materia primera estuviere en un movimiento continuo y necesario, la religión y el mundo debían concluir, y todos los seres debían entrar en el seno de la materia primera, que era el ser de los seres, el primer ser, solo indestructible.

La religión, según Amauri, tenía tres épocas, que venían á ser como los reinados de las tres personas de la Trinidad.

El reinado del Padre había durado todo el tiempo de la ley mosaica.

El del Hijo, ó la religión cristiana, no debía durar siempre: las ceremonias y los sacramentos que, según Amauri, hacían su esencia, no serían eternos.

Debía venir un tiempo en que los sacramentos cesarian, y entonces empezaría el reinado del Espíritu Santo, en el que los hombres no tendrían necesidad de sacramentos, y ofrecerían al Sér Supremo un culto puramente espiritual.

Esta época formaría el reinado del Espíritu Santo, reinado anunciado, según Amauri, en la Escritura, y que debía suceder á la religión cristiana, así como esta había sucedido á la mosaica.

La religión cristiana era, pues, el reinado de Jesucristo en el mundo, y todos los hombres bajo esta ley debían ser mirados como miembros de Jesucristo.

La Universidad de París se sublevó contra la doctrina de Amauri. Este la defendió, y parece que su fundamento principal estaba basado en este sofisma de lógica:

La materia primera es un ser simple, porque no tiene ni calidad ni cantidad, ni nada de lo que puede determinar un ser; así, pues, lo que no tiene calidad ni cantidad es un ser simple, luego lo es la primera materia.

Enseñan la religión y la teología que Dios es un ser simple; así es que no puede concebirse diferencia entre seres simples, pues que lo que diferencia á los seres es que unos tienen partes ó calidades de que carecen los otros, que si las tuviesen no serían simples.

Si no hay diferencia ninguna entre la materia primera y

Dios, aquella es Dios; y de este principio Amauri sacó su sistema de religión, como hemos visto.

Amauri fué condenado por la Universidad, y apeló al papa, el cual confirmó el juicio de aquel cuerpo científico. Entonces Amauri se retractó, se retiró á San Martín del Campo, y murió allí de tristeza y de despecho.

Hemos traducido á Ploquet, único autor en que hemos encontrado estos detalles.

DAVID DE DINANT.

Fué éste discípulo de Amauri, cuyos principios adoptó y escribió para justificarlos.

Existían en Francia restos de los cátaros ó de los maniqueos venidos de Italia, los cuales atacaban la autoridad de los ministros de la Iglesia, las ceremonias y los sacramentos: negaban la resurrección, la distinción del vicio y de la virtud, etc. Creían encontrar en el sistema de Amauri pruebas de sus opiniones, y le adoptaron: pretendían que Dios Padre había encarnado en Abraham, Dios Hijo en Jesucristo: que el reino de Jesucristo había pasado, y que por consecuencia los sacramentos no tenían virtud, ni los ministros jurisdicción ni autoridad legítima, porque el reino del Espíritu Santo había llegado, y la religión debía ser toda interior.

De aquí sacaron en consecuencia estos sectarios que todas las acciones corporales son indiferentes. Los sectarios, que casi siempre son hombres ardientes, impetuosos y apasiona-

dos, no dejan nunca de sacar consecuencias de principios como los de Amauri, para entregarse sin escrúpulos á todos los placeres. Estos restos de los cátaros se entregaron á toda clase de desórdenes, bajo el pretexto de que el reinado del Espíritu Santo había llegado, que las acciones corporales eran indiferentes, y que por consecuencia la ley que han prescrito otros no tiene fuerza ni obliga á nadie: cayeron, pues, en los más grandes excesos, y fueron una secta que al principio fué secreta, y que después fué descubierta por falsos prosélitos.

Un platero llamado Guillermo era el jefe de esta secta: se decía enviado de Dios, y profetizó que antes de cinco años el mundo experimentaría cuatro adversidades ó plagas: de hambre sobre el pueblo, de guerra sobre los príncipes, de temblores de tierra que destruirían las ciudades, y de fuego sobre los prelados de la Iglesia. Llamaba al papa el anticristo y á todos los eclesiásticos miembros del anticristo.

También predijo que el rey Felipe Augusto y su hijo reinarian en breve sobre todas las naciones bajo la obediencia del Espíritu Santo.

Catorce de estos sectarios fueron presos y conducidos al concilio que se celebraba entonces en París, donde se les instruyó, pero ellos perseveraron en sus errores. Diez fueron quemados en diciembre de 1210.

El mismo concilio condenó la memoria de Amauri, cuyos restos fueron exhumados y quemados. Condenó también los libros de la metafísica y de la física de Aristóteles, que se miraban como el origen de los errores de Amauri: se quemaron las obras de David de Dinant.

Esta secta no era otra cosa que una turba de fanáticos revoltosos y desordenados. No tenían ningun principio honrado, y no se les podia mirar por lo tanto como defensores de la religion. Se les vio morir sin que nadie se interesase por ellos, y la secta terminó (1).

Tales son las noticias que de estos sectarios nos suministra el *Diccionario de las herejías*.

SEGAREL.

Jorge Segarel, ó Sagarel, era un hombre de muy humilde nacimiento, que no tenía conocimiento alguno de las letras. Quiso ser religioso de san Francisco, y como no hubiese sido admitido, se mandó hacer un hábito semejante á aquel con que en los cuadros se representa á los apóstoles. Vendió una pequeña finca que constituía toda su fortuna, y distribuyó su precio no á los pobres, sino á una turba de haraganes y vagamundos.

Se propuso vivir como san Francisco, é imitar á Jesucristo, y para aventajar á san Francisco en la imitacion del Señor, se hizo circuncidar, se colocó en una cuna y se hizo amamantar por una mujer.

La canalla rodeó á aquel jefe digno de ella, y formó una sociedad que tomó el nombre de apostólicos.

Eran unos mendicantes vagamundos que pretendian que todo era comun incluso las mujeres. Decían que Dios Padre habia gobernado el mundo con severidad y justicia; que la

(1) D'Argentré, Collect. Ind., t. I.

gracia y la sabidoria habian caracterizado el reinado de Jesucristo; empero que el reinado de Jesucristo habia pasado y le habia sucedido el del Espíritu Santo, que es un reinado de amor y de caridad: bajo este reinado la caridad es la sola ley, pero una ley que obliga indispensablemente y que no admite la menor excepcion.

Así, segun Segarel, no puede rehusarse nada de lo que se pide por caridad. A esta sola palabra los sectarios de Segarel daban todo cuanto poseian excepto sus mujeres, por más que como hemos dicho enseñasen que aquellas eran comunes.

Segarel hizo muchos discípulos: la Inquisicion le hizo prender y le quemó; pero su secta no concluyó por entonces. Dulcino, su discípulo, se puso al frente de ella.

DULCINISTAS.

Dulcin nació en Novara, Lombardia, y fué discípulo de Segarel cuyos errores siguió, viniendo á ser jefe de su secta que tomó el nombre de *Apostólicos*. Segun él, la ley del Padre que era de rigor y severidad habia durado hasta Moisés: la del Hijo habia sido la ley de gracia; y en fin, la del Espíritu Santo, ley de caridad y de amor, comenzó con el año 1307 para no terminar sino con el mundo. Siguiendo la enseñanza de Segarel todo era comun entre los dalcinistas, hasta las mujeres. El papa y todos los ministros de la Iglesia estaban depuestos de su poder, despues que este habia pasado por transmision á la secta.

Dalcino fué preso en 1308 y quemado en compañía de una mujer llamada Margarita que había sido la cómplice de sus desórdenes y de sus crímenes. Escribió tres cartas á la cristiandad (1).

FOSARIOS.

Herejes del siglo xm llamados así porque se refugiaban en las fosas y en otros lugares subterráneos, para predicar sus impiedades y cometer crímenes horribles. Venían á formar una de las numerosas ramificaciones de los albigenses que había en Bohemia.

Menospreciaban los principales ritos de la Iglesia, los sacramentos y sus ministros. Su principal ceremonia consistía en una iniciación por cierto bien curiosa. Cada iniciado debía tragarse una mosca enorme, la más gruesa que les era posible encontrar, y esta mosca, sobre la cual habían ya cumplido sus ritos supersticiosos y diabólicos, encerraba el Espíritu Santo que comunicaba á cada uno de ellos una fuerza y vigor que le hacía no poder dejar la secta, y de permanecer adheridos con toda la fuerza de sus convicciones á sus errores.

Esta secta impía y ridícula acabó por desaparecer confundándose con la de los bohemos husitas (2).

(1) Muzi, l. IX; Script., Ital.; Platina, in vita Clem. V; Prætorius, et. Dalcini Sander, luv. 150.

(2) Trithem., in Chronie. Spanheim; P. Alexand., Hist. eccl. xv sæculi, p. 100.

COMINELIANOS.

Secta de valdenses llamados así, tal vez porque hacian comunes todas las cosas. De esta secta hace mención la constitucion del emperador Federico II contra los cátaros y los patarinos.

Segun vamos viendo, la mayor parte de las sectas de esta época venian á ser comunistas: segun se ha notado, muchas de ellas hacian comunes hasta las mujeres. Esto hace presumir que eran hombres poco dados al trabajo y de costumbres corrompidas, y además que pertenecian en su mayor parte á la hez de los pueblos. Siempre se ha visto, y muy especialmente en el último tercio del siglo xviii y en lo que vá corrido del xix, que han proclamado las ideas del comunismo los que nada poseen y miran con envidia á los poseedores de las riquezas; los que pretenden hacer fortuna no por la aplicación y el trabajo honrado, sino por medios reprobados por las leyes. Es ciertamente muy cómodo, si se prescinde de la conciencia, el adquirir bienes, sin poner en tortura la inteligencia ni gastar las fuerzas en los trabajos. Empero hemos visto más de un ejemplo de hombres que proclamaron con ardor y entusiasmo el socialismo cuando nada tenían, y que lo han combatido con todas sus fuerzas y energia luego que poseyendo bienes han temido que les puedan ser arrebatados. Luego es solo el egoismo el móvil de su criminal conducta. La Providencia ha arreglado sabiamente la sociedad, y es una temeridad el oponerse á lo dispuesto

por Dios. Entre este socialismo estúpido y la vida comun de ciertas comunidades religiosas existe una diferencia inmensa; la diferencia que vá de la virtud al crimen. Aquel es la síntesis del egoísmo y de la maldad, al paso que esta es la perfección de la vida evangélica.

TURLUPINOS.

Llamábanse así ciertas sectas de herejes ó más bien de libertinos, que se esparcieron por Francia, Alemania y los Países Bajos en los siglos xiii y xiv. Hacían gala de impudencia y sostenían que no debía tenerse vergüenza de nada de lo que es natural al hombre, pues que es obra de Dios. Pueden comprenderse fácilmente las consecuencias de tal doctrina. Iban desnudos por las calles y no pueden consignarse sin rubor los excesos á que se entregaban. Pronunciáronse contra ellos muchas censuras y fueron condenados en varios concilios, pero ellos despreciaron tales censuras y condenaciones, y aparentando una falsa espiritualidad lograron seducir á muchas personas de uno y otro sexo, y tuvieron el atrevimiento de dogmatizar en París, en cuya capital fueron quemados muchos, entre ellos un tal Juan Abandonne, juntos con sus libros en 1373.

Anteriormente en 1310 había sufrido la misma pena de ser quemada Margarita Poretta, que se distinguía entre ellos, pereciendo en la hoguera un correligionario suyo. Aquella mujer había compuesto un libro en el que se esforzó en probar que el alma, cuando está absorta en el amor de

Dios, no se somete ya á ninguna ley, y que puede, sin hacerse culpable, satisfacer todos los apetitos naturales.

Tal era la corrupción é inmoralidad de los turlupinos que reputaban el pudor y la modestia como señales ciertas de corrupción interior, como el carácter de un alma sujeta á la dominación del espíritu sensual y animal.

La doctrina de los turlupinos era la misma que la de los begardos. Muchos de ellos no seguían en la práctica las consecuencias odiosas é indecentes de sus principios, pero la mayor parte concluyeron por el libertinaje. Así lo dice Mosheim, y el abate Bergier, tomando acta de estas confesiones del escritor protestante, raciocina de este modo: «En vista de todas estas confusiones, no comprendemos cómo este historiador pudo declamar con tanta acrimonia contra la crueldad y barbaria con que suponen fueron tratados estos sectarios, contra los procedimientos de los papas, las sentencias de los inquisidores, etc. ¿Debia pues dejarse propagar una herejía tan perniciosa á la religion y á las costumbres? Es constante por los mismos monumentos que Mosheim citó, que ninguno de estos fanáticos fué castigado por su doctrina precisamente, sino que todos lo fueron por su conducta infame y escandalosa. Otros protestantes han manifestado aun más odio contra la Iglesia romana, cuando sostuvieron que todos los herejes que en la Edad Media se rebelaron contra ella, no eran reprehensibles ni en su doctrina ni en sus costumbres, que se les calumnió para hacerlos odiosos al público, y que no fueron culpables de otro crimen que de haber sacudido el yugo de las leyes tirónicas y de las supersticiones de aquella

Iglesia. El mismo Mosheim no pudo probar su obstinacion.»

No nos es posible dar una etimología satisfactoria del nombre *Turlupinos*, que por otra parte tampoco han sabido encontrarla los escritores que se han ocupado de estos sectarios. La palabra *Turlupin*, francesa, significa en español chocarrón, bufón sin gracia. ¿Sería la chocarrería ó el poco pudor de estos sectarios lo que dio origen al nombre con que son distinguidos?

TANQUELIN.

Llámanle otros *Tanquelino* ó *Tanquelino*, y fué un hereje que causó mucha perturbacion en el Brabante y en Flandes. Su enseñanza no podía ser más impia. Decía que los sacramentos de la Iglesia católica eran unas abominaciones, que los sacerdotes, los obispos y el papa no eran más que legos sin carácter alguno sacerdotal; que el diezmo no les pertenecía en manera alguna, y que la verdadera Iglesia no se componía más que de sus discípulos.

Tanquelin más que hereje era un infame, sin creencias de ninguna clase, que procuraba satisfacer sus brutales pasiones á costa de las víctimas que lograba hacer. Seducía á muchas mujeres, abusaba de ellas, y fascinándolas se hacía dueño de los bienes que poseían.

Consiguió formarse un gran partido en que se hizo jefe, lo cual le enorgullecó sobremanera y afectó la magnificencia y el lujo de un monarca. Y á tanto llegó en su orgullo des-

medido, que pretendió que así como Jesucristo es adorado como Dios porque ha tenido el Espíritu Santo, á él se le debía dar el mismo culto, toda vez que había recibido también la plenitud del Espíritu Santo.

El arzobispo de Colonia hizo prender á aquel insensato impostor, mas él se escapó de la prision y volvió á dedicarse á sus impías predicaciones. Al fin, en uno de los tumultos que generalmente se excitaban, Tanquelin fué muerto. San Norberto y sus canónigos regulares contribuyeron en gran manera á que fuese disipada aquella secta impia que sobrevivió algun tiempo á su fundador.

Hé aquí ahora una juiciosa reflexion de un sabio escritor: «Como un hereje que declama contra el clero no puede jamás equivocarse, segun el juicio de los protestantes, Mosheim dice que si los crímenes imputados á *Tanquelin* fueren verdaderos, hubiera sido un mónstruo de impostura' ó un loco de atar, pero que son increíbles y por consiguiente falsos; que ha lugar á creer que el clero le imputó blasfemias para vengarse de él. *Hist. Eccl.*, part. 2.^a, cap. 5, § 9.

«Nos parece que ha lugar á pensar lo contrario. 1.^o Es más natural creer que un sectario ignorante y fanático, embriagado de su éxito, haya llegado á ser impio é insensato, que juzgar sin prueba que todo el clero de la ciudad de Utrecht estaba compuesto de calumniadores. 2.^o Los historiadores de la vida de san Norberto, testigos contemporáneos, han comprobado lo mismo que el clero de Utrecht. 3.^o La multitud de impostores de la misma especie que aparecieron en el siglo xii, tales como los cataros, llamados también patarinos y sibaneses, especie de maniqueos, Pedro

de Bruys y Enrique Arnaldo de Brescia, Pedro Valdo y los valdenses sus discípulos, los pasaginianos ó circuncisos, los *capuciatí*, los apostólicos, Eon, etc., cuyos errores é impiedades ha referido Mosheim, aunque haya disimulado muchos de ellos, prueba demasiado que, en este siglo de vértigos todo es creíble de parte de los falsos iluminados.

4.° Si se reuniesen todas las groserías, las ocurrencias de taberna y los rasgos de locura esparcidos en los libros de Lutero escritos en alemán, se vería uno tentado á decir que merecía por lo ménos ser encerrado ó condenado como hereje. Mas se ignoran; nadie los lee ya, ni aun los luteranos: esto salva el honor del patriarca de la Reforma. ¿Se sigue que no es él su autor, y que el clero católico, por sus declamaciones, es el que los ha forjado (1)?»

Estas razones del sabio escritor no tienen contestacion posible. En vano, pues, Mosheim se esforzará en negar los crímenes de Tanquelin, expresados, como ha dicho Bergier, por los que escribieron la vida de san Norberto que tanto trabajó como antes hemos indicado para la extincion de aquella secta impia, una de las muchas que en los siglos xu y xiii combatieron el catolicismo.

BOGARMILAS.

Secta de herejes nacida de los maniqueos ó paulicianos, llamada tambien *Dogamilas* ó *Bongomilas*. El nombre, segun Ducange, se deriva de la lengua búlgara ó esclavona,

(1) Bergier. Dic. de Teolog.

en la que *bog* significa Dios y *milva* tened piedad. Designaba, pues, á los hombres que se entregaban con absoluta confianza á la misericordia de Dios.

Los bogarmilas bajo este nombre enseñaban grandes errores, una doctrina impia, parte de la de los maniqueos y parte de los mesalianos.

Decían que no era Dios el que habia criado el mundo, sino un demonio malo, y que Jesucristo no tuvo sino un cuerpo fantástico. Negaban la resurreccion de los muertos, y admitían una resurreccion espiritual por medio de la penitencia.

Del Antiguo Testamento solo admitían siete libros. Tampoco admitían la Eucaristía ni el sacrificio de la misa. El único rezo que tenían era la oracion dominical, y decían que esta oracion era la única Eucaristía. Condenaban el matrimonio; despreciaban las cruces y las imágenes; aseguraban que el bautismo de los católicos no era sino el bautismo de san Juan, y que solo ellos administraban el bautismo de Jesucristo.

A estos herejes se les atribuyen otros muchos errores, y algunos de ellos sobre el misterio de la Santísima Trinidad. Algunos abjuraron sus errores, pero el jefe de la secta, que era un médico, prefirió, antes de abjurar, dejarse quemar en Constantinopla (1).

Estos herejes fueron luego llamados *búlgaros*, por hallarse en bastante número en la Bulgaria y en otros puntos donde lograron extenderse. (Véase el art. *Búlgaros* en la pág. 223 de este tomo.)

(1) Daronio-Spondeo, Eutimio-Sandero, *Herc.* 158.

STADINGO.

Jefe de una secta de fanáticos que hacian profesion de seguir los errores de los maniqueos.

Hé aqui el origen y los progresos de esta secta:

Un dia de Pascua una señora de calidad, esposa de un militar, hizo su ofrenda á su cura, y como éste la encontrase muy módica resolvió vengarse.

Terminado el oficio, la señora se presentó para recibir la comunión, y el cura en vez de dársela con la hostia puso en su boca la moneda que ella habia dado por ofrenda. El recogimiento y el temor de que aquella señora estaba penetrada hizo que no se apercibiese de que en lugar de la hostia habia puesto la moneda en su boca, y la retuvo algun tiempo sin apercibirse: empero, luego que quiso tragar la hostia sufrió el más terrible tormento al encontrarse con que era una moneda lo que tenia en la boca.

Nada sospechó contra el cura, y por el contrario creyó que se habia presentado indignamente á la mesa eucarística, y que la transformacion de la hostia en una moneda no era otra cosa que el justo castigo de su crimen. La alteracion de su alma alteró visiblemente su fisonomia, tanto que advirtiéndolo el marido quiso informarse en seguida de la causa que habia motivado aquel trastorno en su esposa, y comprendiendo todo lo que habia pasado pidió que fuese castigado el sacerdote; y como esto no se verificase, él por consejo de sus amigos le mató.

El militar fué inmediatamente excomulgado, pero no se espantó por esto.

Los maniqueos y los albigenses no habian sido destruidos completamente por las cruzadas y los rigores de la Inquisicion. Esparcidos por la Alemania, sembraban secretamente sus errores. Enterados de lo ocurrido con el militar de que hemos hablado, se propusieron aprovechar en favor de ellos aquella ocasion.

Presentáronse á él para demostrarle que los ministros de la Iglesia no tenian poder alguno para excomulgar.

El militar los escuchó favorablemente.

Viendo ellos tan buenas disposiciones se esforzaron para persuadirle que los sacerdotes no solo eran malos ministros, sino que á más eran ministros de una mala religion que tenia por principio el ser enemiga de los hombres, que no merecia ni sus homenajes ni su amor, añadiendo otras mil impiedades por el mismo estilo.

Los stadingos adoptaron, pues, el dogma de los dos principios de los maniqueos, y rindieron culto á Lucifer ó al demonio en sus asambleas, en las cuales los mayores desórdenes y las infamias venian á ser para ellos ejercicios de piedad.

La secta tomó en poco tiempo gran incremento, pues lograron seducir un gran número de personas. Ya hemos hecho notar, hablando de otras sectas, la facilidad con que en aquellos tiempos de tanta ignorancia encontraba en el momento seguidores entusiastas cualquier fanático que se presentaba predicando nuevas doctrinas por absurdas que ellas fuesen.

Contra ellos se mandaron misioneros, pero los sectarios los colmaron de injurias y de insultos, y despues los hicieron morir. Como un crimen conducc á otro necesariamente, llegaron á persuadirse que harian una obra muy agradable á Lucifer, ó al buen principio, haciendo morir á todos los ministros del cristianismo.

Tal como lo pensaron comenzaron á ponerlo por obra en cuanto les fué posible. Corrieron los pueblos y los campos, destruyendo los templos, derribando los altares, y quitando la vida á cuantos eclesiásticos caian en sus manos.

Al entregarse á tales excesos trataban de justificarse diciendo que estaban en el deber de destruir á los enemigos del Dios bienhechor.

El papa Gregorio IX á vista de los progresos que hacian estos sectarios mandó predicar una cruzada contra ellos, concediendo á los cruzados las mismas indulgencias que estaban acordadas para los que iban á la Tierra Santa.

Instruidos los sectarios en el arte militar por el hombre de guerra que habia dado nacimiento á la secta, marcharon contra el ejército de los cruzados, se batieron, pero fueron completamente derrotados. Mas de seis mil herejes quedaron fuera de combate, y la secta se extinguió (1).

Otros herejes hubo en el siglo xm, tales como Guillermo de Santo Amore, Olivario, Marsilio, etc. No dedicamos á cada uno de estos un artículo especial por no haber encontrado

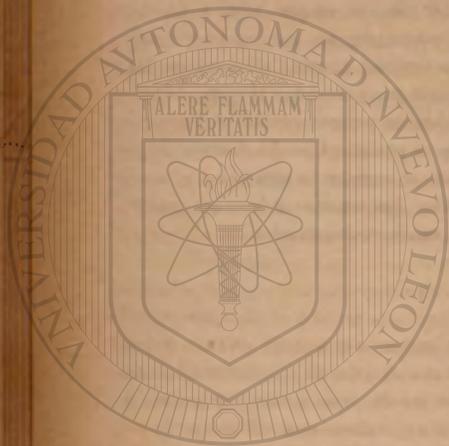
(1) Hist. Alex., in sec. xii; Dupin, cap. 10.

de ellos noticias detalladas, y de algunos tan solo sabemos los nombres. El siglo xiii fué uno de los en que más combates experimentó la Iglesia por parte de los herejes. Sin embargo, la hija del cielo, la religion santa y adorable pasó aquellas tempestades horribles, como más tarde ha pasado otras no ménos terribles. Mientras sus enemigos han desaparecido en la confusion y el oprobio, la Iglesia de Jesucristo atraviesa majestuosa por medio de los siglos, y los hombres pensadores no pueden ménos de observar de qué manera tan admirable se cumplen los vaticinios y promesas de su divino Fundador, que anunció no solo sus grandes padecimientos sino sus constantes triunfos.

SIGLO DÉCIMO CUARTO.

INTRODUCCION.

Hemos visto que los herejes de la Edad Media en su mayor parte trabajaron por desprestigiar la autoridad de la cabeza suprema de la Iglesia, negando sus prerogativas y queriendo oscurecer la grandeza de que el Fundador divino de la Iglesia plugo rodearle. Para los católicos no cabe duda alguna de que el sucesor de Pedro es el Vicario de Jesucristo sobre la tierra, cabeza visible de la santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana. Desgraciadamente son muchos los que imitadores de los antiguos herejes dirigen hoy sus tiros contra aquella autoridad suprema, y nosotros que hemos expuesto las impías doctrinas de los sectarios, debemos ahora desenvolver las glorias del Supremo Pontificado, con lo que tal vez llevaremos el convencimiento á alguna inteligencia extraviada.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES

SIGLO DÉCIMO CUARTO.

INTRODUCCION.

Hemos visto que los herejes de la Edad Media en su mayor parte trabajaron por desprestigiar la autoridad de la cabeza suprema de la Iglesia, negando sus prerogativas y queriendo oscurecer la grandeza de que el Fundador divino de la Iglesia plugo rodearle. Para los católicos no cabe duda alguna de que el sucesor de Pedro es el Vicario de Jesucristo sobre la tierra, cabeza visible de la santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana. Desgraciadamente son muchos los que imitadores de los antiguos herejes dirigen hoy sus tiros contra aquella autoridad suprema, y nosotros que hemos expuesto las impías doctrinas de los sectarios, debemos ahora desenvolver las glorias del Supremo Pontificado, con lo que tal vez llevaremos el convencimiento á alguna inteligencia extraviada.

I.

Primado de san Pedro sobre los demás Apóstoles.

El Primado pontificio tiene su fundamento en el de san Pedro sobre los demás apóstoles. Los santos Padres como intérpretes de las Escrituras han reconocido el establecimiento del Primado en aquellas palabras que Jesucristo dijo á san Pedro en presencia de los demás discípulos: *Tu es Petrus, et super hanc petram edificabo Ecclesiam meam, et porta inferi non prevalebunt adversus eam, et tibi dabo claves regni caelorum* (1). Esta manifestacion que aparecia como una promesa, se vé realizada cuando más adelante dijo por tres veces: *pascere agnos meos, pascere oves meas* (2); y en otro lugar del Evangelio de san Lucas: *Ego autem rogavi pro te ut non deficiat fides tua, et tu aliquando conversus confirma fratres tuos* (3).

En apoyo de la Primacia de san Pedro pueden presentarse muchos hechos históricos tomados de la Sagrada Escritura.

Siempre se vé á san Pedro figurar el primero entre los apóstoles, aun en aquellos dias en que la Iglesia se hallaba como encerrada dentro de los muros de Jerusalem, y no

(1) Matth., xvi. 18.—Bajo las dos metáforas de fundamento y llaves está significado perfectamente el poder que Jesucristo dió á san Pedro, porque el cimiento es la base y seguridad del edificio, y san Pedro la cabeza de la Iglesia; así como las llaves que se le entregaron son simbolo de autoridad, como lo son en el padre de familia respecto á su casa, y en el gobernador respecto de la ciudad. (Galimaga).

(2) Joann., xxi, 15.—Por las frases metafóricas *orderos y ovejas* los santos Padres han entendido siempre los fieles y los obispos.

(3) Luc. xxi, 31.

Contexto sobre la fuerza de esta afirmación.

porque fuese el primero llamado al apostolado ni el de mayor edad, sino por la consideracion de la supremacia. Debe tenerse en cuenta que su hermano Andrés fué llamado primero que él, y que segun san Epifanio era de mayor edad. Esto prueba lo que acabamos de decir.

Pedro fué el que convocó el primer concilio apostólico para elegir un apóstol en lugar de Judas el prevaricador (1). En esta asamblea él fué el primero que habló, así como cuando en otra se trató de la abolicion de los *legales*, y por último cuando acordaron dedicarse unos á la predicacion de los judios, y otros á los gentiles (2), siendo atendidas siempre sus observaciones y cumplidos sus mandatos.

Entusiasmase el Crisóstomo al contemplar esta sublime autoridad del Principe de los apóstoles, y exclama: «Pedro es la piedra inquebrantable contra la que vendrán á estrellarse los perpétuos embates del mar tempestuoso del error; el alcázar de Sion que nunca lograrán conmover los furiosos huracanes de las pasiones; el astro brillantísimo de la religion que en ningún tiempo padecerá eclipse; el apóstol grande sobre cuyos hombros gravita todo el peso de la autoridad divina y á quien están vinculados los destinos del porvenir de la humanidad. Corifeo del apostolado, único escogido, beatísimo, celeberrimo, boca, lengua y voz de los predicadores, pescador del orbe, piedra angular del edificio religioso, firmamento, columna, candelero de la fé, padre, custodio del dogma, clavero celestial, maestro infalible, á quien ni engañan ni vencen las po-

(1) Act. Apost. ii, 24.

(2) Ad Galat. ii, 9.

Citas falsas. Véase arriba.

«testadas del infierno y en quien se robustece la firmeza de los pastores.»

¡Oh! Admirable se presenta á los ojos del observador el ver al jefe del apostolado dirigirse á la capital del imperio romano, apoyado en su báculo, á disputar á los señores del mundo el dominio universal de la razon; no el dominio de la fuerza y de la espada, sino el dominio de la palabra. Allá se dirige, fija su vista en las siete colinas y forma el proyecto de establecer entre ellas el reino de Jesucristo, y de preparar los medios para que un día se eleve sobre la majestuosa cumbre del Capitolio el signo santo y adorable de la Redención de la humanidad. El derramará su sangre, y en pos de él más de treinta sucesores cuyos sufrirán crueles martirios por mantener viva la antorcha de la fé cristiana. Tras estos vendrán otros, porque nunca faltará á la Iglesia una cabeza visible que defienda sus derechos sin doblegarse jamás ante las exigencias de poderes tiránicos.

Pedro vive en sus sucesores: ora se llame Victor, ora Clemente, ya Pio, ya Leon, siempre la Iglesia tiene consigo á aquel á quien Jesucristo dijo: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.*

II.

De la autoridad moral é infalible de la Iglesia.

En el historiado que venimos haciendo de las herejías y errores de todos los siglos, vemos un gran número de in-

sensatos que por autoridad propia se convierten en maestros de la humanidad, y creyéndose dueños de todas las verdades se presentan como dogmatizadores, pretendiendo ser creídos por solo su palabra y que sean aceptados sus principios y abrazadas sus doctrinas.

Es indudable que nadie tiene derecho á enseñar si no está cierto de lo que enseña, y que nadie tiene derecho de pretender que se crea lo que enseña si no es infalible. Hace notar un gran escritor, que hay una gran diferencia entre la certidumbre y la infalibilidad; y es que la primera consiste en no poder engañarse en un caso dado, mientras la infalibilidad consiste en no poderse engañar nunca.

Acabamos de citar frases de un sabio cuyos escritos leemos siempre con placer, y no privaremos al lector del gusto de saborear un bellissimo razonamiento del mismo. El escritor es el padre Lacordaire. Dice así:

«Posee la Iglesia la ciencia de lo que enseña; no obra por una fé ciega, sino por una fé fundada en las ideas generales más elevadas, en monumentos históricos de la más remota antigüedad y de la autenticidad más segura, en la experiencia del influjo venturoso y civilizador que ejerce en el mundo, y por último, en una tradicion y en un conjunto de hechos de todas clases que explora y ensancha de continuo con sus trabajos. Si hay en alguna parte ciencia, estudio, experiencia, es seguramente en una sociedad donde representa tan insigne papel el desarrollo de todas las fuerzas del entendimiento, y que ha poseído desde el origen de las edades, y especialmente desde Jesucristo, innumerable multitud de varones esclare-

cidos que han llenado el mundo con su palabra y con sus escritos.

» Y ¿cómo no había de ser sabia la Iglesia? Había nacido en la ciencia, en uno de los siglos más brillantes que recuerda la historia, en el siglo de Augusto, precedido por otros que habían elevado hasta la perfección las letras, las artes y la filosofía, á fin de que nunca se dijese que el cristianismo había nacido entre sombras. Recibiónos la ciencia en la cuna, nos vigió, nos estudió, nos combatió, nos dió defensores entre aquellos filósofos cuyo destronamiento habíamos consumado, y muchos de los cuales rindieron á Jesucristo el triple testimonio de su genio, de su saber y de sus errores. Después cuando la invasión de los bárbaros amagó extinguir la ciencia en Europa, ¿quién la salvó del naufragio? ¿Quién preparó nuevas naciones dignas de poseer la verdad? ¿Eran vuestros padres (1)? ¡Ah! ¡vuestros padres blandían la espada, la espada ayer, la espada mañana, la espada siempre! Ved aquí cuál era vuestra herencia, hombres tan orgullosos hoy de vuestro saber, sin que por ello os censuremos. Allí estabais en la persona de vuestros mayores formando una barrera armada contra la cual venían á estrellarse las nuevas invasiones, y un inmenso cuadro europeo para proteger en el exterior lo que en el interior se desarrollaba. Entre tanto, nosotros, pacíficos y laboriosos, en la persona de nuestros mayores reconstruimos la ciencia sobre las ruinas del saber antiguo, á fin de que pudieseis heredarla algún día, para que habiendo la verdad un siglo digno de ella no mandase á es-

(1) El padre Lacordaire pronunciaba esta conferencia en Ntra. Sra. de París.

clavos, sino que brillara en un imperio fundado sobre la legítima convicción de los entendimientos.

» Vino esa edad que habíamos preparado; vino, y la ciencia, hija ingrata y desnaturalizada, trasmitada apenas de nuestras manos á las vuestras, se rebeló contra nosotros y nos acusó; á nosotros, que la habíamos acogido nuevamente cuando libertándose ensangrentada de la cuchilla de Mahoma se había refugiado acosada y perdida bajo la púrpura de nuestros papas. Y, ¿qué hicimos entonces? ¿Nos rebelamos contra la ciencia ó nos sometimos á su yugo? Ni lo uno, ni lo otro: la resistimos, nos opusimos como un muro de bronce, no contra ella, sino contra sus extravíos, y hoy hijos de la ciencia, salvadores de la ciencia, protectores de la ciencia, llegamos á una época no ménos gloriosa para la Iglesia, época en que reconociendo la ciencia la vanidad de sus esfuerzos contra nosotros, vendrá á buscarnos á nuestros templos, y á ofrecernos el ósculo de reconciliación y de justicia de que nos es deudora.

» Es, pues, la Iglesia un cuerpo sabio, y conviene añadir que este carácter no pertenece en tan alto grado á ninguna otra autoridad religiosa. Fuera de la Iglesia, hallamos ante todo la enseñanza de las religiones no cristianas; ¿llevan estas por ventura el sello de la ciencia? La ciencia encerrada en las castas sacerdotales de la India, del Egipto y de la Grecia, no se manifestaba exteriormente; era un secreto sin carácter científico. La religión mahometana ofrece un ejemplo parecido. El Koran no es más que un plagio de la Biblia. Mahoma solo ha atacado un corto número de puntos del cristianismo, el misterio de la Santísima Trinidad y la

divinidad de Jesucristo; ha reconocido la unidad de Dios, la creacion del mundo, como tambien toda la serie histórica de hombres inspirados, Adán, Noé, Abraham y Moisés. Hirió al cristianismo, es verdad; pero, ¿cuál fué en el instante la venganza de este atentado? Su religion ha sido condenada á no ser más que una religion no cristiana; habia querido echar la piedra angular del edificio, y la piedra angular ha caído sobre su cabeza; pesa la ignorancia sobre su nacion, esa nacion cuyos emisarios vienen hoy á mendigar una pequeña parte de nuestra ciencia, homenaje magnífico que Dios les hace rendir á la superioridad de los pueblos cristianos. Vanamente adoptan trajes europeos, en vano da el Sultan festines á la europea... Pesa sobre este territorio la maldicion de la ignorancia. Los naturales han negado á Jesucristo, y solo con Jesucristo aparocetá entre ellos la ciencia (1). »

¡Oh! ¡Qué bellissimo razonamiento! ¿Y se encuentra la ciencia, la verdadera ciencia que ilustra los espíritus y aclara la inteligencia, en los demás países donde se profesan otras religiones no cristianas? ¿Se encuentra en la india? ¿Resplandece entre los adoradores de Brama, Vishnú y Siva, de esa ridícula trinidad que adoran los bramanes? Se encuentra entre los hijos del celeste Imperio? Podrán encontrarse y se encontrarán en efecto progresos en ciertas y determinadas artes, pero la ciencia no la tienen porque no tienen á Jesucristo.

Empero ya que el objeto de nuestra obra es tratar de las herejías, conviene reproducir otro párrafo no ménos elo-

(1) Véase la nota anterior.

cuente del mismo Lacordaire. «¿Querais considerar las herejías cristianas? En su mayor parte poseen todavia la ciencia: esas sectas viven en comarcas honradas con el culto de las letras y de las artes, porque no han negado á Jesucristo. Pero, admirad otro prodigio: esa ciencia que nos conserva la unidad y vive con ella como hermana, ¿qué hace entre las sectas? Devora la religion, y hace lo que ha hecho siempre con las herejías. Al separarse estas de la Iglesia, han llevado la ciencia bajo su manto, si bien la ciencia ha hecho lo que el acero que gasta la vaina; la vaina no tenia bastante firmeza, y nunca han vivido las herejías más de tres ó cuatro siglos. La ciencia es para ellas un océano borrascoso que asalta, se retira y vuelve hasta que arrastra los continentes á un vasto y general naufragio. El protestantismo ha llegado hoy á esa era fatal; empieza su cuarto siglo, y con su cuarto siglo empieza su ruina que ya descubran los hombres previsores, y que apenas se oculta á los frívolos y preocupados. De consiguiente, la ciencia, primera condicion de la certidumbre ó de la autoridad moral, pertenece exclusivamente á la Iglesia católica; no la poseen las religiones no cristianas, y las sectas separadas enontraran en ella su ruina y destruccion.»

Ahora bien, compárese todo cuanto enseña la ciencia humana con la enseñanza de la Iglesia, y se verá que solo ésta posee en alto grado la ciencia y la virtud. Los herejes la combaten, contradicen sus dogmas y su doctrina, y en cambio ¿cuál es la enseñanza que ofrecen? ¿Con qué doctrinas quieren sustituir la doctrina de la Iglesia? Tan solamente con absurdos, que solo pueden seducir á almas mez-

quinas sumidas en la ignorancia. Los hombres, y principalmente los que **constituyen** el vulgo, son siempre afectos á novedades, y hé aquí descubierto el secreto de por qué los sectarios, por estúpidas que sean sus predicciones, encuentran siempre adeptos que les escuchan, y que se matriculan en sus impías escuelas. Los católicos tenemos la verdadera ciencia, porque tenemos á Jesucristo, porque estamos en su Iglesia, porque vivimos de su doctrina, que es para nuestra alma lo que el pan para nuestro cuerpo. Respetamos y acatamos la autoridad infalible de Pedro en sus sucesores, que es el guía que nos conduce por los caminos de la verdad y de la justicia al fin de nuestra peregrinacion hácia el cielo. Bajo la égida de esta autoridad moral é infalible no daremos el menor tropiezo en la senda de la felicidad eterna.

III.

Estado político del mundo en el siglo décimo cuarto.

Poco habia variado el aspecto del imperio de Constantinopla, en el que existía un continuo desorden. Desde Andrónico Paleólogo no se encuentran más que sediciones, conspiraciones, conjuraciones tramadas no solo por el pueblo, sino aun por los mismos hijos de los emperadores. El pueblo principalmente se ocupaba del cisma de la Iglesia de Constantinopla, fijando más en esto su atencion que en las revueltas políticas, á causa de su odio contra la Iglesia

latina. Los turcos se establecieron por fin en Europa, y los príncipes de Occidente no tuvieron más ejércitos en la Palestina.

La Italia, la Francia y la Alemania continuaban entregadas á sus guerras, y los soberanos pontifices ganosos de llegar á un noble fin, cual era la paz y concordia entre los príncipes cristianos, empleaban no solamente la fuerza de la persuasion, sino las armas espirituales, lanzando sus excomuniones sobre las testas coronadas, cuando éstas desentendiéndose de sus paternales amonestaciones se entregaban á desórdenes impropios del que empuña un cetro, y en vez de servir de edificacion á sus vasallos se convertian en piedra de escándalos. Como en los siglos precedentes, viéronse tambien anti-papas que lucharon por la jefatura de la Iglesia, guiados por el espíritu de vanidad y de soberbia, encontrando favor y proteccion en ciertos príncipes, que sin desconocer de qué lado estaba la justicia, servian á sus miserables pasiones ó á sus deseos de venganza.

Los soberanos pontifices no iban más léjos de sus deberes, y con ellos cumplian cuando excomulgaban ó deponian á los monarcas que se apartaban de las sendas de la justicia.

ADRIANISTAS.

El único autor que habla de los adrianistas es Teodoro, y á él se refieren precisamente Pluquet, Bergier y los demás escritores. Teodoro lo pone en el número

de los herejes que traian su origen de la secta de Simon Mago.

Los discípulos de Adriano Hamstedio, uno de los novadores del siglo xiv, fueron tambien llamados con el mismo nombre. Adoptaron todos los errores de los anabaptistas, y enseñaron varios otros á cual más impíos, como por ejemplo, que era lícito conservar á los niños por espacio de algunos años sin conferirles el bautismo; que Jesucristo habia sido formado de la mujer á la manera de los otros hombres, y que no habia fundado la religion sino por motivos particulares.

Este blasfemo enseñó primero en la Zelandia, y continuó luego su impia mision en Inglaterra.

No podemos decir el tiempo que duró esta secta, pero puede asegurarse que se extinguió muy pronto, cuando, segun hemos dicho, no se ocupan de ella la mayoría de los autores. Era una empresa demasiado atrevida despues de trece siglos de cristianismo y de la derrota del arrianismo y otras sectas semejantes, el pretender arrancar de las sienas del Salvador del mundo la preciosa aureola de su Divinidad. Bien que en todos los siglos aparecen hombres osados capaces de obrar de tal modo, y en nuestros mismos dias tenemos un ejemplo en Mr. Renán, al que ya hemos tenido ocasion de nombrar en esta obra, que en pleno siglo xix y en una obra de imaginacion, malamente llamada *Vida de Jesús*, ha pretendido despojarle de su Divinidad, sin conseguir otra cosa que el desprecio general de todos los hombres sensatos, y por único resultado hacer un negocio puramente mercantil favorecido por la curiosidad, que

es lo que se llama vender el alma á cambio de dinero. No hizo otra cosa el traidor discípulo Judas.

Z DANANTES.

Se llamaba así una secta de fanáticos que se formó en 1373 en Aix-la-Chapelle, desde donde se esparcieron por el pais de Lieja, el Hainaut y Flandes. Estos fanáticos, así hombres como mujeres, se ponian de repente á danzar, se agarraban unos á otros por las manos, y se agitaban hasta que perdiendo el aliento caian de espaldas sin dar seña alguna de vida. Aseguraban que durante esta agitacion extraordinaria eran favorecidos con visiones maravillosas.

A manera de los flagelantes ó disciplinantes pedian limosna de pueblo en pueblo. Tenian sus asambleas secretas, y á la manera de los otros sectarios de la época despreciaban al clero y al culto admitido en la Iglesia. Las circunstancias de esta especie de frenesí parecieron tan extraordinarias, que los sacerdotes de Lieja tuvieron á estos sectarios por poseidos, é hicieron uso de los exorcismos para curarlos.

Una secta muy semejante á esta ha aparecido uno ó dos años antes del en que este artículo escribimos, en New-Lebanon (Estado de Nueva-York). Se llama de los *tembladores* (shakers), los cuales, habiendo leído en el Antiguo Testamento que el pueblo hebreo celebraba danzas religiosas al rededor del Arca de la Alianza, creen que debe tributarse á Dios un culto parecido para demostrar de este modo su fervor religioso.

Bajo la direccion de uno de los jefes de la asamblea, hombres y mujeres forman dos ó tres círculos, y bailan al rededor de un coro que, colocado en el centro, entona algunas estrofas de los libros sagrados.

Durante aquel singular ejercicio, los danzantes ejecutan con gran rapidéz sus evoluciones corporales, considerando que está más cerca de alcanzar la perfeccion y la santidad aquel que verifica con más desenvoltura y ligereza sus extravagantes piruetas.

Las noticias que acabamos de dar acerca de los nuevos danzantes ó tembladores de New-Lebatou, las hemos encontrado en una publicacion periódica, que acaba haciendo esta oportuna reflexion : « Parece increíble que en los tiempos que alcanzamos haya podido la supersticion religiosa arrastrar á tan absurdas prácticas á seres civilizados que, por lo visto, han caído, al interpretar de cierto modo la Sagrada Escritura, en abstracciones solo comparables á las del paganismo.»

BEGARDOS.

Secta de falsos espiritualistas, ó de falsos devotos, que aparecieron en Italia, en Francia y Alemania hácia el fin del siglo xiii y principios del xiv.

Antes de este tiempo los albigenses y los valdenses se distinguieron por su exterior sencillo, mortificado y devoto; muchos renunciaban sus bienes, se dedicaban á la oracion y á la lectura de la Sagrada Escritura, y hacian profesion

de seguir los consejos evangélicos. Esta regularidad, verdadera ó aparente, comparada con la vida licenciosa de la mayor parte de los católicos y de una parte del clero, contribuyó mucho á los progresos de la herejía y al descrédito de la fé católica. Muchas personas, afectadas por esta desgracia, conocieron la necesidad de reformar las costumbres, y de observar una conducta más conforme á las máximas del Evangelio. Esto dió origen á la multitud de órdenes religiosos y de congregaciones que se vieron florecer en la época de que hablamos. Una vez encaminados los ánimos por esta senda, hubieran ido muy allá, si el concilio de Letran, celebrado el año 1215, no hubiera prohibido establecer nuevas órdenes religiosas, no fuese que su demasiada variedad introdujese en la Iglesia la confusion. Muchos seculares, sin tomar el hábito religioso, formaron asociaciones piadosas, y se unieron para dedicarse á ejercicios devotos; mas por falta de instruccion y de luces muchos dieron en ilusiones, y por un exceso de piedad cayeron en otro libertinaje. Tales fueron los llamados *begardos*, *frarotes* ó *fratricelos*, *dulcinistas*, *apostólicos*, etc. : estas sectas no tenian ninguna relacion entre si ; en nada se parecian, sino en el modo con que todas se habian extraviado de su origen.

Es necesario distinguir muchas clases de *begardos*. Los primeros fueron unos franciscanos austeros, llamados los *espirituales*, que se preciaban de observar en todo su rigor la regla de san Francisco, de no poseer nada propio ni en comun, de vivir de limosnas, y de estar cubiertos de andrajos, etc. Habiéndose separado de su órden y negado la obediencia á sus superiores, fueron condenados como cismáti-

cos por Bonifacio VIII hácia el año 1300. Entonces estos rebeldes empezaron á declamar contra el papa y contra los obispos ; anunciaron la próxima reforma de la Iglesia por los verdaderos discípulos de san Francisco ; adoptaron los desvarios del abad Joaquin, etc. Atrajeron á su partido bastantes hermanos legos de la órden tercera de san Francisco, llamados *fratricelos*, ó pequeños hermanos ; en Italia *bizochi*, ó alforjeros ; en Francia *beguinos* ; en los Países Bajos y en Alemania *begardos* ; de aquí es que todos estos nombres se aplicaron á la secta en general, y como todos los innovadores alucinaron por su exterior mortificado é hicieron prosélitos.

A principios del siglo xiv existian muchos en Alemania, en las orillas del Rhin, y sobre todo en Colonia ; y como su fanatismo iba todos los dias en aumento, sus errores se redujeron á ocho puntos principales : 1.º Pretendian que el hombre puede llegar en esta vida á tal grado de perfeccion, que se haga impecable, y no pueda recibir aumento de gracia. 2.º Los que han llegado á este grado no tienen necesidad de orar ni de ayunar ; sus sentidos están de tal modo sujetos á la razon, que pueden conceder al cuerpo todo lo que pida. 3.º Llegados al estado de libertad no necesitan obedecer ni observar los preceptos de la Iglesia. 4.º El hombre puede conseguir en esta vida la bienaventuranza perfecta, y poseer el mismo grado de perfeccion que tendrá en la otra. 5.º Toda criatura inteligente es naturalmente bienaventurada, y no necesita la luz de la gloria para ver y poseer á Dios. 6.º La práctica de virtudes es para las almas imperfectas ; los que han alcanzado la perfeccion están dis-

pensados de su observancia. 7.º Un solo ósculo de una mujer es pecado mortal, pero no lo es el comercio carnal con ella cuando ha habido tentacion. 8.º Durante la elevacion del cuerpo de Jesucristo los que son perfectos no están obligados á levantarse, ni á tributarle ningun respeto ; seria un acto de imperfeccion el distraerse de la contemplacion para pensar en la Eucaristia ó en la pasion de Jesucristo.

Estos errores fueron condenados en el concilio general de Viena, celebrado en el pontificado de Clemente V el año 1311 ; pero esta condenacion no acabó enteramente con el error ni con los desórdenes que le siguieron : aun subsistia en el siglo xv. Sus secuaces se llamaban entonces *los hermanos y las hermanas del libro espirita* : se les llamaba en Alemania *begardos* y *schenestriones*, traduccion del latin *sororices* ; en Bohemia *picardos* ó *picardos* ; en Francia *picardos* y *terolapinos*. Ya entonces habian perdido toda vergüenza : decian que no se ha llegado al estado de libertad y de perfeccion hasta que pueda verse sin emocion el cuerpo desnudo de una persona de sexo diferente ; de consiguiente se desnudaban en sus asambleas, y esto les valió el nombre de *adamitas*. Ziska, general de los husitas, exterminó muchos en el año 1421. Algunos han dado por error el nombre de *hermanos picardos* á los husitas, mas estas dos sectas nada tenian de comun.

Los sectarios de Molinos renovaron en el siglo xvii parte de los errores de los *begardos*. Esto basta para convencerlos de que los antiguos Padres de la Iglesia no se engañaron cuando atribuyeron los mismos extravios y las mismas

torpezas á los gnósticos. Los hombres se parecen en siglos diferentes, y las mismas pasiones producen los mismos efectos. *Hist. de la Igl. galie., t. 36, año 1311. (Bergier.)*

GRAN CISMA DE OCCIDENTE.

Fué la division que acaeció en la Iglesia romana en el siglo xiv, cuando hubo dos papas colocados á un mismo tiempo en la Santa Sede, de modo que no era fácil distinguir cuál de los dos habia sido elegido canónicamente.

Después de la muerte de Benedicto XI en 1304, hubo en el pontificado sucesivamente siete papas de origen francés, á saber: Clemente V, Juan XXII, Benedicto XII, Clemente VI, Inocencio VI, Urbano V y Gregorio XI, los cuales tuvieron su silla en Aviñon. Este último habiendo hecho un viaje á Roma cayó enfermo en esta ciudad, donde murió el 13 de marzo de 1378. El pueblo romano, muy sedicioso en aquella época, y envidioso por tener allí al soberano pontífice, se reunió tumultuosamente, y con un tono amenazador declaró á los cardenales reunidos en conclave que queria un papa romano ó al ménos italiano de nacimiento. En consecuencia, los cardenales, después de haber protestado contra la violencia que se les hacia, y contra la eleccion que se iba á hacer, eligieron el 9 de abril á Bartolomé Prignano, arzobispo de Bari, el cual tomó el nombre de Urbano VI. Mas cinco meses después, estos mismos cardenales retirados en Anagni y después á Fondi, en el reino de Nápoles, declararon nula la eleccion de Urbano VI, como

hecha por violencia, y eligieron en su lugar á Roberto, cardenal de Ginebra, el cual tomó el nombre de Clemente VII.

Este último fué reconocido como papa legítimo por la Francia, la España, la Escocia, la Sicilia, la isla de Chipre, y estableció su residencia en Aviñon; á Urbano VI, que residia en Roma, le prestaron obediencia los demás estados de la cristiandad. Esta division, á que se llamó *el gran cisma de Occidente*, duró por espacio de cuarenta años. Pero ninguno de los dos partidos era culpable de desobediencia á la Iglesia, ni á su jefe; uno y otro deseaban igualmente conocer el verdadero papa, enteramente dispuestos á tributarle obediencia desde el momento en que fuese ciertamente conocido.

Durante este intervalo, Urbano VI tuvo por sucesores en Roma á Bonifacio IV, Inocencio VII, Gregorio XII, Alejandro V y Juan XXIII. La silla de Aviñon fué ocupada por Clemente VII durante diez y seis años, y durante veinte y tres por Benedicto XIII su sucesor. En 1409, el concilio de Pisa reunido para extinguir el *cisma* no pudo conseguir su objeto; en vano depuso á Gregorio XII, pontífice de Roma, y á Benedicto XIII, papa en Aviñon; en vano eligió en su lugar á Alejandro V; todos tres tuvieron partidarios, y en vez de dos competidores hubo tres.

Por fin, este escándalo cesó el año 1417; en el concilio general de Constanza, reunido con este objeto, Gregorio XII renunció el pontificado; Juan XXIII, que habia reemplazado á Alejandro V, fué obligado á que le imitase, y Benedicto XIII vivió todavía cinco años, y se obstinó en conservar el nombre de papa hasta la muerte.

Los protestantes, demasiado solícitos en renovar todos los escándalos acaecidos en la Iglesia romana, exageraron las desgracias que produjo este último; dicen que durante el *cisma* se apagó en muchas partes todo sentimiento de religión dando margen á los más escandalosos excesos; que el clero perdió hasta las apariencias de religión y de decencia; que las personas virtuosas fueron atormentadas por las dudas y desasosiegos. Añaden, que esta division de los ánimos produjo, sin embargo, un excelente efecto, pues que cansó un golpe mortal á la potestad de los papas. *Mosheim: Hist. ecles. siglo décimo cuarto, 2.ª parte, c. 2, § 15.*

Este cuadro podría parecer semejante si se le compara con muchos de los escritos compuestos durante el *cisma* por ciertos autores apasionados y satíricos, tales como Nicolás de Clemengis y otros varios. Mas al leer la historia de los tiempos de que hablamos, se vé que no son más que declamaciones dictadas por la pasión, en las cuales se encuentran frecuentemente lo blanco y lo negro segun las circunstancias. Es cierto que el *cisma* causó escándalos, produjo abusos y disminuyó mucho los sentimientos religiosos; pero el mal no fué tan excesivo ni de tanta extension como pretenden los enemigos de la Iglesia. En esta misma época hubo tambien en todas las naciones católicas, en las diversas obediencias de los papas y en los diferentes estados de la vida un gran número de personajes distinguidos por su saber y por sus virtudes. El mismo Mosheim cita un buen número de dichos personajes que vivieron tanto á fines del siglo xiv como á principios del xv, y conviene en que hubiera podido añadir otros varios. Los pretendientes al pon-

tificado fueron vituperables por no haber querido sacrificar su interés particular y el de sus hechuras al bien general de la Iglesia; sin embargo no se les puede acusar de haber sido unos hombres sin religion y sin costumbres. Los de Aviñon, reducidos á una renta muy corta, hicieron para sostener su dignidad un tráfico vergonzoso de los beneficios eclesiásticos, y se les vió colocarse sobre toda regla; por cuya razon en la Iglesia de Francia debió ser más sensible el desorden. Sin embargo, por la *Historia de la Iglesia galicana* vemos que el clero no estaba allí generalmente ni en la ignorancia ni en una corrupcion incurable, puesto que se hizo uso de las quejas del mismo clero para probar la magnitud del mal.

Además, exagerando los protestantes las funestas consecuencias del citado *cisma*, nos parece que van directamente contra el interés de su sistema; prueban, sin querer, de cuánta importancia es en la Iglesia el gobierno de un superior sabio, ilustrado y virtuoso, puesto que, cuando llega á faltar este auxilio, todo viene á parar en desorden y confusion. Los hombres de buen sentido, dice Mosheim, aprendieron que se podia pasar sin un jefe visible, revestido con una supremacia espiritual; se puede pasar sin duda, cuando se quiere trastornar el dogma, la moral, el culto y la disciplina, como lo han hecho los protestantes; pero cuando se quiere conservar todas estas cosas, tales como los apóstoles las establecieron, se siente la necesidad de un jefe; una experiencia de diez y siete siglos ha debido bastar para enseñarlo (1).

(1) Bergier: *Disc. de Teologia.*

Hasta aquí las noticias que hemos dado sobre el gran cisma de Occidente las hemos reproducido del abate Bergier. Como se ha visto no se ocupa para nada de España, sino únicamente para enumerar á esta nacion entre las que reconocieron á Clemente VII. Es achaque de los escritores franceses aun de los más recomendables el hacer caso omiso de la España al ocuparse de los asuntos religiosos, como si la España no hubiese dado muchos días de gloria á la religion y no se hubiese hecho notable por sus concilios, por sus santos, por sus grandes escritores y por su catolicismo nunca entibiado.

Algo pues hemos de añadir á la relacion del abate Bergier, sobre la actitud de nuestra nacion en vista del gran cisma, dando al mismo tiempo algunas importantes noticias sobre el anti-papa don Pedro de Luna, que se llamó Benedicto XIII, siquiera por haber sido español.

Hallábase el rey don Enrique II de Castilla en Córdoba (1378), cuando recibió un mensaje de Urbano VI que acababa de ser elevado al trono pontificio. Casi al mismo tiempo el monarca de Castilla fué sabedor de que los cardenales franceses se quejaban de que los romanos les habian hecho violencia en la eleccion, y comprendiendo que se venia encima un cisma, se valió de evasivas sin reconocer por entonces al nuevo papa. Sin embargo dijo á los mensajeros que desde Toledo responderia luego que hubiese escuchado á su hijo y al Consejo: mas una vez en aquella ciudad, y como quiera que los mismos cardenales que habian elegido á Urbano VI, declamasen nula esta eleccion y eligiesen cinco meses despues á Clemente VII, el rey Enrique obrando con

cordura dió una respuesta evasiva en la expectation de cuál de los dos papas lograba el triunfo (1). Se dirigió á los preladados, mandándoles que por entonces no se decidiesen por ninguna de las dos obediencias, y que todos los maravedises que pertenecian al papa en cualquier manera, los pusiesen á buen recaudo (2).

Igual conducta siguió el rey de Aragon D. Pedro el Ceremonioso, negándose á reconocer por papa á ninguno de los dos, y dando á los preladados igual orden que á los del reino de Castilla habia dado D. Enrique. Á mas mandó congregiar una junta de preladados y de personas de letras para entender en el negocio, secuestrando entre tanto todos los bienes que pertenecian á la cámara apostólica y mandando que no se diese cumplimiento á ninguna bula, cualquiera que fuese su procedencia (3). La opinion más general, se inclinaba en España á favor de Clemente, tal vez por la proximidad de Francia, y como quiera que en la córte de Aviñon estuviese el gran maestre de Rodas, D. Juan Fernandez de Heredia, aragonés, y persona de gran reputacion en aquella córte, parece que por su medio D. Pedro el Ceremonioso se entendia con Clemente VII. En tal estado permanecieron las cosas en España hasta la venida del legado Pedro de Luna, que fué luego el sucesor de Clemente VII.

D. Pedro de Luna era natural de Illueca, cerca de Calatayud. «Algunos escritores, dice el señor La Fuente, se han

(1) Crónica de Enrique II, esp. vi á ix.

(2) Idem, esp. x.

(3) Zurita, lib. X, cap. xxv.

complacido en pintar á Pedro de Luna como un monstruo, ¡calumnia grosera! A no ser por su lamentable tenacidad, sostenida por un desmedido orgullo, Pedro de Luna fuera, no solamente un excelente pontifice, sino tambien un justo, digno casi de veneracion (1). Hombre de gran talento, de ingenio claro y profundo, austero en su trato, grave y comedido, generoso y aun pródigo, como fueron generalmente los de su casa, casto y sobrio, enemigo acérrimo de simonias y bajezas, tal era Pedro de Luna (2). Los escritores eclesiásticos tienen derecho para acusarle, pero no á calumniarle.

« Los vastos conocimientos que poseia en el derecho canónico, y de que hizo alarde en la cátedra que regentó en Montpellier, sus virtudes é integridad le valieron el ascender rápidamente á varios beneficios eclesiásticos y á la púrpura cardenalicia. Enrique II y D. Pedro el Ceremonioso habian fallecido (1379-1380), y con ellos su respectiva política de no reconocer á ninguno de los anti-papas. Vanas fueron las tentativas de Luna para vencer el ánimo del rey de Aragon. Más tratables halló á los dos Juanes primeros de Castilla y Aragon, que accediendo á sus instancias reconocieron á Clemente VII. En vano trataron de contrarrestar su influencia el obispo de Favencia, doctor en derechos, y miser Francisco de Pavía, doctor en leyes. Presentáronse las informaciones hechas por el obispo de Zamora en la junta

(1) «Si jure tanto munere quietis alio temporibus profuisset (qui summus in eo seculi conjugis splendor, auctori magnitudo et doctrina) praestitisset multis laudibus vel precibus digniora.» (Blancas: *Coment. rerum Aragonesae*, fól. 207.)

(2) «Véase una noticia exacta de sus muchas obras literarias y curiosos datos biográficos de su persona en la biblioteca de escritores aragoneses de Latasa.»

que al efecto convocó D. Juan I en Medina del Campo, y en virtud de ellas se acordó dar la obediencia á Clemente VII. El rey dirigió una carta muy sentida al papa desde Salamanca (á 14 de las calendas de junio de 1381), pero no todos los ánimos quedaron satisfechos. «Mas ovo á quienes aploguiera que el rey non declarara por ninguna partida «de los electos: ca si los reyes todos así lo fizieran non durara «tanto la cisma (1).» En Aragon así que murió D. Pedro el Ceremonioso, su hijo D. Juan I dió al punto la obediencia á Clemente VII, prévia una conferencia de prelados en Barcelona y bajo la influencia de Benedicto (1387) (2): si esta fué fatal para la Iglesia de España, sujetándola al anti-papa Clemente, de quien era hechura, en cambio la austeridad de su carácter y su profundo saber fueron útiles para la reforma de la disciplina. Celebró un concilio nacional en Palencia (1388), en que se dieron muy sabios cánones para las reformas de las costumbres (3); dió á la universidad de Salamanca, donde habia estudiado derecho canónico, estatutos que estuvieron en vigor por muchos siglos, hizo gran parte del edificio, que aun ostenta la media luna, y la enriqueció con grandes privilegios (4). Apenas hay iglesia

(1) «D. Pedro Lopez de Ayala: *Crónica de D. Juan I*, año 2.º, cap. 1.º y 11. La celebre carta dirigida desde Salamanca está á la letra en el cap. 11.º: «O detencion non compida del pueblo cristiano! exclama el rey al principio de ella. ¡O crassa arrebatada! ¡espuedad engarrosa sin piedad! ¡Cosa se escarrió el rei, el guaidor lambrasa de la verdad!...»

(2) Zurita, lib. X, cap. XLII. «La sumisión se hizo con gran solemnidad en Barcelona, pues los de la corona de Aragon desahian visiblemente tener papa.»

(3) Villanúa, tom. II.

(4) La universidad de Salamanca detestando, como no podía ménos, la tenacidad de Luna, suplicó sus beneficios, y recordó su nombre con estimación: aun conserva en el claustro de escuelas mayores una inscripcion muy honorífica á la memoria de su hechura, aunque redactada en estilo bichado y gongorino.

por donde él pasara en Castilla, Aragón y Cataluña, que no le quedara á deber algun favor, y especialmente el obispado de Tarazona, en que edificó varias iglesias y conventos (1).»

Al descender al sepulcro el anti-papa Clemente, los cardenales franceses que habian provocado el cisma y que se veían en ánimo de continuarlo fijaron su vista en D. Pedro de Luna, y teniendo en cuenta su sabiduría, su prudencia y demás bellas cualidades que le adornaban, le eligieron por sucesor de Clemente. «Dícese, nota el mismo La Fuente, que su elección fué condicional, y se exhibe la condicion con que se le ascendió al pontificado, con la que se le arguyó en varias ocasiones.» Luna se negó con tenacidad á ser papa, pero al fin accedió y tomó el nombre de Benedicto XIII. Hombre rígido, se opuso con todas sus fuerzas á los vicios y bajezas de aquellos cardenales, casi todos franceses, avaros y simoniacos, y sin tener en cuenta que á sus votos debía su elección, les habló y reprendió con la mayor entereza. Los reyes de las diferentes naciones de España se pusieron de su lado, y hasta el mismo san Vicente Ferrer fué su partidario celoso, en tanto que se creyó que Benedicto era papa legítimo. Es muy lamentable que persistiera en su obstinacion de no querer renunciar. La ambicion, ó mejor el orgullo empañó en él todas sus virtudes. Elegido legítimamente es seguro que hubiera sido un gran papa.

(1) «Hizo entre otros el de San Pedro Mártir de Cataland, en cuya iglesia estaba enterrado su padre. Fué muy devoto de la Orden de santo Domingo: construyó tambien el cliborio de la Seo de Zaragoza, en cuya iglesia se conservan algunas sujas.» Narracion de D. Vicente La Fuente, *Hud. Eco. de España*, § CCXLV.

WICLEF.

Wicief, cuya herejía fué una de las que más se extendieron durante el siglo xiv, nació en la provincia de Yorck, hácia el año 1329. Hizo sus estudios en el colegio de la Reina de Oxford, y dió pruebas de una capacidad superior, haciendo grandes progresos así en la filosofia como en la teología. Joven aun llegó al profesorado, y no tardó en dar á conocer su espíritu turbulento. Tanto en sus explicaciones de teología como en sus predicaciones empezó á atacar á la corte de Roma no solamente en las cosas temporales sino aun en las espirituales. Vino á ser en lenguaje de algunos escritores «la estrella matutinal de la Reforma.» Predicaba con gran violencia acusando á los curas de malvados, de herejes y de antecristos, exceptuando únicamente á los predicadores ambulantes que eran discípulos suyos.

Dirigidos por él estos predicadores, y tomando su ejemplo, ensalzaban la Iglesia primitiva para reconvenir á la moderna, y aseguraban que el derecho de propiedad se fundaba tan solo en la gracia, sacando por consecuencia que los pecadores son indignos de poseer.

El papa Gregorio XI expidió en mayo de 1377 varias bulas al arzobispo de Cantorbery, al obispo de Lóndres, á la universidad de Oxford y al rey Eduardo, excitando su celo contra los nuevos errores, y notando diez y nueve proposiciones de Wicief, que aunque oscuras indicaban suficientemente su mal modo de pensar sobre la propiedad de bienes.

en lo civil, sobre los de la Iglesia y administracion de los sacramentos (1). Desgraciadamente casi todos los grandes herejes han encontrado proteccion en personas poderosas, bajo cuyo amparo han podido continuar sus impías propagandas, y así aconteció á Wiclef, á quien el conde de Lancaster dispensó sus favores, que él aprovechó para continuar por espacio de algunos años sembrando tranquilamente su errónea doctrina.

A tales excesos se entregaron los wiclefitas, que podian ser considerados como bandas de bandoleros. Un presbítero, llamado Juan Ball, recorría los pueblos predicando, y excitándoles á sacudir el yugo de los señores, y á hacer que todos fuesen iguales en nobleza, en libertad y en poder. Pueden considerarse las escenas tumultuosas á que darian lugar tales predicaciones.

Reuniéronse los wiclefitas en gran número, de suerte que más de doscientos mil se dirigieron á Londres, donde cometieron las más inauditas tropelías. Asesinaron cruelmente al arzobispo de Cantorbery y al gran prior de los caballeros de Rodas, y pasearon sus cabezas en las puntas de dos lanzas. El rey para disipar el tumulto les prometió cuanto quisieron, empero despues fueron castigados muchos, y muy especialmente el presbítero Juan Ball.

Esto no sirvió para que Wiclef se contuviese. En 1382, como se estuviese celebrando parlamento en Lóndres, envió proposiciones animando á sus individuos, rogándoles que las aceptasen como muy convenientes á la conservacion del reino.

(1) *Walsingh, Hist. angl.*

Hé aqui algunas de las proposiciones enviadas por Wiclef al parlamento:

Que no debe enviarse dinero á la corte de Roma, pues los que lo exijan son lobos rapaces.

Que nadie, ni los cardenales deben cobrar rentas de beneficios de Inglaterra si no viven en el reino ó no trabajan por él á satisfaccion del parlamento.

Que no deben imponerse nuevas contribuciones al pueblo mientras quedan bienes en las iglesias, los cuales como patrimonio de los pobres deben emplearse en su alivio.

Que cuando algun obispo ó cura no vive segun Dios, el rey debe confiscar todos sus bienes.

Tales máximas hicieron que Wiclef adquiriese mucha reputacion entre los señores, y tambien entre el pueblo, de modo que tanto él como sus discipulos predicaban libremente por todas partes, sin que pudieran evitarlo los obispos por más esfuerzos que hicieron para ello.

Ganoso el arzobispo de Cantorbery de atajar tantos desórdenes, celebró un concilio en Lóndres, en el mismo año 1382, con asistencia de siete obispos, y muchos doctores y bachilleres en teología y ambos derechos, y despues de un prolijo exámen, se condenaron como heréticas diez proposiciones de Wiclef, que son las siguientes:

1.º La sustancia de pan y vino permanecen en el sacramento del altar despues de la consagracion.

2.º Los accidentes no quedan sin sujeto.

3.º Jesucristo no está real y verdaderamente en el sacramento.

4.º El obispo ó sacerdote que está en pecado mortal no ordena, ni consagra, ni bautiza.

5.º La confesion exterior es inútil al que está debidamente contrito.

6.º No hay fundamento en el Evangelio para decir que Jesucristo mandase la misa.

7.º Dios debe obedecer al diablo.

8.º Si el papa es impostor ó pecador, y por consiguiente miembro del diablo, no tiene poder alguno sobre los fieles, á no ser el que le da el emperador.

9.º Desde Urbano IV no debe reconocerse á ningun papa, sino vivir como los griegos, cada uno con sus leyes propias.

10. Es contra la Escritura el que los eclesiásticos posean bienes inmuebles.

Además condenó el concilio otras catorce proposiciones como erróneas, de las cuales son las siguientes: «Un presbítero ó un diácono puede predicar sin autoridad del papa ni del obispo. Quien está en pecado mortal no es señor temporal, ni obispo ni prelado. Los pueblos pueden corregir segun su discrecion á los señores que pecan. Los diezmos son meras limosnas, y los pueblos pueden negarlos al cura, ó darlos á quien quisieran. Los santos pecaron fundando religiones particulares (1).»

En virtud de lo decretado por el concilio, el rey Ricardo dió amplios poderes al arzobispo y á sus sufragáneos para que hiciesen prender y encarcelar á todos los que enseñasen aquellos errores.

(1) Conc. Londinense ap. Harcl. t. VII.

Wiclef encontró un apoyo en los herejes lolardos (1) que en aquella época habia en Inglaterra, y entre unos y otros formaron un solo partido con los dos nombres de *lolardos* y *wiclefistas*.

Hallándose un dia del año 1385, en quo se celebraba la fiesta de santo Tomás de Cantorbery, predicando Wiclef fué acometido de un ataque de apoplejia, habiendo quedado en un estado lastimoso, y murió á los dos años. El herejiarca dejó un gran número de escritos en inglés y en latin, siendo los más conocidos una version de toda la Biblia segun la vulgata latina, y el diálogo que intituló *Tridlogo*, porque en él hace hablar á tres, y donde se encuentra el veneno peor y más fino de su doctrina, singularmente el error de la necesidad absoluta de todas las cosas.

En 1395 hallándose el rey Ricardo en Irlanda, los wiclefistas, que eran por demás osados, fijaron en las puertas de algunas iglesias carteles llenos de invectivas contra los eclesiásticos y de proposiciones abominables contra los sacramentos. Temió el rey que esto fuese causa de algun tumulto en la ciudad, y por este motivo reprimió y amenazó á algunos señores que eran protectores de aquellos sectarios. El papa Bonifacio VIII, que tuvo exacto conocimiento de cuanto ocurria en Inglaterra, escribió una muy sentida carta al rey, exhortándole á que sostuviese las providencias tomadas por los obispos contra los lolardos, demostrándole que no solamente eran traidores á la Iglesia, sino tambien á Su Majestad. El año siguiente 1396 se

(1) Numero 47.

reunió en Londres otro concilio provincial, el cual condenó diez y ocho proposiciones del *Tridlogo* de Wiclef, de las cuales son estas :

Es locura asegurar que los niños que mueren sin bautismo no se salvan.

En tiempo de los apóstoles no había más que dos órdenes en el clero, presbíteros y diáconos ; y el fausto imperial es el que inventó los otros grados de papa, patriarcas y obispos.

Es herejía decir que los ministros de la ley de gracia pueden poseer haciendas ó bienes raíces.

La virtud es necesaria para el verdadero dominio temporal, de modo que quien está en pecado mortal no es señor de nada.

No es menester creer al papa y á los cardenales, ni deferir á sus advertencias, sino en lo que dicen sacado claramente de la Escritura ; pues todo lo demás que dicen debe despreciarse como herético (1).

No puede reunirse una coleccion de máximas más absurdas é impías. Pasados algunos años un caballero principal, que había sido protector de estos sectarios, y que abriendo los ojos á la luz de la verdad se convirtió al catolicismo, reducia sus errores á siete puntos, en la forma siguiente:

1.º Los siete sacramentos de nada sirven como los practica la Iglesia.

2.º La virginidad y el celibato no son estados aprobados por Dios ; quien quiere salvarse debe casarse.

(1) Ap. *Harcl. ibid.*

3.º Basta para el matrimonio la voluntad del hombre y de la mujer, sin necesidad de presentarse á la Iglesia.

4.º La Iglesia es la sinagoga de Satanás ; no es licito ir á ella para honrar á Dios, y mucho ménos para recibir los sacramentos.

5.º El niño recién nacido si se bautiza en la iglesia queda manchado.

6.º Ni el domingo ni otro día debe ser de fiesta : en todos es igual la libertad de trabajar, comer y beber.

7.º No hay purgatorio despues de esta vida, ni para la penitencia es menester más que dejar el pecado, y arrepentirse con fe.

El año 1413, despues de haber tomado serias disposiciones contra los wiclefitas, éstos envalentados fijaron nuevos carteles en Londres, gloriándose de que eran más de cien mil, y amenazando de muerte á todo el que se opusiese á sus progresos. Estaba entonces al frente de ellos como jefe un valeroso militar llamado Juan Oldcastel, ó Castro viejo, el cual fué preso, juzgado y declarado hereje muy obstinado. Impulsado por su caridad el arzobispo, que era el juez de aquella causa, suplicó al nuevo rey Enrique V que le concediese un plazo de cuarenta dias para darle tiempo de arrepentirse y de merecer el perdón. El plazo fué concedido, pero durante él encontró medio de fugarse, burlando la vigilancia de los que le custodiaban. Se puso al frente de sus partidarios, y ganoso de vengarse se dirigió á Londres con un numeroso ejército, pero la empresa fué de funestos resultados. El rey con sus tropas les salió al encuentro, los sorprendió, y los derrotó y dispersó completamente, de-

jando el campo cubierto de cadáveres. En seguida Enrique V publicó un bando, en el que declaró traidores á Dios y al rey, y á todos los wiclefitas, y mandó que fuesen ahorcados como rebeldes y quemados como herejes, confiscándose todos sus bienes (1).

Con la derrota sufrida y las medidas de rigor tomadas por el rey se disipó aquella secta que había llegado á ser tan numerosa, y que tantos desastres y turbulencias había causado.

Los errores de Wiclef, ya condenados como hemos visto, lo fueron de nuevo especialmente en el concilio de Constanza.

Vistos los siete puntos á que pueden reducirse los errores de Wiclef, se comprende fácilmente que solo el orgullo y el afán de hacerse célebre pudo á un hombre de su talento hacerle caer en tan ridículas aberraciones. ¡A cuántos ha perdido la pasión funesta del orgullo, origen de todos los males de la humanidad!

JUAN HUS

Y JERÓNIMO DE PRAGA.

La heresia que en todas partes procuraba arraigarse se fué estudiando en Bohemia. Un no' de del país llevó de Inglaterra los libros de Wiclef, los cuales corrieron en seguida con aplauso entre los estudiantes y maestros bohemios de

(1) *Walsing., Ann. angl.*

la universidad de Praga. En esta universidad dominaban los alemanes, con gran sentimiento de los bohemios, entre los cuales se contaba Juan Hus que era uno de los más apasionados por los escritos de Wiclef. Juan Hus, que había nacido en la Bohemia meridional, fué el precursor de Lutero en la Reforma religiosa, pero expió en la hoguera sus arrogantes pretensiones. Hijo de un labrador como Lutero, tomó plaza entre los doctores de la universidad de Praga antes de turbar á la Iglesia con sus doctrinas. Su talento en la predicacion hizo que le nombrasen cura de la iglesia de Belen, en la misma ciudad y que le diesen el título de confesor de Sofia de Baviera, segunda esposa de Wenceslao, rey de Bohemia. Predicó con suma elocuencia, aunque respirando odio en sus palabras contra los desórdenes de los grandes y contra los vicios que suponía en los monjes y en el clero. Encontró en Wenceslao un protector contra los señores de la corte que se quejaban y lamentaban de los ataques que les dirigía aquel presbitero. En esta ocasion fué cuando un discípulo suyo que llegaba de Inglaterra condujo los libros de Wiclef. Aquel discípulo era Jerónimo de Praga, Hus que no conocía á aquel inglés más que por su reputacion de hereje, rehusó al principio leer sus escritos, pero al fin los fué hojeando y llegó á encontrar gusto en su lectura, llegando á manifestarse en algunos sermones apasionado por algunas de las opiniones de Wiclef.

En 1408 la universidad condenó solemnemente cuarenta y cinco artículos de aquel herejarca, y mandó que nadie pudiese leer sus libros sino los doctores. En la asamblea se hallaba Juan Hus y no se atrevió á apar-

tarse públicamente de la opinión común, ó á formar voto particular; pero en conversaciones particulares iba procurando infiltrar el veneno de la nueva herejía.

Como hubiese logrado que el rey de Bohemia Wenceslao variase el gobierno de la universidad, de modo que los bohemios quedasen dueños absolutos de su dirección, lo que hizo que despechados los alemanes se retirasen á Leipzig cuya universidad fundaron, los escritos de Wiclef fueron ya leídos sin recato, y sus máximas defendidas públicamente y aun predicadas en los púlpitos muy especialmente por Juan Hus.

El papa Alejandro V ordenó al arzobispo Sbrinko reprimiera aquellos exoesos procurando que no enseñasen ni predicasen aquellas peligrosas doctrinas. El prelado impidió á Juan de Hus al que predicase, y él, deseando defenderse, apeló del papa mal informado al papa mejor informado y continuó predicando á pesar de la prohibición del prelado.

En 1411 Juan XXII, sucesor de Alejandro V, le citó para que compareciese en un día fijo ante su tribunal; empero á petición de la reina Sofía, de la nobleza de Bohemia y de la universidad de Praga, el rey Wenceslao consiguió del pontífice que el proceso se instruyese por los legados enviados á Bohemia. En efecto, el proceso se instruyó por el cardenal Colonna, el cual declaró excomulgado á Juan de Hus. Este apeló al papa y fueron nombrados otros jueces que confirmaron la sentencia. Hus apeló al concilio.

Duraba todavía el cisma de Occidente, y según se ha visto en el artículo que hemos dedicado á este gran cisma, tres papas, Juan XXIII, Gregorio XII y Benedicto XIII, se

disputaban la tiara. Cada uno de ellos tenía su cancillería, su corte, sus cardenales: cada uno excomulgaba á sus adversarios y anatematizaba á los reyes y á las naciones que rehusaban reconocer su obediencia. Para colmo del escándalo Juan XXIII predicó una cruzada contra Ladislao, rey de Nápoles, que sostenía á Gregorio XII. Juan de Hus se retiró á su pueblo natal y permaneció por algún tiempo indiferente á las querellas de los papas y de los reyes; pero al fin rompió el silencio para demostrar cuán absurdas eran las indulgencias que Juan XXIII prometía á los que se armasen contra el rey de Nápoles. «El papa, decía, no puede hacer la guerra por intereses puramente temporales: Jesucristo no permitió á san Pedro que se armase para salvarle la vida.» Estas observaciones causaron el más grande efecto.

Poco despues Juan Hus en 1433 publicó su *Tratado de la Iglesia*, que es ciertamente la más importante de sus obras, y que puede ser mirada como el prelado de los escritos de Lutero y aun del mismo Calvino. Con mucha claridad presenta ya la doctrina que más tarde enseñó Lutero. «La Iglesia, decía, es un cuerpo místico: Jesucristo es el jefe: los justos y los predestinados son sus miembros: estos no pueden ser separados por una injusta excomunión... El soberano pontífice, los cardenales, los obispos pertenecen al cuerpo de la Iglesia y el soberano pontífice no es su jefe. Cuando no haya ni papas, ni cardenales, ni obispos, la Iglesia subsistirá del mismo modo. El papa, los cardenales y los obispos dejan de ser miembros de la Iglesia si están en pecado mortal... El papa y los obispos no ligan ni desligan nada por ellos mismos, sino solamente por Jesucristo. Sin

duda los obispos tienen derecho á la obediencia de los fieles, pero la Escritura no ordena más que una obediencia racional. Los cristianos tienen un guía más seguro que las palabras de los hombres, en la palabra divina, y esta palabra so halla toda entera en los libros santos.» Esta impia doctrina que hacia caer de su base todo el poder pontifical, atacaba al mismo tiempo los dogmas más respetables del catolicismo. Precisamente cayó sobre la cabeza de Juan Hus una lluvia de acusaciones, pero al mismo tiempo se aumentaron en gran número sus partidarios. No creyéndose seguro en Praga se retiró de nuevo á su país natal, y predicó allí con más energía que antes que la fé del Evangelio es la sola guía del cristiano.

Citado á comparecer ante el concilio general reunido en Constanza, se provuyó de un salvo-conducto de Segismundo, duque de Austria, con el cual se dirigió á aquella ciudad. Debe advertirse que el débil duque de Austria que le favorecía, le abandonó más tarde por completo.

En la sesión xv del concilio se dió lectura de treinta y nueve proposiciones tomadas de sus escritos y se declararon heréticas. Juan de Hus se esforzó en demostrar que eran verdaderas por más que se hacia ver su falsedad por los textos del Evangelio. Negándose á allanarse al decreto del concilio, fué declarado pertinaz y condenado á ser quemado vivo, cuya terrible sentencia fué ejecutada en el mismo día. Las cenizas del hereje fueron arrojadas en el Rhin. El infortunado doctor fué al suplicio con un valor digno de mejor causa. Igual fin tuvo su discípulo Jerónimo de Praga. Jerónimo era seglar y fué á Constanza para defender á

su maestro, y fijó carteles haciendo ver que estaba pronto á dar razon de su fé al concilio y responder á los que le acusaban de hereje. En consecuencia fué citado por el concilio, «para que respondiese á sus acusadores en la causa de la fé, hasta que en todo quedase cumplida la justicia, para lo cual dice, el Sinodo, te concedemos todo nuestro salvo-conducto, con que por nuestra parte y en cuanto exige la fé ortodoxa, que les libre de toda violencia, salva siempre la justicia: asegurando que comparezcas ó no en el término señalado, de cualquier modo, pasado este, se procederá contra tí.» Viendo Jerónimo la severidad del concilio quiso fugarse de Constanza, pero fué detenido y preso. Se le hizo comparecer á la sesión xix, en la que él por miedo condenó los errores de Wiclef y de Juan Hus.

Como la asamblea sospechase que no era la sinceridad la que le habia hecho condenar aquellos errores sino solo el temor, difirió el darle la libertad, y entonces él, despedido, confesó de plano declarando que el temor de la muerte le habia hecho condenar contra su conciencia la doctrina de Wiclef y de Hus, protestando contra su retractacion. Entregado al brazo secular sufrió, como antes dijimos el mismo suplicio que su maestro y no con menor valor.

HUSITAS.

Este es el nombre que tomaron los partidarios de Juan Hus, al que honraron lo mismo que á Jerónimo de Praga al igual que á los mártires, y que despreciando los decretos y

los anatemas de los concilios ejercieron terribles represalias contra los sacerdotes y los monjes. Los husitas adoptaron por emblema el cáliz, que, según la recomendación de Jacob de Nisa, aprobada por Juan Hus, presentaban á los legos, á los que administraban la comunión bajo las dos especies.

El rey Wenceslao IV les concedió en 1417 algunas iglesias. A la muerte de este rey, ocurrida el 13 de agosto de 1419, la mayor parte de los señores y de los pueblos de la Bohemia rehusaron el juramento de obediencia y de fidelidad á su fementido hermano el emperador Segismundo; y el cardenal legado Juan Dominico, conformándose con las instrucciones del papa que le había ordenado emplear la fuerza para acabar con la herejía, provocó una insurrección general, que fué conocida con el nombre de *guerra de los husitas*. Estos degollaron á los sacerdotes y los monjes, y redujeron á cenizas las iglesias y los monasterios. Los husitas se dividieron en dos partidos: el de los *calixtinos*, más moderado, y el de los *taboritas*, más riguroso. Este último tomó su nombre de la fortaleza de Tabor, donde ellos habían hecho su plaza de armas. Este partido reconocía por jefe al ciego Juan Ziska, cuyo teniente, Nicolás de Hlasinecz, murió en 1420 en el ataque intentado contra el Tabor por el ejército imperial á las órdenes del renegado Ulrich de Rosenberg.

Los calixtinos, que deseaban la paz en el imperio, ofrecieron la corona de Bohemia al rey Ladislao de Polonia, después el gran príncipe de Lituania, Vitould, y por último á su sobrino Koribut. Ziska rehusó dar su consentimiento

para este arreglo, originándose de esto una completa división entre los dos partidos.

En 1420 y 1421 cada uno de ellos publicó una profesión de fé distinta, resumida en diversos artículos. Los taboritas desechaban completamente todos los dogmas de la Iglesia, que no encontraban probados á la letra por un texto de la Escritura. Sin embargo, en presencia del enemigo común, ambos partidos se prestaron un mutuo apoyo. En 1421 Ziska combatió á los imperiales en Deuschbrot, después de haber tenido con ellos varios encuentros; y en 1424 la ciudad de Praga se libró de una devastación completa admitiendo la más dura de las capitulaciones. A la muerte de Ziska ocurrida en el mismo año, los husitas tomaron por jefe al gran Procopio, en tanto que el comandante de su ejército se había entregado al pequeño Procopio.

En 1427, luego que Koribut se vió obligado á renunciar á la corona de Bohemia, Procopio consiguió señaladas victorias sobre los *cruzados* mercenarios del imperio de Alemania; y hasta fin del año 1432 fué el terror de todos los pueblos vecinos á los cuales oprimían de mil maneras en sus continuas expediciones.

El concilio de Basilea entró en negociaciones en 1433 por la mediación de Segismundo con los revoltosos: una transacción conocida por el nombre de *Compactata* en Praga fué concluida con los calixtinos. Los taboritas y los orfelinos (que así se llamaban los que miraban á Ziska como irreparable) rehusaron acceder á esta transacción, pero fueron completamente derrotados en la batalla de Bachschbrot el 30 de mayo de 1434 por los católicos unidos á los calixtinos.

tinios. Por el tratado concluido en Iglan por el emperador Segismundo se confirmaron las *Compactatas*, garantizándose a los habitantes de Bohemia el goce de su libertad política y religiosa. Sin embargo, la guerra civil continuó, no cesando hasta el año 1485, en el que en la dieta de Kuttenberg el rey Ladislao acordó una paz de religión que aseguraba á los calixtinos lo mismo que á los católicos el goce de sus derechos respectivos. Más tarde los calixtinos se confundieron con la secta de los hermanos bohemios, salida de su seno (1).

Así fué terminada la secta de los husitas que tantas guerras y trastornos causaron en los siglos xiv y xv. El verdadero autor de tantos desastres fué Juan Wiclef. Hus, á pesar de su gran talento, se enamoró de los escritos de aquel herejiarca, como queda explicado en su artículo, tragó el veneno y condujo multitud de almas por las sendas de la perdición, arrancándolas de los brazos de su madre la Iglesia. Dado el gran talento y los profundos conocimientos de Juan de Hus, puede asegurarse que el orgullo le llevó al mal terreno, y este mismo orgullo le hizo entregar su vida entre las llamas antes que hacer una retractacion que le habria librado de la muerte y le habria analticido á los ojos de todas las personas honradas y sensatas.

(1) *Dictionnaire des connaissances usuelles: Dictionnaire de la conversation, etc.* t. XI.—Paris 18 2.

MARTIN GONZALO.

Este fantico era natural de Cuenca, en España, y pretendió que era el ángel san Miguel, al que Dios habia reservado la plaza de Lucifer, y que estaba destinado á combatir un dia al anticristo. La Inquisicion le hizo morir en las llamas, segun leemos en el *Diccionario de las herejias*. Tal vez hubiese sido más prudente encerrarle en un manicomio, pues que su afirmacion más que herejia huele á demencia.

Tuvo un discípulo llamado Nicolás, que despues de muerto su maestro quiso hacerle pasar por el Hijo de Dios: predicó que el Espíritu Santo debía un dia encarnar y que Gonzalo libraria el dia del juicio á todos los condenados. Nicolás predicó sus errores en Barcelona donde terminó su vida de la misma manera trágica de su maestro.

PEORO DE OSMA.

Empezamos por decir que este sabio español no debe incluirse en el número de los heréjes, porque abjuró sus errores con la mayor humildad é hizo penitencia. Sin embargo, debemos dar razon de aquellos errores. Pedro de Osma fué uno de los hombres más sabios de su siglo y un teólogo muy profundo. Habia sido colegial en San Bartolomé de Salamanca y racionero de su catedral. En la univer-

sidad llegó á ser catedrático de teología. Antonio de Lebrija, que le conoció, no tuvo inconveniente en calificarle por *el español más sabio de aquel tiempo, después del Tostado*. Veamos las noticias que el ilustre historiador de la Iglesia de España nos da sobre este personaje: «Escribió Pedro de Osma una obra sobre la *Confesion*, en la cual se echaron de ver varios errores: precipitaron aquel ingenio el deseo de novedades y sutilezas, cierta tendencia de lexitud, comun en los teólogos de aquella época, por efecto de la relajacion general de costumbres, y un gran desafecto á la Santa Sede. Bien es verdad que muchos de los papas de entonces estaban léjos de hacerse respetar, cuando ménos de ser amados. El libro sobre la *Confesion* excitó grandes discordias en la universidad de Salamanca y fuera de ella. El papa Sixto IV cometió al arzobispo de Toledo D. Pedro Carrillo el conocimiento del negocio. Reunió en Alcalá una junta de cincuenta y dos teólogos y canonistas (1479) para examinar el libro, y compareció allí Osma para vindicarse. Sus concolejas de San Bartolomé léjos de apadrinarle por espíritu de pandillaje, le impugnaron con energia, especialmente el venerable don Tello de Buendía y D. Pedro Gimenez de Prexamo. Fué éste el primer magistral que hubo en Toledo, y escribió contra Osma por órden del arzobispo Carrillo (1).»

«Los principales errores que se inculparon á Osma fueron siete, á saber: que los pecados mortales en cuanto á la culpa

(1) «*Consultorium errorum contra sanctam Ecclesiam*: se imprimió en Toledo (1486), y el original se guarda en el archivo de su santa iglesia. Mariana, libro XXIV, cap. XIX, dice que su estilo es grosero, mas el ingenio agudo y escolástico. (Véase *Biblioteca de escritores de los Colegios mayores*, por Rezabal y Ugarte en los nombres Osma y Prexamo.»

y la pena debidas en el otro mundo se perdonaban solamente por la contricion, pero sin relacion á las *llaves de la Iglesia*. La confesion de los pecados en especie (esto es uno por uno) no es de derecho divino, sino eclesiástica. No se necesita confesar los malos pensamientos, hasta la displi-cencia para borrarlos sin necesidad de la absolucion (*sine ordine ad claves*). Para los pecados secretos la confesion debe ser secreta, no para los manifestos, y no se debe dar la absolucion hasta que se haya cumplido la penitencia. Por lo que hace al papa, sostenia que no podia conceder indulgencias á ningun vivo, ni dispensar en lo relativo en las cosas obligatorias para toda la Iglesia. Finalmente, decia que el sacramento de la Penitencia en cuanto á la colacion de la gracia, era una institucion de la ley natural, no del Antiguo sino del Nuevo Testamento.»

Discutidas y analizadas estas proposiciones, fueron condenadas por el cardenal Carrillo con autoridad apostólica y primacial, el día 24 de mayo despues de recoger los votos, por escrito, de todos los individuos de la Junta. Pedro de Osma abjuró con humildad, y se le condenó á que hiciera penitencia en el convento de San Diego de Alcalá donde murió al año siguiente. La universidad de Salamanca hizo tanto sentimiento por este suceso, que para manifestar que en nada habia participado de tales doctrinas, quemó en medio del patio, y á vista de todo el estudio, la cátedra desde donde habia explicado Pedro de Osma. Sus errores no tuvieron séquita alguno, fueron opiniones aisladas del autor (1).»

(1) La Fuente: *HEM. Econ. de España*, § CCIX.

ONFALOFÍSICOS.

Algunos escritores afirman que se daba este nombre á los bogomilas ó paulicianos de la Bulgaria ; pero es más probable que se ha querido designar con él á los boscistas de los siglos xi y xiv. Estos eran unos monjes fanáticos que creían ver la luz del Tabor contemplándose el ombligo. (Véase el art. *Hosicastas* en la página 194 de este tomo.)

HERMANOS BLANCOS.

Eran unos visionarios que se extendieron con rapidez por Alemania á principios del siglo xiv. Se decían inspirados del cielo para librar á aquellos pueblos del yugo de los infieles. Se les llamaba *hermanos blancos*, por alusión á la capa blanca que usaban en la cual lucían una cruz de san Andrés de color verde. Ignoramos si enseñaron algunos errores, pues lo dicho es la única noticia que de estos fanáticos hemos encontrado (1).

(1) Hartmann, *De orig. relig. Christ. in Borussia*

SIGLO DÉCIMO QUINTO.

INTRODUCCION.

De las herejías durante el siglo décimo quinto.

Durante el siglo xv que precedió al de la malhadada Reforma de Lutero, todas aquellas grandes cuestiones que se habian agitado con calor en los últimos tiempos ocupaban todos los espíritus. La mayor parte de los teólogos y de los jurisconsultos defendían ó atacaban los derechos de los papas y de los reyes. Y para que todo fuesen luchas las habia también entre el clero secular y el regular, esforzándose este último en obtener privilegios de Roma y atraerse la confianza del pueblo en perjuicio de aquel.

Así lo dice Pluquet y lo vemos confirmado por otros escritores. Podemos buscar, pues, el origen de todos estos males que tan tristes consecuencias produjeron, en el general resfriamiento de la caridad, á la que habia sustituido el espíritu del orgullo y de la vanidad tan contrario á la religión de amor fundada por Jesucristo. Esto en vez de ser

ONFALOFÍSICOS.

Algunos escritores afirman que se daba este nombre á los bogomilas ó paulicianos de la Bulgaria ; pero es más probable que se ha querido designar con él á los boscistas de los siglos xi y xiv. Estos eran unos monjes fanáticos que creían ver la luz del Tabor contemplándose el ombligo. (Véase el art. *Hosicastas* en la página 194 de este tomo.)

HERMANOS BLANCOS.

Eran unos visionarios que se extendieron con rapidez por Alemania á principios del siglo xiv. Se decían inspirados del cielo para librar á aquellos pueblos del yugo de los infieles. Se les llamaba *hermanos blancos*, por alusión á la capa blanca que usaban en la cual lucían una cruz de san Andrés de color verde. Ignoramos si enseñaron algunos errores, pues lo dicho es la única noticia que de estos fanáticos hemos encontrado (1).

(1) Hartmann, *De orig. relig. Christ. in Borussia*

SIGLO DÉCIMO QUINTO.

INTRODUCCION.

De las herejías durante el siglo décimo quinto.

Durante el siglo xv que precedió al de la malhadada Reforma de Lutero, todas aquellas grandes cuestiones que se habían agitado con calor en los últimos tiempos ocupaban todos los espíritus. La mayor parte de los teólogos y de los jurisconsultos defendían ó atacaban los derechos de los papas y de los reyes. Y para que todo fuesen luchas las había también entre el clero secular y el regular, esforzándose este último en obtener privilegios de Roma y atraerse la confianza del pueblo en perjuicio de aquel.

Así lo dice Pluquet y lo vemos confirmado por otros escritores. Podemos buscar, pues, el origen de todos estos males que tan tristes consecuencias produjeron, en el general resfriamiento de la caridad, á la que había sustituido el espíritu del orgullo y de la vanidad tan contrario á la religión de amor fundada por Jesucristo. Esto en vez de ser

una prueba contra la religion, es á nuestros ojos y á los de toda persona de recto criterio una bellissima demostracion de su divinidad. ¿Qué institucion humana habria sufrido sin hundirse tantas luchas y contradicciones? Hemos visto disputado por espacio de muchos años el poder pontificio, y orgullosos anti-papas lanzando anatemas contra el verdadero vicario de Jesucristo. Hemos visto á los grandes poderes de la tierra colocados al lado de los impostores y constituidos defensores de la mala causa. Hemos visto atrevidos heresiarcas predicando por todas partes contra los dogmas sacrosantos del cristianismo, sin que fuera suficiente á contener esta impía propaganda todo el celo de los pontífices y todo el rigor de los inquisidores.

A vista de todo esto; á la presencia de tantos desastres, cualquier hombre pensador al que faltase la fé no podría ménos de creer que la Iglesia se hallaba en la agonía y que eran inútiles todos los remedios que se aplicasen para salvarla. ¡Y eso que aun no habia aparecido la negra faz del protestantismo! Humanamente hablando, razon tendria el que de tal modo discurrese, y no se podría reprochar falta de lógica. Interior y exteriormente la Iglesia estaba combatida por enemigos poderosos. Empero no podian discurrir de aquella manera los que habian estudiado los orígenes del cristianismo, los que tenian fé en las palabras de su Fundador divino, los que creian que Jesucristo era Dios verdadero al tiempo mismo que verdadero hombre, y que por lo tanto sus obras no están expuestas á las contingencias y vaivenes de las obras humanas. Ya hemos tenido ocasion de discurrir sobre este punto harto interesante y no

insistiremos mas sobre él. A pesar de las herejías, de los combates de los poderosos, de los tiros de la impiedad, de los esfuerzos satánicos hechos por todos sus enemigos, la roca permanece inmóvil sin que puedan hacerla bambolear las más horribles tempestades. Se conmovieron los robustos cedros del Líbano, esto es, rodarán por tierra los grandes imperios, caerán hechos astillas los tronos que parecian mejor cimentados, desaparecerán las dinastías más queridas de sus pueblos, y la Iglesia de Jesucristo, ora tranquila, ora perseguida, contemplará tranquila todos esos grandes cataclismos, esas imponentes revoluciones que varian el modo de ser de los pueblos, que cambian sus leyes y les hacen entrar en nuevas fases que antes les fueran desconocidas.

Vengan, pues, en el siglo xv los que están destinados á ser los precursores del luteranismo; venga despues esa grande herejía de marcado carácter demagógico que va á conmover hasta los cimientos de las sociedades; venga esa falange de predicadores de la Reforma. Nada hay que temer por la Iglesia que está sostenida por el dedo de Dios. Más tarde, dos siglos despues, vendrá el filosofismo voltariano, jactándose de que á él está reservado el concluir para siempre con la institucion divina. Sus esfuerzos serán tambien vanos, como lo son los que en la segunda mitad del siglo xix viene haciendo ese liberalismo impio é hipócrita que ha despojado al pontífice romano de su principato civil y que le impide hasta el ejercer con plena libertad el poder espiritual; ese liberalismo que se ha apoderado de los bienes de la Iglesia, que trabaja por que no se dé instruccion religio-

sa á los niños; que, como está sucediendo en Francia en los días que escribimos, persigue sin tregua ni descanso en nombre de la libertad ¡qué cruel sarcasmo! á los obispos y sacerdotes, y se arroja de las escuelas á los que alimentaban á la niñez con el pan de la enseñanza religiosa, para sustituirlos por maestros asalariados que enseñan el ateísmo.

Vengan todas estas y más calamidades, si Dios tiene dispuesto que mayores males experimente la Europa en estos tiempos de progreso y de civilización: pero ¿podemos abrigar algún temor? Abriguémoslo en buen hora los hombres de poca fe, pero no los que la tenemos en las palabras y promesas de nuestro Señor Jesucristo. Como antes decíamos, nosotros no vemos en todo esto otra cosa que bellísimas demostraciones de la verdad de la religión católica y de la divinidad de su fundador.

Volvamos á nuestro asunto y fijemos la vista en el siglo cuyas herejías nos cumple historiar al presente.

Las turbulencias, la confusión del Occidente había hecho nacer en todas las clases del Estado y aun en el mismo clero grandes pasiones, y á veces una licencia que los enemigos de la Iglesia exageraban, y que las personas virtuosas se esforzaban en reprimir y en restablecer el orden y la disciplina. No era cosa muy fácil atendido el estado de agitación en que se hallaban los espíritus y el vuelo que habían tomado las pasiones, pero era laudable el intentarlo.

«Había, dice Pluquet, tres sentimientos dominantes que dividían los espíritus. Era el primero el que pretendía someterlo todo al poder del papa y de la Iglesia: el segundo

por el contrario se esforzaba por despojarle de todo; y el tercero quería encerrar el poder del papa y del clero en sus justos límites y reformar los abusos que se habían introducido en la Iglesia.

«Este último sentimiento prevaleció en todas partes donde dominaban los hombres de prudencia y moderación: en los demás puntos donde aquellos estaban en minoría, los dos primeros sentimientos produjeron discordias y guerras, según la disposición de los espíritus.

«El reino de Francia, lleno de hombres esclarecidos, de sabios teólogos, conservaba su libertad, sin faltar á la adhesión y respeto á la Santa Sede. Verdad es que hubo algunos extraviados, que fueron inmediatamente condenados y que no tuvieron defensores.

«Sin embargo, el escándalo estaba dado: el respeto debido al sucesor de Pedro y á los sucesores de todos los apóstoles y á los sagrados concilios se había debilitado en gran manera por las continuas murmuraciones y clamores contra los defectos del jefe y de los miembros de la Iglesia. Del fondo salvaje de la Bohemia se eleva un hombre vano, presuntuoso, amigo de novedades, hipócrita hábil y de una malignidad completa. En una palabra, Juan Hus, dotado de ese gran talento que desgraciadamente forma los herejes.

A este hombre que aquí nos presenta el abate Pluquet, le hemos dado á conocer suficientemente, así como á su discípulo Jerónimo de Praga (*pág. 358 y sig. de este tomo*). Apasionado por la doctrina del inglés Wiclef, la propagó, y como aquel atacó el libre albedrío, las buenas costumbres y hasta los sagrados misterios de la religión.

La libertad que pudo gozar por mucho tiempo Juan Hus, le permitió infiltrar el veneno de la herejía por todas partes, arrancando la fé católica de muchos corazones, arrebatando la paz cristiana del seno de las familias, y dando en cambio dudas, vacilaciones y turbulencias.

¡Qué males tan terribles causó en la familia cristiana aquel aborto del infierno, aquel primogénito de Satanás! Los pueblos son siempre afectos á novedades, y este sentimiento sube de punto allí donde hay ménos ilustracion y más ignorancia. Juan Hus tuvo expeditos todos los terrenos. Su posicion y sus circunstancias le permitian hacer propaganda lo mismo entre los sabios que entre el vulgo. Dotado de elocuencia, como dijimos en el artículo que le dedicamos, era escuchado como un oráculo por los hombres de la Universidad, muchos de ellos encanecidos en las ciencias, y sabiendo adaptarse á todas las inteligencias usaba de un lenguaje sencillo y á propósito para persuadir cuando se dirigía al pueblo, y los unos y los otros daban su respectivo contingente para que se aumentasen sus partidarios, que era disminuir los de la cabeza de la Iglesia y de la doctrina salvadora del Evangelio.

Juan de Hus colocado en el buen camino, despojado del espíritu de vanidad y de soberbia, adherido de corazón á la Iglesia, hubiese sido un gran apóstol de la verdad y un guía de muchas almas, á las que hubiese conducido por las sendas de la justicia á la felicidad eterna. Empero su destino fué más desgraciado, y en vez de dejar una buena memoria en los fastos de la Iglesia, dejó un nombre manchado, que no puede pronunciarse sin horror, como todos los de

los heresiarcas. Wiclef, Juan Hus, Jerónimo de Praga, y despues Erasmo, abrieron el camino á la llamada *Reforma* del siglo xvi, que habia de arrancar reinos enteros de la obediencia de la Iglesia. ¡Quién puede penetrar los juicios de Dios! Tal vez queriendo castigar á la Europa, y empezar estos castigos por los mismos que eran sus ministros, cegó á hombres esclarecidos, á talentos de primer orden, para que teniendo ojos no vieses, y que en vez de ser estrellas brillantes de la militante Jerusalem y sus más firmes sustentáculos, fuesen piedras de escándalo y satélites del espíritu de las tinieblas. Y estos hombres querian ser reputados como reformadores de la Iglesia, cuya mision era la de restablecer la pureza del Evangelio y de la disciplina primitiva.

Empero no era solamente la Francia la perturbada por las grandes herejías. El imperio de Alemania se hallaba también en grandes perturbaciones, y esto no solamente por la lucha de doctrinas, sino también por la política. Juan II se habia unido con el duque de Aragon contra Ladislao, rey de Nápoles, y cada vez eran mayores los desórdenes que turbaban el imperio.

Digamos alguna cosa sobre nuestra España. Los historiadores franceses pasan revista al estado que presentaba así el Oriente como el Occidente en cada una de las épocas respectivas, pero siguiendo su costumbre no se ocupan ó lo hacen á vista de pájaro de España. No nos es permitido seguir esa línea de conducta y mucho ménos teniendo la honra de ser hijos de esta hidalga y católica nacion.

Así en las letras como en las costumbres España fué más

afortunada que las demás naciones en el siglo xv. Durante este período se fundaron varias universidades que fueron plantales de sabios, muchos de los cuales dieron días de gloria á nuestra patria. No nos detendremos en hablar de la fundación de cada una de ellas. El curioso puede quedar satisfecho en este punto leyendo la erudita *Historia de la Iglesia de España*, de D. Vicente La Fuente, que es un rico arsenal de noticias á cual más importantes. Este sabio profesor de *Derecho Canónico* ha levantado con su obra un precioso monumento, haciendo un bien á la Iglesia Española que carecía de una historia completa.

Hé aquí dos párrafos de dicha obra que tratan de los colegios que se fundaron por aquella época: «La fundación de estos colegios no era otra cosa que la aplicación del monje católico á los estudios universitarios: el traje humilde, la vida retirada y aun austera, las prácticas religiosas, la comunidad de mesa, la clausura, la elección de superiores, todo ello estaba tomado en su mayor parte de las antiguas canónicas; y cuando los canónigos reglares se dispersaban huyendo de la vida común, se llamaba en las universidades á los estudiantes á imitar su regla: y en verdad que lo hicieron con tal fervor, que más de uno de ellos mereció figurar en los altares. San Juan de Sahagun, santo Tomás de Villanueva, santo Toribio de Mogrobojo y otros muchos colegiales de santa memoria atestiguan esta verdad.

«En todos estos Colegios dominaba el sentimiento religioso. A falta de Seminarios se formaban en medio de las Universidades aquellos invernáculos, para preservar del

aire mundano ciertas plantas escogidas en beneficio de la Iglesia. Los estudios favoritos en aquellos Colegios eran la teología y el derecho canónico: las demás ciencias se admitían como por favor. Su objeto principal era la conservación de la fé, y al de San Bartolomé de Salamanca le dió su fundador por divisa estas palabras:

IN AUGMENTUM FIDEL.

Empero á todos estos Colegios superó en importancia y celebridad el Colegio-Universidad de San Ildefonso que fundó en Alcalá de Henares el célebre cardenal Cisneros en 1508 (1).»

En tanto que la Alemania, Inglaterra y Francia producían herejes destinados á combatir la verdad católica, España producía héroes de santidad. Los siglos xiv y xv fueron fecundos en producir santos en España, si no tanto como en el siguiente, á pesar de la general corrupción de las costumbres. Citaremos tan solo á san Pedro Pascual, obispo de Jaen y religioso mercenario; á san Pedro Armengol, del mismo instituto, víctima de su caridad; á los santos franciscanos Juan Lorenzo de Cetina y fray Pedro de Dueñas, lego profeso, muertos por mandato del rey moro de Granada; san Diego de Alcalá, san Pedro Regalado, san Juan de Sahagun, el mártir ilustre san Pedro Arbúes y entre otros muchos el muy célebre san Vicente Ferrer, el taumaturgo del siglo xv y del xvi, tan famoso no solamente en el reino de Valencia, su patria, sino en toda España.

(1) La Fuente, obra citada, § CCLVII.

PICARDOS.

Fueron también llamados *adamitas*, y formaron un partido en el siglo xv en el que todos eran fanáticos, que enseñaban que en la comunión el vino y el pan eran simples emblemas, y acabaron por abrazar los errores de la secta del espíritu libre. Vivían en completa comunidad de mujeres en una de las islas de Losinitz. En 1421 fueron sorprendidos por Ziska. No eran menos odiosos que los católicos á los ojos de los husitas. Ziska hizo quemar un gran número de ellos, empero todos sus esfuerzos no fueron suficientes para extirpar la secta por completo. También los taboritas, de los que hablamos en el artículo *Husitas*, fueron alguna vez tratados de picardos.

ERASMO.

Desiderio Erasmo nació en Rotterdam el 28 de octubre de 1467. Su padre residía en Gouda, y se llamaba Gheraerds. Obligado éste por sus parientes á recibir las órdenes, abandonó su país para sustraerse á la obediencia, abandonando al mismo tiempo á la hija de un médico, su prometida, Margarita, que se refugió en Rotterdam para ser madre. El niño que dió á luz apenas tenía un soplo de vida, pero estaba destinado á hacer célebre en el mundo el nombre de Erasmo, que combinó de una palabra griega ya que no podía

darle el de su padre. Gheraerds se había refugiado en Roma, donde se procuraba el sustento copiando manuscritos. Mas como quiera que sus padres hubiesen podido averiguar el lugar de su retiro, le escribieron noticiándole que Margarita había muerto. Desesperado por tan fatal nueva recibió las órdenes sagradas. A su regreso á Holanda supo que había sido engañado y que Margarita vivía; empero ligado al altar por sus juramentos, se vió obligado á aceptar el título de padre sin tener el de esposo. Las escasas fuerzas que le restaban despues del gran disgusto experimentado, las consagró á la educación de su hijo. Erasmo, que tenía una voz dulce y agradable, fué recibido como niño de coro en la catedral de Utrecht. Cuando solo tenía nueve años de edad, su padre le envió á Deventer para que estudiase bajo la dirección de Alejandro Stege. Uno de los sabios de aquella ciudad le predijo que sería un gran hombre.

En efecto, todo presagiaba en él el porvenir: tenía un talento claro y despejado, gran comprensión y una afición decidida á los estudios. A los doce años le eran familiares Ciceron y Terencio. Una enfermedad contagiosa le arrebató á su madre, y con tal motivo se vió en la necesidad de ir á Rotterdam, donde le aguardaba una nueva desgracia. Su padre murió dejando una regular fortuna, que tutores poco fieles disiparon en poco tiempo. Aquellos malos tutores, con el fin de evitar el que Erasmo les obligase más tarde á rendir cuentas, se empeñaron en hacerle monje. A pesar de la resistencia del jóven, y de sus inclinaciones que no eran ciertamente monacales, sin que sirviese de obstáculo una enfermedad producida por la tiranía con que fué tratado,

— 18 —

fué enviado al monasterio de Stein. Su continuo estudio sobre los clásicos de la antigüedad, su amistad mística con Hermann no le impidieron el tomar bien pronto aversión á la vida ascética y contemplativa del monasterio. Su salud siempre débil, sus ideas que le llevaban á la duda y á la negacion, su carácter inquieto y bullicioso, y sobre todo la vida retirada del claustro, le acabaron de quitar el gusto para un género de vida al que seguramente no estaba destinado.

Presentósele una ocasion favorable de abandonar el monasterio, y no vaciló en aprovecharla. Enrique de Bergne, obispo de Cambrai, le llamó para que le acompañase á Roma, á donde debia marchar; empero el viaje fracasó, y su protector le concedió el permiso de ir á perfeccionarse á Paris, dándole una plaza en el colegio de Montaigu. Empero los malos alimentos, los vinos ágricos que en aquel establecimiento se suministraban á los colegiales, como él mismo asegura en una de sus cartas, acabaron por alterar su constitucion ya bastante débil. Temiendo perecer abandonó su celda, y se entregó á la vida del mundo.

Entonces fué cuando empezó á recorrer diversos puntos de la Europa, deteniéndose poco tiempo en cada uno, de suerte que, como dice un antiguo crítico, su vida fué un continuo viaje. A su vuelta á Inglaterra experimentó grandes desgracias, para colmo de algunas desdichas que habia experimentado en sus excursiones. En Bolonia, á causa del escapulario blanco que llevaba, fué tenido por un médico, justamente cuando la peste diezaba la poblacion. Él lo negó, y el pueblo quiso matarlo.

— 19 —

Sin embargo en medio de tantos accidentes y trabajos se dió á conocer por producciones llenas de ciencia, que revelaban el gran talento de que estaba adornado. Estando en Venecia intentó hacer imprimir el célebre *Alde-Manuce*.

Después que se recibió de doctor en teologia, dirigió la educacion del hijo natural de Jacobo IV, rey de Escocia, y más tarde se dirigió á Roma, que con ansia deseaba visitar antes de morir. La fama de su gran talento hizo que el papa Leon X le recibiese de un modo el más favorable, y los cardenales le dispensaron la honra de que no se descubriese en presencia de ellos. Ganosos de que permaneciese en la capital del mundo cristiano, le ofrecieron el cargo de penitenciario. Empero Erasmo, que estaba acostumbrado á una vida muy agitada, se negó á aceptar.

La amistad que tenia con Enrique VIII le hizo dirigirse á Inglaterra. Durante el viaje hizo conocimiento con un grande hombre que habia de ser más tarde su mejor amigo. Hallándose un dia un extranjero en casa de Tomás Morus, despues de una corta conversacion, el canceller exclamó: «O vos sois un demonio, ó sois Erasmo.» En efecto, era Erasmo. En esta época fué cuando hizo amistad con Juan Colet, dean de la iglesia de San Pablo de Londres. Empero dominado por su genio, que no le permitia estar fijo en ninguna parte, se trasladó á Paris despues de haber visitado algunas universidades. Pero cansado en fin, ó sin fuerzas para continuar por más tiempo aquella vida de aventuras, se retiró á Basilea, donde fijó su residencia. Allí el célebre impresor Froben, que fué su editor y su amigo á la vez, imprimió la obra de Erasmo, el Nuevo Testamento en grie-

go. El rey de los Países-Bajos, Carlos de Austria (después Carlos V), le nombró consejero real con una pensión. Fernando de Hungría, Segismundo de Polonia y Francisco I trabajaron en vano por que se fuese á sus respectivos Estados. Las turbulencias ocurridas en Basilea con motivo de la Reforma le forzaron á retirarse en 1529 á Friburgo, donde fué recibido en el palacio del emperador Maximiliano. No se debía ménos á un hombre que tal vez era el primer talento de su siglo, que habia rehusado la púrpura que le ofreciera Julio III, el escritor en suma querido y respetado por los primeros genios de su época. Erasmo recibia cartas y presentes de todos los monarcas del mundo, bien que, como dice un historiador, él tambien era rey, porque tenia el cetro de la inteligencia. Despues de seis años de sosiego en Friburgo, encontrandose muy débil de salud, de modo que no disfrutaba un momento de reposo, volvió á Basilea en 1534, empero sus días eran contados, y habiéndose agravado murió el 12 de julio de 1536, á la edad de setenta años.

Erasmo era de baja estatura, de mirada agradable, de voz dulce y bella pronunciacion. En su conversacion era muy amable, y fiel y generoso en la amistad. Jefe de una reaccion violenta contra la escolástica sostuvo grandes polémicas y discusiones. J. C. Scaliger vomitó contra él las mayores injurias. Hablando de Erasmo en sus obras, dice: «Él un malvado, un hijo del amor, un hombre de la nada que ha ganado la vida en Venecia haciendo de corredor, un borracho de costumbre, que devuelve sobre los caracteres de la imprenta el vino que ha apurado; es el príncipe de los

embusteros, un furioso, una víbora, un Rusiris (1), un triple parricida.»

Creemos que este es el lenguaje del ódio y de la mala voluntad más bien que el de la justicia.

Erasmo tuvo relaciones con Lutero. El monje de Witemberg fué el primero en escribirle. Erasmo le respondió con política sin ocultar su admiracion por el reformador. Empero cuando la querella se fué envenenando luego que Lutero en la dieta de Worms quiso medir su poder con el poder romano, Erasmo que era tímido, vaciló. Lutero le escribió entonces una carta llena de injurias, y Erasmo quiso que la cuestion fuese sostenida ante los sabios, pero al fin se puso de parte de Lutero y le ayudó en sus proyectos. Aquel gran talento, aquel hombre tan justamente estimado de los hombres de más valer en el mundo puso el pié en el primer peldaño de la escala de la perdicion (2).

Erasmo trató con demasiada libertad las materias de la fé. Criticó frecuentemente y con la mayor ligereza á los Santos Padres, y se complacia en unas mordaces sátiras contra los sacerdotes y religiosos. En aquella época del luteranismo naciente, el deber ineludible de todo buen católico era el defender aquellos grandes objetos que estaban amenazados de ser envueltos en la terrible tempestad que se preparaba.

Talento suficiente tenia Erasmo para emprender la guerra que se preparaba contra el catolicismo y para medir sus consecuencias. ¿Y qué hizo? ¿Se convirtió en campeón de

(1) Fué Rusiris, uno de los más crueles tiranos del Egipto, segun la Mitología.

(2) Répertoire des connaissances usuelles, etc. t. viii.

la buena causa? No: léjos de hacerlo así se pasó al lado del apóstata reformador, como hemos dicho, y su sátira mordaz, sus dichos agudos, sus aprobaciones á lo que hacia el rebelde agustino, traidor é inconsecuente en sus doctrinas, todo revela que encontraba complacencia en la lucha que se inauguraba. Hé aquí el porqué de haberle dedicado una página en nuestro libro, no obstante haber sido, como dijimos al principio, el hombre más sabio de su siglo. Pudo hacer bien y no lo hizo: pudo emplear sus dotes de sabiduría en honra de Dios y de su Iglesia, y los empleó en ayudar á la herejía.

ABRAHAMITAS.

Nueva secta establecida en Pardubitz, en Bohemia, y cuyos miembros, restos de los antiguos husitas, fueron llamados *Abrahamitas* por su doctrina, y *Adamitas*.

Decían pertenecer á la religión que profesaba Abraham antes de la circuncision; rechazaban esta práctica, aunque muchos de ellos estaban circuncidados, por haber nacido judíos: los demás habian sido protestantes, y quizá algunos de ellos católicos. Su profesion de fé no era más que una variedad del deismo. Creían en Dios, en la inmortalidad del alma, en las penas y recompensas de la vida futura; pero negaban la divina legacion de Moisés, y no admitían de la Escritura Santa más que el Decálogo, la Oracion dominical, rebatían la doctrina del pecado original, de la Redencion, el Bautismo, la Trinidad, la Encarnacion del

Hijo de Dios, no concediendo á Jesucristo más que la humanidad y el carácter de un sabio. Cuando el edicto de tolerancia de José II apareció, se les permitió incorporarse á una de las religiones toleradas en el imperio, so pena de deportacion; su desprecio les valió el destierro, y la vuelta á Bohemia no fué concedida más que á los que abjurando ó fingiendo abjurar su religion, se habian hecho católicos.

En cuanto á sus costumbres, pasa por constante que el pudor y el nudo conyugal no eran nada para ellos. La mezcla de los consorcios daba la vida á muchos niños que los padres embrutecidos criaban, no como siéndoles propios sino como séres cuya debilidad pedía socorros. (*Bergier.*)

JUAN DE PARÍS.

Fué un religioso dominico, profesor de la Universidad de París, de esclarecido talento y muy amigo de las discusiones. El vigor que usaba en las disputas, hizo que se le llamase *pungens asinum*.

Tratando del misterio de la Eucaristía quiso dar una nueva explicacion del mismo, que consistía en decir que Jesucristo tomó la sustancia del pan de tal modo, que el Verbo de Dios está unido con el pan. Esta doctrina escandalizó necesariamente á los católicos, por estar en contradiccion con la creencia de la *transubstanciacion*, es decir, que el pan se ha cambiado en la sustancia del cuerpo. El obispo de París condenó la doctrina del profesor Juan. No se conformó este con aquella condenacion y apeló al papa. Antes

de que llegase la decision del soberano pontífice, murió Juan protestando su sumision á lo que decidiese el Vicario de Jesucristo.

Si bien ya hemos tenido ocasion de hablar del gran misterio de la Eucaristía, testimonio del grande amor de Jesucristo para con los hombres, y manifestacion de su poder y de su sabiduría, justo es que á propósito de la enseñanza de Juan de París, digamos aquí algo de la transubstanciacion.

Segun la creencia de la Iglesia católica, la *Eucaristía*, bajo las apariencias del pan y del vino, contiene sustancialmente el cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesucristo. Este se halla en la Eucaristía, no con la sustancia del pan y del vino, sino por *transubstanciacion*, de modo que no queda más de estos alimentos que las especies ó apariencias. Jesucristo no solamente subsiste en la Eucaristía mientras se usa, sino que se conserva en un estado permanente. Jesucristo en la Eucaristía debe ser adorado; tiene un derecho á las adoraciones de los hombres; así como en el Calvario se ofreció *cruentamente* á su eterno Padre por la redencion del mundo, en la Eucaristía se ofrece de un modo *incruento* por mano de los sacerdotes. La Eucaristía es un verdadero sacramento, pues tiene todos sus caracteres, y es una obligacion para los cristianos el recibirla en la comunión.

Todos estos puntos fueron decididos por el concilio de Trento, sesion xm. Como hemos tenido ocasion de ver, algunos de ellos han sido contradecidos por diversos herejes, y todos por los protestantes. Tratemos, pues, de ellos en el terreno teológico.

La presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, es el punto capital de la doctrina cristiana en órden á este misterio.

Este dogma ha sido atacado desde los primeros siglos de la Iglesia. «No es de admirar esto, dice un escritor; este dogma tiene una relacion tan próxima con el misterio de la Encarnacion, que no es posible impugnar á este último sin herir al primero.»

Al hablar de los gnósticos, dijimos en su artículo (página 215 del tomo 1.º) lo siguiente: «Asegura san Ireneo, que por más que los gnósticos discordasen unos de otros en algunos puntos acerca de Jesucristo, convinieron sin embargo en negar lo que dice san Juan, que el Verbo se hizo carne, pretendiendo todos que el Verbo de Dios y el Cristo que ellos colocan entre las primeras producciones de la Divinidad, haya aparecido en el mundo sin encarnar, sin nacer, ni de la Virgen ni de ninguna otra manera. Para llenar Jesucristo su objeto y cumplir su mision de iluminar é instruir á los hombres, era necesario, segun los gnósticos, que tomase las apariencias de la humanidad, y es lo que hizo.» Ahora bien, si los gnósticos tenían tales ideas sobre Jesucristo, si creían que solo tenía un cuerpo fantástico y aparente, ¿cómo podían admitir que su cuerpo estuviese realmente en la Eucaristía? Las opiniones de los maniqueos en el siglo iii eran semejantes á las de los gnósticos: por *Eucaristía* entendían las palabras y la doctrina de Jesucristo.

Otros herejes han negado la conversion del pan y del vino en cuerpo y sangre de Jesucristo. Tales fueron los paulicianos, y lo mismo hicieron los albigenses. En cuanto

á Juan Scot, preceptor que habia sido de Carlos el Calvo, escribió un libro sobre la Eucaristía (siglo xi), en el cual negó la presencia real: su obra, muy poco conocida, fué sacada del olvido por los calvinistas interesados en sostener aquella doctrina.

Tambien fué impugnada la Eucaristía en el siglo xvi por los pretendidos reformadores, pero no ha habido avenencia entre ellos sobre este punto, como no la ha habido en otros muchos.

Zuinglio enseñó que la Eucaristía no es otra cosa que la figura del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, á la cual se dá el nombre de las cosas que representa.

Calvino tomó otro rumbo pretendiendo que la Eucaristía contiene solamente la virtud del cuerpo y de la sangre de Jesucristo; que solo se recibe en este Sacramento por la fé y de un modo espiritual. Esta doctrina fué adoptada por los anglicanos. Bossuet en su inmortal obra *Historia de las variaciones*, dá á conocer las grandes divisiones que han causado entre los protestantes estas diversas opiniones.

Dejemos hablar á un autor bien informado. «Segun Calvino, el dogma de la presencia real y el culto de la *Eucaristía*, universalmente establecido en la Iglesia romana, es una verdadera idolatría, un abuso suficiente para justificar el cisma de los protestantes; sin embargo, por una inconsecuencia evidente, Calvino y sus secuaces consintieron en fraternizar en asuntos de religion con los luteranos que creían la presencia real.

«Por una parte, Lutero defendió con todas sus fuerzas

que las palabras de Jesucristo, *este es mi cuerpo*, contienen evidentemente una presencia real; por otra Calvino replicó que es imposible admitir una presencia real sin suponer tambien una *transustanciacion*, sin autorizar el culto de la *Eucaristía*; la Iglesia católica, pues, no ha dejado de tener razon en retener estos tres puntos de creencia.

«Nunca se ha agitado disputa alguna con más calor por una y otra parte; jamás una cuestion se ha embrollado con mayor sutileza por parte de los novadores, ni ha sido mejor discutida por los teólogos católicos. Hé aquí un resumen de las razones alegadas por estos últimos.

«Prueban la verdad de la presencia real por dos medios, uno que llaman de *discusion*, y otro de *prescripcion*. A estos dos se puede añadir un tercero que es el de las *consecuencias*. El primero consiste en probar la presencia real por los textos de la Escritura santa, de los cuales unos contienen la promesa de la *Eucaristía*, los otros su institucion, y los terceros el uso de este Sacramento (1).

1.º Ya hemos tenido ocasion de decir que el hombre aspira á otra felicidad superior á la que puede disfrutar en la tierra en compañía de los demás hombres. Para alcanzarla es necesario que la razon del hombre se sujete á la razon eterna é infalible. Así decia san Pablo: «Os ruego, hermanos, por la misericordia de Dios, que ofrezcais vuestros cuerpos á Dios en hostia viva, santa, agradable á Dios, obsequio racional; y no os conformeis con este siglo; sino reformaos en novedad de espíritu, para que experimenteis cuál es la voluntad de Dios, buena, agradable y perfec-

(1) Bergier Dice. de Teol., vii. *Eucaristía*.

ta (1). » Y Jesucristo, ganoso de nuestra felicidad, nos dice: «Amadme, y vendemos á vosotros, y haremos morada en vuestro corazon (2). Comed mi cuerpo, bebed mi sangre, y yo viviré en vosotros y vosotros en mí, porque el que come mi carne y bebe mi sangre está en mí y yo en él (3). Jesucristo, pues, está en el hombre que cree en él, que se alimenta de su cuerpo: le comunica su poder y su vida, estableciéndose una sociedad divina entre Dios y el hombre. Antes de Jesucristo se llamaba desgraciado el pobre, el que padecía, el que lloraba: Jesucristo les da á estos el nombre de bienaventurados (4).

Atiéndase á las palabras citadas, *comed mi cuerpo, etc.*, y dígase si Jesucristo podía hablar de una simple figura. ¿Por qué se escandalizaron los judíos y algunos discípulos al oírle exclamar: «El pan que yo os daré por la vida del mundo, es mi propia carne... (5)»? Porque tomaron esta promesa á la letra, Jesucristo, que es la verdad por esencia, no los hubiera dejado en el error al hablar de una manera figurativa. Esto no puede ni pensarse.

2.º ¿Es bien claro lo que acabamos de demostrar? Pues aun vemos mayor claridad en la institución de este Sacramento augusto, comendio de las maravillas del Omnipotente, y el mayor y más admirable de todos los prodigios del poder triunfante. ¿Qué dice Jesucristo en la memorable noche de la Cena al realizar el gran prodigio? ¿Cuáles fue-

(1) Ad Rom., xii, 1, 2.

(2) Joann., xiv, 23.

(3) Joann., vi, 57.

(4) Matth., v, 3, 5.

(5) Joann., vi, 57.

ron sus palabras? «Tomad y comed, este es mi cuerpo... Tomad y bebed, esta es mi sangre...» Tomad y comed, este es mi cuerpo dado ó entregado por vosotros; segun san Pablo *hecho trozas ó destrozado* por vosotros (1). ¿En qué sentido es el pan entregado por nosotros? ¿Una copa de vino es derramada por nosotros? Jesucristo sustituyó la Encaristia á la Pascua; si no hubiera establecido más que una figura de su cuerpo y de su sangre, el cordero que acababa de comer le hubiese representado mucho mejor.

Los calvinistas han hecho cuanto han podido por oscurecer el sentido de estos pasajes, empero son muy débiles, y no pueden seducir en manera alguna las sutilezas gramaticales que han usado, á ningun hombre de mediano criterio que lea y estudie los pasajes de los libros santos que dejamos citados.

Es harto importante este gran misterio de la Eucaristia para que no aprovechemos las ocasiones que se nos presentan con motivo de las herejías para ocuparnos de él, recreando nuestro espíritu en el estudio de las grandes maravillas del Dios que se oculta bajo los velos de los accidentes para dársenos en comida, haciéndose lazo de union y consumando las relaciones de Dios con la humanidad.

3.º El sentido de las palabras de Jesucristo no puede conocerse mejor que por la práctica de los fieles de la primitiva Iglesia. San Juan en el Apocalipsis hace una pintura de la liturgia de los apóstoles: representa en medio de una asamblea de sacerdotes un altar y un cordero en estado

(1) Matth., xxvi, 26.—Marc., xiv, 22.—Luc., xxii, 19.—1 ad Cor., xi, 24, 25.

de víctima, al cual se tributan los honores de la Divinidad. Mas tarde san Justino nos la pinta del mismo modo (1). Siempre, pues, se ha creído que Jesucristo estaba realmente presente en la ceremonia. Los protestantes, dice Bergier, concieron también las consecuencias de este cuadro, que, para establecer su doctrina, les ha sido preciso desachar el Apocalipsis, suprimir el altar, los sacerdotes, las oraciones y todo el aparato del sacrificio.

«Dicen que con frecuencia se vé en la Escritura Santa, que el signo recibe el nombre de la cosa significada; así José, explicando á Faraon el sueño que este rey tuvo, le dice (2): «Las siete vacas gordas y las siete espigas llenas son siete años de abundancia.» Daniel para aclarar á Nabucodonosor el sentido de la vision que tuvo, le dijo, «Vos sois la cabeza de oro (3).» Jesucristo explicando la parábola de la simiente (4), dice: «El que siembra es el Hijo del hombre, etc.» San Pablo, hablando de la roca el cual Moisés hizo salir agua (5), dice: «Esta piedra es Jesucristo.»

«Mas el Salvador al instituir la Eucaristia no explicó ni un sueño, ni una vision, ni una parábola, ni un tipo de la antigua ley. Al contrario, puso una realidad en vez de las figuras; estableció un sacramento que debia renovarse frecuentemente, y cuya naturaleza era muy importante explicar con claridad para no dar lugar á ningun error. No era, pues, esta la ocasion de dar á un signo el nombre de la cosa

(1) Apol., I, n. 65 y sig.

(2) Gen., XLVI, 2.

(3) Dan., II, 38.

(4) Matth., XIII, 37.

(5) I ed Cor., I, 4.

significada. Si Jesucristo y los apóstoles usaron de este equivoco, cuyo abuso prevenian ciertamente, tendieron á la Iglesia cristiana un lazo inevitable.

«Por otra parte en todos los ejemplos citados por los protestantes hay semejanza y analogía entre el signo y la cosa significada; pero ¿qué semejanza existe entre el pan y el cuerpo de Jesucristo? Ninguna. Mas si el Salvador ha hecho del pan su propio cuerpo, es cierto desde este momento que lo que parece pan es el signo del cuerpo de Jesucristo, puesto que entonces no aparece á nuestros ojos este cuerpo sino bajo las cualidades sensibles del pan. Así los pasajes de los Padres que llamaron al pan consagrado el *signo del cuerpo de Jesucristo*, léjos de probar el sentido figurado de las palabras del Salvador, prueban todo lo contrario, pues este pan no puede ser la señal del cuerpo, á ménos que el cuerpo no exista verdaderamente bajo el signo de pan. Al decir *este es mi cuerpo*, Jesucristo nada cambió en lo exterior del pan; el pan consagrado no se parece más al cuerpo de Jesucristo, que el pan no consagrado; por tanto no puede ser el signo de este cuerpo, si Jesucristo no le convierte en él y no cambia la sustancia misma del pan... Una prueba positiva de que la creencia relativa á la Eucaristia nunca ha variado, es que el lenguaje siempre ha sido el mismo. En todos los siglos los Padres, los concilios, las liturgias, las confesiones de fé, y los autores eclesiásticos, se sirven de unas mismas expresiones y presentan el mismo sentido.»

Bergier, de quien hemos reproducido los anteriores párrafos, va presentando un precioso cuadro en el que recor-

riendo de siglo en siglo los autores desde san Justino, uno de los Padres apóstólicos, hasta nosotros, hace ver que no hay uno solo de estos escritores que no presente testimonios claros y expresos de la creencia de la Iglesia sobre este punto esencial; todas las liturgias, dice, aun la que se atribuye á los apóstoles, las de san Basilio, de san Juan Crisóstomo, la antigua liturgia galicana, la liturgia mozárabe, la de los nestorianos, las de los jacobitas, sirios, coptos y etiopes están exactamente conformes con la misa romana, tal como está en uso en el día en toda la Iglesia católica: todas contienen clara y terminantemente la doctrina de la presencia real y de la transustanciación. Este hecho ha sido puesto en evidencia en la *Perpetuidad de la fé*, t. 4 y 5, y por el Padre Le Brun, *Explic. de las ceremonias de la misa*, etc.

De buena voluntad presentaríamos aquí ese orden de pruebas, esa magnífica colección de testimonios recogidos de todos los siglos, empero nos habremos de contentar con presentar tres de ellos, y así no pecaremos de difusos ni privaremos al lector de algunas flores de tan lindo ramillete. Sea el primero el siguiente razonamiento de san Ambrosio, *Discurso á los neófitos*, c. 9: «Considerad, os ruego, vosotros que debéis participar pronto de los santos misterios, cuál es más excelente, el sustento que Dios dio á los israelitas en el desierto, llamado el pan de los ángeles, ó la carne de Jesucristo, la cual es el cuerpo mismo de aquel que es la vida; el maná que caía del cielo, ó aquel que está encima del cielo... El agua manó del seno de una roca en favor de los judíos, mas para nosotros *la sangre mana del*

mismo Jesucristo... Así es que esta comida y esta bebida de la antigua ley no eran más que figuras y sombras; pero la comida y bebida de que hablamos es la verdad. Pues si lo que vosotros admiráis no era más que una sombra, ¿cuán grandiosa debe ser la cosa cuya sola sombra os parece admirable? Así, pues, la luz es más excelente que la sombra, la verdad que la figura, y el cuerpo del Criador del cielo que el maná que caía del cielo. Pero quizá me diréis: ¿Cómo nos aseguráis que es el cuerpo de Jesucristo lo que recibimos, puesto que vemos otra cosa? Esto es lo que nos resta probar aquí. Encontramos, pues, una infinidad de ejemplos para mostrar que lo que se recibe en el altar no es lo que ha sido formado por la naturaleza, sino lo que ha sido consagrado por la bendición, y que esta bendición es mucho más poderosa que la naturaleza, como que *muda* la naturaleza misma. Moisés tenía una vara en la mano; la arroja al suelo, y fué convertida en serpiente; coge despues la cola de la serpiente, la que volvió á tomar al punto su primera forma y su primera naturaleza... Pues si la simple bendición de un hombre tuvo bastante virtud para *transformar la naturaleza*, ¿qué diremos de la propia consagración divina, en que las palabras mismas del Salvador obran todo lo que allí se hace? Pues este sacramento que recibis está formado por las palabras de Jesucristo. Si la palabra de Elias pudo hacer bajar fuego del cielo, ¿la palabra de Jesucristo no podrá cambiar la *naturaleza* de las cosas criadas?

«Habeis leído en la historia de la creación del mundo que habiendo Dios hablado, todas las cosas fueron hechas. Si, pues, la palabra de Jesucristo pudo de la nada dar el sér á

lo que no existía aun, ¿no podrá *trasformar en otra naturaleza* las que ya existían, puesto que no se podrá negar cuanto más difícil sea dar el ser á las cosas que no le tienen, que *mudar* la naturaleza de aquellas que recibieron ya el ser? Sirvámonos de los ejemplos que Dios nos dá, y establezcamos la verdad de este misterio de la Eucaristía con el ejemplo de la encarnación del Salvador. ¿El nacimiento de Jesucristo de Maria ha seguido el uso ordinario de la naturaleza? No hay duda en que este orden no se observó en dicho nacimiento, siendo pues visible que superó el orden de la naturaleza el que una Virgen llegase á ser madre sin dejar de ser virgen. Así que este cuerpo que producimos en este sacramento es el mismo cuerpo que nació de la Virgen Maria. ¿Por qué buscáis el orden de la naturaleza en la producción del cuerpo de Jesucristo en este sacramento, puesto que es tambien superior al orden de la naturaleza el que este mismo Señor haya nacido de una Virgen? Esta es la verdadera carne de Jesucristo que fué crucificado y sepultado. Este es, pues, tambien, segun la verdad, el sacramento de esta carne. El mismo Jesucristo dijo: *esta es mi cuerpo*. Antes de la consagración, la cual se hace en virtud de estas celestiales palabras, se dá á esto otro nombre; pero despues de la consagración se llama cuerpo de Jesucristo. Dice tambien: *esta es mi sangre*. Antes de su consagración se llama de otra manera lo que hay en el cáliz, mas despues se llama sangre de Jesucristo. Así es que respondeis *amen* cuando se os dá, es decir, es cierto. Creed, pues, verdaderamente de corazón lo que confesáis con la boca, y sean vuestros sentimientos interiores conformes con

vuestras palabras. Jesucristo sustenta á su Iglesia por medio de este sacramento, que fortifica la sustancia de nuestra alma. Este es un misterio que debéis conservar cuidadosamente vosotros mismos... y no comunicarle á los que no son dignos de él, ni publicar los secretos divinos ante los infieles por una excesiva ligereza en hablar. Debeis por consiguiente vigilar con gran cuidado por la conservación de la fé, á fin de guardar siempre inviolablemente la pureza de vuestra vida y la fidelidad de vuestro secreto.»

Otro de los documentos que ofrecimos es el de san Juan Crisóstomo, el cual se expresa de este modo: «Las estátuas de los soberanos sirvieron con frecuencia de asilo á los hombres que se refugiaban junto á ellas, no porque fuesen de metal, sino porque representaban la figura de los principes. Así la sangre del cordero salvó á los israelitas, no porque fuese sangre, sino porque figuraba la sangre del Salvador, y anunciaba su venida. Al presente, pues, si el enemigo percibiese, no la sangre del cordero figurativo marcada sobre vuestras puertas, sino *la sangre de la verdad resplandeciente en la boca de los fieles*, mucho más huiría de ellos. Pues si el ángel pasó de largo á la vista de la figura, ¿cuánto más se asombraría el enemigo al aspecto de la verdad?... Considerad, añáde despues, con qué alimento nos sustenta y satisface. *El mismo* es para nosotros la sustancia de este alimento, él mismo es nuestra comida; porque así como una tierna madre, poseída de un afecto natural, se apresura á sustentar á su hijo con toda la abundancia de su leche, así Jesucristo *alimenta con su propia sangre á los que regenera.*» (*Homilia á los neófitos; Hom. sobre san Juan; Hom. 67 al pueblo de Antioquia.*)

En otro lugar se expresa de este modo : « Obedezcamos, pues, á Dios en todas las cosas ; no le contradigamos, aun cuando lo que nos dice parezca repugnar á nuestras ideas y á nuestros ojos. Profiramos su palabra á nuestra vista y á nuestros pensamientos. Apliquemos este principio á los misterios. No hagamos caso de lo que está expuesto á nuestra vista, sino atendamos á su palabra, pues es infalible, y nuestros sentidos están expuestos á ilusion. Por consiguiente una vez que el Verbo dijo : *este es mi cuerpo*, obedezcamos, creamos y veamos este cuerpo con los ojos del alma, ya que Jesucristo nada nos ha dado sensible, sino bajo *cosas sensibles*, objetos que no se conocen sino con el espíritu... Pues si no fuierais cuerpo, los dones que os ha concedido hubieran sido simples, y nada tendrían de corporales ; mas como vuestra alma está unida á un cuerpo bajo *cosas sensibles*, os presenta unos objetos que no lo son. ¿ Cuántas personas habrá que digan en la actualidad : quisiera ver perfectamente su forma, su figura, sus vestidos y su calzado ? Y hé aquí que lo veis, que le tocáis á él mismo, que le comeis á él mismo. Quisierais ver sus vestidos, pero él se entrega á vosotros, no solo para ser visto, sino palpado, comido, y recibido interiormente... Si no podeis mirar sin una extrema indignacion la traicion de Judas y la ingratitud de los que le crucificaron, tened cuidado de no haceros vosotros mismos culpables de la profanacion de su cuerpo y de su sangre. ¡ Estos desventurados hicieron sufrir la muerte al sacrosantisimo cuerpo del Señor, y vosotros le recibis con un alma impura y sucia, despues de haber recibido de sus manos tantos bienes ! Pues no contento con hacerse hom-

bre y sufrir las ignominias, quiso sin embargo mezclarse y unirse á vosotros, de suerte que formarais un mismo cuerpo con él, *y no solo por la fé*, sino efectivamente y en la misma realidad.

» ¡ Cuán puro no debería estar aquel que participa de un sacrificio semejante ! ¡ Cuánto más puro que los rayos del sol debería estar la mano que distribuye esta carne, la boca que se llena de este fuego espiritual, y la lengua que se tiñe con esta sangre formidable ! ¡ Pensad en el honor á que habeis sido elevados, en la mesa á que sois admitidos ! Aquel á quien los ángeles tiemblan ver desde léjos, y á quien no se atreven á contemplar sin espanto á causa del esplendor que resalta de su persona, desciende á nosotros, somos alimentados con su misma sustancia, confundimos la nuestra con la suya, y formamos con él un mismo cuerpo y una misma carne. ¿ Quién será capaz de referir las maravillas del Señor ? ¿ quién hará dignamente oír sus alabanzas ? ¿ qué pastor ha alimentado nunca á sus ovejas con sus propios miembros ? ¿ Y qué digo pastor ? Las mismas madres entregan algunas veces sus hijos á nodrizas extrañas. Pero el Señor no sufre que los suyos sean tratados así. Él mismo los sustenta con su propia sangre y se les une enteramente... Jesucristo que en otros tiempos obró estas maravillas en la cena que celebró con sus apóstoles, es el mismo que las obra al presente. Nosotros ocupamos en la tierra el lugar de sus oficiales y ministros ; mas él es quien santifica estas ofrendas, y las convierte en su cuerpo y en su sangre... Dirijo mi discurso no solo á los que participais de los misterios, sino tambien á los que sois sus dispensadores... Y vosotros,

oh legos, cuando os aproximais al cuerpo sagrado, creed que le recibis de la mano invisible de Jesucristo. Porque aquel que aun hizo mas, esto es, que se ha puesto por si mismo sobre el altar, no se desdeñará de presentaros su cuerpo.»

Hé aquí despues de las anteriores frases, y de ensalzar la caridad como la más excelente de las disposiciones para los misterios, lo que añade aludiendo á la cena de Jesucristo : «No era de plata el altar en que estaba sentado ; no era de oro el cáliz del cual *derramó su propia sangre* para sus apóstoles, y sin embargo este era tan precioso, como formidable, por el espíritu de que estaba lleno.» (*Homilia 60 al pueblo de Antioquia.*)

Ultimamente no queremos renunciar á insertar aquí para terminar otro precioso documento que es de san Gaudencio, obispo de Bressa, el cual se explica de este modo : «En la sombra y figuras de la antigua Pascua no se mataba un cordero solo, sino muchos, á saber, uno en cada casa ; porque no solo no pudo ser suficiente para todo el pueblo, porque este misterio no era más que la figura y no la realidad de la pasion del Señor. Pues la figura de una cosa no es la realidad de ella, sino solo es su representacion é imagen. Así, sin embargo de que en la verdad de la ley nueva un solo cordero murió por todos, es cierto que siendo tambien inmolado por todas las casas, es decir, *sobre todas las altares de las iglesias*, sustentada bajo los misterios del pan y del vino á los que le inmolan... *Esta es verdaderamente la carne del Cordero, esta es la sangre del Cordero.* Pues este es el mismo pan *vivo* bajado del cielo, que dijo: El pan que yo

daré es mi propia carne. Su sangre está muy bien representada bajo la especie del vino, como que al decir en el Evangelio : *Yo soy la verdadera vid*, declara suficientemente que el vino que se ofrece en la Iglesia en figura y memoria de su pasion, *es su propia sangre...* Por tanto este mismo Señor y soberano Criador de todas las cosas es el que habiendo formado de la tierra pan, *forma de nuevo de este mismo pan su propio cuerpo*, porque pudo hacerlo, y porque lo prometió ; y este es el mismo que, habiendo en otro tiempo *convertido el agua en vino, convierte al presente el vino en su propia sangre.*

«La Escritura que se ha leído, concluyendo por medio en un fin excelente y misterioso cuanto habia dicho, añade: Esta es la pascua del Señor. ¡ Oh sublimidad de riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! Esta es la pascua del Señor, dice la Escritura, esto es, es pasaje del Señor, á fin de que no tomeis como terrestre lo que se ha hecho todo celestial por la operacion de aquel que quiso pasar á ser el mismo el pan y el vino, haciendo que ambas cosas fuesen su cuerpo y su sangre.

«Lo que hemos expuesto aquí arriba en términos generales en orden al modo de comer la carne del cordero pascual, lo debemos observar particularmente en el modo de recibir los mismos misterios de la pasion del Señor. No debéis desecharlos juzgando que es carne cruda, como hicieron los judios, ni decir como ellos ; ¿ cómo puede darnos á comer su carne ? Tampoco debéis concebir para vosotros mismos que este sacramento es como una cosa comun y terrenal, sino por el contrario, *debéis creer con firmeza* que,

en virtud del fuego del Espíritu Santo, este sacramento ha llegado con efecto á ser lo que el Señor asegura que es. Pues lo que vosotros recibis es el cuerpo de aquel que es el *pan vivo y celestial*, y la sangre de aquel que es la *vid sagrada*. Y sabemos que cuando presentó á sus discípulos el pan y el vino consagrados, les dijo: Este es mi cuerpo, esta es mi sangre. Creamos, pues, os lo suplico, en quien ya anteriormente hemos creído; la verdad es incapaz de engaño. Por tanto, así como se mandó en la ley antigua comer la cabeza del cordero pascual con los piés, debemos en la actualidad, en la ley nueva, comer á la vez la cabeza de Jesucristo, que es su divinidad, con sus piés, que son su humanidad, todo lo cual está unido y oculto en los sagrados y divinos misterios, creyendo igualmente todas las cosas, como que se nos han enseñado por la *tradición de la Iglesia*, absteniéndonos de hacer pedazos este hueso, esto es, de negar esta verdad salida de su boca: *este es mi cuerpo, esta es mi sangre*.

«Si despues queda algo que no hayais comprendido bien en esta explicacion, es necesario acabar de consumarla por medio del ardor de la fé. Pues nuestro Dios es un Dios que consume, que purifica é ilumina nuestras almas para hacernos concebir las cosas divinas, á fin de que, descubriendo las causas y razones misteriosas del mismo sacrificio todo celestial instituido por Jesucristo, podamos tributarle eternas acciones de gracias por un don tan grande é inefable, porque esta es la verdadera herencia de su Nuevo Testamento que nos dejó en la noche misma de su pasion como pranda de su presencia. Este es el Viático con que somos alimen-

tados y fortificados en la peregrinacion de esta vida, hasta que entremos en el cielo, y para que nos regocijemos plena y claramente en aquel que, al habitar en la tierra, nos dijo: Si no comiereis mi carne y behiereis mi sangre, no tendreis vida en vosotros. Quiso que nos alegrásemos siempre de haber recibido sus gracias y beneficios; quiso que su sangre preciosa santificase continuamente nuestras almas con la imágen de su pasion. Esta es la razon por que mandó á sus fieles discípulos, á quienes habia establecido para ser los primeros pastores de su Iglesia, *celebrar sin interrupcion estos misterios* de la vida eterna, hasta que Jesucristo descienda de nuevo del cielo, á fin de que los pastores y todo el resto del pueblo fiel, teniendo todas los dias ante los ojos la imágen de la pasion de Jesucristo, llevándola en sus manos, y aun recibíendola en su boca y en su estómago, el recuerdo de nuestra redencion no se borrarse nunca de nuestra memoria, y para que tuviéramos siempre un remedio favorable y un preservativo seguro contra los recursos del diablo. Recibid, pues, como nosotros, con toda la avidez de vuestro corazon, este sacrificio de la pascua del Salvador del mundo, para que seamos sacrificados en el fondo de nuestras almas y de nuestras entrañas por nuestro Señor Jesucristo, *el mismo que creemos estar presente en sus sacramentos*.» (*Tratado 2 sobre la naturaleza de los sacramentos*). (1)

Basta á nuestro propósito lo que queda expuesto. En vano los herejes han pretendido arrancar de los corazones cató-

(1) Estos magníficos razonamientos de san Ambrosio, san Juan Crisóstomo y san Gerónimo, los vemos extractado del *Diccionario de Teología*, artículo *Eucaristia*.

lieos la fé en el grande y consolador misterio de la Eucaristía. Esta fé que ha existido desde los primeros dias del cristianismo ha llegado á nosotros sin menoscabo y antes por el contrario cada dia mas robusta. Dios está con nosotros: le vemos, le adoramos, nos alimentamos de él. Efectuando este prodigio ha hecho de la Iglesia un nuevo cielo, y en ella somos tan felices como los ángeles y bienaventurados en la Iglesia triunfante. Todos los fieles que vivimos de la fé, que la conservamos en nuestro corazon, que damos el crédito que se merecen á las palabras y á las promesas del Salvador, podemos y debemos exclamar con el Apóstol al contemplar nuestra dicha: « Ya no vivo yo; Cristo vive en mí (1). » Y presentando en nuestro exterior la imágen del Primogénito de los predestinados, seremos del número de estos, y el Padre nos amará y veudrá á nuestro corazon (2), y llenándonos de sí mismo en la tierra nos exaltará como tiene prometido á los humildes en la gloria del cielo.

JUAN DE POILLI.

Era Juan de Poilli doctor de la facultad de teología de París. Hé aquí su error. Sostenía que ni los obispos, ni el papa, ni Dios mismo tenían el derecho de dar á los religiosos el permiso de confesar á los feligreses de un cura; que todos los habitantes de una ciudad debían confesarse preci-

(1) Ad Galat., ii, 20.

(2) Juan., xv, 23.

samente con su propio párroco. Esto originó grandes disputas entre los teólogos, que en su inmensa mayoría reprobaban tal doctrina. Por último sabedor el papa del asunto condenó la asercion de Juan de Poilli.

OPINIONISTAS.

Los herejes así llamados empezaron á dogmatizar bajo el pontificado de Paulo II en el siglo xv. Se les dió el nombre de opinionistas por las opiniones ridiculas y extravagantes que sostenían y que se empeñaban en hacer pasar por verdades incontestables. Entre otros errores enseñaban que la pobreza real y efectiva era la virtud más eminente del cristianismo; y que para ser santo bastaba con detestar de corazon todos los bienes del mundo. Ellos mismos afectaban esta pobreza y pretendían que esta pobreza debía encontrarse en el verdadero vicario de Jesucristo: de aquí concluían que el papa no lo era. Parece que esta secta era una rama de los valdenses (1).

HERMANOS BOHEMIOS.

Con este nombre era distinguida una rama de los husitas que en 1467 se separaron de los calixtinos. En el artículo *husitas* quedan explicadas las doctrinas de esta secta.

(1) Sponde, ad ann. 1487, núm. 12.

ECOLAMPADIO.

Nació en Weissemberg, en la Franconia, en 1482. Habiendo estudiado perfectamente el hebreo y el griego se hizo monje de santa Brígida en el monasterio de San Lorenzo, cerca de Augsburgo, pero no perseverando en su vocación, abandonó al poco tiempo su monasterio y se retiró á Basilea donde se hizo cura. Empezaba entonces á aparecer la pretendida Reforma. Ecolampadio estudió los principios de Lutero y los de Zuínglio y se hizo partidario del último en cuanto á su doctrina sobre la Eucaristía.

Publicó un tratado que tituló: Exposición natural de las palabras del Señor, *este es mi cuerpo*. Los lateranos le respondieron por medio de otro libro titulado: *Syngamma*. Ecolampadio escribió en seguida un nuevo libro que llamó: *Antisyngamma*, y otros contra el libre albedrio, la invocación de los santos, etc.

No obstante ser Ecolampadio sacerdote, siguió el ejemplo de Lutero, casándose con una joven de cuya belleza se había prendado. Hé aquí de qué modo da cuenta Erasmo de este matrimonio: «Ecolampadio, dice, se casó con una joven muy bella, aparentando que de este modo quería mortificar su carne. Verdaderamente el luteranismo es una cosa trágica: por mi parte estoy persuadido que nada es más cómico que acabar siempre la representación por un

matrimonio como sucede en las comedias que generalmente acaban por casamiento (1).»

Erasmo había estimado mucho á Ecolampadio antes de que este adoptase la Reforma, pero después mudó de sentimientos para con él, no pudiendo ménos de reconocer que no tenía más que disimulación y artificio y que su deseo de tener una conducta libre y de entregarse á los placeres le había hecho afiliarse á la nascente Reforma. Y verdaderamente esta es la causa principal que ha hecho á muchos abandonar la fé de la Iglesia y matricularse en las escuelas del error.

Los panegiristas de Ecolampadio nada dicen acerca de este juicio de Erasmo sobre el que fué un día su amigo, pero nosotros estamos en el deber de consignarlo. Si se examina la vida privada de la mayor parte de los reformadores, se verá que en ninguno de ellos resplandecieron las virtudes; que bien la soberbia y la vanidad, bien el deseo de independencia de toda autoridad ó de tener una vida libre les llevaron al mal camino. ¿En qué consista que todos empezaban por abrazar el matrimonio, rompiendo muchos de ellos los lazos que habían contraído al pié de los altares? No es necesario reflexionar mucho para encontrar la causa en la incontinencia y el amor á los placeres. Ecolampadio, partidario furibundo de las ideas luteranas, tomó gran parte en la Reforma de Suiza y murió en Basilea en 1531 (2).

(1) Ep. Erasmi, l. VIII, ep. 43.

(2) Spond. Annel., ann. 1535, n. 46, copie de vita Ecolampadi; Rossuet, Hist. des Variet., t. II; Hist. de la Reforme de Suisse, tom. I.

CRUCÍFEROS.

Herejes que tuvieron su origen en la ciudad de Sangerbursen, hácia el año 1414. También se les dio este nombre á los flagelantes. Ignoramos cuál era la doctrina que profesaban, pero es verosímil que fuese la misma de aquellos toda vez que tomaron el mismo nombre.

VALDENSES.

Hemos tenido ocasion de hablar de algunas ramas de estos herejes y sin embargo no hemos dedicado á ellos ningun artículo especial. Debíamos haberlo hecho en el siglo xii en el que tuvieron su origen ó en el siguiente en el que la secta se presentó más pujante. No lo hicimos por una distraccion natural en quien ha de tratar de tanta multitud de nombres y de sectas, y subsanamos la falta colocándolos en este lugar.

El ilustre Bossuet en su magnífica obra *Historia de las variaciones de los protestantes*, nos dá á conocer suficientemente á los valdenses, cuyo origen ha sido muy disputado. Diremos que estos sectarios llamados también *pobres de Leon*, *leonistas ensabatados* ó *insabatados*, porque usaban *sabatás* ó *sandalías*, tuvieron principio el año 1160, por un tal Pedro Valdo, rico comerciante de Leon (Lyon). La muerte repentina de un su amigo que quedó sin vida á sus

piés, le hizo reflexionar profundamente acerca de la fragilidad de la vida humana y de la nada de las cosas de la tierra. Para no ocuparse en adelante más que de la salud de su alma, renunció á cuanto poseía, distribuyendo todos sus bienes á los pobres, en la persuasion de que la pobreza evangélica es absolutamente necesaria para alcanzar la salvacion. En esta creencia predicó queriendo persuadir á todo el mundo lo que él creía como una verdad. Muchos siguieron su ejemplo y formaron hácia el año 1136 una secta que se llamó los pobres de Leon. Valdo les explicaba el Nuevo Testamento en lengua vulgar y venia á ser como el oráculo de aquella gente ignorante.

Los valdenses concluyeron y publicaron descaradamente que puesto que los sacerdotes y los ministros de Jesucristo no ejercian la pobreza evangélica, no tenían ya el poder de remitir los pecados, de consagrar el cuerpo de Jesucristo ni administrar verdaderos sacramentos; que todo lege que practicase la pobreza voluntaria adquiriria un poder más real y legitimo para desempeñar aquellos ministerios y predicar el Evangelio que los sacerdotes. Sostenian al mismo tiempo que segun la doctrina del Evangelio no es lícito jurar en justicia, exigir la reparacion de un daño, hacer la guerra ni castigar con pena de muerte á los delinquentes. Tales fueron los errores de los valdenses, por los cuales fueron desde luego condenados por el papa Lucio III hácia el año 1185.

Nada les importaba á los valdenses las reprensiones ni las censuras. Si la Iglesia les imponia silencio ó los condenaba, respondian lo que los apóstoles habian respondido al

senado de los judíos: *Es menester obedecer á Dios antes que á los hombres.*

Conviene generalmente los escritores en que los valdenses en un principio manifestaban inocencia, dulzura y pureza de costumbres, lo que fué causa de que tuviesen muchos prosélitos y de que progresara rápidamente la secta.

Estaban muy instruidos en la Escritura, tenían un exterior mortificado, y sus costumbres eran austeras. Cuidaban mucho de la instrucción de los nuevos prosélitos, de suerte que cada uno de ellos llegaba á ser un maestro ó un doctor.

Tantos progresos llegó á hacer esta secta, que se hizo imponente. La condenación fulminada por el papa se hizo extensiva á todos los demás herejes que por aquel tiempo inundaban la Francia. Irritados los valdenses por aquel hecho, atacaron la autoridad que les condenaba.

De consecuencia en consecuencia los valdenses llegaron á afirmar que ellos solos formaban la verdadera Iglesia, porque eran los únicos que practicaban y enseñaban la pobreza evangélica. Pretendieron que los fieles eran todos iguales, que todos eran sacerdotes, que todos tenían el derecho de enseñar. Fundaban estas absurdas pretensiones en algunos pasajes de la Escritura: entre otros citaban el de san Mateo en el cual Jesucristo dijo á sus discípulos que todos eran hermanos; el de san Pedro que dijo á los fieles: *Servíos mutuamente, cada uno según el don que ha recibido, como buenos dispensadores de la gracia de Dios que es de muchas maneras; y otros semejantes.* Justamente estos textos prueban todo lo contrario de lo que decían los valdenses.

Pretendían, pues, formar una Iglesia nueva que fuese la verdadera Iglesia de Jesucristo, y que por consiguiente fuese la sola que tuviese poder de excomulgar y de condenar. De este modo calmaron las conciencias alarmadas por las excomuniones de la Iglesia.

Con el objeto de apartar completamente á los fieles de la Iglesia condenaron todas sus ceremonias, la ley del ayuno, la necesidad de la confesión, las plegarias por los muertos, el culto de los santos, y en una palabra todo lo que podía contribuir á rodear á los pastores legítimos del respeto de los pueblos; y en suma, para sostener la ignorancia general, cosa que les convenía en gran manera, porque solo la ignorancia podía defenderlos y aumentar sus prosélitos, condenaban los estudios y las academias como escuelas de vanidad.

Tal fué el plan de religión que los valdenses imaginaron para defenderse contra los anatemas de la Iglesia y para hacer prosélitos.

Acerca de los errores de estas sectas dá minuciosa cuenta Rainerio Sancho, ó Reinier, que habia sido ministro de los albigenses, y que habiendo abjurado sus errores entró en los dominicos el año 1250. Este escribió un tratado contra los valdenses, en el cual los acusa de desechar el purgatorio y las oraciones por los difuntos, como ya hemos insinuado, y además las indulgencias, las fiestas y la invocación de los santos, el culto de la cruz, de las imágenes y de las reliquias, las ceremonias de la Iglesia, el bautismo de los niños, la confirmación, la extremaunción y el matrimonio. Decían que en la Eucaristía no se hacía la transustanciación

en manos del que consagraba indignamente, sino en la boca del que la recibía dignamente. Admitían, pues, la presencia real y la transustanciación, cuando se consagraba dignamente la Eucaristía.

También Pedro Pylicdorf escribió contra los valdenses hacia el año 1250, y como Reinier habla del origen de la secta y de sus creencias. A lo dicho por aquel añado que desechaban la misa como institución humana, y las ceremonias de la Iglesia, exceptuando únicamente los sacramentos: que después de algún tiempo, aunque legos, se entrometieron á oír confesiones y dar la absolución: que uno de ellos creyó poder consagrar la Eucaristía, y se comulgó él mismo. Así el fanatismo de los valdenses, como el de todas las demás sectas, se aumentó con el tiempo, y los llevó de error en error.

De todo esto se desprende que los valdenses renovaron: 1.º los errores de Vigilancio sobre las ceremonias de la Iglesia, sobre el culto de los santos y de las reliquias, y sobre la jerarquía de la Iglesia; 2.º los errores de los donatistas sobre la nulidad de los sacramentos conferidos por malos ministros, y sobre la naturaleza de la Iglesia; 3.º los errores de los iconoclastas contra las imágenes; y á todos estos errores añadieron el de que la Iglesia no podía poseer bienes temporales.

En otros artículos hemos refutado la mayor parte de estos errores, por lo que nos excusamos de hacerlo al presente.

Oigamos ahora á un historiador: «Una de las principales cuestiones es saber si los valdenses negaban como los calvinistas la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía y la

transustanciación. Dice Bossuet que no desechaban ninguna de las dos; lo prueba con el testimonio de los autores que han hablado de la creencia de estos sectarios, y hemos visto que ni Reinier ni Pylicdorf los acusan de esto, que más bien suponen lo contrario. No obstante, pretende Basnage que los valdenses atacaban estos dos dogmas, pero no ha destruido ninguna de las pruebas positivas en que se funda Bossuet. Dice en primer lugar, párrafo 5, que según el decreto del papa Lucio, los valdenses tenían opiniones opuestas á las de la Iglesia romana sobre el sacramento del cuerpo y sangre de Jesucristo, sobre la remisión de los pecados, sobre el matrimonio y demás sacramentos. Esto se concibe fácilmente; en efecto, era combatir la fé de la Iglesia romana el enseñar que un sacerdote rico y vicioso no consagraba el cuerpo y sangre de Jesucristo, ni remitía los pecados por la absolución, ni administraba válidamente el matrimonio ni demás sacramentos. Tal era la pretensión de los valdenses; pero por esto no negaban que Jesucristo estuviese presente en la Eucaristía cuando era consagrado por un sacerdote pobre y virtuoso, ni que tal ministro fuese capaz de obrar válidamente los demás sacramentos. Según el testimonio de Reinier creían que en el primer caso se verificaba la transustanciación en la boca del que comulgaba dignamente.

«En segundo lugar objeta Basnage que, según la narración de Pylicdorf y otros, estos herejes desechaban la misa como institución humana, luego no creían en ella. Pero este historiador se expresa con bastante claridad diciendo que la desechaban con las ceremonias de la Iglesia, *excepto*

tuando únicamente los sacramentos. Admitian, pues, al menos la sustancia de los sacramentos, en particular del de la Eucaristía, que consiste en la consagración. Lutero, á su vez, suprimió la mayor parte de las ceremonias de la misa, sin negar no obstante el dogma de la presencia real.

«En tercer lugar este crítico opone á sus adversarios, párrafo 18, una narración de un inquisidor, cuya fecha no se sabe, y otros dos instrumentos, cuya autenticidad es bastante dudosa; pero no ha podido sacar de ellos más que consecuencias forzadas y que nada prueban. Por último, confunden á los valdenses con los albigenses, que en efecto ni admitían la presencia real ni la transustanciación; pero ha demostrado Bossuet la enorme diferencia que había entre los pareceres de estas dos sectas en su origen: no se puede, pues, de la una sacar ninguna consecuencia para la otra.

«Otra cuestión es el saber cómo fueron tratados los valdenses desde su nacimiento. Dice Bossuet que contra ellos no se ejerció ninguna persecución. Basnage sostiene lo contrario; asegura que según el tenor del decreto de Lucio III, los que no quisieran abjurar su error debían ser puestos en manos de los jueces seculares, para *sufrir la pena debida á su crimen*. Pero confiesa que no se ejecutó esta sentencia, porque los papas tenían otros negocios entre manos. Cualquiera que haya sido la razón del olvido en que se dejó á estos sectarios, por eso no es ménos cierto el hecho.

«No obstante asegura Basnage, párrafo 11, 15, 18, que en el año 1254 había una persecución declarada contra ellos, que habían sufrido guerras y asesinatos, y que lo

mismo sucedió en 1395, en 1473 y 1486. En vano hemos buscado pruebas positivas de todos estos hechos. En el año 1254, no hubo en Francia ninguna persecución contra los herejes mas que los decretos del concilio de Albi: ahora bien, esto era una repetición de los del concilio de Tolosa, celebrado en 1229; estos decretos eran para los albigenses y no para los valdenses. En el año 1395, no hubo más ocupación en el reino que el hallar el medio de terminar el gran cisma de Oriente con respecto al pontificado. En 1483, no vemos ningún vestigio de persecución. En 1477, bajo Carlos VIII, el papa envió á Alberto de Catania, arzobispo de Cremona, con misioneros, para que trabajasen en convertir á los valdenses. Pero como siempre los enfurecían estas tentativas, trataron brutalmente á los misioneros, sobre todo en los valles de Fenestrelles y Argenteria. El marqués de Salinas hizo ir allá soldados, y es cierto que hubo con este motivo combates sangrientos entre estas tropas y los valdenses que se defendían desesperados. Mas por último los valdenses se vieron obligados á entregarse, á dejar las armas, é implorar la clemencia del rey. Desde entonces se dejó de perseguirlos (1). Pero siempre han llamado los herejes persecuciones á las mas moderadas tentativas que se han hecho para instruirlos.

«¿Cómo Basnage se ha podido obstinar hasta confundir á los valdenses con los albigenses? Estos eran verdaderos maniqueos; Bossuet lo ha demostrado. Según Basnage, los valdenses eran los sectarios de Claudio de Turin; ahora bien, este hereje nunca profesó el maniqueísmo. Este crítico ha

(1) Hist. de la iglesia galicana, t. 47, l. 50, año 1437.

citado el testimonio de Guillermo Puylaurens, de que distinguía tres sectas diferentes según el concilio de Albi, los maniqueos, arrianos y valdenses: es una preocupación el querer aplicar á una lo que no puede convenir más que á las otras, y malamente se ha lisonjeado Baanage de haber destruido á su adversario.

«Así Mosheim, que ha examinado esta cuestión con mejores ojos y que ha comparado todos los autores que han hablado de ella, no es de su opinión. Ha expuesto, como Bossuet, el origen y creencia de los valdenses (1). Su objeto, dice, no fué introducir nuevas doctrinas en la Iglesia, ni proponer á los cristianos nuevos artículos de fé, sino únicamente reformar el gobierno eclesiástico, y dirigir al clero y al pueblo hácia la sencillez y pureza primitiva de los siglos apostólicos. Expone despues sus opiniones del mismo modo que Reinier y Pyllicdorf. Dice que los valdenses confiaban el gobierno de la Iglesia á los obispos, á los presbíteros y á los diáconos, y que tenían estos tres órdenes como establecidos por Jesucristo; pero querían que los que estuviesen adornados de ellas, se pareciesen á los apóstoles, que como ellos fuesen *illiteratos*, pobres, sin ninguna posesión temporal, y ganando su vida con el trabajo de sus manos. Los legos estaban divididos en dos órdenes: una de cristianos perfectos que de todo se despojaban, estaban mal vestidos y vivían duramente; y otra de imperfectos que vivían como los demás hombres, pero que evitaban toda clase de lujo y de superfluidad, como despues han hecho los anabaptistas. Por lo demás Mosheim no ha sido tan impru-

(1) *Hist. eccl.*, siglo xii, 2.^a parte, c. 5.

dente que los acuse de haber negado la presencia real y la transustanciación.

«Pero hace una observación esencial, y es que los valdenses de Italia no pensaban lo mismo que los de Francia y demás comarcas de Europa. Los primeros tenían á la Iglesia romana como á la verdadera Iglesia de Jesucristo, aunque corrompida y desfigurada: admitían los siete sacramentos, tenían como legítima la posesión de bienes temporales, y prometían no separarse nunca de esta Iglesia con tal que no se les molestase en su creencia. Más fanáticos los segundos, nada querían poseer, sostenían que la Iglesia romana había apostatado y renunciado á Jesucristo, que ya no la gobernaba el Espíritu Santo, y que era la prostituta de Babilonia de que se habla en el *Apopalipsis*. Esta distinción que hace Mosheim está confirmada, además, con el testimonio de algunos autores antiguos, y que se ha escapado á la mayor parte de los historiadores; nos parece importantísima, y á propósito para conciliar las contradicciones que hay en las varias narraciones que se han hecho con respecto á los valdenses.

«Uno de nuestros filósofos historiadores, ó más bien novelistas, ha formado de esta secta un cuadro de imaginación sacado de su cosecha, y de los escritos calvinistas; y se tuvo gran cuidado de copiarlo en la antigua *Enciclopedia*, en la palabra *valdenses*. Atribuyen el origen de estos al horror que inspiraron los crímenes cometidos en las cruzadas, á las disensiones de los papas y emperadores, á las riquezas de los monasterios, y al abuso que hacían los obispos de su poder temporal. Sin embargo, estos sectarios no han alegado

— 42 —

nunca ninguno de estos motivos para justificar sus declamaciones contra el clero. Es de presumir que los tejedores, zapateros y jornaleros ignorantes, de que se componía principalmente la secta de los valdenses, no tuviesen gran conocimiento de los crímenes cometidos en las cruzadas, ni que estarían muy alterados por las disputas de los papas y emperadores. Tampoco eran ellos los que tenían mucho interés en los abusos que podían cometer los obispos en el uso de su potestad temporal. Querían que los pastores de la Iglesia fuesen pobres é iliteratos como los apóstoles, que trabajasen como ellos y llevasen sandalias. Todos estos artificios les parecían de la mayor importancia, porque los hallaban prescritos por el Evangelio.

»Otra negligencia grosera por parte de este filósofo, ha sido confundir los valdenses con los albigenses. Estos eran maniqueos como lo ha probado Bossuet; los verdaderos valdenses nunca lo fueron. Los albigenses eran conocidos en Francia desde el año 1021, en el reinado del rey Roberto; el año 1147, veinte años antes que apareciera Pedro Valdo, había ido san Bernardo á nuestras provincias meridionales para procurar instruirlos y convertirlos; la sencillez del exterior de este santo abad no era á propósito para dar una gran idea de las riquezas de los monasterios, y está probado que los demás misioneros de su orden fueron exactísimos en imitarlo (1).

»Se conviene generalmente en la sencillez, dulzura é inocencia de los valdenses, y no es sorprendente este fenómeno: ordinariamente se halla en los pueblos, que viven

(1) Hist. de lo Igl'es. galicana, t. 10, lib. 30.

— 43 —

en las gargantas de las montañas. Separados de las ciudades y de su corrupcion, ocupados en apacentar los rebaños y en cultivar algunos palmos de tierra, reducidos á la sola sociedad doméstica en la estacion de las nieves, no conocen más reuniones que las religiosas; entre ellos no se usa el vino, y viven solo de leche, ¿qué maligno vapor podrá infectar sus costumbres? Aun en el día los habitantes de los Alpes, tanto católicos como calvinistas, se asemejan al retrato que hemos hecho de los valdenses. Pero no era este el carácter de los herejes que asolaban el Languedoc y provincias cercanas en el siglo XII con el nombre de albigenses. El año 1147, veinte años antes del nacimiento de los valdenses, Pedro el Venerable, abad de Cluni, escribía á los obispos de Embrun, de Die y de Gap: «Háse visto por un crimen inaudito entre los cristianos rebautizar á los pueblos, profanar las iglesias, destruir los altares, quemar las cruces, azotar á los sacerdotes, encarcelar á los monjes y obligar á tomar mujeres con las amenazas y los tormentos, etc. (1).» ¿Cómo nuestro filósofo ha podido confundir con estos furiosos á los valdenses cuya dulzura é inocencia nos ensalza?

»Contra los albigenses turbulentos, sediciosos, sanguinarios, y no contra los valdenses, el pontífice Inocencio III envió á los inquisidores el año 1198 y publicó una cruzada el año 1208. No tuvo lugar más que en el Languedoc; las escenas más sangrientas pasaron en Beziers, en Carcasóna, en Labaur, en Albi, en Tolosa; ninguna hubo en los valles de los Alpes, tanto en la Provenza como en el Delfi-

(1) Fleury, Hist. ecles., t. 69, n. 24.

nado, á donde se dice que se retiraron los valdenses. Cuando nuestro novelista historiador dice, que á fines del siglo xii el Languedoc se hallaba lleno de valdenses, y que se les perseguía á sangre y fuego, solo puede engañar á los crédulos ó ignorantes (1).»

El ilustre historiador al que pertenecen los anteriores párrafos, continúa refutando lo dicho en la *Enciclopedia* acerca de los valdenses, para demostrar que no existieron en aquellos sectarios las cualidades que allí se les atribuyen, que no es cierto que por trabajos increíbles desmontaran muchos terrenos haciéndolos á propósito para la siembra y pastos. Así podría hablarse si se tratara de los monjes católicos, de los hijos de san Benito y de otros santos fundadores que, al tiempo que vivieron en la pobreza trabajando para conseguir el cielo, se hicieron en alto grado benéficos á la humanidad; pero no puede decirse lo mismo de herejes que fundaban la soberbia en la humildad y que se revelaban contra la santa Iglesia, aspirando á una absoluta independencia como hemos visto que hacían los valdenses.

No es necesario hacer muy profundas reflexiones para comprender que lo que en los valdenses resplandeció fué una grosera ignorancia y un grande aborrecimiento contra el clero católico. Incapaces por su ignorancia de comprender la Sagrada Escritura, se entregaban á su lectura, y precisamente habían de sacar absurdas consecuencias y un amargo fruto. La pobreza evangélica no es de precepto sino de consejo: pero ellos eran incapaces de comprender la diferencia que existe entre la santidad esencial y la santidad

(1) Dicc. de Teología, art. *Valdenses*.

herdica, ni de medir la distancia que hay de la escuela de los preceptos á la de los consejos.

La institucion de los religiosos mendicantes enseña de un modo elocuente que puede practicarse una pobreza humilde, austera y verdaderamente evangélica, sin sublevarse contra la Iglesia y declamar contra el clero. El autor citado nos habla de una congregacion de valdenses que habiéndose convertido formaron una sociedad el año 1207, y tomaron el nombre de *pobres católicos*, y continuaron viviendo como ántes, no pudiendo conseguir, por mucho que trabajaron á este objeto, la conversion de los demás valdenses.

El glorioso patriarca Francisco de Asis asombró al mundo con la institucion de su orden mendicante á principios del siglo xiii. Extendido luego por todas las naciones ha sido un verdadero plantel de santos confesores y de mártires que produjeron sus misiones. ¿Habremos de detenernos en presentar un cuadro, siquiera pintado á grandes rasgos, de los dias de gloria que el orden franciscano ha dado á la Iglesia, de los grandes pontífices que la ha dado, de los sabios escritores que ha producido, de los profundos teólogos, y elocuentes y evangélicos predicadores que ha enaltecido? Aun así haríamos de ser extensos en demasia, y nos apartaríamos de nuestro propósito. No es nuestro objeto hacer aqui una apología de las órdenes religiosas. Empero séanos permitido lamentarnos de la obstinacion de los protestantes, que teniendo ojos no ven, y teniendo oídos no oyen. Ellos que aprobaron la pobreza orgullosa de los valdenses, de aquellos hombres rebeldes, enemigos implacables de toda autoridad eclesiástica, cuya grosera ignorancia salta á la

vista, no cesan de declamar contra la pobreza humilde, caritativa y verdaderamente evangélica de los religiosos católicos. No negaremos que entre los protestantes haya hombres de talento, y sin embargo no se diferencian de los que carecen de esta cualidad en el modo de juzgar estas cuestiones. ¿Es que han renunciado al recto uso de la razón? Afortunadamente el protestantismo se halla en su época de decadencia, y las muchas y repetidísimas conversiones al catolicismo que hoy se verifican en las naciones donde se profesa la mal llamada Reforma, y muy especialmente en la Gran Bretaña, son una demostración consoladora de que van abriendo sus ojos a la clara luz de la verdad. No continuemos en este terreno, porque estamos ya próximos á tratar con todo detenimiento de la gran herejía protestante ó luterana.

ADESENARIOS

EMPANADORES.

Con este nombre, formado por *Pateolus* del verbo latino *adesse*, estar presente, se designaba á los herejes de los siglos xv y xvi, que si bien reconocían la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía era en un sentido diferente de los católicos. Estos herejes son los que se conocen más bien bajo el nombre de *empanadores*. La secta se dividía en cuatro ramas: unos sostenían que el cuerpo de Jesucristo está

en el pan, otros al rededor, otros sobre él, y los últimos debajo; con el pan, en el pan y bajo el pan; *in, sub, cum*. También podía darse el nombre de *empanación* al sentido de los jacobitas, los cuales admitiendo la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, suponen una unión hipostática entre el Verbo y el pan y vino.

Esta opinión había ya sido presentada en tiempo de Berengario, y fué renovada por Osiandro, uno de los principales interanos que tuvo la osadía de sostener esta proposición: *Este pan es Dios*. Tan extraña opinión, dice Bossuet, no tuvo necesidad de ser refutada, pues ella misma cayó por su propio absurdo, y nunca mereció la aprobación de Lutero.

Dicen otros que la naturaleza humana, en virtud de su unión sustancial con la Divinidad, está presente en todos los lugares, porque participa de la inmensidad de Dios, y por consiguiente está también en el pan consagrado: esta inmensidad del cuerpo de Jesucristo la llaman *ubiquidad*, y á sus partidarios *ubiquistas*.

Sea cualquiera el modo con que los luteranos expliquen su sistema, es evidentemente contrario al sentido literal y natural de las palabras pronunciadas por Jesucristo en el acto de instituir el sacramento Eucarístico en la memorable noche de la Cena. Cuando dió su cuerpo á sus discípulos, no les dijo: *Aquí está mi cuerpo*, ni *este pan es mi cuerpo*, sino *hoc est corpus meum*, este es mi cuerpo; luego lo que presentaba á sus discípulos no era otra cosa que su mismo cuerpo.

«Los calvinistas, dice Bergier, que no admitían la pre-

sencia real, escribieron mucho contra el sistema de los luteranos; les probaron que si Jesucristo está real, corporal y sustancialmente en la Eucaristía, es indispensable confesar que está allí por transustanciación; que dos sustancias no pueden estar bajo los mismos accidentes; que si es indispensable admitir un milagro, más natural es que nos atenagamos á los católicos, que al que fingen los luteranos. Lutero por su parte siempre sostuvo que las palabras de Jesucristo llevan literalmente consigo la significación de una presencia real, corporal y sustancial. De este modo se halla sostenido el dogma católico por los mismos que hacen profesión de refutarlo.

ARRABONARIOS.

Esta palabra viene del latín *arra* ó *arrhabelo*, arra, gaje, fianza. Este nombre se dió á los herejes sacramentarios, porque decían que la Eucaristía se dá como la prenda del cuerpo de Jesucristo y como la investidura de la herencia prometida. Esta doctrina fué enseñada por Stancheno en la Transilvania. Los católicos convienen en que la Eucaristía es una fianza en la inmortalidad bienaventurada; pero que es uno de sus efectos, y no su esencia, como sostenían los arrabonarios.

CORNARISTAS.

Así eran conocidos los discípulos de Teodoro Cornheri, secretario de los estudios de Holanda, hereje entusiasta. Había nacido á fines del siglo xv, pero era ya el xvi cuando empezó á demostrar sus errores. Atacaba todas las sectas y no aprobaba ninguna. Al mismo tiempo escribía contra los católicos, contra los luteranos y los calvinistas, y sostenía que todas las comuniones tenían igualmente necesidad de reformas. Anadía empero que nadie estaba facultado á hacerle sin una misión apoyada con milagros, porque los milagros son la única señal que está al alcance de todo el mundo, así de los sabios como de los ignorantes.

Sin embargo de enseñar esta doctrina, él no hizo lo mismo para demostrar la verdad de su pretensión. Decía que esperando los milagros debía el hombre contentarse con leer á los demás la palabra de Dios sin hacer sobre ella el menor comentario, y que cada uno la entendiera del modo que le agradase. Esto era hacer una reforma en la enseñanza de la Iglesia, que se propuso hacer sin tener misión alguna que manifestase por milagros. Tal ha sido siempre la consecuencia de los herejes. Afirmaba que se podía ser buen cristiano sin necesidad de ser miembro de ninguna iglesia visible.

Con los que más simpatizaba era con los calvinistas. Sus contrarios, que eran numerosos, por ser él enemigo de todos, le colmaban de injurias, y á algo más hubiesen llega-

do si la proteccion del príncipe de Orange, que le favorecía, no le hubiese puesto á cubierto de la persecucion. Siendo enemigo del luteranismo, enseñaba, como hemos visto, la libre interpretacion de los libros santos como hacían aquellos, y esto es otra prueba de su inconsecuencia.

DAVIDICOS Ó DAVIDISTAS.

David Jorge, vidriero, nació en los postreros años del siglo xv y empezó á dogmatizar en el xvi, enseñando una nueva doctrina. Fué primero anabaptista. Despues quiso hacerse pasar por el Mesías, enviado para llenar el cielo que estaba vacío por falta de personas que hiciesen méritos para ir á él. Ya vemos que David no pecaba de humilde; no se contentó con manifestar que tenia mision para reformar, sino que extendiendo más el vuelo quiso aparecer como Mesías.

A semejanza de los adamitas desechaba el matrimonio: como los saduceos negaba la resurreccion; defendía que el alma no estaba manchada con el pecado, siguiendo en esto la doctrina de Manes; burlábase de la abnegacion de sí mismo que Jesucristo recomienda en el Evangelio, y miraba como inútiles todos los ejercicios de piedad, reduciendo la religion á una mera contemplacion. Tales son los principales errores que se le atribuyen.

Empezó á propagar sus errores en Gante, su país natal, y donde tal vez no encontró prosélitos, puesto que abandonando aquella ciudad se marchó á Gante, y de allí se diri-

gió á Frisia y al poco tiempo á Basilea, donde se cambió el nombre, haciéndose llamar Juan Bruch. A fuerza de constancia en su propaganda que duró treinta y dos años, consiguió reunir algunos discípulos y murió en 1556 á una edad avanzada. A aquellos discípulos ofreció que resucitaría á los tres años despues de su muerte. No se verificó esto como puede suponerse, pero en cambio informados los magistrados de Basilea de la doctrina que habia enseñado, lo hicieron desenterrar al cabo de aquel tiempo y quemaron sus restos junto con sus escritos.

Debe tenerse cuidado en no confundir á David Jorge con David Dinant, del que nos hemos ocupado en la página 308 de este tomo. Algun escritor encuentra dificultad en creer que David Jorge enseñara todos los errores que se le atribuyen, y se funda en que era un ignorante. La dificultad no es bien fundada: por otros varios herejes de la misma época se ve de lo que es capaz la ignorancia ayudada por el fanatismo. Aun diremos más: en nuestro concepto, solo la ignorancia ó la refinada malicia pudiera enseñar errores semejantes al fanático del que acabamos de ocuparnos.

¿Y qué se hizo de los discípulos de David Jorge? Nada nos dicen los autores que del mismo se han ocupado. El caso es que no se volvió á hablar de ellos. Es natural que viendo que no se habia cumplido la promesa de su resurreccion, acabaron por convencerse de que habia sido un fanático impostor y abandonasen los errores que de él habian aprendido, dedicándose nuevamente á sus respectivos oficios. Esto es lo más verosímil.

NOMINALES.

Eran unos filósofos dialécticos, que juzgaban que la investigación y poder de la verdad consisten en conocer y explicar las propiedades de los nombres. Tuvieron por principal factor á Guillermo Occam, apellidado el *doctor invencible*. Aparte de sus errores filosóficos, cayó en errores en materias teológicas; pero es probable que se retractó y falleció en la paz de la Iglesia.

Para mejor inteligencia conviene leer la siguiente adición, puesta á la palabra *Aseidad* del Diccionario de Bergier, escrita, segun juzgamos, por monseñor Doney, obispo de Montauban: « Aunque la naturaleza y esencia de Dios no pueden explicarse por el lenguaje humano, expresion de una capacidad pequeña, limitada é infinitamente distante de la suma perfeccion de Dios, sin embargo han tratado los teólogos de investigar á su manera, y atendidos los alcances de la humana inteligencia, en cuál de las perfecciones ó atributos divinos deba colocarse el constitutivo de la esencia de Dios. Y partiendo todos del reconocido principio de san Agustin: *Deus ineffabilis est; facitibus diximus quid Deus non sit, quam quid sit*, se dividió la esenela teológica en cuatro opiniones. Es la primera la llamada de los *nominales*, cuyo autor fué Guillermo Occam (llamósele *doctor invencible*), y ponian la esencia de Dios en el cúmulo de todas las perfecciones; la segunda la de los *Escotistas*, que colocaban la esencia divina en la *infinidad radical*, ó en la

esigencia de todas las perfecciones; la de los *Tomistas*, entre los cuales hay algunos que señalan como constitutivo de la esencia de Dios la *inteleccion radical*, ó facultad de entender, y más generalmente la *inteleccion actual*; y por último la que lleva Bergier, y es seguida comunmente por los teólogos, que consiste en considerar como constitutivo de la esencia divina la *aseidad*, ó la oranimoda independencia. » No continuamos hasta el final esta adición, porque no es á nuestro propósito más que el dar á conocer una opinion teológica de Occam, cuyos discípulos tomaron el nombre de nominales. Sentimos no encontrar especificados todos los errores teológicos en que aquel cayó, si bien nos basta saber que, como antes insinuamos, murió reconciliado con la Iglesia. Tampoco podemos decir cosa alguna respecto á sus discípulos.

SIGLO DÉCIMO SEXTO.

INTRODUCCION.

I.

De por qué el autor entra con vejecion á historiar
las herejías del siglo XVI.

De difícil desempeño era en verdad la empresa que nos propusimos llevar á cabo al tomar la pluma para escribir la historia de las herejías que en todos los siglos del cristianismo han affigido á la Iglesia santa, y los grandes esfuerzos hechos por sus enemigos para destruir sus sacrosantos dogmas. Ganosos del mejor acierto, no hemos apartado nuestra vista ni la apartaremos hasta la terminacion de nuestro trabajo de aquellos autores más acreditados que tratan de la materia y que nos pueden servir de puras fuentes. Sin dejar de ofrecer al lector nuestros pobres trabajos originales en la exposicion de hechos y muy especialmente en las refutaciones de las herejías más notables y que mayores desastres han causado en el campo de la Iglesia católica, como quiera que nuestro objeto principal

SIGLO DÉCIMO SEXTO.

INTRODUCCION.

I.

De por qué el autor entra con vejecion á historiar
las herejías del siglo XVI.

De difícil desempeño era en verdad la empresa que nos propusimos llevar á cabo al tomar la pluma para escribir la historia de las herejías que en todos los siglos del cristianismo han affigido á la Iglesia santa, y los grandes esfuerzos hechos por sus enemigos para destruir sus sacrosantos dogmas. Ganosos del mejor acierto, no hemos apartado nuestra vista ni la apartaremos hasta la terminacion de nuestro trabajo de aquellos autores más acreditados que tratan de la materia y que nos pueden servir de puras fuentes. Sin dejar de ofrecer al lector nuestros pobres trabajos originales en la exposicion de hechos y muy especialmente en las refutaciones de las herejías más notables y que mayores desastres han causado en el campo de la Iglesia católica, como quiera que nuestro objeto principal

haya sido presentar un cuadro lo más completo que nos sea posible acerca de las aberraciones de la inteligencia humana con respecto al cristianismo, no hemos titubeado en reproducir conceptos é historias completas de algunos herejes de diversos autores que gozan de gran crédito y justa fama, en la persuasión de que tratándose de materias de tanta importancia que dicen orden á la religion, no es la propia gloria la que debe buscarse, sino la gloria de Dios y el provecho de los lectores. Esta es la gran recompensa á que puede aspirar el escritor católico. Lo demás es perecedero, y confesamos que nada perecedero nos preocupa. Jesucristo Dios y Hombre verdadero dijo un dia: *Po no busco mi gloria, sino la de Aquel que me envió.* ¿Qué deberemos decir nosotros? Buscamos tan solo la gloria de Dios y la confusion de sus enemigos.

Hemos llegado á la parte más importante y de mayor trabajo de nuestra obra. El siglo xvi fué el siglo de Lutero, el siglo del protestantismo, en el que una revolucion-espantosa, madre de las que despues han venido agitando á la humanidad, y de marcado carácter demagógico, se levantó en el centro de Alemania. Esta revolucion fué bautizada con el nombre *Reforma*. Deslumbrando á los hombres con el anuncio de una era de felicidad y de paz, se propuso erigir un trono á la confusion y á la anarquía. Un escritor funestamente célebre, á la vez monacal, sacerdote y jurista, si no fué el iniciador de la Reforma, pues es indudable que ya existia en el mundo el germen del protestantismo, como hemos visto al reseñar los errores de algunos de los herejes del siglo xv, fué el que se puso á la cabeza, y tomando en

sus manos el estandarte de la rebelion para convertirlo en lábaro de satánicas conquistas, se propuso pervertir á todo trance el cristianismo, introduciendo en el mundo un verbo nuevo, la autoridad inmediata de la Biblia como único criterio de verdad.

Tal fué el atrevido doctor de Wittemberg, el pérfido apóstata Lutero, que inconsecuente en sus doctrinas, inhumano como él solo, olvidado de todos sus deberes, y aun de los repetidos avisos de su conciencia, cuyos gritos eran sofocados por las robustas olas de su soberbia y altanería, se propuso dar una decisiva batalla á la Esposa inmaculada del Cordero. ¡De tanto es capaz la soberbia cuando llega á enseñorearse del corazon humano!

El principal objeto de la *Reforma* era llevar á cabo una brutal ruptura entre los miembros de la Iglesia y su cabeza visible, lo que equivalia á darles en cambio de la concordia y del amor cristiano, resentimientos y funestas discordias. Un nuevo simbolo venia á destruir los vinculos de la fé y de la caridad cristianas: y arrojados los sacerdotes de sus presbiterios y los monjes de sus santas y pacíficas moradas: entregados los libros santos á la discusion del libre examen: negados ó contradichos los dogmas capitales de las creencias católicas con fascinadoras predicaciones, el protestantismo robustecido con los bienes que robó á la Iglesia, y con la sangre de millares de victimas, se ostentó como verdadero gigante, pretendiendo encadenar á sus inmundas plantas cual miseros pigmeos á los que, fuertes en la fé, volvian llenos de terror las espaldas á tanta multitud de errores.

Tal fué la obra de Lutero, de ese primogénito de Sata-

nás, de ese miserable apóstata, traidor á los juramentos que un día hiciera al pié de los altares, el hombre que más almas ha arrastrado al abismo de la perdición eterna.

Los orgullosos filósofos de nuestro siglo, los que con tanta constancia se dedican á estudiar esos nuevos sistemas, que no solo se proponen destruir los sacrosantos dogmas del catolicismo, sino la imagen de Dios que hay en el hombre, haciéndole descender por línea recta del orangutan; esos hombres orgullosos que quieren divinizar su razón, que no creen nada de lo que á ella es superior, que nada ven al otro lado del sepulcro, que se declaran enemigos de toda religión positiva, y que se glorían de hacerse semejantes á los irracionales que carecen de entendimiento; esos hombres que quieren sustituir los dogmas consoladores del cristianismo y la pureza de su moral con sistemas de libertinaje y de pasiones fugaces como los sueños de la noche; los que en los vértigos de una imaginación exaltada por el ardor de la juventud, por el empuje de las pasiones ó por el deseo de una gloria que necesariamente se convertirá en confusión, se proponen destruir la autoridad del supremo jefearca de la Iglesia, pueden estudiar la historia del siglo xvi y verán que nada pueden los tiros que se dirigen á la Iglesia; que la barca misteriosa de Pedro podrá ser agitada, pero que no zozobra ni perece, porque es un edificio fundado y sostenido por el dedo de Dios, y el dedo de Dios no puede doblarse como la caña agitada por el viento.

¿Cómo es que existe aun esta Iglesia despues de las terribles batallas del protestantismo? ¿Cómo es que vemos á este en visible decadencia y con señales nada equívocas de

próximo aniquilamiento, mientras ella se sostiene gloriosa, renovando su juventud como el águila? ¿Cómo es que el hijo natural del protestantismo, el filosofismo enciclopédico de fines del siglo xviii, tampoco ha podido conseguir, á pesar de toda su fuerza, el objeto único que se propusiera? Despojada, desamparada de los poderes de la tierra, agitada por los modernos sistemas filosóficos, la Iglesia de Jesucristo continúa sus conquistas y eleva su frente majestuosa desafiando las iras de los mismos mortales.

No continuemos en digresiones, y fijémonos en el punto que es objeto principal de esta introducción. En el historiado del siglo xvi debemos tratar detenidamente del protestantismo, que viéndose hoy en decadencia en aquellas naciones en que ha dominado cerca de cuatro siglos, hace los mayores esfuerzos por entronizarse allí de donde siempre fué rechazado con horror.

Con pié vacilante entramos en este terreno. Ingenios sublimes, plumas mejor cortadas que la nuestra han refutado los errores del protestantismo, pulverizándolos completamente. Nuestro inmortal Balnes en su magnífica obra: *El protestantismo comparado con el catolicismo*, ha pintado cuadros sublimes é inimitables, á los que nada puede añadirse. Por otra parte hace pocos años escribimos la *Historia descriptiva y filosófica de las religiones*, en la cual tuvimos necesidad de tratar detenidamente del luteranismo ó protestantismo, y lo hicimos en diez y nueve capítulos, que se encuentran en el tomo segundo de dicha obra. Hé aquí los motivos de nuestros temores ó vacilaciones al sernos indispensable tratar de nuevo la misma materia, porque ni pode-

mos añadir nada importante á lo dicho por Balmes y otros célebres escritores, ni hemos de repetir punto por punto lo que expusimos en aquella obra, porque esto sería defraudar á los que poseyéndola adquieren la presente. Así, pues, procuraremos dar la variedad posible á nuestra narración para hacerla interesante, ampliaremos algunos de los puntos tratados, y nos extenderemos en nuevas reflexiones sobre la malhadada secta.

Antes de ocuparnos de Lutero y su Reforma, expondremos otras herejías que también aparecieron en el mismo siglo, y por conclusion daremos á conocer las muchas ramificaciones producidas por aquel árbol de tan detestables y amargos frutos, que á tanta multitud de almas ha envenenado.

Creemos oportuno tomar en esta introducción la defensa de algunas de las verdades católicas atacadas por el apóstata doctor de Witemberg.

II.

Retrato anticipado de Lutero.

Si bien hemos de historiar á su tiempo la vida del autor de la llamada Reforma, como quiera que nos proponemos en esta introducción defender algunos de los puntos combatidos por el mismo, creemos oportuno presentar aquí por adelantado un bosquejo de su carácter violento, que fué la causa que le llevó á sus desdichadas empresas.

Los protestantes se empeñan en presentar á Lutero como un hombre probo, de un carácter dulce y generoso, vindicador de los derechos de la humanidad, enemigo de toda clase de abusos. Para demostrar que es indigno de tales elogios y que, por el contrario, fué un revolucionario osado, de carácter violento, y en cuyo corazón reinaban la soberbia y el odio, hay dos medios seguros, cuales son el leer la historia de su vida, ó bien sus propios escritos. La caridad, el amor á la humanidad fué completamente desconocido para él: lo mismo puede decirse de las demás virtudes: se rebeló contra todo principio de autoridad, fué infiel y traidor á Dios y á su orden religioso, y conculcó todos sus deberes. Sus escritos no pueden leerse sin que asome al rostro la vergüenza. ¿Es posible, hemos dicho algunas veces al pasar la vista por aquellas líneas trazadas por el odio, que este sea el lenguaje de un hombre que había recibido las sagradas órdenes y que vistió el honroso hábito monacal? ¡Ah, desgraciado el hombre que de tal modo se aparta de Dios y que toma por la sola regla de su conducta las veleidades de su fantasía!

Abramos los escritos del ex-monje y encontraremos las pruebas de su carácter violento, de su grosería indigna de todo hombre medianamente educado y de su despótica intolerancia. Lutero escribió un libro al que dió por título *De Captivitate Babilonica*. Leyólo Enrique VIII, rey de Inglaterra, y por sí mismo lo refutó. Llegada esta refutación á manos de Lutero, no trató de sincerarse ni buscar argumentos para su defensa. Lo que hizo fué mojar su pluma en hiel, y escribir al monarca llamándole *sacrilego, loco,*

insensato, el más grosero de todos los puercos y de todos los asnos. Este era el modo de expresarse del que se creyó llamado nada ménos que para reformar la religion y extirpar los abusos que de ella hacian sus ministros. Tal era el hombre que logró connover á la Europa con el rápido desarrollo del plan que se propusiera. Aunque sería esto suficiente para retratarle, añadiremos más. Hemos visto que no le inspiraba el menor respeto la majestad real, y ahora veremos que tampoco se lo inspiraba el mérito reconocido. Erasmo, como dijimos en el artículo que le hemos dedicado, fué quizás el hombre más sabio de su siglo, ó al ménos el más literato, y se mostró indulgente con Lutero. Esto no obstante, como vió éste que no podia atraerle á la nueva secta, le trató con tanta virulencia y grosería, que Erasmo lamentándose de ello decia: «que en su vejez se veia obligado á pelear con una bestia feroz, ó con un furioso jabali.»

Y este carácter del reformador se manifestó del mismo modo en otras muchas circunstancias. Apenas tenia disputas con cualquiera, no escaseaba para con sus contrarios los epítetos de *insensatos, blasfemos*, etc., y á los mismos doctores de Lovaina los llamó *verdaderas bestias, puercos, paganos, epicúreos, ateos* y otras frases que la decencia no permite copiar aquí. ¿Se quieren más pruebas? Hablando del papa, decia: «que era un lobo rabioso, que todo el mundo debia armarse contra él, sin esperar orden alguna de los magistrados; que en este punto solo podia caber arrepentimiento por no haberle pasado el pecho con la espada, y que todos aquellos que le seguian debían ser perse-

guidos como los soldados de un capitan de bandoleros, aunque fuesen reyes ó emperadores.»

Y este carácter no era solamente peculiar de Lutero. Podríamos aducir pruebas de que resplandecia en todos sus corifeos. Tal es el espíritu de tolerancia y de libertad que animaba á los que querian salvar á la humanidad. ¿Quién no conoce el espíritu de intolerancia en Calvino? Cuando hablaba de sus adversarios, los trataba de *malvados, bestias, puercos, asnos, perros, esclavos de Satanas*. Tales son las frases que á cada paso se encuentran en los escritos de aquellos célebres reformadores. ¡Y sin embargo, hombres de tan baja educacion, tan rastreros y de tanta grosería consiguieron arrastrar á sus opiniones tanta multitud de criaturas!

El lector ha visto en estas pocas líneas el verdadero retrato del célebre doctor de Wittenberg.

III.

Por qué la revolucion religiosa de Lutero lleva el nombre de protestantismo.

Hízose en la dieta de Spira un reglamento que contenia diversas disposiciones relativas al cambio y ejercicio de la religion. Catorce ciudades del imperio se negaron á someterse á estas disposiciones y presentaron una *protesta*, de donde vino el que los disidentes empezasen á ser llamados protestantes. En vano han querido ponerse otros nombres: ningun otro les cuadra, porque todos son falsos y por lo

tanto no pueden ser duraderos. Aplícase también al protestantismo el nombre de *Reforma*, pero salta á la vista la impropiedad de este nombre. *Revolucion religiosa*, dice Balmes, le cuadraría mejor. Y en efecto, llamar Reforma al protestantismo que abatió el espíritu humano, que todo lo trastornó, que combatió tenazmente la autoridad de la Iglesia y que llevó la perturbación á las conciencias, es tan absurdo como el llamar *libertad* á la desenfrenada licencia, al desbordamiento de las pasiones, y *fraternidad* á igualdad á la guerra á los poderosos, á la guerra á la propiedad y á la destrucción de los que piensan de diferente manera de los que toman por lema aquellas palabras... ; Cuánto de esto hemos visto en nuestros días ! No cuadra al luteranismo otro nombre que el de *protestantismo*, salido de la citada dieta. Oigamos á Balmes: «Luteranos, calvinistas, zuinglianos, anglicanos, socinianos, arminianos, anabaptistas, y la interminable cadena que podría recordar, son nombres que muestran plenamente la estrechez y mezquindad del círculo en que se encierran sus sectas : y basta pronunciarlos para notar que no hay en ellos nada general, nada de grande. A quien conozca medianamente la religión cristiana, parece que esto debería bastarle para convencerse que estas sectas no son verdaderamente cristianas ; pero lo singular, lo más notable, es lo que ha sucedido con respecto á encontrar un nombre general. Recorred su historia, y vereis que tantea varios, pero ninguno le cuadra, encerrándose en ellos algo de positivo, algo de cristiano ; pero al ensayar uno como recogido al acaso en la dieta de Spira, uno que en sí propio lleva su condenación, porque repugna al origen, al espí-

ritu, á las máximas, á la historia entera de la religión cristiana ; un nombre que nada expresa de unidad, ni de unión, es decir nada de aquello que es inseparable del nombre cristiano, un nombre que no envuelve ninguna idea positiva, que nada explica, nada determina ; al ensayar este, se le ha ajustado perfectamente, todo el mundo se lo ha adjudicado por unanimidad, por aclamación ; y es porque era el suyo : *protestantismo*. »

Balmes instando en esto continúa : «En el vago espacio señalado por este nombre todas las sectas se acomodan, todos los errores tienen cabida : negad con los luteranos el libre albedrío, renovad con los arminianos los errores de Pelagio, admitid la presencia real con unos, desechadla luego con los zuinglianos y calvinistas ; si quereis negar con los socinianos la divinidad de Jesucristo, adherios á los episcopales ó á los puritanos, daos si os viniere en gana á las extravagancias de los cuáqueros, todo esto nada importa : no dejais por ello de ser protestantes, porque todavía *protestais* contra la autoridad de la Iglesia. Es ese un espacio tan anchuroso, del que apenas podreis salir por grandes que sean vuestros extravíos : es todo el vasto terreno que descubris en saliendo fuera de la Ciudad Santa (1). »

Es admirable la lógica del sábio escritor y eminente filósofo. El nombre de *protestantes* cuadra perfectamente á todos los herejes, porque para protestar lo hacen hasta del sentido comun en su mayor parte. Y en cuanto á los luteranos ¿de qué no han protestado ? Del papa, de los obispos, de los concilios, de los dogmas, de las ceremonias de la

(1) Balmes: El protestantismo comparado con el catolicismo, tom. I, cap. I.º

Iglesia, de todo ; y hasta protestan unos de otros, pues divididos y subdivididos, porque no puede haber unidad donde no existe la verdad, se hacen unos á otros la guerra. Empero no adelantemos sucesos que hemos de desarrollar á su tiempo, con la ayuda de Dios.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

IV.

Siendo la rivalidad excitada por la predicacion de las indulgencias la causa ó el pretexto del protestantismo, trata el autor del poder de las llaves.

Inclinase Balnes á creer que la rivalidad suscitada por la predicacion de las indulgencias no fué la verdadera causa del protestantismo, sino más bien una ocasion, un pretexto, una señal de combate, y se funda en que «es un error el suponer que de causas muy pequeñas pudiesen resultar efectos muy grandes ; pues que si bien es verdad que las cosas grandes tienen á veces su principio en las pequeñas, también lo es que no es lo mismo principio que causa, y que el principiar una cosa por otra, y el ser causada por ella, son expresiones de significado muy diferente.» Respetamos mucho la opinion del eminente escritor, pero no se nos negará que á veces puedan resultar grandes efectos de causas pequeñas. Si se tiene en cuenta el carácter violento de Lutero, se comprenderá que una chispa pudo ser suficiente para que se formase una hoguera en su corazón. Empero fuese causa ó pretexto el asunto de las indulgencias, ello es que por las mismas empezó Lutero

su carrera de rebelion, lo que nos mueve á tratar aquí de este punto de tanto interés, lo que nos evitará luego una larga digresion al reseñar la historia del protestantismo. Comprendemos que no es necesaria para la mayoría de nuestros lectores la defensa que vamos á hacer del poder de las llaves, pero si lo es para los incautos ó poco versados en esta materia, y esto nos basta para emprender este trabajo.

Indulgencia es la remision de la pena temporal de los pecados ya perdonados. Esta idea de la indulgencia supone que cuando el pecador ha conseguido de Dios por el sacramento de la Penitencia la remision de la pena eterna en que incurriera por la culpa, queda con la obligacion de satisfacer á la Justicia divina con una pena temporal.

La eficacia y virtud del sacramento de la Penitencia convenia, segun los planes del sapientísimo y divino legislador Jesucristo, que fuese menor que la del sacramento del Bautismo : que en este el hombre adquiriese nueva vida inmortal, quedando libre de toda culpa y de toda pena ; pero que en el de la Penitencia se le comunicase de nuevo la salud por los méritos del Salvador en proporcion del arrepentimiento que tuviera por sus pecados y de los medios que empleara para satisfacer por ellos, y ser nuevamente ingerto en el que es la vida por esencia y ha venido á darnosla con largueza inexplicable. Así la Iglesia regida por el Espíritu Santo, fundada en estos sólidos principios que enseña la fé, ha estado dispuesta siempre á recibir á todos los pecadores, de cuyas disposiciones no tenia duda fundada, y ganosa de reunir los extremos de que el mal ejemplo no corrompiese como la levadura las masas santas de los fieles,

hostias puras, que como los panes de proposición se debían ofrecer al Señor en el Tabernáculo, y que el temor del castigo retrajese á los más débiles que se inclinaban á las ofensas del Señor, estableció la penitencia pública, tan conocida en la historia eclesiástica, á más de la secreta que imponían los confesores, para que ejercitándose por mucho tiempo en obras penales los que habían cometido delitos públicos y sincerándose con ellos su dolor, expiasen sus ingratitudes antes de ser reconciliados con la iglesia.

Entre otros crímenes que se purgaban á vista de los demás cristianos, se contaban la apostasia de la fé, el homicidio y el adulterio. Los fieles que tenían la desgracia de caer en alguno de estos gravísimos pecados, se presentaban á los prelados eclesiásticos, y sin distincion de sexo ni de condiciones eran arrojados del templo, en cuyas puertas permanecían vestidos de saco y cilicio con una soga al cuello, mendigando las oraciones de los que entraban en la casa del Señor para asistir á la celebracion de los divinos Oficios, sin que los ostiarios permitiesen que pasasen de los umbrales del templo hasta tanto que terminado el tiempo señalado para su probacion, cuya duracion solia rebajarse segun la contricion del penitente, era admitido el segundo grado de penitencia, concediéndoseles entonces el que pudiesen estar á las puertas de la iglesia para oír la psalmodia y la palabra divina, pero obligados á retirarse antes de que comenzase la celebracion del Sacrificio santo. Al tercer grado eran admitidos aquellos que en concepto de los obispos se encontraban más purificados, los cuales estaban dentro del templo con los demás fieles, recibiendo la

imposicion de las manos y orando con todos al Señor para alcanzar la remision de sus culpas, pero sin asistir aun al sacrificio de la Misa, al que solo podían estar presentes los que habían ascendido al cuarto grado, aunque ni presentaban sus ofrendas ni se acercaban á recibir la sagrada Eucaristia hasta tanto que eran reconciliados con Dios por la absolucion del obispo. Si reincidían quedaban privados de recibir el cuerpo del Señor, aunque fuesen absueltos nuevamente, hasta tanto que les llegaba la terrible hora en la que habían menester este poderoso viático para emprender la jornada de la eternidad.

La Iglesia tenía necesidad de esta santa severidad, así para solidar á los fieles en la práctica de las virtudes y bacerles adquirir odio al pecado, como para hacerles concebir un saludable temor, y ni en la práctica de esta severidad ni en el hecho de haberla mitigado más tarde dejaba de ser justa, pues existe, como consta por los sagrados libros, un lugar de expiacion, el que conocemos con el nombre de Purgatorio, donde las almas pagan la pena temporal de sus pecados, de los que recibieron absolucion sacramental ó borraron con caridad, y la de aquellas culpas que no mereciendo fuego eterno se han de redimir con trabajos en este siglo ó en el futuro.

A ruegos de aquellos héroes que se hallaban próximos á sellar con su sangre la doctrina ortodoxa de la Iglesia, y en vista de los escritos comendaticios que se dirigian á los prelados en favor de los penitentes, entre los cuales se contaban á veces magnates y emperadores, los obispos empezaron á aminorar el rigor de aquellas penas, y esta fué

justamente la época en que se empezaron á extender las indulgencias, concediéndose estas por días ó por años y á veces plenarias, entendiéndose en el primer caso la relajación de un determinado tiempo de penitencia con que se purgaba la pena temporal de los delitos, y en el segundo la absolución de toda ella, porque la Iglesia aplicaba del inmenso tesoro de los méritos de Jesucristo, de su purísima Madre y de todos los justos que viven en la comunión de los santos, la parte que el pecador había menester para suplir en su persona, como se explica el Apóstol, la porción que el Salvador no tuvo por conveniente comunicarle en su pasión, y es cabalmente la de esta deuda temporal.

Como Jesucristo concedió á los prelados de la Iglesia la potestad de remitir los pecados, pertenece tambien á ellos el imponer á los pecadores las penitencias ó satisfacciones proporcionadas á sus necesidades y á la gravedad de sus culpas; y pueden tener poderosas razones para disminuir el rigor ó abreviar el tiempo de la duración de las penas, siguiéndose de aquí que solo al Sumo Pontífice y á los obispos pertenece la facultad de conceder indulgencias.

Poseída la Iglesia de esta prerogativa, ha usado siempre de tal derecho, conociendo, como dice san Ambrosio, que nada es más grato y lisonjero que anunciar á los pecadores la indulgencia y remisión de sus culpas.

San Pablo usó ya de esta facultad. Había mandado á los fieles de Corinto que arrojasen de su sociedad á un incestuoso (1); empero más tarde consiente en usar con él de

(1) I ad Cor., 5.

indulgencia, temiendo que el exceso de su melancolía sea una tentación para que desespere y cometa una apostasía; y añade: «Lo que vosotros habeis concedido, yo lo concedo tambien; y si uso de *indulgencia*, lo hago por vosotros en la persona del Salvador, y como representante de Jesucristo (1).» De esta misma facultad usó san Juan, cuando remitió la penitencia del joven que en la isla de Patmos habia, cual otro pródigo, prostituídose en los vicios: de ella usaron los primeros Padres y Pontífices, á ejemplo de Jesucristo cuando remitió plenamente á una Magdalena, á una adúltera, á un paralítico y otros muchos pecadores. De ella han usado los concilios, declarando el de Trento que es falso y contrario á la palabra divina predicar por los partidarios del error, que el Señor á un tiempo perdona la culpa y la pena; que es cierto y de fe que Cristo dió á su Iglesia la potestad de conceder indulgencias, de la que siempre ha usado; y condena y anatematiza á todo el que sintiere ó dijere que el uso de las indulgencias no es conveniente y saludable para el pueblo.

Los montanistas en el siglo III y los novacianos en el IV fueron los primeros en levantarse por un falso celo contra la facilidad con que los prelados de la Iglesia recibían á la penitencia á los pecadores y les concedían la reconciliación. Empero los obispos no dejaron por esto de usar de indulgencia con los penitentes, en consideración al fervor y al arrepentimiento con que cumplían sus penitencias, y por otras razones no menos poderosas.

Ya hemos dicho que muchas veces intercedieron por los

(1) II ad Cor., 2.

penitentes los que se disponían para el martirio. Pasada la época de las persecuciones, ya no había mártires que pudiesen interceder por ellos; pero no por esto fué agotado el manantial de la Iglesia ni siquiera disminuido. Los méritos de Jesús es el gran tesoro inagotable de que se sirve la Iglesia, haciendo aplicación á sus hijos, cuando esta indulgencia puede servir para el bien general.

Empezó Lutero por declamar contra el abuso de las indulgencias. No entraremos en discusión sobre si en efecto hubo tales abusos ó no; pero aunque los hubiera, esto en nada rebaja la autoridad de la Iglesia en concederlas.

Hé aquí unos párrafos de Fleury sobre este punto de tanto interés: «Por mucho tiempo, dice, la multitud de indulgencias y la facilidad de ganarlas sirvió de obstáculo al celo de los confesores ilustrados. Era difícil persuadir á que ayunase y se disciplinase á un pecador que podía conmutarlo en una pequeña limosna ó en la visita de una iglesia: porque los obispos de los siglos XII y XIII concedían indulgencias á las obras piadosas de toda especie, como era edificación ó construcción de una iglesia, la conservación de un hospital; y últimamente por toda especie de obras públicas, como un puente, un horno, una carretera, etc. Muchas indulgencias juntas eximían de toda la penitencia.

«Aunque el cuarto concilio de Letran celebrado en el siglo XIII llama á las indulgencias de esta clase indiscretas, supérfluas, capaces de causar el desprecio de las llaves de la Iglesia, y de enervar la penitencia, sin embargo, Guillermo de París, célebre en el mismo siglo, sostenía que era más honroso á Dios y más útil á las almas la construcción

de una iglesia, que todos los tormentos y obras de penitencia alicictivas.

«Estas razones, si fuesen sólidas, debieran haber movido á los santos obispos de los primeros siglos que habían establecido las penitencias canónicas; pero éstos tenían unas miras más altas. Conocían que Dios es infinitamente más honrado por la pureza de costumbres, que por la construcción y decoración de las iglesias, por el canto y las ceremonias, que solo son la corteza de la religión, en lugar de que la virtud es el alma y lo esencial del verdadero culto. Como los más de los cristianos no tienen la dicha de conservar su inocencia, estos sabios obispos no hallaron mejor remedio, para corregir á los pecadores, que obligarlos, no á limosnas ni á peregrinaciones, ni á visitas de iglesias, ni á ninguna de las ceremonias en que no tiene parte el corazón, sino á castigarse á sí mismos con ayunos, vigiliias, cilicio y la privación de todos los placeres. Tampoco los católicos se vieron nunca tan relajados como cuando perdieron su vigor las penitencias canónicas y ocuparon su lugar las indulgencias... (1)»

Ya hemos notado el parecer del santo concilio de Trento sobre el asunto que nos ocupa. Consignaremos ahora las mismas palabras de aquella augusta asamblea, en la sesión xxv. Dice así: «Como la potestad de conceder indulgencias fué concedida por Jesucristo á su Iglesia, y esta usó de este poder divino desde su origen, el santo concilio declara que este uso debe conservarse como provechoso al pueblo cristiano, y confirmado por los concilios anteriores, y fulmina anatema contra los que pretenden que las indul-

(1) Fleury: Discurso 4.º sobre la Historia eclesiástica, n. 16.

gencias son inútiles, ó que la Iglesia no tiene potestad de concederlas. Quiere, sin embargo, que en esta materia se observe la debida moderacion conforme al uso loable establecido en la Iglesia en todos tiempos, no sea que una gran facilidad en concederlas debilite la disciplina de la Iglesia. En cuanto á los abusos que se han introducido y dieron ocasion á los herejes para declamar contra las indulgencias, el santo concilio, deseando corregirlos, manda por el presente decreto que se separe por el pronto de esta materia toda especie de vil interés y sórdida ganancia: encargando estrechamente á los obispos que noten todos los abusos en sus respectivas diócesis, y den parte de ellos al concilio provincial y despues al soberano pontífice, etc.»

Lutero y Calvino, como veremos á su tiempo, se fundaron en los abusos de las indulgencias para levantar el estandarte del cisma contra la Iglesia católica. Es seguro que á no tener este pretexto hubiesen buscado algun otro, pues que dispuestos se hallaban á presentar la batalla á Roma. Genios turbulentos, eran de aquellos hombres que no pueden vivir en paz con la sociedad, cuyo elemento lo forman las discordias, las renidas batallas, ora de las armas, ora de la inteligencia, y fuera de este elemento mueren como el pez al que se le priva del agua que es el suyo. Estos hombres son los enemigos del género humano, de la tranquilidad y del sosiego público; desmoralizan la sociedad en que viven, perturban las conciencias, rompen los vínculos de las familias, y dan al traste hasta con la dignidad de los individuos. Tales fueron los famosos Lutero y Calvino suscitados por el inferno en el siglo xvi.

V.

Del estado de la sociedad al nacimiento de la Reforma luterana.

No contentos los otomanos con la conquista del imperio griego, atacaron los estados de Occidenta, ganosos de nuevas conquistas y de extender su poderio por todas partes, y se establecieron en Hungría. No era este furor de conquistas tan activa como en los tiempos anteriores, pero de vez en cuando se reanimaba. La Europa no podia ménos de inquietarse con tantos proyectos de guerras.

Los soberanos pontífices que siempre han trabajado por la union de los príncipes cristianos, tan ventajosa así para la Iglesia como para la tranquilidad y sosiego de los respectivos Estados, que solo pueden prosperar bajo las bases de una paz estable y duradera, fijaban en este punto toda su atencion en la época que nos ocupa, excitando á los príncipes á que se uniesen para ir contra el enemigo comun, pero no obtuvieron felices resultados. Si se hubiese escuchado la voz del vicario de Jesucristo, la Europa se hubiese evitado muchos desastres.

Desgraciadamente no existia union entre los monarcas. Los franceses habian abandonado á Italia bajo Carlos VIII. Despues los venecianos se declararon enemigos del papa, y Luis XII se aprovechó de estas divisiones para entrar en Italia. Alejandro VI se unió á él, y le hizo señor de Milan. En una misa solemne que Alejandro celebró en el Vaticano,

el rey cristianísimo se sentó al lado del primer cardenal, y asistió al papa en el lavatorio, después de haberle besado los piés.

Cárlos VIII entró en Nápoles el 21 de febrero de 1495, y después de coronado y de vestirse los ornamentos imperiales, que nunca se habían concedido á Cárlos I, hermano de san Luis, gobernó al país con muy poco acierto. Aquel ejército de naciones diversas exigió crecidas contribuciones, que fueron una pesadísima carga para los habitantes. El consejo determinó que el monarca volviese á Amboise. El pueblo de Nápoles en vez de alegrarse se disgustó sobremanera, seguro de que se iba á ver privado del fausto de una corte y de su regia pompa, entrando en la categoría de provincia francesa.

La Italia toda era objeto de la ambición de los reyes de Francia, de los emperadores y aun de los reyes de España hasta la abdicación de Cárlos V.

Las relaciones del papa con el rey de Francia se entibieron, porque aquel se negó á firmar nuevos y onerosos contratos. Estas relaciones mejoraron más tarde, y Alejandro VI confirmó, á instancia de Cárlos VIII, la orden de los caballeros de san Miguel, instituida por Luis XI.

«Es indudable que el poderío del papa fué importante en Italia y en toda la Europa, por sus Estados, por su imperio sobre el espíritu de los pueblos, por la facilidad para negociar en todas las cortes de Europa por medio de los obispos, de los eclesiásticos y de los religiosos que le estaban sometidos, que dirigían las conciencias de los reyes y que tenían poder en todas las córtes. Estas ventajas hicieron que el

papa buscase la alianza con los diversos príncipes, y sus propios intereses no le permitían guardar neutralidad con los poderes temibles: debía tomar parte como príncipe temporal.

«El papa, pues, debía llenar al mismo tiempo las reglas que la política le prescribía como príncipe temporal, y las obligaciones que la religión le prescribía como jefe supremo de la Iglesia. En el primer estado no tenía otro objeto que su propio engrandecimiento ni otra ley que las máximas de la política; como papa y jefe de la Iglesia, no tenía otro objeto que el bien de la religión, la paz de los cristianos, la felicidad de la Europa, y por ley la caridad, la justicia y la virtud.

«El deber del jefe de la Iglesia cede alguna vez al interés del soberano temporal. Así se reprocha á Julio II el haberse conducido como príncipe italiano y no como papa en la empresa de arrojar á los franceses de Italia, porque el padre común de los cristianos debe evitar la guerra y la efusión de sangre, y tratar igualmente con benevolencia á todos los príncipes cristianos. En fin, ha habido papas que han usado á un tiempo su poder temporal y espiritual en beneficio de sus familias: tales fueron á principios de este siglo Alejandro VI y Julio II (1).»

El poderío del papa y el del clero que había llegado á su mayor apogeo, se fué debilitando en el Occidente, á causa de los esfuerzos hechos para lograr este fin por enemigos poderosos. Sin embargo, no faltaban defensores y sostenedores de aquel poder comprendiendo cuán benéfica

(1) Pluquet: Discours-Seizième siècle.

era para el bien de los pueblos. Roma no dejaba de lanzar los rayos de sus anatemas contra los príncipes que se apartaban de los caminos de la rectitud y de la justicia.

Julio II murió el 21 de julio de 1513 después de haber puesto en entredicho á toda la Francia y excomulgado al rey, declarando á sus súbditos absueltos del juramento de fidelidad, y después de diez y siete días subió á ocupar la cátedra de san Pedro Leon X, pontífice de grande ingenio y prudencia, protector de las ciencias y de las artes.

Este pontífice en 1517 hizo publicar indulgencias en todo el mundo cristiano en favor de los que contribuyeran con sus limosnas, tanto á la continuacion de la guerra contra el sultan Selim, que hacia temblar á toda la Europa, después de haber subyogado al Egipto, como á la construcción de la magnífica y suntuosa iglesia de San Pedro de Roma, que este pontífice habia determinado acabar.

Por más que los religiosos agustinos hubiesen sido en Alemania los encargados de publicar las indulgencias, á pesar de que Julio II en tres diferentes ocasiones habia dado igual comision á los franciscanos, Leon X prefirió esta vez á los dominicos. El agustino Juan Staupitz, vicario general de su orden, se irritó sobremanera por la preferencia dada por el papa á los dominicos y comunicó su despecho á Martin Lutero, uno de sus religiosos.

Los abusos que cometian los cuestores presentaron á esta monje celoso la ocasion para combatir los abusos que se cometian con motivo de las indulgencias, lo que le llevó más tarde á combatir las mismas indulgencias. Tales fueron las primeras chispas de ese vasto incendio que bajo el nombre

de Reforma abrasó una gran parte de la Europa, segun veremos á su tiempo.

VI.

España durante el siglo XVI

Por más que esta introduccion tome mayores proporciones que las que acostumbramos á dar á la que ponemos á la cabeza de cada siglo, no nos determinamos á darla por terminada, sin presentar ante los ojos del lector el cuadro que presentaba la España en la época de que nos ocupamos. Afortunadamente podemos hacerlo con placer, porque justamente es un periodo en el que la Iglesia de España llegó al colmo de su esplendor, prosperidad, saber y riqueza.

El siglo xvi fué para nuestra nacion el siglo de los sabios y de los santos.

El memorable reinado de los *Reyes Católicos* reformó las costumbres, cortó muchos abusos en materias de disciplina, dió un gran impulso á los estudios religiosos y al esplendor del culto católico.

Lamentase con razon el ilustrado autor de la *Historia Eclesiástica de España* de la falta de obras que pueden considerarse como fuentes en este periodo. Aun en el clásico Mariana se encuentran más noticias de guerras que de asuntos eclesiásticos. Nosotros somos en esta parte un poco más afortunados que el señor La Fuente, porque podemos aprovecharnos de sus estudios sobre estas materias, y sacar

mucho provecho de los materiales que ha aglomerado en su magnífica obra, que es hoy la más rica fuente que poseemos, y que pasará á la posteridad, cada día más apreciada por los hombres entendidos y aficionados á los estudios eclesiásticos.

Al fijar la atención en el siglo xvi nos encontramos con la gran figura del célebre Jimenez de Cisneros.

La reina doña Isabel la Católica tuvo noticias de que en el convento de franciscanos de Salceda había un fraile adornado de muchas virtudes y llamado Fr. Francisco Jimenez de Cisneros. Debía hacer eleccion de confesor, y ordenó que aquel religioso fuese á su lado para desempeñar tan honroso cargo. Pronto pudo conocer por sí misma que no la habían engañado en los informes recibidos, pues descubrió en él un alma grande y generosa, un verdadero sabio, profundo en el conocimiento de las ciencias eclesiásticas, apto para toda clase de negocios y muy conocedor del corazón humano, rodeando este hermoso cuadro el marco de la humildad y de todas las demás virtudes.

Habiendo fallecido en 1495 el cardenal Mondoza, arzobispo de Toledo, la reina comprendió que para sucederle no podía hacer una eleccion más grata á los ojos de Dios y de mayor utilidad para la Iglesia de España que la de su sabio y piadosísimo confesor. Sin consultar con él el asunto, ni decirle una palabra, lo presentó á la Santa Sede, y cuando tuvo en su poder las Bulas, las puso en manos de Jimenez. Esté las leyó. Lo que para otro hubiese sido tal vez motivo de regocijo lo fué para él de enojo, de tal suerte que arrojando las Bulas sobre una mesa, exclamó: *Tal disparat*

solo á una mujer podria ocurrírsele. Mucho trabajo costó á la buena reina el que aceptase la dignidad.

Óigase el elogio que de este Prelado insigne hace el historiador de la Iglesia de España: « ¡ Quién podrá enumerar los beneficios que la Iglesia de España, y en especial la de Toledo, deben al gran Jimenez de Cisneros! La fundacion del colegio mayor de San Ildefonso, universidad de Alcalá, la de otra multitud de colegios para estudiantes pobres, la reforma parcial de los Regulares de España, el envio de los primeros misioneros al Nuevo Mundo, la ereccion de una multitud de edificios religiosos en Toledo y Alcalá, la restauracion del culto mozárabe y construccion de capilla para aquella liturgia en la catedral de Toledo, la fundacion de las cofradías de la Inmaculada Concepcion en Toledo y en toda España, declarándose patriarca de ellas (1), beneficios son todos que se deben á tan gran varon.

« No son menores los que le debe la nacion antes y despues de su regencia. La conquista de Oran (2), empresa digna de un príncipe, la primera idea de un ejército permanente y la creacion de compañías fijas con que supo enfrenar á la aristocracia, el armamento de las milicias de

(1) « Confirmó el papa Adriano VI, autorizando las erigidas, á que se erigiesen en lo sucesivo, y dotándolas de muchos privilegios é indulgencias. Véase tan curiosa bula en el archivo Complutense, que trae el Padre Quilantilla á continuacion de su *Arbitrio de virtudes*, pág. 47. »

(2) « Cisneros se proponía no solamente conquistar el litoral del Mediterráneo, sino que meditaba una reconquista de Jerusalem, pensamiento atrevido, que solo el idealismo le imponía. Los documentos que iba reuniendo y que obran en la Biblioteca de la facultad de Jurisprudencia de Madrid, acreditan esta verdad; como tambien las maldades y escandalosa dilapidacion de Pedro Navarro, el cual, por más que quisieran vindicarle sus encomiadores, fué siempre un bribon de mal género. El tuvo la culpa de que las conquistas en Africa no pasasen adelante. »

Castilla (1) y la agregación del reino de Navarra á la corona de España, son todos hechos de primera magnitud en nuestra historia política, debida á un pobre fraile franciscano, que sobre el humilde sayal vistió la púrpura, con el cordón franciscano ciñó la coraza de guerrero, y á la cruz primacial de Toledo juntó el bastón de gobernador del reino (2).

»Los ilustres que portaban al rey Carlos por Castilla, temerosos de que los consejos del cardenal descubrieran sus odiosas maquinaciones, lograron desembarazarse de aquel grande hombre, haciendo que los desaires le sirvieran de tóxico. Sus últimas palabras parecieron vaticinar las revueltas de las Comunidades, y al comentarlas su amigo y protegido el célebre teólogo y matemático Pedro Ciruelo en el sermón de honras ante la universidad de Alcalá, auguró también la próxima tormenta que amenazaba á Castilla, y que Cisneros había logrado contener, pero no conjurar (3).»

Acababa de nacer en Alemania el arte tipográfico, y España se apresuró á aprovecharse de tan utilísimo invento

(1) «Para la persecucion de los agidos y represion de la aristocracia ideó Cisneros armar á los vecinos honrados de Castilla la Vieja. Las armas se tenían depositadas en las casas consistoriales, y los vecinos se administraban en su manejo los domingos por la tarde. Negándose los de Valladolid á prestar este servicio, y fueron los primeros que lo hicieron despues.»

(2) «Su epitafio resume muy bien los hechos y dignidades de Cisneros en estos sencillos versos:

Considero mensi Franciscus grande locum
 Condor in exiguo nunc ego sumulus.
 Praeterea jam sacro, palemano galeo
 Frater, dux, praesul, cardinalisque pater.
 Quin virtute mea jureludum est diadema puellio
 Cum mihi tegamini parat Hispania.»

(3) «El tema del sermón de Pedro Ciruelo es ya una invectiva terrible contra los simoníacos: *Increpa feras arundinis, congregata turorum in turis popularum, ad excolandam car, qui probati sunt argento.* (Alvar Gomez, fol. 216 vuelto).

en gloria de la religion. El activo cardenal Jimenez de Cisneros trajo á Toledo un impresor aleman, llamado Arnaldo Guillermo Brocar, para la edicion de los breviaros mozárabes, haciendo imprimir al mismo tiempo otras muchas obras de gran utilidad. Hé aquí la série de ellas, segun las describe Quintanilla: «Hizo nuestro venerable cardenal imprimir á su costa, y divulgar, parte en latin, y parte trasladados en lengua castellana, algunos libros de piedad y de devocion; con los cuales el siervo de Dios se solia deleitar, y aprovechar, para alentar el espíritu en la oracion y para seguir sus santos consejos. Que son las obras que dió á la estampa á sus expensas las *Epistolas de santa Catalina de Sena, religiosa dominica.* En lengua castellana las obras siguientes: *Las epistolas de santa Angela de Fulgino, y santa Melilde; Grados de san Juan Climaco; Instrucciones de san Vicente Ferrer; Vida de santo Thomas arzobispo Canluariense; Meditaciones de la vida de Christo nuestro Redentor de Landulpho Cartuzano; el Obispo de Ávila, Tostado, sobre Eusebio, y las Instrucciones de santa Clara, y las Constituciones synodales de su arzobispado, todos en diversos cuerpos y obras. Y las repartió por todos los conventos de monjas, para que se leyesen en el coro, y en el refertorio, y atendiesen á su obligacion, y para desterrar la ociosidad, y ocupar con santo celo á los fieles con la leccion de libros espirituales, y de que no habia memoria en España, ni estaba en lengua que todos pudiesen gozarlos (1).»*

El biógrafo que nos da estas noticias continúa hablando

(1) Quintanilla, lib. II, cap. x.

de otros muchos trabajos de igual importancia llevados á cabo por el gran Cisneros, que omitimos en gracia á la brevedad: pero no podemos ni debemos hacer lo mismo con respecto á la publicacion de la imponderable Poliglota Complutense, obra que bastaria por si sola para hacer inmortal el nombre del esclarecido cardenal franciscano cuyo nombre atraviesa los siglos rodeado de una aureola de respeto y de admiracion.

Hé aqui cómo se expresa hablando de tan importantísimo trabajo: «Para cumplir su deseo estan lo en la dicha ciudad de Toledo, se informó de algunos hombres doctos, y mandó llamar, en particular al egregio varon, y padre de la latinidad complutense, el maestro Antonio de Nebrixa, al bachiller Diego Lopez de Zúñiga, D. Fernando Nuñez el Pinciano, ó de Valladolid, del hábito de Santiago, Bartolomé de Castro, llamado el Maestro Borgense, Demetrio Cretense, griego de nacion, el Dr. Juan de Vergara, todo éstos hombres insignes y doctísimos en las lenguas, y en particular la griega y latina; al maestro Pablo Coronel, y al maestro Alonso médico, al Dr. Antonio Zamora, grandes hombres en las lenguas hebrea y caldea. Los dos primeros porque eran éstos judios de nacion, y habian servido de doctores rabinos, en sus sinagogas, si bien eran ya catolicos y buenos cristianos. La primera diligencia que se hizo, fué juntar los originales, que habia en España, que uno eran pocos, los que quedaron, de algunas sinagogas, que se conservaron en ella, y en particular en la de Toledo » y Maqueda, hasta el año 1492. De estas sinagogas, pues, en algunas librerías antiguas, quedaron muchos originales

usagrados en todas lenguas, en particular el Testamento Antiguo, que es sola la profesion de los judios: así mismo juntó el bendito Prelado otros instrumentos muy auténticos y de mucha importancia; y á los doctores referidos, y papeles, los trujo á esta villa de Alcalá, y dándoles grandes salarios empezaron á trabajar en la Biblia Trilingüe, nel referido año 1502 (1).»

Continúa el biógrafo elogiando la obra maestra de Cisneros, relatando los grandes trabajos de la correccion, del ajustamiento de los lugares de la Sagrada Escritura, ó interpretaciones y otros estudios, en todo lo que se emplearon diez años, y de otros pormenores, y termina de este modo: «La autoridad que tiene en el orbe la Biblia Complutense, lo dice ella misma, y la dedicatoria que hizo el siervo de Dios fray Francisco Ximenez á la santidad de Leon Décimo, en que le pide, y suplica de su censura y aprobacion: «—*Obsecramus autem Beatitudinem tuam excellentissime: ut libros hosce: qui nunc se sacri istis vigiliis supplices adjuvant: examines: et ad severissimi iudicii tui censuram revoques; ut si Christiana reip. utiles fore videbuntur: meditationis beneficium a sanctitate tua recipiant. Nam eos nos hucusq; constituimus sacrum istum Apostolici fastigii Oraculum consultari.*—La censura y licencia de la Santa Sede Apostólica, en el breve que la misma Santidad de Leon Décimo despachó en 22 de marzo, año de 1520, dice: —*Vnde nos indignum existimantes, quod huiusmodi Opus amplius necum publicæ utilitatis iactura taleat; et pia tam imitabilis viri voluntas diutius debita executione frustretur: et*

(1) Quinlanis, *ibidem*.

«otriq. ; damno nostras provisionis ope subvenire volentes; in volu proprio, et ex certa scientia nostra, Opus praefatum comprobantes; et si tale in lucem per doctorum, et aliorum manus libere de cetero venire possit concedentes, etc.»

Verdaderamente, el siglo xvi fué para España, como ya hemos insinuado, el siglo de los sabios y de los santos.

Entre los primeros vamos resplandecer, á más del inmortal Cisneros, á Antonio Nebrija, Fernan Perez de Oliva, Saavedra y Morales, que fueron muy notables en la elocuencia latina y castellana; á Juan de Mariana, Zurita y Mendoza en la historia; la natural tuvo un Monardes, un Acosta y un Hernandez; en la quimica se distinguió Alfonso Barba, y no son menos notables Pereira en filosofia, Pedro Monzon en matemáticas, en poesia Garcilaso de la Vega, Fr. Luis de Leon, y como gran prosista, y tambien poeta, el príncipe de los ingenios españoles Miguel de Cervantes Saavedra. La ciencia de curar fué ilustrada con los sabios escritos de Laguna, Heredia, Luis Mercado y Francisco Vallés de Cobarrubias, á quien sus contemporáneos apellidaron *el Divino*.

En cuanto á héroes de santidad que velaran por la pureza de la fé cuando tan rudos ataques recibía en Alemania y en otros puntos por la naciente herejía luterana, fueron en gran número. Al tiempo que el doctor de Wittemberg rompe los lazos que le unian con la cabeza de la Iglesia, Dios suscita en nuestra patria al grande Ignacio de Loyola, que funda la tan célebre quanto perseguida y calumniada Compañía de Jesús, é impone á sus individuos un nuevo voto de obediencia al romano pontífice; si en Alemania se ense-

ña á la juventud en el error, dándole á beber las aguas más corrompidas, José de Calasanz instituye en nuestra España las Escuelas Pías, con el santo objeto de dirigir al bien los tiernos corazones de los niños, haciéndoles conocer que no hay verdadera ciencia sin temor de Dios; y Francisco de Borja y Pedro de Alcántara, y la ínclita Teresa de Jesús, la doctora mística y reformadora del Carmelo, fueron en nuestra patria centinelas avanzados de la fé católica para que no penetrara en nuestro privilegiado suelo la peste de la herejía. ¡Cuántas pruebas tenemos para afirmar que España es el pueblo querido y favorecido de Dios por excelencia!

Pasemos ya á ocuparnos de las herejías del memorable siglo xvi.

BAIANISMO Ó BAYANISMO.

Miguel Bayo nació en 1513 en Melin, territorio de Añh, en Hainaut. Hizo sus estudios en Lovaina, en cuya universidad recibió el grado de doctor en 1550. Al año siguiente fué nombrado por Carlos V para desempeñar una cátedra de Sagrada Escritura, con su amigo y compañero de estudios Juan Hessels. Una vez en el profesorado enseñó y escribió varios errores sobre la gracia, el libre albedrío, el pecado original, la caridad, la muerte de Jesucristo, etc. Todos estos errores se contienen en setenta y seis proposiciones condenadas por el papa Pio V, en 1567.

Bergier dice que las proposiciones de Bayo se pueden referir á tres puntos principales: unas relativas al estado de inocencia; otras al estado de la naturaleza caída ó corrompida por el pecado; y las demás al estado de la naturaleza reparada por el Hijo de Dios, hecho hombre, y muerto en una cruz; y lo explica de este modo:

1.º Como los ángeles y los hombres salieron justos é inocentes de las manos de Dios, Bayo y sus discípulos decían que el destino de estas criaturas á la bienaventuranza celestial, y las gracias que cada vez más les conducían á ella no eran dones gratuitos sino dones inseparables de la condición de los ángeles y del primer hombre, y que Dios se los debía como á este último la vista, el oído y las demás facultades naturales. Según el principio fundamental de Bayo, una

criatura racional y sin mancha no podía tener otro fin que la vision intuitiva de su Criador; Dios no pudo, sin ser autor del pecado, criar á los ángeles y al primer hombre sino en un estado exclusivo de todo crimen, ni por consecuencia destinado más que á la bienaventuranza; verdaderamente este destino era un don de Dios, pero que no podía negarlo sin faltar á su bondad, á su justicia y á su santidad: Tal era la doctrina de Bayo en su libro *De prima hominis justitia*, particularmente en el capítulo 8.º. Está contenida en las proposiciones 21, 23, 24, 26, 27, 55, 71 y 72, condenadas por la Bula de Pio V.

2.º Por consecuencia, Dios se ha visto en la indispensable obligación de conceder á los ángeles y al hombre los medios necesarios para llegar á su fin; de donde se deduce que todas las gracias ya actuales ó habituales que recibieron en el estado de inocencia les eran debidas como consecuencias naturales de su creación.

3.º El mérito de las virtudes y de las buenas obras era de la misma especie, es decir, natural, ó lo que es lo mismo, el fruto de la primera creación.

4.º La eterna felicidad unida á estos méritos era del mismo orden, es á saber, una pura retribucion, en la que no se contaba para nada con la gratuita liberalidad de Dios; era una recompensa, no una gracia.

5.º El hombre inocente estaba exento de la ignorancia, de los padecimientos y de la muerte, en virtud de su creación; la exencion de todos estos males era una deuda que Dios pagaba al estado de inocencia, un orden establecido por la ley natural, siempre invariable porque tiene por objeto

lo que es esencialmente bueno y justo. Esta es la doctrina expresa de las proposiciones 53, 63, 70 y 75 de Bayo.

En cuanto al estado de la naturaleza caída, hé aqui los errores de Bayo y sus sectarios sobre la naturaleza del pecado original, su transmision y consecuencias. 1.º El pecado original segun su sistema no es otra cosa que la concupiscencia habitual dominante. 2.º Supuesta esta idea, la transmision del pecado de Adan no es un misterio que supere á nuestra razon; este pecado se comunica del mismo modo que la ceguera, la gota y otras enfermedades físicas, con que uno nace; esta comunicacion se hace independientemente de toda disposicion arbitraria de parte de Dios; todo pecado, por su naturaleza, tiene la fuerza de infestar al que lo comete y á toda su posteridad, como ha sucedido con el pecado original, proposicion 50. Sin embargo que esto se halla en nosotros sin relacion ninguna con la voluntad del primer Padre, proposicion 46. En cuanto á las consecuencias del pecado original, dice Bayo:

1.º Que el libre albedrio sin la gracia, no tiene fuerza sino para pecar, proposicion 28.

2.º Que no puede evitar ningun pecado, proposicion 29; que todo lo que se deriva de él, aun la infidelidad relativa, es un pecado; que el esclavo del pecado obedece siempre á la concupiscencia dominante; y hasta el que obra por impulsos de la gracia todas sus acciones emanan de aquella, y son pecados, proposiciones 34, 36, 64 y 68.

3.º Que no puede haber en él ningun amor legitimo en el orden natural, ni aun de Dios, ningun acto de justicia, ni un uso bueno del libre albedrio, como sucede á los infie-

les que todas sus acciones son pecados, como son vicios las virtudes de los filósofos, proposiciones 25 y 26. Asi, segun Bayo, la naturaleza caída y destituida de la gracia se halla en una impotencia absoluta para el bien, y siempre determinada al mal que le propone su concupiscencia dominante. No le queda ni libertad de contrariedad, ni libertad de contradiccion exenta de necesidad; incapaz de ningun bien no puede producir accion que no sea pecado; necesitada al mal, se deja llevar hácia el grado de la propension que la domina, y no es por esto ni ménos criminal, ni ménos punible delante de Dios.

Los errores de Bayo, de Hessels y sus sectarios no son ménos chocantes respecto al estado de la naturaleza reparada por el Redentor; dicen expresamente que la retribucion de la vida eterna se concede á las buenas obras, sin consideracion á los méritos de Jesucristo; y que, hablando con propiedad, no es una gracia de Dios, sino el efecto y la consecuencia de la ley natural, en virtud de la cual el reino celestial es el premio de la obediencia á la ley; que toda obra buena por su naturaleza merece el cielo, así como la mala por su misma naturaleza es digna de la condenacion; que el mérito de las obras no se deriva de la gracia santificante sino únicamente de la obediencia á la ley; que todas las buenas obras de los catecúmenos, que preceden á la remision de sus pecados, como la fé y la penitencia, merecen la vida eterna.

La justificacion de los adultos, segun Bayo, *De justif. c. 8, y De just. c. 3 y 4*, consiste en la práctica de las buenas obras y en la remision de los pecados. En consecuencia

defiende que los sacramentos del Bautismo y de la Penitencia no remitan la culpa del pecado, sino la pena solamente; que no confieren la gracia santificante; que puede haber en los catecúmenos y en los penitentes una caridad perfecta, sin que les sean remitidos los pecados; que la caridad, que es la plenitud de la ley, no vá siempre unida á la remision de los pecados; que el catecúmeno vive en la justicia antes de haber alcanzado la remision de sus pecados; que un hombre en pecado mortal puede tener una caridad, aun perfecta, sin dejar de estar sujeto á la eterna condenacion, porque la contrición aun perfecta, unida á la caridad y al deseo de recibir el sacramento, no remite la deuda de la pena eterna, sin la recepcion actual del sacramento, proposiciones 31, 54, 55, 67, 68, etc.

Como en el sistema de Bayo se está expresamente justificado por la obediencia á la ley, este doctor y sus discipulos dicen, que no reconocen otra obediencia á la ley que la que emana del espíritu de caridad, proposicion 6; nada de amor legitimo en la criatura racional, más que aquella caridad laudable que el Espíritu Santo esparce en el corazón, por la que se ama á Dios, y que cualquiera otro amor es aquel apetito vicioso que nos apega al mundo, y que lo reprueba san Juan, proposicion 38.

No es ménos errónea su doctrina en cuanto al mérito y valor de las buenas obras, puesto que por un lado se aventuran á decir que en el estado de la naturaleza reparada no hay verdaderos méritos que no sean gratuitamente conferidos á los indignos, y por otro pretenden que las buenas obras que justifican á los fieles no pueden satisfacer á la

justicia de Dios por las penas temporales, que tienen que purgar despues de la remision de los pecados, ni expiarlas, *ex condigno*. Estas penas, segun ellos, no pueden rescatare ni aun por los padecimientos de los santos, proposiciones 8, 57 y 74.

Este sistema, como profundamente lo prueba M. Montagne, es un compuesto extravagante del pelagianismo respecto al estado de la naturaleza inocente: del luteranismo y calvinismo en lo concerniente al estado de la naturaleza caída. Con respecto al estado de la naturaleza reparada, las opiniones de Bayo sobre la justificacion, la eficacia de los sacramentos, y el mérito de las buenas obras, se oponen directamente á la doctrina del concilio de Trento, y no podian evitar las diferentes censuras que han sufrido.»

Bergier para probar lo que acaba de decir, continúa de este modo: « En efecto, desde 1552 Ruart Tapper, Josse Ravestri, Ritchon, Cunner y otros doctores de Lovaina, se levantaron contra Bayo y Hessels, que esparcian las primeras semillas de sus opiniones. En 1560 dos guardianes de los franciscanos de Francia dclataron 18 artículos á la facultad de Teología de Paris, y les condenó por censura del 27 de junio del mismo año. En 1567 apareció la bula de Pio V, del 1.º de octubre, condenando 76 proposiciones censuradas *in globo*, pero sin nombrar á Bayo. El cardenal de Grandvella, encargado de la ejecucion de este decreto, lo envió á Morillon su vicario general— el que lo presentó á la universidad de Lovaina el 29 de diciembre de 1567. La bula al principio fué recibida con respeto, y Bayo parecia que entonces se sometió á ella; pero despues escribió una larga

apología de su doctrina que dirigió al papa con carta de 8 de enero de 1569. Pío V, después de un maduro exámen, confirmó su primera determinación el 19 de mayo siguiente, y escribió un breve á Bayo para obligarle á que se sometiera sin tergiversación. Bayo dudó algun tiempo, y se sometió al fin entregando á Morillon una revocación de las proposiciones condenadas. Pero después de la muerte de Josse Rivestri acaecida en 1570, Bayo y sus discipulos se levantaron de nuevo. Para poner fin á estas desórdenes Gregorio XIII dió una bula el 29 de enero de 1579, en confirmación de la de Pío V, su predecesor, y escogió para que se aceptase por la universidad de Lovaina á Francisco Toledo jesuita y después cardenal. Entonces Bayo retractó sus proposiciones de palabra, y por escrito firmado de su puño con fecha 24 de marzo de 1580. En los ocho años siguientes hasta la muerte de Bayo, se renovaron las disputas, y no se acabaron sino por un cuerpo de doctrina dirigida por los teólogos de Lovaina y recibida por los de Donav. Santiago Janson, profesor de teología de Lovaina, quiso resucitar las opiniones de Bayo, y se lo encargó al famoso Cornelio Jansenio, su discípulo, que en su obra titulada *Augustinus* ha renovado los principios y la mayor parte de los errores de Bayo. Al tratar del Jansenismo nos extenderemos sobre este punto que toca Bergier. «Después Quesnel en sus *Reflexiones morales* ha copiado literalmente un gran número de proposiciones condenadas por Pío V y Gregorio XIII.»

«No se necesita ser gran teólogo para demostrar que el sistema de Bayo es absurdo en si mismo. ¿En qué funda-

mento apoya que Dios debía dar á la naturaleza inocente todas las ventajas y privilegios concedidos á Adán? Sin duda que Dios no pudo criar al hombre en estado de pecado, esto sería contrario á su santidad y á su justicia: pero ¿cómo se prueba que Dios debe dar al hombre libre de pecado tal medida de dones espirituales y corporales, y tal grado de felicidad y bienestar para el presente y para el porvenir? No se puede fundar esta pretension sino en los sofismas de los antiguos filósofos y de los maniqueos, respecto al origen del mal. Dios, esencialmente dueño de sus dones y todopoderoso, puede concederlos en la medida que le plazca en más ó ménos, ó hasta el infinito. Este es el principio que con razon estableció san Agustín para refutar á los maniqueos. Es tambien un absurdo el suponer que Dios debe alguna cosa á una criatura, á la que ni aun le debe la existencia. En esta hipótesis ridícula seria imposible conciliar la permission del pecado con la justicia, la sabiduria, la santidad y la bondad de Dios. Si debía tantos favores al hombre inocente, ¿por qué tambien no le debía dar la gracia eficaz para perseverar en la inocencia?

Ya que el principio fundamental de Bayo es evidentemente falso y participa del maniqueismo, no son ménos falsas todas las consecuencias que de él se deducen.

En este sistema, la Redención del mundo por Jesucristo es absolutamente nula. El género humano todo lo habia perdido por el pecado de Adán. ¿Qué le ha dado Jesucristo? ¿De qué lo ha rescatado ó libertado? Nada sabemos de esto. Las pomposas expresiones con que la Sagrada Escritura nos alata el beneficio de la redención, las acciones de gracias

queda á Dios la Iglesia cristiana, el título de *Salvador del mundo*, son palabras faltas de sentido: el dogma fundamental del cristianismo no es más que un sueño de la imaginación.

«Al ménos si este sistema fuese consolador, capaz de inspirarnos el amor de Dios y el gusto á las buenas obras, no nos sorprendería la tenacidad con que se sostiene; pero ninguno más á propósito que él para desconsolar y desalentar á las almas virtuosas, y hacer mirar á Dios como á un tirano, y nuestra existencia como una desgracia. Es falsísimo que san Agustín sea el autor de este sistema; si lo fuere, como osadamente se pretende, se deduciría únicamente que despues de haber razonado mal contra los maniqueos, ha argumentado todavía peor contra los pelagianos, y que arrebatado por el calor de la disputa ha caido en excesos reprehensibles; mas nada hay de esto.

«No nos sorprende ver á un luterano como Mosheim confundir juntamente las opiniones de Lutero, de Bayo, de Jansenio, de los agustinianos y de los tomistas, suponer que este es el dictámen de san Agustín y pretender que nunca se le ha demostrado la diferencia. *Hist. ecol. del siglo diez y seis, sec. 3, 1.ª parte, c. 1, § 38.* Esto se puede creer cuando no se han leído las obras de este doctor y cuando no se ha tomado el trabajo de confrontar los diversos sistemas; pero un teólogo bien instruido sabe distinguirlos fácilmente.

«La apología que ha hecho Bayo de sus proposiciones condenadas, ni es sincera ni sólida, no las justifica sino abusando de los pasajes de san Pablo y de san Agustín, como lo ha hecho Lutero, y todavía lo ejecutan los falsos agustinianos.» (*Del Diccionario de Teología.*)

DESOLLADOS

Los herejes conocidos por este nombre aparecieron antes de mediar el siglo xvi. Decían que eran cristianos sin haber recibido el bautismo. Enseñaban que el Espíritu Santo no es una persona divina, y por consiguiente era una idolatría el culto que se le tributa. Segun ellos no es más que la figura de los movimientos que elevan el alma á Dios. En vez de recibir el bautismo se raspaban la frente con instrumento cortante hasta hacerse sangre, y tal fué el motivo de llamarles *desollados*.

INFERNALES.

Tal es el nombre con que fueron conocidos unos insensatos partidarios de Nicolás Galo y de Jacobo Smidelta, los cuales sostenían que en los tres días que Jesucristo estuvo en el sepulcro, su alma santísima bajó al infierno de los condenados y sufrió durante aquellos tres días los tormentos de aquellos infelices. Se cree comunmente que fundaban su error en un pasaje de los *Hechos de los Apóstoles*, cap. ii, v. 24, en el que san Pedro explica que Dios resucitó á Jesucristo, sueltos los dolores de la muerte ó despues de haberle sacado de los dolores del infierno, en el cual no podía ser detenido. Hé aqui el texto latino: *Quem Deus suscitavit, solutis doloribus inferni, juxta quod impossibile erat teneri*

illum ab eo. Quiere decir, libre de las ataduras de la muerte, que no tenia ningun derecho sobre aquel que por naturaleza era impecable. *Infernus* significa la muerte, el sepulcro, el infierno, el limbo, ó seno de Abraham.

No fueron solos los infernales los que en el siglo xvi abusaron de la Sagrada Escritura, tergiversando los textos é interpretándolos á su capricho.

PASTORICIDAS.

Este fué el nombre que en el siglo xvi se dió á los anabaptistas de Inglaterra, los cuales ejercian sus furoros contra los pastores, á los cuales mataban donde quiera que los encontraban. Es la única noticia que encontramos de esta secta infame.

PIÉS-DESNUDOS

ESPIRITUALES

Otra rama de anabaptistas que apareció en Moravia en el siglo xvi, y que se vanagloriaba de imitar perfectamente la vida de los apóstoles: vivian en el campo, marchaban siempre con los piés desnudos, y manifestaban una grande aversion á las armas, á las letras y á la estimacion de sus semejantes. No hay para qué decir que eran muy ignorantes. No sabemos si profesaban algunos otros errores á más de los comunes á los anabaptistas.

LIBRES.

Asi eran llamados algunos herejes que, siguiendo los errores de los anabaptistas, sacudian todo yugo de gobierno y de autoridad, asi en el orden religioso como en el civil. Las mujeres eran comunes entre ellos. A los matrimonios entre hermanos y hermanas que tenian por licitos, llamaban *union espiritual*. Prohibian á las mujeres el obedecer á sus maridos si éstos no pertenecian á su secta. Se reputaban impecables despues del bautismo, porque, segun ellos, solo la carne pecaba, y en este sentido se llamaban *hombres divinizados*. Los libres fué una de aquellas sectas que al fanatismo unian una gran corrupcion de costumbres. Por nuestra parte creemos no aventurar mucho al juzgar que los jefes de estas sectas tan inmorales no merecen ni aun el título de fanáticos, sino el de hombres que buscaban los medios de satisfacer sus impúdicas pasiones. Fanáticos podrian ser á más de ignorantes los que prestaban oido atento á sus enseñanzas, y entraban á formar parte de las sectas.

LIBERTINOS.

Los llamados libertinos aparecieron en Flandes hácia el año 1547, y se extendieron por Francia. Estos herejes enseñaban que no hay más que un solo espíritu de Dios derramado por todas partes, que existe y vive en todas las

criaturas; que el alma humana no es más que este espíritu de Dios y que muere con el cuerpo; que el pecado no es nada, y que solo consiste en la opinion, toda vez que es Dios quien hace todo bien y todo mal. Negaban la gloria y el infierno. En cuanto á la primera decian que es una ilusion, y el segundo un fantasma inventado por los teólogos. La religion, segun ellos, era una invencion de los políticos, como medio el más seguro para mantener á los pueblos en la obediencia de los poderes constituidos: anadian que la regeneración espiritual solo se reduce á sofocar los remordimientos de la conciencia, y la penitencia á sostener que no se hizo cosa mala: que es lícito y aun conveniente mentir en materia de religion, y acomodarse á todas las sectas, segun la conveniencia particular de cada uno.

Sobre todo eran verdaderamente horribles sus blasfemias contra Jesucristo, del que decian que era un no sé qué compuesto del espíritu de Dios y de la opinion de los hombres. No podia dárseles un nombre más adecuado á sus grandes impietades que el de libertinos con el que fueron distinguidos, y que desde entonces se ha aplicado en el peor sentido. Los primeros jefes de esta secta fueron un sastré de Picardía llamado Quintín, y un tal Coppin, ó Choppin, que se unió á aquel y fué su discípulo.

Los libertinos se esparcieron por Holanda y por Brabante. Hoy, en la segunda mitad del siglo xix, aunque no forman secta ni tengan jefes, se hallan en número muy considerable esparcidos por toda la Europa. ¿No merecen el mismo nombre de libertinos los incrédulos modernos, que no tienen más regla de conducta que los caprichos del corazón y las

veleidades de la fantasia? Por todas partes los encontramos. Desde que empezó á propagarse el escepticismo; hijo de la filosofía enciclopédica del siglo xviii, han ido aumentando de un modo considerable. Es imposible hacer un viaje, estar en una reunion, asistir á un espectáculo sin tropezar con alguno de esos hombres para quienes la religion es una quimera, que se burlan del mismo Dios porque no creen en él, y para los que significa lo mismo el Evangelio de Cristo que el Koran de Mahoma. Estos indiferentistas en materia de religion que por consecuencia de su incredulidad buscan solo los medios de satisfacer sus pasiones, sofocando en los placeres y deleites los remordimientos de la conciencia, son verdaderos *libertinos*, que hacen recordar los del siglo xvi.

Varios autores refieren de diversa manera que lo hemos hecho los errores de los libertinos. No lo extrañamos. Una secta que profesa el libertinaje de entendimiento no es posible que tenga unidad en su ercencia.

Bergier añade lo siguiente: «Dicen que uno de los mayores obstáculos que encontró Calvino para establecer su Reforma en Ginebra, fué un numeroso partido de *libertinos* que no podian sufrir la severidad de su disciplina, de la cual infieren que el carácter dominante de la Iglesia romana era el libertinaje. Pero ¿no se encontraron *libertinos* en ninguno de los lugares en que se habia establecido la pretendida Reforma, y por consiguiente estaba profundamente olvidado el papismo? Nunca fué mayor el número de los hombres perversos y perdidos respecto á costumbres y reputacion que desde el establecimiento del protestantismo, y esto se pudiera probar por la confesion de sus más celo-

sus defensores. Es evidente que los principios de los libertinos no eran más que una extensión de los de Calvino. Bien convencido estaba de esto el mismo Calvino cuando escribió contra estos fanáticos, pero no pudo reparar el mal habiendo sido su primer actor. »

FAMILISTAS.

Enrique Nicolás, discípulo y compañero de David Jorge, jefe de la secta de los *davidicos*, de la que nos hemos ocupado en la pág. 428 y siga. de este tomo, fué el autor de la nueva secta llamada de los familistas. Decía que era enviado por Dios, para enseñar á los hombres que la esencia de la religión consiste en estar preñado del amor divino; que cualquiera otra doctrina relativa á la fe y al culto es de poquísima importancia, y que es indiferente que los cristianos piensen de Dios lo que quieran, siempre que tengan el corazón inflamado en el fuego sagrado del amor y de la piedad. Nicolás logró hacer sectarios en Holanda é Inglaterra, y los llamó la *familia del amor*.

Segun las acusaciones hechas á Nicolás y sus sectarios, resulta que hablaban con muy poco respeto de Moisés, de los profetas y aun del mismo Jesucristo, queriendo demostrar que el culto que predicaron era incapaz de conducir al hombre á la felicidad eterna, privilegio que estaba reservado á la doctrina que ellos enseñaban. Es decir que Enrique Nicolás quiso hacerse superior, no solamente á Moisés y á los profetas, sino al mismo Jesucristo. ¡Y este hombre

se titulaba enviado de Dios! No solamente se levantaron contra estos fanáticos los católicos, sino aun muchos sectarios, entre los cuales se cuentan los cuáqueros. Eran fanáticos que se levantaban contra otros fanáticos.

ILUMINADOS.

Cuando tanta multitud de sectas aparecían en diversas naciones y tantas nuevas herejías se presentaban como preliminares del protestantismo, no dejaron de aparecer tambien en España algunos fanáticos que sostenían errores y doctrinas descabelladas, así como no pocos ilusos y embusteros de ambos sexos que fingían milagros y revelaciones, y que usaban de otras clases de supercherías para seducir los sencillos é ignorantes, y lo que es muy probable hacer negocios. Gracias á los rigores empleados por la Inquisición, no tomaron grandes proporciones aquellos escándalos.

Fr. Antonio de Pastrana, franciscano, custodio de la provincia de Castilla, escribió al cardenal Jimenez de Cisneros, dándole cuenta del error en que había incurrido un fraile contemplativo de Ocaña, *alumbrado con las tinieblas de Satanás*, á quien Dios había revelado que era necesario procurase engendrar profetas en personas santas para remediar el mundo. El mismo custodio indica que lo hizo encarcelar y dar *tal pena, que en pocos días alcanzó conocimiento de su error* (1).

Por el mismo tiempo apareció la secta de los *iluminados*

(1) La Fuente: Hist. Eccl. de España, § CCCV.

ó alumbrados. Para dar cuenta de ellos, el autor de la *Historia eclesiástica de España* copia el siguiente relato de un escritor contemporáneo (1): « Levantóse en este tiempo una gente hácia las partes de Llerena y Mérida, y villas de estos contornos, que engañados de las leyes bestiales de la carne, y nueva luz y espíritu que fingian, persuadian á los simplicillos ignorantes ser el verdadero espíritu el errado, con que pretendian alumbrar á las almas de sus secuaces, que por esto se llamaron *alumbrados*, cuyos preceptos y leyes venian á parar todas en rendirse y obedecer al imperio de la carne. Con disciplinas, ayunos y mortificaciones comenzaron á sembrar este veneno; que es arte nuevo sacar de las virtudes de las cosas veneno, que virtud de las venenosas vése cada día. Bien quisiera pasar en silencio los nombres de estos caudillos, conformándome con el poeta latino: *Præparan porro mentio nulla hominum*. Que no es bien que la haga de ellos, y si se admite, es para ensambearla con nota de eterna infamia, como á ministros diabólicos. Fueron los capitanes y venenos de este engaño unos clérigos, que el principal de ellos se llamaba Hernando Alvarez, natural de Zafra. Olvidados éstos de la suerte de su estado, fueron causa de la perdición de mucha gente moza, que de mejor gana aplicó el oído á este desorden. Vínose á descubrir un día, que predicando un religioso del Orden de Santo Domingo, llamado Fr. Alonso de la Fuente, dijo: — Que tenía relacion de ciertas gentes, cuyos vidas eran al parecer religiosas, siendo muy al revés, y en contra de esto, pues el verdadero espíritu no admitía las libertades ni au-

(1) Gil Gonzalez Davila: Hist. de Salamanca, pág. 813.

churas que ellos concedían á sus discípulos, sin poner rienda á la sensualidad y apetito, autorizando y dando grado á lo que había sido causa de la pérdida de Alemania, de la ruina de Flandes, Inglaterra y Francia, puerta por donde habían entrado los más gallardos enemigos de la fé, arruinando las más floridas y leales provincias de la Iglesia. — A estas añadió otras razones del alma. No pudo sufrir una mujer que le oía (que era parienta del fraile), y estaba tocada de esta enfermedad, el buen aviso y consejo que el predicador le daba. Y levantándose en medio del auditorio (desatino grande), dijo hablando con el predicador: — Padre, mejor vida es la de estos, y más sana doctrina que la vuestra. — Fué presa al punto por el Santo Oficio, y examinada, se conoció ser tanto el daño, que si con brevedad no se atajara, no tuviera fácil remedio sino con mucha violencia, por los muchos á quien tocaba, pues pasaron los delincuentes culpados de un gran número entre mujeres y hombres. No quiero escribir el norte que seguían de vida estos errados, porque no llegue alguno á probar de esta ponzoña y muera.

«Hizo en los principios la Inquisición su oficio, y viendo el caso ser grave, y que pedía diligencia, mayor que la ordinaria, daba la necesidad priesa. Pusieron los ojos el *Rey Católico*, y el Consejo Supremo de Inquisición en el obispo D. Francisco Soto, pareciéndoles (y con razon) que solo era, tras haber entendido en ello muchos, el que podía dar fin á este negocio. Mandóselo el Rey, y pidióselo el Consejo, con que partió de Salamanca para Llerena en el año MDLXXVI, donde asistió hasta morir en la demanda, dando despacho á gran parte de los culpados, muriendo, no

sin sospecha, que el médico que le curaba le aplicó medicinas contrarias á la enfermedad que padecía, que era de orina. Este indicio salió cierto, porque despues de muerto este prelado estuvo mucho tiempo preso, por imponérsele que habia ayudado con medicinas á que acabase acelerándole el dolor y enfermedad.» Segun La Fuente, el obispo de quien se hace mención es el de Salamanca, llamado don Francisco Soto Salazar (1576-1578).

Bergier en el artículo *Illuminados*, dice que sus jefes eran Juan de Villalpando, natural de Tenerife, y una carmelita, llamada Catalina de Jesús; que muchos de sus discipulos entraron en la Inquisicion y sufrieron la pena de muerte en Córdoba, abjurando otros sus errores. Segun este autor, los principales que se les atribuyen son, que por la oracion sublime á la cual llegaban, entraban en un estado tan perfecto que ya no necesitaban de sacramentos, ni de obras buenas; que podían entregarse sin pecar á las acciones más infames. Añade que Molinos y sus discipulos siguieron algun tiempo despues esta misma doctrina.

Hé aqui ahora lo que nos dice el mismo escritor acerca de la renovacion de esta secta en la vecina nacion.

Esta secta, dice, fué renovada en Francia en 1634, y los guerineros, discipulos de Pedro Guerin, se agregaron á estos sectarios; pero Luis XIII hizo que los persiguiesen con tanta eficacia, que fueron destruidos al momento. Pretendian que Dios habia revelado á uno de ellos, llamado *Fr. Antonio Bocquet*, una práctica de fé y de vida supereminente, desconocida hasta entonces en toda la cristiandad; que por este método se podia llegar en poco tiempo al mismo grado

de perfeccion que los santos y la Virgen Maria, quienes en concepto de estos berejes no habian tenido más que virtudes comunes. Añadian que por este medio se llegaba á una union con Dios tan estrecha, que todas las acciones de los hombres quedaban desfiguradas; que en llegando á esta union, era preciso dejar obrar en nosotros á Dios solo, sin hacer nada por nuestra parte. Sostenian que todos los doctores de la Iglesia habian ignorado lo que es la verdadera devocion; que san Pedro, hombre sencillo, no entendió nada de la espiritualidad, igualmente que san Pablo; que toda la Iglesia estaba en las tinieblas y en la mayor ignorancia sobre la verdadera práctica del *Credo*. Decian que nos era permitido hacer todo lo que dicta la conciencia; que Dios á nadie ama más que á si mismo; que era preciso que su doctrina se extendiese dentro de diez años por todo el mundo, y que entonces ya no habria necesidad de más sacerdotes, ni religiosos, ni curas, ni obispos, ni otros superiores eclesiásticos. *Sponde, Vittorio, Siri, etc.*

Estas son las noticias que el citado escritor nos da acerca los *iluminados* de Francia. A continuacion habla de otros *iluminados* de Aviñon. Reasumiremos las noticias que nos da acerca de los mismos.

Habianse reunido Pernety, que era benedictino, abad de Burkol y bibliotecario del rey de Prusia; el conde de Grabianka, estarote polaco; Brumore, hermano del químico Guyton-Morveau; Merival, que era un empleado de hacienda, y algunos otros para ocuparse en Berlin de ciencias ocultas. Aficionáronse á la Cábala, creyendo de este modo hallar los secretos del porvenir; porque la *santa cábala*, que

así la llamaban era el arte ilusorio de obtener del cielo respuestas á las preguntas que le dirigian. En todos los siglos hay fanáticos: hoy en pleno siglo *xix* no hay quien crea en la cábala, pero en cambio ha aparecido el *espiritismo*, como medio de comunicarse con la gente de ultra-tumba y de saber recónditos secretos. Sin embargo, ni los cabalistas de entonces ni los espiritistas de hoy han sido albergados en manicomios. En el siglo *xx* creemos habrá tantas que crean en las maravillas del espiritismo, como en la cábala de los antiguos.

Algunos años antes de la revolución creyeron que una voz sobrenatural, emanada del poder divino, les ordenaba el marchar sin pérdida de tiempo á Aviñon. En esta ciudad Grabianka y Pernety llegaron á adquirir algun crédito y fundaron una secta de iluminados, llegando á tener muchos partidarios allí y en otros puntos.

Dícese que los iluminados aviñoneses renovaron las opiniones de los milenarios, y hasta se les ha acusado de admitir la comunidad de mujeres, pero esto no está suficientemente probado.

En 1791, bajo el nombre del Padre Pani, dominico, comisario del Santo Oficio, se publicó en Roma una colección de documentos concernientes á esta sociedad. Há aquí lo que, según Bergier, dice el Padre Pani: «Que Aviñon ha visto nacer después de algunos años una secta que pretende estar destinada por el cielo para reformar el mundo, estableciendo un nuevo pueblo de Dios. Sus miembros, sin excepción de edad ni de sexo, se distinguen no por sus nombres, sino por una cifra. Los jefes, que residen en Aviñon,

son consagrados con un rito supersticioso. Ellos se dicen muy apegados á la religión católica, pero pretenden estar asistidos de los ángeles, tener sueños ó inspiraciones para interpretar la Biblia. El que preside á las operaciones cabalísticas se llama *patriarca ó pontífice*. Hay también un rey destinado para gobernar este nuevo pueblo de Dios.» Octavio Cappelli, sucesivamente criado y jardinero, que estaba en correspondencia con estos iluminados, pretendía tener respuestas del arcángel san Rafael, y haber compuesto un rito para la recepción de los miembros: la Inquisición le formó un proceso, y le condenó á sufrir siete años de detención. La misma sentencia persigue á esta sociedad, por atribuirse falsamente apariciones angélicas, sospechas de herejía; prohíbe agregarse á ella, hacer su elogio, y manda denunciar adictos á los tribunales eclesiásticos. Pernety, nacido en Ruam en 1716, muerto en Valencia (de Francia) en 1801, tradujo del latín, de Swedenborg, las *Maravillas del cielo y del infierno*. Los swedenborgianos se habían jactado de tener correligionarios en Aviñon; pero esta esperanza se desvaneció al saber que los iluminados aviñoneses adoraban á la santísima Virgen, de quien hacían una cuarta persona, agregada á la Trinidad. Este error no era nuevo, porque los coliridianos atribuían la divinidad á la santísima Virgen y la ofrecían sacrificios. Klotzio habla de un tal Borr, que pretendía que la santísima Virgen era Dios, que el Espíritu Santo había encarnado en el seno de santa Ana, que la Virgen santísima, contenida con Jesucristo en la Eucaristía, debía por consiguiente ser adorada como él: este Borr ó Borri fué quemado en effigie en

Roma, y sus escritos lo fueron en realidad el 2 de enero de 1661.

□ Habiendo muerto Pernetz, la sociedad, que en 1787 se componia de una centena de individuos, se halló reducida en 1704 á seis ó siete. De este número era Beaufort, autor de una traducción con comentarios del salmo *Resurgat*. En ella sostiene que el arca de la Alianza, el maná, las varas de Aarón, ocultas en un riuon de la Judea, reaparecerán un dia, cuando los judios entren en el seno de la Iglesia.

Tales son las noticias que de los iluminados avifioneses hemos aprovechado del *Diccionario de Teologia*. Aunque pertenecientes á los últimos años del siglo xviii, nos ha parecido conveniente tratar de ellos á continuacion de los iluminados españoles.

AMBROSIANOS

Ó PNEUMÁTICOS

Con ambos nombres fueron conocidos los anabaptistas discípulos de un cierto Ambrosio, que en el siglo décimo sexto pretendia ser favorecido con revelaciones divinas, en comparacion de las cuales eran para ellos despreciables las contenidas en los libros de la Sagrada Escritura. (*Gautier, de Heres., au seizième siècle*).

AGUSTINIANOS.

Fueron estos unos herejes del siglo xvi, discípulos de un sacramentario llamado Agustin, del que tomaron el nombre llamándose agustinianos. Sostenian que nadie podia entrar en el cielo hasta tanto que llegase el dia del juicio universal. Este mismo fué el error de los griegos que fué condenado en los concilios generales de Lyon y de Florencia, errores á los que renunciaron para reunirse á la Iglesia romana.

Los agustinianos para sostener su errónea doctrina no daban razon alguna, ni pudieran darla por más que tergiversasen algunos textos de la Sagrada Escritura. Que los cielos quedarian abiertos para los buenos desde el momento en que Jesucristo entrase triunfante de la muerte, ya lo habia dicho con mucha anticipacion un profeta: *Ascendet enim pandens iter ante eos* (1). Son magnificas estas frases de san Leon, en un sermón sobre la Ascension de Nro. Señor Jesucristo: «Hoy no solo queda firmada nuestra posesion del paraíso, sino que se nos a' ren por la inefable gracia de Jesucristo las puertas de la gloria que nos fueron cerradas por la envidia del diablo (2).»

BASTONEROS.

Secta de anabaptistas que apareció en 1528 y que fué distinguida por este nombre, porque á los errores generales

(1) Mich., v., 13.

(2) S. Leon, Serm. 1 de Ascens. Domini.

de los anabaptistas, añadían que es un crimen el llevar otras armas ofensivas ó defensivas que un bastón, y que á nadie absolutamente es permitido rechazar la fuerza con la fuerza, porque Jesucristo ordenó á los cristianos el presentar el otro carrillo á quien les hiera en uno.

Segun los anabaptistas, el amor á la paz que Jesucristo vino á traer á la tierra disipa todas las divisiones y hace cesar toda clase de pleitos, y creen que era oponerse completamente al espíritu del cristianismo el citar á alguna persona ante los tribunales de justicia.

Así, se vieron en Alemania anabaptistas que creían que Dios les ordenaba despojar de sus bienes á todos los que no pensasen como ellos, y de llevar la muerte, la desolación allí donde no fuese recibida la doctrina de ellos; en tanto que los otros anabaptistas se dejaban despojar de cuanto poseían, y aun se dejaban quitar la vida sin defenderse, ni murmurar, porque de este modo creían cumplir un deber de conciencia.

Hé aquí el estado en que se hallaban los espíritus al nacimiento de la Reforma. Apartándose de las sanas y saludables enseñanzas de la Iglesia romana, única depositaria de la verdad, todo el mundo se creía destinado de Dios para establecer nuevas verdades; todos llamados para publicar creencias y dogmas extrañas y dirigir al resto de sus semejantes por la vía de la salvacion.

Entre tantos jefes de sectas diferentes es necesario convenir, como ya creemos haberlo insinuado, había unos que eran fanáticos, arrastrados á los errores más groseros por la mala interpretación de algun texto de la Sagrada Escritura,

y otros que corrompidos completamente en su corazón, ganosos de pasar una vida rodeada de placeres y de adquirir un bienestar á costa de los sencillos é ignorantes, se convertían en míseros embaucadores, que usaban de la superchería y el engaño para conseguir el objeto que se propusieran.

BIBLISTAS.

Este nombre es dado por algunos autores á aquellos herejes que no admiten más que el texto de la Biblia ó de la Escritura Santa, sin interpretación de ninguna clase, y que por lo tanto rechazan la autoridad de la Iglesia para decidir las controversias de religion. Algunos protestantes más sensatos que ellos ridicularizaron á los que así pensaban y les dieron el nombre de *biblistas*. Es verdaderamente un absurdo el pretender que todo fiel que sabe leer es suficiente y se halla en estado de comprender el texto de los sagrados libros, para conformarse á su creencia. Es este el mejor medio para formar tantas religiones como hombres. Los que tal enseñanza daban, no fijaban su atencion en el texto de san Pablo: *la letra mata y el espíritu vivifica* (1). A su Iglesia, á la que ha confiado Jesucristo el depósito de la fé, ha autorizado únicamente para explicar las Escrituras. Ilustrada y regida por el Espíritu Santo no puede engañarse ni engañarnos. Así el gran Padre y Doctor san Agustin, en el lleno de sus convicciones, exclama: Yo no creeria el

(1) II ed Cor., III, 6.

Evangelio si no me lo asegurase la autoridad de la Iglesia: *Evangelio non crederem, nisi me Ecclesie moveret auctoritas* (1)

LAICOCÉFALOS.

Por este nombre fué conocida una secta de hombres que tuvo por jefe á un lego. Fué dado por los católicos á los cismáticos ingleses, despues que bajo la disciplina de Samson y de Morison, fueron los últimos obligados, bajo pena de prision y de confiscacion de sus bienes, á reconocer al soberano como jefe de la Iglesia. Por medios tan violentos se trató de introducir la Reforma en Inglaterra, los que tanto declaman contra el poder pontificio, no pueden decir que este se haya valido en ningun tiempo de semejantes excesos y violencias. La corona de Inglaterra se hallaba colocada en las sienes de una mujer, y vióse con espanto á los obispos ingleses recibir la jurisdiccion espiritual de la reina Isabel.

PUCIANISTAS.

Sectaris de Pucio, el cual pretendia que Jesucristo por su muerte habia satisfecho por todos los hombres, de tal manera que todos aquellos que tienen conocimiento natural de Dios se salvarán aunque no tengan conocimiento alguno

(1) Aug., cont. Manich., cap. V.

de Jesucristo. Sostuvo esta opinion en un libro que dedicó al papa Clemente VIII en 1592, con este título: *De Christi Servatoris efficacitate in omnibus et singulis hominibus, quatenus homines sunt, assertio catholica, æquitati divine et humane consentanea, universæ Scriptura S. et PP. consensu spiritu discretionis probata, adversus scholas asserentes quidem sufficientiam Servatoris Christi, sed negantes ejus salutarem efficaciam in singulis, ad S. pontificem Clementem VIII. Gonduc., 1592, in 8°* (1)

De la misma manera habia pensado Retorio en el siglo iv y poco más ó ménos pensó Zuinglio.

Este podrá ser un error de corazon, pero es contrario á la palabra de Jesucristo: *Ninguno viene al Padre sino por mí, y tambien el que no crea será condenado* (2).

ZUINGLIO.

Ulrico Zuinglio nació en Tackenbourg en 1484 é hizo sus estudios en Roma, en Viena y en Basilea, donde tomó el grado de doctor en 1505. Despues de haber demostrado un gran talento para la predicacion, obtuvo un curato en Claris y despues en la parroquia principal de la ciudad de Zurich, lugar de mucha devocion á donde acudian peregrinos en gran número para hacer ofrendas.

Era el tiempo poco más ó ménos en que Lutero empezaba á arrajar las primeras semillas de sus errores en Alemania.

(1) Stockman: Lexic. in nov. Pucianist.

(2) Juan, xiv, 6.—Marc., xvi, 16.

Zuinglio creyó ver extraños abusos y que el pueblo estaba en algunos errores groseros sobre la eficacia de las peregrinaciones y sobre otras prácticas, y empezó por atacar estos abusos en sus instrucciones y discursos.

Entre luteranos y calvinistas se ha agitado la cuestion de si fué Lutero ó Zuinglio el que concibió el primer proyecto de Reforma. Para nosotros es cuestion harto baladí, y no nos ocuparemos en examinar las razones presentadas por una y otra parte, porque de ello no sacaríamos la menor utilidad. Sin embargo, diremos que un escritor hace la observacion de que Lutero habia tomado sus opiniones de los libros de Wiclef y de los husitas, y que no es de admirar que Zuinglio haya tomado las soyas de la misma fuente, y se haya fundado en los mismos argumentos. Que el uno haya empezado á publicarlos el año 1516 y otro el año 1517, esto no importa nada para la verdad ó falsedad de la doctrina. Quédese cada uno con su parte de gloria, poco envidiable por cierto.

Cuando Zuinglio empezaba á darse á conocer por la novedad de sus doctrinas, el papa Leon X hizo publicar en Alemania las indulgencias por los dominicos, y en Suiza por Bernardino Samson, franciscano. Zuinglio se levantó contra el abuso que aquel religioso franciscano hacia de las indulgencias, y sus declamaciones merecieron la aprobacion del obispo de Constanca, que se hallaba irritado contra Samson, porque habia penetrado en su diócesis sin su permiso y sin presentar sus Bulas como era su deber.

Nombrado predicador de Zurich, declamó con tanto rigor contra el franciscano, y con tales colores pintó sus abusos

que el cónsul prohibió la entrada en la ciudad á los portadores de indulgencias.

¿Y eran verdaderos tales abusos? Está probado que Zuinglio se fundaba en tradiciones inciertas y muy frecuentemente en fábulas.

Como quiera que un abismo conduce á otro, segun ya hemos dicho hablando de algun otro hereziarca, es lo cierto que Zuinglio atacó despues todas las tradiciones, asegurando que no debia admitirse como verdadero y perteneciente a la religion cristiana más que lo que se enseña formalmente en la Sagrada Escritura, y que debia desecharse como invencion humana todo aquello que no pudiese probarse por el contenido de los libros santos.

El magistrado de Lausanne creyó ver en la doctrina de Zuinglio un medio seguro para extirpar todos los abusos y un camino fácil para determinar los puntos sobre los cuales debia obedecerse al papa y al poder eclesiástico. En su consecuencia dirigió á todos los curas y demás predicadores un edicto del Consejo por el cual se les ordenaba que no predicasen más que lo que pudiesen probar por la palabra de Dios contenida en la Sagrada Escritura y que pasasen en silencio las doctrinas y ordenanzas humanas.

En aquellos días escribia Lutero sus libros contra la Iglesia romana, y especialmente contra las indulgencias: por otra parte Zuinglio declamaba tambien sobre los abusos de las indulgencias, y otros predicadores hacían lo mismo, atacando, no ya los abusos de las indulgencias, sino las indulgencias mismas, el culto de los santos, los votos monásticos, el celibato de los sacerdotes, y hasta la misa.

Ya observará el lector que la mayor parte de los herejes ó han defendido la comunidad de mujeres, si han sido laicos, ó se han opuesto decididamente al celibato del clero, si á esta clase han pertenecido. No es necesario discutir mucho para descubrir la causa. Es que, generalmente hablando, no los llevó al campo del error una ofuscación del entendimiento, sino el apetito de los desórdenes de la carne. Ya veremos al ocuparnos del protestantismo los grandes escándalos que en esta materia dió el monje apóstata Lutero. El demonio al cegar á algunos hombres para que se aparten del camino del bien, y que crean ver luz allí donde solo existen tinieblas, procura conducirlos por la senda que más puede ilusionarlos, y esta es ciertamente la de los placeres sensuales. Tal fué la conducta de los grandes sectarios del siglo xvi, que negaron la autoridad á la Iglesia docente, y que hicieron una guerra verdaderamente cruel al catolicismo.

Hé aquí unas reflexiones de Bergier que no debemos dejar pasar desapercibidas: «Es una afectación pueril de los protestantes el querer persuadir que toda la caterva de pretendidos reformadores que aparecieron de repente en diferentes países de Europa en el siglo xvi eran otros tantos inspirados que Dios había iluminado, ó otros tantos genios superiores que por un estudio profundo y constante de la Sagrada Escritura vieron poco más ó menos en el mismo tiempo los errores, abusos y desórdenes en que había caído la Iglesia romana. Pero por poco que se conozca la historia de los siglos xii, xiii, xiv y xv, sabemos que en este intervalo la Europa no había dejado de ser infestada por secta-

rios que tan pronto sobre un artículo como sobre otro habían empleado contra la Iglesia católica las mismas objeciones, los mismos abusos de la Sagrada Escritura, y las mismas calumnias. Los pretendidos reformadores no hicieron más que reunirlos, y formaron sus sistemas de lo que hemos dicho.

«Solo el testimonio de los protestantes basta para convencernos de ello. Para probar que no es nueva su doctrina, se dan por antepasados á los albigenses, á los valdenses, á los lollardos, á los wiclefitas, á los husitas, etc. ¿Cómo quieren por otro lado pintarnos á sus fundadores como espíritus sublimes, que por sus propios conocimientos han descubierto toda la verdad en la Sagrada Escritura, y no han tenido otros maestros que la palabra de Dios? En realidad, eran simples copistas y puros plagarios. No se puede ver sin indignación á los escritores protestantes prodigar el nombre de *grandes hombres* á una multitud de aventureros cuya mayor parte eran sacerdotes ó monjes apóstatas, que habían sacudido el yugo de la regla para ser libertinos impunemente.»

Pudiera haber añadido Bergier que en vez de *grandes hombres*, eran *grandes criminales*. La expresión podrá parecer dura; pero preguntamos ¿qué nombre se da en la sociedad al que falta á la fé jurada, al hombre que rompe los compromisos contraídos y especialmente al que olvidado de todos sus deberes maltrata á la madre que le dió el ser? ¿Habrá dificultad en llamarle criminal? ¿Pues con cuánto mayor motivo no podremos dar igual calificativo al que obra del mismo modo en el orden espiritual que es superior

al temporal? ¿Y qué hicieron esos sacerdotes y esos monjes? ¿No faltaron á la fé jurada al pié de los altares? ¿No se desentendieron de todos sus compromisos? ¿No pisotearon los votos con que se habian ligado? ¿No destrozaron las entrañas de su madre la Iglesia que los habia amamantado con la leche de su celestial doctrina y los habia llamado á una vida de perfeccion, á la suerte del Señor? Véase, pues, si hemos pecado de ligereza al aplicar la frase. Continuemos ahora la narracion del sabio escritor: «Si al ménos, dice, se hubieran convenido nos podrian engañar con sus pretensiones; mas apenas hubieron reunido algunos prosélitos, que cada uno de ellos quiso formar bando separado. Aunque Zuinglio convenga en algunos puntos con Lutero, sin embargo estaban en oposicion en dos ó tres artículos principales de doctrina. Lutero era predestinador rígido, todo se lo concedia á la gracia en el asunto de la salvacion, negaba el libre albedrio del hombre. Zuinglio, por el contrario, parecia adoptar el error de los pelagianos, y concederle todo al libre albedrio y á las fuerzas de la naturaleza; pretendia que Calon, Sócrates, Escipion, Séneca, el mismo Hércules y Teseo, y demás héroes ó sabios del paganismo habian ganado el cielo con sus virtudes morales. No obstante Basnage ha querido justificarlo; pretende que, segun la doctrina expresa de Zuinglio, nadie puede llegar á Dios sino por Jesucristo, y que la gracia justificante es absolutamente necesaria. Pensaba pues que los filósofos podian haber tenido conocimiento de Jesucristo, como Melquisedech, los magos y demás justos que estaban fuera de la antigua alianza, que podian pues haber tenido una gracia interior para pro-

ducir los excelentes preceptos de moral que han enseñado. En esto, continúa Basnage, Zuinglio pensaba como san Justino, san Clemente Alejandrino y san Juan Crisóstomo. *Hist. de la Iglesia, lib. 25, c. 4 y 9.*

«En esta apología hay dos groseras inexactitudes: 1.º Para evitar el pelagianismo, no es suficiente admitir la necesidad de una luz interior para alcanzar la salvacion; se necesita tambien de mocion sobrenatural en la voluntad que la excita á hacer el bien y á comprender á las luces del entendimiento. Esto es lo que ha sostenido san Agustín contra los pelagianos, y lo que ha decidido la Iglesia. ¿Ha podido sostener Zuinglio sin impiedad, que los paganos que murieron en la profesion de la idolatría, han recibido el movimiento del Espirito Santo, y han tenido la gracia justificante?

2.º Verdaderamente que algunos Padres han creído que Sócrates y algunos otros paganos tuvieron algun conocimiento del Verbo divino, que es la razon soberana, y que en algun modo han sido cristianos con respecto á esto; mas nunca han soñado como Zuinglio, que este conocimiento ha bastado para conducirlos á la salvacion, que tuvieron la gracia justificante, y que están en el cielo. Si fuera necesario, fácilmente citaríamos sus palabras, y veríamos que Basnage ha querido engañar á los lectores poco instruidos.

«El segundo artículo en que Zuinglio no convenia con Lutero, era la Eucristía. El primero pretendia que en este sacramento el pan y el vino no eran más que una figura ó una simple representacion del cuerpo y sangre de Jesucristo; en vez que Lutero admitia la presencia real, aunque desechó la transustanciacion. Zuinglio decia que el sentido

figurado de estas palabras, *este es mi cuerpo*, le habia sido revelado por un genio blanco ó negro; confirmaba esta explicacion con estas otras palabras: *el cordero es la Pascua* en las que es equivale á *significa*. Parece que el genio blanco ó negro de Zuinglio no era un gran doctor; el verdadero sentido no es que el cordero es el *signo* ó la representacion de la pascua ó del paso, sino que es la *victima* de la Pascua, ó del pase del Señor; el mismo texto lo explica así. *Exod.*, xii, 27.

»En vano el año 1529, Lutero y Melancthon por un lado, Ecolampadio y Zuinglio por otro se reunieron en Marpourg para conferenciar sobre sus opiniones, y tratar de aproximarse; no pudieron convenir en nada, y se separaron sin haber hecho nada, muy malcontentos uno de otro. El rompimiento entero entre los partidos se hizo en 1544 y aun dura; todas las tentativas que despues se han hecho para reconciliarlos, no han producido ningun efecto.»

Con el mayor gusto hemos reproducido las anteriores reflexiones del sabio autor del *Diccionario de Teologia*, porque ellas nos llevan como por la mano á otras del mayor interés y de grandísima importancia. Uno de los hechos que más poderosamente deben llamar la atencion del hombre observador al estudiar la historia del cristianismo, es que solo esta religion, solo su doctrina entre todas las demás que se han extendido en el mundo, ha podido constituir una sociedad intelectual tal cusi la formamos los hijos de esta Iglesia. Ninguna de las otras doctrinas por grandes que sean los esfuerzos que hayan hecho sus autores y propagadores, por mas que hayan contado con elementos más á propósito para realizar sus proyectos, ha podido crear esa

unidad intelectual, esa unidad de creencias, que forma una de las mayores glorias del catolicismo. Esta unidad es propia y peculiar del catolicismo, es un privilegio de su doctrina, porque ella solo viene de Dios y cuenta con la asistencia del Espíritu Santo.

Si fijamos la atencion en la larga época del paganismo, vemos una multitud de escuelas filosóficas, en algunas de las cuales resplandecian sabios de primer orden, que aun son admirados en el mundo, y sin embargo, jamás consiguieron fundar un dogma fijo, una creencia única, una doctrina universal. Las razones expuestas por los unos no satisfacian á los otros, y de aquí el no poder llegar jamás á un acuerdo. Y despues de la promulgacion del Evangelio ¿no ha sucedido lo mismo? ¿Cuántas escuelas, cuántos sistemas, cuántas sectas no han trabajado con ardor por conseguir esa unidad intelectual, esa unidad de doctrina con la que soñaron los soberbios reformadores del siglo xvi? ¿Y qué han conseguido el deísmo, el arrianismo, el protestantismo, el racionalismo y los más modernos sistemas? Sin fijarnos ahora más que en el protestantismo, del que vamos á ocuparnos muy pronto con detencion, ¿no le vemos girar en un perpétuo círculo de dudas y en continuas variaciones desde su mismo nacimiento sin conseguir jamás formar un dogma, una idea constante á pesar de tener siempre entre sus manos la Biblia, que, segun ellos, contiene todo el sistema religioso y todas las verdades á que debe rendirse el entendimiento humano? ¿Y es este por ventura un fenómeno inexplicable? Nada ménos. Basta á un hombre de recto criterio examinar el hecho para confesar de plano que

solo el catolicismo posee la verdad, y que por eso en él solo resplandece la unidad.

Apenas Lutero se separó de la Iglesia católica empezando á sembrar la venenosa simiente de sus errores, ya tuvo el disgusto de ver levantarse dos rivales, otros dos jefes de secta, Calvino y Zuinglio, los cuales le hicieron una cruda guerra, sin que pudiese jamás dominarlos ni ponerse de acuerdo con ellos. Léase la *Historia de las variaciones*, escrita por Bossuet, y se verá que jamás ha habido entre ellos unidad de creencias. Desde que el gran obispo de Meaux escribió su inmortal obra hasta el presente, aquellas variaciones se han multiplicado, puede decirse que hasta el infinito, pues son hoy innumerables las ramificaciones de la secta, como tendremos ocasion de demostrar muy en breve.

Ya hemos visto que reunidos alguna vez para poner término á sus discordias, y tratando de arreglarlos por cesiones reciprocas, se separaron sin llegar á entenderse. Reconociendo el espíritu privado como regla de fé, pudiendo, segun él, interpretar las Escrituras, establecieron una anarquía que dá á comprender cómo se han multiplicado las sectas hasta el número de más de ciento.

La Iglesia católica ha podido realizar únicamente lo que ha sido imposible á todos los demás sistemas y escuelas que no obran bajo su dependencia. Ella sola ha podido extenderse de Oriente á Occidente, de Septentrion al Mediodía, formando una vastísima sociedad: en todas partes profesa idénticos principios, cree los mismos dogmas, abraza y definiendo las mismas verdades, sin division ni confusion de

ninguna clase, porque tienen un solo y único cimiento. Oigamos las palabras del divino Fundador de la Iglesia, dirigiéndose á sus apóstoles y discípulos: « Como mi Padre me ha enviado, yo os envío á vosotros... Id, y enseñad: yo estoy con vosotros hasta la consumacion de los siglos (1)... Cuando viniere el Espíritu consolador que procede del Padre y que yo os enviaré, él os enseñará toda verdad (2). » ¿Quién no vé aqui perfectamente explicado el gran fenómeno de la unidad católica y la causa por que ningun otro poder en el mundo ha podido realizar el pensamiento de sojuzgar las inteligencias sin violencia, reuniéndolas en un mismo punto, esto es, en identidad de ideas y de creencias? ¿Quién podrá sentir á vista de esto la menor simpatía por las doctrinas contrarias á las del catolicismo? Los políticos, los filósofos, los sectarios se agitan de continuo para crear una unidad, pero todos sus trabajos son vanos: el espíritu humano es impotente para crearla, pues que en manera alguna le es dado arrogarse esa autoridad suprema que es indispensable para someter todos los entendimientos á una verdad comun. Esta soberanía reside en el Espíritu de verdad que preside al catolicismo.

Otra reflexion, no ménos importante que la que más arriba hemos presentado á la consideracion del lector, hace Bergier á propósito del rompimiento entre Lutero y Zuinglio: « Este espíritu de discordia, dice, nada se parece al de los apóstoles. Ninguno de estos enviados de Jesucristo ha redactado un símbolo particular de creencia, ni ha estable-

(1) Math., xxvii, 19.

(2) Joan., xvi, 13.

cido un culto exterior diferente del de los demás, ni un plan particular de gobierno, ni ha hecho cisma de sus colegas; lo que san Pablo había prescrito, ha sido observado en todas las iglesias apostólicas. Reprendió vivamente á los Corintios por una leve disputa habida entre ellos: quema que todos fuesen una alma y no corazón (1).» Dios, dice, no es el Dios de la disension, sino de la paz, como yo lo enseñé en todas las iglesias de los Santos (2). El reino de Dios consiste en la paz y en la alegría del Espíritu Santo: busquemos pues todo lo que contribuye á la paz (3). Dios ha dado á su Iglesia pastores y doctores... para que todos llegásemos á la unidad de la fé... y que no estemos flotantes ni seamos llevados á todo viento de doctrina como niños (4). El Apóstol pone en la clase de las obras de la carne los odios, las disputas, los celos, los arrebatos, las disensiones, las sectas, etc. (5). De lo que se debe deducir que los fundadores de la Reforma lo han sido todo ménos doctores y pastores enviados por Dios, y que en ellos más obraba la carne que el espíritu.

»En efecto, entre ellos el que dominaba sobre sus colegas, hacia prevalecer sus opiniones, se formaba el partido más numeroso, prescribía del modo más imperioso lo que se debía creer, practicar ó desear. Cuando no podía dominar por la persuacion, lo hacia arreglar todo por la autoridad de los magistrados. Tal fué en particular la conducta de Zuinglio;

(1) 1.ª ad Cor., i, 10.

(2) *Ibid.*, xiv, 33.

(3) Ad Rom., xiv, 17.

(4) Ad Ephes., iv, 11.

(5) Ad Galat., v, 19 y 20.

lo mismo hizo Calvino, al mismo tiempo que Lutero se apoyaba en la proteccion de los príncipes del imperio. Las pretendidas iglesias que formaron, más se parecían á las sinagogas de Satanás, que á las sociedades de santos.

» Sucedió precisamente lo que san Pablo quería evitar: todos se dejaron llevar de cualquier viento de doctrina; solo el acaso decidió de la que por último se seguiría. En Alemania Lutero había enseñado desde luego los decretos absolutos de predestinacion, y la destruccion del libre albedrio del hombre: Zuinglio profesaba en Suiza la doctrina contraria; el primero estaba por el sentido literal de estas palabras: *este es mi cuerpo*, el segundo por el sentido figurado: Lutero y Melancthon hubieran querido conservar algunas ceremonias; Zuinglio y Calvino no permitieron ninguna, afirmando que todas eran supersticiosas. Despues de la muerte de Lutero, Melancthon y otros suavizaron su doctrina con respecto al libre albedrio y á la predestinacion, admitieron la cooperacion de la voluntad del hombre con la gracia; bien pronto dejaron de enseñarse entre los luteranos los decretos absolutos. Por el contrario, despues de la muerte de Zuinglio, Calvino profesó estos decretos de un modo aun más escandaloso que Lutero. Los zuinglianos despues de haber manifestado al principio horror á esta doctrina, por último la abrazaron: ha dominado en las Iglesias reformadas de la Suiza casi hasta nuestros dias, puesto que adoptaron generalmente los decretos del sinodo de Dordrecht. Por último el socinianismo que se ha introducido en ellas, ha puesto otra vez en honor al pelagianismo de Zuinglio.»

Las doctrinas de Zuinglio en cuanto al celibato, á la

Encaristía, sobre el culto de los santos y las indulgencias, las hemos ya refutado en otros artículos, y del último punto hemos tratado detenidamente en la *Introducción* al siglo que nos ocupa. También sus errores se extendieron al sacrificio de la misa. Este punto, del que no hemos tratado en ninguno de los artículos anteriores, no podemos prescindir de tratarlo en este lugar.

El gran sacrificio expiatorio que en la plenitud de los tiempos debía consumarse para la redención del linaje humano, venía vislumbrándose á través de los tiempos patriarcales y proféticos. Aquellos sacrificios de la antigua ley; aquellas víctimas inmoladas por los pecados de un pueblo infiel y prevaricador, no eran otra cosa que la figura típica de Jesucristo, salvador de la estirpe culpable, que había de subir un día á la cima del Calvario, donde vertería su sangre para borrar con ella la escritura de la maldición del mundo.

En efecto, allí corrió con abundancia la sangre del Cordero divino, y aquella oblacion que fué perpetuada por el mismo Jesucristo como prenda de amor, de bondad y de misericordia en la memorable noche anterior á su pasión dolorosísima, viene renovándose diariamente sobre los altares del catolicismo de una manera tan inefable como real y positiva. Así lo consignó el santo concilio de Trento (1); así lo ha creído siempre la verdadera Iglesia de Jesucristo; así lo confesamos todos sus fieles hijos, reconociendo en el in-cruento sacrificio de la misa una renovación de aquel otro cruento que el Hijo de Diosa, hecho hombre, consumó en la

(1) Sess. XXI, c. 1.

cresta del Gólgota. El Salvador dijo: «Haced esto en memoria mía,» y el catolicismo, respondiendo al mandato de su divino Fundador, no ha cesado ni cesará de ofrecer la hostia pura, santa é inmaculada, de una eficacia admirable no solo para los fieles de la Iglesia militante, sino también para los que son habitadores de la purgante.

En vano han querido algunos herejes presentar la misa como una institución humana; en vano Zuinglio acabó por abolirla como todo el culto católico. Es indudable que fué instituida por el mismo Jesucristo, que ordenó, como acabamos de decir, que se repitiese en memoria suya lo que acababa de realizar.

Los sacrificios de la ley antigua de que hemos hablado, eran impotentes para reconciliar á la humanidad con el Eterno Padre ofendido. No era la sangre de los corderos y de los becerros la que había de alcanzar la suspirada reconciliación. Aquellos sacrificios únicamente tenían virtud para apaciguar la justicia de un Dios ofendido, en cuanto estaban destinados á anunciar y significar anticipadamente la grande, la única ofrenda pura y aceptable que el Hijo del Eterno, nacido en tiempo del seno de una Virgen de Judá, debía ofrecer á su Padre celestial, vertiendo su sangre de valor infinito, en expiación de los crímenes de toda la raza de Adán. Esto prefiguraban los sacrificios de Abraham, Isaac, Jacob, Melquisedech y demás patriarcas, profetas y sacerdotes, así como las ofrendas de todo el pueblo de Israel, destinado por disposición divina á ser el depositario de la revelación y de las tradiciones divinas durante cuarenta siglos. Por esto, á pesar de haberse portado aquel escogido pueblo con mucha

ingratitude, olvidando parte de las verdades cuyo depósito se les había confiado, no dejó nunca de observar la práctica de inmolarse anualmente el cordero pascual, tipo misterioso del Cordero sin mancha sacrificado un día en el Calvario.

El sacrificio augusto de nuestros altares es el mismo que en la cruz ofreció Jesucristo. Hé aquí únicamente las diferencias ó circunstancias notables que distinguen el sacrificio de nuestros altares del que ofreció Jesucristo en el Calvario. En éste se honra al Eterno Padre, mas para honrarle concurre en Deicidio; se ofrece Jesucristo, pero con dolores inefables; se reconcilian los hombres con su Dios, mas esta no se les comunica. En el sacrificio de la misa se honra al Padre sin ofensa, se sacrifica al Redentor sin dolores, los hombres se reconcilian con Dios y éste se les comunica.

Jesucristo instituyó, pues, esta renovación de su sacrificio, y por medio de esta oblacion purísima descendieron sobre la humanidad las bendiciones del cielo. El Mediador augusto que cada día se sacrifica sobre nuestros altares, desarma el brazo de su Padre al que cada día ofendemos con nuevas prevaricaciones y pecados. ¡Qué sería de la misera humanidad sin la renovación constante de ese sacrificio! No insistiremos más en este punto.

Para terminar este ya largo artículo, diremos que Zuinigli ni resplandecía por un talento de primer orden, ni era gran teólogo ni profundo filósofo. Fué un hombre osado que quiso hacer un nombre. Toda su doctrina, como insinuamos al principio, está contenida en sesenta y siete artículos. Para justificarlos escribió una obra, en la que se ven las razones empleadas por todos los reformadores.

LUTERO Y CALVINO.

HISTORIA

DEL

PROTESTANTISMO.

Hemos llegado ya á los tiempos de los grandes herejes Lutero y Calvino, cuyos nombres pasan unidos á la posteridad porque fueron dignos el uno del otro. Ellos llevaron á cabo esa revolución espantosa del siglo xvi, esa cisma que perdió la Alemania, que hizo suya la Inglaterra y que ha conducido á la perniciosa á una multitud de almas de diversos países. Más de una vez nos hemos visto obligados á hablar del luteranismo. De él nos ocupamos en nuestra *Historia de la Iglesia*, y también con algun detenimiento en nuestra *Historia de las Religiones*. Al historiar las herejías no nos es posible dejar de dedicar su parte á esta gran revolución religiosa llevada á cabo en el centro

de la Alemania; á esta revolucion llamada á inocular el gérmen de la duda religiosa en la sociedad europea; á esta gangrena fatal como la llama Balmes, que empezó á cundir y á desarrollarse con rapidez, presentando síntomas terribles y alarmantes, y que abrió el camino para que, con asombro del mundo, la indiferencia religiosa pudiera erigirse en sistema y la impiedad en moda. ¡ Sistema funesto que tantos daños ha causado á las modernas sociedades! Reproduciremos en un capítulo lo que dijimos acerca de los primeros tiempos de Lutero en la segunda de las obras citadas, y después recorreremos el vasto campo que se presenta á nuestra vista.

CAPÍTULO PRIMERO

Nacimiento y primeros tiempos de Lutero.

Martin Lutero que tantos días de amargura ha dado á la Iglesia de Jesucristo, nació en 1483 en el condado de Mansfeld en la Sajonia. Algun autor fija la fecha de su venida al mundo en el 10 de noviembre: pero es lo cierto que ni aun la misma madre que dió á luz este monstruo de iniquidad recordaba con certeza el día fijo de este acontecimiento. Lo que parece más cierto es que fué bautizado el 11 de noviembre en la iglesia parroquial de San Pedro, y como quiera que en aquel día se celebraba la fiesta de san León, le dieron á este santo por patrono.

Fueron los padres de Lutero, Juan Hans y Margarita Lindemann, naturales el primero de Mabra, y la segunda de Eisleben. Martin cambió su apellido en el de Luder; mas como quiera que esta palabra en aleman significa *corrupcion*, así en sentido físico como moral, lo substituyó más tarde por el de Lutero que se supone sea lo mismo que Lo-

tario. Hallábanse sus padres reducidos á la mayor pobreza; pero á fuerza de una gran constancia en el trabajo pudo Juan reunir una pequeña fortuna. Ambos cónyuges profesaban la religion católica, apostólica, romana que habia sido la de todos sus antepasados. Asi, pues, educaron á Martín conforme á las máximas del catolicismo.

En su misma patria estudió las primeras letras, y como manifestase deseos de dedicarse á las ciencias, sus padres le enviaron á Magdeburgo, donde siendo muy escasos los recursos que podia recibir de su casa se vió en la precision de salir á mendigar dos veces por semana. Una mujer compadecida de la miseria del jóven le regaló una guitarra, con la cual se acompañaba las coplas que cantaba para sacar limosnas. A pesar de estos ardidés, los habitantes de Magdeburgo se mostraron poco caritativos con él, por lo cual se marchó á Eisenach donde una viuda le recogió.

En 1501 Martín acudió con objeto de dedicarse á los estudios á la universidad de Erfurt, donde sin tanta miseria pudo llevar á cabo su objeto, merced á algunos recursos con que por aquella época logró favorecerle su padre. En 1503 fué recibido bachiller, y dos años despues se graduó de maestro en artes. Desde el principio de su carrera empezó á brillar entre sus condiscipulos por su raro talento y privilegiado ingenio. Bien pronto empezó á enseñar explicando la física y las *Morales* de Aristóteles, dedicándose al mismo tiempo al estudio del Derecho.

Los encomiadores de Lutero le atribuyen una juventud exenta de hábitos viciosos, lo que debe por lo ménos ponerse en duda si se atiende al modo como se explicaba más tarde

al hablar de los velos monásticos, pues sabido es que llegó á asegurar que el de continencia era tan imposible de cumplir como despojarse una persona de su propio sexo, lo que induce á creer que nunca la guardó. Al llegar á los veinte años se hallaba muy quebrantado de salud, lo que unos atribuyen á la causa que dejamos indicada y otros al exceso del estudio.

Es innegable que por aquella época Lutero manifestaba muy poca piedad y ni aun habia dado á conocer vocacion al estado eclesiástico. Sin embargo, un suceso inesperado tanto como terrible le hizo entrar dentro de sí, variar de conducta y decidirse á abrazar la vida monástica. El amigo de su mayor confianza, Alejo, cayó á sus pies herido mortalmente por un rayo. Aquel suceso le llenó de espanto, creyó ver en él un aviso de Dios que le llamaba á la enmienda de costumbres, y formó la resolucion que acabamos de indicar. Sin consultar con persona alguna se dirigió al convento de los ermitaños de san Agustín, donde pidió y obtuvo la gracia de ser admitido como novicio.

A través de aquella vida de oracion y de mortificacion, Lutero dejaba conocer de sus superiores un carácter voluntarioso y altanero. Sabido es que los novicios deben sujetarse á muchas y duras pruebas. Martín encontraba dificultades que pretendía ocultar con una fingida humildad. Repugnancia hubo por lo tanto en concederle la profesion; pero al fin, tales fueron las influencias de la universidad de Wittenberg, que se le admitió á los votos monásticos asi como á las órdenes sagradas en 1507.

Al tomar el hábito religioso, Martín Lutero recibió el nombre de hermano Agustín. Amante de la sabiduria, se

dedicó con asiduidad el estudio de la Escritura Santa, de las obras de san Agustín y los teólogos escolásticos, y trabajaba por penetrar todo el espíritu de las de santo Tomás de Aquino. Manifestaba una predilección extraordinaria por las del santo obispo de Hipona que había leído tantas veces que casi las sabía de memoria (1).

Experimentaba Lutero por esta época grandes inquietudes de conciencia; el terror que le había hecho abrazar la vida monástica no se apartaba de él. Un día consultó acerca de estas inquietudes con un personaje anciano del convento de Erfurt, el cual le consoló, y recomendándole la fé le recordó este artículo del Símbolo: *Creo en la remisión de los pecados*. Según este artículo, añadió, es menester creer en general que los pecados son perdonados á algunos como á David y á Pedro; pero Dios quiere que cada uno de nosotros crea sus pecados le son perdonados.—«Esta explicación, decía Lutero á Melauchton, no solamente me consoló, sino que me hizo comprender todo el pensamiento de san Pablo que no cesa de decir: *Vosotros sois justificados por la fé. Yo reconozco que nada valen las interpretaciones ordinarias* (2).»

Aquí podemos ya entrever la gran tempestad que más adelante había de levantarse en el alma de Lutero. Con actos de fé no puede el hombre justificarse. Verdad es que san Pablo dice que somos justificados por la fé, pero ¿podía ignorar Lutero que tanto consuelo encontraba en aquella sentencia de los libros santos, que en ellos hay otra que dice que *la*

(1) Waleh, t. xiv, pág. 502.

(2) Ibídem, pág. 508.

fé sin obras es muerta? El mismo san Pablo se explica bien claramente sobre este punto diciendo: *Si hablase lengua de Angeles y de hombres y no tuviese caridad, soy como metal que suena ó campana que retiñe. Si estuviese en profecía, y conociese todos los misterios y todas las ciencias: y si tuviese tanta fé que con ella trasladase los montes de una á otra parte, y no tuviese caridad, nada soy. Y si distribuyese entre los pobres todo cuanto poseo y entregase mi cuerpo á las llamas, si no tuviese caridad, nada tengo, nada me aprovechará* (1).

«Los placeres sensuales, dice un erudito escritor, nuestro amigo, historiando la vida del heresiarca, engendran la melancolía, que siempre dominara en el corazón de Lutero, aun antes que por un esfuerzo indecible alcanzase sacudir completamente el suave yugo de la religión verdadera. De aquí que no hallase dificultad en descender á ciertas aplicaciones doctrinales de la fé, que despues debían constituir algun tanto la base de sus acaloradas predicaciones y de muchos de sus errores. La justificación por la fé, la justificación gratuita, independientemente de la acción de las buenas obras, eran ideas á las que simuladamente procuraba asirse en aquellas tempestades del alma: ellas éranle sobrado gratas y apetecibles sobre la práctica de la verdadera humildad, indispensable para la ingenua y compungida confesión sacramental de los pecados, con la que el delincuente puede llegar á saludar las serenas regiones de la paz y del gozo interior.

»Y era difícil que los monjes sus hermanos, á través del

(1) 1 Cor., xiii, 1-3.

celo que mostraba en ponderar las excelencias de la fé, pudiesen en la morada pacífica del convento entrever en sus explicaciones el gérmen de una doctrina, poco tiempo después digna de los anatemas de la Iglesia.

«Siempre es difícil prever la tempestad que va á hacer bambolear los edificios y arrancar los árboles seculares, si poco antes ocultan sus furiosos un cielo ligeramente nublado y un mar ligeramente movido.

«La hipocresía se adelanta al ojo más previsor del que trata de estudiar los indicios de las grandes tempestades y de las mayores catástrofes en el orden moral (1).»

El demonio de la soberbia se había introducido en el corazón de Lutero. Este era objeto de grandes y entusiastas aplausos. En la universidad era respetado como un sabio, y hasta el mismo monarca, informado de los grandes talentos que resplandecían en el monje agustino, hablaba de él con respeto. La universidad de Wittemberg, recientemente creada por Federico de Sajonia, condecoró á Lutero con la borla de doctor y le concedió una cátedra en aquel centro del saber humano.

Empero no vamos á considerar todavía á Lutero como profesor ni como predicador: antes debemos seguirle en su viaje á Roma. Ante todo preguntaremos: ¿había fé en Lutero en esta época de su vida? Todo induce á creer lo contrario. Su espíritu, siempre inquieto, quería y no quería seguir por el camino del bien. Hubo para él un momento en que pensó en la justicia de Dios y en los castigos de la vida futura. El desastroso fin de su amigo Alejo le hizo pensar

(1) Dr. D. Antonio Vergés y Mirásch, *Lutero y el Protestantismo*, cap. I.

en la eternidad y le impulsó á abrazar la vida monacal. Pero no se supo aprovechar de aquella gracia externa, de aquel aviso de la Providencia que le puso en camino de haber llegado á la santidad. Es verdad que la gracia se aumenta progresivamente en proporción á la correspondencia, y Lutero no supo corresponder á aquel soberano auxilio. Si hubiera correspondido, ¡cuántos días de gloria hubiese dado á la Iglesia! Dotado de superiores luces, elocuente para la predicación, fácil en el argüir, constituido defensor de la buena causa, adalid de la pura doctrina del Evangelio, hoy su nombre estaría continuado con gloria en la lista de los célebres apologistas de la religión. La humildad hubiera hecho de Lutero un ángel: la soberbia le convirtió en demonio.

El vicario general de la orden agustiniana debía arreglar en Roma algunos asuntos referentes á la orden, y eligió á Lutero para que fuese á evacuarlos en la ciudad eterna.

Aquel viaje debió llenar de alegría á un monje católico, pues le proporcionaba la dicha de postrarse ante los sepulcros de los apóstoles, de visitar lugares para siempre venerandos, tales como el Coliseo regado con la sangre de mil víctimas cristianas que la vertieron gustosísimas en defensa de Jesucristo y de su doctrina, la cárcel donde el ángel del Señor rompió las cadenas que aprisionaban al primer vicario de Jesucristo, el lugar donde fué decapitado san Pablo, y otros mil que sería prolijo enumerar. Un viaje hecho desde Alemania á Roma era en extremo fatigoso en aquella época, en la que aun no se conocían los rápidos medios de comunicación que se deben á los adelantos del siglo XIX.

siglo misterioso que ha sabido adelantar y retroceder al mismo tiempo; que ha adelantado en descubrimientos científicos, y que miserablemente ha ido retrocediendo en la fé salvadora separándose de Dios.

Lutero partía á Roma, pero no con la alegría que experimenta el que se dirige á su patria, pues Roma es la verdadera patria de todos los católicos, sino triste, melancólico como él mismo confiesa. ¿Dónde, pues, estaba la fé del monje? Hijo y sacerdote de la Iglesia católica, ¿no iba á ver á su padre, al jefe supremo de su religion, al sucesor de aquel á quien dijo Jesucristo: *Lo que ates en la tierra será atado en el cielo, y lo que desatares en la tierra, desatado será en el cielo?* Para el corazon católico Roma tiene tantos encantos cuales no pueden encontrarse en ningun otro pueblo del mundo. Nosotros hemos penetrado en aquella metrópoli del catolicismo con los ojos humedecidos por lágrimas de ternura, y la hemos abandonado con profundos suspiros. Allí no hemos echado de ménos nuestra patria, por la razon que antes hemos insinuado, á saber: porque como católicos consideramos aquella ciudad como la verdadera patria. Iguales sentimientos habrán experimentado muchos de nuestros lectores que hayan tenido la dicha de contemplar la corriente del majestuoso Tiber.

Lutero afirma que una vez en Roma se disiparon las ilusiones que habia formado en su ardiente fantasia. De un carácter sarcástico, encontraba motivo para su salida en la misma devocion de los habitantes de aquel privilegiado pais. Sabido es que en muchas ciudades de Italia, y principalmente en Roma, se encuentran en las fachadas de las

casas nichos con imágenes de la Virgen santísima ó de algun santo. Esto da una idea del carácter piadoso de sus habitantes. Tambien esto fué objeto de bromas raquíticas que tan mal sentaban en el que vestía el hábito religioso.

Sus primeras impresiones en la monumental ciudad fueron gratas; pero esto duró un solo momento, pues que bien presto su corazon apareció frio ante tantas reliquias, ante tan bellisimos monumentos elevados á la gloria de Dios por la fé cristiana, ante los majestuosos é imponentes espectáculos que á cada paso pueden contemplarse en la corte de los soberanos pontífices. Nada fué suficiente á vivificar aquel espíritu que ya se hallaba al borde del fatal abismo en que habia de precipitarse.

Lo hemos dicho en nuestra *Historia del Concilio Vaticano*, y lo repetimos ahora: el que á vista de los monumentos de Roma, de sus insignes reliquias, de las obras prodigiosas de Miguel Ángel y de Rafael, no se siente conmovido, es porque no tiene corazon; es porque no es católico, y si lo es, es indigno de tal nombre. Una prueba de esta verdad la tenemos en Lutero: quedó frio, indiferente en Roma, y no tardó en apostatar de las filas católicas haciéndose jefe de secta. La humildad acerca al Vaticano, al paso que la soberbia aleja de él.

El monje agustino regresó de Roma, no con la satisfaccion que acompaña al peregrino que, despues de haber atravesado inmensas distancias apoyado en un látulo, ha orado ante los sepuleros de los apóstoles; no limpio de sus anteriores faltas y purificado en aquella moderna piscina donde pueden curarse todas las enfermedades del alma, sino

con mayores agitaciones que las que le habian acompañado á su salida de Alemania. Al mismo tiempo que físicamente se iba apartando del Vaticano, moralmente se separaba paso á paso de san Pedro.

¿Concebía ya en su mente al salir de Roma la funesta idea que luego llevó á cabo de separarse de la unidad católica, haciendo traición á sus creencias, y rompiendo los sagrados vínculos que le unian con la Iglesia? Sigamos el hilo de su historia, y veremos que todo nos induce á creerlo así.

Dijimos algo más arriba que el doctor Lutero habia sido nombrado profesor de la Universidad de Wittenberg. Todo contribuía á que el nuevo maestro viese diariamente en torno de su cátedra lo más florido de la juventud alemana, que permanecía como colgada de los labios del elocuente profesor, que era colmado de aplausos. El por su parte no desperdiciaba ocasion de zaherir á otros varones insignes que le habian precedido en la enseñanza. Llegó á enamorarse de sí mismo, se creyó el hombre más sabio de su tiempo, y como no fundó su sabiduría en el temor de Dios, sino en la vanidad mundana, caminó á pasos agigantados á su perdición. Por la misma época fué nombrado predicador por el obispo de la diócesis.

Si balagado se vió en la cátedra, fueron aun mucho más entusiastas los aplausos que conquistó en sus primeros sermones. Sus auditorios eran numerosísimos: á escucharle acudían todos los hombres de ciencia, no faltando los jóvenes estudiantes que siempre creían tener algo que aprender del famoso maestro y predicador. Elocuente en el decir, fácil

en desenvolver los conceptos, y con una voz hermosa, cautivaba á cuantos le escuchaban: pero no era el predicador que se dirige al corazón para ganar almas, sino al entendimiento para ganar fama y nombradía. Por tal camino lejos de anunciar á Jesucristo crucificado, se anunciaba á sí mismo; lejos de buscar gloria para Dios, buscaba gloria propia.

Veámosle nuevamente en la cátedra, y le observaremos preparar poco á poco el terreno donde habia de erigir el funesto edificio de la desdichada Reforma. Sus primeros ataques, aunque indirectos, fueron al sol de la teología, al incomparable santo Tomás de Aquino. Sabido es que en la *Suma teológica* domina la filosofía aristotélica. Pues bien, Lutero tomó por punto de partida burlarse del filósofo griego, haciendo de Aristóteles el objeto de sus diatribas y bufonadas, que excitaban la risa de sus numerosos discípulos. Hé aquí lo que acerca de esto escribió el baron Henricus en su *Historia general de la Iglesia* (1): «Quería dominar, tiranizaba hasta las opiniones, y trataba con ultraje y con brutalidad á todos los que se atrevían á contradecirle, sin respetar los títulos más sagrados y augustos. Finalmente era incapaz de retractar lo que una vez habia sentado.

»En cuanto á su exterior, tenia una fuerza de cuerpo que igualmente sostenia el trabajo y el placer, un temperamento bilioso y prodigiosamente irascible, la vista penetrante y encendida, la voz extraordinariamente fuerte y agradable al mismo tiempo, el aspecto fiero, intrépido y altivo, lo que sabia ocultar bajo una apariencia de modestia

(1) Lib. LVIII, tom. v.

y de mortificación cuando lo juzgaba más á propósito á sus fines que el tono imperioso; pero siendo mucho más violento que hipócrita, hacia pocas veces el último papel.»

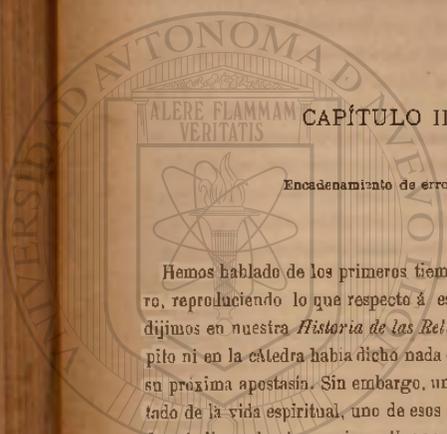
Tal es el retrato que de Lutero hace el escritor antes citado, del cual no se diferencia al ménos ventajosamente para Lutero el que encontramos en otros muchos historiadores. Henrion añade aún estas palabras: «Reconocemos además que su disolución consistió mucho más en los principios que en las costumbres. Mientras permaneció en el claustro, su vida pasó por bastante regular; y al revés de lo que comunmente sucede, el entendimiento corrompió su corazón.» Al repreñer nosotros este juicio del citado escritor en nuestra *Historia general de la Iglesia*, añadimos como juicio propio: «No nos decidiremos á resolver á ciencia cierta si el entendimiento corrompió el corazón de Lutero, como dice Henrion, ó si por el contrario, el corazón corrompió su entendimiento. Bien pudo mientras permaneció en el claustro haber sostenido vicios sabiéndolos ocultar con el velo de la hipocresía, así como más tarde rompiendo con toda clase de respetos humanos se entregó violando todos sus votos monacales y con el mayor desenfreno á las más vergonzosas pasiones (1).»

Los hombres experimentados que saben conocer el corazón humano, debían ya comprender que Lutero iba por mal camino. Veíanle que no admitía contestación á los argumentos que presentaba, que insultaba á cualquiera que pretendía hacerle una observación, y que todo en él manifestaba un carácter de independencia, un orgullo que decía

(1) En nuestra obra citada arriba, t. iv, pág. 150.

muy mal con el estado de humildad que profesaba; pero sin embargo, nada había dicho todavía contra la fé católica, nada había hecho que demostrara estar mal avenido con sus votos monacales, y solo se le criticaba de dejarse llevar por la fogosidad de un genio que no sabía dominar. Por esto sus superiores no dejaron de encomendarle algunos asuntos de importancia. En ausencia del propietario, quedó Lutero constituido visitador de todos los conventos de la provincia, con los más amplos poderes, pues según refiere el historiador Audin, podía degradar á todos cuantos espaciesen el escándalo entre sus hermanos... Al que estaba destinado para escandalizar al mundo entero.

No podía encomendarse al futuro *reformador* un cargo que fuese más de su agrado: dejando tomar fomento al orgullo, á la pasión de *independencia* que siempre le había dominado, usó de su autoridad, variando superiores á su gusto, colocando como jefe del convento de Erfurt á Juan Lange, que más tarde imitó á su protector rompiendo los votos monásticos.



CAPÍTULO II.

Encadenamiento de errores.

Hemos hablado de los primeros tiempos de Martín Lutero, reproduciendo lo que respecto á esta época de su vida dijimos en nuestra *Historia de las Religiones*. Ni en el pulpito ni en la cátedra había dicho nada que hiciese sospechar su próxima apostasía. Sin embargo, un maestro experimentado de la vida espiritual, uno de esos hombres que á fuerza de estudios y de observaciones llegan á tener un gran conocimiento del corazón humano, hubiese temido por la suerte del experto doctor de Wittemberg, de conocerle á fondo y haber tenido ocasiones de observar su conducta. Era soberbio, era altivo, no admitía réplica de nadie, y estos son signos de reprobación. Jesucristo dijo: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.» El que practica, pues, la humildad se acerca á Cristo, y vive de su espíritu. Por el contrario, el soberbio, el altivo, en vez de acercarse á Dios se acerca á Satanás, de quien se hace hijo y discípulo. En la historia de la vida de los santos vemos siempre resplau-

decer la humildad como base de todas las demás virtudes que les adornaron. Si aquella les hubiese faltado, de nada le hubiesen servido las otras.

Lutero en vez de agradecer á Dios el talento que le había concedido y de humillarse en su presencia dándole gracias por este privilegio que á tantos otros ha negado, se infatuó, y convirtió aquel don en arma para combatir al mismo que se lo había concedido graciosamente. El principio de la sabiduría es el temor de Dios: cuando este falta, la sabiduría arrastra al hombre al abismo de los mayores males. Nada es más útil para la sociedad que un sabio temeroso de Dios, que guie sus pasos por las sendas de la rectitud y de la justicia; pero nada más nocivo para la misma que el sabio que infatuado busca únicamente los aplausos del mundo y la estimación de las gentes. El que así obra déjase dominar por la funesta pasión de la soberbia, y con toda su ciencia se convierte en piedra de escándalos y en instrumento para arrastrar las almas por las sendas de la perdición. Tal fué Lutero.

Llegó á la edad de treinta y cinco años, y entonces reputado ya como experto maestro gozaba de un buen nombre y era querido y respetado en Wittemberg. Tal vez habría sostenido ya terribles luchas consigo mismo porque su genio turbulento trabajaba por arrastrarle al mal camino, al camino de la apostasía y de la rebelión. No resistió más y empuñó en sus manos la negra bandera de la guerra; levantó el estandarte de la herejía para no retroceder nunca, como dice un escritor, y para avanzar de día en día con atrevimiento más determinado, á pesar de todos los obstáculos y precipicios.

Ya hemos dicho en la Introducción á la historia de este siglo el motivo ó mejor dicho el pretexto que le hizo desmascararse y empezar su terrible batalla contra la Iglesia romana, su madre. Empezó por declamar contra los abusos tal vez reales de los cwestores y predicadores de las indulgencias concedidas por el papa Leon X. Hizo sostener con ellos repetidas veces conclusiones públicas, en las cuales la temeridad de las proposiciones iba siempre en aumento: las fijó en las puertas de la iglesia de Wittemberg, y llegó su atrevimiento al extremo de enviarlas al arzobispo de Maguncia.

Al principio parecia no separarse del buen camino, pues que concretándose á los abusos, no solamente no negó que la Iglesia tuviese poder de conceder indulgencias, sino que por el contrario decia anatemas sobre el que negase aquel poder sobre el jefe supremo de la Iglesia; pero sin embargo, pretendia que eran una relajacion de las penas canónicas, y que por consiguiente no alcanzaban á los difuntos ni les procuraban el menor beneficio. Ya le tenemos en el primer error. A poco añadió que las satisfacciones superabundantes é infinitas de Jesucristo no entraban en el tesoro de las indulgencias, cuya virtud aniquilaba insensiblemente con mil explicaciones semejantes (1).

Ya tenemos á Martin Lutero colocado de lleno en la carrera de la perdicion. Es indudable que experimentaba remordimientos de conciencia; que sabia y comprendia perfectamente la profundidad del abismo á cuyo borde ponía los piés. La gracia no podia ménos de luchar con la rebel-

(1) Epist. Luther. ad Alb. Mogunt.

dia de su corazon: si hubiera sido humilde, si se hubiese postrado á los piés de Jesucristo pidiéndole sus luces, la gracia habria triunfado: pero no lo hizo así, y antes por el contrario cerraba sus oídos á los divinos llamamientos, y hé aqui el motivo de que triunfase la rebeldia y corrupcion de su corazon. Ya veremos más adelante, confesado por él mismo, que en vez de consultar con Dios en la oracion, tuvo por consejero al demonio, con el que sostenia conferencias nocturnas, no diremos si reales ó fantásticas.

A partir desde sus predicciones contra los abusos de las indulgencias, ya no dio un paso atrás, sino que fué adelante. De los abusos pasó á las mismas indulgencias, y sin pérdida de tiempo á la justificacion. Entonces se oyó una doctrina nueva que no pudo ménos de causar grande escándalos, y que motivó serias discusiones entre los sabios, unos apasionados por Lutero, y otros comprendiendo suficientemente lo impio de su enseñanza le hicieron la contra horrorizados. Siempre se habia creído que para ser el hombre justificado le era necesario tener en sí la justicia. Lutero quiso que lo que nos hace justos fuese nada en nosotros; que nuestra justificacion se obra siempre porque Dios nos imputa la justicia de Jesucristo, la cual nos apropiábamos por la fé. Y que esta fé consistia no solamente en creer todas las verdades cristianas en general, sino especialmente cada uno en su corazon, y sin la menor duda, que todos nuestros pecados nos eran perdonados. Hé aqui cómo se expresaba el heresiarca: «Quedamos justificados al punto que creemos serlo, no solo con aquella certeza moral que excluye el temor y la agitacion, sino con una fé tan firme

como aquella con que es necesario creer que Jesucristo ha resucitado.»

Un error le conducía á otro. El resultado inmediato de la publicidad de esta nueva doctrina, tan contraria á la que siempre ha enseñado la Iglesia, fué el que se conmoviese toda Alemania y despues toda la Iglesia. ¿Quién era aquel hombre que de tal modo trataba un punto teológico de tanta importancia? ¿De quién habia recibido su mision? ¿De dónde habia salido? Era un sacerdote católico, un monje criado y amamantado con la doctrina ortodoxa de la Iglesia, que habia hecho profundos estudios, y que por lo tanto si enseñaba el error era porque cerraba sus ojos para no ver la verdad.

Los primeros resultados de la anticatólica enseñanza de Lutero los explica de este modo Berault-Bereastel: «El dominicano Tetzel, presidente de la comision de las indulgencias, publicó inmediatamente en Francfort del Oder proposiciones en todo contrarias; y como era inquisidor de la fé, hizo quemar públicamente las del dogmatizador. Por desgracia cayó en excesos opuestos que perjudicaron infinitamente á la bondad de su causa. Otro inquisidor dominicano, llamado Juan Hostrat, exhortó al papa á no emplear más que el hierro y el fuego para libertar á la Iglesia del hijo de perdicion que caminaba á destruirla. Por otra parte, el sabio Eckio, que era profesor de teologia en Angolstad, combatió la herejía naciente con tanta sabiduría como nervio y erudicion. Pero Silvestre de Prieno, compañero de los inquisidores que acabamos de nombrar y maestro del Sacro Palacio, publicaba un escrito en que hacia al papa superior

á todos los concilios, atribuyéndole una autoridad que los mismos romanos desaprobaron; circunstancia de que se valió el novador para hacer odiosa esta potestad á los alemanes. Tan cierto es que en la defensa de la fé es muy importante no usar de otras armas que las que nos suministra la misma fé, y no dar lugar á la diversidad recurriendo á sistemas y á principios litigiosos que dejan á los enemigos de la religion la misma ventaja que á sus defensores. Sin embargo, Lutero, contra su natural, respondió á estos adversarios con bastante moderacion. Escribió asimismo en términos muy respetuosos á Jerónimo de Brandeburgo, su obispo natural; y de un modo todavia más sumiso al Sumo Pontífice, protestando que recibiría el juicio de Su Santidad como el de Jesucristo que hablaba por su boca. Puede creerse que este genio, fogoso é incapaz de disimular largo tiempo, estaba verdaderamente en la disposicion que manifestó entonces, y cuya sinceridad afirmó con frecuencia en lo sucesivo, diciendo que en aquella época no habia salido aun de sus antiguos errores. Como quiera que fuese, esta conducta le ganó bastantes protectores. Persuadiéronse de que en su doctrina no habia tal herejía, y que solo la reputaba tal la preocupacion de los ignorantes y de los prevaricadores á quienes descubria.

«Esto fué lo que le concilió principalmente la benevolencia de su soberano, el duque Federico III, elector de Sajonia, príncipe generoso y probo; pero de una piedad tan destituida de lucas, que despues de haber sido muchas veces el juguete del rigorismo y de la virtud fingida, apenas puede concebirse todavia se dejara alucinar hasta este punto.

«El emperador Maximiliano vio con ojos bien diferentes esta nueva doctrina. Consternado de los disturbios que al nacer había excitado en una buena parte del imperio, escribió al papa Leon suplicándole diese cuanto antes su sentencia, cuya puntual ejecución le prometía. Ya el maestro del Sacro Palacio había notado de herejía los dogmas de Lutero, y el papa en consecuencia le había citado para que compareciese en Roma en el término de sesenta días (1). Leon X escribió luego al elector de Sajonia, para darle aviso de esta citación, y no solamente le rogaba que negase toda protección á Lutero, sino que le exhortaba á ponerle en manos del cardenal Cayetano, legado en Alemania. Se extendió hasta á amenazar con pena de excomunion y de privación de bienes á todos los que le protegiesen, lo que no impidió al elector y á su universidad de Wittenberg escribir á su vez fuertemente al papa en favor del acusado. Pedían que á lo ménos fuese juzgado el negocio en Alemania, é hicieron tales instancias, que el papa consintió en ello, mas con la condición de que se trataría en Suabia donde Lutero había de comparecer ante el legado que se hallaba en Augsburgo. Pretendía el elector que los eclesiásticos de Alemania no podían ser citados fuera de sus países, y que sus causas debían juzgarse en sus propios lugares. La universidad añadía, que Lutero nada había proferido contrario á la doctrina de la Iglesia; que solo podía reprendérsele el haber soltado en el calor de la disputa algunas proposiciones algo atrevidas, pero que ni siquiera las había dado jamás como decisiones, puesto que solo pedía escuchar y seguir la voz de la Iglesia.

(1) Hajo. con. 1518 y núm. 99.

«Aunque el juez, sacado de la órden de santo Domingo, no fué agradable á Lutero, no le recusó: el duque Federico mandó que compareciese en esta tribunal, y Lutero se dirigió en efecto á Augsburgo, habiéndole antes pedido y obtenido del emperador un salvo-conducto (1518). El legado le recibió con mucha bondad, sin querer no obstante entrar en disputa, lo que no convenia en efecto ni á su dignidad de cardenal, ni á su oficio de juez. Despues de haberle representado las funestas consecuencias que podia tener este negocio y traído á su memoria sus protestas de docilidad y respeto á la Iglesia, le dijo en dos palabras que era necesario revocar los errores contenidos en sus escritos y prometer que no los volvería á sostener. Respondió Lutero que no creía haber enseñado errores, y que le rogaba señalase algunos en la doctrina que había publicado. El legado le manifestó dos principales: el primero, negar que los méritos infinitos de Jesucristo sean el tesoro de las indulgencias; y el otro, que para volver á la gracia de Dios basta creer como de fé que todos nuestros pecados nos son perdonados. Lutero, cuyo objeto no era seguramente de instruirse, dijo que en esto nada había asentado que no fuese conforme á las santas Escrituras; pero el cardenal, firme en alejar la discusión, no cesó de estrecharle á que se retractase, le amenazó con censuras eclesiásticas, y le prohibió volver á ponerse en su presencia si no obedecía. Entonces el novador, acordándose de la suerte de sus precursores Juan Hus y Jerónimo de Praga, no pensó más que en retirarse de Augsburgo. Aprovechándose del primer momento favorable, partió sin despedirse de nadie, despues de haber hecho

figar un acto de apelacion del papa mal informado, y refiriéndose en todo cuanto habia escrito y predicado al sentir de las universidades de Basilea, de Friburgo, de Lovaina, y sobre todo á la de París, á la que llamaba la antorcha y madre de todas las ciencias. Esta escuela distinguida no tardó en reconocer el caso que deba hacerse de estos elogios de los sectarios. Lutero escribió además al legado excusándose de su partida oculta, y aun de haberle hablado con un modo poco respetuoso; pero al propio tiempo escribió á otras partes, hasta á Roma al mismo papa, quejándose de la dureza y tiranía insoportable (tales son sus palabras), con que este cardenal queria obligarle á confesar errores, sin hacerle ver en qué habia errado. Tal fué la crisis, despues de la cual este espíritu, enfermo y lánguido en la fé, la perdió enteramente, sin que en adelante se mostrase capaz de remedio (1). »

(1) Berault-Becsiel, lib. LVIII, n. 8-7.

CAPÍTULO III.

Divinidad de la Iglesia católica.— Su superioridad sobre el protestantismo.— Satanás inspirador de Lutero.— Juicio sobre sus conferencias nocturnas con el diablo.

Existe sobre la tierra una sociedad admirable en su origen, en su constitucion, en sus leyes; sociedad que por más de diez y ocho siglos ha sido siempre dirigida por un principio constante, fijo, invariable: sus miembros se encuentran así en los países donde el estío es perpétuo como en los de perdurable invierno. Esta sociedad se distingue en su unidad: su nombre es *Iglesia católica*. Durante el curso de su larga existencia han desaparecido multitud de sectas filosóficas, hombres de genio, muchos de ellos dotados de un talento privilegiado, han fundado sectas y religiones pretendiendo conservar su unidad ó mejor imitar la unidad del catolicismo, como medio de conservacion y el más á propósito para balancear las fuerzas. ¿Y lo han conseguido? No necesitamos demostrar, porque salta á la vista, que han sido inútiles todos sus esfuerzos. El protestantismo ha trabajado

figar un acto de apelacion del papa mal informado, y refiriéndose en todo cuanto habia escrito y predicado al sentir de las universidades de Basilea, de Friburgo, de Lovaina, y sobre todo á la de París, á la que llamaba la antorcha y madre de todas las ciencias. Esta escuela distinguida no tardó en reconocer el caso que deba hacerse de estos elogios de los sectarios. Lutero escribió además al legado excusándose de su partida oculta, y aun de haberle hablado con un modo poco respetuoso; pero al propio tiempo escribió á otras partes, hasta á Roma al mismo papa, quejándose de la dureza y tiranía insoportable (tales son sus palabras), con que este cardenal queria obligarle á confesar errores, sin hacerle ver en qué habia errado. Tal fué la crisis, despues de la cual este espíritu, enfermo y lánguido en la fé, la perdió enteramente, sin que en adelante se mostrase capaz de remedio (1). »

(1) Berault-Becsiel, lib. LVIII, n. 8-7.

CAPÍTULO III.

Divinidad de la Iglesia católica.— Su superioridad sobre el protestantismo.— Satanás inspirador de Lutero.— Juicio sobre sus conferencias nocturnas con el diablo.

Existe sobre la tierra una sociedad admirable en su origen, en su constitucion, en sus leyes; sociedad que por más de diez y ocho siglos ha sido siempre dirigida por un principio constante, fijo, invariable: sus miembros se encuentran así en los países donde el estío es perpétuo como en los de perdurable invierno. Esta sociedad se distingue en su unidad: su nombre es *Iglesia católica*. Durante el curso de su larga existencia han desaparecido multitud de sectas filosóficas, hombres de genio, muchos de ellos dotados de un talento privilegiado, han fundado sectas y religiones pretendiendo conservar su unidad ó mejor imitar la unidad del catolicismo, como medio de conservacion y el más á propósito para balancear las fuerzas. ¿Y lo han conseguido? No necesitamos demostrar, porque salta á la vista, que han sido inútiles todos sus esfuerzos. El protestantismo ha trabajado

con esfuerzo vertiginoso, y sus variaciones, hoy multiplicadas hasta el infinito, empezaron en su mismo nacimiento. Los diversos jefes en la pretendida Reforma no llegaron nunca á ponerse de acuerdo. La Iglesia, únicamente la verdadera Iglesia de Jesucristo ha podido conservar siempre su *unidad*, «buscando la luz, y no ocultando sus libros, no escaseando la enseñanza, sino fundando por todas partes colegios, universidades y demás establecimientos, donde pudiesen reunirse y concentrarse los resplandores de la erudición y del saber (1).»

Todo demuestra en el catolicismo su origen divino; su institución, su propagación, su triunfo admirable sobre el poder pagano, su resistencia á los grandes combates que se le han presentado en el curso de los siglos, la santidad de su moral, la perfección de sus leyes, su perpetuidad, pero basta para rendir al espíritu ménos dispuesto á someterse el fijarse con algun detenimiento en su unidad. Obsérvense todos los sistemas así religiosos como políticos, y tan solo se encontrarán luchas de ideas, partidos diferentes, hombres que piensan de distinta manera y que pretenden establecer como dogmas sus propias ideas, que estas sean adoptadas por el resto de los ciudadanos; y andando el tiempo, estos partidos se fraccionan, se subdividen en pequeños grupos y de aquí nace la confusión y el desorden; y esto se observa entre habitantes de un mismo clima, de igual temperamento, de idénticas costumbres, en los que parece debía reinar la armonía y la unidad de ideas. ¿Cómo es que no pueden avenirse? ¿De dónde nacen pensamientos tan con-

(1) Balmes: El catolicismo comparado con el protestantismo, tom. I, cap. III.

trarios? Es que se desarrollan planes humanos, y nada humano puede tener la firmeza, la consistencia de lo que tiene un origen divino.

¡Oh! si nos fuera posible hacer retroceder el tiempo, volver nada más que nueve años atrás, con placer tomaríamos de la mano al lector y le conduciríamos á los pórticos del Vaticano. ¿Qué ocurre en el más grandioso de los templos consagrados á Dios en el mundo? ¿Qué significa aquella multitud de obispos que pausadamente van penetrando en la gran Basílica y que proceden de todas las partes del mundo? ¿Por qué se ven mezclados y en amigable consorcio, varones de todas lenguas y naciones, orientales y occidentales, griegos y latinos? Es que el jefe supremo de la Iglesia, el sucesor de Pedro, el mismo Pedro que ya se llama Pio IX, ha elevado su voz, ha hecho un llamamiento, y aquella voz, eco de la voz divina ha fascinado el mundo. A una orden suya, acuden los prelados de todos los países de la tierra á celebrar bajo su presidencia un concilio general, y todos ellos, unidos en la fé, llevan también el testimonio de la fé de los inmensos rebaños que rigen y gobiernan.

Nosotros tuvimos la gloria de presenciar aquel bellissimo espectáculo, y contemplamos aquel árbol frondoso extendiendo sus ramas desde el Oriente al Occidente, desde el Aquilón al Mediodía, cobijando á tantas tribus y naciones, todas bajo la unidad de un mismo *Credo*.

Entre los observadores de aquel grande hecho, habria indudablemente quienes no vieran en el Vicario de Jesucristo aquella *pedra*, sobre la cual fué fundada por el Hijo de Dios su Iglesia; pero el hecho mismo que observaban y

contemplaban en silencio ¿ no les daría motivos para grandes reflexiones ? ¿ Cómo ha hecho esta sociedad católica lo que en vano han intentado otras sociedades ? Si ella ha hecho lo que no ha podido efectuar ninguna otra, ella es indudablemente la más sabia. Si ninguno de los planes humanos ha podido basarse en la unidad, y la Iglesia presenta este fenómeno, responde ella no á un plan humano sino á un plan divino. Esta unidad admirable de doctrinas, de creencias, es una de las grandes pruebas de la divinidad de la Iglesia.

¿ Será necesario mucha fuerza de lógica para demostrar la superioridad del catolicismo sobre el protestantismo ? No es necesario fijarnos en los orígenes de uno y de otro. Esto sería suficiente. El catolicismo es hijo del amor de un Dios-Hombre hácia las criaturas, al paso que el protestantismo es hijo de la miserable apostasía de un fraile rebelde.

Interrumpamos aquí estas reflexiones consoladoras, para que oigamos hablar al mismo Lutero, autor de la Reforma: él nos dirá el espíritu que le animaba, dándonos cuenta de sus íntimas relaciones no con un ángel del cielo, sino con el ángel de las tinieblas: él mismo nos hará conocer que Satanás tuvo su parte en la pretendida y funesta Reforma. Séanos permitido reproducir una breve narración de nuestra *Historia de las Religiones*.

Al hablar del viaje de Lutero á Rema, hemos dicho que su indiferencia demostraba falta de fé. Sin embargo, Lutero creía. ¿Cómo pueden unirse ambos extremos? Es muy fácil: tenía la fé que no obra caridad. El mismo demonio cree, pero su creencia le sirve para temblar. La fé de Lutero era

la que no salva. Él aseguraba que creía, y negaba al mismo tiempo el mérito de las buenas obras.

Supónese generalmente que hasta fin del año 1517 no empezó Lutero á innovar con motivo de las indulgencias; pero esto es un error, pues empezó mucho antes: de ello puede convencerse el que lea sus cartas ó escritos publicados en 1516, é insertados en una edición de sus obras publicada por él de acuerdo con Melanchton (1).

Lutero refiere sus continuas conferencias nocturnas con el diablo, y hasta su falta de palabras para contrarestar á sus argumentos. ¡ Pobre apóstata ! ¡ A tales delirios le conducía su exaltada imaginación ! ¿ Era verdad que el enemigo del género humano se dejaba ver de él para arrastrarle al camino de la perdición ? ¿ Era una visión de su fantasía ? Mintió tanto en sus escritos y se contradijo tantas veces, que podemos poner en duda sus afirmaciones. Sin embargo, entre Satanás y Lutero debía haber muy estrechas relaciones, ya fuesen visibles, ya invisibles. El primero se rebeló contra Dios, y el segundo contra su Vicario en la tierra y contra su Iglesia. Era tal para cada cual, y permitásenos la expresión. Bien podían ponerse de acuerdo aquellos entre quienes existía tal identidad de ideas.

El sabio monje, tan sutil en sus argumentos y que no se dejaba vencer por las razones de los varones más eminentes, no tenía que contestar á los pobres argumentos de Satan.

« Al leer algunas veces la larga conferencia de Lutero

(1) Edic. de Wittenberg, 1360;—Reynald, 1817, n.º 72;—Sanderus, *De civib. mazarcb.*, t. VII;—Walch, t. xii, pág. 13.

con el diablo, dice un autor que antes hemos citado (1), no he podido menos de exclamar: O Satanás en el siglo xvi no estaba á la altura del más atrasado alumno de las escuelas de teología católica, ó consideraba suficientes muy insignificantes razones para convencer al *doctor*, ó este estaba empeñado en dejarse seducir, ó bien (que será lo más probable), tan falaz será el hereje como el demonio.

«En fin, no sé qué utilidad podía alcanzar Lutero para la Reforma, de la narracion frecuente de sus entrevistas con aquel enemigo del género humano. Algun tiempo despues que aseguraba haber tenido lugar la referida conferencia, confesó lisa y llanamente: *Diabolus frequentius mihi condormit quam mea Catharina; argumenta a diabolo didici; diabolum doctorem habui, à quo universa que docui didici.* O mientes, contestaré yo al hereje, y en este caso eres peor que un loco; ó á ser verdad lo que aseguras, ya están juzgadas tu doctrina y tu Reforma.»

Y á renglon seguido, añade el mismo escritor: «Pero no ha sido Lutero el único fanático visionario entre los corifeos del protestantismo; y lo prueba con los siguientes párrafos del sabio Balmes: «El fantasma de Zuinglio, fundador de la Reforma en Suiza, no deja tambien de presentar un ejemplo de ridícula extravagancia. Quería este heresiarca negar la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía; pretendiendo que lo que hay debajo de las especies consagradas no fuese más que un signo. Como en la Sagrada Escritura se expresa tan claramente lo contrario, se hallaba embarazado con la autoridad del sagrado texto, cuando hé aqui que

[1] D. Antonio Vergés y Mirasó, obra citada.

mientras se imaginaba que estaba disputando con el secretario de la ciudad, se le aparece un fantasma blanco ó negro, como nos dice el mismo, y le señala una salida que le deja libre del apuro. Este gracioso cuento lo sabemos por el mismo Zuinglio.

«¿Quién no se aflige al ver á un hombre como Melancton entregado á las preocupaciones y manías de la supersticion más ridícula: al verle neciamente crédulo en materia de sueños, de fenómenos raros, de adivinaciones astrológicas? y sin embargo, nada hay más cierto: léanse sus cartas, y se tropezará á cada paso con semejantes miserias.... Apenas acababa de erigirse en juez único del espíritu privado, ya la Alemania estaba inudada de sangre por las atrocidades del más furioso fanatismo. Matías Harlem, anabaptista, puesto á la cabeza de una turba feroz, manda saquear las iglesias, destrozár sus ornamentos, y quemar todos los libros como impíos ó inútiles, exceptuando solo la Biblia. Situado en Munster, que él llamaba *la montaña de Sion*, hace llevar á sus piés todo el oro, plata y joyas preciosas que poseen los habitantes, lo deposita en un tesoro comun, y nombra diáconos para la distribucion. Obliga á todos sus discípulos á comer en comun, á vivir en perfecta igualdad y á prepararse para la guerra que habian de emprender, *saliendo de la montaña, de Sion para someter, segun decia, á su poder todas las naciones de la tierra*; y y muere por fin en un arrojé temerario en que se proponia que, *cual nuevo Gedeon*, exterminaria con un puñado de hombres *el ejército de los impíos*. No faltó á Matías un heredero de su fanatismo, presentándose luego Beccold, quizás

— 4 —

más conocido bajo el nombre de Juan de Leyde. Este fanático, sastre de profesión, echa á correr desnudo por las calles de Munster, gritando: « El rey de Sion viene. » Entró en su casa, se encerró allí por tres dias, y cuando el pueblo se presentó pidiendo por él, aparentó que no podia hablar: como otro Zacarías pidió por señas recado de escribir, y escribió que Dios le habia revelado que el pueblo habia de ser regido por jueces, á imitación del pueblo de Israel. Nombró doce jueces, escogiendo aquellos que le eran más adictos, y hasta que la autoridad de los nuevos magistrados fué reconocida, evitó ser visto de nadie. Estaba ya asegurada en cierto modo la autoridad del nuevo profeta, pero no se contentó con el mando electivo, sino que le ambicionó rodeado de toda pompa y majestad; propúsose nada ménos que proclamarse *rey*. En tan lastimoso vértigo estaban los fanáticos sectarios, que no le fué difícil llevar á cabo su loca empresa: no se necesitaba más que jugar una grosera farsa. Un platero que se hallaba en inteligencia con el aspirante á rey, y que tambien se hallaba iniciado en el arte de profetizar, se presenta á los *jueces de Israel*, y les habla de esta manera: « Hé aquí lo que dice el Señor Dios, el Eterno: *Como en otro tiempo yo establecí á Saul sobre Israel, y después de él á David, no siendo más que un solo pastor, así establezco á Becold mi profeta rey de Sion.* » Los jueces no podian determinarse á renunciar; pero Becold aseguró que tambien habia tenido la misma revelación, que la habia callado por humildad, pero que habiendo Dios hablado á otro profeta, era menester resignarse á subir al trono, *para cumplir las órdenes del Altísimo*. Los jueces insistieron en

— 5 —

que se convocase al pueblo; pero en efecto se reunió en la plaza del mercado, y allí habiéndosele presentado por un *profeta* de parte de Dios una espada desnuda *en señal de quedar constituido justiciero sobre la tierra para extender el imperio de Sion por los cuatro ángulos del mundo*, fué proclamado rey con ruidosa alegría, y coronado solemnemente en 24 de junio de 1534. Como se habia casado con la esposa de su predecesor, la elevó tambien á la dignidad real; pero si bien á esta sola la miró como reina, no dejó de tener hasta diez y siete mujeres; todo conforme á la *santa* libertad que en esta materia habia proclamado. Las orgías, los asesinatos, las atrocidades y delirios de todas clases que se siguieron no hay por qué referirlos, pudiendo asegurarse que los diez y seis meses del reinado de este frenético impostor no fueron sino una cadena de crímenes. Clamaron los católicos contra tamaños excesos, clamaron tambien los protestantes; pero ¿quién tenia la culpa? No eran los que habian proclamado la resistencia á la autoridad de la Iglesia, y que habian arrojado la Biblia en medio de aquellos miserables para que con la interpretación individual se les trastornase la cabeza, y se arrojaran á proyectos tan criminales como insensatos? Así lo conocieron los mismos anabaptistas, y así es por qué se indignaron sobremanera contra Lutero, que con sus escritos los condenaba...

« Herman, predicando *la matanza de todos los sacerdotes y magistrados del mundo*; David Jorge, proclamando que solo su doctrina era perfecta, que *la del Antiguo y Nuevo Testamento era imperfecta, y que él era el verdadero Hijo de Dios*; Nicolás, desechando la Escriptura y el culto como inútiles,

despreciando los preceptos fundamentales de la moral, y enseñando que era bueno perseverar en el pecado para que la gracia pudiese abundar; Hacket, pretendiendo que había descendido sobre él el espíritu del Mesías, enviando á dos de sus discípulos, Arthington y Coppinger, á vocear por las calles de Londres que el Cristo venia allí con su vaso en la mano, y clamando él mismo á la vista del cadalso: ¡*Jorah!* ¡*Jorah!* ¿no veis que los cielos se abren, y á Jesucristo que viene á visitarme? Estos deplorables espectáculos, y cien y cien otros que podríamos recordar, son pruebas harto evidentes del terrible fanatismo nutrido y avivado por el sistema protestante. Wenner, Fox, William Sympton, J. Naylor, el conde Finzendor, Wesley, el baron Sweedenborg, y otros hombres semejantes, bastan para recordar un conjunto de sectas tan locas, y una serie de extravagancias y crímenes tales, que darían materia para formar grandes volúmenes, donde se presentarían los cuadros más ridículos y más negros, las mayores miserias y extravíos del espíritu humano. Esto no es fingir, no es exagerar; ábrase la historia, consúltense los autores, no precisamente católicos, sino protestantes, sean cuales fueren; y en todas partes se encontrarán numerosos testigos que deponen de la verdad de esos hechos; hechos ruidosos, sucedidos á la luz del día en el centro de grandes capitales, en tiempos que casi tocan los nuestros (1). »

Al tener presente las sabias reflexiones de nuestro malogrado Balmes, renunciaríamos de buena voluntad á nuestros propios conceptos. Bossuet con su inmortal obra de *Las*

(1) Balmes: nota 12.ª al t. 1.º de *El Protestantismo comparado con el Catolicismo*, etc.

Variaciones, y Balmes con su conocida producción, de la que hemos extractado los párrafos anteriores, puede decirse que han agotado la materia para poner de relieve la falsedad del protestantismo, que con el nombre de *Reforma* no ha hecho otra cosa que destruir, moral y materialmente (1).

No nos defendremos, por impedirlo las dimensiones que hemos señalado á esta obra, en referir todo lo que Lutero cuenta acerca de sus tratos con el diablo; pero si diermos cuenta del hecho siente:

Un día que le hablaban del hechicero Fausto, Lutero dijo con la mayor seriedad: «El diablo no emplea contra mí el recurso de sus encantos: si pudiera dañarme de este modo lo hubiese hecho anteriormente. Él me ha dominado por mucho tiempo, pero al fin me ha dejado libre. Yo he experimentado que aquel compañero no era otro que el diablo.

(1) En nuestra citada obra, escrita á raíz de la revolución de 1808, decíamos lo siguiente: «Ni ejemplos podríamos aducir de esta verdad. Todos los amantes de la libertad predicada por Lutero apenas han dominado en un país se han apresurado á destruir los más preciosos templos, dando la preferencia á los que eran maravillas del arte. Sin remontar á tiempos remotos, ¿qué hicieron en España los motores del movimiento de setiembre, que nos regalaron la libertad de cultos, que para nada necesitábamos, permitiendo la introducción del protestantismo? Responden por nosotros las ruinas de los templos de Santo Domingo el Real, Santa Cruz, San Millán, Santa María de la Almudena y otros de Madrid, el antiquísimo templo de San Miguel de Barcelona, la iglesia de los Descalzos de Caliz, la preciosa de San Felipe Neri de Sevilla y otras muchas. Pero ¿qué podrá esperarse de los apasionados por Lutero, por el miserable apóstata que tuvo la desverguenza de poner en música el epítalamo que compuso Emser cuando verificó su escandaloso y sacrilego enlace con la monja Catalina de Dora? Aunque más adelante nos hemos de ocupar de este suceso, consigüeremos aquí tan manoseada composición que forma el más acabado panegírico de Lutero.

*¡cuálita! vale empa!
Vale Prior, Cuckos, Papa,
Cum obedientia!
Re vela, preces, horde!
Vale timor cum pudore!
Vale catoliciana!*

Frecuentemente se ha apoderado de mí de tal manera, que yo no sabía si estaba muerto ó vivo. Alguna vez me ha arrojado á la desesperacion hasta el punto que yo ignoraba si habia un Dios, y que dudaba completamente de Nuestro Señor (1).»

Es indudable que Lutero cayó en el cisma despues de haber sostenido grandes y prolongadas luchas que hicieron enfermar su imaginacion. Por él mismo sabemos que se creía atacado del diablo, el cual durante la noche emprendia con él desesperadas luchas: *Multas noctes mihi satis amarulentas et acerbas reddere ille nocti.* En otras ocasiones Lutero se exaltaba hasta el extremo de figurarse que estaba invadido por la Divinidad: entonces se despojaba de su personalidad y exclamaba: *No conozco á Lutero. Vévese el diablo á Lutero.*

A tales extraviós llevaba su imaginacion enferma al autor de la Reforma. ¿Habrà algun lector de esta obra apasionado por Lutero ó por su obra? Si es así llamaremos su atencion hácia los delirios de que hemos dado cuenta, y repetiremos las frases citadas arriba de un escritor concienzudo, que dirigiéndose al reformador le dice con respecto á sus conferencias con el diablo: «Ó mientes, y en este caso eres peor que un loco, ó á ser verdad lo que aseguras, ya están juzgadas tu doctrina y tu Reforma.»

Vengamos al tribunal del buen sentido, de la sana razon. Lo de tales conferencias no lo refiere ningun escritor por cuenta propia, sino que es el mismo Lutero el que con toda formalidad lo asegura. Los protestantes ó han de creer que

(1) Michelet: *Mémoires de Luther*, t. II, p. 186.—*Audiu, Vita de Luther*, t. II, cap. 32.

era un delirio de su imaginacion, ó que era una realidad. Si lo primero, ¿cómo siguen las doctrinas y enseñanzas de un hombre que cree como realidad, y lo asegura, los sueños que le producian tal vez los mismos remordimientos de su conciencia? Y si ni aun lo soñó, sino que fué invencion suya, ¿cómo admiran y respetan á un farsante, á un embustero y embaucador de tal calibre? ¿Qué mision podian reconocer en él? ¿En qué fundan la autoridad que dan á su palabra? ¿Es ménos digno de compasion el que oye como á su oráculo á un loco, que el loco mismo? Empero demos por cierto que haya verdad en lo dicho por Lutero, que fuesen ciertas sus discusiones y conferencias nocturnas con el diablo. En este caso no será necesaria mucha fuerza de lógica ni ser muy profundo teólogo para comprender á primera vista que la pretendida Reforma es hija de Satanás, que la anima no el espíritu del cielo, sino el del infierno. Ya, pues, que no podeis negar, señores protestantes, que vuestro padre y patriarca escribiese por su pluma sus nocturnas conferencias, os habeis de decidir por uno de los dos extremos, ó seguir las huellas de un manioso, ó de un embustero, ó á sabiendas os habeis hijos del grande enemigo de Dios, del ángel rebelde, inspirador de Lutero. Consideradlo del modo que mejor os plazca, pero no dejareis de comprender que de ningun modo tuvo mision ordinaria ni extraordinaria para hacer lo que malamente llamó *Reforma* en vez de llamarle *Destruccion*.

Uno de los grandes escépticos del siglo XVI, Montaigne, que cuando disfrutaba de completa salud deseaba que le sorprendiera la muerte plantando sus hortalizas y sin cui-

darse de ella, pero que cuando la vió cerca pensó de otro modo, haciendo que se celebrara el santo sacrificio de la misa en su mismo aposento, aspirando en el mismo instante en que hacia un supremo esfuerzo para incorporarse en su cama en el acto de la elevacion de la sagrada Hostia, habia dicho un dia hablando de religion: «El orgullo es lo que aparta al hombre de los caminos comunes, que le hace abrazar novedades, prefiriendo ser jefe de una turba errante y descaminada enseñando el error y la mentira, á ser discipulo de la escuela de la verdad.» Tambien escribió la condenacion de todas las sectas con estas frases: «En materia de religion es preciso atenerse á los que son establecidos jefes de doctrina y que tienen una autoridad legítima, y no á los más sábios y á los más hábiles: *En matiere de religion il faut s'attacher a ceux qui sont établis juges de la doctrine, et qui ont une autorité légitime, non pas aux plus savans et aux plus habiles.*»

Lutero pudo ser sabio ó hábil, pero carecia de autoridad, y nadie con sano criterio debió atenerse á su enseñanza. Ese amigo de Satanás (derecho nos dá á llamarle así su relacion de conferencias con él) con su malhadada Reforma, hija de su orgullo, produjo la incredulidad que desde fines del siglo xvii, y en mayor escala desde los últimos años del xix, ha hecho tantos estragos en Europa.

No extrañe el lector que tanto nos vayamos deteniendo al hablar del protestantismo, y que ampliemos del modo que lo vamos haciendo cuanto sobre esta secta escribimos en las ocasiones ya citadas. Téngase en cuenta que la batalla que el protestantismo dió á la Iglesia fué la últi-

ma presentada á esta Esposa inmaculada del Cordero, porque hijos de ella son todas las que luego se han presentado; y tambien que á contar desde la revolucion que en 1868 conmovió el edificio social en nuestra España, el protestantismo ha hecho desesperados esfuerzos por adquirir carta de naturaleza entre nosotros, lo que no ha podido conseguir. En España no hay más que católicos ó indiferentes, y los primeros están en mayoría. El protestantismo no ha adelantado un paso, lo que no podemos decir por desgracia del indiferentismo religioso. Sin embargo, estamos en el deber de presentar á la secta luterana tal cual es para desilusionar al incauto que pueda haber prestado alguna atencion á los apóstoles de aquel error que pululan por nuestra España, y que establecen sus comercios de Biblias mutiladas en todas nuestras ferias, y allí donde por cualquier motivo hay aglomeracion de gentes.

darse de ella, pero que cuando la vió cerca pensó de otro modo, haciendo que se celebrara el santo sacrificio de la misa en su mismo aposento, espirando en el mismo instante en que hacia un supremo esfuerzo para incorporarse en su cama en el acto de la elevacion de la sagrada Hostia, habia dicho un dia hablando de religion: « El orgullo es lo que aparta al hombre de los caminos comunes, que le hace abrazar novedades, prefiriendo ser jefe de una turba errante y descaminada enseñando el error y la mentira, á ser discipulo de la escuela de la verdad. » Tambien escribió la condenacion de todas las sectas con estas frases: « En materia de religion es preciso atenerse á los que son establecidos jefes de doctrina y que tienen una autoridad legítima, y no á los más sábios y á los más hábiles: *En matiere de religion il faut s'attacher á ceux qui sont établis juges de la doctrine, et qui ont une autorité légitime, non pas aux plus savans et aux plus habiles.* »

Lutero pudo ser sabio ó hábil, pero carecia de autoridad, y nadie con sano criterio debió atenerse á su enseñanza. Ese amigo de Satanás (derecho nos dá á llamarle así su relacion de conferencias con él) con su malhadada Reforma, hija de su orgullo, produjo la incredulidad que desde fines del siglo xvii, y en mayor escala desde los últimos años del xix, ha hecho tantos estragos en Europa.

No extrañe el lector que tanto nos vayamos deteniendo al hablar del protestantismo, y que ampliemos del modo que lo vamos haciendo cuanto sobre esta secta escribimos en las ocasiones ya citadas. Téngase en cuenta que la batalla que el protestantismo dió á la Iglesia fué la últi-

ma presentada á esta Esposa inmaculada del Cordero, porque hijos de ella son todas las que luego se han presentado; y tambien que á contar desde la revolucion que en 1868 conmovió el edificio social en nuestra España, el protestantismo ha hecho desesperados esfuerzos por adquirir carta de naturaleza entre nosotros, lo que no ha podido conseguir. En España no hay más que católicos ó indiferentes, y los primeros están en mayoría. El protestantismo no ha adelantado un paso, lo que no podemos decir por desgracia del indiferentismo religioso. Sin embargo, estamos en el deber de presentar á la secta luterana tal cual es para desilusionar al incauto que pueda haber prestado alguna atencion á los apóstoles de aquel error que pululan por nuestra España, y que establecen sus comercios de Biblias mutiladas en todas nuestras ferias, y allí donde por cualquier motivo hay aglomeracion de gentes.

CAPÍTULO IV.

Discípulos de Lutero. — Es declarado hereje. — Vana esfuerzos de Leon X para atraerle á buen camino.

Ya sabemos que Martín Lutero sostuvo conclusiones públicas en la universidad de Wittemberg, en las que desarrolló sus falsos principios. Existían en aquel centro del saber humano hombres eminentes en las ciencias, profundos teólogos que no podían con facilidad ser sorprendidos por novedades en materias de doctrina. Sin embargo de esto, ninguno de aquellos doctores se levantó para refutar sus argumentos y salir en defensa de los ultrajados derechos de la verdad. Es esto una cosa verdaderamente incomprensible. ¿Se creían tal vez con respecto á ciencias inferiores al reformador y temerian por esta causa luchar con él? ¿O tal vez enorgullecidos por su misma ciencia se encontrarían flacos en la fé? Ello es que Lutero en vez de contrarios encontró amigos y compañeros, que le felicitaban, ponderando sus talentos y demostrándose inclinados á seguir sus huellas, secundando aquellas novedades que tantos

días de luto habian de proporcionar á la Iglesia, y que tan gran número de almas habian de arrastrar al abismo de la impiedad.

El primer discípulo del apóstata y el más notable entre todos ellos fué Melancton, que era profesor de lengua griega en la misma universidad de Wittemberg. La amistad ó sociedad de Melancton con Lutero pareció muy extraña á cuantos conocian y trataban á ambos profesores, por la diferencia de carácter y de costumbres que existía entre los dos. Melancton era de un carácter dulce y moderado, amigo de la paz, y hasta entonces no se habia mostrado hostil á ningun dogma católico. Esto no obstante, se dejó seducir por la elocuencia y los bien presentados sofismas del reformador. Le aplaudió, y no tardó en constituirse su discípulo. La chispa arrojada por Lutero en la universidad de Wittemberg se convirtió en poco tiempo en devorador incendio destinado á reducir á cenizas la fé católica en toda la Alemania.

Poco tiempo hacia que Lutero se habia convertido en adalid de los errores, cuando tambien se unió á él para secundarle en sus principios su amigo Carlostadio, canónigo y arcediano de la catedral de Wittemberg, el cual se separó del reformador para impugnar con el mayor descaro el sacramento de la Eucaristia, á lo que todavía no habia llegado el escandaloso apóstata de la orden de san Agustín. ¡Qué espectáculo tan desconsolador el que presentaba ya por aquellos días la Iglesia de Alemania, en la que Lutero abrió las puertas á todas las herejias! Desde que él dió tan funesto ejemplo se repitieron con una celeridad espantosa las apos-

tasías. Aquellos que más habían brillado por su ortodoxia dieron al traste con la fé católica para hacerse predicadores de las más absurdas doctrinas. A Carlostadio se unió Zuinglio, cura párroco de Zurich, el cual, según demostramos en el artículo que le hemos dedicado, fué incansable en propagar la herejía contra el sacramento adorado de la Eucaristía, enseñando que en él no se halla real y verdaderamente el cuerpo de Jesucristo sino tan solamente en figura. Esta herejía que hería en lo más vivo los sentimientos católicos, pues se dirigía á destruir el más consolador de nuestros dogmas, el más admirable de los prodigios del poder triunfante, encontró también un gran número de seguidores. Siempre ha sucedido que las novedades en materias de religion han sido aceptadas donde quiera que se han presentado, no solamente por el vulgo ignorante, por los hombres iliteratos que carecen de buen criterio para juzgar las cosas, sino aun por varones entendidos que no se toman el trabajo de examinarlas en el crisol de una razonada crítica, y de estos ejemplos pudiéramos citar algunos de la misma época en que escribimos. Se comprende, porque las novedades en materias de religion se presentan siempre de modo que halaguen las pasiones, y los hombres que no se avienen con la mejor voluntad á la rigidez de la moral evangélica son por lo comun materia dispuesta para la apostasia. Si Lutero en vez de apostatar, rompiendo sus votos monásticos para entregarse á los placeres de una vida sensual; si en vez de proclamar el falso principio de la justificación por solo la fé inutilizando las buenas obras, doctrina muy cómoda para entregarse á toda clase de excesos

sin temor á responsabilidad de ninguna clase, hubiese enseñado una moral aun mas rigida que la del Evangelio, y cuenta que esta reputa por pecado aun el mismo desec consentido de pecar, que era necesario que el hombre para ser buen cristiano huyese de toda clase de diversiones aun las más lícitas; si dirigiéndose á los monjes les hubiese enseñado que para el exacto cumplimiento de sus deberes debian observar un perpétuo silencio y un ayuno no interrumpido, y que debian abstenerse de toda clase de lectura que no fuese la Sagrada Escritura, las obras de los santos Padres ó de los escritores ascéticos, bien puede asegurarse que ni habria recibido aplausos ni encontrado discípulos: eclesiásticos y seglares no reconociendo en él mision legítima para reformar hubiesen dicho: «Sabemos á qué nos debemos atener en punto á observancia de nuestros deberes. Pero como quiera que su enseñanza permitía los excesos que el Evangelio condena, de aquí el que con facilidad encontrase entusiastas encomiadores y discípulos. Otro de los que imitaron su fatal ejemplo de apostasia fué un fraile que ejercia entonces el cargo parroquial en Basilea, llamado Ecolampadio, del que á su tiempo nos hemos ocupado, el cual se hizo compañero y cooperador de Zuinglio; pero entre todos los que fueron por Lutero arrastrados al campo de la herejía, merece especial mencion Calvino, muy jóven entonces, que no entendia una palabra de teología, pero que sin embargo se constituyó en su más constante cooperador.

Las tesis de Lutero se difundian con rapidez merced al desarrollo del arte de la imprenta, y eran leídas en todas partes, abriéndose un vasto campo á la polémica que tras-

pasando los límites naturales hacia que se pudiese en duda lo potestad del papa y hasta su misma autoridad en materias de fé.

El apóstata caminó de extravió en extravió: no pensó más que en fabricar nuevos errores, en arruinar la autoridad del papa, de los concilios, de los santos Padres y de toda la tradición, hasta no reconocer por fin más juez que la palabra de Dios, bastante luminosa, decía, y que los papas solo procuran corromperla, á fin de establecer su dominación tiránica sobre el sentido que quieren darle.

No ha habido herejía que dé más que hacer á la Iglesia de Jesucristo. Verdad es que el arrianismo tuvo proporciones colosales, pero al fin pudo verse terminado, sin que haya vuelto á resucitar, si bien después de haber causado inmensos estragos. El protestantismo, que es la mayor aberración de la inteligencia humana, no solamente ha sujetado á él pueblos y naciones, sino que al mismo tiempo ha servido de base y origen á todas las revoluciones sociales que han tenido lugar desde el siglo xvi hasta el presente. Tal fué la obra de un miserable apóstata, de un religioso inhumano dejado aprisionar por el demonio de la soberbia. ¡ Pueden gloriarse los protestantes con la vida escandalosa y los hechos innegables del patriarca de la Reforma! Reñudemos el hilo de su apostasía.

Era llegada la hora de obrar con energía, y el cardenal publicó un edicto declarando hereje á Lutero y por lo tanto fuera del gremio de la Iglesia: sin embargo, queriendo agotar hasta los últimos recursos de su caridad, tuvo una larga conferencia con Wenceslao Linck y con Stampitz, á

los cuales rogó en nombre de Jesucristo y de su Vicario en la tierra, en nombre de la Iglesia y de la paz de la Sajonia que trabajasen cuanto les fuese posible cerca de Lutero á fin de inclinar su ánimo á la retractación promoviendo su regreso al seno de la fé católica.

A instancias, pues de aquellos amigos suyos se movió á escribir otra carta al cardenal: en ella manifestaba su arrepentimiento y confesaba sus insolencias contra el jefe supremo de la Iglesia; pero como siempre se resistía a la retractación, ofreciendo sujetar este asunto á la decisión del papa y de la Iglesia.

Por de pronto pudo el cardenal concebir alguna lisonjera esperanza; pero esta se dispó bien pronto, á vista de la apelación de Lutero á Leon X que apareció fijada en las paredes de la catedral y del convento de carmelitas. Hé aquí lo que acerca de esto dice el baron de Henrion: «Se ha vituperado la conducta del cardenal Cayetano, y diferentes censores le acusan de dureza ó á lo ménos de sequedad con Lutero. Habría podido, dicen, sofocar al luteranismo en su nacimiento, y prevenir sus consecuencias eternamente deplorables, ateniéndose á la profesión que hacia Lutero de someterse al juicio de la Iglesia romana. Trasladadas luego al pontífice las razones que proponía el novador en defensa de sus aserciones, se habria entre tanto impuesto silencio á los partidos, como él mismo lo pedia, hasta que el papa hubiese terminado la diferencia por una sentencia definitiva. Reconociendo todavía el elector de Sajonia, la universidad de Wittemberg y toda la Alemania la autoridad de la cabeza de la Iglesia, Lutero que protestaba tan solemnemente

reconocerla también, no habría podido dispensarse á ella, pues de otra suerte hubiera sido abandonado de todos como un seductor y un impostor. Así racionan estos observadores tardíos y vanos, que ven todos los males cuando ya son irreparables, y ante cuyo tribunal no hay hombre alguno constituido en ministerio que no sea culpable, á lo ménos de imprudencia, sobre todo cuando se trata de defender la religión. ¿No es, por el contrario, mucho más verosímil que de cualquier manera que se hubiese procedido con el seductor de la Germania, nada hubiera contenido en temeridad indómita? El carácter de los hombres es casi únicamente el que determina esta suerte de acontecimientos: la suerte está echada, por decirlo así, luego que nacen perturbadores de cierto género. Desgraciados los lugares y tiempos en que el cielo los permite para que se cumpla el oráculo evangélico sobre la necesidad del escándalo! »

La idea constante de Lutero era ganar tiempo con el objeto de hacer prosélitos. Así de apelacion en apelacion va dejando correr los meses sin dejar por eso de continuar en la enseñanza de sus perversas doctrinas aumentándolas cada día con nuevos errores.

El papa Leon X que antes que tomar severas medidas se había propuesto arreglarlo todo amistosamente, se valió para ello del canónigo Carlos de Miltitz, noble del imperio, al cual comisionó para entregar á Federico de Sajonia la rosa de oro, esperando que tanto el uno como el otro harían lo posible para alcanzar la sumision del novador. El canónigo habló detenidamente con él sin conseguir nada; pero Lutero accediendo á sus ruegos escribió al papa en los tér-

minos siguientes: «Mucho me duele vuestra cólera, ¡oh Padre! pero no veo medio de sustraerme á ella; retractaría de buen grado mis tesis si esto bastara al objeto; pero habiéndose extendido mis escritos y hecho más impresion de la que yo esperaba, gracias á sus refutaciones, ninguna retractacion seria suficiente á destruirlos. De aquellos contra quienes me he levantado, nace este mal; pongo á Dios por testigo y á todas las criaturas, que nunca ha sido mi intencion debilitar el poder de la Iglesia, ni el vuestro, que reconozco como superior á todos excepto el de Jesucristo. Prometo á Vuestra Santidad no ocuparme más de las indulgencias con tal que cesen mis adversarios de ongreirse y de ofenderme de palabra; exhortaré al pueblo á venerar á la Iglesia romana; atemperaré la violencia con que he hablado de ella, sintiendo haberla dañado por combatir á tantos charlatanes, cuando mi único objeto era impedir que la avidez de algunos extranjeros contaminase á nuestra santa madre la Iglesia.» Al mismo tiempo publicó un escrito en el que sostenía la veneracion de los santos y la doctrina del purgatorio, demostrando que la Iglesia romana estaba santificada por numerosos mártires, que no daban motivo los abusos para separarse de ella, sino antes bien para unirse, pues sólo el amor y la union podían remediar tantos males, y diciendo que á los sabios incumbia examinar los límites del poder de la Santa Sede, ya que esto nada significaba para la salvacion (1).

Es inconcebible la inconsecuencia de Lutero en materia de doctrinas. Al mismo tiempo que escribía al papa del

(1) César Cantó: *Historia universal*, t. 7, esp. xvii, Lutero.

modo que hemos visto y que publicaba el escrito del que nos acabamos de ocupar, se dirigía á sus amigos y confesos por medio de otros escritos en los cuales sostenía todos los errores que tan funesta celebridad le habian ya dado. De todas partes acudían á él multitud de personas tanto del estado eclesiástico como del laical para consultarle sobre puntos de religion. Algunos de los primeros, entre ellos no pocos que eran teólogos, en su deseo de abrazar una vida más libre, y los segundos atraídos por novedades que les eran en extremo agradables.

CAPÍTULO V.

La Biblia abandonada al examen privado.—Es el más funesto de todos los sistemas.—Texto notable del protestante O'Callagan.—Antigüedad de Lutero á la Saaz de Santo Tomás.—Por qué encontró tantos seguidores la doctrina de Lutero.—Bula de excomunion lanzada por Leon X.—Himno de Lutero.—Reflexiones.

No podia ocurrirsele á Lutero una idea más funesta ni más á propósito para llevar á cabo sus planes contra la autoridad de la Iglesia que la de encomendar al espíritu privado la interpretacion de los libros santos. ¿Le seria esto aconsejado por su conferenciante nocturno? No lo creemos. El demonio, más sagaz que el mismo reformador, no podia dejar de conocer que este era el medio más seguro para que el protestantismo se fraccionase en mil sectas diferentes, como ha sucedido, desacreditándose por sí mismo y poniendo de relieve su falsedad.

Es la Biblia el libro de los libros, que contiene la palabra de Dios: en este libro inmortal se halla derramado un torrente de luz para el entendimiento y grandes consuelos para el corazón, pero es altamente dañoso al espíritu so-

modo que hemos visto y que publicaba el escrito del que nos acabamos de ocupar, se dirigía á sus amigos y corifeos por medio de otros escritos en los cuales sostenía todos los errores que tan funesta celebridad le habían ya dado. De todas partes acudían á él multitud de personas tanto del estado eclesiástico como del laical para consultarle sobre puntos de religión. Algunos de los primeros, entre ellos no pocos que eran teólogos, en su deseo de abrazar una vida más libre, y los segundos atraídos por novedades que les eran en extremo agradables.

CAPÍTULO V.

La Biblia abandonada al examen privado.—Es el más funesto de todos los sistemas.—Texto notable del protestante O'Callaghan.—Antigüedad de Lutero á la Saaz de Santo Tomás.—Por qué encontró tantos seguidores la doctrina de Lutero.—Bula de excomunion lanzada por Leon X.—Himno de Lutero.—Reflexiones.

No podía ocurrirsele á Lutero una idea más funesta ni más á propósito para llevar á cabo sus planes contra la autoridad de la Iglesia que la de encomendar al espíritu privado la interpretación de los libros santos. ¿Le sería esto aconsejado por su conferenciante nocturno? No lo creemos. El demonio, más sagaz que el mismo reformador, no podía dejar de conocer que este era el medio más seguro para que el protestantismo se fraccionase en mil sectas diferentes, como ha sucedido, desacreditándose por sí mismo y poniendo de relieve su falsedad.

Es la Biblia el libro de los libros, que contiene la palabra de Dios: en este libro inmortal se halla derramado un torrente de luz para el entendimiento y grandes consuelos para el corazón, pero es altamente dañoso al espíritu so-

«berbio, que á la terca resolucion de resistir á toda autoridad en materias de fé, añade la ilusoria persuacion de que «la Escritura Sagrada es un libro claro en todas sus partes, «de que no le faltaria en todo caso la inspiracion del cielo «para la disipacion de las dudas que pudieran ofrecerse, ó «que recorren sus páginas con el prurito de encontrar al- «gun texto, que más ó ménos violentado, pueda prestar «apoyo á sutilezas, cavilaciones, ó proyectos insensatos (1).» No podia, pues, darse mayor desacierto que el poner este libro de oro en manos de todos para que cada cual le interpretase á su manera.

Nadie dejará de comprender cuán grande seria el desacierto del que pudiese en manos de un ignorante, sin estudios de ninguna clase, un libro de filosofía, de matemáticas ó de cualquier otra ciencia para que discurriese sobre la misma. Para la discusion de cualquier asunto que se toca con uno de los ramos del saber humano se buscan siempre hombres peritos en el mismo; si se trata de un enfermo cuya vida se ve comprometida, se acude á los profesores de la ciencia de curar; si de resolver un pleito de importancia, á acreditados juriconsultos; si de averiguar si ofrece seguridad un edificio, á reputados arquitectos. ¿Y hay por ventura alguna ciencia más alta, más importante, más difícil que la ciencia de la religion? Esta está contenida en la Sagrada Escritura, y la Iglesia es la única autorizada para enseñarla; á ella compete únicamente su interpretacion y explicacion, autoridad que le fué otorgada por Jesucristo. ¿Puede concebirse mayor necesidad que la de en-

(1) Balmes, obra citada, esp. VII.

comendar esta interpretacion al espíritu privado? ¿No causa más que risa indignacion, el ver á un hombre cualquiera, tal vez un campesino que no ha manejado más que los instrumentos de labranza, tomar en sus manos la Biblia y explicar muy formalmente sus conceptos, convirtiéndose en maestro de la religion? Este es el error capital del protestantismo.

El ilustre Balmes que nos dejó un tesoro en su erudita obra ya citada, transcribe célebres frases de un protestante, O'Callagan, que nosotros vamos á insertar á continuacion, seguros de que agradarán al lector, porque forman una hermosa demostracion de aquel grande error. Hé aqui de qué manera se explica: «Llevados los primeros reformadores de su espíritu de oposicion á la Iglesia romana, reclamaron á voz en grito el derecho de interpretar las Escrituras conforme al juicio particular de cada uno;... pero afanados por emancipar al pueblo de la autoridad del pontífice romano proclamaron este derecho sin explicacion ni restricciones, y las consecuencias fueron *terribles*. Impacientes por minar la base de la jurisdiccion papal, sostuvieron sin limitacion alguna, que cada individuo tiene indisputable derecho á interpretar la Sagrada Escritura por sí mismo; y como este principio tomado en toda su extension era insostenible, fué menester, para afirmarle, darle el apoyo de otro principio, cual es, que la Biblia es un libro fácil, al alcance de todos los espíritus, que el carácter más inseparable de la revelacion divina es una gran claridad: principios ambos, que, ora se les considere aislados, ora unidos, son incapaces de sufrir un ataque sério.

«El juicio privado de Muncer descubrió en la Escritura que los títulos de nobleza y las grandes propiedades son una usurpacion impía, contraria á la natural igualdad de los fieles, é invitó á sus secuaces á examinar si no era esta la verdad del hecho: examinaron los sectarios la cosa, alabaron á Dios, y procedieron en seguida por medio del hierro y del fuego á la extirpacion de los impíos y á apoderarsa de sus propiedades. El juicio privado creyó tambien haber descubierto en la Biblia que las leyes establecidas eran una permanente restriccion de la libertad cristiana; y héos aquí que Juan Leyde tira los instrumentos de su oficio, se pone á la cabeza de un populacho fanático, sorprende la ciudad de Munster, se proclama á sí mismo rey de Sion, toma catorce mujeres á la vez, asegurando que la poligamia era una de las libertades cristianas, y el privilegio de los santos. Pero si la criminal locura de los paisanos extranjerés affige á los amigos de la humanidad y de una piedad razonable, por cierto que no es á propósito para consolarlos la historia de Inglaterra, durante un largo espacio del siglo xvii. En ese periodo de tiempo, levantáronse una innumerable muchedumbre de fanáticos, ora juntos, ora unos en pos de otros, embriagados de doctrinas extravagantes y de pasiones dañinas, desde el feroz delirio de Fox hasta la metódica locura de Barclay, desde el formidable fanatismo de Cromwel hasta la necia impiedad de *Praise-God-Barebones*. La piedad, la razon y el buen sentido parecían desterrados del mundo, y se habia puesto en su lugar una extravagante algarabía, un frenesí religioso, un celo insensato; todos citaban la Escritura, todos pretendian haber tenido inspira-

ciones, visiones, arrosos de espíritu, y á la verdad con tanto fundamento lo pretendian unos como otros.

«Sosteníase con mucho rigor que era conveniente abolir el sacerdocio y la dignidad real; pues que los sacerdotes eran los servidores de Satanás, y los reyes eran los delegados de la Prostituta de Babilonia, y que la existenci de unos y otros era incompatible con el reino del Redentor. Esos fanáticos condenaban la ciencia como invencion pagana, y las universidades como seminarios de la impiedad anticristiana. Ni la santidad de sus funciones protegía al obispo, ni la majestad del trono al rey; uno y otro eran objeto de desprecio y de odio, y degollados sin compasion por aquellos fanáticos, cuyo único libro era la Biblia sin notas ni comentarios. A la sazón estaba en su mayor auge el entusiasmo por la oracion, la predicacion y la lectura de los Libros santos; todos oraban, todos predicaban, todos leían, pero nadie escuchaba. Las mayores atrocidades se las justificaba por la Sagrada Escritura; en las transacciones más ordinarias de la vida se usaba el lenguaje de la Sagrada Escritura; de los negocios interiores de la nacion, de sus relaciones exteriores, se trataba con frases de la Escritura; con la Escritura se tramaban conspiraciones, traiciones, proscripciones; y todo era no solo justificado, sino tambien consagrado con citas de la Sagrada Escritura. Estos hechos históricos han asombrado con frecuencia á los hombres de bien, y consternado á las almas piadosas; pero demasiado embebido el lector en sus propias sentimientos olvida la leccion encerrada en esta terrible experiencia; á saber, que la Biblia sin explicacion ni comentarios no es para leída por hombres groseros é ignorantes.

«La masa del linaje humano ha de contentarse con recibir de otro sus instrucciones, y no le es dado acercarse á los manantiales de la ciencia. Las verdades más importantes en medicina, en jurisprudencia, en física, en matemáticas, ha de recibir las de aquellos que las beben en los primeros manantiales; y por lo que toca al cristianismo, en general se ha constantemente seguido el mismo método, y siempre que se le ha dejado hasta cierto punto, la sociedad se ha conmovido hasta sus cimientos.»

No hay necesidad de hacer comentarios sobre este razonamiento de O' Callagan, pues que están al alcance de todas las inteligencias.

Volvamos ahora al reformador, y continuemos la historia de sus errores.

Hemos dicho antes que de todos los puntos de la Alemania acudieron al reformador multitud de personas con el objeto de hacer consultas, y que algunos de los eclesiásticos que le visitaban aspiraban á proporcionarse una vida cómoda y placentera. Muchos de los que habían aceptado con agrado las doctrinas del monje rebelde deseaban ponerse de acuerdo con él para ver el giro que habían de dar á las ciencias eclesiásticas para destruir con mejor acierto el edificio de la fé católica. Puede comprenderse fácilmente que eran eclesiásticos de corrompidas costumbres, que no se avenían con el cumplimiento de sus deberes y que encontraban la ocasion más oportuna para romper los sagrados vínculos con que voluntariamente se habían ligado.

La obra de teología más antipática á Lutero era la *Suma* da santo Tomás, que con tanta afición había leído y estu-

diado en los primeros tiempos de su vida monacal, afición que se tronó en odio desde el momento que puso el pié en el fatal camino de la herejía. No podía ser de otro modo, toda vez que el Doctor angélico dejó admirablemente refutadas en aquella obra inmortal no solamente cuantas herejías se habían suscitado desde los primeros tiempos de la Iglesia hasta sus dias, sino tambien cuantas pueden presentarse en el florido campo de la Iglesia en la sucesion de los siglos. Si en la *Suma* se hallaban patentes todos los sofismas del monje apóstata, ¿cómo este no había de encontrar antipatía en obra tan privilegiada?

Si ahora se nos preguntase por qué las enseñanzas de Lutero encontraron tan gran número de seguidores, siendo así que saltaba á la vista que su Reforma no era otra cosa que una rebelion nacida del espíritu de soberbia que le dominaba, podríamos dar una satisfactoria respuesta. Sabido es que en todos los países han existido siempre hombres que á pesar de llamarse católicos han mirado con malos ojos los bienes de la Iglesia y especialmente los pertenecientes á los monasterios. Cual si la Iglesia no se hubiese prestado siempre bondadosa y caritativamente á acudir en socorro del Estado cuando este ha experimentado escasez á causa de guerras ó de otras calamidades; cual si no hubiese dado el ejemplo en alguna ocasion de deshacerse hasta de sus vasos sagrados para acudir en socorro de las públicas necesidades, siempre se ha visto ese deseo constante de privarla de los bienes que legítimamente ha poseído, y que fuera de lo que la moderna fraseología ha dado en llamar *manos*

muerlas, no han reportado ningun beneficio á los pueblos, habiendo servido tan solo para que los revolucionarios que adulan al pueblo cuando lo necesitan y le vuelven las espaldas cuando han conseguido su objeto, hayan improvisado colosales y sacrilegas fortunas. La desgracia es que los pueblos jamás escarmenten, que no estudien las lecciones del pasado y que siempre se manifiesten dispuestos á contribuir á la realizacion de planes ambiciosos, sin conseguir ellos otra cosa que la miseria y la burla de los mismos á cuyo engrandecimiento contribuyeron. A nuestros lectores no tenemos necesidad de presentarles pruebas de esta verdad, pues las tenemos tan recientes en España que están en la memoria de todos. Tan solamente llamaremos la atencion sobre otra tambien contemporánea. No hace muchos años aun que las tropas del moderno Atila llamado rey de Italia invadieron por orden de su señor la capital del mundo cristiano. Muchos de los monasterios de Roma poseian rentas: la ciudad se hallaba como sembrada de establecimientos de caridad donde el extranjero, fuera cualquiera el pais de donde procediese y aun la religion que profesase, podia estar seguro de encontrar alimento y abrigo. Los modernos dominadores, seguidos de una falange numerosa de la gente más perdida de todos los extremos de Italia, entraron en Roma al grito de libertad, que la hacen consistir en hacerse dueños de todos los bienes que servian para los más caritativos objetos, en insultar á Dios, á la religion, al vicario de Jesucristo, y á todos los hombres honrados, y en sembrar al mismo tiempo la más espantosa miseria recargando de un modo el más desapiadado los impuestos, y tomando otras

medidas dirigidas todas á arrebatar la antigua prosperidad de la hermosa ciudad que fué un dia señora de las naciones, que ha sido por espacio de muchos siglos y que volverá á ser dentro de breve tiempo, segun esperamos en Dios, dominada por el suave y paternal gobierno del romano Pontífice. Hé aqui lo que han sido las revoluciones políticas y religiosas que se han suscitado desde el siglo xvi. Hé aqui lo que fué la gran revolucion de marcado carácter demagógico que inició el Lucifer del siglo que acabamos de citar, el miserable apóstata Lutero que inconsecuente en sus doctrinas, inmoral y atrevido, presentó una terrible batalla á la verdadera Iglesia de Jesucristo y al buen orden de la sociedad humana, sembrando esas funestas enseñanzas cuyos amargos frutos sirven hoy de alimento á la mayor parte de los pueblos de la Europa, pues que es indudable que sin la rebelion de Lutero ni hubiese tenido lugar la horrorosa hecatombe francesa de fines del pasado siglo, ni tampoco se hubieran verificado las revoluciones modernas que han trastornado los cimientos de la sociedad humana y que son hijas legítimas de aquella, porque el principio de autoridad no se habria desprestigiado, ni conmovido el equilibrio social.

Continuando ya en nuestro asunto, diremos que los amigos de Lutero no desconocian las consecuencias que habian de dar principalmente en Alemania las predicaciones de las nuevas doctrinas que se presentaban en abierta lucha contra las del catolicismo: que necesariamente desaparecerian los monasterios, que la Iglesia perdería su prestigio, y se frotaban las manos al ver ya en lontananza el dia en que podrian

aprovechase de los bienes de las abadias y monasterios formando sus respectivas fortunas con lo que hasta entonces servia para sustentar á multitud de pobres. Este día tan deseado por ellos llegó al fin, como veremos más adelante, no solamente para la Alemania sino tambien para la Gran Bretaña. Ya que no nos sea posible detenernos como quisiéramos en hacer conocer el resultado de la muerte del catolicismo en ambos países por el entronizamiento del protestantismo, recomendamos á nuestros lectores y muy especialmente á aquellos que bayan tenido la desgracia de dejarse seducir por los falsos apóstoles de esta secta, la detenida lectura de las *Cartas del protestante William Cobbel*, y seguramente si no han renunciado á la sana razon acabarán por odiar no solamente el protestantismo, sino tambien todas las revoluciones modernas.

Como quiera que el mal progresase con rapidez, Eck desafió á Lutero á una controversia pública, cuyo reto fué aceptado en Leipzig. Lutero arguyó sobre la doctrina del libre albedrío y sobre el origen divino del poder papal. Eck le demostró que una de sus proposiciones estaba condenada por el concilio de Constanza, pero Lutero que iba cayendo de error en error contestó que para creer herética una proposicion no bastaba que estuviese condenada por un concilio. De este modo negó la infalibilidad de la Iglesia. Cuando Eck le citó el conocido pasaje del Evangelio: *Tú eres Pedro; y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia*. Lutero sostuvo que Jesucristo señaló á Pedro al pronunciar las primeras palabras, esto es: *Tú eres Pedro*, pero que se señaló á sí mismo al añadir: *y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia*. Nada

dejó en su ser y estado, pues que refutó la transustanciacion, los sacramentos, el purgatorio, los votos monásticos y hasta la invocacion de los santos. No podian llegar ya á mayor extremo sus impiedades. Sucumbió en su lucha con Eck, porque á los sólidos argumentos que aquel le presentaba tan sólo pudo objetar débiles sofismas. Esto no obstante se mantuvo en su rebeldía, y añadió á sus anteriores impiedades las que acabamos de citar.

Despues de aquella conferencia escribió al papa del modo más insolente e irónico, repitiéndole cuantas abominaciones se decian de Roma. Entonces Leon X viendo que ya era inútil el hacer mayores esfuerzos para conseguir la retractacion del hereje, fulminó contra él la bula de excomunion.

Alejandro, nuncio pontificio, habia presenciado los grandes progresos que hacia la nueva doctrina, protegida por los principes por odio y envidia hacia Roma. Asi pues, luego que el papa hubo pronunciado la sentencia definitiva contra Lutero, pidió á la dieta de Worms que le condenase, lo que no pudo conseguir, y entonces expuso á aquella asamblea la doctrina del rebelde monje para hacerla conocer que no se limitaba segun él decia á indicar abusos, sino que atacaba el dogma católico. «Dicen que sólo se trata de algunos puntos controvertibles entre el papa y Lutero, especialmente los que se refieren á la autoridad de la Santa Sede. Error gravísimo, pues que de los cuarenta artículos que condena la bula, pocos son los que se refieren á la autoridad papal. Lutero niega que las buenas obras sean necesarias para la salvacion; niega la libertad del hombre en la

observancia de la ley natural y divina. ¿Qué diremos del monstruoso poder que concede á los legos de ambos sexos de absolver los pecados? Pasaremos en silencio la insensata doctrina en que asegura no ser lícito resistir á los infieles porque Dios nos visita por medio de ellos, ni la de que debería prohibirse recurrir á los médicos en las enfermedades, porque Dios nos las manda como castigo de nuestros pecados. Pero admirad el corazón de Lutero que preferia ver á Alemania desgarrada por los perros de Constantinopla, á verla bajo la égida del pastor de Roma!

«Roma, segun Lutero, es la morada de la hipocresia. Luego es el asilo de la virtud, pues no se acuña oro falso donde el fino no está en gran estima. El papa, dice, ha usurpado el primado: ¿le ha usurpado? y ¿cómo? ¿con las falanges de Alejandro, la espada de César ó el hacha del verdugo? ¿Y qué? ¿todos estos pueblos que hablan diferente idioma, que viven bajo diferente cielo, y tienen diversas costumbres y diverso origen ó intereses opuestos, se acomodarían á reconocer como vicario de Cristo á un humilde sacerdote, sin poder, sin más patrimonio que un pedazo de tierra? Dice que todos los obispos deberían ser soberanos absolutos en sus diócesis. Entences en lugar de una tiranía habria mil que abolir. Añade que sobre los obispos reinaria el concilio: ¿obispos, bajad la cabeza! Pero ¿seria este un concilio permante? En tal caso los pastores morarian lejos de sus rebaños. Y si el concilio se disuelve, ¿á quién recurrir para administrar remedios á la sociedad en sus dolencias? ¿quién convocará el concilio? ¿quién le presidirá? ¿Veis como todo lo que pide encierra turbaciones, revueltas y so-

bresaltos? ¿qué multitud de leyes, de reglamentos, de ritos, de doctrinas saldrían de aquel conciliábulo, en el que todos los fieles creerian que solo su obispo habia sostenido la integridad de la fé?»

Alejandro estuvo valeroso en acusar á Lutero, y sus palabras para probar que atacaba al dogma católico no admitian réplica; pero al fin no era lo más conveniente el que una corporacion secular juzgase en cuestiones teológicas, que poco á poco se fueron haciendo nacionales.

El elector de Sajonia prohibió que se tomase resolucion alguna sin oír antes á Lutero, por lo cual expidió un salvo-conducto al *pío, querido é ilustre doctor*, á nombre del nuevo emperador Carlos V.

Trataron algunos de disuadir á Lutero de aquel viaje, pero él resolvió hacerlo «aun cuando se conjurasen contra él tantos diablos como tejas tienen los tejados.» Son sus mismas palabras. En el camino compuso su famoso himno, que es el siguiente:

«Dios es fortaleza inexpugnable, escudo seguro, arma á toda prueba: él nos librará de todos los males que nos rodean. En nuestro camino se ha atravesado el enemigo del hombre, cuyas armas son la astucia y su poder inmenso: no le hay igual en la tierra.

«Impotentes son nuestras fuerzas, y no tardaremos en sucumbir; pero nos protege el hombre recto, elegido por Dios entre sus criaturas. Y ¿quién es este hombre? Jesucristo, el Dios de Sabaoth: no hay otro Dios; él es el supremo Señor.

«Aun cuando la tierra estuviese poblada de demonios pron-

tos á devorarnos, no temblaríamos ante ellos, y nuestra sería la victoria. Agitense enhorabuena los príncipes del mundo; nosotros estamos á cubierto de sus golpes; su sentencia está pronunciada, y una palabra sería suficiente á destruirlos.

«Apodérense esos demonios de nuestros cuerpos, de nuestras fortunas, de nuestros hijos, de nuestras mujeres; todo se lo abandonamos: no por eso se enriquecerán, porque para nosotros será el reino de Dios.»

Todo contribuía á aumentar la soberbia de Lutero y á hacerle cada vez más obstinado en sus errores. Se veía balagado por príncipes y magnates; iba á cualquier parte, y la multitud le seguía y le aclamaba. Ya no era un monje humilde, sino una persona notable rodeada de aduladores prontos á aplaudir hasta sus mayores groserías, pues sabido es que las usaba en alto grado, así en sus conversaciones como en sus escritos. El viaje á que nos referimos lo hizo con grande ostentación y brillante acompañamiento. Cuando Carlos V le vió tan pequeño se sonrió, y exclamó: *Este hombre no me hará á mi hereje*. Lutero que llevaba quien le guardase las espaldas se negó rotundamente á retractarse de las doctrinas que enseñaba, y solo dijo como en otra ocasión á los monjes sus hermanos: «Si mi obra es obra humana, se disipará por sí misma; si viene de Dios, nada podrá detenerla en su camino.»

Carlos V proscribió á Lutero y á sus partidarios, y cuando aquel regresaba de su viaje fué detenido por el elector de Sajonia, su protector, que le hizo conducir al castillo de Warthurgo en Turingia, sin que nadie se apercibiese de

ello, para salvarlo, dice su historiador, más que de sus enemigos, de sus propias imprudencias.

Lutero en su libro *De statu Ecclesiae emendando*, consideraba al papa como el *Antecristo*: y escribiendo á su amigo Jorge Spalatino, secretario del duque de Sajonia, Federico, le decía: «¿Sabeis lo que pienso de Roma? *Que es una amalgama de necios, de locos, de imbéciles, de ineptos y de diablos. No hay que perdonarles: es preciso que demos á conocer los misterios del Antecristo.*»

Tal fué el nuevo dogma del hereje.

Hácese cargo el grande Bossuet de estas impías frases de Lutero, y exclama: «No parece sino que Dios se ha propuesto confundir á estos impostores haciendo que se sentasen en la cátedra de san Pedro los hombres más grandes y más santos que ha habido jamás, precisamente en los tiempos en que se la quiere trasformar en la *silla del Antecristo*.»

«¿Se puede ni siquiera pensar en las cartas y en los sermones en que san Leon inspira todavía en el día con tanta fuerza á sus lectores la fé en Jesucristo, y creer que su autor ha sido un Antecristo? Pero ¿qué otro papa ha combatido con más vigor á los enemigos de Jesucristo, ha sostenido con más celo la gracia cristiana y doctrina eclesiástica, ha enseñado, en fin, al mundo una doctrina más sana y ha dado ejemplos más santos? El pontífice que por su santidad se hizo respetar del bárbaro Atila, y salvó á Roma de una catástrofe sangrienta, es el primer Antecristo y el origen de todos los demás. Este es el Antecristo que tuvo el cuarto concilio general, tan respetado por todos los verdaderos cristianos: este es el Antecristo que dictó aquella divina

carta á Flaviano, que causó admiracion á toda la Iglesia, y en la cual se explica tan exacta y profundamente el misterio de Jesucristo, que los padres de aquel gran concilio exclamaban á cada palabra: *Pedro ha hablado por boca de Leon*, debiendo decir que el Antecristo hablaba por su boca, ó más bien que Pedro y el mismo Jesucristo hablaban por boca del Antecristo. ¿No es preciso haber apurado hasta los posos la bebida de letargo que toman los profetas de la mentira, y haberse embriagado con ella hasta perder la razon para anunciar al mundo semejantes portentos (1)?

¿Quién no conoce los hechos gloriosos de un Paulo IV, de san Pio V, de Gregorio XIII, y sin deternos en los virtuosísimos Pios VI y VII que tanto padecieron por el bien de la Iglesia y defensa de su santa causa, el ilustre pontífice de santa é imperecedera memoria el inmortal Pio IX? Durante su dilatado pontificado, ¿qué ejemplos más admirables de santidad no dió al mundo? ¿Quién con más constancia que él procuró la gloria accidental de Jesucristo? ¿No colocó una perla de inmenso valor en la corona de la santísima Virgen María, declarando dogma de fé el misterio de su Concepcion en gracia? ¿No canonizó solemnemente á muchos héroes cristianos que vertieron su sangre en defensa de la fé del Salvador de la humanidad? Pues Pio IX que ha hecho todo esto, Pio IX que ha fomentado la propagacion de la fé en los países más remotos para extender el reinado de Jesucristo, no es otra cosa á los ojos de los protestantes que un Antecristo, porque ellos no quieren desmentir á su padre y doctor.

(1) Bossuet: *Historia de las coruaciones*, etc., lib. XIII, num. 11.

Mucha razon tenia el célebre obispo de Meaux: es necesario estar embriagado para asentar una proposicion de tal naturaleza. Y todavia se nos querrá decir que existen protestantes de buena fé, hombres que teniendo sana razon y estando adornados de alguna instruccion siguen por convencimiento el luteranismo. Lo que hay son hombres sin conciencia, que nada creen y que pertenecen á esta secta como pertenecerian á cualquiera otra; y no pocos que por fines interesados hacen traicion á lo que les dicta su propia conciencia y las luces de que se hallan adornados.

Nos hemos detenido más de lo que fuera necesario porque la acusacion de Lutero al papa llamándole Antecristo no merece ni los honores de una seria refutacion. Con un hombre ebrio es en vano discutir, pues el que tal hiciera mereceria mayor compasion que el que en aquel triste estado se empeñara en sostener polémicas, y ya hemos dicho que solo á un ebrio se le ocurriria ver en el vicario de Jesucristo al enemigo de Jesucristo.

Por esto solo puede comprender el lector lo absurdo é impio del origen del protestantismo que solo ha podido sostenerse á fuerza de continuos engaños.

¿Por qué hoy se verifican tantas conversiones de protestantes que abjurando los errores de la secta vienen á engrasar las filas de los fieles católicos? Porque los hombres de verdadera ilustracion que son protestantes porque lo fueron sus padres que los amamantaron en tan perniciosas doctrinas, adornados de la buena fé que no tuvieron los primeros corifeos de la secta, examinan el origen de la Reforma y sus enseñanzas, y luego hacen una comparacion con el

origen divino del catolicismo, y no pueden ménos de conocer dónde está la verdad y dónde el error, y su buena fé les hace acreedores á los auxilios divinos con los cuales se sienten fuertes para romper las cadenas que les ligaban con la impiedad protestante.

Lutero consiguió agitar á toda la Alemania: el vicario de Jesucristo lloraba inconsolable los grandes disturbios de aquella nacion, y más que todo la pérdida de tantas almas como se dejaban arrastrar por el pérfido apóstol de Satanás. Todavía en su buen deseo creía Leon X poder reducir al hereje, pero esta última ilusion se disipó bien pronto. Dios quería castigar á la Alemania y á otros pueblos, y como sus juicios son incomprensibles á la menguada razon humana, permitió que Lutero llevase á cabo su sacrilega obra. ¡Oh! ¡Y qué obra tan funesta! En comparacion de los estragos causados en la Iglesia por este malaventurado apóstata, nada son todas las demás sectas y herejías si se exceptúa el arrianismo, que también se extendió rápidamente en su tiempo, arrastrando una multitud de almas por la senda de la perdicion: pero al fin el arrianismo murió para no resucitar, en tanto que el protestantismo continúa aprisionando en sus inmundas redes un gran número de hombres, de los que puede decirse que teniendo ojos no ven, y teniendo oídos no oyen: *Popule stulte... qui habentes oculos non videtis: et aures, et non auditis.*

La guerra al representante de Cristo sobre la tierra, al jefe supremo del catolicismo, se ha perpetuado en el siglo. Sin embargo, como « Jesucristo era ayer, y es hoy, y será en los siglos, » como escribió el Apóstol, así su Igle-

sia era ayer, y es hoy, y será hasta la consumacion del tiempo. Jesucristo lleno de amor, prodigio admirable de amor, cuando terminó en la tierra la obra para cuya realizacion habia tomado nuestra carne, muriendo por el hombre, quiso quedarse en la tierra, no obstante partir al cielo, por un misterio de amor, y dejó establecido su reinado de Dios en el mundo, reinado perpétuo contra el cual no triunfarian todos los esfuerzos de Satanás, esfuerzos que se han demostrado siempre en las persecuciones, en los cismas, en los errores, en los grandes y deslumbradores sofismas del filosofismo. Es muy pequeño el hombre para llegar con sus manos al cielo; es muy menguada su inteligencia y muy escasa su ciencia para derrocar la obra de la inteligencia eterna y contrarrestar la ciencia de Dios.

Jesucristo durante los tres años que se dedicó á la predicacion hizo prodigios admirables, y enseñó grandes verdades, prodigios nunca vistos, verdades jamás escuchadas. Hé aquí por qué le rodearon multitud de adoradores, entre los que se contaban en primera linea los doce humildes discípulos que se dignó asociar á su ministerio, constituyéndolos sus apóstoles.

Antes de morir en la cruz legó solemnemente el poder de atar y desatar, hizo entrega de las llaves del reino de los cielos en uno de sus apóstoles, en aquel que plugo á su eterna sabiduria. A este dijo: *Tu es Petrus, et super hanc Petram edificabo Ecclesiam meam.* Ya hemos tenido lugar de citar estas frases del Salvador en el curso de nuestra obra, y ahora nos conviene repetir las.

La congregacion de los fieles, regida por san Pedro,

siempre vivo en sus sucesores, es la Iglesia, la mística esposa de Jesucristo, á la que ama extraordinariamente, y á la que asistirá hasta el fin de los tiempos, segun su magnífica promesa. Hemos visto cumplida la promesa: hemos visto realizada la frase del Apostol: Jesucristo es hoy, como fué ayer, como será en la sucesion de los siglos. Su Iglesia fué, es y será, y nada podrán contra ella las puertas del infierno. Dirija Lutero sus tiros al vicario de Jesucristo, enseñe á sus seguidores á despreciar su autoridad doctrinal, emprenda esa lucha que durará siglos, y que alejará á miles de almas de la cátedra de Pedro, acercándolas á otras cátedras donde solo pueden enseñarse errores. Lamentable es por los que se pierden, pero no por la Iglesia, que conservará siempre frescos sus laureles.

¡Qué insensatez la de aquellos que buscan la verdad allí donde solo puede reinar la mentira; la de aquellos que buscan luces en el foco de las tinieblas!

La Iglesia católica, regida invisiblemente por Jesucristo, su fundador divino, y visiblemente por un vicario suyo, ha cumplido á través de los tiempos y á despecho de grandes vicisitudes su gran mision de maestro de la sociedad humana, enseñando el verdadero progreso, procurando el bienestar eterno y aun el temporal de los hombres.

Séanos permitido consignar unas bellísimas frases de un literato católico, nuestro maestro y amigo, al que la muerte ha arrebatado hace pocos años á las ciencias, á las letras, á la religion, de la que fué insigne defensor, y al cariño de su familia y amigos.

Hé aqui cómo se expresaba el eminente Catalina: «Los

gérmenes del progreso científico, artístico y social existían en la doctrina del Salvador: el desarrollo de esos gérmenes, su crecimiento, su florescencia, su fruto, deben buscarse en el campo de la historia, á la luz pura y serena que irradia de la cátedra de san Pedro.

«Diez y nueve siglos de antigüedad tiene ese trono, y el huracan de las revoluciones no lo ha derribado; diez y nueve siglos há que la barca de san Pedro flota en el océano de la humanidad, sin que las horribles oleadas, que llaman guerras, la hayan nunca sumergido; la navecilla boga, y boga, remada por el espíritu de verdad, llevando por brújula el dedo del Omnipotente, que desde lo alto señala el derrotero de la gloria.

«Esta maravillosa asociacion, cuyos poderes se hallan admirablemente distribuidos; esta máquina, cuyas ruedas con tal destreza engranadas jamás alteran el movimiento que quiso darles el soberano artífice, obra de estudio es para los sabios, siempre fatigados tras de nuevas teorías, y perpétuamente empeñados en el problema perpétuamente viejo de la humana felicidad.

«Mientras los sabios discuten la naturaleza de la autoridad y las formas como esta puede aparecer, la Iglesia asienta y practica la única doctrina verdadera acerca de la autoridad, y adopta una organizacion, una política externa, que no es rigurosamente la monarquía, ni la aristocracia, ni la república, y tiene sin embargo lo bueno de todas esas formas, y evita lo malo que dentro de esas formas pudiera contenerse y con dolorosa frecuencia se contiene: es monarquía, por cuanto el poder reside en uno; es aristocracia, por

cuanto á los mejores puestos son llamados los *mejores*; es democracia, por cuanto para todos los puestos, incluso el pontificado, son aptos *todos* por razon del origen: tiene del absolutismo la centralizacion; tiene del constitucionalismo la discusion; tiene del republicanismo el sufragio.

»Como en el orbe católico hay naciones sujetas á todas las enunciadas formas de gobierno, la Iglesia, que es maestra de la verdad, puede enseñar á todas con el ejemplo, mostrando sobre todas accion saludable por lo que se refiere á su sistema orgánico, á su manera de ser. Á los reyes enseña la Iglesia con su pontificado electivo que el poder se recibe primero en el mundo, y Dios lo confirma en el cielo; que la eleccion ó la herencia no modifican la naturaleza esencial del poder; una vez aceptado, sometidos una vez los súbditos, el poder es la representacion de Dios en la tierra; *omnis potestas a Deo*: toda potestad viene de Dios, ora llegue por conducto de los que expresamente eligen, ora por la sucesion hereditaria. La Iglesia con sus congregaciones, y sobre todo con sus concilios, ha enseñado á los pueblos desde los rudimentos de los sistemas llamados representativos, y hasta á votar. La Iglesia, elevando á las prelacias, al capelo y aun á la tiara á los hijos del pueblo que de tal honor se hacen dignos por su virtud y sus letras, ha definido y explicado la aristocracia, aniquilando los privilegios de raza que tanta sangre costaron en la Roma de los Césares. La Iglesia, acatando en el último presbitero la misma potestad de consagrar el pan y el vino, que en el Sumo Pontífice, cabeza de la jerarquia; la Iglesia, reconociendo en cada cristiano un súbdito, sea cual fuere su condicion de ciuda-

danos ó extranjeros ó de plebeyos, de ricos ó de pobres, define y explica la democracia, la santa igualdad de los espíritus ante Dios, alterable solo por la diferencia de las obras y el caudal de los merecimientos (1).»

Tanto nos encanta así el fondo como el estilo de este filósofo católico, que dejaríamos correr la pluma copiando sus conceptos que siempre serán leídos con agrado por los hombres entendidos y amantes de las glorias del catolicismo: pero basta á nuestro propósito lo que acaba de leerse. En la época que atravesamos, mucho se ha declamado y mucho se ha escrito contra Roma y el Pontificado. Y es natural que así sea: el empeño de los modernos *regeneradores* de la sociedad es desprestigiar todo principio de autoridad: ¿por dónde han de empezar más que por la autoridad más alta de la tierra? La democracia es enemiga declarada de los reyes: ¿cómo no ha de hacer la guerra al que es el representante en la tierra del que es Rey de reyes y Señor de las que dominan? Sin embargo, los grandes cataclismos sociales que hacen bambolear los tronos, que convierten las monarquias en repúblicas y estas á veces en monarquias, segun la corriente de las ideas, no ha podido ni podrá echar por tierra el trono augusto del Vicario de Jesucristo, que ora despojado de la reyesdad por impía revolucion, ora encerrado en un circulo de hierro, ya tranquilo en medio de la paz consoladora, ó bien resuenen en sus oídos los ecos blasfemos de infames turbas, ve postrarse en su presencia miles de súbditos, habla y su voz corre el mundo entero, manda y es obedecido desde Oriente á Occidente,

(1) D. Severo Catalina, *La Verdad del Progreso*, cap. iv, § 11 y 111.

desde el Aquilon al Mediodía. ¿Quién no admira este prodigio? ¿Quién no vé aquí la mano de Dios? ¿Quién no contempla la obra de la Divinidad?

Nos hemos detenido en estas reflexiones por creerlas de la mayor importancia. Medite en ellas el lector, y de seguro se gloriará en ser hijo de esta Iglesia santa, dentro de la cual únicamente puede encontrarse la salvación. Las doctrinas de Lutero como las que más tarde enseñaron con osadía inaudita los filósofos que se propusieron cambiar la faz del mundo, solo pueden deslumbrar á hombres superficiales é ignorantes.

CAPÍTULO VI.

Qué podía ya esperarse de Lutero.—Su libro «Libertad cristiana».—Lo dedica al papa.—Qué era la Reforma.—Juicio de César Cantú sobre el talento y doctrinas de Lutero.—Quema esta la bula del papa, las Decretales y la Suma de santo Tomás.

Como se ha visto, Lutero estaba ya en completa rebelion con la Santa Sede; el que empezó por condenar los abusos de los cuestoreos de indulgencias acabó por ser enemigo declarado del catolicismo. Aquello era una especie de locura, un frenesí al que le habia conducido la soberbia, que habia tomado posesion completa de su corazon. Es seguro que desde el momento en que empezó á extraviarse, la gracia se insinuaria para volverle al camino del bien del que se separaba. Empero si la gracia se aumenta en proporcion á la correspondencia á este don de Dios, se aleja del hombre rebelde que resiste á ella y la desprecia. Lutero no la habia aceptado, se entregó á sus propios consejos y estaba perdido; ya no podia hacer otra cosa que saltar de precipicio en precipicio. Ahora haremos una pregunta: ¿Hablaba Lutero en el lleno de sus convicciones? ¿Creia en lo mismo que enseñaba? Un apasionado del heresiarca al que no

desde el Aquilon al Mediodía. ¿Quién no admira este prodigio? ¿Quién no vé aquí la mano de Dios? ¿Quién no contempla la obra de la Divinidad?

Nos hemos detenido en estas reflexiones por creerlas de la mayor importancia. Medite en ellas el lector, y de seguro se gloriará en ser hijo de esta Iglesia santa, dentro de la cual únicamente puede encontrarse la salvación. Las doctrinas de Lutero como las que más tarde enseñaron con osadía inaudita los filósofos que se propusieron cambiar la faz del mundo, solo pueden deslumbrar á hombres superficiales é ignorantes.

CAPÍTULO VI.

Qué podía ya esperarse de Lutero.—Su libro «Libertad cristiana».—Lo dedica al papa.—Qué era la Reforma.—Juicio de César Cantú sobre el talento y doctrinas de Lutero.—Quema esta la bula del papa, las Decretales y la Suma de santo Tomás.

Como se ha visto, Lutero estaba ya en completa rebelion con la Santa Sede; el que empezó por condenar los abusos de los cuestores de indulgencias acabó por ser enemigo declarado del catolicismo. Aquello era una especie de locura, un frenesí al que le habia conducido la soberbia, que habia tomado posesion completa de su corazon. Es seguro que desde el momento en que empezó á extraviarse, la gracia se insinuaria para volverle al camino del bien del que se separaba. Empero si la gracia se aumenta en proporcion á la correspondencia á este don de Dios, se ajea del hombre rebelde que resiste á ella y la desprecia. Lutero no la habia aceptado, se entregó á sus propios consejos y estaba perdido; ya no podia hacer otra cosa que saltar de precipicio en precipicio. Ahora haremos una pregunta: ¿Hablaba Lutero en el lleno de sus convicciones? ¿Creía en lo mismo que enseñaba? Un apasionado del heresiarca al que no

escatima sus alabanzas, nos ha conservado en uno de sus escritos esta curiosa anécdota: «Un predicante llamado Juan Musa me contó, que en cierta ocasion se habia lamentado con Lutero, de que no podia resolverse á creer lo que predicaba á los otros. *Bendito sea Dios*, respondió Lutero, *pues que sucede á los demás lo mismo que á mi: antes creía yo que solo á mi sucedía* (1). El mismo Lutero decia: «Muchas veces pienso á mis solas, que casi no sé dónde estoy, ni si enseñe la verdad ó no (2).» Y sin embargo, su soberbia le hacia exclamar: «Es cierto que yo he recibido mis dogmas del cielo: no permitiré que juzgueis de mi doctrina ni vosotros, ni los mismos ángeles del cielo (3).»

Lo dicho nos demuestra lo que ya podia esperarse del miserable apóstata: continuamos ahora la historia de su malhadada obra.

La derrota que tanto Carlostadio como Lutero habian sufrido por el peso de la argumentación de Eck, fué causa de que las universidades de Colonia y Lovaina y aun más tarde la de Paris, que fué por algun tiempo la protectora del novador, condenasen todos sus errores.

Poco tiempo despues volvió á escribir al papa manifestándole un respeto que estaba muy léjos de profesarle, dedicándole al mismo tiempo un libro que habia escrito bajo el título de *Libertad cristiana*. La carta fué más injuriosa que satisfactoria. En cuanto á retractacion decia terminantemente: «Nadie se lisonjee de verme cantar la palinodia.

(1) Johannes Mathesius, *concordie* 11.

(2) Luther, *Colloquio*, *Isleb. de Christo*.

(3) *Contra Reg. Aug.*

Vuestra Santidad puede no obstante poner fin á todas estas controversias con una sola palabra, avocándose á si el negocio y poniendo silencio á los partidos.» ¿Y qué era la obra que dedicaba al sumo pontífice? ¿Qué objeto habia tenido al escribirla? ¿Qué mision estaba llamada á desempeñar en la república de las letras y en el campo de las ideas? Visto que manifestaba que bajo ningun concepto *cantaria la palinodia*, puede comprender el lector lo que seria su *Libertad cristiana*: un tejido de miserables sofismas concernientes á su fatal sistema acerca de la justificacion obrada sin necesidad de los auxilios de la gracia, lo que segun ya hemos indicado, no era otra cosa que la renovacion de los errores de los pelagianos. Incansable en el mal publicó por el mismo tiempo otros dos escritos sobre los votos, en los cuales defendia las más horribles y anticatólicas doctrinas.

En nuestra *Historia general de la Iglesia*, titulada *Siglos del cristianismo*, tuvimos necesariamente que hablar de la llamada *Reforma* protestante, historiando la vida de Lutero, y dando á conocer sus enseñanzas y sus luchas. Allí reprodujimos importantes noticias que Mr. Audin nos da en su historia del novador. Conviene á nuestro objeto el trasladar aquí unas líneas de esas noticias que esclarecerán cuanto hemos dicho sobre el carácter del apóstata agustino y el objeto que se propuso:

«La Reforma, dice Mr. Audin, es un fenómeno social y religioso. A su aparicion, Lutero encontró los elementos de este movimiento que debia agitar el mundo, ya del todo reunidos: no los creó, como se ha dicho muchas veces, sino que se sirvió de ellos. El gérmen del protestantismo exis-

fia, pues, al aparecer Lutero (1). La accion del doctor de Witemberg sobre su siglo fué el objeto de un gran número de obras, en que su palabra está representada más poderosa que la de ningun otro escritor, en que su pensamiento está pintado sorprendiendo al porvenir que por intuicion ha adivinado, en que su ciencia del Verbo divino es superior á la de todos los genios católicos, en que su mision es trasformada en apostolado y su obra comparada á la revelacion (2).

«La Reforma, continúa M. Audin, fué violenta al principio: no se contentó con echar de sus conventos á los religiosos, y á los presbiterios de sus presbiterios, sino que los calumnió en sus costumbres y doctrinas, desfiguróles y

(1) Tiene sobrada razon Mr. Audin al expresarse de esta manera. El germen del protestantismo existia ya en Alemania. Ninguno que conozca la historia de la Iglesia y de consiguiente todas las herejías que han aparecido en la sucesion de los siglos desde la infancia de la misma Iglesia hasta la desdichada época de la Reforma, dejara de conocer que el famoso doctor de Witemberg no hizo otra cosa que reuiliendo las mas notables entre las antiguas herejías, para presentar su combate á la Iglesia. Así ha sucedido á todos los que después de él se han propuesto en su loco orgullo destruir el catolicismo. Sirva de ejemplo el moderno tráfuga de la Iglesia Mr. Renan que en su nauseabunda obra *Vida de Jesús* se propuso arrancar con mano torpe de la diadema del Salvador del mundo la más preciosa joya, despojándole de una sola plumada de su divinidad. ¿Qué novedad presentó el sabio individuo del Instituto de Francia? ¿Tanto al siquiera el triste privilegio de originalidad en sus errores? Ya demostramos en la refutación de dicha obra, que publicamos con el título de: *La Virgen María y el Redentor de la Humanidad*, que no hizo otra cosa que plagiar las impías doctrinas de Gibbon, Strauss, Salvador y otros semejantes corifeos de la impiedad tan repetidamente refutadas y condenadas por la Iglesia. El orgullo ha formado siempre á las herejías.

(2) Pero ¿quién escribía estas obras en las que se quería hacer aparecer á Lutero como un genio sobrenatural? ¿Quién sino los que tenían interés en propagar la nueva doctrina, á mejor dicho, los que participaban de la impiedad de Lutero para comparar su obra con la revelación? Nadie puede poner en duda que el novador estuvo dominado por la soberbia y la sensualidad, que era mordaz y sarcástico, que dió el escándalo de romper sus votos religiosos y contraer un matrimonio doblemente escrutado. A un hombre semejante, á un hijo de Satanás por la soberbia y la lascivia, ¿podía Dios escogerle para revelar su verdad al mundo? Dios nos habló por medio de Moisés y de los profetas, y después por los labios de su divino Hijo, que por nosotros y por nuestra salud descendió del cielo.

quemó y dispersó sus libros, aquellos libros católicos, sobre todo, en que el escritor, presbitero, monje, jurista, poeta en cuestion á la enseñanza del doctor su mision evangelica, sus costumbres, sus doctrinas, y á su vez le ponía de manifiesto en un teatro donde él mismo habia hecho representar sin piedad á sus adversarios.»

Hemos visto la insensatez de Lutero al llamar al papa el Antecristo, y justamente entonces ocupaba la cátedra de san Pedro un pontifice amado de todo el mundo por sus grandes virtudes. «Nunca, dice el mismo M. Audin, en ninguna época del cristianismo la tiara habia brillado con tanto esplendor; todas las coronas desaparecieron delante de ella. El papa era verdaderamente el monarca universal; reyes, príncipes, grandes del mundo, pueblo, se disputaban una mirada suya; cantábanle en todos los idiomas, y su retrato adornaba todos los palacios y todas las cabañas, porque el nombre de Leon despertaba á la vez todas las ideas de religion, de arte, de poesia y de gloria.»

Sobre el talento de Lutero y sobre sus doctrinas veamos lo que dice un historiador moderno que viene á confirmar cuanto hemos dicho antes sobre la falta de originalidad del novador en sus errores. El que va á hablar es César Cantú, que al tratar del falso reformador acepta y explana segun vemos por la lectura de ambos escritores las profundas reflexiones del abate Luis Vallée en su *Dictionnaire du Protestantisme*. Hé aqui de qué modo se explica:

«Lutero habia estudiado mucho; pero adviértese en su latín, en vez de la elegancia y la armonia de los clásicos, pesadez y dificultad; y cuando al escribir á Roma, quiere

esmerarse, su estilo es inflamado, ampuloso y abusa de los adjetivos. Escribe mejor bajo la impresion de la cólera: cuando le falta la voz latina recurre á la alemana; por lo demás, apenas para mientes en el arte: habla porque necesita hablar; no argumenta con claridad; pero se parapeta tras de sus paradojas, y pretende raciocinar sobre lo probable á modo de los escolásticos; de suerte que cuando aventura una proposicion, añade: *Esto es lógica, no fé; la fé, pues, nada tiene que hacer aquí.* Llegó á adquirir cierta destreza para tratar en su lengua natal las materias filosóficas y religiosas; tenia dotes de orador, fecundidad inagotable de pensamientos, imaginacion capaz de producir y recibir impresiones, abundancia y flexibilidad de estilo, voz clara y armoniosa, ojos brillantes, cabeza majestuosa, manos bellísimas, facciones animadas, y cuidaba mucho de llevar siempre limpios el vestido, los cahellos y los dientes. Vivió entre el pueblo y lo estudió comprendiendo que solo del pueblo emanan las revoluciones duraderas. Su voz brillante animada con el orgullo de la infalibilidad personal, que se resigna á referirse á la palabra de Dios, pero reservándose el derecho de interpretarla como mejor le plazca. Clama por lo tanto impetuosamente sin respetar nada; el espíritu y la imaginacion suplen al genio; se adelanta arrastrado por la ira y la impetuosidad sin saber adónde vá. Llegó á predicar tres veces al dia; nunca le faltó sobre qué, y siempre con el calor y el desórden de una oda; era elocuente, si elocuencia es el continuo movimiento del alma; era todavía predicador cristiano; pero previó que la elocuencia decaería al decaer el dogma y que seria inútil ya

conmover las conciencias por medio del terror ó el sentimiento.

»Ninguna de sus doctrinas era nueva; desde un principio tuvo la Iglesia que sostener con su palabra la verdad sellada con sangre; renida en torno del sucesor de san Pedro, se vió luego precisada á discutir los dogmas, y segun la inspiracion del Espíritu Santo, á anatematizar la soberbia de la razon, que á modo del antiguo tentador dice al hombre: *Tú eres Dios.* En las controversias suscitadas entre el papa y los reyes se habian agitado todas las cuestiones relativas al poder pontificio, y el mundo habia proclamado la superioridad de la materia sobre el espíritu, de la fuerza sobre la opinion. Los valdenses y los cátaros, y toda aquella multitud de innovadores, habian considerado la Escritura como el único juez competente en materias de fé; la tradicion, como palabra humana, estaba para ellos sujeta á error, y solo en las letras de fuego de la Escritura, brillantes como el sol, no cabia engaño; creian inútil el culto externo; decian que el papa era un Antecristo y que no tardaria mucho en hundirse su cátedra. La libertad de examen fué la bandera bajo la que se agruparon sucesivamente los heresiarcas de la Edad media; y no hubo verdad ni error que no se pusiese en tela de juicio, sobre la gracia, la justificacion y el purgatorio.

»Lutero, pues, no hizo más que conducir las dudas al través de los siglos, sustituir á la constancia de la tradicion la vacilacion de los razonamientos esotéricos, arrojándolos, sin cuidar de ordenarlos primero sobre un mundo dispuesto á recibir la simiente. Algunas almas rectas creyeron ver en

el al hombre enviado por Dios, si no para destruir el dogma, para poner coto á los abusos, concediéndole una fuerza de genio maravillosa. Los literatos decían que escribía con gran desaliño, pero aplaudían sus ataques contra la des-acreditada escolástica y los frailes, en los que creían encarnada la ignorancia y la pedantería. Los primeros que se arrojaron á hacerle frente le dirigieron argumentos, que Lutero esquivó con auxilio de la burla y la audacia, concluyendo por obligar á los estudiantes, que no cesaban de aplaudirle, á silbar á sus opositores.

«Era, pues, impetuoso más bien que fuerte: era un torzente que al descender de una gran altura, aunque pobre en su nacimiento, se robustece y altrouea; pero esa misma impetuosidad, esas mismas invectivas, esa misma inflexibilidad, ese mismo «magnífico desprecio de los reyes y de Satanás.» consiguieron popularizarle. Y no es de extrañar, porque en la historia vemos el favor con que siempre se ha recibido la fuerza extraordinaria que arrastra en pos de sí á los que necesitan movimiento, pero rehuyen la fatiga de pensar por sí mismos. Los alemanes miraban ya de reojo al papa, desde que se opuso á los proyectos del emperador, de fundir en uno el orden material y moral. Ahora se veía acariciado aquel sentimiento de malevolencia contra cuanto había del lado acá de los Alpes, contra aquellos papas que habían sustraído á sus pasiones una civilización entera; de modo que se aficionaron al nuevo Herminio, declamando contra la pompa y la delicadeza que no conocían, y contra la cultura de que no eran capaces.

«Aumentáronse los protectores de Lutero, y el principal

de todos ellos fué Clrico de Hütten, autor de las *Epistola obscurorum virorum*, rey entonces de la imprenta, que no ménos valiente con la espada que con la pluma en la mano, combatió en campo cerrado con cuatro franceses que habían calumniado á Maximiliano, y escribió un violento prefacio para el opúsculo de Lorenzo Valla sobre la donación de Constantino. Había abandonado el latín por el alemán, y trataba de formar una asamblea anual de obispos para regularizar la Iglesia, y una constitucion cristiana del imperio, cuyo jefe debía ser Carlos V. Pero viéndole vacilar se fijó en Francisco de Sickingen, noble que habitaba á orillas del Rhin.

«Este, uno de los últimos en renunciar al derecho de la fuerza, se preparaba desde su castillo de Landsfthul á reparar con la espada en la mano las ofensas que los tribunales dejaban impunes: en defensa de un particular, hostilizó á Worms, y colocado del lado del emperador, se sostuvo tres años, reintegrándose de los gastos que hacia con lo que robaba á los mercaderes que iban á Francfort, tanto que Maximiliano se vió en la precision de levantarle el destierro y tomarle á su servicio, siendo por algunos propuesto para emperador.» Fué de los primeros en afiliarse al partido de Lutero y le ofreció su castillo, con la esperanza de que aquel desorden daria en tierra con las trabas puestas á las guerras privadas; y no obstante estas trabas, al frente de mil doscientos hombres que reunió en poco tiempo, atacó al elector de Tréveris, declarando guerra á cuantos príncipes se lanzaran á detenerle; pero asediado con armas á que no estaba acostumbrada la caballería, fué herido, preso en la brecha y muerto.»

A contar desde el momento en que Lutero fué herido por los rayos del Vaticano, no se vio en el fundador de la Reforma, dice el obispo de Meaux, otra cosa más que furor: nubes de escritos echó á volar contra la bula. Por de pronto publicó unas notas ó apostillas llenas de desprecio: en seguida dió á luz un escrito con este título: *Contra la bula execrable del Antecristo*, concluyéndolo con estas palabras: *Así como ellos me excomulgan á mí, yo les excomulgo á ellos á mi vez*. De este modo fallaba aquel nuevo papa. En suma, publicó un tercer escrito: *Para defensa de los artículos condenados por la bula*. En este libro, lejos de retractarse de ninguno de sus errores, ó de suavizar á lo ménos un poco sus excesos, los cometía mayores, confirmando todo lo que habia dicho, sin excluir esta proposición: *que todo cristiano, una mujer, un niño pueden absolver en ausencia del sacerdote, en virtud de estas palabras de Jesucristo: « Todo lo que vosotros desatareis será desatado: » ni la otra en que decía, que era resistir á Dios pelear contra el Turco... Concluía dando á los hombres este mandato como un órduculo venido del cielo: *Cesad de hacer la guerra al Turco, hasta que el nombre del papa sea borrado debajo del cielo* (1).*

Mr. Audin cita tambien estas palabras del novador: « Hé aquí cómo yo me retracto, bula, hija de una boia de jabón. Dime, ignorantisimo Antecristo, ¿ cómo eres tan necio para creer que la humanidad va á aterrarse: si bastase para condenar decir: « eso me desagrada, no, no quiero, » no habria ni mulo, ni jumento, ni topo, ni zángano que no pudiese pasar plaza de juez. Dícese comunmente que el asno no

cantá mal, sino porque entona demasiado alto, y la bula hubiera cantado mucho mejor á no haber abierto contra el cielo su boca blasfema... ¡ Ah bulistas! ¿ no tembláis que piedras y tronos suden sangre al escuchar las abominaciones que vertéis? ¿ Dónde estais, emperadores; dónde estais, reyes y principes de la tierra? habeis dado vuestro nombre á Jesus en el bautismo, ¿ y sufris ahora la voz infernal del Antecristo (1)? » Y segun Henrion añadió: « El papa es un lobo poseido del espíritu maligno, es necesario juntarse de todas las sociedades y pueblos contra él. No hay necesidad de esperar ni la sentencia del juez ni la autoridad del concilio (2). »

Luego, como se ve, Lutero no solamente era impío, sino que á su impiedad unia la más refinada grosería. De quien de tal modo se expresaba ¿ qué se podia esperar? Ya hemos visto que habia manifestado antes al Sumo Pontífice algun respeto aunque fuese hipócritamente, pero al fin irritado por la excomunion agota contra su venerable persona los términos más bajos é indecentes para mejor injuriarle. Necesariamente hemos de ocuparnos de las variaciones del protestantismo: pero ya puede observarse por lo que llevamos historiado, que por lo que más se distinguió Lutero fué por sus inconsecuencias. Esto no nos extraña, pues sabemos muy bien que no hay unidad donde no se halla la verdad. La unidad es nota propia y peculiar de la Iglesia católica, porque sólo en ella se halla la verdad, que en vano buscaríamos en las demás religiones ó sectas.

(1) Mr. Audin: *Hist. de Lutero*, cap. xi.

(2) Henrion, obra citada.

(1) Bossuet: *Hist. de las variaciones*, lib. I, núm. xxiv.

Una especie de locura acometió al apóstata desde el momento en que conoció la bula de su condenacion. Es imposible que mayor rabia pueda apoderarse del corazon humano. La bula corrió por toda Alemania, y fueron muchos los que queriendo permanecer fieles á la comunion católica quemaron los escritos que tenían del hereje: pero este á su vez quemó la bula, y con ella las Decretales de los papas y hasta la *Suma* de santo Tomás. Era el 10 de diciembre 1518 cuando cometió este nuevo hecho tan escandaloso en Wittenberg delante de la iglesia de Santa Cruz, y á presencia de una multitud de personas inficionadas ya en sus herejias, que le colmaron de aplausos.

Ya no habia en lo humano remedio para Lutero; no podian aumentarse sus impiedades, y sus menosprecios hacía la cátedra de la verdad que ocupa Pedro en persona de sus legítimos sucesores. Al día siguiente de haber quemado la bula, subió al pulpito, desde el cual se glorió de la obra y dijo que hubiera sido mejor quemar la silla pontificia.

El que de tal modo obró con el jefe supremo de la Iglesia, y que tuvo la osadía de quemar públicamente, como hemos visto, la *Suma* de santo Tomás, así como la bula de excomunion y las Decretales, no podia ya guardar respeto á nadie ni á nada. Enrique VIII, del que más adelante hemos de ocuparnos, se lanzó á refutar á Lutero en lo que habia escrito acerca de los sacramentos, y le llamó por desprecio doctorcillo y santurrón. Hé aquí lo que escribió aquel rey: « Niegue, decia, nuestro erudilillo que toda la comunion cristiana saluda á Homa como á su madre y guía espiritual hasta el extremo del mundo. Cristianos separados por

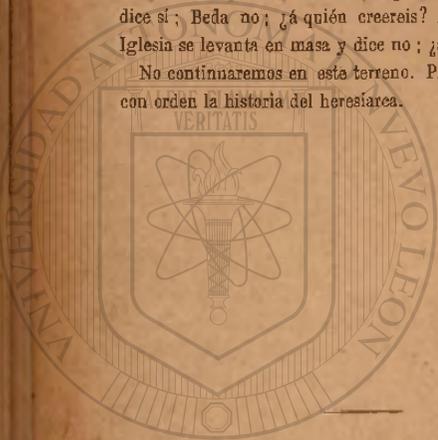
el océano y el desierto obedecen á la Santa Sede. Si este inmenso poder no radica en el papa por voluntad de Dios ni de los hombres, si es debido á la usurpacion y á la rapiña, expliquenos Lutero su origen. La derivacion de un poder tan grande no puede estar envuelta en las tinieblas, mucho más pudiendo recordar su época. ¿Data de dos ó tres siglos? Abra la historia y lea. Pero si esta potestad es tan antigua que oculta su principio en la noche de los tiempos, téngase presente que las leyes humanas legitiman la posesion de todo aquello cuyo origen no puede indicar la memoria, y que por unánime consentimiento de las naciones está prohibido tocar lo que el tiempo respeta. Rara imprudencia se necesita para afirmar que el papa fundó su derecho en el despotismo. ¿Por quién nos toma Lutero? ¿Tan estúpidos nos cree que vayamos á dar asenso á la idea de que un pobre sacerdote haya bastado á establecer un poder como el suyo; que sin ningun objeto, sin ninguna especie de mision ni derecho haya conseguido someter bajo su cetro tantas naciones; que tantas ciudades, tantos reinos, tantas provincias hayan sido tan pródigos de su libertad, que hayan reconocido á un extranjero, á quien no debian fé, homenaje ni obediencia? »

El rey teólogo defiende despues con sólidos argumentos la misa, bajo el doble aspecto dogmático de buena obra y de sacrificio.

Hé aquí cómo se expresaba abandonando el terreno de los silogismos: « Emilio Scauro, acusado ante el público romano por un hombre sin reputacion, exclamaba: *Quirites, Varo afirma, yo niego; ¿á quién creereis vosotros?* Y el pue-

blo le aplaudid, y el acusador se sintió confundido. No procuraré buscar mejor argumento en la cuestión del poder de las llaves. Lutero dice que la palabra de la institución se dirige á las leyes. Agustín niega; ¿á quién creereis? Lutero dice sí; Beda no; ¿á quién creereis? Lutero dice sí; la Iglesia se levanta en masa y dice no; ¿á quién creereis?»

No continuaremos en este terreno. Procuraremos seguir con orden la historia del heresiarca.



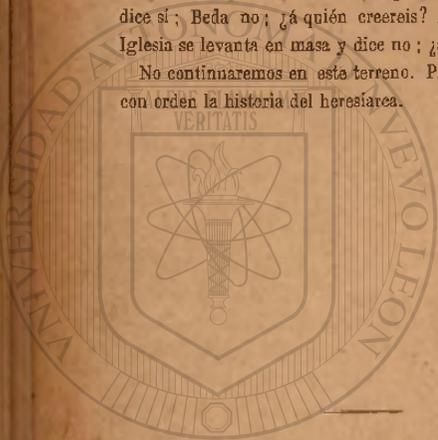
CAPITULO VII.

Matrimonio de Lutero.—Adriano VI, sucesor del papa León, felicita á Erasmo por haber combatido los errores del apóstata.—Nuevos libros publicados por Lutero.—Entrevista de Lutero y Carlos V.—Decadencia del catolicismo en Alemania.—Cuadro delineado por M. Audis.—Su parecido con lo que hemos presenciado en España.

Vamos á ocuparnos del hecho más escandaloso de la vida del frile apóstata; es la parte verdaderamente cómica de aquella vida desordenada. Lutero, como monje, estaba consagrado á Dios, habiendo hecho voto de perpétua castidad al pié de los altares. Sin embargo, el que habia hecho traición á todos sus deberes, que se mofaba de la autoridad del sumo pontífice, que contradecía los principales dogmas del catolicismo, no tuvo la menor dificultad en dar al traste con sus votos religiosos para dar rienda suelta á sus pasiones. Se habia enamorado de una religiosa alemana, de noble nacimiento, y determinó hacerla su esposa, mejor diremos su concubina, porque no podia haber entre ellos verdadero matrimonio. Ganoso en llevar á cabo su sacrilego propósito, la noche misma del viernes santo (1525), hizo robar del claustro á aquella religiosa, junto con otras ocho compañe-

blo le aplaudid, y el acusador se sintió confundido. No procuraré buscar mejor argumento en la cuestión del poder de las llaves. Lutero dice que la palabra de la institución se dirige á las leyes. Agustín niega; ¿á quién creereis? Lutero dice sí; Beda no; ¿á quién creereis? Lutero dice sí; la Iglesia se levanta en masa y dice no; ¿á quién creereis?»

No continuaremos en este terreno. Procuraremos seguir con orden la historia del heresiarca.



CAPITULO VII.

Matrimonio de Lutero.—Adriano VI, sucesor del papa León, felicita á Erasmo por haber combatido los errores del apóstata.—Nuevos libros publicados por Lutero.—Entrevista de Lutero y Carlos V.—Decadencia del catolicismo en Alemania.—Cuadro delineado por M. Audis.—Su parecido con lo que hemos presenciado en España.

Vamos á ocuparnos del hecho más escandaloso de la vida del frile apóstata; es la parte verdaderamente cómica de aquella vida desordenada. Lutero, como monje, estaba consagrado á Dios, habiendo hecho voto de perpétua castidad al pié de los altares. Sin embargo, el que habia hecho traición á todos sus deberes, que se mofaba de la autoridad del sumo pontífice, que contradecía los principales dogmas del catolicismo, no tuvo la menor dificultad en dar al traste con sus votos religiosos para dar rienda suelta á sus pasiones. Se habia enamorado de una religiosa alemana, de noble nacimiento, y determinó hacerla su esposa, mejor diremos su concubina, porque no podia haber entre ellos verdadero matrimonio. Ganoso en llevar á cabo su sacrilego propósito, la noche misma del viernes santo (1525), hizo robar del claustro á aquella religiosa, junto con otras ocho compañe-

ras, tan débiles como ella. La circunstancia del día en que se verificó el escandaloso raptó, le dió margen para compararlo con la libertad de las almas que Jesucristo sacó del limbo en aquel mismo día. Todo hace pensar que Lutero se burlaba de los misterios de la religion. De otro modo no se hubiese atrevido á hacer semejante comparacion.

«Pareció sin embargo, dice un escritor, que la misma vergüenza de este matrimonio perjudicó en algo á la celebridad de las bodas. El ministro, un abogado y un pintor, fueron los únicos convidados del esposo, el cual dió su convite á la hora de cenar, sin decir una palabra á sus amigos.»

Necesariamente el matrimonio contraído entre un fraile y una monja era un suceso extraordinario que no podia ménos de meter mucho ruido en la ciudad. Lutero ya no estaba solo en el camino de la fatal Reforma: eran muchos los que habian seguido su ejemplo tanto en el clero como en el pueblo. Unos le atababan, otros le satirizaban, quiénes componian versos dedicados al asunto, y hasta el gobernador de Wittemberg le felicitó enviándole un regalo de boda, lo que imitó el municipio de la ciudad, que le ofreció dos preciosos anillos.

Al acontecimiento de la boda del reformador siguió el de su presentacion en publico llevando del brazo á su esposa (1). Las gentes corrian tras ellos, y las ventanas de las casas que estaban en las calles del tránsito se veian ocupadas por personas que deseaban contemplar aquella extraña pareja.

(1) Le damos impropriadamente este título, pues nó era otra cosa que una concubina, porque nó podia haber verdadero matrimonio, segun ya hemos dicho.

Antes que Lutero habian dado el mismo paso de contraer matrimonio otros eclesiásticos, entre ellos Carlostadio, que rayaba en la ancianidad, y Wolfgang. Este último no sólo no presentó á su mujer en público, sino que ni aun se atrevia á salir á la calle porque era objeto de las burlas del pueblo. Lo más extraño es que Lutero habia desaprobado las bodas de aquellos, y sin embargo no tardó en imitarlos.

Jesucristo ha dicho que el árbol malo no puede dar buen fruto, y así lo ha dejado consignado en el Evangelio: ¿qué fruto, pues, habia de dar la llamada Reforma, siendo obra de Lutero? El abrió la puerta á todos los excesos, santificando con su palabra y su ejemplo todo lo que la religion condena, y condenando todo lo que la religion santifica. Las uniones ilícitas, los incestos se multiplicaron, y la Alemania cayó en el estado de la mayor abyeccion posible. De tal modo cundió la inmoralidad y merced á ella el crimen, que el mismo reformador pronunció desde el pulpito de Wittemberg estas frases que forman el mejor panegirico de él y de su Reforma: «Desde que hemos predicado nuestra doctrina, el mundo se hace de día en día más malo, más impío, más descarado. Los diablos se precipitan en legiones sobre los hombres, los cuales á la pura luz del Evangelio son más ambiciosos, más impúdicos, más detestables de lo que eran en otro tiempo bajo el papado. Paisanos rústicos y nobles, gentes de todos estados, desde el más grande al más pequeño, no se encuentra donde quiera más que avaricia, intemperancia, crápula, impureza, desórdenes vergonzosos (1).»

(1) Serm. 1553.

¿Cómo es que el poderoso emperador Carlos V no hizo esfuerzos para contener á Lutero en sus desórdenes, evitando el que precipitara á la Alemania en el abismo de la rebelion y del cisma? Es muy sencillo. Carlos habia pedido permiso al papa Leon para conservar el reino de España con el imperio, lo que le fué otorgado, y esto produjo una guerra. Las constituciones de aquella época prohibian terminantemente acumular dos posesiones; pero á pesar de esto el papa Leon habia otorgado el permiso á Carlos par que este le habia hecho formal promesa de contener á Lutero, lo que podia hacer con más facilidad que Francisco I. Mas como se suscitase la guerra entre ambos monarcas, con grave daño para ambos reinos, hé aqui el que el emperador teniendo que fijar toda su atencion en aquella lucha, desatendiese los asuntos respectivos á la religion, lo que favoreció en gran manera al escandaloso apóstata.

El papa Leon murió con el sentimiento de haber visto extenderse la herejia en Alemania sin haberla podido contener, sucediéndole en el solio pontificio Adriano VI, alemán de nacimiento y obispo á la sazón de Tortosa en España, dignidad á que habia sido elevado por Carlos V, del que habia sido preceptor.

Erasmus habia combatido con energia los errores de Lutero, y el nuevo papa le llamó á su lado y le felicitó por aquel concepto.

En ocasion en que Lutero se hallaba retirado en el castillo de Westberg, Carlostadio se habia declarado jefe del partido y como tal habia destruido las imágenes de Wittenberg, suprimido la elevacion del santísimo Sacramento,

y al mismo tiempo hizo otras innovaciones. Esto dió causa á Lutero para un gran resentimiento. Todo aquello lo habria hecho él con la misma osadía que Carlostadio, pero reprendió á este severamente, por la sola razon de haberlo hecho sin consentimiento suyo, pues que queria ser reconocido como único jefe de la secta. Dijo á Carlostadio que habia obrado precipitadamente y sin mision alguna. ¿De quién la habia recibido Lutero? Grandes disturbios hubo, pues, entre ambos herejes, puesto que se disputaban la funesta gloria de quién podia causar más daño á la Iglesia y al Pontificado.

En un punto se veia perplejo Lutero, cual era en el dogma de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía. No encontraba medios para negarlo, pues que no daban lugar á tergiversaciones ni á sutilezas de ninguna clase estas palabras del Evangelio: *Este es mi Cuerpo; esta es mi Sangre.* ¿Qué hizo, pues? No encontrando medios para combatir ó negar, estableció un absurdo sistema acerca de la empanacion, enseñando con Wicief que el pan permanece en la Eucaristía, y con los teólogos á los que llamaba sofistas, que existe igualmente el cuerpo del Señor. Así al admitir la presencia real negaba la transustanciacion conservando en la Eucaristía la sustancia del pan. Los discípulos del novador no solamente aceptaron el absurdo sino que lo aumentaron, sosteniendo que esta union del cuerpo y del pan se obraba á la misma manera que en la Encarnacion se habia verificado la union hipostática del Verbo y del hombre, por lo cual podía decirse: «Este pan es Dios.» A tal grado llegaron las desavenencias habidas entre Lutero y

Carlostadio, que esta último se vió obligado á retirarse de Wittenberg á Ortomunda, ciudad de Turingia, sujeta aun al elector de Sajonia.

Esta partida de Carlostadio llenó de regocijo á Lutero, pues que le dejaba jefe absoluto de la secta, lo que no podia ménos de halagar su vanidad. Entonces llegó al extremo en sus diatribas contra el papa y la Iglesia, y dió á luz el libro al que dió por título: *Contra el estado falsamente llamado eclesiástico*. En esta nueva produccion de la desdichada pluma del reformador se dirigian los más absurdos ataques contra el episcopado cuyo exterminio deseaba, y tal era su deseo de concluir con la jerarquia eclesiástica que publicó casi al mismo tiempo que la obra que acabamos de citar otro escrito al que llamaba: *Bula de reformation*, en oposicion á la bula: *In cœna Domini*, afirmando que todos aquellos que coadyurasen á abolir el ministerio episcopal serian verdaderamente hijos de Dios, y que por el contrario, todos aquellos que de cualquier manera defendiesen á los obispos, ó los obedeciesen, serian miembros de Satanás. Como puede comprenderse, Lutero para probar la verdad de sus palabras se servia de diversos textos de la Escritura tergiversándolos á su manera y explicándolos del modo más absurdo.

El reformador era incansable en el mal; tras los escritos citados dió á luz otro libro titulado: *Del fisco comun*, con el cual tenia por objeto captarse la voluntad de los principes y poderosos para encontrar en ellos apoyo y defensa. Para lograr este fin creyó lo más á propósito despertar en ellos la codicia y manifestarles el modo como podian satisfacerla. Así en su nueva obra les hacia ver que una vez extermina-

dos los obispos, las abadías y todos los conventos, los cuantiosos bienes de su pertenencia debian quedar á disposicion de las potestades temporales en cuyos dominios radicasesen. Como quiera que todas sus doctrinas eran tan marcadamente contrarias á la fé católica, se dedicó con la mayor asiduidad á hacer una traduccion de la Biblia en lengua alemana, poniendo un especial cuidado en mutilar ó dar diverso sentido á los textos por los cuales podian condenarse sus enseñanzas mezclando al mismo tiempo mil supercherias. Hizo varias y hermosas ediciones, repartiendo hasta cien mil ejemplares, en los cuales podian necesariamente encontrarse toda clase de argumentos en apoyo de sus ideas. Tal era la fidelidad del que se arrogaba una mision reformadora que á primera vista se comprende que no tenia otro carácter que el de satánica. Escudado con esta arma de tan mala ley salió á predicar por diversos pueblos y se dirigió á Orlemond donde á la sazón se hallaba Carlostadio, diciendo que iba con el objeto «de confundir á aquel Satanás.» Apenas se presentó en aquella poblacion, Carlostadio amotinó al pueblo contra él y le apedrearón y cubrieron de lodo: despues fué á buscarle á la hosteria del Oso Negro, y en este primer conciliábulo de los apóstoles del error se colmaron de injurias: Lutero ofreció á Carlostadio un florin por que escribiese en contra de su opinion, este lo aceptó, mandaron llevar bebidas, brindaron el uno á salud del otro y se despidieron con nuevos insultos y groserias. *Ojalá que le vea enrodado*, dijo el uno.—*Permita Dios que te rompas la cabeza antes de salir de la ciudad*, contestó el otro. Consideren esto y avergüéncense los hijos de la España católica

que arrastrados por el torrente de la moderna impiedad han hecho traición á sus principios religiosos, olvidando la pura enseñanza que recibieron de sus mayores, apartándose de la saludable doctrina del Evangelio para afiliarse á las banderas de esa secta tan nauseabunda del protestantismo que tuvo por fundador un apóstata impúdico y prosero, y que en el espacio de tres siglos no ha producido otra cosa que trastornos y agitaciones continuas. Comparen con fría reflexión y no podrán ménos de arrepentirse de su desercion, y acudirán presurosos al regazo de la santa madre la Iglesia católica, apostólica y romana que es la única verdadera, el arca misteriosa que solo puede hacerlos descansar en los altos montes de la gloria. No sería necesario explicar las continuas variaciones del protestantismo, las cien y más sectas en que hoy se halla dividido ni las desgracias y calamidades que ha causado en la Alemania, en Inglaterra y en los demás países donde ha logrado introducirse, para mirar con horror esta secta: para el hombre de sano criterio basta tan solamente la lectura de la asquerosa vida de su fundador. Para nosotros bastarían fijar la atención en la entrevista de Lutero con Carlostadio que acabamos de explicar, para arrepentirnos de todo corazón si alguna vez hubiésemos tenido la desgracia, de lo que Dios nos ha librado, de estar malcontentos en el seno del catolicismo. Por fortuna son en muy escaso número, como ya creemos haberlo indicado, los católicos españoles que se han dejado seducir por los esfuerzos hechos entre nosotros por los emisarios de las sociedades bíblicas para quebrantar los vínculos que les unian con la Iglesia. El protestantismo se halla

hoy felizmente bastante desacreditado para poder producir nuevas víctimas de sus errores. Atendida esta verdad de todos conocida y los extraordinarios progresos que, según ya también hemos indicado, el catolicismo viene haciendo en Alemania y en la Gran Bretaña donde son tan numerosísimas las conversiones, podemos esperar que en un plazo no muy lejano desaparecerán todas las sectas disidentes, extendiéndose y arraigándose nuevamente el catolicismo en todos los países hoy por ellas dominados.

Aun parecía poco á Lutero el daño que habia causado á la Iglesia y al pontificado con su predicacion y escritos; aun no se hallaba satisfecho aquel monstruo de impiedad con haber atacado todos los dogmas; aun no se habia saciado su sed de destruccion, por lo que publicó otro folleto *contra el celibato*. La doctrina que en él vertía tan favorable para las pasiones, causó *maravillosos* efectos según la confesion del mismo Erasmo. Los desórdenes á que dio lugar el fatal escrito del novador fueron extraordinarios. Aquella nueva doctrina enseñada por el ya tristemente célebre doctor de Wittenberg, dio por resultado el concubinato, el sacrilegio y toda clase de desórdenes. El ejemplo que así el reformador como otros de sus corifeos habian dado rompiendo los votos monásticos para contraer sacrilegas bodas, tuvo muchos imitadores principalmente desde la publicacion del mencionado escrito, que como todos los que producía su pluma, estaba plagado de los más absurdos sofismas. Eclesiásticos de tan poca virtud como instruccion, se dieron prisa á saltar por encima de las prescripciones canónicas para entregarse á toda clase de excesos. El amor

á los placeres y á los intereses materiales tomó posesion de innumerables corazones.

Hemos dicho anteriormente que Lutero, con el objeto de ganar á los principes y que le ayudasen en la propaganda de sus doctrinas, les excitaba á concluir con los obispos, abades y frailes, manifestándoles que á ellos pertenecian todos los bienes y despojos de los monasterios.

La decadencia del catolicismo en Alemania era una pérdida de mucha consideracion para la Iglesia. En aquella nacion cuyo territorio era inmenso se habia conservado en toda su pureza la fé católica desde que los apóstoles llevaron á ella la luz del Evangelio. No habrá escritor capaz de contradecir con sólidas razones que al clero católico debia toda su grandeza y esplendor. La mayor parte de los obispos eran condes, duques, principes y electores: ligados, por lo tanto, por los vinculos de sangre con las más opulentas familias, é interesados en el engrandecimiento de los pueblos, no se limitaban tan solamente en dirigir al clero y á los demás fieles como pastores de la Iglesia, en procurar la magnificencia en todo lo concerniente al culto divino, sino que eran decididos protectores de las artes y de las ciencias en todos los ramos del saber humano, desplegando en esta parte una generosidad propia de personas de elevada cuna. El clero por su parte habia contribuido mucho al bien general por medio de la enseñanza y del ejemplo de las virtudes. Puede decirse que el vasto territorio de Alemania estaba como sembrado de monasterios que eran centro de las mayores glorias de una nacion que tan fecunda habia sido en buenas obras.

Reservado estaba á Lutero el triste privilegio de cortar de raiz los árboles que producian frutos tan deliciosos, arraucando la paz del seno de aquella sociedad y convirtiéndola en una verdadera cueva de ladrones. Emporo, sucedió en Alemania lo que acontece siempre en todos los países en que la Iglesia de Dios es despojada de los bienes que legítimamente le pertenecen: los mismos que llevaron á cabo la obra sacrilega enriqueciéndose con tales despojos, se hicieron luego mutuamente la guerra para despojarse á su vez de lo que tan mal habian adquirido.

Hemos dicho que el emperador Carlos V, á pesar de sus buenos deseos y de la formal promesa que habia hecho á Leon X, y en virtud de la cual le permitió unir la corona de España á la del Imperio, no pudo oponerse á la marcha progresiva de la obra destructora de Lutero. El catolicismo se hundia en la Germania, y ¿en qué ocasion? Oigamos á Mr. Audin: «Cuando la mano de Carlos V estaba á doscientas leguas de allí, cumpliendo los destinos de la Providencia; cuando en Alemania todo estaba desorganizado: cuando la autoridad episcopal estaba violentamente atacada; cuando los pueblos creían en la venida de un nuevo Mesias, y el Turco amenazaba destruir la obra de Jesús.

«La palabra de Lutero sembró por todas partes el desorden. A los revoltosos, á los rebeldes contra la autoridad espiritual, les destinaba una corona terrenal, formada de los diamantes, pedrería, oro y plata arrebatados á los conventos, y otra celestial con las beatitudes divinas; una sola bastaba para tentar la codicia de los principes. Los tesoros del claustro se parecian á la semilla sangrienta de Tertu-

— 30 —

liano, y cada día hacían nuevos prosélitos á la Reforma... repétre mos el decir del mismo Lutero, según el cual el viril en que se pone al Señor de manifiesto, es decir, las riquezas de las iglesias, habían hecho muchas conversiones. Si Alberto de Brandeburgo apostató fué por saquear á mansalva el territorio de Prusia, que pertenecía á la órden Teutónica, y que él erigió en reino hereditario, y lo mismo puede asegurarse de Francisco Sickingen, invadiendo el arzobispado de Tréveris, seguido de doce mil bandidos reclutados en los bosques, y cuya huella dejaba ver rastros de sangre.

»En 1550 muchos príncipes tuvieron la osadía de presentarse en la dieta de Augsburgo cubiertos con trajes en que brillaban las joyas de los conventos.

.....

»La confiscación de los bienes del clero, atacando el derecho de propiedad, lleva sobre sí el castigo de toda acción revolucionaria, marchando siempre acompañada del tumulto, del pillaje á mano armada, de la cólera del vencedor, de la sangre del vencido, cuando reducido á la desesperación el oprimido, quiere defender su propiedad, ó que si bien desprecie los bienes de esta vida terrenal rebuse la negociación de su fe y de su conciencia. Un gran número de eclesiásticos reprodujeron las grandes lecciones de la primitiva Iglesia, dejando obrar á la justicia de los hombres, y entregando sin murmurar todo cuanto podía excitar su codicia. Escuchemos los himnos de victoria de los historiadores protestantes.

»En Brema, ciudad de la Baja Sajonia, los vecinos orga-

— 31 —

nizaron una mascarada, representando el papa, cardenales y monjes; y no contentos con esto, hicieron una hoguera en la plaza, donde se ejecutaba á los reos, y á ella fueron arrojadas todas estas personificaciones católicas, entre bulliciosa algarabía, y copiosas libaciones y brindis por la ruina del papado.

»En Zwick, el martes de carnaval, colocaron en la plaza unos lazos de cazar liebres, donde eran cogidos los monjes y monjas que corrían perseguidos por los estudiantes. No lejos de aquel lugar se alzó la imagen de san Francisco, adornada con plumas de gallo. El historiador se congratula de esta burla horrible, como si fuera una victoria, terminando el relato de esta jornada con estas cínicas palabras: «Así cae el papismo en Zwick; así brilla por fin la luz del Evangelio.» El mismo cuenta que una turba de gentes de la ciudad se lanzó á uno de sus conventos, y rompiendo las puertas arrebató sus tesoros, arrojando los libros por la ventana, y haciendo pedazos los cristales. La autoridad pública permaneció entre tanto con los brazos cruzados, impassible y sin impedir tales atentados.

»En Stralsund, un día ciertos malvados se confabularon para arrojar á pedradas á los religiosos y monjes de sus conventos; y habiendo llegado el duque, que estaba ausente, se apoderó de los bienes de los desamparados, á mayor honra y gloria de Dios.

»En Elemburgo el palacio episcopal fué presa del vandalismo por muchas horas, y uno de los estudiantes, actor de este drama, que excitó la risa de las turbas, vistiendo los hábitos sacerdotales montó en un pollino, y se introdujo así montado en la iglesia.

«Alguna vez leyendo á tan malhadados narradores, crea uno estar oyendo una verrina de Ciceron... El procónsul de Sicilia no es más ingenioso que el duque Juan de Sajonia despojando un monasterio. Algunos dias antes de marchar á campaña hizo venir los registros de la casa conventual, y á los pocos dias marchó con una fuerte columna, y llegando, y habiendo hecho se le presentase el abad, el duque con el registro en la mano le hizo entregar los caudales anotados: en Rostock, por ejemplo, se presentan los senadores en traje de ceremonia, y en nombre de la ciudad toman posesion y sellan los objetos usurpados. En Magdeburgo el consejo de magistrados consulares fué más clemente, y oponiéndose al pillaje, decretó que los monjes pudiesen durante su vida vivir en sus celdas, y que continuasen alimentándose de las rentas de la casa, con la condicion de que dejasen los hábitos y abrazasen la Reforma... Muchos religiosos prefirieron el destierro y la miseria á la aceptacion del *evangelio luterano*. Estas son las conquistas con que la Reforma puede envaneecerse...

«Osiander, Meclampadio, y tantos otros reformadores le echaron en cara (á Lutero) entonces la rebelion y las desgracias de los habitantes de la Turingia. Nosotros al presente no hacemos más que apelar al testimonio de sus mismos discípulos: en sus libros es donde en cada página hallamos un ataque brutal contra los obispos, un grito de furor contra los sacerdotes, la santificacion del robo, la glorificacion del rapto. Los textos son formales: no se dirá que son invencion nuestra (1).»

(1) Mr. Audin, esp. xxvii.

Los enemigos de la Iglesia son lo mismo en todas partes, lo que prueba suficientemente que el odio que profesan al catolicismo nace no de un detenido examen de sus doctrinas (si lo hiciesen con imparcialidad otra seria su conducta), sino de la codicia unida con la soberbia.

El cuadro que nos ha presentado delineado con tan vivos colores Mr. Audin, tiene muchos puntos de comparacion con lo que hemos presenciado en nuestra España en la mayor parte de lo que va corrido del siglo.

Por mucho tiempo no se pudo hablar de protestantismo en nuestra patria: el abrir paso franco á la herejia luterana como á las demás sectas y religiones estaba reservado á los hombres que echaron por tierra una monarquía secular que decian estaba rodeada de vicios, para establecer otro órden de cosas en que á los vicios se uniesen los crímenes: estaba reservado para los ambiciosos que supieron alucinar al pueblo, para exclamar despues de verse elevados á las alturas del poder: *¡Qué candido es el pueblo!* Sin embargo, años hacia que el protestantismo llevaba á cabo grandes trabajos de zapa que al fin han producido si no el todo, parte de lo que se proponia. Despues de haber leído las líneas que hemos reproducido de Mr. Audin, recuerde el lector los acontecimientos que tuvieron lugar en España por los años de 1835 y 36. Habla el historiador francés de los sacrilegos atentados cometidos en Zwick y dice: «La autoridad pública permaneció entre tanto con los brazos cruzados, impasible y sin impedir tales atentados.»

Una turba del populacho de Madrid se arrojó sobre los conventos en la época que acabamos de citar, y en unos por

oño y en otros por codicia asesinaron á sus pacíficos moradores haciéndose dueños de cuanto encontraron en ellos. Para buscar un pretexto se cundió que los religiosos habían envenenado las fuentes públicas, achacando á esto el que la muerte hiciérase tantas víctimas por aquellos días, como si se ignorase que el cólera-morbo asiático era el que había tomado á su cargo el diezmar las familias. La sangre más inocente corria por el pavimento de los conventos, y los que salían del de San Francisco el Grande donde habían robado las arcas de los Santos Lugares de Jerusalem, sacaban en sus manos los cartuchos del dinero y los mostraban á los de fuera diciendo: «¡Bé aquí el venenol! ¡hé aquí el venenol!» Y las autoridades lo sabían y permanecían cruzadas de brazos, y la tropa que ocupaba la plaza de San Francisco tenía órden de no molestar á nadie, porque aquello era un *desahogo popular*: palabras textuales que salieron de los labios de un ministro de una reina católica! Ya ha dado cuenta ante el tribunal de la divina justicia. Desde entonces acá cuántos pretextos no se han ido buscando por los gobiernos que se han sucedido para acabar de empobrecer á la Iglesia apoderándose de todos sus bienes! «La confiscacion de los bienes del clero, atacando el derecho de propiedad, nos ha dicho Mr. Audin, lleva sobre sí el castigo de toda accion revolucionaria, marchando siempre acompañada del tumulto, del pillaje á mano armada, de la cólera del vencedor, de la sangre del vencido, cuando reducido á la desesperacion el oprimido, quiere defender su propiedad, ó que si bien desprecie los bienes de esta vida terrena, rehuse la negociacion de su fe y de su conciencia.» ¿No ha sucedido

esto en nuestra desgraciada patria? ¿Pueden reducirse á guarismos los tumultos, los excesos á mano armada que ha llevado á cabo el pillaje, desde el momento en que empezó esa guerra satánica contra la Iglesia? Es indudable que se ha trabajado con asiduidad por sembrar la desmoralizacion y la corrupcion en el pueblo, para que fuese despues materia dispuesta á aplaudir cuantos robos sacrilegos se han hecho, y aun que ayudasen de un modo ú otro á verificarlo. ¿Y el resultado? Se enriquecieron los déspotas de los que el pueblo fué instrumento, y este muere de miseria, sin tener ni aun el recurso de buscar remedio en la caridad de los ministros del Señor porque estos mendigan como los demás. Lo repetimos: en todas partes son iguales los enemigos del catolicismo. ¿Y por qué? Porque tan sólo lo son los hombres que no tienen más amor que á los placeres y á los bienes terrenales.

CAPÍTULO VIII.

Variaciones de los protestantes.— Los nuevos apóstoles del protestantismo en España.— Sacramentarios.— Zuinglio.— Anabaptistas.— El protestantismo no puede ser importado en España.— Entra libremente en Suecia y en Dinamarca.— Inconsecuencia de Lutero.— Cisma de Inglaterra.

Apénas apareció el Interanismo en el mundo empezó á dividirse en multitud de sectas diferentes. No podia ser de otro modo. El privilegio de la unidad está reservado al catolicismo, porque el catolicismo es la verdad. El mismo *credo* recita el más humilde católico de las regiones más apartadas de Roma, que el Jefe supremo de la Iglesia que mora en el Vaticano. Es que el catolicismo es hijo del cielo, que fué fundado por el Hijo de Dios hecho hombre, razon por la cual no ha tenido ni tendrá variacion. El Interanismo ó protestantismo, pues por ambos nombres es conocida la Reforma, es hijo de la mentira, y de aqui la diversidad de sectas en que se halla dividido.

Vivia aun el pérfido apóstata Lutero cuando ya empezaron á aparecer esas divisiones, pretendiendo cada una de las

sectas estar en posesion de la verdad, y no se necesita por cierto una capacidad privilegiada para comprender que todas ellas viven en el error. Volvemos á repetir lo que ya una vez hemos dicho; á saber, que no concebimos cómo una persona de buena fe y de regular criterio puede vivir tranquila en la profesion del protestantismo cuyo origen es tan asqueroso, pues parte de una miserable apostasia engendrada por la soberbia. El mismo Erasmo, en un momento de lucidez no pudo ménos de exclamar: «Gana da de reir, al considerar estos noveleros, cuando se comparan con los apóstoles de Jesucristo; cuando se envanece de anunciar al Señor, de proclamar la verdad, de difundir el gusto por las bellas letras, etc.» Así decimos á nuestra vez: Canas nos dan de reir al escuchar esos nuevos apóstoles del protestantismo que desde el movimiento de setiembre y bajo el amparo de las nuevas leyes, que sea dicho de paso, permiten todos los cultos, y oprimen al catolicismo que es la religion de la inmensa mayoría del pueblo español, han aparecido entre nosotros. Jactanciosos se presentan queriendo ser reputados por maestros de la verdad, cuando no son otra cosa que profesores de la mentira. ¡Pobres gentes! Sin exámen de ninguna clase ni criterio para distinguir el bien del mal, han abrazado una causa que les pierde porque se han convertido en emisarios de Satanás. Empero reanudemos el hilo de nuestra narracion.

La historia de la Iglesia refiere la desgraciada pérdida de Rodas, en la que pusieron á prueba su valor los caballeros de San Juan de Jerusalem, sin que hubiesen podido evitar el que cayese en poder de Soliman, merced á una pérdida

CAPÍTULO VIII.

Variaciones de los protestantes.—Los nuevos apóstoles del protestantismo en España.—Sacramentarios.—Zuinglio.—Anabaptistas.—El protestantismo no puede ser importado en España.—Entra libremente en Suecia y en Dinamarca.—Inconsecuencia de Lutero.—Cisma de Inglaterra.

Apénas apareció el Interanismo en el mundo empezó á dividirse en multitud de sectas diferentes. No podía ser de otro modo. El privilegio de la unidad está reservado al catolicismo, porque el catolicismo es la verdad. El mismo *credo* recita el más humilde católico de las regiones más apartadas de Roma, que el Jefe supremo de la Iglesia que mora en el Vaticano. Es que el catolicismo es hijo del cielo, que fué fundado por el Hijo de Dios hecho hombre, razón por la cual no ha tenido ni tendrá variación. El Interanismo ó protestantismo, pues por ambos nombres es conocida la Reforma, es hijo de la mentira, y de aquí la diversidad de sectas en que se halla dividido.

Vivia aun el pérfido apóstata Lutero cuando ya empezaron á aparecer esas divisiones, pretendiendo cada una de las

sectas estar en posesion de la verdad, y no se necesita por cierto una capacidad privilegiada para comprender que todas ellas viven en el error. Volvemos á repetir lo que ya una vez hemos dicho; á saber, que no concebimos cómo una persona de buena fe y de regular criterio puede vivir tranquila en la profesion del protestantismo cuyo origen es tan asqueroso, pues parte de una miserable apostasia engendrada por la soberbia. El mismo Erasmo, en un momento de lucidez no pudo ménos de exclamar: «Gana da de reir, al considerar estos noveleros, cuando se comparan con los apóstoles de Jesucristo; cuando se envanece de anunciar al Señor, de proclamar la verdad, de difundir el gusto por las bellas letras, etc.» Así decimos á nuestra vez: Canas nos dan de reir al escuchar esos nuevos apóstoles del protestantismo que desde el movimiento de setiembre y bajo el amparo de las nuevas leyes, que sea dicho de paso, permiten todos los cultos, y oprimen al catolicismo que es la religion de la inmensa mayoría del pueblo español, han aparecido entre nosotros. Jactanciosos se presentan queriendo ser reputados por maestros de la verdad, cuando no son otra cosa que profesores de la mentira. ¡Pobres gentes! Sin exámen de ninguna clase ni criterio para distinguir el bien del mal, han abrazado una causa que les pierde porque se han convertido en emisarios de Satanás. Empero reanudemos el hilo de nuestra narracion.

La historia de la Iglesia refiere la desgraciada pérdida de Rodas, en la que pusieron á prueba su valor los caballeros de San Juan de Jerusalem, sin que hubiesen podido evitar el que cayese en poder de Soliman, merced á una pérdida

traicion. Para que fuesen mayores las calamidades de la isla de Rodas, apareció en ella una nueva secta impía tanto como el luteranismo á que debía su origen.

Nos referimos á la secta de los sacramentarios.

Zuinglio trabajó por mucho tiempo á fin de alcanzar gran crédito para poder llevar á cabo los pérfidos planes que se habia propuesto. Sabia, como todo el mundo, que desde que Lutero se habia hecho jefe de secta, todas las naciones germánicas se hallaban agitadas por las cuestiones religiosas que se habian suscitado. Zuinglio, luego que ya habia alcanzado reputacion, y convencido de que seria escuchado sin prevencion, reunió el senado de Zurich con el objeto de deliberar y ver á lo que se habian de atener en orden á las citadas cuestiones religiosas. Era necesario ver cuál de las doctrinas era la más conforme á la palabra de Dios.

Es en verdad cosa curiosa ver una asamblea de personas laicas reunidas para deliberar en materias de fé. ¿Quién les habia dado esta mision? ¿De dónde provenia su autoridad para tomar determinaciones doctrinales? Es que en el siglo xvi, y justamente cuando más esplendoroso y robusto se presentaba el pontificado romano, parece que Dios por sus altos juicios habia permitido á Satanás que suscitase tantos monstruos de impiedad que combatian la verdad católica, para que esta prevaleciese sobre toda suerte de errores, dando al mundo de esta manera nuevas pruebas de la divinidad de su origen.

En vano el obispo de Constanza envió á su vicario general para que impidiese aquella reunion. Los individuos que

la formaban contestaron que se hallaban interesados en su salud eterna, y que por lo tanto tenian un derecho indisputable á investigar por sí mismos dónde se hallaba la verdad. Zuinglio explicó su doctrina que consistia en sesenta y siete proposiciones que se reducian á que el Evangelio es la única regla de nuestra fé, debiendo ser desechadas como inútiles todas las antiguas tradiciones: que Jesucristo es la única cabeza de la Iglesia, y que esta no es otra cosa que la comunión de los santos ó la congregacion de los escogidos: que la potestad del papa y la de los obispos no está fundada en la Sagrada Escritura y que solo proviene del orgullo; y que no hay otros obispos ni otros clérigos que los que anuncian la palabra de Dios. No es menos monstruosa la doctrina acerca de la confesion, pues decia que sólo es una simple consulta, toda vez que sólo á Dios compete la facultad de perdonar los pecados. Con respecto al purgatorio negaba su existencia ó al ménos que este dogma esté probado por la Escritura. Del sacrificio de la misa decia que no es otra cosa que una conmemoracion del sacrificio de la cruz, que es el único que existe. ¿En qué se diferencian estas monstruosas doctrinas de las de Lutero? En muy poca cosa. Zuinglio habia aceptado las doctrinas del célebre apóstata agustino, pero siendo orgulloso no queria llamarse luterano, y prefirió de mejor grado constituirse jefe de secta. Para esto bastaba variar algo la enseñanza, y esto fué lo que hizo. Combatió la presencia real de Jesucristo que retenia Lutero y al mismo tiempo el modo con que Carlóstadio la conservaba. No habia convencimiento de ninguna clase, sino únicamente el desec de hacerse célebre, queriendo admitir su-

perioridad sobre Lutero. ; Triste privilegio el que deseaba! para contradecir á Carlostadio y al mismo tiempo á Lutero, decía que en estas palabras: *Este es mi cuerpo*, el es hace las veces de la palabra *significa*; de modo que el sentido de esta frase: *Este es mi cuerpo*, no se distingue nada del sentido de esta otra: *esto figura ó significa mi cuerpo*; *esto es la señal ó la figura de mi cuerpo*. La fracción del pan representaba el Cuerpo inmolado, y la suncion del vino la Sangre derramada. Nada había allí espiritual por lo tanto más que la fé, la cual bajo de estas señales visibles obraba interiormente en las almas (1).

Al tiempo mismo que Zuinglio en la isla de Rodas hacia nacer una nueva secta del luteranismo, surgia otra en Wittenberg que era la de los anabaptistas. Hé aquí de qué modo se explica el nacimiento de esta secta: «Del seno de este monstruo fecundo (el luteranismo) salian cada dia producciones todavia más monstruosas. Dos de los principales discipulos de Lutero, Tomás Muncer y Nicolás Storch, abandonaron á su maestro por los mismos principios y bajo los mismos pretextos con que él se habia separado del cuerpo de la Iglesia. Estos no hallaban su doctrina bastante perfecta; y como no admitian por guia más que la Escritura Santa interpretada á su antojo, pretendian no deban conducirse por otras luces que las que recibiesen del Padre celestial en la oracion. Con esta máxima de conducta fácil es presumir los excesos á que les precipitaba su fanatismo. Por medio de un exterior devoto y mortificado, de una barba larga, de una taciturnidad melancólica, de una ropa de

(1) Zwingli. subitit. de Euch. p. 240.

lana grosera, y de un desaliño repugnante, inspiraban un sumo desprecio á todas las leyes, así políticas como eclesiásticas, una aversion declarada á los magistrados, á la nobleza, á todas las potestades y á todo genero de superioridad. Querian que todos los bienes fuesen comunes, todos los hombres libres é independientes, y prometian un imperio donde reinarian solos en una felicidad perfecta, despues de haber exterminado á todos los impíos, es decir á todos aquellos que no hubieran abrazado su impiedad homicida. Por lo que respecta á los sacramentos y á todo culto exterior de la religion, los despreciaban enteramente; condenaban sobre todo el bautismo recibido en la infancia, y rebautizaban á cuantos entraban en su sociedad, de donde les vino el nombre de anabaptistas ó rebautizantes.

Cuando apareció esta secta en Wittenberg, Lutero se llenó de indignacion. No podia resistir que se contradijese con nuevas enseñanzas lo que él sostenia, y no habia tenido inconveniente en oponerse él á la enseñanza de los Padres y Doctores y hasta á la del mismo Evangelio. ¡A tal extremo ciega el orgullo al misero mortal! Empezó, pues, á perseguir á la nueva secta con toda la violencia de que era capaz, y en esta persecucion más de una vez recurrió á los buenos principios que por lo visto no habia olvidado por completo. Habia establecido por máxima que no se debía admitir al exámen del fondo de la doctrina á los doctores de novedades, ni recibirles las pruebas que alegasen de la Escritura en apoyo de la verdad de sus opiniones, y que sólo debía preguntárseles de quién habian recibido la mision de enseñar. «Si responden, prosigue, que de Dios, que lo

prueben con milagros manifiestos: pues por este medio se declara Dios cuando quiere mudar alguna cosa en la forma de la mision (1).» ¡No observaba el insensato apóstata que con esta máxima echaba por tierra su pretendida Reforma! Los hombres sensatos debían haberle preguntado: «Y tú, Lutero, ¿de quién has recibido el encargo de enseñar?» Seguramente hubiese contestado que de Dios. «Pues bien, debían replicarle, ¿dónde están tus milagros? Tú no has hecho otra cosa que despojarte de tu hábito religioso, quebrantar públicamente tus votos y contraer una boda doblemente sacrilega, de lo que has hecho ostentacion. ¿Son estos tus milagros? ¿Lo son esas continuas injurias é improprios que diriges al Sumo Pontífice?» Y seguramente no hubiese tenido qué contestar y se hubiese visto confundido. Pero ya hemos dicho que los príncipes y poderosos le sostenían porque tenían fija la vista en los bienes de los monasterios que segun el mismo Lutero les correspondían en buen derecho, y no se tomaban el trabajo de investigar si el reformador era un farsante, bien que esto debían todos conocerlo. ¡A cuántas miserias arrastra el inmoderado deseo de poseer! Los anabaptistas no eran otra cosa que cooperadores de sus usurpaciones y obras sacrilegas, y sin embargo, no contento con haber hecho desterrar á los jefes de la secta, excitó á los príncipes á exterminar por la fuerza de las armas á todos aquellos perturbadores sin que usasen de misericordia con ninguno. Los príncipes quisieron complacer al reformador, y de esto fué origen aquella guerra implacable conocida con el nombre de guerra de los

(1) Sleid., t. v, pág. 60.

camposinos, pues así se distinguían los anabaptistas, que costó á la Alemania tanta sangre.

Munck de Sajonia y Storch que fueron arrojados de Wittenberg no cesaron en su obra. El primero de ellos se dirigió á la Suiza, y allí distribuyó por todos los cantones sus más diestros y atrevidos discípulos. Como todos los revolucionarios cuando quieren hacer partidarios, empezó por adular á los pueblos que recorría hablando en público de la igualdad de las condiciones sin ninguna clase de dependencia y de la comunión de bienes. No hay cosa que más halague á los que nada poseen, y así era escuchado como un oráculo. Despues que se habia captado las voluntades, exhortaba á arrojar á los frailes, á apoderarse de los monasterios y abadías, y á no sufrir en adelante las injusticias de los magistrados, ni las opresiones de los soberanos: es decir, á oponerse enérgicamente á todo principio de autoridad. Llegó á Turingia, y allí fué donde ganó más prosélitos, llegando á adquirir tanta influencia, que consiguió que el pueblo por autoridad propia depusiese á todos aquellos magistrados que no se mostraban propicios á secundarle, y quedó casi por único dueño del gobierno. Predicaba con frecuencia su anárquica doctrina, y decia que en sus discursos era inspirado por el arcángel san Miguel. Mejor debiera haber dicho por la peana! Hacía saber que él estaba destinado por el cielo para fundar con la espada de Gedeon un nuevo imperio á Jesucristo, que Dios no quería que su pueblo gimiese por más tiempo bajo la tiranía de los magistrados y príncipes, que habia llegado el tiempo en que el altísimo y poderoso Dios le habia mandado exterminar

— 10 —

todos estos monstruos, para establecer en su lugar el reino de la probidad y la virtud. Todas estas predicaciones dieron el fruto que era de esperar, y sabido es que el mal árbol no puede dar sino frutos corrompidos.

Sobre esto hemos hablado con detenimiento en nuestra *Historia general de la Iglesia*, en la que citamos la signiente importantísima narración de Henricón, que necesariamente hemos de reproducir aquí para los que no conozcan ni nuestra obra citada, ni la del escritor francés.

«Los campesinos de Suavia, dice, fueron de los primeros que se sublevaron en favor de lo que llamaban con Lutero libertad cristiana. Sus vecinos siguieron el ejemplo, y este se propagó con una rapidez maravillosa de pueblo en pueblo, de suerte que infestó en el mismo año el cantón de Zurich en el centro de la Suiza, donde faltó poco para que esta violenta secta se estableciese sobre la ruina de la Reforma, que tan solemnemente había sido allí adoptada. Después de repetidos desastres fueron, en fin, reprimidos, á lo ménos por algun tiempo: mas en todos los círculos del imperio creció el mal de tal manera, que aquellos fanáticos formaron en poco tiempo un ejército de cuarenta mil hombres. Unos se proponían establecer el nuevo reino de Jesuérsto con que los lisonjaba Muncer; otros, escapados de las prisiones y del suplicio, no llevaban otro objeto que continuar impunemente la vida criminal que les había merecido el castigo: todos querían ser libres de impuestos, de cargas, de leyes y de toda sumisión. Pfeiffer, fraile apóstata del órden de Premonstratenses, les decía que Dios les había especialmente revelado que exterminasen la nobleza. Servía

de teniente á Muncer, el cual iba al frente de la tropa, bajo el título de criado del Supremo Señor contra los impíos: les aseguraba que ninguno de ellos sería herido, y que él tampoco lo sería, aunque recibiría solo en sus mangas todas las balas de la mosquetería.

«Dividieron su ejército en tres cuerpos, hicieron audazmente la campaña, y se apoderaron de ciudades importantes como Wurtzburgo y Wimberg en la Franconia, y allí pasaron á cuchillo todos los nobles, sin respetar al conde Luis de Helfestein, en cuyo cuerpo ensangrentaron bárbaramente sus picas. Avanzaron hácia Constanza, en Suiza, pasaron el Rhin, y atravesaron la Alsacia, señalando todos sus pasos con los horrores de la desolación. Lo mismo iban á hacer en las provincias confinantes de Francia cuando el duque de Lorena y el conde de Guisa, su hermano, que mandaba en Champaña, salieron á su encuentro con seis mil hombres. Aunque ellos eran más de treinta mil, perecieron las dos terceras partes, ya á los filos de la espada, ó ya quemados en las casas, donde el miedo y la indisciplina los había dispersado. En fin, fueron disipados en la batalla de Franckenhaueren, en Turingia, después de la cual Muncer, su caudillo, y el apóstata Pfeiffer, hechos prisioneros, junto con los principales factores de la rebelión, expiaron en un cadalso sus crímenes y los desórdenes de que eran autores (1525). La secta, sin embargo, no fué extinguida con la rebelión, sino solo desterrada de las provincias del alto Rhin, de donde refluyó á la baja Alemania, particularmente por la Westfalia, por la Holanda y países vecinos (1).»

(1) Bernart-Bercastel, lib. LIX, n. 3.

De todas estas calamidades, de otras muchas que á ellas se siguieron, y de todos los demás trastornos que hasta nuestros dias han trastornado y agitado los pueblos de la Europa, fué causante Lutero. Si este aborto del infierno no se hubiese separado de la senda de sus deberes, si hubiese sido fiel á sus votos religiosos y no se hubiese dejado arrastrar por el orgullo que dominaba su corazón, ni se hubiesen suscitado cuestiones religiosas, ni hubiesen aparecido tantas sectas enemigas de la verdad evangélica. Lutero fué un verdadero ángel exterminador.

El luteranismo se extendía con rapidez y penetraba en los diversos países á manera de epidemia desoladora, haciendo víctimas á millares. Puedo decirse que no quedó nacion en Europa donde no entrase este fatal contagio, si bien en algunas no consiguió tomar carta de naturaleza. España fué entre todas la que con más firmeza le rechazó dando á conocer que era la más católica entre todas. El rey don Felipe II le hizo una guerra implacable, y la herejía protestante tembló y huyó desfavorida ante el monarca de dos mundos que fué un verdadero defensor de la verdad evangélica en sus reinos. Si todos los soberanos hubiesen imitado á don Felipe, si hubiesen tenido en más aprecio á Aquel que da y quita las coronas segun que place á su voluntad omnipotente, que los bienes terrenos, es indudable que la mal llamada Reforma hubiera muerto en su misma cuna evitando á la Europa muchos dias de desdichas y hoy de infusta recordación.

En Suecia y en Dinamarca penetró con libertad el luteranismo, cobijado bajo el manto real de los respectivos so-

beranos de estos reinos, que sufrieron grandes trastornos desde el momento en que dieron entrada franca á la herejía. El rey de Dinamarca hizo entrar en la Suecia un poderoso ejército que llevó á cabo las mayores tropelías. Las víctimas fueron innumerables, y entre ellas se cuentan los señadores que marcharon al suplicio con todas las insignias de su dignidad para que fuese mayor la afrenta.

Digno de elogio fué el rey de Polonia Segismundo II, que siendo varon de grandes virtudes y muy adicto al Pontificado romano hizo los mayores esfuerzos para evitar que el luteranismo que habia invadido los países vecinos en los que hacia tan rápidos progresos, penetrase en sus Estados, y á tal y tan plausible extremo llegó su celo para evitar el que sus vasallos se contaminasen con la herejía, que publicó un edicto prohibiendo bajo pena de muerte leer y conservar ninguna obra de Lutero. Dirigióse despues á los obispos á los cuales suplicó que se reuniesen en concilio, lo que hicieron sin pérdida de tiempo, y en esta asamblea nacional confirmaron los Padres el decreto del rey, mandando que se diera gran publicidad á las bulas pontificias expedidas contra los errores de Lutero. Dos discípulos del reformador que habian hecho gran propaganda en los Países Bajos fueron á Bruselas donde no pudieron ocultar sus designios, pero cayeron inmediatamente en poder de la justicia que los hizo quemar vivos (1).

Por este tiempo ocupaba ya la cátedra de san Pedro el digno sucesor de Leon X, Adriano VI. Este pontífice procuraba por todos los medios posibles contener á Lutero en

(1) Sleid., t. 1.º, pág. 100.

— 12 —

sus excesos y poner un dique á las invasiones de que estaban amenazados todos los países cristianos. Poco pudo, sin embargo, adelantar en sus santos propósitos por haber bajado al sepulcro antes de cumplir el segundo año de su pontificado, pero sucedióle Clemente VII cuyos primeros cuidados fueron procurar la paz y la concordia entre los príncipes cristianos y oponerse al torrente invasor de la herejía. A contar desde la paz de Constantino no habia habido un pontificado más agitado, merced al cisma de Lutero.

Hemos dicho que el reformador empezando por combatir las indulgencias fué precipitándose de error en error hasta negarlo todo. Tal vez no fué esta su primera intencion, pero así se suceden los errores en todas las revoluciones, y la pretendida Reforma no fue otra cosa que la más espantosa revolucion demagógica: sin embargo, es necesario convenir en que Lutero tenia el alma envilecida. El culto católico es tan bello como majestuoso, y ya hemos visto que en nada le impresionaron en su viaje á la corte pontificia, ni la majestad del culto que en ella se tributa al Sér Supremo, ni las bellezas que se encierran en aquel emporio de las artes. Predispuestos los ánimos para el mal á causa de sus predicaciones, los templos eran despojados en toda la Alemania, y Lutero aplaudió primero secretamente y luego en público la desaparicion de las bellezas de arte de los templos que antes habian sido objeto de aclamacion. Puede decirse que sus discípulos casi le aventajaron en impiedad si es que podia haber aumento en la del miserable apóstata, porque obra de ellos más que del maestro fué la sucesiva ruina de los santuarios católicos. Empezóse por despo-

— 15 —

jarlos de las vídrieras donde aparecian pintadas imágenes de santos, sustituyéndolas con otras que carecian de aquel adorno: despues se suprimieron las ceremonias del Bautismo y de toda la liturgia católica en general.

El desórden no podia ser más completo. Muncer se esforzaba en generalizar la poligamia, Storek predicaba el comunismo de bienes y Carlostadio la abolicion de toda clase de ceremonias religiosas. Parecia haber llegado nuevamente la hora de Satanás y el poder de las tinieblas. Aquí se excitaba á la destruccion de los templos y de las imágenes; allí se calificaba de inútil la confesion sacramental, el bautismo y el culto de los santos: unos enseñaban públicamente que no debia acudirse á la intercesion de la santísima Virgen, mientras otros combatian las plegarias así al lado del lecho del moribundo, como sobre la tumba de los muertos.

La vida de Lutero desde que puso el pié en el camino del mal, fué una cadena no interrumpida de inconsecuencias. Por algun tiempo conservó el uso de la sal y del óleo en el bautismo, y el signo de la cruz que el ministro practica en la frente y el pecho del bautizado. Más tarde no conservó más que la cruz y el exorcismo. En lo que más trabajó y con más empeño, fué en desterrar el culto de la Madre de Dios, y entre otras súplicas católicas, suprimió la que con tanta frecuencia se halla en los labios de todos los católicos: *ora pro nobis*.

Tambien dispuso la abolicion de la misa, bien que este mandato no fué observado por sus discípulos que en su ausencia la conservaron en Wittemberg; pero viendo Lutero

que el pueblo llevaba á mal aquella abolicion, temiendo perder partidarios, la restableció, no porque considerase que la misa fuese propiciatoria, y verdadera renovacion y continuacion del sacrificio del Calvario, especialmente desde su entrevista con Setanás, ni aun señal de holocausto; si meramente medio aun para agradar á una parte del pueblo no tan pervertida quizá como él hubiera deseado. Pero por de pronto suprimió el ofertorio, el cánon y otras antiguas fórmulas. Dejó la elevacion del pan y del cáliz, la salutacion á los asistentes, la mezcla del agua y el uso de la lengua latina. Todavía estaba perplejo sobre la abolicion de la confesion auricular: pero por último le quitó su carácter y su objeto que fué lo mismo que abolirla. Hoy vemos que no se conserva en ninguna fraccion protestante; y si algun ministro ha tratado de su restablecimiento, han llovido sobre él la rechifla, todos los dicitorios y las censuras más amargas (1).

Es necesario demostrar ahora cuál fué el origen de la introduccion y de los progresos del cisma luterano de Inglaterra. Enrique VIII se habia mostrado siempre muy fervoroso católico. Desde luego que conoció las novedades que en materias de religion esparcía el falso doctor de Wittenberg, manifestó el mayor sentimiento, y publicó severos edictos para preservar á sus vasallos del cisma, y aun compuso, ayudado por algun teólogo, un *Tratado de los Sacramentos*, que dedicó al sumo pontífice Leon X, que entonces ocupaba la Silla de san Pedro. En esta obra probaba las indulgencias, la supremacia del romano Pontífice, el número de siete sacramentos y las principales verdades que negaba

(1) D. Antonio Verges y Eizassé. Obra citada.

Lutero. El papa que quiso premiar el celo del rey Enrique, le concedió que pudiese usar el título de *Defensor de la fé*, título que no tardó en deshonrar con su conducta anticatólica. Enrique tuvo tambien un especial cuidado en impedir que circulase en sus Estados la traduccion infiel que Lutero habia hecho de la Biblia, con lo que manifestaba su profunda adhesion á la fé católica.

Desgraciadamente por los años de 1526 ó 1527 Enrique VIII se dejó dominar por una pasion sensual que le arrastró al abismo de los mayores males. Hallábase casado con la princesa Catalina, hija de los reyes católicos don Fernando y doña Isabel y viuda de Arturo hermano de Enrique, por lo cual habia necesitado una dispensa pontificia que concedió Julio II en 1503 despues de haber tenido varias consultas con los más notables teólogos y canonistas de Roma. Ana Bolena, mujer llena de ambicion, trabajó para ganar el corazon del rey por el deseo que tenia de llegar á adquirir el nombre y la consideracion de reina. Enrique, que se habia apasionado vivamente de Ana Bolena, formó el proyecto de contraer matrimonio con ella. No podia tener ninguna clase de queja de la reina Catalina que era una princesa de muchas virtudes, pero Enrique no teniendo nada que alegar para poder llevar á cabo su propósito empezó á manifestar escrúpulos de que su casamiento con Catalina, viuda de su hermano, debía ser nulo. Era á la sazón primer ministro de Inglaterra el cardenal Wolsey, hombre de mucha ambicion, el cual léjos de disuadir al rey de su idea de divorciarse de Catalina la aplaudió y fomentó. Dicen los historiadores que el objeto del cardenal era más

que complacer al rey, el disgustar al emperador Carlos V, del que queria vengarse por no haberle dispensado la proteccion que él habia deseado para ocupar el trono pontificio. Por su parte Enrique VIII creyó erróneamente que Clemente VII accedería á sus deseos, fundando esta idea en que aquel pontífice debía hallarse resentido con Carlos V que en parte habia sido causante de las desgracias que habia experimentado el Santo Padre, y cuyo relato no es de este lugar. Se equivocó el rey de Inglaterra como se equivocan todos los que piensen que un Vicario de Jesucristo puede por resentimientos personales hacer traicion á sus deberes ni faltar en lo más mínimo en materias de doctrina. Clemente VII no accedió á las peticiones que le hicieron los embajadores de Enrique para que declarase la nulidad de su matrimonio con Catalina, pero al mismo tiempo no queriendo exasperar á un monarca tan poderoso y que tanto celo habia manifestado hasta entonces en favor de la religion, y teniendo presente el delicado estado de salud en que se encontraba la reina Catalina, creyó prudente ganar tiempo por si entre tanto ocurría el fallecimiento de aquella virtuosa princesa, ó el rey Enrique vencía la pasion de que se hallaba dominado por Ana Bolena. A este fin comisionó á los cardenales Volseo y Campesio para que en Londres concitiesen judicialmente de la nulidad del matrimonio. Hemos dicho que el ambicioso cardenal Volseo se mostraba favorable á los proyectos del rey en su deseo de tomar por este medio venganza del emperador Carlos V: así pues, de haber recibido solo la comision de Clemente VII hubiera accedido con la mayor facilidad á la voluntad del rey, pero tropezó

para ello con una gran dificultad, cual fué la rectitud de conciencia del cardenal Campesio que queriendo examinar minuciosamente y cual era debido asunto de tanta trascendencia, se negó á pronunciar sentencia tan pronto como hubiera querido su compañero, difiriéndola desde el 23 de julio en que debia haberse dado, hasta el 1.º de octubre. Debemos consignar de paso en honor de la memoria del cardenal Volseo que al cabo de un año murió mostrando un grande arrepentimiento de haber faltado á sus deberes por complacer al licencioso monarca.

El papa Clemente avocó á sí la causa, lo que exasperó en gran manera á Enrique, pues conoció que el negocio era perdido para él. No queriendo desistir en su propósito, consultó con todas las universidades, de las cuales no solamente le fueron contrarias las de Alemania, Flandes y España, sino que tampoco aprobaron el divorcio algunas de las del primero de los citados países que ya se habian declarado protestantes. Al mismo tiempo Enrique envió á Roma un nuevo embajador acompañado de algunos canonistas que ya habia ganado para que le fuesen favorables, con el objeto de que hiciesen nuevas instancias. Como quiera que el clero de su reino no se le mostraba tampoco favorable, estalló contra él su rabia y furor, y bajo el pretexto de corregir la avaricia en los eclesiásticos disminuyó la tasa de los derechos que percibían por el desempeño de las funciones de su sagrado ministerio. Juzgaron algunos eclesiásticos que haciendo al rey algun cuantioso donativo se calmaria el furor que habia manifestado contra el clero. Al presentarse con este objeto al monarca, el que tomó la palabra cometió la

incañficable ligereza y haja aduñacion de llamarle: *Cabeza soberana de la Iglesia de Inglaterra.*

Tal fué el verdadero origen de la introduccion del cisma en Inglaterra. Hasta aquel momento Enrique VIII á pesar de verse contrariado en sus propósitos por el Santo Padre y del furor que habia manifestado contra el clero de su reino que no aprobaba su divorcio con la reina Catalina, no habia pensado en llevar á cabo una brutal ruptura con la Cabeza de la Iglesia echándose en brazos de la malhadada Reforma protestante. Inglaterra habia sido hasta entonces uno de los países más católicos del mundo; habia producido multitud de héroes que dieron dias de gloria á la Iglesia, motivo por el cual mereció la Gran Bretaña el gloriosísimo epíteto de *Isla de los Santos*. Reservado estaba á Enrique VIII el arrastrar á aquella nacion al abismo del cisma: reservado le estaba eclipsar las glorias tan justamente adquiridas por aquel pueblo que desde que recibió la luz del Evangelio no se habia separado de las sendas de la salvacion.

Enrique VIII desde el instante mismo en que se habia oido titular *Cabeza soberana de la Iglesia de Inglaterra*, empezó á concebir el criminal desigño de separarse de la fé romana reasumiendo en su persona el poder espiritual junto con el temporal en todos sus dominios. Viendo la inutilidad de los esfuerzos que habia hecho para conseguir del papa que declarase la nulidad de su matrimonio con Catalina, desterró á ésta en julio de 1531 dándole por residencia un palacio real léjos de Londres, y efectuó secretamente su casamiento con Ana Bolena. No seguiremos ahora todos los trámites del tránsito que experimentó la In-

glaterra al abandonar la fé católicas para caer en el absurdo de la mal llamada Reforma protestante. Más propio es esto de la Historia general de la Iglesia, y en la que hace pocos años escribimos con el título *Siglos del cristianismo*, explicamos con minuciosidad tan lamentables acontecimientos. Dado ya á conocer á los lectores de esta obra quién fué Lutero, los principales acontecimientos de su vida, las causas que motivaron su apostasia, y todas sus inconsecuencias en materia de doctrina, debemos concretarnos al presente á dar á conocer las causas del desarrollo que en consecuencia de la apostasia de Enrique VIII tuvo el protestantismo allí donde se habian publicado tan severos edictos para evitar la invasion del cisma.

En 1533, hallándose vacante el arzobispado de Cantorbéry por muerte de Guillermo Warham, Enrique nombró para esta dignidad á Cranmer, doctor de bastante nombradía, al que los anglicanos reconocen por principal autor de su Reforma. No era posible encontrar un eclesiástico más indigno para ocupar una silla arzobispal. Habia sido catedrático de Cambridge, de donde fué arrojado ignominiosamente por haber contraído matrimonio. Cranmer habia abrazado la Reforma luterana: sin embargo, el tráfuga de la Iglesia tuvo buen cuidado por mucho tiempo de ocultar tanto su vergonzosa desercion como su casamiento por el odio que Enrique habia manifestado á los protestantes, y muy especialmente á los clérigos casados. Ganoso de captarse la voluntad del monarca, publicó un escrito manifestando que debia considerarse como nulo su matrimonio con la princesa Catalina. Por este medio alcanzó la proteccion

que deseaba y la sede de Cantorbery. Creyéndole el papa fervoroso católico, no solamente le concedió las bulas para el arzobispado, sino que le nombró su penitenciario. No puede concebirse mayor vileza. Cranmer se dejaba consagrar arzobispo según el pontifical romano, jurando por consiguiente fidelidad y obediencia al papa, al mismo tiempo que como luterano no reconocía en él ninguna clase de potestad: no creía en la misa, y la decía y daba licencia para decir la confesión sacramental, y facultaba á sus clérigos para que oyesen confesiones.

Este modo de proceder tiene su natural explicacion. Cranmer había deseado elevarse en dignidad y en la autoridad encubriéndose con el manto de la hipocresía, para poder mejor por este medio introducir el cisma en la Gran Bretaña destruyendo la fé católica.

Desgraciadamente consiguó el satánico proyecto que había concebido, gracias á la habilidad que para ello desplegó.

Poco despues de verificado el criminal enlace de Enrique con Ana Bolena, esta presentó señales evidentes de ballarse en estado de preñez. Esto facilitó á Cranmer camino expedito para poner en práctica su proyecto. Presentóse al monarca, al cual le dijo que como pastor no podía disimular su incestuoso matrimonio con Catalina; que era indispensable romper inmediatamente aquellos criminales lazos y publicar solemnemente su matrimonio con Ana. Al rey le agradó sobremanera la determinacion del prelado, y este le citó juntamente con su esposa, y en presencia de cuatro obispos, y de algunos teólogos y canonistas, declaró (litu-

lándose legado de la Santa Sede, como habían hecho siempre los arzobispos de Cantorbery) que aquel matrimonio había sido siempre nulo, y en consecuencia de esta sentencia, á los cinco días fué aprobado el matrimonio de Enrique con Ana Bolena, la cual fué coronada reina con régia magnificencia y suntuosidad.

¡Cuán diverso fué el fin de ambas reinas! La virtuosa Catalina cuando vió cercana la hora de su partida del mundo, escribió á Enrique con la mayor dulzura y sin darle la menor queja. El rey vertió lágrimas á pesar de su crueldad, y cuando murió Catalina dispuso que su entierro se verificase con toda la pompa y magnificencia debida á su alta alcurnia. De este modo sostuvo hasta la muerte su dignidad de reina. Ana Bolena, acusada del crimen de adulterio, fué ejecutada en público cadalso en mayo de 1536, habiendo precedido el anulamiento de su matrimonio con el rey, por haber confesado contra la verdad, contra su honor y su propia conciencia, que cuando casó con Enrique VIII estaba ya casada con otro. Por este medio creyó poder ablandar al rey, consiguiendo un efecto contrario.

El rompimiento del rey de Inglaterra con Roma había ya tenido lugar. Cuando el papa tuvo conocimiento de la sentencia pronunciada por Cranmer anulando el primer matrimonio del monarca, lo llevó á mal, é inmediatamente anuló aquella sentencia, mandando que Enrique se uniese nuevamente con Catalina. Irritóse sobremanera el lascivo monarca, y se declaró *Cabeza de la Iglesia de Inglaterra*, negándose á tener ó prohibiendo que en adelante su reino tuviese relaciones con el pontífice romano. Sin embargo, se debó

advertir que este cisma fué diferente del de Lutero, pues que á pesar de apartarse Enrique de la comunión del Vicario de Jesucristo continuaba aborreciendo el luteranismo.

Aquí se ve claramente como la fuerza de las pasiones ciega á veces á los hombres, arrastrándolos al abismo de todos los males. A Lutero le perdió la soberbia, y á Enrique VIII la lascivia. Este último había merecido, como antes dijimos, el honrosísimo título de « Defensor de la fé. » ; Tan buenos servicios había prestado á la Iglesia ! Pero el demonio de la lujuria tomó posesión de su corazón, trastornándole de tal modo, que le hizo ser tan grande en la impiedad como lo había sido en la fé, tan tirano para su pueblo como bondadoso había sido en los primitivos tiempos de su reinado. La historia le llama con justicia el Neron de la Inglaterra.

En esto paró aquel rey, que lleno de fé había tomado contra Lutero la defensa de los dogmas católicos, y que burlándose del herejarca le llamó doctorcillo. Había hablado con un criterio muy recto y con una lógica incontestable, cuando tomando la defensa del pontificado dijo en su refutación al fraile apóstata : « La derivación de un poder tan grande no puede estar envuelta en las tinieblas, mucho más pudiendo recordar su época. ¿Data de dos ó tres siglos? Abra la historia y lea. Pero si esta potestad es tan antigua que oculta su principio en la noche de los tiempos, téngase presente que las leyes humanas legitiman la posesión de todo aquello cuyo origen no puede indicar la memoria, y que por unánime consentimiento de las naciones está prohibido tocar lo que el tiempo respeta. Rara impudencia se nece-

sita para afirmar que el papa fundó su derecho en el despotismo. » Hemos repetido estas frases, del rey Enrique VIII, para que se note la variación que obra en el espíritu humano el entregarse al desenfreno de las pasiones. Mientras fué morigerado y casto, permaneció unido á la Iglesia católica, y fué un hijo sumiso y obediente de la Santa Sede. Cuando se entregó al desenfreno de las pasiones, y sentó sobre su trono la lascivia, se separó de la Iglesia, á la que tanto había amado, porque no pueden existir juntas la luz y las tinieblas. ¡Desdichado monarca que cayó miserablemente desde la altura de la virtud al abismo del crimen !

CAPITULO IX.

Disposiciones irritantes del parlamento — Carta injuriosa del rey de Inglaterra al papa — Leyes absurdas — Martirio de Fischer y Tomás Moro — Apodérase Enrique VIII de todos los bienes de las iglesias y monasterios — La introduccion de la herejía protestante en España — Nuevo matrimonio de Enrique de Inglaterra. — Luchas de cismáticos.

Los excesos se sucedían con la mayor rapidez. El parlamento suprimió el juramento de estilo que los nuevos obispos prestaban al papa, sustituyéndolo por otro por el cual renunciaban á todas las cláusulas, palabras, sentencias y concesiones del sumo pontífice, como perjudiciales á los intereses del rey, á quien únicamente se reconocían deudores de sus obispados. También por un nuevo estatuto se prohibió expresamente interponer apelacion alguna á Roma, bajo pena de caer en desagrado del monarca, lo que era hacerles criminales de lesa majestad. Daba por razon el parlamento de que en el reino no se conocía ya potestad extranjera en lo espiritual ni en lo temporal.

Como pueda comprenderse, la noticia de todos estos atentados causó una profunda afliccion al sumo pontífice, el cual

dirigió á Enrique VIII una sentida carta, digna de un padre amoroso que se dirige á un hijo extraviado al que desea atraer al buen camino. Decíale que veía con profundo dolor á una reina virtuosa sustituida por una mujer de su servidumbre; que este escándalo habia sido tanto más irritante cuanto que se habia dado antes de que recayese sentencia de la Silla apostólica y contra su expresa prohibicion; pero que, sin embargo, teniendo en cuenta los grandes servicios que Inglaterra habia prestado á la Iglesia, se limitaba á rogarle que se uniese nuevamente á su legítima esposa, separándose de su rival, y á reparar los escándalos dados con desprecio de las leyes. En caso de desobediencia le sujetaba á comparecer en la corte pontificia, junto con Ana Bolena, para responder sobre el trato escandaloso que la voz pública les imputaba. «Ciertamente, dice el papa al terminar su Breve, estos tristes extremos á que me veo precisado no dejan de costar mucha violencia á mi corazon. ¡Pluguiese á Dios que solo se tratase de mis intereses temporales! Bien pronto seriais el árbitro absoluto; pero va en ello la gloria de Dios, la edificacion de la Iglesia y mi propia suerte para la eternidad: yo me veo forzado contra mi voluntad á aplicar el hierro contra una llaga, que no es susceptible ya de otro remedio.»

Ya hemos dicho en el capitulo anterior la irritacion que produjo á Enrique VIII la anulacion por el papa de su matrimonio con Ana Bolena. A esta carta del Sumo Pontífice respondió injuriosamente que sus Breves estaban llenos de errores contra el derecho divino y humano al mismo tiempo, y que aunque sería muy fácil echar la culpa de esto á

sus consejeros, destituidos de ciencia y de sabiduría; sin embargo el primer Pastor era inexcusable en seguir sus consejos perniciosos. Añadia á esto, que ya no se hallaban en la cátedra de san Pedro aquella doctrina y capacidad luminosas que se vieron brillar en otro tiempo, y que siempre habia derecho para exigir de los que la ocupaban: que el mismo Clemente habia confesado su ignorancia, declarando en el presente negocio que solo hablaba por boca de otros: órganos engañosos, proseguia, contradecidos por cuantos sábios hay en las universidades de Inglaterra, de Francia, de Alemania y aun de Italia. De este modo se escudaba Enrique VIII con los sufragios mendigados en todas las regiones. Protestaba luego que no habia cedido á persona alguna en veneracion á la Santa Sede, y que aun en esta ocasion habria guardado de buena gana silencio, si su sumision no fuese una infraccion de la ley divina, y su primer matrimonio un escándalo, el cual, á juicio de los doctores más grandes, pasaba por un ultraje hecho á la naturaleza. Decia en fin á Clemente que habiendo ya hablado á los principes con el objeto de reducir la autoridad de los papas á sus justos límites, no pasaria más adelante, á menos que se le forzase á ello; pero que le advertia tambien que cumpliése con su deber, y se arreglase á los dictámenes de un número tan grande de personas instruidas (1).

No podia llevarse más allá la insolencia de aquel rey, ni podia tratarse con mayor menosprecio al que era representante de Dios en la tierra. Querer enseñar sus deberes al vicario de Jesucristo y darle lecciones de prudencia, era

(1) Berault-Bercastel, lib. LX, n. 13.

haber llegado á los últimos lindes de la soberbia humana.

Enrique VIII, una vez declarado por el mismo jefe supremo de la Iglesia de Inglaterra, empezó á dictar las leyes más absurdas. La primera de ellas fué el disponer que los cabildos eligiesen á los obispos, y que el metropolitano los consagrara sin recurrir para nada á Roma, sino al arzobispo de Cantorbery, exigiendo juramento al clero de que observaría fielmente los estatutos que se iban estableciendo. Mandó que en adelante no se diese el título de papa al obispo de Roma, y que á las letanias se añadiese este verso: *De la tiranía del obispo de Roma, libranos, Señor.*

Esta brutal ruptura con la cabeza de la Iglesia no mereció la aprobacion de todos los súbditos del rey Enrique. Verdad es que fueron muchos los que la aprobaron, bien por aduacion al monarca, bien porque favorecia sus intereses particulares; empero hubo no pocos, asi eclesiásticos como seglares, que la llevaron muy á mal, y prefirieron la muerte á la apostasia. Todo, pues, hacia prever que iban á renovarse los primitivos tiempos de la Iglesia, en los que con tanta abundancia corrió la sangre de los fieles. Algunos tímidos se contentaban con llorar en el silencio de sus moradas aquellos grandes desastres, pero otros más valerosos salieron en defensa de la verdad, declarándose sin temor alguno defensores de la Santa Sede. Bien comprendian que de este modo caian en el desagrado del monarca y exponian su vida; pero hombres de fé, nada les importaba su existencia, y preferian mil veces la muerte antes de caer en el desagrado de Dios. No ha habido época alguna de persecucion para la Iglesia en la que no hayan resplandecido héroes

— 40 —
admirables de virtud y de fortaleza para servir de ejemplo al mundo, arrojando los tormentos y la muerte antes de caer en la miserable apostasia.

Enrique quería aparentar todavía que era católico, como si fuese posible serlo separado de la comunión del soberano pontífice, sucesor de Pedro, que es el piloto á quien Jesucristo ha encomendado dirigir y gobernar el timon de la nave de la Iglesia. Así, pues, sentenció á muerte á muchos protestantes. Entre los fervorosos católicos que sufrieron el martirio por negarse á prestar el juramento exigido por Enrique se cuentan Fischer, obispo de Richester, y Tomás Moro, que eran seguramente los dos hombres más importantes que en aquella época había en Inglaterra. Era Fischer un varón respetabilísimo y ya octogenario, y era generalmente amado no solo de sus diocesanos, sino de cuantos le conocían. Fué preso en la torre de Londres por no haber accedido á prestar el juramento. Muchas personas que temieron por su vida se acercaron á la prisión instándole para que complaciese al rey, con lo que conseguiría su libertad. Fischer se resistió á toda clase de ruegos, y con un valor digno de los mártires de los primeros siglos, contestaba: *No quiera Dios que yo manche mis canas con una iniquidad: venga el martirio, que mi mayor gloria lo encontraré en los tormentos sufridos por la fe.* Sotto Clemente VII la constancia del santo obispo, y le creó cardenal. Al saberlo Enrique dijo en tono de burla: *Envie el capelo cuando quiera, que yo haré que ya no exista la cabeza en que le quiere colocar.* Y en efecto, le mandó cortar la cabeza. Fischer había sido el más elocuente impugnador de

— 41 —
Lutero y de los demás herejes de su tiempo. Sus obras de controversia forman un tomo en folio.

Compañero suyo de prisión había sido Tomás Moro, ilustrado patricio. Miraba con santa envidia la suerte del mártir obispo, y deseaba participar de ella: por esto rechazó también cuantos ruegos se le hicieron, incluso los de su propia esposa. Para lograr persuadirle le presentaban el ejemplo de algunos obispos, de miembros del parlamento y de otras personas distinguidas que habían jurado, á lo que él contestaba: *Vosotros podéis presentarme obispos de vuestro partido, pero para cada uno de ellos tengo ciento que están gozando ya de la gloria celestial. ¿La autoridad de los concilios generales no es superior á la del parlamento?* Su resistencia le costó la vida, y el pueblo de Londres le vió caminar al suplicio con la mayor tranquilidad y lleno de gozo por haber alcanzado la gloria del martirio. Tomás Moro, hombre muy versado en las ciencias, dejó algunos trabajos útiles, entre ellos una obra titulada *La Utopia*, ó plan de una república perfecta.

Para que se conozca con cuánta razón se ha dado á Enrique VIII el título de Neron de Inglaterra, no necesitaremos enumerar una por una las víctimas de su implacable furor; solo añadiremos á las ya enunciadas un religioso que había sido confesor de la reina Catalina, al cual lo hizo colgar en la plaza de Londres haciéndole morir á fuego lento. A tres religiosos cartujos, á un sacerdote secular y á un doctor se los arrojó el corazón, y luego fueron descuartizados, y para que no hubiera en la historia quien le excediese en crueldad, hizo Enrique que á la madre del cardenal Polo se le cortase

la cabeza por el solo delito de haber recibido carta de su hijo, habiendo sufrido la misma suerte el hijo mayor de la misma respetable señora y otros individuos de su familia.

Bien pronto la Gran Bretaña, la *Isla de los Santos* se vió en un estado tan lamentable como la Alemania. Enrique, como todos los tiranos que han declarado la guerra á la Iglesia, empezó á apoderarse de todos los bienes de los templos y de los monasterios. Suprimió muchas comunidades religiosas de varones y de hembras, y obrando como cabeza de la Iglesia publicó un decreto por el cual dispensaba de los votos monásticos á todos los que los hubiesen hecho antes de cumplir veinte y cinco años, dando licencia á los demás para que pudiesen abandonar los monasterios. Despues poco á poco todo lo fué suprimiendo. Empezó por la órden de San Juan de Jerusalem, que poseía en Inglaterra cuantiosos bienes, de los que se hizo dueño absoluto. Más tarde fueron desapareciendo los conventos, las casas de caridad y demás establecimientos piadosos que estaban á cargo de los religiosos. Empero no dejaremos de hacer mención de un hecho inaudito que fué seguramente el mayor y más sacrilego atentado del cruel monarca. Nos referimos á la profanacion de las reliquias de santo Tomás de Cantorbery, verificada en 1538. El rey se apoderó de los tesoros de la catedral y de todas las riquezas que adornaban el sepulcro del santo prelado, dádivas de los devotos admiradores de sus grandes virtudes, siendo en tan gran número las alhajas de que se incautó, que fué menester emplear veinte carros para que las trasportasen á su palacio (1). ¿Se con-

(1) *Annal. Hist. ecclésiast.*, lib. XII, c. vii.

tentó por ventura con esto? No: su codicia podia estar satisfecha, pero no el odio que profesaba á santo Tomás. Era necesario que pusiese el sello á sus grandes iniquidades, y lo hizo de un modo que causa espanto. Mandó que se le procesase, y los jueces que no se atrevían á contradecir al monarca, declararon al Santo reo de lesa majestad. En su consecuencia, fué mandado borrar su nombre del catálogo de los santos de la iglesia anglicana, y sacando el cadáver de su sepulcro fué quemado, y sus cenizas echadas al viento. ¡Hé aquí las virtudes y grandes hazañas de los jefes de las sectas que se llaman cristianas! ¡Hé aquí la buena fé de los que se separan de la comunión católica! ¡Y aun hay quien conociendo todo esto tenga la insensatez de afiliarse á las banderas eismáticas! No lo comprendemos, pero bástanos á nosotros echar una rápida ojeada á la historia, para mirarlas todas más con asco que con horror.

Y se llaman patriotas y amantes del pueblo los que han llevado á cabo la obra, que caerá irremisiblemente sin tardar mucho, de romper en nuestra España la unidad religiosa para dar entrada á todas esas sectas corrompidas, que no truen en pos de sí más que agitaciones y trastornos. Cuando los *padres de la patria* trataban de regenerarnos por tal medio, se publicaron diversos escritos firmados por los más sabios varones de la nacion, exponiendo los grandes males que necesariamente habinn de surgir de llevar á cabo la proyectada ruptura de la unidad católica. Pero de nada sirvieron estas voces de la ciencia, ni los elocuentísimos discursos pronuniciados en el seno de la representacion nacional por los diputados católicos. Desgraciadamente pre-

— 4 —

valecieron los esfuerzos hechos por el partido llamado liberal, creemos que por sarcasmo, pues no es libertad verdadera la que no está basada en los santos principios de la justicia. Hé aquí una brillante página de un precioso opusculo publicado en aquellos días por el virtuoso y sabio prelado de Barcelona Excmo. Dr. D. Pantaleon Montserrat y Navarro, arrebatado por la muerte al amor de sus diocesanos.

«¿Cómo dejaremos de apreciar la importancia de la unidad religiosa? ¿Cómo permitiremos que rompiéndose esta por la introducción de otras sectas entre nosotros se debilite la unión política que debe existir entre los hijos de una misma patria? Los intereses que hasta este momento habían sido nacionales, cesarian de serlo desde la época fatal en que se diese entrada y se concediesen derechos civiles y religiosos á los que disientan de nuestras antiguas y comunes tradiciones. Un sentimiento más poderoso sobre el corazón del hombre que el amor mismo de la patria, le haría mirar y simpatizar fuera de los límites de ella á sus correligionarios coligados en nuestra ruina. El reformado español se hallaría más en contacto con el reformado inglés, francés, alemán y holandés que con su compatriota católico: se prodigarían con más celo á un compañero de su creencia los socorros innecesarios, que á un convecino, por más que estuviesen mandados. La caridad cristiana sería reemplazada por el frío egoísmo y especulación interesada. Y si hay virtudes personales domésticas entre los disidentes, no faltan y aun sobrepujan entre los católicos: además sólo se encuentran en el catolicismo esas instituciones públicas del

— 4 —

clero que prescriben por primer deber la privación de la familia, la decisión entera y sin reserva á todos los sacrificios personales que exigen las diferentes necesidades de la sociedad, y que hacen consagrar á ella sus miembros por un empeño indisoluble, exponer su vida por el alivio de sus prójimos, llevar la fé cristiana y los beneficios de la civilización á los pueblos bárbaros y hasta las extremidades del mundo. ¿Por qué, pues, no se mantienen ó toleran esas asociaciones religiosas en el suelo de donde han nacido las más célebres y provechosas á las luces y á la humanidad, en las que encontraba el infortunio un asilo seguro? ¿Por qué se dispersan los restos que han quedado del naufragio que han padecido otras en las agitaciones de nuestra patria, al mismo tiempo que se las quiere reemplazar con odiosos restos que llevan sobre sí la maldición de sí mismos y las acusaciones terribles del cielo y de todos los pueblos de la tierra, con los que no han podido asimilarse ni confundirse despues de diez y ocho siglos? ¿Por qué se quiere importar esa planta exótica de la Reforma protestante á este terreno clásico del catolicismo? No por otro motivo sino porque la tolerancia religiosa gusta al hombre débil y corrompido (1).»

Es extraño en verdad que los que reclaman una tolerancia absoluta con respecto á otros objetos, la reclamen al mismo tiempo sobre las creencias religiosas, y aun sobre el culto que las expresa. El ilustre prelado que nos habló del modo que acaba de leerse, hace sobre este punto una reflexión cristiana, digna de tenerse en cuenta, y que tene-

(1) Consideraciones filosófico-cristianas y políticas sobre la tolerancia y libertad de cultos en España, por el obispo de Barcelona.

mos un placer en consignar aquí. Después de sus profundas consideraciones filosóficas, se expresaba de esta manera :

«Queda, pues, sentado que la suposición de ser todas las religiones indiferentes no puede sostenerse en buena filosofía, mucho ménos en sana teología, porque cuando esta se ocupa en establecer el dogma verdadero y separarlo del error distinguiéndole de la verdad que se halla en la palabra revelada, ¿cómo suponer que esta distinción no la halla entre las religiones opuestas, y que por lo tanto todas mantienen igualmente las relaciones del hombre con respecto á Dios y sus semejantes? Mas si realmente hay verdadero y falso, orden y desorden en las diversas religiones, consideradas generalmente bajo el punto de vista de la revelación, ¿puede suponerse en buena razón que el Sér supremo, que es la misma inteligencia, no las distingue, á que este mismo Sér, que es la sublime verdad, puede permanecer indiferente á la una ó á la otra? Y si las distingue, si prefiere la una á la otra, ¿cómo pensar que haya negado á los hombres, capaces de conocer y elegir, de amar ó de aborrecer, todo medio de distinguir el bien del mal en las relaciones que tienen con el mismo Dios? Y ¿á qué fin nos habría dado ese ardor desmesurado de conocer, y los medios de descubrir las relaciones que también tenemos con las cosas sensibles, que son objeto de los adelantados estudios de la industria, si pudiendo distinguir lo verdadero de lo falso, el bien del mal, en las diversas religiones, fuéramos indiferentes en lo que más nos interesa, en lo único necesario? Esta indiferencia sería el carácter más marcado de la estupidez. La dignidad propia del hombre, su verdadera grandeza, se

halla en las relaciones de su alma con el mundo invisible. El es espíritu, y como tal le arrastra un deseo indestructible hácia las sublimes regiones de la eternidad; y el conjunto de los medios que Dios ha revelado para mantener estas relaciones con el mismo, es lo que forma la verdadera religión. Permanecer indiferente á ello, es buscar el soberano bien sobre la tierra; es rivalizar durante su vida con los séres materiales; es hacerse más miserable que estos, puesto que quien vive sin tomar los caminos para ir con seguridad al orden divino de su destino, vive en una contradicción eterna con las necesidades de su naturaleza espiritual. «El que no está conmigo está contra mí,» dice la Verdad eterna; quiere decir, que el que no se decide por la doctrina de aquel Maestro divino, es enemigo de sí mismo; porque al decirnos que le sigamos como camino y verdad, no ha tenido otro objeto que nuestra dicha.

«Ahora bien, pues si la religión católica, tanto en sus dogmas y moral como en las prácticas de su culto, nos enseña esta misma doctrina que Dios le ha revelado para su gloria y nuestra santificación; el que cree puede conseguirla y agradar á Dios en cualquiera otra religión, se pone en lucha con las exigencias de la razón y la palabra divina, porque las revelaciones de Jesucristo se hallan en la más perfecta armonía con la voz de la razón, con la voz de la naturaleza y de la conciencia, que es el órgano de la Providencia. La razón ilustrada por la fé, la conciencia, la naturaleza y el destino llaman las miradas del hombre hácia el mundo invisible, objeto esencial de la religión; es necesario, pues, reconocer que sólo puede y debe decidirse por aquella que

lleve el carácter de la divina Verdad, que es única. La indiferencia en esta materia es un crimen de lesa majestad del alma humana, es un contrasentido, un atentado contra nuestro verdadero honor, y principalmente contra el que Dios se merece.

»En efecto, si todas las creencias y prácticas religiosas, sean verdaderas ó falsas, nos mantienen en relacion con el Criador; si todo le es indiferente en orden al culto que se le tributa, entonces es preciso sostener que es igual en sí ofrecer á la Divinidad una hostia inocente, ó inmolarse víctimas humanas; sacrificarle como los chinos los niños recién nacidos, ó consagrarlos á su servicio por el Bautismo; autorizar la esclavitud, ó proscribirla; quemarse sobre el sepulcro del esposo, ó llorarle; imponerse privaciones que sin dañar á la salud sujetan los sentidos á la templanza y el corazón á la docilidad, ó entregarse como los bonzos á los tormentos prolongados que ellos miran como una virtud y que la humanidad se guardará muy bien de imponer en castigo de los más grandes crímenes. Tales son las consecuencias que se deducen del principio que supone indiferentes todas las religiones. Y, á pesar de esto, tal es para el espíritu humano la necesidad de ser consecuente, aun en la opinion más absurda, que los partidarios de la tolerancia se han visto forzados á sostener la indiferencia de todos los actos religiosos insinuados, ó luego que estos actos han parecido una barbarie y de una extravagancia muy repugnante, ellos han acusado á la religion en general, es decir, á todas las religiones indistintamente: han dicho con Lucrecio que la religion era la causa de los males; han imputado á la

religion católica los horrores que la misma desaprueba y que ha hecho cesar donde quiera que se ha establecido, y por fin han concluido por sacudir el yugo de todas, se han emancipado de todo culto, y en su último delirio han negado á Dios, ó dicho con Proudhon que era el mismo mal. Véase, pues, por lo dicho que la tolerancia absoluta, reclamada en nombre de la filosofía, jamás ha existido, ni puede existir segun sus principios verdaderos en materias religiosas. El solo pensamiento en el hombre de que su semejanza se halla en el error, ya no le permite ser tolerante, porque obraría contra sus propias convicciones, lo cual ya no sería acto elícito de la voluntad que merezca calificarse de tal en buena filosofía (1).»

Reanudemos nuestro historiado sobre el cisma anglicano. La Providencia divina brilla en todas partes, y la historia nos presenta mil y mil ejemplos de los grandes castigos que el Señor envía aun acá en la tierra á los hombres criminales que son causa de las grandes agitaciones de los pueblos, y mucho más á los que toman por punto de partida para verificar revoluciones el combatir á la Iglesia de la verdad. Era ministro del rey Cromwel, y al mismo tiempo vice-gerente de la iglesia anglicana. Sectario y protector de los protestantes habia contribuido en gran manera á los excesos de Enrique. No tuvo el menor reparo en vender su conciencia por conservar la gracia del monarca y con ella los distinguidos puestos que ocupaba. Muerta Ana Bolera del modo que ya hemos explicado, el rey casó con Juana de Seimour, simple camarera que habia sido de Ana,

(1) Opúsculo citado del señor Obispo de Barcelona.

pero Enrique conservó poco tiempo esta compañera, que murió de sobraparto. Cromwel entonces proporcionó al rey otra esposa en Ana de Cleves, que pertenecía á una familia que habia aceptado la nueva Reforma. Enrique, que era tan inconstante, se disgustó pronto de su nueva esposa, y recibió un odio implacable hacia el ministro que se la habia proporcionado. Esto bastó para que recayesen sobre él acusaciones de protector de los luteranos. El parlamento, que recibió órdenes expresas del rey, le condenó como hereje y enemigo del monarca y de la tranquilidad pública, habiendo sido decapitado delante de la torre de Lóndres en julio de 1540. De un modo tan trágico terminó su carrera el ambicioso ministro, que arrastrando al rey por el camino del cisma causó tantas desgracias en su patria.

Una lucha de las más rigurosas tenia lugar en Inglaterra de cismáticos con cismáticos. Enrique, que se habia arrogado las facultades de reformar la Iglesia en sus Estados, era implacable contra los luteranos, que iban haciendo grandes progresos en Inglaterra. Deseaba exterminarlos, y de aquí el publicar el edicto que los protestantes conocen con el nombre de *Estatuto de sangre*, por el cual imponia las más severas penas á los que contradijesen ó negasen cualquiera de los seis artículos siguientes:

- 1.° La sustancia del pan y del vino se convierte en el cuerpo y sangre del Señor.
- 2.° Basta recibir la comunión en una sola especie.
- 3.° Casarse un sacerdote es contra la ley de Dios.
- 4.° Quien tiene voto de castidad debe cumplirlo.

5.° Deben celebrarse misas privadas.

6.° La confesion auricular es útil y necesaria.

Con el mayor rigor se llevaron á cabo las penas establecidas en este edicto, siendo muchos los protestantes que fueron quemados por haber negado alguno de estos artículos.

No hablaremos aquí de otros matrimonios de Enrique VIII por no ser de nuestro propósito. Solo diremos que el destructor de la fé católica en Inglaterra, el asesino de sus esposas y de una multitud de personas, falleció en enero de 1547, cuando contaba la edad de cincuenta y seis años y cerca de treinta y ocho de reinado. Entre las víctimas del cruel Enrique VIII se cuentan dos reinas, Ana Bolena y Catalina Howard, dos cardenales, veinte y cinco entre obispos y arzobispos, trece abades, quinientos sacerdotes, más de cien canónigos y doctores, ciento diez y siete señores de alta jerarquía y un gran número de grandes de su reino. ¡Tal fué el autor del cisma de Inglaterra!

Hagamos ahora una reflexion que creemos de importancia. Hemos visto que Enrique VIII se apoderó de todos los bienes pertenecientes á las iglesias y monasterios de su país. Él dió el ejemplo para lo que ha sucedido desde entonces en todas las revoluciones, y nos confirma en lo que ya hemos dicho, esto es, que todas las que despues de aquella época se han suscitado son hijas legítimas de la del siglo XVI. ¿Es el liberalismo moderno hijo del protestantismo? Por más que se haya hipócritamente propuesto unir la luz con las tinieblas, esto es, manifestar un respeto profundo á

la Santa Sede y al mismo tiempo perseguir á la Iglesia, toda su tendencia demuestra una grande antipatia á las leyes de la misma Iglesia, despojándola de sus bienes legítimos, y conculcando las leyes divinas y humanas. No necesitamos para confirmar esta verdad buscar pruebas lejos de nosotros, pues por desdicha las tenemos dentro de nuestra misma patria. Abrase nuestra coleccion legislativa perteneciente á lo que va corrido del presente siglo, y se verá como en diversas épocas se han publicado leyes absurdas contra las disposiciones de los sagrados cánones, y bajo diversos pretextos se han arrobato sus bienes á las iglesias y monasterios, y hasta las alhajas de los templos y de las sagradas imágenes. No insistiremos ahora en este punto, porque en su lugar respectivo hemos de tratar, con la ayuda de Dios, del liberalismo moderno, como la mayor de las herejías del siglo XIX. No hacemos al presente más que apuntar lo que trataremos con la detención que el asunto merece.

Ya hemos dado á conocer suficientemente al desdichado autor del cisma de Inglaterra, y hemos visto de lo que es capaz un hombre que se deja llevar por la corriente de sus impuras pasiones. Estamos ya en el caso de dar á conocer á otro importante personaje tan funestamente célebre como Lutero y cuyo nombre va unido en la historia con el de aquel famoso apóstata. Nos referimos á Calvino.

CAPÍTULO X.

JUAN CALVINO.

Principios de Calvino y del calvinismo.—Idea general de su doctrina.—
Diferencia doctrinal entre el luteranismo y el calvinismo. Reflexion.

Vamos á ocuparnos de otro hijo de perdicion, que, asi como Lutero, se propuso nada ménos que aniquilar la fé cristiana. Juan Calvino era el nombre eternamente execrable de este enemigo de su religion y de su patria, de este hombre rival de Lutero en su obra de destruccion. Era hijo de un habitante de humilde linaje de Noyon. Estudió humanidades y filosofía en París, y despues en Orleans, y en Bourges cursó la carrera de derecho. Su primera publicacion fué un comentario del tratado de Séneca sobre la clemencia (1).

Por aquel tiempo afligia á la Iglesia un considerable número de sectas heréticas, siendo indudable que todas ellas tuvieron su origen en el protestantismo. En tanto que Cal-

(1) Beza: Vida de Calvino,
TOMO II.

la Santa Sede y al mismo tiempo perseguir á la Iglesia, toda su tendencia demuestra una grande antipatia á las leyes de la misma Iglesia, despojándola de sus bienes legítimos, y conculcando las leyes divinas y humanas. No necesitamos para confirmar esta verdad buscar pruebas lejos de nosotros, pues por desdicha las tenemos dentro de nuestra misma patria. Abrase nuestra coleccion legislativa perteneciente á lo que va corrido del presente siglo, y se verá como en diversas épocas se han publicado leyes absurdas contra las disposiciones de los sagrados cánones, y bajo diversos pretextos se han arrobado sus bienes á las iglesias y monasterios, y hasta las alhajas de los templos y de las sagradas imágenes. No insistiremos ahora en este punto, porque en su lugar respectivo hemos de tratar, con la ayuda de Dios, del liberalismo moderno, como la mayor de las herejías del siglo XIX. No hacemos al presente más que apuntar lo que trataremos con la detención que el asunto merece.

Ya hemos dado á conocer suficientemente al desdichado autor del cisma de Inglaterra, y hemos visto de lo que es capaz un hombre que se deja llevar por la corriente de sus impuras pasiones. Estamos ya en el caso de dar á conocer á otro importante personaje tan funestamente célebre como Lutero y cuyo nombre va unido en la historia con el de aquel famoso apóstata. Nos referimos á Calvino.

CAPÍTULO X.

JUAN CALVINO.

Principios de Calvino y del calvinismo.—Idea general de su doctrina —
Diferencia doctrinal entre el luteranismo y el calvinismo. Reflexion.

Vamos á ocuparnos de otro hijo de perdicion, que, asi como Lutero, se propuso nada ménos que aniquilar la fé cristiana. Juan Calvino era el nombre eternamente execrable de este enemigo de su religion y de su patria, de este hombre rival de Lutero en su obra de destruccion. Era hijo de un habitante de humilde linaje de Noyon. Estudió humanidades y filosofía en París, y despues en Orleans, y en Bourges cursó la carrera de derecho. Su primera publicacion fué un comentario del tratado de Séneca sobre la clemencia (1).

Por aquel tiempo afligia á la Iglesia un considerable número de sectas heréticas, siendo indudable que todas ellas tuvieron su origen en el protestantismo. En tanto que Cal-

(1) Beza: Vida de Calvino,
TOMO II.

vino estudiaba la jurisprudencia en Bourges, acudían á aquella ciudad diariamente los sectarios de las nuevas doctrinas, que eran recibidos favorablemente. Allí fué donde Melchor Wolmar, entre otros, le enseñó á pensar y hablar libremente sobre religión. Luego que volvió á Paris, sin haber sido promovido al sacerdocio, aunque sí provisto de una capellanía en la catedral de Noyon (1) y de los curatos de Murteville y del Puente del Obispo, en la misma diócesis, sin haber estudiado teología, se entrometió en las más difíciles cuestiones de controversia, y compuso un sermón artificioso, empuñándose con el rector de la universidad. Nicolás Cop, al que había seducido, á fin de que lo predicase públicamente el día de la festividad de Todos los Santos. Como el rey había ordenado la mayor vigilancia para la conservación de la fe, obró con su firmeza acostumbrada el teniente criminal Juan Morin, y el predicador huyó á Basilea, de donde era originario (2). Instruido Morin de toda la trama, pasó bien acompañado al colegio de Fortet donde habitaba Calvino; pero este cobarde instigador, lejos de exponerse, observó tan atento el peligro, que al llegar á su habitación reconocieron que se había escapado ya por la ventana con el auxilio de sus sábanas que se hallaban colgadas en ella.

Aquí, dice Berault-Bercastel, empieza la obra del hugonotismo ó la era calviniana. El nuevo profeta escogió para su lugar de refugio la ciudad de Angulema, y para hospedaje la casa de Luis Tillet, canónigo de aquella catedral, y

(1) Le Vasseur: Ann. de l'Eglise, de Noyon.
 (2) Duboul, t. II, p. 238.—Fierim. de Rem. p. 863.

entonces predilecto del impostor. Pero la sangre que corría por las venas de Luis era muy pura y cristiana para que fuese largo tiempo juguete de la impostura y de la impiedad. Juan su hermano, escribano mayor del parlamento de Paris, le advirtió de sus errores y llevó su celo hasta ir en busca suya á Alemania, en donde no descansó hasta haberle hecho romper los vinculos que le estrechaban con los enemigos de la fé. Las doctrinas del pedagogo hereje prendieron tan poco en esta virtuosa familia, que otro Tillet, hermano de los dos primeros, fué en adelante uno de los obispos más piadosos de Meaux. Todo lo que Calvino pudo hacer en Angulema fué bosquejar, bajo el título de *Institucion cristiana*, el libro tenebroso cuyos frutos sangrientos y sacrilegos le dieron un nuevo rasgo de semejanza con el profeta de la Meca (1).

Hé aquí ahora una idea general que de las doctrinas de este sectario consigna Mr. Audin, en su bien escrita *Historia de Calvino*:

«Ocúltese la Reforma bajo el nombre de Zuinglio, Lutero, Calvino, Ecolampio ó Knox, no puede existir sino porque así plazca á los príncipes. Su reino es de este mundo. Seguida al través de la Alemania, cuando parte de Wittenberg; en donde quiera establecerse, necesitará la mano de un hombre. ¿En qué se apoyaría cuando ha destruido los recuerdos, las creencias, la fé, las tradiciones? Muerta en ella toda vida ideal, se materializa y se entrega en cuerpo y alma, en Inglaterra á una mujer que hace oficios de papa; en Prusia á un monarca que regulariza hasta la disciplina

(1) Berault-Bercastel, lib. LX, n. 23.

eclesiástica y redacta liturgias para las dos comuniones reunidas; en Ginebra á legos transformados en doctores de Israel. No hay país en el mundo donde la fé en el poder sea más ciega que en Prusia, país donde floreció el luteranismo...

«Libertad civil y religiosa, nacionalidad, poesía, pintura, bellas letras, Calvino todo lo ha marchitado en Ginebra, todo lo ha descolorido, todo lo ha muerto. Sin él, Ginebra habría marchado, como las otras ciudades, á la luz que Roma, Florencia, Venecia habian hecho brillar. Esta ciudad podia haberse distinguido como aquellas. Los frailes de Ginebra son pedantes y enfadosos, producen enormes volúmenes sin estilo y sin vida. Mientras que Ginebra se fatiga así en el vacío, Roma produce al aliento del pontificado obras maestras de historia, de lingüística, de filosofía.

«En Wittemberg como en Ginebra, la Reforma que nunca ha comprendido los instintos populares, había roto todas las imágenes materiales del culto; pero en Wittemberg, en cuanto se vió dueña del templo católico, se puso á levantar de nuevo las estatuas, á restaurar los cuadros, á recomponer los cristales temiendo ser acusada de vandalismo. En Ginebra, para complacer á Calvino, embadurnó las paredes de la catedral, vendió las estatuas ó hizo quemar los cuadros.

«Antes de morir, Calvino legó á su patria adoptiva una manía de controversia, que los refugiados vieron obligados á sufrir.

«Calvino prohibe al alma ocuparse de la forma visible, que podría, dice, hacerla caer en la idolatría; de la pintura, que sólo despertaría en ella falsas ideas sobre la naturaleza divina; de la música, que la sumergiría en perezosos ensi-

mismamientos. De este modo se cumplía la sentencia formulada por Meuzel contra el protestantismo sajón: «La Reforma fué al principio un fuego devorador, despues una aurora boreal señal de enfriamiento.»

«La escuela exegética, que Calvino fundó en Ginebra, se resistió de una manera funesta al cultivo de las inteligencias... Es preciso ver cómo se regocijan estos escoliadores cuando han quitado ó añadido una pierna ó una letra griega: ¡anuncian este feliz descubrimiento, como nosotros católicos cuando Rafael pinta en Roma el cuadro de la *Transfiguracion*, ó cuando Erasmo acaba de escribir el Prefacio de san Jerónimo! No pidáis á todas aquellas inteligencias de los siglos diez y seis y diez y siete, que preceden á Calvino, ningún descubrimiento histórico, científico ó moral.

«Sabemos que Ginebra, proclamando que *el calvinismo no es el cristianismo*, se sustrajo al yugo doctrinal del reformador. Rehabilitado el libre exámen, se abrió otro abismo, la anarquía religiosa, y una vez se oyó que gritaba á sus pastores: «Habeis renegado del Cristo, el Cristo reniega de vosotros.» Esta voz protestante venía de Escocia.»

Calvino era más sabio que Lutero, escribía con más elegancia y estaba dotado de una gran actividad; cualidades que aplicadas á la buena causa, hubiesen sido de gran utilidad y provecho para la Iglesia. Por desgracia no fué así: Calvino quiso hacerse célebre y adquirir fama, y para ello tomó el peor camino; quiso gloria, y por cierto fué muy triste la que adquirió. Su nombre atraviesa los siglos junto con el de Lutero, y ambos son mirados con horror por todos

los hombres honrados. Pasó su vida Calvino en luchas continuas no tanto contra los católicos, como contra los mismos protestantes, pues que bien pronto se negaron á estar sujetos á su autoridad. Por su parte se valió del fuego, del hierro, de las prisiones para castigar á los que osaban contradecirle. Lutero y Calvino fueron dos genios maléficos abortados por el infierno, para la pérdida de innumerables almas. Calvino comentó á su manera las Escrituras.

Calvino, dice el abate Bertrand, ha sido alabado no sólo por los sectarios que le han seguido, sino tambien por algunos católicos que han querido de este modo dar pruebas de su imparcialidad: pero si bien no puede negarse que fué diestro en el arte de escribir, laborioso y desinteresado, estos actos no lavan sus hechos monstruosos de orgullo, de iniquidad y de intolerancia, que tampoco es posible sean por nadie disimulados.

Tiene razon el escritor francés que de este modo se expresa. Son muchos los que creen que para ser hombre de bien, para merecer aplausos de la sociedad, basta ser laborioso, desinteresado y amable. No: para merecer un justo aprecio son necesarias cualidades que jamás resplandecieron en Calvino, ni en Lutero, ni en Zuinglio, ni en Carlostadio, ni en ninguno de esos jefes de rebelion que despues de haber apostatado miserablemente de la fé católica, atormentaban y quitaban la vida sin escrúpulo de ninguna clase á los que ó bien no aceptaban ó bien apostataban de las doctrinas que ellos predicaban. En vez de alabanzas merecen la execracion de todos los hombres honrados, de todos aquellos que son amantes de la paz y de la tranquilidad de los pue-

blos, aunque prescindiesen de las ideas religiosas, de lo que no es posible prescindir los católicos.

Calvino estableció el reino de la intolerancia más feroz y despótica, de las supersticiones más groseras y de los dogmas más impíos, y se valió de todos los medios, especialmente el del terror para que no se escapase de sus manos la autoridad que sobre los ginebreses habia alcanzado. Murió en Ginebra en 1564.

Necesario es que demos ahora algunas ideas generales de las doctrinas de este reformador. En sus *Instituciones de la religion cristiana* y en el *Catecismo*, que publicó en 1538, es donde puede buscarse la obra de reorganizacion que pretendió llevar á cabo, tomando de Lutero la justificacion, de Zuinglio la presencia espiritual, y de los anabaptistas el no poderse perder el Espirita Santo una vez recibido. Con estos principios compuso el sistema que recibió su nombre.

«Dios, dice en el libro I de las Instituciones, al formar sus criaturas de la nada, tuvo una noble voluntad, la de salvar á las unas y condenar á las otras: por lo cual, añade en otro lugar, él es quien nos estimula al pecado, lo quiere, lo prescribe; y cuando envia un predicador de su palabra, lo hace á fin de que los réprobos más se cieguen y más se ensordezcan.» No puede darse una doctrina más impia: luego segun la doctrina de Calvino Dios es el autor del mal. En tan corrompida fuente beberia seguramente el inmoral y cínico Proudhon para escribir estas sacrilegas palabras: «Dios es el mal.» ¡Todos los crímenes que se han efectuado y se efectúan en el mundo son obras exclusivas de Dios! ¡Y hay hombres que estando dotados de razon

acepten tal idea! ¿Qué se podrá juzgar de los que las predicán y de los que las aceptan? Hé aquí lo que sobre esto encontramos en una erudita nota en la traducción castellana de una importantísima obra: «Los varios trámites de la Reforma son severamente juzgados por los mismos que la abrazaron. En 1839 Ernesto Naville sustentó tesis públicas en la academia de Ginebra, donde entre otras cosas dice: «La posesion de la gracia no puede subsistir sino con una autoridad democrática, autoridad que los ministros reformados se atribuyeron ó á lo ménos obraron como si les fuese atribuida; compiláronse artículos de fé, persiguióse á los que rehusaron suscribirlos; y al escándalo de la violencia y de la injusticia añadieron los protestantes el de la más patente inconsecuencia. Hoy día en las iglesias reformadas no hay una persona ilustrada é imparcial que no reconozca que el admitir una autoridad dogmática fuera de la revelacion es hacer causa común con los católicos.

»Aun las ideas de los reformadores sobre la manera como se confiere la potestad al clero, conducen rectamente al catolicismo. Y ciertamente, desde el momento que no es lo más escogido del rebaño, ¿quién confiere la potestad al pastor? ¿cómo le será conferida? Con la consagracion que es sacramento. ¿Y está quién la efectúa? Los pastores de la Iglesia. ¿Y estos pastores por quién son consagrados? Por otros pastores. ¿Y los primeros reformados por quién lo fueron? Aquí está el punto. El único medio de resolverlo es legar la sucesion de los papas reformados á los de los valdenses y albigenes, ó bien á los católicos. Así volvemos á parar á la sucesion apostólica y de aquí al catolicis-

mo. Por esto Calvino sin rechazar enteramente la idea de la sucesion, no pudiendo admitir la vocacion legitima de los sacerdotes romanos, declaró que tal sucesion era nula donde no existía la verdadera fé. Así, pues, en último análisis, la doctrina es la que distingue á los pastores legítimos. ¿Mas cuál es la regla ó doctrina de la Iglesia? Las confesiones de fé. ¿Quién las ha compuesto? Los pastores. Por tanto la doctrina juzga á los pastores y los pastores á la doctrina.

«El sistema romano es de tal manera lógico y está tan coordinado en todas sus partes, que es preciso admitirlo todo ó nada. Respecto á los principios, los protestantes serán derrotados siempre que lo admitan sin reserva con todas sus consecuencias (1).»

Es indudable que el calvinismo es hijo de la Reforma protestante; sin embargo, iban por distinto camino, manifestándose siempre Calvino enemigo del luteranismo. Ya hemos visto la diferencia de doctrinas con respecto á la Eucaristia.

Calvino teniendo necesidad de certeza la buscó en la revelacion individual aplicada á la Sagrada Escritura. Nadie puede dudar que esta revelacion, por lo mismo de ser individual, se separa del catolicismo y al mismo tiempo se aparta de los que aceptan únicamente la inspiracion personal por aplicarse á la Escritura. Tan absurda es la idea del nuevo verbo luterano, consistente en la libre interpretacion de la Escritura, como el sistema de Calvino estableciendo la revelacion individual aplicada á la misma Escritura, siendo

(1) N. del trad. esp. a la *Hist. univ.* de G. Cantú, época xv, art. Calvino.

así que sólo á la Iglesia ha confiado el Salvador el depósito de la revelacion y la interpretacion de su contenido, razon por lo cual el gran Doctor san Agustin decia : *Ego Evangelio non crederem, nisi me catholicæ Ecclesiæ commoveret auctoritas* (1). Toda Iglesia reconstruida á la que no se pueda aplicar la máxima del célebre obispo de Hipona, no es Iglesia, ni puede ser otra cosa que un cisma, como lo son el luteranismo, el calvinismo y todas las demás agrupaciones llamadas cristianas, pero que en realidad no lo son porque se hallan separadas del cuerpo místico de Cristo que es la Iglesia.

Continuemos en el exámen de la diferencia de doctrinas que existe entre uno y otro cisma.

Lutero, que se propuso despojar al cristianismo de sus verdaderas formas, pretendió conservar su espíritu, siendo evidente que esto no puede estar divorciado de aquellas; así, pues, destruyó las obras ante la fé despojando á las primeras de todo su mérito, haciendo á la segunda suficiente para la justificacion del hombre sin la ayuda del ejercicio de la caridad y demás obras meritorias. Calvino introdujo aun más rigor en el anti-católico sistema de la fé justificante. El primero de estos herejes aseguraba que el cristiano por la fé estaba seguro de su propia justificacion, pero que no podía adquirir por si solo la salvacion eterna, y podía perderla despues, por lo que era necesaria la penitencia para la rehabilitacion. Calvino dijo que una vez asegurado el hombre de su justificacion por medio de la fé, está tambien seguro de su santificacion, porque no es

(1) Lib. *Contra epistolam Iulianum*, cap. v, n. 6.

propio de Dios elegir y reprobar al hombre al mismo tiempo. De este modo llegó hasta la predestinacion. Segun esta doctrina perdian su eficacia el Bautismo, la sagrada Eucaristia y los demás sacramentos. Los hijos de los redimidos ¿qué necesidad tenian de entrar por la puerta del Bautismo para formar parte de la sociedad redimida si á ella pertenecian por su nacimiento?

Calvino fué tan léjos como pudo en el camino de sus errores. Secundando las ideas republicanas de Ginebra (y sabido es que por regla general el republicanismo puede llamarse sistema de destrucciones y de aboliciones), abolió el episcopado; confió la eleccion del ministro á la comunidad religiosa; estableció un consistorio ó consejo compuesto de diversos ministros, encargado de corregir las costumbres y administrar las cosas religiosas. Calvino obrando de un modo contrario á los demás sectarios sujetó el poder civil al religioso. Se comprende á primera vista que de este modo se abrian con más facilidad las puertas á toda clase de ideas y de revoluciones políticas.

Del consistorio que segun hemos dicho formó Calvino, uno de cuyos objetos era la correccion de las costumbres, nació el más brutal despotismo. Siendo tan extraordinario el odio que la secta profesaba á Roma, impulsieronse severos castigos para todo el que retuviese en su casa imágenes papistas, murte en borca al que apostatase del calvinismo, y multas pecuniarias á cualquiera que oyese misa, que llegase tarde á la predicacion ó acompañase algun amigo á la taberna; siendo tan excesivo el rigor que hasta llegaron á prohibirse los espectáculos y las danzas. Hé aquí algunos

castigos que segun un historiador fueron impuestos por algunos excesos :

«Tres ciudadanos fueron encerrados en una prision á pan y agua, porque durante una colacion comieron tres docenas de barquillos; una casada, que salió á paseo con un peinado diferente del que estaba en uso, fué encerrada junto con la peinadora; y otro que fué sorprendido con unos naipes, fué enviado al cepo con la baraja á la espalda. Ginebra conservó por mucho tiempo la impresion de tan intolerante rigor, repudiando el arte, la poesia y los espectáculos.»

A dónde llegó la tiranía ejercida en Ginebra por el orgulloso cismático, se explica suficientemente en los siguientes párrafos del mismo escritor:

«¡Ay de aquel que creía serle licita la interpretacion libre! ¡Ay de aquel que no aceptaba el dogma de la predestinacion! Cuando el consejo de la ciudad tuvo que entender á peticion suya sobre los escritos de Gruet, él le aconsejó que le condenase con sus cómplices al último suplicio, y esto lo más pronto posible, á fin de que no se dijese que se toleraba la impiedad. Y nótese bien que se trataba de simples anotaciones inconexas, arrancadas al secreto de su cartera, de las cuales por tanto no debía cuenta sino á Dios. Tal monstruosidad, que no se ha visto repetida sino entre reinos tiránicos, fué sin embargo decretada entonces, «en nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo y con el santo Evangelio á la vista.» Bolsec, Ochino, Biandrate, Gentili y Castellion fueron denunciados por Calvino al consistorio, porque no pensaban como él. Miguel Servet de Villanueva en Aragon, médico astrólogo, editor del Tolomeo y muy versado

en los estudios teológicos, quiso hacerse regenerador, cuando todos tenian ya un sistema de predicar, y publicó las obras *De Trinitatis erroribus* y *Christianismi restitutio*, acusando á Roma de haber convertido á Dios en tres quimeras. Los católicos lo toleraron en Italia, y Calvino no supo perdonarle ciertas cartas, donde trataba de *insulsas* sus razones, y le preguntaba: *Unde tibi auctoritas constituendi leges?* y despues de siete años de espera pudo haberle á las manos, y le tuvo por largo tiempo en prision.

«En vano pidió un abogado, en vano pidió que le abreviase los trámites, acerba tortura moral; en vano pidió á Calvino una camisa para mudarse; Servet fué quemado vivo á nombre de una religion que rechaza toda autoridad; y como si no bastase todo esto, fué insultada su memoria y el medo con que sufrió el suplicio.

«Todos los cantones reformados, y Bullinger, Farel, Buzér y el dulce Melancton aplaudieron este acto, y aconsejaron que se arrancara así la cizaña de en medio del buen trigo; y el nuevo Moisés escribió: *Muera el que ultraja la gloria de Dios*. Sus historiadores le excusan diciendo que el dedo de Dios lo dirigia. ¡Dios cómplice de la ira, de la ambicion y del despotismo! ¡Dios habria dictado á la libre Ginebra aquel código donde por el menor delito se impone pena de muerte, y siempre en nombre de Dios! Es muy larga la serie de aquellos que, segun Calvino escribe, eran tratados humanamente, dejándoles consumir de pena en las cárceles, ó llevándolos al tormento.

«No recordamos estos hechos tan solo para vituperio de Calvino, que esto seria un objeto miserable en un historia-

ador (1); pero la historia nos impone el deber de dar un cuadro completo de un siglo en que tanta parte tuvieron las persecuciones religiosas, y en que estuvo siempre desconocida la tolerancia, y se creyó deber perseguir á los que pensaban de distinto modo que los dominadores. Calvino desde la Suiza difundió sus doctrinas por Italia y Francia; y la Navarra, el Rosellon, Poitiers, Bourges, Orleans y los Países Bajos estaban llenos de sus sectarios. Bandas de *roderikery* recorrían el pais declamando contra los abusos; á veces ocho ó diez mil se reunían en los campos, y un predicador desde un carro ó desde un árbol peroraba, y los demás entonaban salmos en lengua vulgar, mientras la gente armada vigilaba (2).»

Calvino, como queda demostrado por cuanto hemos dicho, estableció el reinado de la más feroz intolerancia, de las más groseras supersticiones y de los dogmas más impíos. Primero por la astucia, luego por la fuerza, amenazando al concejo con la venganza de los innumerables satélites que le rodeaban continuamente, si no sentenciaban según su voluntad, conseguía hacer triunfar su autoridad usurpada. Este tirano se glorió de ver muchos pueblos subordinados á sus absurdas leyes, que produjeron tantas lágrimas, especialmente en Ginebra.

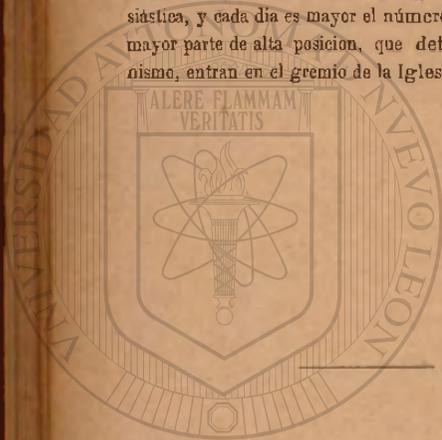
Y todavía, á pesar de lo que se ha leído, Cantú se dis-

(1) De exresica para la modestia del historiador Cantú. Cuando se trata de un hombre que durante su vida y en virtud de su apostasia dejó en pos de sí horribosos lagos de sangre que separó de la verdad católica multitud de almas para arrastrarlas al abismo de la perdición; que, en suma, fué un agitador constante de la sociedad, no creemos sea injusto miserable en el historiador pintarlo tal como fué, aunque su nombre sea entregado al vituperio. 2. No sabe el mundo entero lo que fué Calvino?

(2) Tom. ix, pág. 212.

culpa, diciendo que refiere estos hechos únicamente por los deberes del historiador. La humanidad es necesario que conozca en toda su desnudez á esos hombres miserables que se han presentado ante la sociedad fingiendo una misión que no han tenido, presentándose como reformadores en el orden religioso, y que no han sido otra cosa que osados farsantes que han arrebatado la fé de los corazones, la tranquilidad del seno de las familias y la paz de los pueblos por donde pasaron. Vituperio seria no el recordar sus hechos, sino el ocultarlos ó disculparlos. Y con respecto á Calvino y su doctrina, decimos lo mismo que al hablar de Martín Lutero. ¿Es posible que hombres de buen sentido, de recto criterio, sigan de buena fé las enseñanzas de estos miserables embaucadores? Y sin embargo, son innumerables los que viven apartados de la Iglesia romana. maestro de la verdad, creyéndose honrados con llamarse hijos de Lutero ó de Calvino. ¡Son de todo punto incomprensibles las aberraciones del entendimiento humano! Los mismos que viven afiliados á estas sectas, porque dentro de ellas obrieron sus ojos, si se dedican á leer la historia de sus patriarcas y el origen de la Reforma en cualquiera de sus múltiples ramificaciones en que viven, no podrán menos de experimentar un profundo pesar de haber vivido en el error y correrán presurosos en busca de la verdad, arrojándose en brazos de la santa Madre Iglesia, de la que no por culpa de ellos, sino de sus padres han vivido separados. Ya hemos dicho y lo repetimos con placer que el protestantismo, el calvinismo y todas las demás sectas que le son afines se hallan en su periodo de decadencia, y todo nos

hace conocer que la Inglaterra volverá en un periodo de tiempo no muy lejano á ser nuevamente acreedora al título de *Isla de los santos* con que en otros tiempos se honró. Hoy vemos ya establecida en aquel país la jerarquía eclesiástica, y cada día es mayor el número de personas, en su mayor parte de alta posición, que detestando el anglicanismo, entran en el gremio de la Iglesia católica.

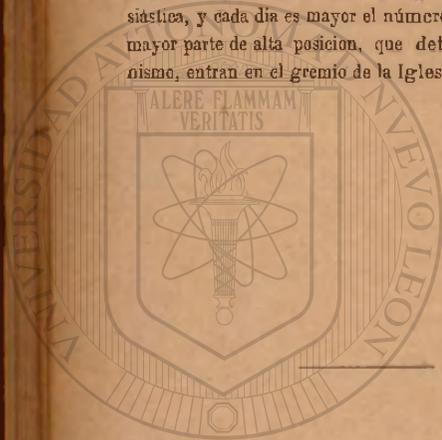


CAPÍTULO XI.

Penas severas impuestas por el rey de Francia contra los novadores.— Discurso religioso de Francisco I.—Calvino dedica su institución cristianas al mismo rey.—Idea de esta obra.—Por qué se ha dado á los calvinistas el nombre de hugonotes y á sus pastores el de ministros.—España, baluarte de la fé católica.—Dos jesuitas.—Ejemplos contemporáneos.—Abolición del catolicismo en Ginebra.—Apostasía.

Hemos dicho que el rey de Francia Francisco I velaba con incansable celo por la conservación de la pureza de la fé en sus Estados, y en efecto desplegó el mayor rigor contra los sectarios de las nuevas doctrinas. A esta severidad se debió el que no cupiera á la Francia la desgraciada suerte de Inglaterra. Citaremos un solo caso entre los muchos que pudiéramos consignar. Un religioso del orden de predicadores apostató y se hizo muy libertino, hasta el extremo de casarse con dos mujeres á la vez, y cayó en la herejía, empezando á predicar con el mayor descaro la misma doctrina que él practicaba. No contento con perderse, quiso ser el instrumento para la perdición de otras muchas almas. Fué preso en Lyon, y condenado por los tribunales de aquella ciudad á ser quemado vivo. El hereje apeló al Parlamento

hace conocer que la Inglaterra volverá en un periodo de tiempo no muy lejano á ser nuevamente acreedora al título de *Isla de los santos* con que en otros tiempos se honró. Hoy vemos ya establecida en aquel país la jerarquía eclesiástica, y cada día es mayor el número de personas, en su mayor parte de alta posición, que detestando el anglicanismo, entran en el gremio de la Iglesia católica.



CAPÍTULO XI.

Penas severas impuestas por el rey de Francia contra los novadores.— Discurso religioso de Francisco I.—Calvino dedica su institución cristianas al mismo rey.—Idea de esta obra.—Por qué se ha dado á los calvinistas el nombre de hugonotes y á sus pastores el de ministros.—España, baluarte de la fé católica.—Dos jesuitas.—Ejemplos contemporáneos.—Abolición del catolicismo en Ginebra.—Apostasía.

Hemos dicho que el rey de Francia Francisco I velaba con incansable celo por la conservación de la pureza de la fé en sus Estados, y en efecto desplegó el mayor rigor contra los sectarios de las nuevas doctrinas. A esta severidad se debió el que no cupiera á la Francia la desgraciada suerte de Inglaterra. Citaremos un solo caso entre los muchos que pudiéramos consignar. Un religioso del orden de predicadores apostató y se hizo muy libertino, hasta el extremo de casarse con dos mujeres á la vez, y cayó en la herejía, empezando á predicar con el mayor descaro la misma doctrina que él practicaba. No contento con perderse, quiso ser el instrumento para la perdición de otras muchas almas. Fué preso en Lyon, y condenado por los tribunales de aquella ciudad á ser quemado vivo. El hereje apeló al Parlamento

de Paris, el cual aprobó la sentencia, que se ejecutó públicamente. Cuando estaba en el suplicio pidió hablar al público, y empezó de un modo edificante; pero en seguida su lengua impura comenzó á vomitar blasfemias las más execrables sobre la Sagrada Eucaristía. lo que hizo que al momento aplicasen el fuego, cuyos llamas sofocaron la voz del apóstata que fué reducido á cenizas.

Este horrible castigo no intimidó á los novadores que se habian propuesto á todo trance descatolizar á la Francia, y llevaron su audacia al extremo de fijar carteles en las esquinas, en las puertas de las iglesias y hasta en las del palacio del monarca. En estos carteles se leian las más injuriosas invectivas contra la religion y sus ministros y tambien contra la persona del rey. Este se hallaba á la sazón en Blois, é inmediatamente que fué sabedor del suceso se trasladó á Paris.

No afligieron tanto á este buen monarca las ofensas que se habian hecho á su persona, como las inferidas á Dios y á la religion. Así, pues, quiso dar un público testimonio de su fé, y no solamente publicó un edicto muy severo contra los herejes, sino que al mismo tiempo ordenó se celebrase una procesion de desagravios con la mayor solemnidad y ostentacion, en la que el Delfin, los dos principes sus hermanos, y el duque de Vandome, llevaban las varas del pábulo, bajo el cual era conducido el Santísimo Sacramento, en pos del que iban el rey, la reina, las princesas sus hijas, cinco cardenales, gran número de obispos y de señores principales de la córta, llevando cada uno un haz encendida en la mano, y todos con la mayor compostura y devo-

cion, siendo un acto muy edificante que no podia presenciarse sin verter lágrimas de consuelo. De este modo fueron desde San German de Auxerre, parroquia del palacio del Louvre, hasta la catedral.

Faltaba un acto no ménos edificante que el anterior. Luego que la procesion hubo llegado al templo catedral, el rey reunió en la sala principal del palacio episcopal á los principes, prelados y nobles que habian asistido al piadoso acto, y mandando que las puertas quedasen abiertas, para que entrasen cuantos pudiesen hallar sitio donde acomodarse, pronunció un largo y muy elocuente discurso, tan lleno de piedad, que hizo asomar las lágrimas á los ojos de cuantos le escucharon. En él manifestó que no era su objeto desplegar ante sus vasallos todo el aparato de la majestad del trono, como habia hecho en otras diversas ocasiones; que en aquellos momentos se trataba, no de la majestad de la tierra, sino de la Majestad del cielo, del Árbitro supremo de las coronas que tan visiblemente habia favorecido en todo tiempo al reino de Francia; que era preciso apresurarse á sofocar en su cuna los monstruos de la impiedad conjurados contra el sacramento de la Eucaristía, prenda preciosa del amor de Jesucristo para con los hombres. Atento á esto hizo varias y profundas reflexiones, y terminó su discurso diciendo: «Mando, pues, que á vista de esto los culpables sean castigados con un rigor que impida para en adelante, no solamente imitar sus ejemplos, sino tambien el abrazar sus perversas opiniones. Suplico encarecidamente á todos cuantos en este momento me escuchan, y encargo á todos mis vasallos, que velen sobre sí mismos, sobre sus hijos y

sobre todos sus parientes, para que ninguno se desvie de la doctrina de la Iglesia católica, en cuyo seno me ven perseverar con todos los grandes de mi reino. Si yo mismo, que soy vuestro rey y señor, creyese que uno de mis miembros estaba inficionado del mortal veneno de la herejía, os lo entregaría para que lo cortaseis. ¿Qué digo? Si supiese que uno de mis hijos estuviese infecto, le sacrificaría á la execración pública (1).»

Hé aquí un discurso digno de los labios de un rey católico, que nos demuestra la gran fé y religiosidad de Francisco I, así como el horror que tenía á todas las novedades heréticas.

Sin embargo de esto los novadores estudiaron el modo de sorprender á este rey y hacerle caer en un lazo. Inclinaron su ánimo á que fuese á escuchar al cura de San Eustaquio, llamado el Gallo, que arrastraba en pos de su elocuencia á todos los amantes de la sabiduría. Puede decirse que este predicador pasó más adelante que Lutero, pues que al hablar de la Eucaristía, citó de un modo bastante extraño y original estas palabras de la misa: *Sursum corda*: diciendo que no debía fijarse la atención en lo que estaba sobre el altar, sino elevarse hácia el cielo por la fé, para hallar allí al Hijo de Dios. El rey no advirtió por el pronto el veneno que envolvian las palabras del predicador, pero dos cardenales que se hallaban presentes, interrumpieron al orador y lo arguyeron tan victoriosamente, que aquel no tuvo otro remedio que retractarse inmediatamente en el púlpito de un modo tan público como lo había anunciado. Como se vé,

(1) Florio, de Bem. p. 861.

aquel lazo preparado por los novadores no había dado resultado alguno.

Calvino cuando de subalterno entre los sectarios quiso hacerse cabeza de secta, tomó tal carácter con la publicación de su obra ya citada, *Institucion Cristiana*, que escribió en Angulema y fué impresa por primera vez en Basilea en 1535. Calvino tuvo entonces la audacia de dedicar esta obra á Francisco I, en lengua francesa. Después el autor la puso en latin con una elegancia y pureza de dición muy notable; desde entonces han sido muy numerosas las ediciones que se han hecho de esta funesta obra.

Daremos una idea de esta produccion.

Se cita generalmente el prólogo como una obra maestra y está dirigido al rey. Con el objeto aparente de combatir á los herejes despliega todos los recursos de la elocuencia, y dejando correr la pluma artificialmente, trata de hacer odioso el gobierno de la Iglesia de Roma. Es decir que empieza por combatir á los herejes para presentarse él como tal.

El plan de la *Institucion Cristiana* está trazado sobre el Símbolo de los Apóstoles. Por lo tanto la obra está dividida en cuatro libros que corresponde cada uno á una de las cuatro partes del Símbolo: la primera que trata de Dios Padre y de la creacion; la segunda de Dios Hijo y de la redencion; la tercera del Espíritu Santo, autor de nuestra santificacion; y la cuarta de la Iglesia y de los bienes que posee.

En el primero de los libros, Calvino conviene con Lutero en negar que la Iglesia sea el juez de las Escrituras, di-

ciendo que no le pertenece decidir de su autenticidad ni determinar su sentido, haciendo libre la interpretación de los sagrados libros. También se declara iconoclasta, impugnan- do el culto de las imágenes como supersticioso. En cuanto al testimonio de las Escrituras extiende su necesidad hasta la noción de un Dios Criador, «la cual, dice, no puede adquirirla el hombre ni por el espectáculo admirable del universo, ni por todas sus luces naturales que están oscurecidas por la ignorancia y la depravación. Sin las divinas Escrituras, añado (olvidando á Job y á los demás justos que no vivieron bajo la ley), nadie puede gustar de la sana doctrina (1).» También en este libro sienta errores sobre la Santísima Trinidad, diciendo que el Hijo de Dios tiene su esencia por sí mismo, bien que antes en otra obra había afirmado que el Hijo no es *Dios de Dios*, combatiendo de este modo lo decretado en el santo concilio de Nicea, cuyo símbolo se lee en el santo sacrificio de la Misa.

En el libro segundo niega la libertad del hombre, culpable del pecado original, y dice que no puede consentir que se dé el nombre de libre albedrío á una cosa tan ténue como la exención de la violencia, resto único de esta facultad (2). Al explicar las palabras: *Jesucristo descendió á los infernos*, tiene el atrevimiento de decir que el Hombre-Dios sufrió en su pasión la pena de los condenados, y que este sentimiento fué el que le obligó á exclamar en la cruz: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me habéis desamparado?* Tal fué el resultado de la libre interpretación de los sagrados libros.

(1) Instit. Calvin. Edjt. 1667, lib. I, pag. 10.

(2) Lib. II, p. 63.

El que desconociendo la autoridad de la Iglesia, única para explicar las Sagradas Escrituras, pretende interpretarlas por sí mismo, no puede menos de caer en las mayores impiedades.

En el tercer libro trata del Espíritu Santo y de sus dones, el primero de los cuales, según el novador, es la seguridad inmutable que todos los verdaderos fieles tienen de su salvación; en su sentir, aquellos no son otros que los predestinados, pues la fé de que supone es siempre inseparable esta seguridad, jamás la tienen los réprobos. Sustentando la misma doctrina que Lutero dice que la fé es la que obra, la justificación en el hombre haciéndole participar de la justicia de Jesucristo, que se le imputa por medio de esta fé (1). Aun aventajó en esta materia en impiedad al doctor de Wittenberg, toda vez que dice: Esta semilla de vida está tan arraigada en nuestros corazones que jamás se pierde ni se altera. Habla también en este libro con la mayor impiedad del sacramento de la Penitencia: contra las satisfacciones, las indulgencias, el purgatorio, los sufragios por los difuntos y otros puntos. Por último trata de la predestinación, atribuyéndola únicamente á la voluntad de Dios aun para la reprobación de los hombres. De tal modo se expresa sobre este punto, que los teólogos le miran como antilapsario; es decir, que independientemente de la caída del primer hombre, admitía así la predestinación como la reprobación absoluta, aniquilando de este modo el libre albedrío hasta en el estado de la inocencia.

Por último, en el cuarto y último libro es en el que se

(1) Lib. II, p. 142 y 145.

encuentran mayor número de errores. En él dirige todos sus tiros contra la Iglesia romana, diciendo que no es otra cosa que una escuela de idolatría y de impiedad, donde se aniquila la esencia misma de la doctrina evangélica. Del modo más violento ataca no solamente la primacia del Romano Pontífice, sino también la autoridad de los concilios, el celibato de los clérigos, los votos de religión y los sacramentos, exceptuando el del Bautismo, no perdonando la misa ni la adoración de la Eucaristía. A él estuvo reservado dar la última mano á la herejía de Zuinglio en cuanto á la presencia real, tanto que despues muchos le han reputado como jefe de los sacramentarios. En este punto puede decirse que él mismo no se entendia, toda vez que hizo los mayores esfuerzos para encontrar un medio entre la persona real que admitia Lutero y la opinion de Zuinglio que no admitia otra cosa en la Eucaristía que una simple figura del Cuerpo y de la Sangre de Jesucristo. Entre dos cosas tan contradictorias como son la presencia real y la figura, no era posible hallar medio alguno: así pues, en el espíritu de sus discípulos no ha quedado otra cosa que la doctrina de Zuinglio á la cual despues han permanecido adheridos.

Calvino seguía en Ginebra donde había establecido el bahuarte de su doctrina. El obispo de esta ciudad había abandonado á sus diocesanos, uniéndose contra ellos con el duque de Saboya. Aquellos aliados eran llamados *hugonotes*, por corrupcion de una palabra alemana, y de esto trajo su origen el darse á los calvinistas el nombre de hugonotes. El llamarse á sus pastores *ministros* proviene de la escuela de derecho que existia en Poitiers, llamada *escuela ministerial*.

Tales fueron las raíces que la doctrina calvinista había echado en Ginebra, que podia darse por perdida en aquella localidad la fé católica: los que aun la conservaban, aterrados por el rigorismo de las leyes que se dictaban, no se atrevían á practicarla públicamente.

Es una verdad que Dios gobierna el universo en peso, número y medida, y que dispone segun su voluntad soberana y con arreglo á su altísima Providencia el orden de los sucesos con los cuales se propone premiar ó castigar á los pueblos. También lo es que la Iglesia está destinada á sufrir grandes luchas y terribles persecuciones, para salir triunfante de todas ellas, y que el mundo á vista de tan prodigiosos triunfos tenga mayores pruebas de su verdad y de la divinidad de su Autor.

En cuanto á lo primero debo notarse que segun las necesidades de los tiempos, y especialmente cuando las herejías se han presentado para combatir los sacrosantos dogmas, ha suscitado héroes admirables, valerosos campeones que, dotados de virtud y sabiduría, han sabido edificar cuanto aquellos destruían con sus satánicas predicaciones. Sin necesidad de remontarnos á tiempos antiguos, es decir, á los primeros siglos de la Iglesia, vamos que en el xvi, cuando la herejía hacia suya la Alemania y la Inglaterra, y trabajaba por debilitar la fé en Polonia, Hungría, Bohemia y Francia; y la España que había luchado con tanto esfuerzo por arrojarse de su seno á los sectarios del falso profeta de la Meca se veía amenazada del contagio del luteranismo, el Señor hizo que en aquella misma época, España, contra la que nada pudieron los apóstoles del error, fué un verdadero

plantel de sabios y de santos, centinelas avanzados á los alrededores de los santuarios de la fé católica : entre ellos ocupa un lugar distinguido san Ignacio de Loyola, nuevo Elias, que tomando por blason estas hermosas palabras : *A mayor gloria de Dios*, se propuso volver por la honra del Señor mancillada por la audacia de los herejes en la mayor parte de las naciones de Europa. Su nunca bien ponderado libro de los *Ejercicios*, pequeño en volumen, pero riquísimo en sublimes conceptos, ha hecho más bien á la Iglesia que daño la han causado los herejes con las voluminosas obras que han escrito para combatirla. Justamente, cuando por una parte Lutero y por otra Calvino apartaban á los fieles de la obediencia del vicario de Jesucristo, contra el que vomitaban las mayores injurias, é Inglaterra rompía los lazos que la unían con la Santa Sede, Ignacio de Loyola fundaba esa esclarecida *Compañía de Jesús*, cuyos individuos hacen voto particular de obediencia al pontífice romano, y se hallan siempre dispuestos á dirigirse hasta las más remotas regiones para anunciar el Evangelio y llevar la civilización cristiana á los que carecen de bien tan inestimable. No extrañamos que los hijos de Ignacio de Loyola sean objeto en todas partes de las iras y del furor de los revolucionarios. Son las verdaderas y más fuertes columnas del catolicismo; por esta causa las sectas protestantes y las sociedades secretas trabajan siempre en contra de ellos, siendo su primer cuidado el arrojarlos de los territorios donde llegan á conseguir el poder.

Hacemos la historia de las sectas protestantes, y no es este por lo tanto lugar á propósito para que hagamos la

apología de la Compañía de Jesús, que por otra parte no necesita de nuestros pobres elogios, cuando las plumas mejor cortadas se los han tributado en justicia para hacer frente á esa falange de escritores venales que, usando bien en vez de tinta, manchan con groseras é indignas calumnias la honra de tan sabios y virtuosos varones : pero haremos tan solamente una sencilla reflexion á aquellos lectores que tal vez sin exámen de causa y solo por lo que han oido hablar á otros miran con prevencion á los individuos de la Compañía de Jesús. Háganse cargo de quiénes son siempre sus perseguidores, y comprenderán la injusticia de tales persecuciones y la virtud de los perseguidos. Tan solamente vamos á presentar los dos ejemplos más modernos que puede hoy consignar la historia.

España y Roma nos los presentan.

Apenas se inició la revolucion de setiembre, cuyas tristes consecuencias aun estamos experimentando, cuando fueron señalados como primeras víctimas de ella los jesuitas. ¿Cómo se comprende esto? ¿No se hallaban encargados de la educacion de lo más florido de la juventud de España? ¿No les habian confiado sus hijos las familias más distinguidas de la sociedad? ¿No les eran generalmente adictas las aristocracias de la sangre, de la ciencia y del dinero? ¿Pues cómo la nacion se estrelló contra ellos? Es muy sencillo. No fué la nacion la que extrañó á los jesuitas, como no fué la que destruyó templos, se apoderó de seminarios, arrojó de sus claustros á muchas esposas del Cordero, y se propuso matar de hambre al clero, despues de arrastrar por todo la corona de san Fernando : la sublevacion militar

de setiembre, que se ha dado en llamar revolución española, fué llevada á cabo por hombres que sólo el nombre tenían de católicos, algunos de los cuales pertenecian á sociedades masónicas, por lo cual hollaron todos sus juramentos: y la parte de pueblo, las masas que se levantaron contra la Iglesia, las que pidieron la expulsión de los jesuitas, y las juntas que la decretaron, dieron suficientes pruebas de su hostilidad al catolicismo. A los revolucionarios de todas razas estorban siempre los jesuitas: estos producen las mejores obras en todos los ramos del saber humano, instruyen católicamente á la juventud, enseñan y predicán el respeto y sumisión á las autoridades legitimamente constituidas: ¿cómo no han de servir de estorbo á los agitadores de oficio, á los que no quieren reconocer más ley que sus caprichos, á los que, en suma, quieren revoluciones para labrar su propia fortuna y engrandecimiento?

Fijen los hombres pensadores la vista en el cuadro que hoy presenta la capital del mundo católico. ¡Cuántos de nuestros lectores la habrán visitado! ¡Cuántos habrán admirado en Roma la majestad del culto, la grandiosidad de sus templos, la belleza de sus monumentos, la piedad de sus habitantes, y más que todo la hermosa tranquilidad que allí se disfrutaba! Pues bien, ¿qué ha sucedido después que un monarca usurpador se ha arrojado sacrilegamente sobre la ciudad santa? todo se ha trastornado: se insulta al clero, se profanan los más sagrados lugares, y al par que se injuria públicamente al Santo Padre, al vicario de Jesucristo, se persigue encarnizadamente á los jesuitas. En todas partes lo mismo. Compare, pues, y medite en estos hechos el

lector de buen criterio, y comprenderá dónde está la virtud y dónde la maldad.

Reanudemos el hilo de nuestra narración que hemos interrumpido casi involuntariamente: cuando tocamos al origen y á las consecuencias de las revoluciones modernas no somos dueños de nosotros mismos, y la pluma no encuentra expresión que quiera ser la postrera para condenar el torrente impetuoso de la iniquidad que hoy se precipita por la mayor parte de los pueblos de Europa, que empiezan ya á expiar el crimen de su deserción del catolicismo.

Decíamos, pues, que debe mirarse como un hecho providencial el haber aparecido por la época que historiamos héroes tan eminentes como Ignacio de Loyola, José de Calasanz, Teresa de Jesús, y otros que fueron, al par que glorias de la católica España, sustentáculos de la militante Jerusalén.

Parece increíble que se verificase tan gran número de deserciones de las filas católicas por la predicación y enseñanza de Calvino; pero ello es que se verificaron hasta en hombres constituidos en altas dignidades eclesiásticas, como ya hemos manifestado.

Con el solo objeto de tratar de los asuntos concernientes á la religión se verificó una asamblea general, en la que el guardian del convento de Rive, que ya se habia hecho calvinista, aunque no lo habia manifestado públicamente, habló contra la presencia real, el sacrificio de la misa, la invocación de los santos, el culto de las imágenes, el purgatorio y los votos monásticos. Con motivo del discurso pronunciado por este nuevo apóstata, se promovió una aca-

lorada disputa entre los doctores católicos y los calvinistas; y los religiosos de diversas órdenes que habían acudido y los demás que había en la ciudad protestaron que tenían por herética toda la doctrina expuesta por el guardian de Rive, siendo de notar que en esta protesta se incluyeron todos los religiosos franciscanos del mismo convento del apóstata.

Sin embargo, el mal era ya irremediable en lo humano: los magistrados estaban resueltos á abolir la religion católica. El consejo de los doscientos compuesto de ciudadanos de todas clases, en su mayoría comerciantes, artistas y artesanos que no habían estudiado una palabra de la ciencia sagrada, decidieron, *motu proprio*, que todas las observaciones hechas por los religiosos y demás personas que habían defendido el catolicismo, no eran otra cosa que supersticiones, á inmediatamente se publicó un edicto por el cual quedaba abolida la religion católica, y todos los ciudadanos obligados á seguir las nuevas doctrinas. Para perpetuar el recuerdo de esta rebelion y apostasia, colocaron en la casa municipal una lápida de bronce con esta inscripcion: *En memoria de la gracia que Dios nos ha hecho de sacudir el yugo del Antecristo romano, y de abolir sus supersticiones.*

Réstanos añadir á lo expuesto, para que comprenda el lector la moralidad y los deseos de que se ballaban adornados los reformadores, que el guardian del convento de Rive, llamado Jaime Bernard, quiso hacer una pública profesion de la Reforma evangélica, á cuyo fin se despojó de su hábito y se casó públicamente con la hija de un impresor á la cual formó un dote considerable con los bienes de su propio convento que había usurpado.

Calvino había andado mucho tiempo errante, huyendo del suplicio que la preparaba su patria, y por último se presentó nuevamente en Ginebra. El y Farel, que es considerado como primer fundador de la iglesia llamada evangélica de Ginebra, fueron desterrados como perturbadores del reposo y la tranquilidad del Estado. Farel fué recibido en Neufchatel como ministro en jefe, y Calvino se refugió en Strasburge donde abrazó *la cruz del matrimonio*, uniéndose con la viuda de un anabaptista.

Citaremos otros ejemplos de lamentables apostasias. Es uno el de Ochino, vicario general que era de los capuchinos, en cuya reforma franciscana había entrado pocos años despues de su institucion. Gozaba este religioso de una gran reputacion como orador sagrado, y su elocuencia hacia que sus auditorios fuesen numerosisimos. San Ignacio de Loyola, con el que conferenció, conoció que bajo la máscara de una falsa humildad ocultaba el espíritu de vanidad y de soberbia, por lo que le dió los más sanos consejos: desgraciadamente no sirvieron de nada, y bien pronto dió á conocer Ochino que no se había engañado el santo fundador de la Compañia de Jesús. No habiendo podido conseguir la púrpura cardenalicia que deseaba, empezó á manifestar sus simpatias por la Reforma protestante. Predicó el nuevo Evangelio, y no queriendo presentarse en Roma donde fué citado huyó á Ginebra, acompañado de una joven de Luca á la que pervertió, tomándola luego por esposa.

Este miserable apóstata fué de los mécos afortunados; pues hasta los mismos herejes lo miraban con horror y le despreciaban, de suerte que llegó á verse reducido á la ma-

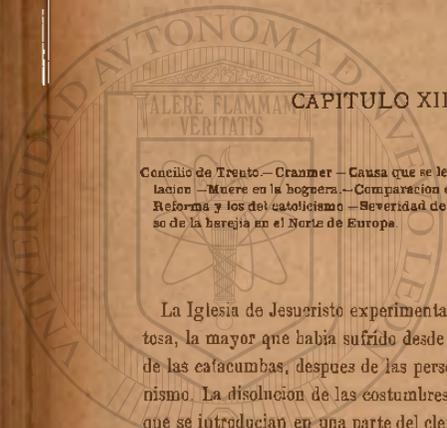
por miseria. Aun en la tierra experimentó el castigo el que abandonando la austeridad capuchina se entregó con el mayor cinismo á los más graves excesos haciendo gala de su misma depravacion: anduvo errante por diversos puntos de Alemania y de Suiza, y por último se refugió en Polonia donde predicó las mayores impiedades, por cuya causa fué expulsado de aquel país yendo á acabar sus dias en Moravia. Según los anales de los capuchinos murió penitente y mártir en Ginebra; pero algunos autores apoyándose en el testimonio de Graziani, santo obispo de Amelia, que lo habia conocido en sus últimos tiempos, aseguran que murió en la mayor miseria y sin dar la menor señal de arrepentimiento.

Más lamentable por sus consecuencias fué la apostasia de Herman, arzobispo de Polonia, que hasta entonces habia sido de costumbres irreprehensibles: pero no era de mucha sabiduria, motivo por el cual se dejó seducir por algunos luteranos que le rodearon. Con el objeto de que predicasen en su diócesis llamó á los más renombrados ministros de la Reforma: entre ellos á Melancthon. La universidad y el clero de Polonia se alarmaron y se opusieron á los proyectos del arzobispo, el cual llegó á proponer en una pública asamblea el cambio de religion antigua, nombrando ministros que redactasen los artículos de la nueva doctrina que debia sustituir á las antiguas creencias. El cabildo eclesiástico apeló al Sumo Pontífice y tambien al emperador en su calidad de defensor de la Iglesia. Sin embargo, algunos del clero y de la nobleza le siguieron. Este prelado fué excomulgado y depuesto por el Papa, motivo por el cual se retiró á

su condado de Weidon, donde murió obstinado en la herejía, cuando contaba más de ochenta años de edad.

Calvino, que, como hemos dicho, habia sido arrojado de Ginebra, fué vuelto á llamar en 1541, siendo recibido con los mayores honores y obteniendo la comision de arreglar su iglesia del modo que le pareciese más conveniente. Esto fué colmar los deseos del hereziarca, el cual usando de la autoridad que se le confiaba, ordenó la disciplina del modo que despues se ha conservado en las llamadas iglesias reformadas, así como la forma de las predicaciones y la manera de celebrar los bautismos y los entierros (1).

(1) Hist. verit. du Calv., p. 119.



CAPITULO XIII.

Concilio de Trento.—Cranmer.—Causa que se le siguió.—Su falsa retractacion.—Muere en la hoguera.—Comparacion entre los mártires de la Reforma y los del catolicismo.—Severidad de la reina Maria.—Progreso de la herejia en el Norte de Europa.

La Iglesia de Jesucristo experimentaba una crisis espantosa, la mayor que habia sufrido desde que salió victoriosa de las catacumbas, despues de las persecuciones del paganismo. La disolucion de las costumbres así como los abusos que se introducian en una parte del clero secular y regular, que atañian en mucha parte á algunos puntos de la disciplina, facilitaban los progresos de la herejia. Los verdaderos católicos deseaban que se buscase un remedio á unal tan extraordinario, y no veian otro que la celebracion de un concilio general, lo que era tanto más urgente cuanto que el luteranismo se extendia rápidamente por Alemania, al mismo tiempo que el calvinismo hacia grandes y lamentables estragos en Francia, Holanda, Flandes y Suiza. La Gran Bretaña se separaba de la Iglesia, y la nueva Reforma penetraba en la Suecia y en Dinamarca. Creian algu nos qu

la celebracion del concilio no serviria más que para aumentar las agitaciones y los disturbios, sin que se consiguiese el resultado apelecido de la conversion de los herejes. No prevaleció esta idea, y así aprovechando la paz hecha por aquel tiempo entre Carlos V y Francisco I, se pudo señalar un lugar tranquilo para la celebracion de la augusta asamblea. Una vez informado el papa Paulo III de la buena disposicion de los principes, expidió la bula de convocacion fechada en 19 de marzo de 1544, convocando la asamblea para la ciudad de Trento situada en la frontera del Tirol entre la Italia y la Alemania, para el 15 de mayo del año siguiente. Sin embargo, circunstancias particulares hicieron diferir la apertura hasta el tercer domingo de Adviento que en 1545 cayó en 13 de diciembre.

No historiaremos de esta augusta Asamblea más que lo que hace relacion al asunto que tratamos.

Como quiera que el apóstata Lutero en la traduccion que habia hecho de la Biblia, de la que ya nos hemos ocupado, habia tergiversado los sagrados textos con menoscabo de la palabra de Dios, el santo concilio dedicó una de sus primeras sesiones á formar un decreto sobre los libros santos, que se publicó en la sesion tercera. Señaló los libros que deben ser reconocidos como canónicos, y declaró que entre todas las ediciones latinas debe tenerse por auténtica la antigua Vulgata, comprobada con el uso de la Iglesia en muchos siglos, y se manda que nadie se atreva á dar á las palabras de la Escritura un sentido contrario al que le da el le ha dado la Iglesia, á quien toca juzgar del verdadero sentido de las Escrituras; no interpretarlas contra el uná-

CAPITULO XIII.

Concilio de Trento.—Cranmer.—Causa que se le siguió.—Su falsa retractación.—Muere en la hoguera.—Comparación entre los mártires de la Reforma y los del catolicismo.—Severidad de la reina María.—Progreso de la herejía en el Norte de Europa.

La Iglesia de Jesucristo experimentaba una crisis espantosa, la mayor que había sufrido desde que salió victoriosa de las catacumbas, después de las persecuciones del paganismo. La disolución de las costumbres así como los abusos que se introducían en una parte del clero secular y regular, que atañían en mucha parte á algunos puntos de la disciplina, facilitaban los progresos de la herejía. Los verdaderos católicos deseaban que se buscase un remedio á un mal tan extraordinario, y no veían otro que la celebración de un concilio general, lo que era tanto más urgente cuanto que el luteranismo se extendía rápidamente por Alemania, al mismo tiempo que el calvinismo hacía grandes y lamentables estragos en Francia, Holanda, Flandes y Suiza. La Gran Bretaña se separaba de la Iglesia, y la nueva Reforma penetraba en la Suecia y en Dinamarca. Creían águ nos qu

la celebración del concilio no serviría más que para aumentar las agitaciones y los disturbios, sin que se consiguiese el resultado apelecido de la conversión de los herejes. No prevaleció esta idea, y así aprovechando la paz hecha por aquel tiempo entre Carlos V y Francisco I, se pudo señalar un lugar tranquilo para la celebración de la augusta asamblea. Una vez informado el papa Paulo III de la buena disposición de los principes, expidió la bula de convocación fechada en 19 de marzo de 1544, convocando la asamblea para la ciudad de Trento situada en la frontera del Tirol entre la Italia y la Alemania, para el 15 de mayo del año siguiente. Sin embargo, circunstancias particulares hicieron diferir la apertura hasta el tercer domingo de Adviento que en 1545 cayó en 13 de diciembre.

No historiaremos de esta augusta Asamblea más que lo que hace relación al asunto que tratamos.

Como quiera que el apóstata Lutero en la traducción que había hecho de la Biblia, de la que ya nos hemos ocupado, había tergiversado los sagrados textos con menoscabo de la palabra de Dios, el santo concilio dedicó una de sus primeras sesiones á formar un decreto sobre los libros santos, que se publicó en la sesión tercera. Señaló los libros que deben ser reconocidos como canónicos, y declaró que entre todas las ediciones latinas debe tenerse por auténtica la antigua Vulgata, comprobada con el uso de la Iglesia en muchos siglos, y se manda que nadie se atreva á dar á las palabras de la Escritura un sentido contrario al que le da el le ha dado la Iglesia, á quien toca juzgar del verdadero sentido de las Escrituras; no interpretarlas contra el uná-

«nime parecer de los santos Padres: ni aplicar las palabras
«ó sentencias de los libros sagrados á chanzas, lisonjas,
«murmuraciones y asuntos ridiculos, y mucho ménos á sar-
«tillegios y prácticas supersticiosas. Asimismo para precever
«los daños que causaba la propagacion de las malas edicio-
«nes de la Escritura y de sus malos comentarios, manda el
«concilio que no se imprima, ni haga imprimir, ni vender
«en adelante, ni se retenga ningun libro de cosas sagradas,
«sin nombre de autor, y sin previo exámen y aprobacion del
«Ordinario, previniendo que el exámen y aprobacion deben
«hacerse gratis. Manda igualmente que se ponga especial
«cuidado en que la antigua Vulgata se imprima muy cor-
«reclamante.»

En tanto que la Iglesia reunida en santo concilio traba-
jaba de tal modo por extirpar las herejias, el cielo castigó
al soberbio heresiarca que habia perturbado todo el mundo
cristiano. Lutero, que se gloriaba de los grandes triunfos
que obtenia, murió repentinamente en su misma patria en
la noche del 17 al 18 de febrero de 1546. Habia sido llamado
alli por los condes de Munsfeld, hijos apóstatas de un padre
virtuoso que habia muerto como ferviente católico, y fué
recibido como si fuese un príncipe poderoso, pues que los
condes enviaron una guardia numerosa que le salió al en-
cuentro, siendo saludado á su entrada por el estruendo de la
artilleria y de las muchas campanas de la ciudad.

Al dia siguiente de su entrada predicó, y lo mismo hizo en
los siguientes, vomitando los mayores improperios y denues-
tos contra la cabeza visible de la Iglesia y el concilio general
que se estaba celebrando. Hasta entonces el miserable após-

tata habia gozado de la salud más completa, pero llegaba
la hora de comparecer ante el tribunal de la divina justicia.
Acostumbraba á comer dos veces al dia con la mayor esplen-
didez en compañía de la religiosa apóstata que llamaba su
esposa, y de los tres hijos incestuosos habidos de la misma.
En la noche del 17 de febrero, despues de haber cenado opi-
paramente, se sintió atacado de un fuerte dolor de estómago.
Fué conducido á su lecho donde descansó algun tiempo,
pero á la media noche se aumentó considerablemente el
dolor. Llamaron á los médicos, los cuales nada pudieron
hacer por su alivio, pues que fué acometido de un síncope
que le arrebató la vida instantáneamente cuando contaba
sesenta y tres años de edad, habiendo empleado la mayor
parte de ellos del modo más inicuo. Algunos escritores afir-
man que pocos momentos antes de espirar, como viesse por
la ventana el cielo despejado y sereno, exhalando un sus-
piro exclamó: «Se acabó, cielo hermoso: ya no volveré á
verte.»

La muerte de Lutero fué un feliz acontecimiento para su
rival Calvino que vino á ocupar el primer lugar entre los
sectarios.

La última produccion de Lutero fué un escrito publicado
contra los doctores de Lovaina que habian dado á luz treinta
y dos artículos doctrinales que eran una refutacion de sus
proposiciones heréticas. Fué esta última obra de Lutero tan
mordaz y estaba tan llena de bufonadas, que hasta sus más
apasionados discípulos se llenaron de confusion y de ver-
guenza.

El concilio de Trento continuaba sus tareas, y como quiera

que el caballo de batalla de Lutero habia sido la justificación, que él hacia consistir en sólo la fé. la asamblea se ocupó en explicar durante la sesion sexta las importantísimas verdades que todos los fieles deben conocer sobre este punto. Tambien trató de los santos sacramentos, del sacrificio de la misa, la penitencia, la confesion, la satisfaccion, el sacramento de la Extremauncion, el purgatorio, las indulgencias y el culto de los santos.

Habia bajado al sepulcro Paulo III y ocupaba la silla de san Pedro Julio III cuando se presentaron en Trento los embajadores del duque de Vitemberg, del elector de Sajonia y de otras ciudades que eran protestantes como aquellos príncipes. Si hubieran ido animados de buenos sentimientos, de espíritu de concordia, hubieran hecho las visitas acostumbradas á los presidentes, y hubieran dado algunos indicios de reconocer la auloridad del Sumo Pontífice; mas no lo hicieron así. Sin embargo, como los Padres estaban animados del espíritu de caridad y ganosos de atraer por los medios más suaves á los disidentes, disimularon todas sus imprudencias y dieron audiencia á los embajadores en una congregacion general. Despues de haber hecho diversas arengas en las que manifestaron la absurda pretension de que el papa y los obispos no podian ser jueces en materia de religion por ser partes interesadas, pidiendo que se nombrasen arbitros indiferentes, alegaron varias causas para negar su obediencia á todo concilio, exigiendo para sujetarse al de Trento cinco condiciones, que fueron:

1.º Que se les diese otro salvoconducto semejante al que el concilio de Basilea habia dado á los bohemios.

2.º Que se suspendiese la discusion de los articulos preparados hasta que llegasen los teólogos protestantes.

3.º Que en presencia de estos se examinase nuevamente cuanto se hubiese definido contra la confesion augustana; pretendiendo que las sesiones antecedentes no se llamasen de concilio por haber faltado á ellas algunas naciones cristianas.

4.º Que ante todas cosas se declarase en Trento la superioridad del concilio sobre el papa.

5.º Que el papa de su voluntad levantase á los prelados el juramento que tenian hecho de obedecerle y defender su autoridad, para que así pudiese obrar con más libertad el concilio.

Desde luego vieron los Padres lo inadmisibile de la mayor parte de estas proposiciones. Determinaron, sin embargo, esperar á los protestantes, á cuyo efecto publicaron el salvoconducto en la forma siguiente:

«El santo concilio, ampliando el salvoconducto anterior, concede á todos los eclesiásticos y seglares, nobles, militares y plebeyos de Alemania, en especial á los que son de la confesion augustana, plenísima seguridad, ó salvoconducto, para venir á Trento, tratar cualquier negocio en el santo concilio, proponer de palabra y por escrito cualesquiera articulos, discutirlos y examinarlos, disputar con los que el concilio disputase, sin que en las disputas se mezclen oprobios, injurias ni ultrajes, y tratándose los puntos controvertidos, según la Escritura, las tradiciones de los apóstoles, los concilios aprobados, el consentimiento de la Iglesia católica, y la autoridad de los santos Padres.

«Asegura tambien que no se les castigará por ningun delito sobre materia de religion, ni cesarán los divinos officios por estar ellos presentes ni en Trento ni en lugar alguno en que estén en su ida ó vuelta. Asimismo podrán irse siempre que quieran, y volver cuando les parezca. Quiere el santo concilio que se tengan por incluidas en este salvoconducto todas las cláusulas que parezcan necesarias ó oportunas para una completa, eficaz y suficiente seguridad en la venida, detencion y vuelta. Quiere tambien que si alguno de los alemanes cometiese algun crimen tan enorme que pareciese anular el salvoconducto, sea castigado por sus mismos compañeros, bien que con un castigo que merezca la aprobacion de una parte del sinodo. Igualmente si alguno de los que están por el sinodo cometiese algun atentado contra alguno de ellos, quiere que el mismo sinodo los castigue, de modo que queden satisfechos una parte de los señores alemanes de la confesion augustana que se hallen en Trento. Declara en fin el concilio, y promete que en nada obrará contra la buena fé de este salvoconducto por ningun pretexto, ni en fuerza de ningun privilegio, ni cánon, ni del concilio de Constanza, ni del de Sena, ni de otro; á los cuales en esta parte deroga por esta vez.»

La celebracion de la sesion décimasexta, que debia tener lugar el 19 de marzo, se prorogó para dar lugar á que llegasen los teólogos protestantes; pero habiendo ocurrido por este tiempo la renovacion de la guerra entre el elector de Sajonia coligado con el rey de Francia y otros varios príncipes contra el emperador, se creyó que el concilio no estaba

seguro en Trento, y Su Santidad expidió un breve á los presidentes para que lo suspendiesen, lo que se determinó en congregacion general.

Haremos aqui una digresion en nuestro relato para dar á conocer á nuestros lectores el elegantísimo discurso que resume las tareas del concilio de Trento, que fué pronunciado en idioma latino en la última sesion por el padre Jerónimo Ragazzoni, veneciano, obispo *in partibus*. Dice así, vertido al castellano:

«Este sinodo comenzó, á ejemplo de los antiguos concilios más aprobados, por enumerar piadosa y prudentemente los libros del Nuevo y Antiguo Testamento, que con certeza debian admitirse; y con objeto de que no hubiera ninguna dificultad sobre las palabras entre las diferentes versiones, aprobó una traduccion del griego y del hebreo, como cierta y establecida. Atacando despues el origen de todas las herejias, determinó acerca de los origenes corrompidos de la naturaleza humana lo que la misma verdad expresaria si pudiese hablar. En seguida con respecto á la justificacion (materia grave y obstinadamente combatida por los herejes antiguos y modernos), dió definiciones que, ya rechazando las opiniones más perniciosas en este género, ya demostrando con un orden admirable y una ciencia maravillosa la razon del bien, indican que el Espíritu de Dios le inspiraba. Este decreto, el más insigne que se ha expedido desde que existen hombres, sofoca casi todas las herejias, que se disipan como la niebla herida por el sol, presentando tal claridad y esplendor de verdad, que nadie puede fingir no verla.

«Siguió el tratado saludable de los siete divinos sacra-

mentos de la Iglesia; primero de todos juntos, despues de cada uno con distincion. ¿Quién no ve en esto cuan distinta, explicita y abundantemente, y (principalmente) con cuánta verdad toda la razon de los celestes misterios se encuentra contenida en ellos? ¿Quién puede en una doctrina tan grande y tan múltiple echar de ménos alguna cosa que sea de seguir ó de evitar? ¿Quién encontrará allí motivo ú ocasion de errar? ¿Quién podrá aun dudar de la fuerza y virtud de los sacramentos, viendo que hemos participado tan abundantemente de aquella gracia que por su medio se extiende cada dia, como por medio de arroyuelos, en los ánimos de los fieles?

«Se añadieron los decretos del santísimo sacrificio de la misa, de la comunión bajo las dos especies y del bautismo de los niños; decretos tales que no hay nada más santo ni más útil; lo que hace que parezcan bajados del cielo mas bien que compuestos por los hombres.

«Sigue despues lo que corresponde á la doctrina, en el dia cierta, de las indulgencias, del purgatorio, de la veneracion é invocacion de los santos, de las imágenes y reliquias; de manera que no sólo se contestará á los fraudes y calumnias de los herejes, sino que las conciencias de los católicos piadosos quedarán asimismo satisfechas.

«De esta manera se definió felizmente lo que concernia á los dogmas, y no se esperaba de nosotros otra cosa en este género en el momento actual. Sin embargo, existiendo en la disciplina algunas cosas observadas mal y con poca regularidad, os habeis dedicado, Padres, con el mayor cuidado, á hacer de manera que fueran tratadas con pureza y

castidad segun el uso y el instituto de los antiguos. Habeis separado toda supersticion, todo lucro, toda irreverencia de la celebracion de la misa; habeis prohibido á los sacerdotes vagabundos, desconocidos, culpados, el sacrificio cuya celebracion trasladastis de las casas particulares y profanas á los lugares santos, excluyendo de estos los cantos afeminados y las sinfonías, los paseos, las conversaciones y los asuntos de comercio. Habeis impuesto tales leyes á todos los grados eclesiásticos, que ya no hay medio de que cometan abusos en las funciones que les ha confiado el cielo. Por esta razon habeis suprimido ciertos impedimentos del matrimonio que parecian proporcionar un medio de violar los preceptos de la Iglesia; y habeis cerrado el camino de conseguir fácil dispensa á los que contraigan enlaces ménos legítimos. ¿Qué diré de los matrimonios fortuitos y clandestinos? Creo que si no hubiese habido otro motivo para convocar el concilio, aunque los habia en abundancia y muy graves, debia haberlo sido sólo por este; pues, interesando esto á todos y no existiendo un solo rincón de la tierra que esté al abrigo de tal contagio, era indispensable adoptar medidas para remediar un mal universal con un concilio tambien universal. Vuestra prudentísima y casi divina sancion, oh santos Padres, ha quitado la ocasion de innumerables y gravísimos delitos, y habeis atendido con la mayor sabiduria al gobierno de la república cristiana.

«Viene despues la abolicion útil y necesaria de muchos abusos en la devocion de las almas del purgatorio, de los santos, de las imágenes y reliquias, y tambien de las indulgencias que manchaban toda hermosura.

»La otra parte, en que se trató de remediar la disciplina eclesiástica, en decadencia, no fué ménos completa ni perfecta. En adelante se elegirá para las funciones eclesiásticas, no al más ambicioso, sino al que tenga más virtudes y esté dispuesto á favorecer los intereses del pueblo y no los suyos. Se explicará con más frecuencia y atención la palabra de Dios, más penetrante que una espada de dos filos. Los obispos permanecerán vigilando el rebaño, como los demás á quienes está confiado el cuidado de las almas, sin andar de un punto á otro. Ningun privilegio preservará al que viva mal ó impuramente, ó cuya enseñanza sea errada; ningun delito quedará sin castigo, ninguna virtud sin recompensa. Se ha atendido á la multitud de sacerdotes pobres y mendicantes; y cada uno será agregado á una iglesia determinada con obra fija, de que pueda vivir.

»La avaricia, que es el más torpe de los vicios, sobre todo en la casa de Dios, desaparecerá, y todos los sacramentos se administrarán gratuitamente, como es justo. Se formarán varias iglesias de una sola, y una sola de varias, segun lo requiera la poblacion. Se desterrará el recuerno de los colectores de limosnas que reuniéndolas para sí, no para Jesucristo, han hecho tanto daño á la religion deshonorándola. Este es el origen de nuestra presente calamidad; de aquí procedió el mal infinito, que cada dia se extendió más, y el que no se ha podido remediar aun con las precauciones y medidas de muchos concilios. ¿Quién no calificará de sapientísima la determinacion de cortar este miembro en cuya curacion tanto tiempo se ha trabajado inútilmente?

»Se tributará á Dios un culto más puro y esmerado, y los

que llevan los vasos de Dios serán más puros, con objeto de incitar á los demás á imitarlos. Se ha prescrito acertadamente con este objeto que en cada iglesia los futuros sacerdotes sean educados desde su infancia en las buenas costumbres é instruidos en las letras, de tal manera que formen un plantel de todas las virtudes. Se han restablecido los concilios provinciales y las visitas episcopales en ventaja de los pueblos, no para gravarlos, ni á sus expensas; concédese á los pastores la facultad de gobernar y apacentar más cómodamente sus ovejas; la costumbre de la penitencia pública queda revocada; se ordena la hospitalidad tanto á los sacerdotes como á los lugares piadosos; se establece una manera memorable y casi divina de conferir los beneficios con cura de almas, prohibida la posesion hereditaria del santuario de Dios; se fijan limites á las excomuniones, se prescribe que los primeros juicios se sustancien donde hayan tenido origen los litigios, se prohiben los duelos, se pone un freno á la lujuria, á la avaricia, á la licencia de todos, y principalmente de los eclesiásticos. A los reyes y á los príncipes se les advierte de un modo severo que cumplan con sus deberes: se establecen por último otras cosas semejantes; pues habeis cumplido, oh Padres, admirablemente vuestra mision.

»Tratós con frecuencia en los concilios anteriores de explicar nuestra fé y corregir las costumbres, pero no sé que nunca lo desempeñasen con más diligencia y claridad. Hemos tenido aquí, en particular estos dos años, no sólo, Padres, sino oradores de todas las naciones católicas. ¡Y qué hombres! Además, en tan gran número, que teniendo en

consideracion la pequeñez del mundo cristiano, es el sinodo más numeroso que ha habido. Aquí se ha descornado el velo que cubria las llagas de todos; se han expuesto las costumbres; nada se ha disimulado; las razones y los argumentos de nuestros adversarios se han discutido de tal manera, que se creeria se trataba de su causa y no de la nuestra. Ciertas cosas se han discutido hasta tres ó cuatro veces. Se ha disputado á menudo con gran calor, á fin de que las fuerzas de la verdad fuesen probadas por la discusion, como el oro por el fuego.

«Aunque hubiera sido bueno tratar al mismo tiempo con aquellos cuya causa se examinaba, se ha atendido al derecho de los ausentes de tal manera, que no hubiera podido hacerse más si hubieran estado presentes. Pero el principal modo, oh Padres, de atraer á los disidentes, y mantener en el buen camino á los que están acordes con nosotros, es conservar en nuestras iglesias lo que hemos establecido... Hace tiempo que tenemos dispuesto el medicamento; pero si debe cortar el mal es necesario tomarlo. Debamos nosotros los primeros, carísimos Padres, tan saludable brabeje: seamos las leyes vivas, la regla y el modelo á que hayan de conformarse las acciones y los esfuerzos de los demás.»

Como se vé, en el discurso que acabamos de reproducir se halla la síntesis del santo concilio de Trento, que tantos frutos ha producido á la Iglesia.

La santa asamblea volvió á reunirse para continuar sus tareas, habiendo ocurrido durante su suspension la muerte de Julio III y de su sucesor Marcelo II, al que reemplazó

en el supremo pontificado Paulo IV, al que tocó terminar el santo Concilio.

Fijándonos de nuevo en la Inglaterra, diremos que por un momento pudo creerse que iba á terminar el cisma. Muerto Enrique VIII, la reina Maria, adornada de mejores sentimientos, trabajaba por la restauracion de la Iglesia británica, gansosa de tranquilizar su conciencia. Asi pues, desistió de cobrar los frutos de los beneficios y la décima de sus rentas anuales que Enrique VIII, usurpador de la supremacia, habia reunido á su corona para sostener con mayor esplendidez su fantástica dignidad. Hizo una minuciosa investigacion de cuanto habia sido robado á las iglesias y monasterios y obligó á los usurpadores á tratar de composicion, haciéndoles aprontar sumas considerables. Restableciéronse y se hermosearon muchas iglesias, florecieron las universidades y se fundaron gran número de colegios dotados de renta suficiente, para que se diese en ellos una enseñaanza puramente católica.

Pretenden los luteranos haber tenido mártires ilustres. En efecto, pueden citarse quienes hayan padecido y muerto, obstinados en la herejía. Empero, ¿puede haber comparacion posible entre estos hombres fanáticos y los mártires del catolicismo? ¿Hay uno siquiera que pueda ponerse en parangon con cualesquiera de los que, durante los tres siglos de la infancia de la Iglesia, salpicaron con su sangre los vestidos de la Esposa inmaculada del Cordero? Produce en el corazon un santo entusiasmo el leer las actas de aquellos ilustres defensores de la fé de Jesucristo, de aquellas víctimas denodadas en las que se cuentan no solamente

varones esforzados, sino delicadas doncellas y aun tiernos infantes que fueron espectáculos admirables al mundo, á los angeles y á los hombres. De puras y santas costumbres, ardiendo en sus corazones el fuego divino de la caridad, corrían presurosos á los tormentos sin jactancia, sin pensar para nada en las cosas del tiempo, sino ganosos de recibir la palma y la corona que los había de hacer dichosos para siempre.

Fijemos ahora la atención en el más notable, en el más poderoso de los mártires de la Reforma anglicana. Examinemos su conducta y heroísmo, y veamos si es posible encontrar el punto de semejanza.

Cranmer, que es al que nos referimos, fué encausado por orden de la reina, y se presentó ante el tribunal que debía juzgarlo. Al entrar en el tribunal saludó con respeto á sus jueces, á excepción del legado del papa, pues que como dijo más tarde, no le merecía la menor consideración el obispo de Roma, en el que no reconocía autoridad alguna.

Formulóse la acusación por los jueces que estaban perfectamente informados de su conducta y que habían sido testigos de sus grandes escándalos. En primer lugar se le dió en rostro con sus matrimonios contraídos ocultamente durante el reinado de Enrique VIII, y después públicamente en el de Eduardo. Se le censuró también de haber impugnado la real presencia de Jesucristo en la Eucaristía y de haber publicado varios escritos llenos de doctrinas enteramente contrarias á la fé católica.

¿Podía Cranmer negar estos hechos? Sus escritos estaban á la vista: su conducta había sido muy pública, y los mis-

mos que iban á juzgarle sabían perfectamente que él había sido el principal instrumento para que Enrique VIII llevase á cabo su ruptura con la cabeza de la Iglesia, reasumiendo en su reino toda la autoridad espiritual. No podía pues negar y se vió obligado á confesar de plano: empero, tal vez temiendo á la muerte, dijo que él no había obligado á nadie á seguir sus ideas y opiniones. Osado fué al hacer esta afirmación que por sí sola se destruía.

El tribunal obrando en justicia determinó que se procediese á la degradación del reo, lo que se verificó sin demora. Cranmer se acobardó: comprendió que á la degradación había de seguir la muerte, y así procuró ganar tiempo con vanos pretextos, y por último firmó una retractación en forma, en la que condenaba los errores de Lutero y de Zuinglio, confesando que creía no solamente en la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, sino en todos los demás artículos de la fé católica; y terminaba aquel documento dirigiendo una exhortación á todas las personas que se hubiesen dejado alucinar por sus ejemplos y lecciones á que volviesen cuanto antes al seno de la unidad católica, detestando sus errores, como único medio que tenían de salvación. Con tan elocuentes frases y tal acento de sinceridad estaba escrito el documento, que causó una consternación general entre los protestantes (1).

A pesar de esto la reina creyó que aquella retractación no era hija de la convicción sino del miedo á la muerte, pero aunque hubiese juzgado lo contrario no hubiese cedido en su propósito, pues se había propuesto hacer un escar-

(1) *Sander: De schism. Angl.*, t. 2.

- 10 -

miento en su persona, castigando sus maldades. Así, pues, fué pronunciada la sentencia que le condenaba á morir en la hoguera.

La sentencia fué comunicada al reo. Este vio que para él no había ya remedio, y lleno de desesperacion se retractó de su anterior retractacion, manifestando que la había extendido y firmado haciendo traicion á su conciencia y á sus ideas, y sólo como medio para evadirse de la muerte.

No obstante haber hecho esta manifestacion que demostraba su baja, como concibiase aun nuevas esperanzas, puso en limpio su primera declaracion de abjuracion y la firmó: empero al mismo tiempo escribió la confesion de sus creencias erróneas, reservando este segundo documento para el caso de que no pudiese evitar la muerte, honrarse con esta escrito. Véase de qué modo entendia Cranmer la honra. Cuando vió que eran vanas todas sus esperanzas y que se acercaba la hora del suplicio, manifestó aquel último documento. De modo que queria pasar por católico si le perdonaban la vida, y por luterano si era conducido al suplicio.

Fuó conducido á la ciudad de Oxford, en la que debía cumplirse la sentencia. La concurrencia á aquel horroroso espectáculo era inmensa. Su elevada posicion, los cargos que había ejercido fueron causa de que acudieran numerosísimas personas de diversos puntos. Algunos católicos que habían creído en la sinceridad de su retractacion, le ofrecian rogar por él en los templos; empero bien pronto pudieron convencerse de los sentimientos del miserable apóstata, que empezó á lanzar las más horribles blasfemias

- 11 -

contra el papa y contra los dogmas católicos, manifestando á vez en grito que sólo el natural deseo de conservar la vida le había hecho firmar la abjuracion. Para evitar el que continuase blasfemando le colocaron inmediatamente en el suplicio. Una vez en él no demostró ni con mucho el valor de los santos mártires, sino el que produce la desesperacion y el orgullo. Extendió la mano derecha hácia la parte donde el fuego era más violento, y en pocos instantes el devorador elemento le convirtió en cenizas.

Este es el más ponderado mártir de la Reforma anglicana. Vean, pues, las personas de recto criterio si hay comparacion posible entre él y cualquiera de los que el catolicismo venera sobre los altares. Considérese á cualquiera de ellos ante los tribunales de los paganos. Cuando presentaban á su vista los terribles instrumentos de los martirios, ¿qué hubieran necesitado para librarse de ellos y salvar la vida? No era preciso que escribiesen ninguna retractacion: bastaba con que hubiesen negado á Jesucristo si no con el corazón al ménos con los labios y hubiesen ofrecido incienso á los dioses del imperio: bastaba cometer un pecado de infidelidad: pero lejos de hacerlo así respondian no con arrogancia, sino con valor cristiano que estaban dispuestos á sufrir todos los tormentos del mundo y á dar cien vidas que hubiesen tenido antes que caer en la infidelidad de negar al Salvador; que no reconocian jamás como dioses á los ídolos, hechuras de las manos de los hombres, y que todas sus adoraciones eran para el único y verdadero Dios, de quien esperaban que les concedería fortaleza para sufrir los tormentos. Y corrian á ellos entonando himnos de ben-

dición al Dios tres veces santo, deseosos de disfrutar de su vista por toda la eternidad. En ninguno de ellos se vieron esas vacilaciones de Cranmer, ese cambio de ideas de que hemos hablado. ¡Qué diferencia tan notable entre los mártires por la verdad y los de la obstinación y la soberbia! Calien, pues, los cismáticos, y avergüéncense de quererlos presentar á Cranmer como un mártir y de hacer comparaciones que no pueden ménos de llenarles de confusión. Entre los millares de los nuestros que pudiéramos citar recordemos á un Lorenzo, ilustre español, entonando himnos de bendición y rogando por sus verdugos, á imitación del Salvador, cuando sufría el horroroso tormento de las parrillas. ¿Compararemos con él al blasfemo Cranmer? Este ni aun tuvo el heroísmo de la convicción. No es posible considerarle ni como mártir de una idea, sino como un criminal que expia sus delitos en público cadalso.

No fué Cranmer la única víctima sacrificada por el celo de la reina María, cuya severidad no calificaremos. Un historiador notable dice á este propósito: «No tenemos dificultad en convenir en que el celo de María no era bastante ilustrado; pero á su vez habrá también de concedérsenos que Enrique VIII y Eduardo VI habian exasperado, digámoslo así, á los católicos, inundando de su sangre á la Inglaterra. Linguet, en una muy mala continuación de la *Historia universal*, de Hardion, pinta á María con horribles colores, al paso que prodiga sus elogios á Isabel, desapiadada perseguidora de los ortodoxos. Tal es la justicia de los pretendidos filósofos. A sus ojos los rigores que se emplean contra los sectarios son crímenes abominables,

»mientras reputan héroes á los que hacen matanza de católicos. Voltaire, por su parte, ha exagerado el número de herejes que perecieron en tiempo de María, diciendo que ochocientas personas fueron entregadas á las llamas. Houzet, escritor inglés, sólo cuenta doscientas setenta y siete, »y Rapin Thoirus doscientas ochenta y cuatro.»

No es necesario que nos extendamos más en la historia del cisma de Inglaterra. Basta lo relatado á nuestro propósito. Sólo añadiremos que todas las esperanzas que pudieron concebirse por el celo de la reina María, se desvanecieron bien pronto. No fué otra cosa que el último resplandor de una luz que se extingue.

De las sectas en que se dividió la Inglaterra hemos de hablar más adelante.

En cuanto á la Alemania, su estado despues que se echó en brazos del protestantismo lo pinta en dos líneas Mr. de Falloux: «La confusión en las ideas, en las costumbres, en las tendencias, en las instituciones, reinaba de un extremo á otro en la Alemania.»

Véase ahora de qué modo pinta el mismo escritor el retroceso que en el Norte hacia la fé cristiana: «En el Norte, dice, Suecia y Dinamarca habian visto perecer la Iglesia católica bajo atroces persecuciones. Gustavo Wasa, despues de haber librado á su país de la tiranía de Cristian II, congregó en Orebro en 1529 un concilio nacional, en el que hizo abolir el catolicismo y adoptar la confesion de Augsburgo. Juan III, su hijo y sucesor, casó con una hija de Segismundo, rey de Polonia, y tomó por ministro favorito á un francés llamado La Gardié. Estas dos influencias le

acercaron al antiguo culto, y dejó entrever intenciones favorables á su restablecimiento; pero la muerte de la reina y el naufragio de La Gardié al volver de un viaje á Roma, hicieron infructuosos estos primeros esfuerzos, y arrebataron á los católicos su último apoyo en el reino.

» Federico II, rey de Dinamarca, duque de Holstein, nieto del feroz Cristian, había encontrado el luteranismo establecido en sus Estados, y lo mantuvo en ellos.

» Ivan IV reinaba en Rusia desde el año 1534. Fué el primer soberano de aquel vasto imperio que cambió el nombre de duque, príncipe, ó gran duque de Moscovia, por el título de tzar ó czar (palabra derivada de César): había sometido el reino de Astracan, dominado á los tártaros del Kasan, y llegado á las fronteras de los polacos. Dejando entrever algunos deseos de reunirse á la Santa Sede, había atraído y recibido en Moscou al célebre padre Possevin; pero su instinto de déspota no pudo someterse á las leyes de la Iglesia, y murió sin realizar ninguna de las esperanzas que había hecho concebir. Se casó siete veces, y puede juzgarse por un solo rasgo del estado de aquel país, sustraído á la autoridad del soberano pontífice.

» Tal era el cuadro del Norte en 1566. »

Y tales fueron, añadimos nosotros, las tristes consecuencias de la miserable apostasia de Martin Lutero.

CAPITULO XIII.

Variaciones de las iglesias protestantes.

Después de lo que en su tiempo escribió el gran obispo Bossuet, sobre las *Variaciones de las iglesias protestantes*, y lo que en nuestros días dijo el inmortal Balmes en su *Protestantismo comparado con el catolicismo*, no necesitamos detenernos mucho en la demostración de las divisiones de la secta. Consignaremos únicamente que pasan de ciento las que conocemos, y como cosa verdaderamente curiosa vamos á indicar sus nombres que son los siguientes, no obstante haberlos ya dado á conocer en otra obra.

Hé aquí la lista circunstanciada: anglicanos, calagianos, hacientes, iagrusiantes, indiferentes, multiplicantes, bramantes, cuákeros, shákeros, sumpers, groanners, metodistas, wesleyanos, wifeldianos, milenarios, adamitas, racionalistas, generacionistas, southestistas, anabaptistas, adioloforistas, entusiastas, pneumáticos, brownistas, interimitas, menonitas, herboristas, calvinistas, evangelistas, labadistas,

acercaron al antiguo culto, y dejó entrever intenciones favorables á su restablecimiento; pero la muerte de la reina y el naufragio de La Gardié al volver de un viaje á Roma, hicieron infructuosos estos primeros esfuerzos, y arrebataron á los católicos su último apoyo en el reino.

» Federico II, rey de Dinamarca, duque de Holstein, nieto del feroz Cristian, había encontrado el luteranismo establecido en sus Estados, y lo mantuvo en ellos.

» Ivan IV reinaba en Rusia desde el año 1534. Fué el primer soberano de aquel vasto imperio que cambió el nombre de duque, príncipe, ó gran duque de Moscovia, por el título de tzar ó czar (palabra derivada de César): había sometido el reino de Astracan, dominado á los tártaros del Kasan, y llegado á las fronteras de los polacos. Dejando entrever algunos deseos de reunirse á la Santa Sede, había atraído y recibido en Moscou al célebre padre Possevin; pero su instinto de déspota no pudo someterse á las leyes de la Iglesia, y murió sin realizar ninguna de las esperanzas que había hecho concebir. Se casó siete veces, y puede juzgarse por un solo rasgo del estado de aquel país, sustraído á la autoridad del soberano pontífice.

» Tal era el cuadro del Norte en 1566. »

Y tales fueron, añadimos nosotros, las tristes consecuencias de la miserable apostasia de Martin Lutero.

CAPITULO XIII.

Variaciones de las iglesias protestantes.

Después de lo que en su tiempo escribió el gran obispo Bossuet, sobre las *Variaciones de las iglesias protestantes*, y lo que en nuestros días dijo el inmortal Balmes en su *Protestantismo comparado con el catolicismo*, no necesitamos detenernos mucho en la demostración de las divisiones de la secta. Consignaremos únicamente que pasan de ciento las que conocemos, y como cosa verdaderamente curiosa vamos á indicar sus nombres que son los siguientes, no obstante haberlos ya dado á conocer en otra obra.

Hé aquí la lista circunstanciada: anglicanos, calagianos, hacientes, iagrusiantes, indiferentes, multiplicantes, bramantes, cuákeros, shákeros, sumpers, groanners, metodistas, wesleyanos, wifeldianos, milenarios, adamitas, racionalistas, generacionistas, southestistas, anabaptistas, adioloforistas, entusiastas, pneumáticos, brownistas, interimitas, menonitas, herboristas, calvinistas, evangelistas, labadistas,

luteranos, luterocalvinistas, bautistas, luterobautistas, universales-bautistas, menicerianos, sabbaritanos, puritanos, armenios, socinianos, zuinglianos, calonio-zuinglianos, osiandrianos, luterosiandrianos, stenerinianos, presbiterianos, antipresbiterianos, luterozuinglianos, syneretianos, synergianos, ubiquistianos, pietistianos, bonakerianos, versehorianos, latitudinarios, cesederianos, cameronianos, filisteos, mariscalianos, hopkinsianenses, necesarios, edivarianos, priestlianos, reliefeceedrianos, burgerienses, anti-burgerienses, beneanianos, ambrobianos, moravios, monasterianos, antimonienenses, anomenios, munsterianos, mamilarios, clancularios, grubenharios, staberios, bacularios, nuperales, sanguinarios, confesionarios, unitarios, trinitarios, anti-trinitarios, convulsionarios, anti-convulsionarios, impecables, alegrinas, asperones, taciturnos, demoniacos, llorones, libres, concobinos, apostolicos, espirituales, olleros, pastoricias, conformistas, no conformistas, episcopales, misticos, concienzudos, socialistas, puseistas: total, 110.

No nos ocupamos ahora en particular de cada una de estas seclas, porque lo haremos de las principales al principio del tomo siguiente. Basta leer la lista que acabamos de insertar para comprender qué verdad puede haber en la Reforma protestante, cuando los mismos que la siguen se hallan divididos y se hacen una guerra continua á causa de la diversidad de creencias. Tan sólo diremos por adelantado que sólo los llamados metodistas se dividen en nueve seclas principales de las que salen otras varias.

Hé aqui las nueve de que hablamos:

Metodistas de la asociacion de Wesley.

- calvinistas.
- cristianos de la Biblia.
- de la conexion de la condesa Huntingdon.
- de la nueva conexion.
- de la conexion primitiva.
- galos wesleyanos.
- reformados.
- wesleyanos.

Existen además otras muchas subdivisiones que seria prolijo el enumerar. Temerario en demasia ha de ser el que pretenda encontrar la verdad en medio de tanta confusion.

El vicio radical del protestantismo, ha dicho Balmes, consiste en que atacando la autoridad, no como un simple acto de resistencia, sino proclamando esta resistencia como un verdadero derecho, erigiendo en dogmas el exámen particular y el espíritu privado, destruye por su base toda institucion y hasta la posibilidad de su existencia... Aunque pretende el protestantismo conservar esa constitucion que realiza la idea por medio de sus ministros, de su culto y de su predicacion, esta, no apoyándose en ninguna autoridad para hacerse oír, carece de medios directos para obrar sobre la sociedad. En una palabra, su predicacion no es más que humana, aunque por una chocante inconsecuencia se pretende ser divina, como un conducto abierto para comunicar al pueblo las varias interpretaciones de la Biblia que

á los tales usurpadores de la autoridad les pluguiese adoptar.

«Pero donde se hace notar la inferioridad del protestantismo, es en los medios más á propósito para extender y cimentar la moralidad, haciéndola dominar sobre todos los actos de la vida. Habiendo abolido la confesion ha interrumpido toda comunicacion con la direccion del sacerdote por medio de la confesion, direccion conforme á los principios de la sana moral. Accion legitima, porque legitima es la comunicacion directa, íntima, de la conciencia del hombre, de la conciencia que debe ser juzgada por Dios, con la conciencia de aquel que hace las veces de Dios en la tierra. Accion poderosa, porque establecida la íntima comunicacion de hombre á hombre, de alma con alma, se identifica, por decirlo así, los pensamientos y los efectos; y ante todo testigo que no sea el mismo Dios, las amonestaciones tienen más fuerza, los mandamientos más autoridad, y los mismos consejos penetran mejor hasta el fondo del alma, con más uncion y más dulzura. Accion suave, porque supone la espontánea manifestacion de la conciencia que se trata de dirigir, manifestacion que trae su origen de un precepto, pero que no puede ser arrancado por la violencia, supuesto que solo Dios puede ser el juez competente de su severidad; suave, repito, porque obligado el ministro al más estricto secreto y tomadas por la Iglesia todas las precauciones imaginables para precaver la revelacion, puede el hombre descansar tranquilo con la seguridad de que serán fielmente guardados los arcanos de su conciencia (1).»

(1) Holmes, obra citada, cap. xxx.

Ya se comprenderá la razon de habernos detenido al ocuparnos del protestantismo más que de los demás sectas, y el por qué nos hemos tomado la libertad de repetir algunas reflexiones que en días bien calamitosos para nuestra patria hicimos en nuestra *Historia de las Religiones*. Ya hemos dicho que hay españoles católicos y españoles indiferentes: por fortuna los primeros están en inmensa mayoría, y aun esos indiferentes, con rarísimas excepciones, vuelven los ojos á la Iglesia y demandan sus auxilios cuando se ven á las puertas de la eternidad: tan arraigadas han estado siempre las creencias católicas en el fondo de los corazones de los hijos de la patria de san Fernando. Lo que no hay son protestantes. Las sociedades bíblicas que han empleado inmensas sumas en su propaganda española han visto defraudadas sus esperanzas. Las capillas mal llamadas evangélicas se han visto desiertas ó frecuentadas por escasísimas personas sin instruccion de ninguna clase que fueron engañadas ó seducidas. Pero, ¿no puede darse el caso de que algunas de estas se haya dejado persuadir de tal modo por los apóstoles del error, que enamorados de la enseñanza de los pastores protestantes no hayan tenido reparo en apostatar de las filas del catolicismo para ingresar en las del luteranismo? A favor de estos desgraciados van dirigidos nuestros esfuerzos. Debemos enseñar con la palabra y con la pluma. Por espacio de muchos años hemos procurado desenmascarar al error desde la cátedra sagrada de la religion en cumplimiento de nuestro ministerio sacerdotal, y hoy que debilitadas nuestras fuerzas nos vemos alejados casi por completo del púlpito, nos creemos obligados á emplear las

que nos restan, defendiendo con la pluma la causa de la Iglesia católica que es la causa de Dios.

Ya en tiempo del Padre san Agustín, los pelagianos y semipelagianos decían llenos de satisfacción que la Iglesia romana estaba en su agonía. San Agustín contestaba á los que antes habían sido sus maestros: «Vosotros decís que la Iglesia católica va á morir y que bien presto su nombre será borrado de la faz del mundo; que no habrá más católicos, porque su tiempo ha pasado. Entre tanto yo os veo morir cada día, y la Iglesia permanece siempre en pié, anunciando el poder de Dios á todas las generaciones que se suceden.»

Y bien: ¿no se ha repetido esta misma por los herejes de todos los tiempos, desde el siglo iv al xix? ¿No lo creía Lutero? ¿No estaba en la misma convicción Calvino? En época más cercana á la nuestra, ¿no hacia Voltaire igual afirmación, siendo aplaudido por Federico II y demás sofistas de aquellos días? Sin embargo, todos aquellos heresiarcas dan bramidos desde el fondo del infierno, en tanto que la Iglesia continúa su marcha majestuosa por medio de los siglos demostrando al mundo con su existencia milagrosa, con su perpetuidad admirable, con sus triunfos innumerables, que no hay fuerza humana capaz de mover la piedra, esa piedra firme contra la cual se estrellan las encrespadas olas del odio, de las tribulaciones, de los combates que uno tras otro suscita el infierno para derrocarla.

Antes de terminar hemos de dedicar algunas líneas á un punto que nos parece de gran importancia. Uno de los medios de propaganda protestante es la expención á precios

sumamente baratos de lo que ellos llaman la *Biblia verdadera*. Como en virtud de leyes dictadas en la época revolucionaria que no han sido derogadas aun, los protestantes pueden ejercer libremente en España su comercio de libros, hemos visto muchas veces á personas que sin tener conciencia de lo que hacían, y sólo seducidas por lo barato de la mercancía, se han acercado á proveerse de aquellas Biblias, á cuya lectura se habrán entregado despues en sus casas, y aun la habrán dejado en manos de sus hijos. Debemos pues decir y asegurar sin temor de ser desmentidos ó de que se nos pruebe lo contrario, que LA BIBLIA PROTESTANTE NO ES LA BIBLIA CATÓLICA, APOSTÓLICA, ROMANA, ó lo que es lo mismo, *no es la Biblia verdadera*. Los que expenden ó regalan la Biblia protestante como verdadera, obran de muy mala fé, con el objeto de engañar á los verdaderos creyentes. Su Biblia es una atrevida mutilación de los libros santos, de los que descartan todo aquello que se opone á sus doctrinas.

Pruebas de la verdad de nuestro aserto.

En las Biblias protestantes faltan por completo: los libros de Tobías, Judit, de la Sabiduría, del Eclesiástico y el profeta Baruc. Estos libros no son del agrado de los señores protestantes porque en ellos aparecen muy á las claras condenaciones de sus errores: por la misma causa han mutilado el libro de Ester en los diez últimos versículos del capítulo x, y han eliminado los capítulos xi al xvi inclusive; el de Daniel en los setenta versículos del capítulo iii, desde el versículo 24 inclusive, comprendiendo en la eliminación la súplica de Azarias y el himno de los tres jóvenes hebreos en el horno,

y el mismo Daniel en los tres últimos capítulos que tratan de la historia de Susana y de los ídolos de Bel y de Dagon, todo esto hecho por propia autoridad. ¿Podrán defenderse del calificativo de mala fé que hemos dado á los protestantes?

Hé aquí el

CUADRO DE LAS SUPRESIONES QUE LOS PROTESTANTES HACEN EN LA SANTA BIBLIA.

Número de libros mutilados.	Capítulos suprimidos.	Versículos suprimidos.
Tobías	14	297
Judit	16	347
Ester (en parte)	6	98
Idem del cap. x.	"	10
Saliduría	49	439
Eclesiástica	51	1,562
Baruc	6	213
Macabeos I.	16	929
Idem II.	15	558
Daniel del III (en parte)	"	70
Idem	2	107

145 4,630

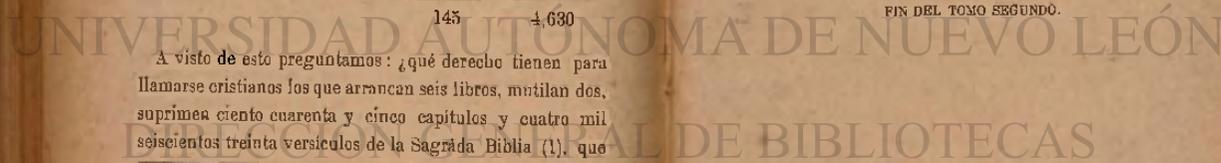
A visto de esto preguntamos : ¿qué derecho tienen para llamarse cristianos los que arrancan seis libros, mutilan dos, suprime ciento cuarenta y cinco capítulos y cuatro mil seiscientos treinta versículos de la Sagrada Biblia (1), que

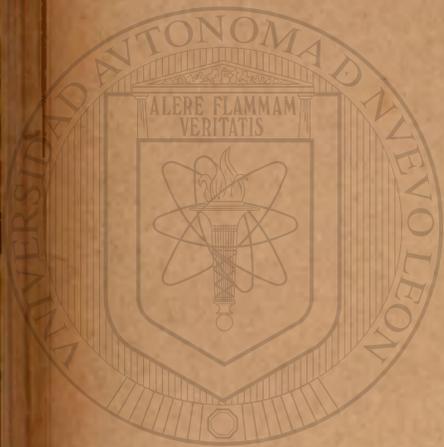
(1) Este trabajo de numeración que hemos presentado es debido á la pluma del doctor D. Silvestre Houglter, y fué publicado en el *Boletín Eclesiástico de Barcelona*.

interpretan á su capricho el resto, atacando los dogmas católicos y despreciando la autoridad de la santa Iglesia y de su cabeza visible el Romano Pontífice? Ni son cristianos, ni su enseñanza es verdadera, ni su Biblia es la Biblia de la santa Iglesia católica, apostólica, romana.

Basta con lo dicho para que los que desgraciadamente para ellos y merced á la propaganda protestante que se viene haciendo entre nosotros, se hayan afiliado á las banderas del error, se desenganen de una vez y vuelvan al redil del Padre de familia del que se han separado, desviando los piés del borde del precipicio en que se hallan colocados. La Iglesia de Jesucristo es la católica, apostólica, romana, de la que Él es su cabeza invisible, y el sucesor de Pedro, el Sumo Pontífice la cabeza visible. Fuera de ella no hay verdad doctrinal : fuera de ella no hay salvacion.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

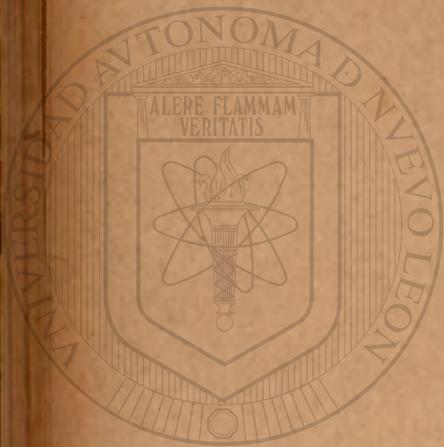




ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO SEGUNDO.

	Pág.
SIGLO VI. — Introducción.	3
Inceperuplicolas.	41
Desileos.	46
Pegorotistas.	20
Armenios.	21
De la cronología de los cementos rismáticos.	25
Del gobierno eclesiástico de los armenios.	27
Basaniinos ó verdaditas.	21
Cauembaralits.	31
Capanits.	23
Cavroplicoliss.	23
Helritse.	23
Cristolits.	24
Hiricanos.	24
SIGLO VII. — Introducción.	3
Agareniáres.	45
Azionits.	45
Iampetrianes.	46
Etnofrones.	47



ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO SEGUNDO.

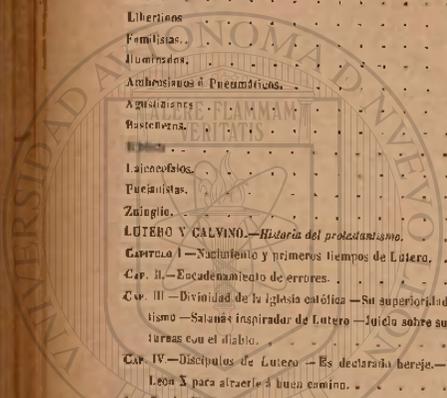
	Pág.
SIGLO VI. Introducción.	3
Ineceptuales.	41
Desiles.	66
Pegorristas.	20
Armenios.	21
De la cronología de los cementos rismáticos.	25
Del gobierno eclesiástico de los armenios.	27
Basanianos ó verdalistas.	21
Cauembaraltes.	31
Cognos.	23
Cavrog Ucolss.	23
Helvites.	23
Cristolitas.	24
Hiricanos.	24
SIGLO VII. —Introducción.	3
Agareniáres.	45
Azionitas.	45
Lampercianos.	46
Etnofrones.	47

	Pág.
Cardan.	268
Galtherio.	267
Alueto, Teodoro y Maingualo.	268
Peiro Leaoe.	260
Gregorio Conti.	270
Octaviano.	270
Pascual III.	273
Calixto III.	274
Inocencio III.	274
SIGLO XIII.—Introducción.	273
I.—Grandezas de la perpetuidad de la Iglesia.	275
II.—Estado político del mundo en el siglo xiii.	279
III.—De las herejías durante el mismo siglo.	281
Flagelantes.	285
Atenidos.	290
Pastores.	295
Apostólicos.	291
Erasmistas.	295
Aristotelicos.	299
Condemnados.	300
Arnaldo de Villanova.	301
Arnoldo de Montfaucon.	302
Arnoldo.	301
David Damián.	308
Dejan.	310
Dalchiniotes.	311
Declaros.	312
Contarjano.	313
Tertuliano.	311
Tanquialo.	316
Engermiles.	318
Stadingo.	320
SIGLO XIV.—Introducción.	325
I.—Princípio de S. Pedro sobre los demás apóstoles.	325
II.—De la autoridad moral e instable de la Iglesia.	328
III.—Estado político del mundo en el siglo xiv.	331
Adrianistas.	332

	Pág.
Danzantes.	332
Declaros.	330
Cirna de Occidente.	342
Wielef.	351
Juan Hus y Jerónimo de Praga.	358
Huillas.	363
Marin Ginzin.	361
Pedro de Olama.	367
Confesivos.	370
Hermanos blancos.	376
SIGLO XV.—Introducción.	371
Picardos.	380
Erasma.	380
Abrabartise.	386
Juan de Paris.	387
Juan de Prilli.	400
Opinicionistas.	407
Hermanos bohemios.	407
Ofendidos.	408
Cruceños.	410
Valdenses.	410
Ariesenans ó Zumparinos.	421
Arabanarios.	426
Foraristas.	427
Davidens ó Davidistas.	429
Numinatos.	436
SIGLO XVI.—Introducción.	435
I.—De por qué el autor trata con vacilación ó historiar las herejías del siglo xvi.	435
II.—Retrazo anticipado de Lutero.	438
III.—Por qué la revolución religiosa de Lutero lleva el nombre de protestantismo.	441
IV.—Siendo la rivalidad excitada por la predicación de las indulgencias la causa del pretexto del protestantismo, trata el autor del poder de las llaves.	444
V.—Del estado de la sociedad al nacimiento de la Reforma luterana.	450
VI.—España durante el siglo xvi.	457
Raianismo ó hapanismo.	460
Resolvidos.	478

Internales	475
Postorielidas	476
Plés-desnudos espirituales	476
Libres	477
Libertinos	477
Femistas	480
Iluminados	481
Ambrosianos ó Pneumáticos	484
Agustinos	489
Asustados	489
.	491
.	492
.	492
Zuñigü	493
LUTERO Y CALVINO.—Historia del protestantismo.	307
Capítulo I.—Nacimiento y primeros tiempos de Lutero.	51
Cap. II.—Eccedenamiento de errores.	326
Cap. III.—Divinidad de la Iglesia católica.—Su superioridad sobre el protestantismo.—Salvati inspirador de Lutero.—Juicio sobre sus conferencias nocturnas con el diablo.	157
Cap. IV.—Discipulos de Lutero.—Es declarada hereje.—Vanos esfuerzos de Leon X para atraerle á buen camino.	518
Cap. V.—La Biblia abandonada al examen privado.—Es el más lanoso de todos los sistemas.—Texto notable del protestante O'Callagan.—Antipatía de Lutero á la Suma de Santo Tomás.—Por qué encontró tantos seguidores la doctrina de Lutero.—Bula de excomunion lanzada por Leon X.—Himno de Lutero.—Reflexiones.	537
Cap. VI.—Qué podía ya esperarse de Lutero.—Su libro «Libertad cristiana».—Lo dedica al papa.—Qué era la Reforma.—Juicio de César Cantú sobre el talento y doctrinas de Lutero.—Quema este la bula del papa, las Decretales y la Suma de santo Tomás.	381
Cap. VII.—Matrimonio de Lutero.—Adriano VI, sucesor del papa Leon, felicita á Erasmo por haber combatido los errores del papato.—Nuevas libras publicadas por Lutero.—Entrevista de Lutero y Carlosstadin.—Decadencia del catolicismo en Alemania.—Cuadro delineado por M. Andin.—Su parecido con lo que hemos presenciado en España.	500
Cap. VIII.—Variaciones de los protestantes.—Los nuevos apóstoles del protes-	

.	612
Cap. IX.—Disposiciones irritantes del parlamento.—Cisma de Inglaterra.—Entra libremente en Suavia y en Blumarea.—Inconsecuencia de Lutero.—Cisma de Inglaterra.	612
Cap. X.—Leves absurdos.—Martirio de Fischer y Tomás Moro.—Apodérase Enrique VIII de todos los bienes de las iglesias y monasterios.—La introduccion de la herejia protestante en España.—Nuevo matrimonio de Enrique de Inglaterra.—Luchas de climáticos.	636
Cap. XI.—Juan Calvino.—Principios de Calvino y del calvinismo.—Ideas general de su doctrina.—Diferencia doctrinal entre el luteranismo y el calvinismo.—Reflexion.	155
Cap. XII.—Penas severas impuestas por el rey de Francia contra los novatores.—Discurso religioso de Francisco I.—Calvino dedica su «Institucion cristiana» al mismo rey.—Ideas de esta obra.—Por qué se ha dado á los calvinistas el nombre de hugonotes y á sus pastores el de ministros.—España, baluarte de la fé católica.—Dos jesuitas.—Ejemplos contemporáneos.—Ampliacion del catolicismo en Ginebra.—Apostasia.	607
Cap. XIII.—Concilio de Trento.—Cronomet.—Causa que se le siguió.—Su falsa retribucion.—Muere en la hoguera.—Comparacion entre los méritos de la Reforma y los del catolicismo.—Severidad de la reina Maria.—Progreso de la herejia en el Norte de Europa.	198
Cap. XIV.—Variaciones de las iglesias protestantes.	707



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 FIN DEL ÍNDICE
 CENTRAL DE BIBLIOTECAS

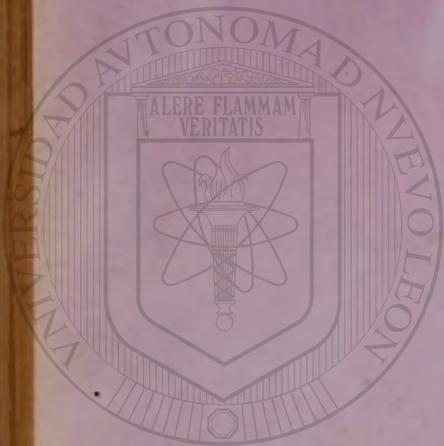


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

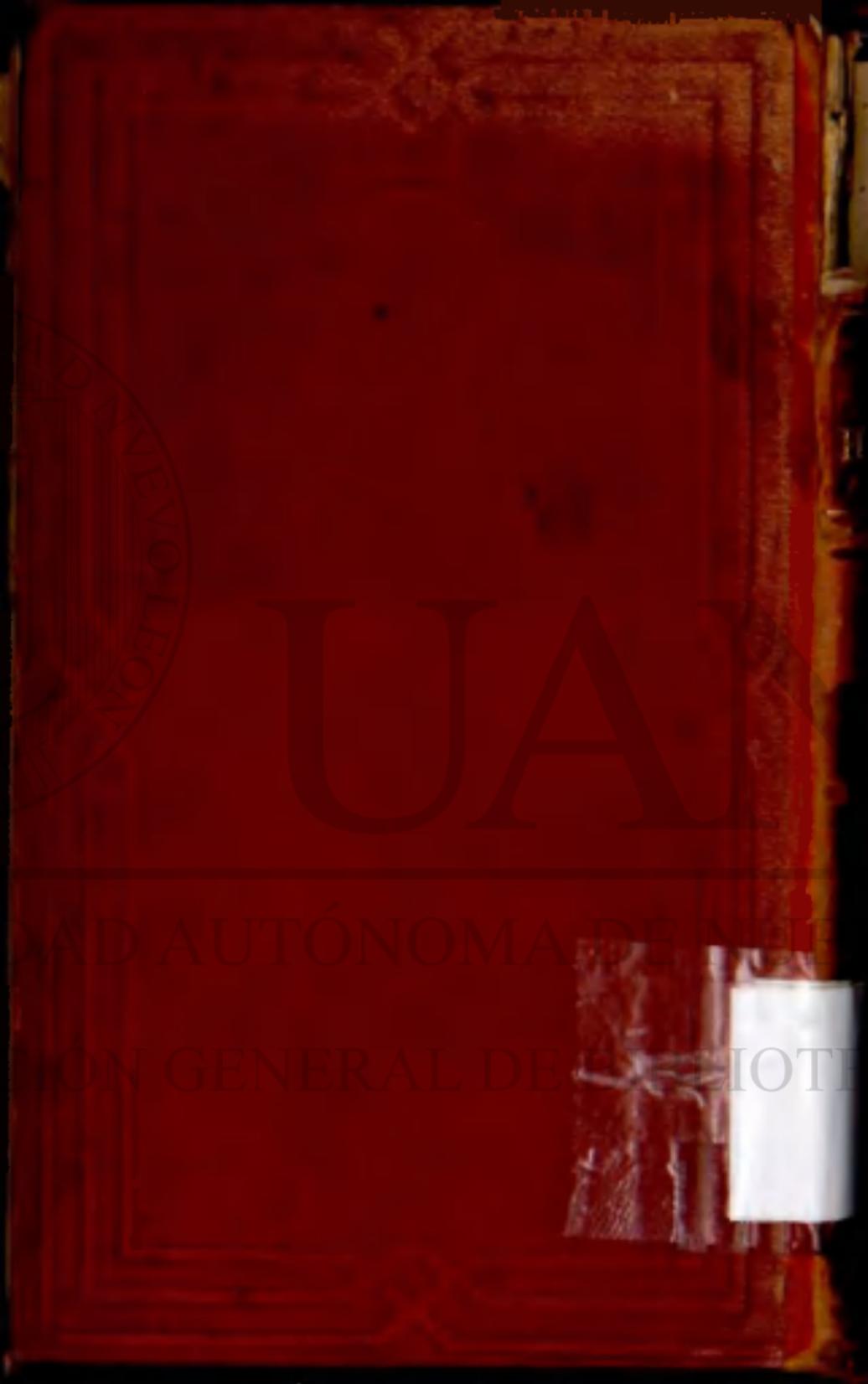


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UAI

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA GENERAL DE INVESTIGACIONES

LIBRARY LABEL